

34

4334



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

2.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

INCLUYE LA HISTORIA GENERAL DE LEÓN

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

Esta obra es propiedad de sus autores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima, tanto en España como en los demás puntos á que alcance la ley de derecho internacional, segun está prevenido por las reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1860,

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA,

— POR

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.



TOMO X.

MADRID:

Imprenta de Manuel Teljo, calle de Preciados, núm. 86.

1863.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA LOS DEL AÑO 1492

INCLUYE LA GLORIOSA GUERRA DE AFRICA

TOMO

D. DOMINGO S. DE ALDANA Y D. MANUEL GARCÍA GONZÁLEZ.



TOMO X.

MADRID

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

Siglo XVII.

DECENIO PRIMERO.

AÑO 1601.

ESPAÑA.

El día 10 de Enero, en medio de la general ansiedad, hija de las voces que á toda hora circulaban, se publicó en la cámara real la determinacion de trasladar á Valladolid la córte. El rey pasó al Escorial, y desde este sitio se expidieron las órdenes necesarias: el día 15 salió de Madrid la reina doña Margarita con su servidumbre y parte de la del rey.

Hemos dicho en el tomo anterior que la razon presentada por el duque de Lerma como fundamento de una medida que tantos intereses lastimaba, era la gran miseria que afligia á las provincias de Castilla la Vieja; á la miseria habia sucedido la consiguiente despoblacion de aquellas, que á seguir del modo que habia comenzado concluiria por dejarlas desiertas. Para hacer frente al hambre asoladora, todo el que se encontraba con fuerzas y voluntad para trabajar emigraba de su país natal para buscar á costa de su trabajo los medios de subsistir. El duque favorito manifestó á los consejos que la presencia del soberano y la estancia de la córte en Castilla la Vieja podrian remediar en gran parte tamaños males.

Fué á aposentarse S. M. la reina al palacio del conde de Benavente, mientras se habilitaba el que allí poseia el duque de

Lerma; pero este no tuvo presente que si SS. MM. tenian en Valladolid en donde aposentarse cómodamente, no habia, empero, todos los grandes edificios que una poblacion necesita para ser córte. Por esto tuvieron que marchar de allí la Universidad y la Inquisicion; las célebres ferias no se celebraron en Valladolid, sino en Búrgos, y la chancillería tuvo que trasladarse á Medina del Campo.

Llegó el dia señalado para la partida del rey, el cual abandonó al Escorial; pero como no estaba aún habilitado el palacio del de Lerma, este, que cuidaba de tener distraido á su señor, le hizo detenerse en varios puntos de Castilla, como Toro, Ampudia, Alba de Tormes y otros, en los cuales Felipe III pasaba los dias tranquilo y descuidado, y siempre distraido con el ejercicio de la caza.

Tan pronto como se aumentó la poblacion en Valladolid subieron los géneros, que cada dia más escaseaban: por manera que los ricos pagaban á peso de oro lo que para vivir necesitaban; los medianamente acomodados no podian resistir los diarios sacrificios que imprescindiblemente tenian que hacer, y los pobres perecian. Al mismo tiempo Madrid ofrecia un aspecto verdaderamente lastimoso, y en la pasada lo mismo que en la presente córte todos maldecian al aborrecido ministro y favorito que de tal modo los habia perjudicado.

El de Lerma comprendia demasiado el desacierto que habia cometido, y á toda hora se ocupaba de buscar el remedio conveniente al grave mal. Creyendo haber encontrado uno inmejorable, mandó escribir reservadamente una circular que cerrada y sellada hizo remitir á todas las autoridades eclesiásticas y civiles de España, acompañando á la remision la órden terminante de no abrir el misterioso despacho hasta el dia 26 de Abril.

Como el mal era tan conocido, tan grande la ansiedad y tan sin límites el deseo del remedio, todos creyeron que llegar el dia señalado para romper los sellos y cesar los crecientes é irresistibles males, seria una cosa misma. Pero era el caso que el de Lerma habia creído que el origen del mal consistia solamente en que habia falta de metálico, y que este procedia del exceso de alhajas y plata labrada que en España habia. Por esto al aparecer el dia 26 de Abril y abrir cada una de las autoridades el despacho recibido, se encontraron con que el contenido de aquel no era otra cosa que una real cédula por la cual se mandaba inventariar en el preciso término de diez dias toda la plata labrada que á la sazón existiese en las iglesias, en los establecimientos públicos y en poder de los particulares, sin excepcion de ninguna clase ni categoría. En el inventario se habia de expresar el

nombre del dueño, el peso y forma de las alhajas, con señas particulares y cuantos pormenores fuesen convenientes; y los inventarios habian de ser *firmados y jurados* y remitidos por los respectivos corregidores al presidente del Consejo. A la predicha orden acompañaba la expresa prohibicion de comprar, vender y labrar plata ni oro hasta nueva disposicion, previniendo además que toda la inventariada estuviese de manifiesto. El reinado de Felipe III habia comenzado de bien triste manera; pero el fatal favorito cada dia desautorizaba más al rey.

Saber el contenido de los despachos y ponerse en combustion todas las infinitas personas que temian verse despojadas de lo que era legitimamente suyo, fué obra de muy pocos instantes; y no fueron los sacerdotes y religiosos los que ménos difundieron la alarma desde el púlpito; porque la orden á tanto se extendia, que en ella no se exceptuaban ni los vasos sagrados: cálices, patenas, custodias, todo, en fin, habia de ser inventariado.

El resultado de la alarma fué verdaderamente vergonzoso, pues el ministro remedió el escándalo producido por la real cédula, con el de dar una humildísima satisfaccion á prelados y magnates, disponiendo además que públicamente y á voz de pregon se levantase el embargo, cuya medida se ejecutó el dia 24 de Agosto.

En tan angustiosa situacion recurrió el ministro á los donativos voluntarios, camino infinitamente mejor que el adoptado anteriormente; mas no comenzó él por dar cosa ninguna, á pesar de lo mucho que en poco tiempo y á costa ajena se habia enriquecido.

No hubo magnate, prelado, consejero, ni caballero de la corte ó de fuera de ella, que no contribuyese á remediar la pública miseria con franca y liberal mano: el arzobispo de Sevilla fué el primero que donó toda su plata labrada y treinta mil ducados en metálico. El de Lerma, empero, quiso dar el tercer escándalo con el mismo motivo, y puso al rey en el vergonzoso caso de pedir limosna, como un mendigo, de puerta en puerta.

Nombró el favorito comisiones compuestas de personas respetables, las cuales acompañadas del párroco y de un religioso fuesen casa por casa en cada parroquia haciendo una cuestacion, y recibiendo lo que cada uno quisiese dar, *como no bajase de cincuenta reales.*

Que la ruina del erario público venia de los reinados anteriores, está fuera de toda duda; pero que en los cuatro años que el hijo de Felipe II llevaba de reinado se hubiese aumentado la miseria hasta el punto que hemos visto, no se comprende. Cierta que tantas y tan dilatadas guerras habian agotado los re-

ursos; más al fallecer Felipe II habia dejado firmada la paz con Francia, y dejado á su hijo y heredero, si no riqueza, bastantes elementos para mejorar la situacion del Estado.

Despues de muerto el fundador del Escorial habian llegado á España casi con más frecuencia que antes los galeones de Indias, cargados de oro y de plata; las Córtes habian concedido subsidios; se habia apelado, además, á los donativos, en los cuales los prelados y magnates rivalizaron en generosidad, y sin embargo, llegó el triste caso de tener que *comprar fiados los comestibles necesarios para la mesa del rey*; todas sus rentas estaban empeñadas, y sus criados sin recibir sus sueldos ni sus gajes. Que esto mismo hubiese sucedido dos siglos antes, en tiempo de don Enrique el Doliente, se concibe y se comprende bien: el rey era entonces menor, y tenia muchos tutores y gobernadores ambiciosos y avaros; empero que tan desoladoras escenas tuviesen lugar cuando reinaba un rey de veinticinco años, cuando no habia tutores ni gobernadores, sino un solo favorito á quien estaba el rey obligado, en bien de sus pueblos y en el suyo propio, á poner á raya, es verdaderamente triste y escandaloso.

Y al mismo tiempo que el rey no comia si sus criados no proporcionaban lo necesario, para pagarlo *en su dia*; á la vez que la miseria era tan general y aterradora; cuando todo eran ayes y suspiros y lástimas, el duque de Lerma insultaba á la miseria pública con sus riquezas y deslumbraba á todos con su ostentoso lujo, y no se quedaba atrás la córte. Al finalizar Setiembre, con motivo del nacimiento de la infanta doña Ana Mauricia (nació el dia 22), la córte demostró su regocijo, como si se nadara en la abundancia: se hicieron los mismos costosos festejos que en ocasiones análogas anteriormente se habian hecho, y el rey concedió pensiones, rentas y mercedes de todas clases, sin saber cómo se pagarian, aunque no por esto dejaban de echarse nuevas y enormes cargas sobre el presupuesto general. Debemos advertir, aunque el lector lo habrá ya supuesto, que en las concesiones tuvieron la principal parte los favorecidos y parientes del duque de Lerma. El desatentado favorito inventaba cada dia una nueva diversion, empeñando más y más las rentas del rey con los enormes gastos de banquetes, saraos y diversiones dentro del real alcázar; y en asistir á ellos y á las partidas de montería y cetrería pasaba su tiempo Felipe III, olvidado del reino, y en tan *útil* ocupacion le cogió el término del año.

FLANDES.

Comenzó el año atacando á Rhinberg Mauricio de Nassau. El

sitio se prolongó algunos meses; empero los medios de ataque eran mayores que los de defensa, y Rhinberg se entregó, saliendo sus defensores, mandados por Luis Dávila, con todos los honores de la guerra.

Al mediar el año llegaron á Flandes los tercios de Italia, mandados por D. Juan de Bracamonte, Juan Thomás Spina, el conde Tribulzio y el marqués de la Bella. Reforzado de tal modo el ejército, determinó el archiduque Alberto sitiar á Ostende. La importancia de esta plaza y sus medios de resistencia obligaron al archiduque á hacer tales preparativos, que casi consumieron el resto del año; y aunque en el 1601 comenzó el sitio, los detalles de este nos obligan á referir lo ocurrido al tratar del siguiente año, en que terminó aquel.

AÑO 1602.

ESPAÑA.

Comenzó el año con saraos y festines, como habia terminado el anterior; pero no por esto dejó el rey de hacer presente á las Córtes la extrema necesidad en que se hallaban el público tesoro y el mismo monarca. No solamente no habia dinero en caja, sino que se debian enormes sumas. Como era forzoso presentar la causa ó el origen de tan fatal estado, el ministro, lejos de echar la culpa á sus prodigalidades y dilapidaciones, no tuvo dificultad en hacer que el hijo echase la culpa al padre; esto es, hizo decir á Felipe III que Felipe II habia dejado agotado el tesoro: con esto y con recordar los muchos gastos hechos para llevar á cabo dos desgraciadas expediciones, se creyó bastante justificada la verdadera ruina del erario. La primera de ambas expediciones fué preparada contra Inglaterra: se dispuso una grande armada; empero una terrible tormenta, que no parece sino que estas estaban á la disposicion de los ingleses, la dispersó apenas perdido de vista el puerto. La otra expedición, no ménos desafortunada, fué contra Argel.

Confesamos francamente que deseariamos podernos evitar el disgusto de referir lo ocurrido durante el reinado de Felipe III; mas ya que esto no sea posible, seremos en cambio bastante lacónicos. No fué su hijo ciertamente buen rey: perdió tanto, que apenas le quedó que perder; pero al ménos fué su reinado de felicisima recordacion para las letras españolas. En el del tercer

Felipe, todo es miserable y raquítico; todo es miseria, todo calamidades; los pueblos oprimidos y vejados, no pueden pagar los impuestos, y apenas se recauda una mitad ó una tercera parte de las contribuciones; no cesan ni un momento los actos de piratería de los ingleses, que asaltan los galeones que vienen de América; Italia, en vez de producir, saca recursos de España; y Flandes exige y consume, no solamente sin dar, pero sin dejar esperanza de que dé algun dia. ¿Y qué hace en tanto Felipe III? Pasa el tiempo en viajar, asiste á saraos y festines, caza y..... ¡juega á la pelota!!

No hacia lo mismo el duque de Lerma. Abusando de la bondad del rey, y conociendo así su incapacidad para el mando como su poca laboriosidad, le aconsejaba que se distrajese y descargase sobre él el peso del gobierno. El de Lerma atendia únicamente al gobierno de su propia casa; esto es, se apropiaba sin rubor ni empacho todos los cargos más lucrativos, y durante su funesta administracion se vendian á peso de oro los vireinatos y todos los más importantes empleos y oficios.

De la administracion del *memorable* duque trata muy exactamente un autor español, en la popular y divertida obra titulada *Historia de Gil Blas de Santillana*. En ella figuran muchos personajes cuyos nombres anagramados dejan comprender clara y perfectamente los verdaderos. El duque de *Melar* es el célebre favorito de Felipe III, á quien ayuda y sirve de agente en la venta de destinos el *baron del Roncal*, que no es otro que el desgraciado D. Rodrigo Calderon, luego conde de la Oliva.

Está tan exactamente fotografiada la córte de Felipe III en aquella obra recreativa, como que lo fué de uno de nuestros célebres escritores, coetáneos del de Lerma. Aprovechamos la oportunidad que á la mano hemos encontrado, para desmentir á los que en nuestros dias se atreven á imprimir, fuera de España, que dicha obra es original de M. Lesage. Algunos editores españoles lo han repetido porque lo han dicho en Francia; y los que más se han atrevido á hacer en favor de nuestras glorias literarias han dicho, hablando del *Gil Blas*, que es obra *publicada en francés por M. Lesage, y traducida al castellano por el Padre Isla*.

Solo en una edicion, la primera, si no estamos equivocados, que se publicó en España ilustrada con profusion de láminas, se ha avanzado más, y se ha tratado de probar el origen español de la obra en cuestion. Los editores, cuyo amor patrio es muy digno de elogio, puesto que se han separado del único fin que generalmente mueve á los que publican obras literarias, se re-

fieren en sus datos y pruebas al canónigo Llorente, que se ocupó de probar el verdadero robo literario del citado Lesage.

Hoy está fuera de toda duda que el verdadero autor del *Gil Blas de Santillana* fué el célebre D. ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEIRA, autor de la *Conquista de Méjico*, cronista mayor de las Indias y, como antiguamente se decía, *covachuelista*. Como oficial de secretaría, estaba muy profundamente enterado de los manejos del duque de Lerma, como lo estuvo despues de la administracion del conde de Lemus, á quien llama conde de *Su-mel*; del de Uceda (Duzae), y posteriormente, en tiempo de Felipe IV, de la del famoso conde-duque de Olivares, que presenta bajo el título de *Valdeories*.

No siéndole posible dar á la imprenta su célebre obra estando en el poder aquellos mismos personajes á quienes atacaba, el francés Lesage le ofreció publicarla en Francia, sin poner nombre de autor ninguno. Convino á Solís la proposicion, porque esperaba grandes utilidades de la obra; mas el francés luego que se vió en Paris la publicó como suya, y el verdadero autor tuvo que consentir en ser robado, porque no podia descubrirse, y nada le convenia más que el callar. Los mismos franceses, en un *Diccionario* de hombres célebres, al tratar de Lesage dicen que era más á propósito para vestir y engalanar los pensamientos ajenos, que para producirlos originales.

Hemos aprovechado la oportuna ocasion para vindicar á nuestro compatriota Solís, porque su *Gil Blas*, sin ser un *Don Quijote*, es, á juicio de algunas autoridades literarias, obra de mucho ingenio y de no pequeña importancia. A vuelta de episodios ideales y de sumo entretenimiento, retrata exactamente á todos los principales personajes de las córtes de Felipe III y de su hijo Felipe IV.

EXPEDICION Á IRLANDA.

En medio del anhelo y afan que demostraba el de Lerma por enriquecerse y aumentar su tesoro, no pudo ser indiferente á los continuos insultos de los ingleses. Sin estar en guerra con ellos, partiendo su poco noble tarea con los holandeses, de continuo asaltaban las costas españolas; si dejaban reposar algun tiempo á estas, era para invadir los dominios americanos; y ya en Canarias, ya en las Azores, ya en las posesiones ultramarinas correspondientes al reino lusitano, jamás dejaban sosegar á España,

y siempre á la insufrible molestia se seguía el perjuicio de los robos y talas que á las invasiones eran consiguientes.

Tales fueron los motivos que impulsaron al de Lerma, en medio de los saraos y banquetes, para que preparase la armada de que poco hace hemos hablado, al mando de D. Martín de Padilla, sin perjuicio de estar sosteniendo diarios choques nuestra marina con los insolentes invasores. Los elementos se encargaron, como siempre hasta entonces, de proteger á la protestante Albion; y debió ser, como antes de ahora hemos dicho, para castigo de la desmoralizada Europa. A no ser así, ¿cómo había de haberse tantas veces librado de la justa ira española la reina tres veces excomulgada?

Como en los parciales encuentros las ventajas y las desventajas casi quedaban en rigorosa alternativa y nunca ocurría un decisivo triunfo, y como había fracasado la expedición de cincuenta buenos buques mandados por Padilla, el de Lerma pensó nada ménos que en la conquista de Irlanda.

Con un Carlos I ó un Felipe II, con sus ministros y con sus generales, hubiera podido ser más ó ménos realizable la proyectada empresa; mas con un Felipe III y un duque de Lerma parece tan atrevida, que solo al ver que en ella piensan tal rey y tal ministro, se presupone y cree que la arriesgada empresa de necesidad ha de fracasar.

Surgió tal proyecto en la mente del favorito, á consecuencia de haberse sublevado la Irlanda contra su soberana la *reina doncella*. Esta, que siempre tuvo á los irlandeses sujetos con yugo de hierro, que siendo como eran en su mayor parte católicos los miraba como esclavos, llegó á vejarnos y oprimirlos tanto que agotó su sufrimiento y dió al traste con su resignación.

Algunos nobles favorecieron el movimiento; y entre ellos el conde de Tyron se puso al frente de los sublevados. El de Lerma, comprendiendo que era la ocasión muy oportuna, dispuso una armada y la dotó con seis mil soldados á quienes dió por supremo caudillo al maestre general D. Juan de Aguilar, y por segundo al maestre Ocampo.

Hizose por dos partes el desembarco. Dos tercios de la fuerza española desembarcaron con Aguilar en Kinsale, y el resto lo verificó con Ocampo en Baltimore. Sin duda se daba la empresa por muy segura, porque ya que no incendiaron las naves como Cortés lo hizo movido por un rasgo de valor apenas concebible, despidieron la armada, cuyo almirante, llamado D. Diego Brochero, se hizo á la vela para Lisboa, tan pronto como dejó en tierra al pequeño ejército.

Llegaron tan oportunamente los españoles, que casi al desem-

barcar, fué vencida la insurreccion por sir Montjoy, virey de Irlanda. Sin embargo, como al vencer á los sublevados no se dominan los corazones de estos, animados aquellos con la llegada de Aguilar y con la proclama que este hizo repartir profusamente, agrupáronse algunos en torno del estandarte del conde de Tyron, y este, reunidos unos cuatro mil hombres, se unió á D. Juan de Aguilar, ó más bien con Ocampo, y juntos dieron una batalla sin plan y sin tomarse el trabajo de procurarse buenas posiciones al ménos. Apoderados de las mejores los enemigos antes de comenzar el choque, hubiéranse las quitado, empero, los valerosos españoles, á no haberse puesto en fuga los irlandeses apenas roto el fuego. No solamente huyeron los que pertenecian á la clase vulgar; huyeron tambien los jefes, y entre ellos el conde de Tyron.

Aguilar y Ocampo, lo mismo que sus soldados, pelearon como tenian de costumbre en todas partes nuestros compatriotas. El segundo de ambos caudillos quedó prisionero con algunos oficiales; murieron cerca de ciento ochenta, incluso los soldados, y los demás, batiéndose como leones y perdiendo terreno, se retiraron á Baltimore unos, y otros á Kinsale.

El mal éxito de esta batalla se debió á la cobarde fuga de los irlandeses, puesto que los españoles componian muy corto número para hacer solos frente á las tropas enemigas. Sin embargo, quiso Aguilar terminar con honra aquella descabellada expedicion: al efecto mandó un mensaje ó parlamento á sir Montjoy, ofreciendo entregarle las plazas de Baltimore y de Kinsale que poseia, á trueque de una capitulacion que fuese digna de su nombre y del valor de sus soldados. Pidióle el virey condiciones expresas; Aguilar respondió que para entregar las plazas queria:—
1.º Salir con sus soldados, con todos los honores de la guerra.—
2.º Ser trasportados á España en buques ingleses.—Y 3.º Que otorgara y asegurara el virey un amplio indulto y olvido de cuanto habia pasado á los ciudadanos de ambas plazas, Baltimore y Kinsale. Si no, indicó que se sostendria, y al último extremo volaria las dos plazas.

Las condiciones de capitulacion presentadas por Aguilar, prueban su valor y nobleza; en ellas cuidó de su honor y del de las armas españolas, y no descuidó á los irlandeses de las dos plazas en cuestion, quienes privados del apoyo y proteccion de los españoles, quedaban muy expuestos á sufrir el rigor y aun crueldad de los ingleses, enemigos capitales, aun sin mediar la insurreccion, de los irlandeses.

Montjoy aceptó las condiciones, en virtud de lo cual se publicó el amplio indulto; Aguilar salió con banderas desplegadas y

batiendo marcha, y regresó con los suyos á su patria en una escuadra inglesa. Su entrada en España, y despues en la córte, fué muy celebrada.

AÑO 1603.

ESPAÑA.

Cuando comenzó el año luchaban las dos terceras partes de los españoles con la miseria, que cada dia se aumentaba, en tanto el favorito henchia sus arcas y vendía destinos, por lo cual sufrió estrecha y rigorosa prision el secretario D. Iñigo Ibañez, que se atrevió á denunciar la desmoralizacion que se notaba en el manejo de los públicos negocios.

El de Lerma, que no se descuidaba en buscar remedio á la pública y general miseria, como cuando mandó inventariar toda la plata labrada, discurrió para hacer frente á la escasez de numérario el doblar el valor de las monedas de vellon, dando valor de cuatro á la de dos, de ocho á la de cuatro y así de las demás. Mandó poner á la nuevamente acuñada el signo del aumento, y á la acuñada ya, una marca que indicaba aquel.

No faltó quien creyó de buena fé que el de Lerma habia hallado la verdadera panacea, y que el terrible mal iba á encontrar seguro remedio. Pero apenas se puso por obra el arbitrio, cuando al compás que el valor de las monedas se duplicó, se duplicó tambien el de las mercancías, al mismo tiempo que los extranjerros, siempre prontos á especular noble ó innoblemente, hicieron caer sobre España fabulosas cantidades de moneda de vellon contrahecha. Afirma la historia que al liquidar la moneda de vellon de España habia en esta 6.320,440 ducados y despues de lo antes referido se encontró en vez de aquella cantidad VEINTIOCHO MILLONES. Tanta llegó á ser la abundancia de cobre, como la escasez de plata; el cambio de esta llegó desde el 20 hasta el 40 por 100, y en algunas ciudades, no villas ni aldeas, fué preciso que las autoridades representasen al rey para que permitiese hacer en cobre algunos pagos que se exigian en plata, tales como el de la bula, porque no se encontraba persona que tuviese en dicho metal ni aun el valor de dos reales de vellon, que costaba la expresada bula.

Aprovecharon la oportuna coyuntura los judíos conversos y cristianos nuevos que residian en Portugal y que anhelaban sa-

lir del miserable estado de proscriccion en que se hallaban, para pedir que desapareciese la interdiccion que no les permitia obtener cargos públicos.

Dirigiéronse, pues, á Felipe III y ofrecieron entregar un millon y seiscientos mil ducados (diez y siete millones y seiscientos mil reales), con tal de que el monarca español impetrase del Sumo Pontífice la absolucion de los pasados errores relativos á la fé, y la habilitacion, ó aptitud, para obtener empleos y cargos públicos.

Apenas habia sido entregada la peticion á Felipe III, cuando algunos prelados y magnates portugueses se presentaron al rey, y le hicieron presente la inconveniencia de acceder á semejante demanda. No lograron, empero, más que detener por algunos dias la resolucion; sin embargo, como habia escasez de metálico y se trataba de tomar dinero, el de Lerma decidió en favor de los suplicantes, despues de consultado el consejo; mas es sabido que todos se plegaban á la voluntad del ministro.

Las consideraciones religiosas que los prelados lusitanos hicieron al rey presentes, no evitaron el que Felipe III, ó el ministro en su nombre, pidiese al Sumo Pontífice la absolucion en favor de los judios, bajo la expresa condicion de que habian de servir á S. M. con UN MILLON Y OCHOCIENTOS MIL *ducados*.

Llegó el breve de absolucion; y cuando los peticionarios supieron tan grata novedad, pidieron un plazo de cinco años para hacer efectiva la suma ofrecida. Con este motivo se suspendió la publicacion del breve absolutorio.

CÉLEBRE SITIO DE OSTENDE.

Vamos á reseñar brevemente lo ocurrido en el sitio de Ostende, que fué de los hechos más célebres que ocurrieron en la guerra de los Países-Bajos despues del fallecimiento del inmortal Alejandro Farnesio. Cuando este mandaba las armas en Flandes, cada dia se consumaban hechos más ó menos importantes, empero todos eran dignos de ser legados á la posteridad: muerto el héroe de Flandes, los acontecimientos que tuvieron lugar en tan célebre como funesta y costosa guerra casi perdieron toda su importancia.

Era Ostende muy fuerte plaza, difícil de expugnar. Hallábase situada orilla del mar del Norte; estaba construida sobre terreno arenoso; circundábanla diversos canales, y estaba ceñida por fuertes y dobles murallas, con sus rebelines, torres, fosos y

cuanto en aquellos tiempos constituía una plaza fuerte de primer orden: es decir, que se la consideraba fuerte por naturaleza y por arte.

El archiduque Alberto era príncipe valeroso y fuerte; mas no era tan entendido en asuntos de guerra, como los que le habían precedido en el mando de las armas en Flandes. Supónese que hablamos del conde de Fuentes y de otros caudillos; pero no del duque de Parma, cuya figura descuella sobre las de todos los generales de su siglo.

Además de las dificultades que presentaba la plaza para ser tomada, estaban los de Ostende fuertemente apoyados y favorecidos por Enrique IV de Francia; Isabel de Inglaterra no los auxiliaba ménos, como que ayudándolos eficazmente servía á la causa protestante y perjudicaba á España, cosas ambas sumamente gratas para ella; y como si el apoyo de Francia é Inglaterra no fuese bastante, se unieron todos los príncipes protestantes de Alemania, para favorecer tambien á los de Ostende, sin contar con todas las provincias rebeldes de los Países-Bajos que, naturalmente, formaron decidido empeño en apoyar á Ostende y evitar su rendicion. Con todas estas dificultades se dispuso á luchar el archiduque Alberto, debiendo advertir que no fué suya la idea de emprender aquel sitio, sino del consejo de generales; pero ya puestas las líneas de circunvalacion, comprendió el archiduque la imposibilidad de retroceder: era empeño de honor el no levantar el sitio; porque la Europa entera tenia fija la atencion sobre aquel caudillo que habia, quizá temerariamente, emprendido lo que el gran Alejandro Farnesio no se determinó á emprender. Tenia, empero, el archiduque buenos generales, que hicieron verdaderos prodigios, especialmente al tratar de interceptar la comunicacion de la plaza con el mar.

Mandaba en Ostende Francis de Vere, inglés, el cual hostigado por los sitiadores, propuso al archiduque capitulacion; y aquel se creyó dueño de Ostende y su honor militar á cubierto de toda murmuracion. Tanto llegaron á formalizarse los tratados, que se cambiaron rehenes; y cuando estaba para hacerse la entrega, teniendo ménos cuenta el inglés con su decoro que con su conveniencia, se retractó de todo lo propuesto, y faltando escandalosamente á su palabra, deshizo todo lo hecho. Este vergonzoso y repentino cambio de Vere, consistió en que inopinadamente recibió refuerzos y socorros de Zelanda.

Grande enojó tomó el archiduque á consecuencia de la mala fé del inglés; y para vengarse determinó dar un asalto general. Rara vez las impetuosas resoluciones hijas de la venganza dan buenos resultados; porque como ella es ciega, á aquellas acom-

pañía casi siempre el desacierto. El asalto, dado con un valor admirable, fué infructuoso y costó muchas vidas, pereciendo algunos oficiales y aun jefes.

Irritados á su vez los soldados, al ver que temeraria y locamente se les habia llevado á una ruina segura, se amotinaron: el archiduque mandó fusilar á los cuarenta que resultaron más culpados en el motin; y como el castigo siguió tan inmediatamente á la comision del crimen, aquel impuso tanto que instantáneamente se restableció el orden.

Habian trascurrido muchos meses desde que se establecieron las líneas del sitio; y ya por las pérdidas ocasionadas por el asalto, ya por las habidas en los choques anteriores, y ya, en fin, por las enfermedades y escaseces, el ejército sitiador habia disminuido bastante, al mismo tiempo que Francia, Inglaterra, la parte protestante de Alemania y los rebeldes flamencos habian contribuido en favor de los herejes hasta el punto de poder reforzar su ejército hasta hacerle muy superior en fuerza numérica al del archiduque.

Mauricio de Nassau, que sabia aprovechar las ocasiones y no desperdiciar las circunstancias, comprendiendo que el archiduque tenia bastante con atender á Ostende y que de allí no podia retirarse sin mengua de su honor, reunió un ejército de treinta mil hombres, y con él penetró en Brabante.

Cuando llegaba casi á su término el año 1603, ocurrió al archiduque una idea, que le pareció el único medio de salvacion. Comprendió que para que sus armas saliesen airoas de un empeño que ya á la sazón tan costoso era de sangre y de dinero, era menester alguna cosa más que el valor personal, en el cual á nadie cedia. Pensó que era menester más inteligencia en la ciencia de la guerra de la que él tenia; y con un conocimiento de sí propio que honra mucho su memoria, determinó ceder el puesto á quien más conviniese, salvando el honor de las armas, del cual debia cuidar antes que del suyo personal.

Al tratar de encomendar tan magna empresa á otras manos, se fijó en un caudillo, que por caudillo comenzó la carrera que es tan difícil y espinosa, aun empezándola de subalterno y reuniendo los conocimientos prácticos, tan importantísimos, á los teóricos que son tambien tan necesarios. Fijóse, pues, en el marqués de Spínola, circunstancia que prueba el buen tacto del archiduque; porque nadie tenia á semejante guerrero por hombre capaz de acometer empresas mucho ménos importantes que la de Ostende.

Nadie le conocia como caudillo, y la resolucion del archiduque la miraron muchos como desacertada, cuando se le consideraba

ménos inteligente que el mismo Alberto, y habia en el sitio muchos buenos y prácticos generales.

Ambrosio, el marqués de Spínola, tenia un hermano llamado Fadrique, ó Federico; eran ambos genoveses, y ambos estaban ávidos de guerrera gloria. Ganosos de bélica fama ofrecieron sus espadas á Felipe III, y Fadrique, que era perito como marino, propuso al monarca español la formacion de una armada que se dirigiese á destruir las de Holanda y Zelanda, que eran, en su concepto, las que favorecian á los sitiados de Ostende, y sin cuya destruccion jamás se rendiria la sitiada plaza.

Dió el de Lerma á Fadrique Spínola seis galeras, y sin más armada se dirigió el valiente genovés á Flandes, y sin otros elementos desde el canal de la Esclusa hizo grandes perjuicios á los enemigos.

Regresó á España y á la córte para pedir más naves, animado con el buen éxito de su primera expedicion. Concediéronsele otras ocho; pero fué tan desgraciado que perdió dos antes de salir de las aguas de España y tres en el canal de la Mancha; por manera que de las ocho solo tres le quedaron, con las cuales llegó á incorporarse con las seis que primero le habian dado.

Renovó su gloriosa campaña marítima haciendo inmensos daños á los holandeses y zelandeses, hasta que una bala fatal que le hirió en la cabeza dió fin á su breve y gloriosa vida, en un fuerte combate naval. El marqués, hermano de Fadrique, que decididamente se habia puesto de parte del rey de España, afirmó su decision con el deseo de vengar la muerte de su querido hermano.

Puesto de acuerdo con el bizarro conde de Fuentes, que á la sazón era gobernador de Milan, levantó en aquellos países un ejército de ocho mil hombres, é improvisándose supremo caudillo, á la cabeza de aquellos tomó el camino de Ostende.

Llegó tan oportunamente, que el archiduque ya vacilaba entre levantar el sitio ó resignarse á perecer. El ejército no podia ya con la fatiga continuada uno y otro dia y uno y otro mes. Las fortificaciones, los aproches, los más difíciles trabajos eran deshechos por efecto del suelo sobre que se ejecutaban, jamás seguro como compuesto de movediza arena, y por las aguas de las diarias mareas; los sitiadores eran quintados, no diezmadados, por el certero plomo enemigo; y el de Nassau, comprendiendo que el archiduque no podia distraer sus fuerzas de Ostende, campaba libre y sin obstáculo y se posesionó de Grave, plaza respetable á tanta costa reconquistada por el gran Farnesio.

Para que nada faltase á aumentar la desesperacion del archiduque, sublevóse un cuerpo de buenos soldados italianos, cuyo

número se acercaba á tres mil, y puesto en armas se encerró en Hoogstraeten. Arrepentidos pronto, trataron de implorar gracia; pero como el de Nassau era general de ocasiones y circunstancias, hizo llegar hasta los insurrectos una proclama; prometiéndoles grandes ventajas; les recordó muy oportunamente la manera severa y cruel con que el archiduque habia castigado la anterior insurreccion, y tanto hizo, que el cuerpo de tres mil italianos, con gran dolor de los buenos, se alistó en las infames banderas rebeldes.

Entonces fué cuando desplegó todo su celo y toda su actividad el marqués de Spínola, para hacer grandes reclutas en Italia, gastando no poco dinero de su propio patrimonio, que era inmenso, y entonces fué cuando el archiduque Alberto comprendió lo que era Spínola y predijo lo que habia de ser algun dia.

España, que veia tan verdaderamente comprometido al archiduque, y con él á las armas nacionales, le socorrió cuanto la fué posible, si bien estaba en el estado de postracion y abatimiento que el lector ya conoce. En cuanto al archiduque, podemos decir que si bien lleno de gloria justamente adquirida por su valor personal, por su resistencia, actividad, constancia y sufrimiento, habia á aquella hora perdido la brújula: por esto decidió buscar quien se hiciese cargo de la direccion del sitio, sin dejar por esto el mando superior de las armas. Fijóse, como ya hemos dicho, en el marqués de Spínola; y este, cuando corria ya el mes de Octubre, aceptó el honroso pero difícil encargo, no sin vacilar y consultar primero á los jefes del ejército.

Tenemos frente á Ostende, para tomar una plaza que habia impuesto respeto al veterano duque de Parma, *que supo tomar á Amberes*, á un nuevo militar á quien la historia denomina con sobrada razon *general improvisado*. Pero todos los hombres quizá nacen predestinados para desempeñar en el mundo una mision más ó ménos importante, ménos ó más difícil; y quizá tambien el no ser todos los hombres consumados en la profesion que adoptan, consiste en que por sí propios, ó por voluntad y mandato agenos, yerran su vocacion.

Que el de Spínola nació predestinado para ser un gran general, está fuera de toda duda; y afortunadamente para él y para España, á la que dió tanta gloria, no tuvo quien contrariase su vocacion, y halló por el contrario quien le impulsase á seguirla.

Dueño de su voluntad, llegó á la edad de treinta años sin haber empuñado la espada de guerrero; habíala ceñido solamente como caballero, y más que para hacer uso de ella, *excepto en los lances de honor* que tan frecuentes eran en aquella época,

por mero adorno y porque ningun caballero dejaba entonces de ceñirla.

Como movido por un ignoto impulso, decidió ser militar, y en union de su hermano Fadrique ofreció á España sus servicios; este los aceptó. Ambrosio Spínola dejó las muchas comodidades que su inmensa fortuna le proporcionaba, y pasó á Flandes. Presentóse al frente de ocho mil italianos, y le acogió el archiduque con verdadero placer, que estaba en verdad muy necesitado de refuerzos. Hé aquí á un *paisano*, como hoy decimos, convertido en general; hé aquí tambien á un *general improvisado*; á quien se encomienda el sitio de una plaza que lleva casi dos años de resistencia, á la que respetó el memorable y consumado caudillo el príncipe de Parma, y á la que el archiduque Alberto, general de bastantes años de experiencia en el militar servicio y que supo obtener notables triunfos sobre el gran Enrique IV, no ha podido rendir en una sucesion de muchos meses; y hé aquí tambien que apenas se encarga del sitio un guerrero de instinto, que jamás habia sido general, todos conocen que la fisonomía de la guerra, por decirlo así, cambia completamente. Las obras rápidamente avanzan; la plaza es cada vez más estrechada; los recursos escasean á los sitiadores; las baterías de los sitiados se multiplican, y los papeles se cambian: si los sitiados merman las filas de los sitiadores, estos diezman á aquellos, al revés de lo que hasta entonces habia sucedido.

Era Spínola á la vez general, maestro, capitán, soldado, infante, ginete, artillero, ingeniero, y esparciendo sus vívidos rayos por do quiera aquel inmenso foco de refulgente luz, permitásenos la figura, la comunicaba á todos los que le obedecian y los ponía en movimiento como por un impulso magnético, y todos eran todo para auxiliar al nuevo caudillo, y el enemigo se veía acosado y aterrado.

Al terminar el año, los de Ostende, antes tan erguidos y orgullosos, se creian perdidos; sus protectores reunidos en junta, comprendieron que si no se distraía la atencion de aquel terrible general que habia surgido para ellos como abortado por la tierra, el golpe terrible era inevitable. Toda esta incomprensible transformacion *era obra de tres meses*.

PAZ CON INGLATERRA.

Un golpe de muerte recibieron en el año 1603 los rebeldes protestantes de los Países-Bajos. El día 24 de Marzo falleció su decidida protectora; hablamos de Isabel, reina de Inglaterra,

que dejó de existir casi á los cincuenta años de haber ceñido la diadema, y cerca de los setenta y cuatro de edad.

Nada podriamos decir de quien tan mala fué como mujer, que no pareciese dictado por espíritu de parcialidad. No hemos negado ni negamos el talento que tuvo, y que tan mal y funestamente supo emplear, ni dejamos de comprender su verdadero patriotismo; pero por lo demás, siempre hemos creído hacerla rigurosa justicia, diciendo que fué un monstruo abortado por el infierno, verdugo en cuanto pudo de los católicos, sosten de la revolucion en donde quiera que la hubiese, protectora de sus súbditos que tantos actos vandálicos cometieron con España, asesino implacable de la hermosa María Stuard y de otras infinitas personas, así nobles como de humilde alcurnia.

Para evitar el que se nos tache de parciales, y dar algunas noticias de esta soberana que tanto figura en la historia, preferimos insertar aquí lo que de ella dice *un autor inglés*, John Lindgard, que siempre, á fuer de inglés, habrá procurado disimular hasta donde haya sido posible los defectos y malas cualidades de aquella reina inglesa. Vea el lector, sin embargo, lo que de ella dice:

«
 » La tranquilidad que mantuvo en sus estados (habla de Isabel)
 » durante su reinado de casi medio siglo, cuando estaban las na-
 » ciones vecinas agitadas por intestinas discordias, se consideró
 » como una muestra del vigor y prudencia de su gobierno. El
 » éxito de su resistencia al monarca de España y los males que
 » causó al que era dueño de tantos reinos, sirvieron para demos-
 » trar y dar una elevada idea de su poder militar y naval.»

Hasta aquí habla el escritor como inglés; empero nosotros como españoles, no dejaremos correr sus palabras sin el debido correctivo. Si Isabel de Inglaterra causó males al señor de dos mundos, no fué porque tuviese mayor poder militar y naval, ni mucho ménos; ni fué tampoco porque tuviese mejores marinos, mejores caudillos, ni mejores soldados, que eran á la sazón los mejores del mundo: eran los que *hacian estremecer la tierra con sus mosquetes*. Fué porque la Providencia Divina dispuso en su infalible y equitativa justicia que los elementos deshiciesen lo que tan bien dispuesto y prevenido estaba. Las tempestades, movidas solamente por la voluntad de Dios, pelearon por los ingleses: triunfos verdaderos durante el reinado de Isabel, ¿cuáles contaron? ¿*Los de la campaña de Flandes obtenidos por el favorito Leicester*? ¿O llamarán triunfos á las piraterías del funesto Drake y á otros hechos análogos? Si así fuese, por su propio honor valia más que no los recordasen.



© DIBUJADA, dib.º y lit.º

Lit. de J. DONOR Madrid.

Ysabel de Inglaterra.



«Era tanta, prosigue Lingard, su vanidad y el aprecio que
 »hacia de su hermosura, que hizo anunciar al pueblo *por medio*
 »*de un edicto*, que ninguno de sus retratos hacia justicia al ori-
 »ginal: que habia, por lo tanto, resuelto mandar hacer uno de
 »exacto parecido á un hábil artista, y que entretanto prohibia
 »espresamente pintar ni grabar retrato ninguno de su persona
 »*sin su permiso*, ni exponer al público los que estuviesen ya
 »hechos *hasta que estuvieran asimilados á su satisfaccion al que*
 »*les daria á conocer la* AUTORIDAD. Comprendiendo que el elo-
 »giar su hermosura era un medio de complacerla, todos á porfia
 »la adulaban bajamente y elogiaron á ella misma su hermosura
 »hasta en sus últimos años. Cuando falleció, se encontraron *de*
 »*dos á tres mil vestidos* en sus guarda-ropas, innumerable can-
 »tidad de joyas y riquisimas albas, casi en su totalidad regala-
 »das por sus amantes, por sus cortesanos,» etc.

Como esta reina que tanto talento tuvo, le olvidó para dejarse poseer de la vanidad de su rostro y persona hasta el ridículo punto que el lector ha visto, damos un exacto retrato suyo, sacado de un original hecho en Lóndres en 1567, el cual *circuló con permiso de la reina*, á fin de que no asalte al lector la irresistible curiosidad al ver que la hermosura de la reina, segun ella misma, mereció el ridículo edicto de que poco antes hemos hecho mencion. Fué bella, en efecto, pero no tanto como la desventurada Maria Stuard; sin embargo, tal como fué puede juzgarla el lector por el retrato que va al frente. Prosigamos con Lingard:

«En cuanto al carácter de Isabel, fué exactamente parecido en
 »la irritabilidad al de su padre. La desatencion más pequeña ó
 »la más ligera provocacion exaltaba su cólera de increíble ma-
 »nera. Su conversacion iba siempre mezclada de horribles jura-
 »mentos; si creciendo el enojo llegaba hasta el furor, pronuncia-
 »ba las más *terribles imprecaciones y las más groseras inju-*
 »*rias*; pasando de las palabras á los hechos, sus damas, los
 »cortesanos y aun algunos de los primeros funcionarios de su
 »reino sintieron mas de una vez *el peso de su mano*. En una
 »ocasion *asió por el cuello á Halton, dió un bofeton al conde*
 »*mariscal y escupió á SIR MATTHEW.*»

Esto dice un inglés de su gran reina, y continúa:

«Habia manifestado á su Parlamento el deseo de que se escri-
 »biera sobre su sepulcro el título de REINA VIRGEN; *pero una mu-*
 »*jer que desprecia las apariencias no puede ser reputada como*
 »*casta.*»

Para no molestar más al lector, puesto que nuestro deseo se reduce á que conozca á la que tan alabada ha sido como reina,

concluiremos por decir que Lingard pinta despues los *actos de cinismo de la reina virgen*, sus licenciosas costumbres, *que sobrevivieron al fuego de las pasiones, sin apagarse con el hielo de la ancianidad*, y dice, en fin, que la córte seguía, naturalmente, el ejemplo de su soberana.

Veamos ahora de qué modo regia su reino, y recordemos que lo que el lector va á leer está tambien escrito por un autor inglés:

«El principal objeto de los parlamentos era dar dinero, arreglar los pormenores del comercio, y hacer leyes para los intereses locales é individuales. Concedia, si, á la cámara baja libertad en la discusion, pero debia ser una decente libertad, la libertad de decir *si ó no*: los que traspasaban esta regla se exponian á sentir el peso de la cólera real..... Esta reina no economizó la sangre de sus súbditos. Ya hemos recordado los estatutos que ponian pena de muerte por opiniones religiosas. Agregáronse á ellos nuevas felonías y nuevas traiciones durante su reinado: y la astucia de los jueces dió á estos actos la aplicacion mas estensa..... Los historiadores que celebran los dias tejidos de seda y oro de Isabel, han pintado con brillantes colores la felicidad del pueblo que vivió bajo su dominacion. A estos podria oponérseles el triste cuadro de la miseria nacional hecho por los escritores católicos de la misma época. Pero unos y otros han mirado las cosas bajo un punto de vista demasiado estrecho. Las disensiones religiosas habian dividido la nacion en partidos opuestos, siendo casi iguales en número los oprimidos y los opresores..... Es evidente que ni Isabel ni sus ministros comprendian los beneficios de la libertad civil y religiosa..... El código sanguinario que instituyó contra los derechos de la conciencia ha dejado de manchar las páginas del libro de los estatutos, y el resultado ha probado que la abolicion del despotismo y de la intolerancia no favorece ménos á la estabilidad del trono que al bienestar del pueblo.»

Por muerte de la fatal Isabel de Inglaterra, cuya falacia y negro corazon se vió al mandar prender á María Stuard, que se presentaba á ella confiada en el *medio diamante* y la carta de que el lector tiene ya noticia, subió al trono Jacobo VI de Escocia, I de Inglaterra, el hijo de la hermosa y noble víctima de Isabel, quien ya que arrancó la corona de las sienes de la madre, no pudo impedir que el hijo ocupase el trono que legítimamente le pertenecia.

Jacobo VI, aunque *no tan limpio* en creencias religiosas como su bella madre, habia heredado de esta el carácter amable y pacífico. Apenas empuñó el cetro, determinó establecer relaciones de paz y buena amistad con todos los soberanos de Europa.

Por esto al felicitarle, en nombre de Felipe III, D. Juan de Tassis, conde de Villamediana, por su advenimiento al trono, Jacobo VI le indicó que deseaba vivamente estrechar su amistad con España.

Con tal motivo hizo marchar el rey Felipe á D. Juan Fernandez de Velasco, el cual se presentó en Lóndres como embajador del que era aún soberano de dos mundos, seguido de una numerosa y magnífica comitiva de magnates y caballeros españoles.

Pasó Velasco á conferenciar con los archiduques; y nombrando estos sus representantes, partieron los elegidos de Bruselas y entraron con los de España en la capital de Inglaterra, siendo recibidos con las mayores muestras de distincion y de afecto. Hé aquí las bases en que fundaron el tratado de paz los plenipotenciarios de los tres Estados:

«Buena, sincera y perpétua é inviolable paz y confederacion
»entre los dos monarcas y los archiduques, sus herederos y sus
»sucesores. — Cesár en las hostilidades. — Olvido de todas las
»ofensas y daños hechos por una y otra parte y mutuamente du-
»rante la guerra. — Ni dar ni consentir auxilio, directo ni indi-
»recto, un monarca contra el otro. — Renuncia de toda liga, ó
»confederacion, en perjuicio de cualquiera de ambas partes con-
»tratantes. — No permitir piraterias, y revocar absolutamente
»las comisiones y cartas dadas para este objeto. — El rey de In-
»glaterra conservaria por el tratado de paz todas las plazas to-
»madas á los rebeldes en las islas. — No podria dar auxilio á
»los rebeldes, ni socorro alguno, antes los excitaria á acogerse
»á sus principes y entrar en acuerdo con ellos. — Libertad de co-
»mercio entre los súbditos de España é Inglaterra, y libre entra-
»da y salida de navios en los puertos de los tres Estados (Espa-
»ña, Flandes é Inglaterra). — Los ingleses no podrian traer á
»España mercaderias de las Indias; pero Inglaterra podria traer
»las suyas sin pagar el treinta por ciento antes establecido. —
»Tampoco podrian sacarse de España para trasladarlas á las
»Indias. — No se podria molestar á los súbditos ingleses en Es-
»paña por asuntos de conciencia y de religion, siempre que no
»diesen escándalo. — Daríase libertad á los prisioneros que hu-
»biese de una y otra parte. — Los archiduques prestarian oidos
»á los holandeses, para venir á ajustar condiciones de arre-
»glo,» etc.



AÑO 1604.

SITIO DE OSTENDE.

Cuando llegó la primavera y los elementos se tranquilizaron como para descansar de las continuas luchas del sañudo invierno, Mauricio de Nassau al frente de diez y ocho mil hombres de todas armas y con buen material de guerra se dirigió á poner sitio á la Esclusa, cuyo nombre hizo célebre el gran Alejandro Farnesio diez y seis años antes, por las dificultades con que luchó y que supo superar al ponerla sitio.

Esta fué, puede decirse, la primera vez que el de Nassau luchó sin ventaja, ó más bien, con desventaja, y sin aprovecharse de ocasiones y de circunstancias, poniendo á la Esclusa en estrecho apuro.

Mandaba en la sitiada plaza el maestre español Mateo Serrano, hombre de preclara fama como guerrero, el cual se sostuvo heroicamente algunos meses; empero no pudo librarla de caer en poder de Mauricio, á pesar del socorro prestado por D. Luis de Velasco, general de la caballería, que siendolo de la artillería libró á Nieuport, y del que trató de darla el marqués de Spínola, quien hizo todo lo posible tambien por socorrer la plaza. La escasez fué casi siempre el verdugo de los estados de Flandes: en aquella ocasion, los pocos recursos que de España iban á Flandes, se gastaban principalmente en Ostende; la Esclusa estaba desprovista cuando fué sitiada, y el hambre, que es en la guerra el más poderoso é irresistible aliado, peleó en la Esclusa en favor de Mauricio de Nassau. Baste decir que al salir de la plaza los defensores, en virtud de una honrosísima capitulación que su valor y sufrimiento supieron merecer, parecian verdaderos espectros; y en el corto trayecto de ménos de dos leguas que de la Esclusa hay á Damme cayeron muertos de necesidad bastantes guerreros.

La inevitable pérdida de la Esclusa irritó tanto á Spínola, que determinó tomar venganza de ella en Ostende. En efecto, fué obra de pocos dias el reducir al último apuro á los sitiados. Tanto discurrió el *nuevo general*, que segun la historia, aquello no era sitio; era un verdadero dédalo de reductos, trincheras, esplanadas, plataformas, puentes, fortificaciones, minas, hornillos, fortines y otras infinitas obras de ataque, siempre ganando ter-



C. MUYGA, del.º y inv.º

Celebre sitio y toma de Ostende.

Int. de J. DONON Madrid.



reno y poniendo á los defensores en el extremo caso de *no tener terreno sobre el cual defenderse*. En virtud de todo esto se rindieron, y el marqués de Spinola, como valiente que era, les otorgó condiciones honrosas como su valor y resistencia merecian. Por efecto de una de las condiciones de la capitulacion, los rendidos pasaron á la Esclusa, y el de Spinola, con los archiducos, penetró triunfalmente en la casi derruida Ostende, quedando admirados Isabel y Alberto de las milagrosas obras ejecutadas bajo la direccion de Spinola, cuya fama se extendió con tal motivo rápidamente por Europa.

La rendicion se verificó el dia 20 de Setiembre, al cabo de casi tres años de sitio, durante los cuales se derramó tanta sangre y tales pérdidas sufrieron amigos y enemigos, que se calculan los muertos de una y otra parte en el enorme número de CIENT MIL. Véase la siguiente curiosísima nota:

«Murieron de nuestra parte, dice Vivanco, más de cuarenta
» mil soldados entre enfermos y heridos y de peste, y entre ellos
» más de seis mil personas de cuenta, tanto capitanes, alféreces,
» sargentos, oficiales mayores y maestros de campo, como entre-
» ténidos: de la parte del enemigo se tiene por relacion suya que
» pasaron los muertos de más de setenta mil hombres, y entre
» ellos siete gobernadores de la plaza, 15 coroneles, 565 capita-
» nes, 322 alféreces, 1,188 tenientes, 4,198 sargentos, 9,188
» cabos de escuadra, y pasados de 900 marineros.....» No sabe-
» mos de dónde pudo sacar tan minuciosa estadística el historia-
» dor ayuda de cámara de Felipe III.» —(Laf., T. XV, p. 335.)

Aunque se quiera decir que hay exageracion en lo preinserto, jamás se exageraria hasta este punto, si las pérdidas no hubiesen sido enormes. En cuanto al cálculo de los *cient mil hombres muertos*, están de acuerdo *Bentivoglio*, Grotius, Van Meteren y otros autores. Asusta en verdad que un capricho ó un empeño malamente llamado de honor, sea causa de que tan implacablemente se sieguen las vidas de los hombres como las espigas en el campo, y que así se prive á infinitas familias quizá de su único sosten.

Terminado el sitio de Ostende, se pactaron *tácitamente* treguas. El otoño habia concluido, y ambos ejércitos se retiraron á invernar y á reponerse, que bien lo necesitaban, de las enormes pérdidas que habian sufrido.

PORTUGAL.

En principios de 1604 tuvo término una farsa muy parecida á la que tan cara costó al *Pastelero de Madrigal*. En 1603, un

calabrés, llamado Marco Tulio Carzon (ó Corzon), trató de explotar las circunstancias. Comprendió que los portugueses estaban muy disgustados con el gobierno de Felipe III, cosa que tambien sucedia á todos los españoles, y se propuso resucitar al malogrado rey D. Sebastian.

Anuncióse en Italia, que era natural de una ciudad llamada Taverna, en la Calabria Uterior; y como eran dominios españoles las Dos-Sicilias, las autoridades tomaron cartas en el asunto. En algunas partes fué preso, en otras creído, y cuéntase que sabia representar tan bien su papel, que se presentaba con tanta dignidad y hablaba de tan misteriosa manera, que los mismos que le prendian le daban libertad, sin saber lo que creer; llegando el caso de poner en alarma al gobierno, y de mandar este se tomasen serias y formales noticias y se hiciesen detenidos reconocimientos.

Dispuso todo tan perfectamente Marco Tulio, que en muy breve tiempo adquirió inmenso partido en Portugal. Los portugueses estaban disgustadísimos con Felipe III, y una gran parte creyó, ó fingió creer, que su D. Sebastian habia resucitado. Seria probablemente lo último, pues era bien notoria la muerte de aquel desventurado rey.

Todo el clero regular, casi en masa, se declaró en favor del *reaparecido rey*; porque desde el tiempo de Felipe II fué declarado enemigo de la dominacion castellana; pero á pesar de este apoyo, á la sazón no insignificante, era imposible sostener aquella farsa durante mucho tiempo, y ménos aún habiendo en Portugal un virey del temple, carácter y lealtad de D. Cristóbal de Mora, conde de Castel Rodrigo.

La comedia, risible en un principio hasta que pasó á ser tragedia, duró más de un año; porque comenzó en Italia en 1603. En el siguiente concluyó todo para Marco Tulio, puesto que llevado á Sanlúcar de Barrameda, fué sentenciado, despues de terminar un voluminoso proceso, á ser arrastrado, cortada la mano derecha, ahorcado y descuartizado.

Ejecutóse la sentencia, sufriendo la misma suerte aquellos de sus cómplices que más adictos habian sido á su rey, concomedores de la farsa, así como sus principales auxiliares para combinarla y ejecutarla. De estos, tres sufrieron con el calabrés la ejecucion de la sentencia.

Tambien sufrieron igual suerte, despues de degradados, dos religiosos que trabajaron mucho en favor del calabrés; y tantas ramificaciones tuvo este asunto, fué tan diferente esta farsa, en cuanto á importancia, de la del desdichado Pastelero, y tanto se presta á ser convertida en argumentos de dramas y novelas, que

nos creemos obligados á insertar algunos detalles, á fin de evitar el que se desfigure la historia por ignorancia; y si se desfigura, que sea por expresa voluntad y con conocimiento de causa.

«De entre los muchos documentos que hemos visto en el Ar-
»chivo de Simancas (nota de Laf., T. XV, pág. 298) relativos á
»este suceso (el de Marco Tulio, el calabrés), mencionaremos so-
»lo los siguientes:—Con fecha 9 de Marzo de 1603 escribía el
»virey de Portugal D. Cristóbal de Mora á S. M. que habia pre-
»so á un fraile que por orden del chocarrero (así llama al cala-
»brés que se fingia el rey D. Sebastian) habia ido á aquel reino
»con cartas particulares, y que le habia puesto en un castillo con
»grillos.—En 20 de Marzo decia el mismo D. Cristóbal al rey:
»Señor, recibí la carta de V. M. de 7 del presente, y tengo por
»cosa encaminada por Nuestro Señor con V. M. haber concurri-
»do en un mismo tiempo la prision destos dos embajadores, el
»que vino á la duquesa de Medina-Sidonia y el que vino acá, por-
»que segun la ignorancia y poca noticia de las cosas con que
»procede la gente popular deste reino, si se divulgara antes de
»tener presos los autores, no dejara de hacer daño, y por temer
»yo esto desde los principios destos negocios escribi á V. M. y
»le supliqué que mandase tener aquí á este chocarrero, donde
»fuese visto y justiciado públicamente, con que se arrancara de
»raiz este embaimiento, y aun agora estoy del mismo parecer,
»vista la nueva culpa que ha cometido.»—Da luego cuenta de lo
»que ha hecho con varios presos y de la reserva con que mandó
»al fraile á Sanlúcar á poder del duque de Medina-Sidonia.

»A 29 de Abril informa el Dr. Mandojana desde Sanlúcar
»al rey de haber puesto á cuestion de tormento al calabrés, y de
»que á la primera vuelta confesó la verdad, y consulta si se eje-
»cutará pronto la sentencia, ó esperará á que termine la causa
»de los dos frailes (Fr. Estéban de San Payo y Fr. Buenaventu-
»ra de San Antonio) en que entendia el arcediano de Sevilla.

»El 1.º de Setiembre el Dr. Luciano Negron, arcediano de
»Sevilla, da cuenta á S. M. de haber pronunciado sentencia con-
»tra los frailes, cuya copia envia.—El 2 de Setiembre el duque
»de Medina-Sidonia participa haber sido degradados los frailes y
»entregados al brazo secular.—Los cómplices declarados por la
»confesion de Fr. Estéban de San Payo eran:

- » Bernardino de Sousa, hidalgo de Aveiro.
- » Antonio Tavares, canónigo de Lisboa.
- » Lorenzo Rodriguez da Costa, canónigo Cuartanario de idem.
- » Salvador Moreyra, correo mayor de Aveiro.
- » Enrique de Sousa, gobernador que fué de Oporto.

- » Un criado suyo.
- » Diego Naro, juez ordinario de Aveiro.
- » Un notario de Coxin.
- » Sebastian Nieto, barbero, vecino de Lisboa.
- » Fr. Gerónimo de la Visitacion, del órden de Alcobaza, que estuvo en Roma por agente de su órden seis ó siete años.
- » D. Juan de Castro, que habia seguido el partido de D. Antonio.
- » Dos hermanos africanos criados de D. Francisco de Costa, embajador de Marruecos, que se hallaron en la batalla de Africa.
- » Pantaleon Pessoa, natural de la Guardia.
- » Sebastian Figuera.
- » Manuel de Brito, de Almeйда.
- » Thomé de Brito, de Braga.
- » Diego Manuel Lopez, mercader residente en Paris.
- » Francisco Antonio, soldado portugués.
- » N. de Lucero, natural de la isla de la Madera.
- » Diego Botello, el Buzo, que residia en Paris.
- » En 27 de Setiembre el Dr. Mandojana desde Sanlúcar avisa haberse ejecutado las sentencias contra el calabrés y tres de sus cómplices, Anibal Bálamo, Fabio Craveto y Anton Mendez, todos arrastrados y cortada la mano derecha, ahorcados y descuartizados.
- » El 21 de Octubre da cuenta de haber sido ejecutados los dos frailes.»

La siguiente sentencia contra Fr. Buenaventura de San Antonio nos informa suficientemente de muchos de los curiosos antecedentes de este negocio, y por eso no insertamos otras:

«En el negocio y causa criminal que ante nos el Dr. Luciano de Negrón, arcediano y canónigo de la santa Iglesia de Sevilla, ha pendido y pende por comision apostólica entre partes, de la una Sebastian Suarez, promotor fiscal, actor acusante, y de la otra Fr. Buenaventura de San Antonio, clérigo presbítero y fraile profeso del órden de San Francisco, natural de la villa de Alcacebas, en el reino de Portugal, reo acusado; vistos los autos y méritos de este proceso y lo demás que en esta parte convenia.

» Hallamos: que el dicho Sebastian Suarez, promotor fiscal susodicho, probó su acusacion contra el dicho Fr. Buenaventura de San Antonio, como probar le convenia acerca de los delitos de que fué acusado, dámosla y pronunciamosla por bien probada, de que sabiendo y confesando el dicho Fr. Buenaventura ser el rey nuestro señor el verdadero rey de Portugal

» y no otro ninguno y es su súbdito y vasallo, ayudó y favoreció
» por rey de Portugal á un Marco Tulio Carzon, calabrés, natu-
» ral de Taverna, que se fingia y decia ser el rey D. Sebastian,
» y habiéndose ido de Portugal á posta, y llegando á Venecia,
» donde tenia noticia estaba el dicho Marco Tulio Carzon, buscó
» á Fr. Estéban de San Payo, para saber del dicho fingido rey, y
» le ofreció su obra y prometió ayudar y favorecer al dicho Mar-
» co Tulio como á rey en lo que pudiese, despues de lo cual por
» haberle avisado uno de los cómplices en este delito que era
» menester ir á Portugal á buscar crédito de dinero para libertar
» al dicho Marco Tulio Carzon, que estaba preso en Nápoles, vi-
» no desde Francia á Lisboa el dicho Fr. Buenaventura á bus-
» car los dichos dineros entre los cómplices y demás conjurados
» de Portugal, y no llevándolos por no haberse fiado dél, volvió
» á Francia con intencion de pasar á Italia en busca del dicho
» Marco Tulio; y sabiendo en Mancilla de Fr. Estéban de San
» Payo que el dicho Marco Tulio habia pasado á vista de aquella
» ciudad en las galeras de Nápoles á España, se volvió desde allí
» en seguimiento, y llegando al reino de Valencia y siendo allí
» preso, se procedió contra él por el prelado de su órden, por
» acusacion que le pusieron de que habia dicho y afirmado que así
» como Dios era hijo de Santa Maria, era Marco Tulio el señor
» rey D. Sebastian: por ello y por haber andado vagando fuera
» de su religion tiempo de dos años, fué condenado á que saliese
» sin hábito delante de la comunidad del convento de San Fran-
» cisco de Valencia, y que le fuesen dados cien azotes, cuya sen-
» tencia fué en él ejecutada, y en destierro perpétuo de Portugal
» y reclusion en un convento de su órden en Valencia; volvió
» despues á reincidir allí en el mismo delito, diciendo las mismas
» palabras por que fué condenado, y quebrantando dicho destier-
» ro, huyéndose del convento de Valencia vino á Lisboa, donde
» habló con un cómplice de este delito y trató de este negocio di-
» ciendo y protestando por escrito firmado de su nombre ser el
» dicho Marco Tulio el señor rey D. Sebastian, y dejando allí su
» hábito de fraile y tomando el de lego, provision y dinero que
» le dió el dicho cómplice, se vino al Puerto de Santa Maria á
» verse con el dicho Marco Tulio, y le trajo un libro de memoria
» que le dió el dicho cómplice de Lisboa, en que le decia al dicho
» Marco Tulio que el dicho Fr. Buenaventura habia ido dos veces
» á Portugal y hecho oficio de fiel nuncio, y que escribiese carta
» para personas de Portugal con señales para que él la diese, que
» aprovecharian mucho, y en el mismo dicho libro escribió el
» dicho Fr. Buenaventura, y dió cuenta de sus viajes, y haberle
» venido á buscar; y que él era la persona que habia llevado un

«crédito para su libertad cuando estuvo en Nápoles, y que mu-
«chos caballeros de Portugal eran suyos pidiéndoles carta para
«ellos y ofreciendo llevarlas y que él y los amigos, aunque po-
«cos, bastaban para ponerle en posesion de su reino, y viendo
«allí al dicho Marco Tulio le habló en galera y confesó que cono-
«ciendo claramente el dicho Fr. Buenaventura que el dicho
«Marco Tulio no era el señor rey D. Sebastian, por haber co-
«nocido y visto muchas veces al dicho señor rey, y conocien-
«do cuán grave delito cometia el dicho Marco Tulio, le trató co-
«mo á rey y dijo que lo era, llamándole Magestad, y pidió es-
«cribiese cartas á personas principales de Portugal para que le
«reconociesen por rey, las cuales llevó el dicho Fr. Buenaventura
«al dicho reino de Portugal para inquietarlo y alborotarlo, y jun-
«tamente por el mismo intento llevó un papel de las armas de
«Portugal para que le reconociesen por rey, y una larga relacion
«con acuerdo de Marco Tulio que escribió un calabrés forzado de
«las galeras de Nápoles, en que refirió muchos cuentos y menti-
«ras que decia habian sucedido al dicho Marco Tulio con perso-
«nas que le habian conocido por el señor rey D. Sebastian, y asi-
«mismo llevó una carta de creencia del dicho Marco Tullio con
«firma del rey D. Sebastian, abierta y sobrescrita al mismo fray
«Buenaventura, en que le encargaba y daba comision haciendo
«dél confianza para que hablase á muchos prelados, títulos y se-
«ñores de Portugal, y de su parte prometiese mercedes para in-
«ducirlos á le ayudar á su intento de introducirse en el reino de
«Portugal, y habiendo sido preso el dicho Fr. Buenaventura en
«Portugal en hábito de seglar, apóstata de su religion, perpetrando
«actualmente el crimen *Lesæ Majestatis* solicitando con las
«dichas cartas en nombre de dicho Marco Tullio, declaró y firmó
«con juramento delante de la justicia de Viana de Alvito, tomán-
«dole la confesion, contra la verdad y lo que sabia y sentia que el
«dicho Marco Tullio era el dicho señor rey D. Sebastian y que iba
«en su nombre; en todo lo cual el dicho Fr. Buenaventura de
«San Antonio, siendo pertinaz é incorregible contra la Magestad
«del rey nuestro señor verdadero y natural de los dichos reinos
«de Portugal, y contra ellos mismos y su república, y contra la
«obligacion que como sacerdote y religioso tenia, cometido gra-
«ves y atroces delitos, y el dicho Fr. Buenaventura de San Anto-
«nio, reo acusado, no probó cosa alguna de que se pueda apro-
«vechar para el descargo, dámoslo y pronunciamoslo por no pro-
«bado: por lo cual y por lo demás que del dicho proceso resulta
«á que nos referimos, lo debemos declarar y declaramos pepe-
«trador de los dichos delitos sobre que ha sido acusado, y en su
«consecuencia le debemos condenar y condenamos al dicho fray

»Buenaventura de San Antonio en perpétua deposicion *sine spe*
 »*restitutionis*, y por la presente le deponemos y privamos per-
 »pétuamente de su hábito y oficio, etc., etc., y que así degrada-
 »do sea entregado al brazo seglar para que procedan la causa co-
 »mo convenga á hallarse por derecho, á quien rogamos y encar-
 »gamos que se haga benignamente con él; y ansi mismo le con-
 »denamos en perdimiento de todos sus bienes que en cualquier
 »manera tenga y le pertenezcan y podrian pertenecer aplicados
 »para la cámara de S. M. y gastos de justicia, y costas de este
 »proceso, cuya tasacion en nos reservamos y mandamos que esta
 »nuestra sentencia sea llevada á pura y debida ejecucion, etc.—
 »El Dr. Luciano de Negron.»—(Archivo de Simancas: Estado,
 »legajo 193.)»

Uno de los que fueron ahorcados con Marco Tulio, fué fray Buenaventura de San Antonio.

ESPAÑA.

El disgusto del reino crecia notablemente, y de dia en dia se aumentaba la general indignacion. El rey era, como tal, absolutamente nulo; y el favorito solo pensaba en aumentar su fortuna. Era tan insaciable, y con tan poco decoro trataba de medrar y de hacer medrar á los suyos, que por do quier se oian murmuraciones, á consecuencia de las cuales el mismo Felipe III no quedaba muy bien parado.

El primer punto de España que dió muestras de no querer contentarse con sufrir en silencio y sin mostrar ostensiblemente su disgusto y su ira, fué el antiguo reino de Valencia.

A Valencia habíase trasladado Felipe III, para celebrar Córtes. Verificáronse estas, y su principal resultado fué el de servir al rey con cuatrocientos mil ducados; porque, en efecto, durante el reinado del tercer Felipe no se trataba de otra cosa que de sacar dinero á la nacion. No solamente en aquel tiempo carecian de independenciam las Córtes, sino que la mayor parte de los diputados puede decirse que estaban vendidos al poder real, ó, mejor dicho, al favoritismo. El diputado que deseaba obtener una merced, votaba el servicio de dinero, y la obtenia, especialmente aquellos cuyo voto, por las circunstancias del votante, arrastraba otros para obtener lo que se pedia.

El duque de Lerma, insaciable siempre, obtuvo en aquella ocasion *quinze mil ducados*, y los productos grandísimos de la pesca del almadraba. Y como el favorito deseaba á su vez con-

tentar á aquellos que pudieran perjudicarlo ó suplantarle en el favor del rey, procuraba que les alcanzasen los beneficios. Por esto en aquella ocasion obtuvo siete mil ducados el duque del Infantado y otros siete mil el vicedecano y patriarca, y otros próceres alcanzaron tambien cuantiosos donativos.

Este pernicioso sistema de ganar voluntades despertando el deseo del material interés, no es solamente nocivo para la nacion, puesto que la empobrece y aniquila, si que tambien es perjudicial para los que le ponen en uso; porque produce diez enemigos, por cada amigo que gana. Como no bastarian todos los tesoros del mundo para saciar la avaricia de cuantos desean medrar de una vez, el de Lerma hacia que, sin perjudicar sus intereses, llegasen los donativos á las personas que él creia más influyentes; pero todos aquellos, que eran muchos, á quienes los donativos no alcanzaban, se declaraban sus enemigos, y no hay enemigo pequeño.

El pueblo estaba indignado, porque veia que cada año se le oprimia y vejaba más; pero rara vez el pueblo sale de sufrir y murmurar en su retiro, si no hay quien le agite y le ponga en movimiento hasta hacerle estallar. Así sucedió en aquella ocasion: los descontentos le movieron sordamente, y una mañana apareció ahorcada en la plaza principal de Valencia la estatua de un rey de armas, con las reales pintadas en la dalmática y colgando de los piés las de la ciudad; tenia además una inscripcion cuyas palabras no pueden imprimirse.

No pasó de aquí la demostracion del disgusto, porque sin duda se esperaba á que estallase un movimiento general, puesto que siendo aislado era fácil de sofocar; y si bien desórdenes marcados no ocurrieron entonces, puede decirse que toda España estaba en combustion. Cataluña estaba agitada: el pretexto, ó la razon, era la repugnancia que mostraban los catalanes á cumplir algunos de los capitulos aprobados por las Córtes anteriores, por considerarlos contrarios á sus fueros. En Aragon tambien habia poca tranquilidad, y casi á voz en grito se pedian Córtes, con el único objeto de que Felipe III restableciese en toda su plenitud los fueros, amenguados á la sazón desde que las Córtes aragonesas accedieron á todo lo pedido por Felipe II, despues de los escandalosos sucesos ocurridos á consecuencia de la causa de Antonio Perez.

Solamente Castilla permanecia tranquila; y aunque en este año arribaron á Sevilla los galeones de Indias con *doce millones* de pesos en barras y moneda acuñada, y *nueve millones de ducados* en sedas, perlas, esmeraldas, añil y cochinilla, de cuyas importantes sumas tocaba al rey una muy respetable, la misma

necesidad quedaba en pié y eran idénticos los apuros. Entre el favorito y sus favorecidos y la interminable guerra de Flandes, todo se consumía y nada bastaba.

Felipe III, que, siempre indolente y mal aconsejado, solo se ocupaba de pedir para que otros recogiesen, se dirigió por escrito á las ciudades de Castilla, pidiendo la remision de los respectivos poderes á sus dipulados, á fin de que pudiesen votar los *servicios ordinario y extraordinario* del trienio inmediato. Se pedia la votacion de los servicios ordinarios y extraordinarios de tres años, para que no tuvieran necesidad de reunirse los procuradores en aquel largo periodo de tiempo.

No se opusieron las ciudades; lejos de esto, se apresuraron á complacer al soberano, y los procuradores votaron del modo que aquel deseaba: por manera que si comparamos las Córtes de la época de que nos venimos ocupando con las antiguas de Castilla, veremos que no eran ni aun un simulacro de Córtes, y que su reunion era tan innecesaria como casi perniciosa; porque cuando se reunian era solamente para gravar á la nacion.

AÑO 1605.

ESPAÑA.

En este año llegó á la córte el almirante de Inglaterra, con el objeto de que se ratificase el tratado de paz acordado un año antes con Jacobo VI, hijo de la hermosa y desventurada María Stuard, y heredero de la fatal Isabel.

Dicha paz fué acogida con grande entusiasmo, porque la imbecilidad del monarca y de su funesto favorito parecia haberse comunicado á la nacion entera, ó seria que los hombres pensadores se recludian y aislaban para no ser testigos de lo que consideraban ignominioso, y solo pululaban los imbéciles cuya vista no penetra á través de los costosos trages, para llegar á ver la miseria que bajo aquellos se cobija.

El almirante fué obsequiadísimo y festejado, gastando la córte de la misma manera que si la nacion nadase en la abundancia; y todos se divertian y aprovechaban de las fiestas, olvidados de lo pasado y sin curarse de lo porvenir, ocupados de lo presente y fascinados por el lujo y la apariencia.

La pluma se cae de la mano y es forzoso hacerse mucha violencia para escribir, cuando lo que debe referirse es tan poco

honroso y triste. Hemos retrogradado á los fatales tiempos de Enrique IV: el pueblo abatido gime y se lamenta porque se le esquilma y destruye para enriquecer al favorito y á los que son hechuras de este; la córte brilla y desparrama el oro insultando á la pública y general miseria, y el rey pasa su tiempo en carcerías, en torneos, en saraos, en banquetes, en comedias; él rompe el baile, él es el primero en las fiestas de máscara, y él gasta y hace gastar sin tino ni concierto, viajando continuamente de villa en villa y de pueblo en pueblo, casi sin tener reposo, porque, segun la historia, no permanece dos semanas seguidas en un mismo punto. Al amanecer sale de caza y hasta la noche no regresa, y ni él se ocupa del reino, ni ménos se acuerda de él el favorito, que no abandona el lado del monarca, temiendo ser suplantado. Si alguna vez la falta de salud le obliga á hacer alguna forzosa ausencia, queda en su lugar para el despacho de los negocios del Estado y para presidir los consejos el duque de Cea, su hijo, del cual dice la historia que *era más abandonado y ménos apegado á los negocios que su padre.*

Pero si Felipe III se cuidó poco de la gobernacion del reino desde su advenimiento al trono, nunca se descuidó más que en el año quinto del siglo. El favorito le hizo pasar, en compañía de la reina, á Lerma; y como era duque de este título, obsequió á los reyes más de lo que puede expresarse, si bien los obsequiaba á costa de los obsequiados y de la nacion.

En Lerma permaneció el rey algunos meses sin otra ocupacion que la de divertirse, llegando á tal punto el verdadero escándalo, que se prohibió rigorosamente el que nadie penetrase en aquella villa, para evitar que molestasen al monarca; y si alguno lograba burlar la vigilancia de los que estaban destinados á impedir la entrada de los que no fuesen de la villa, se les obligaba á salir y se les imponia alguna pena, á fin de evitar el que reincidiesen. ¿Puede decirse más?

Y cierto es doloroso que á un rey tan bueno en el fondo y tan bien inclinado, tocase en suerte un ministro tal como el de Lerma. La incapacidad del soberano hubiera sido siempre un mal; empero hubiérale atenuado en lo posible un ministro y confidente laborioso, inteligente y, sobre todo, bien intencionado.

El día 8 de Abril, estando el rey en Valladolid, nació el primer hijo de Felipe III, y pusieronle tambien Felipe por nombre, en memoria de su abuelo.

En el mismo año vino á España y llegó hasta la córte el famoso vencedor de Ostende, el ya célebre marqués de Spínola. Fué acogido de la manera que sus relevantes servicios merecian; porque no solamente expuso su salud y su vida, si que

tambien gastó cuantiosas sumas de su gran patrimonio, para levantar tropas y contribuir al triunfo que tan gran reputacion le dió en toda Europa.

Aunque Felipe II cedió á su hija y yerno los dominios flamencos, quedaron estos como feudo de España y protegidos por esta; así es que si en la apariencia se habian separado de nuestra nacion, en la realidad era aquella quien facilitaba recursos de hombres y dinero, como si los dominios no hubiesen sido cedidos; y no gastaba ménos Felipe III en aquella inacabable y eterna guerra.

La causa de los archiduques habia adelantado bastante, con la paz establecida entre España é Inglaterra. Para la primera de ambas naciones, ni fué la paz ventajosa ni honrosa; empero para Flandes, que fué comprendida en ella segun el lector recordará, lo fué indudablemente. A causa de ella faltaron á los rebeldes flamencos los importantes auxilios que de Inglaterra recibian; mas, sin embargo, los archiduques no podian allegar recursos suficientes para continuar la guerra, porque como el país estaba en gran parte rebelado, solo una parte de él contribuía, y era aquella insuficiente. Además, de la paz con Inglaterra no habia que fiar demasiado; porque Jacobo I era bueno en el fondo, pero débil. Enrique IV, por otra parte, aunque á la sazón aliado, era tan sinceramente amigo de España como, por punto general, acostumbraron á serlo los que en su trono se sentaron; y como tampoco sabemos si su conversion fué sincera ó si fué parecida á la de Antonio de Borbon, esto es, si el deseo de ceñir libremente la corona francesa le decidió á convertirse, pudo ser muy fácil que sintiera ver al inglés en paz con España y á los herejes flamencos privados de sus recursos. La prueba de que las intenciones de Enrique IV, aunque estaba *en paz tambien* con España, eran favorables á los rebeldes flamencos, es que poco antes de ajustar Jacobo I de Inglaterra la paz con Felipe III de España, hizo aquel un tratado con Enrique IV de Francia para proteger á los protestantes de los Paisés-Bajos. Así fué que en tanto los monarcas de España é Inglaterra ajustaban y determinaban las condiciones de la paz, el duque de Sully, ministro del francés, se trasladó á Inglaterra por orden de su soberano é invirtió *sesenta mil coronas* en regalos para hacer que el tratado de paz fracasase, lo que no pudo lograr, y se quedó el francés con su gasto hecho; porque Jacobo I odiaba la guerra y no queria sostenerla con ninguna nacion.

Obsequiado el de Spínola en la córte por el rey y por todos los magnates, seguido y aplaudido por el pueblo que recordaba muy bien el famoso sitio de Ostende, pasados los primeros dias

destinados al descanso y al regocijo, comenzó á gestionar para ver si lograba el objeto que de Flandes le habia traído á España.

Era el objeto el procurarse fondos que llevar á los Países-Bajos. Agotados los recursos de los archiduques, tenían estos, y el de Spinola por consecuencia, que sostener dos guerras: una con los rebeldes y otra con los insurrectos de su ejército, quienes careciendo de pagas carecian de pan, y pueden disculparse los motivos; porque no sosegar ni un instante, jugar la vida cada momento, rendirse de fatiga y carecer de sustento, era, en verdad, demasiado exigir.

Púdose facilitar una respetable suma de dinero al valeroso Spinola, aplicando á este objeto una parte del que acababa de llegar de América; y esta fué una ventaja producida por la paz con Inglaterra; que por entonces los galeones bogaban tranquilamente y llegaban sanos y salvos al puerto. Diéronse además las oportunas órdenes para que dos tercios de Nápoles pasasen á Flandes, uno de españoles y otro de lombardos, con cuyos refuerzos y con el dinero recibido salió de la córte y de España el de Spinola contento y animado, así como muy agradecido á la manera con que habia sido recibido y festejado.

FLANDES.

En tanto gozoso y contento caminaba el marqués de Spinola formando en su mente el proyecto de atravesar el Rhin y extender sus operaciones de campaña, el rebelde Mauricio de Nassau habia formado un ejército de diez y ocho mil hombres. No se sabia á punto fijo cuál era su designio; mas véfasele vagar por las orillas del caudaloso Escalda, y si no se conocia, se podia inferir que intentaba dar un golpe de mano, de los suyos, contra Amberes.

Llegó antes, empero, Spinola, y antes tambien llegaron los tercios de refuerzo, esto es, los dos italianos y el de lombardos. En cuanto al español, que tuvo necesidad de hacer su viaje por mar, en el canal de la Mancha tuvo un encuentro con una escuadra holandesa y con mala fortuna; perdióse parte de las naves y de la tropa, y el maestre del tercio, llamado Pedro Sarmiento, llegó con los restos á Dunkerque.

Estableció, pues, el de Spinola su campo en las cercanías de Maestrick, y en esta ciudad su plaza de armas. Hecho esto, destaca la fuerza necesaria, y con ella se dirige á la Frisia, en donde se apodera de Osdenzaal y de Lingen, despues de lo cual for-

tifica así los puntos tomados como erige nuevos fuertes; y de regreso, como quien verifica un paseo militar, destruye, casi sin detenerse, varios fuertes del enemigo.

No pudo hacerse más por aquel año, en razon á haberse comenzado la campaña cuando estaba aquel muy avanzado; y las continuas y copiosas lluvias obligaron á las tropas á tomar cuarteles de invierno. Antes de esto, empero, el señor de Bucquoy se posesionó de Wachtendorck, en el ducado de Güeldres.

AÑO 1606.

ESPAÑA.

Hacia casi un año que el desierto y abandonado Madrid clamaba por el regreso de la corte, y su municipalidad, sin clamar en público, gestionaba activa y secretamente para lograr lo que tanta falta le hacia.

Eran, en efecto, grandes los perjuicios que Madrid habia experimentado, así en la misma antigua capital como en los pueblos de lo que hoy es su provincia, los que vivian casi de Madrid, en donde despachaban los productos de su suelo y los escasos de su industria.

Cuando se hubieron dado pasos que casi garantizaban el buen éxito de la demanda, tales como, si en ello no hay exageracion, dar al favorito del duque de Lerma, llamado D. Pedro Franqueza, cien mil ducados (UN MILLON Y CIEN MIL REALES) para que alcanzase de su omnipotente protector lo que se deseaba, el corregidor de Madrid acompañado de cuatro regidores pasaron á la villa de Ampudia, propia del duque de Lerma, en donde el rey moraba.

La comision hizo presente á S. M. todos los males que habian Madrid y su territorio experimentado desde la traslacion de la corte á Valladolid, y terminó por suplicar el regreso de la corte á la expresada villa, único medio de que cesasen los males presentes y se compensasen los pasados.

Como por desgracia en aquella fatal época el demonio del interés estaba apoderado de los que algo valian y podian, para alcanzar lo que tanto anhelaba la comision, ofreció servir al rey con *doscientos cincuenta mil ducados*, que habrian de pagarse en diez años, *y con la sexta parte de los alquileres de las casas*

durante el mismo tiempo. Ofrecieron al duque de Lerma las casas que eran del marqués de Poza, tasadas en *cien mil ducados*; á los duques de Cea, hijo y nuera del de Lerma, ofrecieron los alquileres de las casas del marqués de Auñon y del licenciado Alvarez de Toledo, para que morasen en ellas; y con todo este y con los cien mil ducados percibidos por D. Pedro Franqueza, que dominaba al de Lerma como este dominaba al rey, la comision comprendió bien pronto que iba á ser favorablemente despachada. Las razones de utilidad sirvieron de base á la concesion; el fundamento seria, sin duda alguna, tanto y tan importante donativo y su bien entendida reparticion; porque no quedaron descontentos ni el rey, ni su favorito, ni los hijos de este, ni *el favorito del favorito*.

Publicóse en efecto la órden para la traslacion definitiva de la córte; y para prepararla (hallábase el año en su tercer mes), se mandó *dar punto* á todos los asuntos el sábado de Ramos, para que desde el miércoles de la semana de Pascua, esto es, doce dias despues, comenzase la traslacion.

Sin aguardar á que terminase el invierno, se trasladaron á Madrid los reyes y la infanta doña Ana Mauricia, dejando en Valladolid al príncipe D. Felipe, en razon de su corta edad, que aún no contaba un año, hasta que terminase lo riguroso de la estacion.

Madrid acogió á los soberanos con gran júbilo, porque veía el remedio de sus males en el regreso de la córte. Valladolid en cambio clamaba contra la traslacion; porque el haber supuesto, como debia suponerse, que el hacer córte á aquella ciudad no habia de ser para reducirla tan en breve á su antiguo estado, hizo que muchos construyesen edificios é hiciesen desembolsos para plantear establecimientos y establecer industrias, que eran perdidos faltando de Valladolid la córte. Por manera que el duque de Lerma remediaba siempre con un daño otro daño, y cada dia era más impopular y ménos querido.

El mismo gobierno se veia abrumado con los inmensos gastos ocasionados por la nueva traslacion; y para colmo de desgracias, los galeones de Indias, ya que por entonces se veian libres de los asaltos de piratas ó de falsos amigos, habian sufrido un temporal que habia detenido su llegada, y ni aun de su paradero se tenia noticia al trasladarse á Madrid la córte. A pesar de todo, y á costa de sacrificios de una parte y perjuicios de otra, al mediar el año ya se hallaban en Madrid establecidos los consejos y todas las oficinas y empleados de la casa real y del Estado.

FLANDES.

Por segunda vez vino á España el marqués de Spínola, con idéntico objeto al que le trajo la primera. La venida, empero, fué inútil; porque no fué posible entregarle suma alguna. Los caudales de las Indias eran el único aunque escaso remedio para tantas y tan urgentes necesidades como agobiaban al gobierno, y los galeones, si no estaban completamente perdidos, nada se sabia de ellos.

Hubiera valido más el que no hubiera venido á España el de Spínola, porque el objeto que le trajo puso de manifiesto el descrédito del gobierno y el triste papel que el fatal favorito hacia representar al hijo y sucesor de Felipe II.

Acudieron el de Lerma y los consejeros á contratar un empréstito, á fin de que el marqués no pudiera decir que habia hecho en vano tan dilatado y molesto viaje, ni los archiduques quejarse de que se les abandonaba completamente. Al efecto se dirigieron al comercio de varias partes de España, á fin de que entregase la cantidad necesaria, firmando el gobierno la obligacion de reintegrar aquella con los caudales que de América viniesen.

No se negaron los comerciantes á hacer el anticipo; mas no quisieron realizarle, *sin que el marqués de Spínola respondiese del reintegro con los bienes de su patrimonio particular*. Es decir, que un extranjero, que tal era el marqués, aunque general español, tenia más crédito y valia más su nombre que el del rey de dos mundos y que su gobierno. Ni aquel ni este se asombraron de lo que para un simple particular hubiera sido bochornoso, y aceptaron contentos la resolucion del de Spínola, que sin vacilar y sin imponer condiciones ni presentar exigencias, aceptó la obligacion y garantizó con sus bienes el contrato.

Provisto el susodicho general de la cantidad necesaria, merced á su generoso proceder, regresó á Flandes contento y satisfecho, y repasando el Rhin, penetró en el territorio de Over-Issel, dirigiéndose á Zutphen á consecuencia de las incesantes lluvias.

Sin embargo de lo inclemente de la estacion, tomó á Locken, á Groll y á Rhinberg. La celeridad y oportunas maniobras del de Spínola diéronle gran fama, y acabaron de formar su reputacion de gran general; porque no solamente se mostró tan valeroso que tuvo más de una vez su vida en inminente peligro, especialmente en Rhinberg, si que tambien demostró su gran capacidad y

una inteligencia que no debia esperarse en un general verdaderamente improvisado, y que tan poco tiempo de práctica llevaba.

Debe decirse que le secundaron maravillosamente los tercios españoles é italianos, y que hasta los alemanes y walones salieron de su ordinaria apatia. En cuanto á los demás caudillos y jefes, puede decirse que todos compitieron y rivalizaron en esfuerzo é inteligencia, entre los españoles el general Velasco y el célebre duque de Osuna, y entre los extranjeros el príncipe de Palestrina, el de Caserta, el marqués de Bentivoglio y el de Est.

Apenas fué tomado Groll por el de Spinola, cuando acudió á recuperarle Mauricio de Nassau; empero aquel célebre caudillo que decidia y operaba siempre con la celeridad del rayo, revolvió sobre Groll, rompió las líneas de los enemigos, é hizo retirar con grande pérdida y rápidamente al de Nassau.

AÑO 1607.

ESPAÑA.

Continuaba el duque de Lerma procurando al rey distracciones, y el soberano no pensaba en otra cosa que en divertirse. Para lograrlo, viajaba de ciudad en ciudad y de villa en villa, sin estar casi nunca en reposo; por manera que si la residencia del rey es la que hace que una poblacion sea córte, Madrid rara vez en realidad lo era, ni existia ninguna que lo fuese durante una semana. Esta incesante movilidad multiplicaba los gastos; y por si no era bastante aquella para aumentar los apuros del tesoro, el de Lerma no escaseaba los torneos, toros, banquetes y diversos espectáculos, mezclados con las funciones religiosas, y los ejercicios devotos con los profanos.

Durante el estío se fijó por fin la córte en San Lorenzo (el Escorial); mas no por esto cesaron las diversiones, ni el rey se ocupó de los asuntos del gobierno. Cuidó el favorito y los favoritos de este cuidar tambien de que no molestasen al rey ni le quitasen el tiempo que dedicaba á distraerse, no sabemos de qué cuidados ni de qué trabajos, á cuyo fin se prohibió rigorosamente el que nadie llegase á la residencia real, *so pena de azotes y de destierro*, que se aplicaria infaliblemente y sin conmiseracion á los dueños de las casas de hospedaje que admitiesen á algun forastero en ellas, si por casualidad lograba burlar la vi-

gilancia de los guardas. Estos ocupaban todas las avenidas para impedir que nadie penetrase en el real sitio.

No habia á quien acudir: los necesitados de justicia, lo mismo que los peticionarios de gracia, tan inútilmente pedian esta como reclamaban aquella. El rey no daba audiencia: al que la solicitaba se le daba por toda respuesta *que el rey habia ido al sitio para holgarse, y no para ocuparse de negocios*: el duque de Lerma, por punto general, ni en Madrid ni en los sitios recibia á nadie; comisionábase á uno ú otro consejero, tal como D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga, para que supliese al ministro, y el comisionado esquivaba la comision, porque todos deseaban *holgar* y cuidaban de enriquecerse, y en tanto la miseria era general, las quejas se ahogaban en el estrépito de los regocijos, y todo era confusion, desórden, y España el verdadero caos.

Publicábase, sin embargo, no pocos decretos; empero estos tenian por único objeto la concesion de pensiones y mercedes, siendo los primeros á recibirlas los parientes y allegados del de Lerma, como el duque de Cea su hijo, y el conde de Lemus, su sobrino.

Tratóse de convocar las Córtes, cuya verdadera nulidad las hacia parecer más que una cosa real y efectiva, una tradicion. El objeto debe suponerse, sin necesidad de que se explique; y como era forzoso disponer el terreno, por si la votacion no se preparaba á gusto del gobierno, *fué nombrado procurador por Madrid el mismo DUQUE DE LERMA*, y el favorito de este, D. Rodrigo Calderon, lo fué por Valladolid, dándose otras muchas procuras, en representacion de diversas provincias, á personas allegadas al ministro y de cuyos votos este podia estar muy seguro.

A pesar de todo, no dejó de encontrar oposicion la propuesta de prorogacion del servicio de millones, distinguiéndose en aquella los procuradores por Búrgos; empero manejóse hábilmente el asunto, y el de Lerma reunió *veintitres* votos de treinta y seis; esto es, solo se mantuvieron firmes en la oposicion trece procuradores.

Obtenidos los votos, se recomendó, sin embargo, la moderacion en los gastos de la casa real; y aun hubo procuradores que propusieron se exigiese del rey la palabra real y aun el juramento de que cumpliria las condiciones bajo las cuales se otorgaba el servicio, *mejor que las impuestas al otorgar el servicio anterior*. Entonces se vió que en tiempo de Felipe II solo ascendian los gastos de la casa real á cuatrocientos mil ducados (cuatro millones cuatrocientos mil reales), y en 1607, ocho años despues, no bastaban *un millon y trescientos mil ducados* (CA-

TORCE MILLONES Y TRESCIENTOS MIL REALES): esto es, habia un exceso de NUEVE MILLONES NOVECIENTOS MIL REALES.

No dejaron de presentarse grandes inconvenientes para obtener la conformidad de algunas ciudades, á pesar de todo lo practicado en las Córtes, y el duque de Lerma apeló á su indecoroso recurso de *pedir de puerta en puerta*. Ahorró, empero, al soberano aquella verdadera humillacion, y se encargó él mismo de recorrer las ciudades para pedir gracia.

Experimentó el duque favorito algunos desaires; y si logró lo que deseaba, no fué sin escuchar en algunas partes amargas verdades. La ciudad de Sevilla, mostrando en aquella ocasion más dignidad y firmeza que ninguna otra, manifestó decididamente que solo otorgaria bajo la expresa condicion de que S. M. revocase la merced que habia otorgado al de Lerma (y se lo dijo á él mismo Sevilla) del uno por ciento de las mercaderias de aquella ciudad, que montaba á *doce cuentos de maravedis* en cada un año, y la de los *doce mil ducados* sobre la renta de la cochinilla, cedida á otros favorecidos y allegados.

Despues de todo esto quedó la hacienda tan malparada como antes estaba, y el pueblo todo se apercibió del estado de aquella, que aunque se suponía malo, no hasta el grado que en realidad lo era, al ponerse en combustion los acreedores; porque se les quitó la garantía ó hipoteca que afecta estaba al pago de doce millones anticipados por los asentistas y comerciantes, y en la cual entraban *los maestrazgos, las rentas de Cruzada, subsidio y excusado*. A tal estado habian reducido á la nacion el rey y el favorito.

FLANDES.

LA TREGUA DE DOCE AÑOS.

Contra lo que debia esperarse de un gran general, de un guerrero de instinto como el marqués de Spínola, que siempre aquellos viven como en su elemento entre el fragor de las armas y tristes escenas de la guerra, aquel comenzó á pensar en la paz. Hombre de claro talento, de recto juicio y excelente corazon, no podia mirar con indiferencia los desastres ocasionados por la guerra; la suma de personas inermes que sin tomar parte en ella sufrían sus crueles y terribles consecuencias; la dificultad que se encontraria para obtener nuevos fondos en España, y todas las

dificultades, en fin, que necesitaba vencer y la facilidad con que perder podía la justa fama que á costa de tantos sacrificios y peligros habia adquirido.

En cuanto al soberano de aquellos dominios, que solo era en realidad tan virey como lo habian sido sus antecesores el duque de Parma y los demás que en Flandes habian mandado, estaba cansado de guerra y de no haber reposado un solo dia, desde que tomó posesion de aquel ilusorio reino; por consiguiente, todo lo que fuera hablarle de paz hallaba en él muy buena acogida, y sus oidos lo escuchaban con sumo gusto.

Consultó con Alberto el de Spínola, y pronto se pusieron de acuerdo. No dudaron de que las provincias fieles se avendrian sin dificultad al acuerdo pacífico, puesto que con la guerra nada podian ganar y perdian mucho. Las dificultades, en verdad no pequeñas, que habia que vencer consistian en reducir á la razon á las provincias rebeladas, agitadas siempre por las intrigas de los ambiciosos Nassau y de otros no ménos ambiciosos magnates, y el hacer de modo que el de Lerma no opusiese dificultad al pacífico arreglo; porque del rey no habia que hacer cuenta: diria lo que dijese el favorito.

Como era lo primero el conocer la voluntad de las provincias rebeladas, convinieron el archiduque y el marqués en comisionar á Fr. Juan Ney, comisario general de la órden de San Francisco, para que comenzase la proyectada negociacion. Esperábase mucho del intermediario, porque era querido y respetado de los holandeses y de todos aquellos naturales.

Las provincias rebeldes impusieron como primera condicion para tratar de paz, el reconocimiento de su independenciam, sin el cual á nada darian oidos. No agradó al archiduque la indicacion; mas comprendió, sin embargo, que de no acceder, nada se lograría, y dió parte á Felipe III.

El duque de Lerma, á quien tanto abrumaba la necesidad continua de buscar recursos para la guerra de Flandes, creyó conveniente la negociacion, y en este sentido respondió el rey al archiduque, el cual, autorizado por España, comisionó oficialmente á Fr. Juan Ney para que pasase á la Haya á hacer la propuesta al consejo de los estados generales.

Estos por el pronto convinieron en un armisticio de ocho meses; y los armisticios proporcionan descanso á los guerreros; pero en cambio, por punto general, dan tiempo á amigos y enemigos para prepararse á la guerra y reunir los elementos á esta indispensables; por manera que son muy poco ventajosas cuando la paz es necesaria.

Y no consistia solamente en aceptar el armisticio de ocho me-

ses; habian de firmar los archiduques una escritura declarando en ella su avenencia á suspender las hostilidades con las provincias unidas como *estados libres, sobre las cuales ninguna pretension tenían*; y el rey habia de ratificar el convenio en el término de tres meses.

Para obtener el asentimiento de Felipe ó, mas bien, de su ministro, vino á España Fr. Juan Ney: le obtuvo, en efecto; empero se creyó que la redaccion del documento escrito al efecto no habia de contentar á las provincias rebeldas. Entregado aquel al archiduque Alberto, este comisionó á su secretario, llamado Verreiken, para que le llevase á Holanda, y fué, como se creia, rechazado. Entre otros motivos, no quisieron admitirle porque Felipe III firmaba *Yo el Rey, como si tratase con súbditos suyos*, y porque los archiduques se titulaban en el predicho documento príncipes de los Países-Bajos.

Y por si acaso estaban los rebeldes poco enorgullecidos, mientras las pacíficas negociaciones se seguian, chocaba una escuadra española con otra holandesa, en las aguas de Gibraltar, siendo tan recio el choque que murió el almirante holandés y tambien el español, llamado D. Juan Alvarez Dávila, y la escuadra española llevó la peor parte en la refriega, retirándose la holandesa, aunque tambien muy malparada, á las Azores, para esperar traidoramente á los galeones de Indias: ya que por entonces estaban quietos los ingleses, convertíanse los holandeses en piratas.

El secretario Verreiken, que era hombre de ingenio y de buen decir, convenció á los estados generales de la buena fé y mejores intenciones de la córte de España y de los archiduques. Conviniéronse, pues, aquellos, bajo la expresa condicion de que en el término fijo de seis semanas se les daría una nueva ratificacion redactada *en términos admisibles*, escrita en latin y en flamenco, ó en francés; y firmada con el nombre del rey. A mayor abundamiento y para evitar tergiversaciones, los mismos estados redactaron el borrador en las tres precitadas lenguas y se le entregaron al secretario Verreiken, para que puesto en limpio se firmase y entregase á los estados generales.

Esta verdadera ignominia fué mal recibida en la córte; empero tal era su estado ó, mejor dicho, el fatal favorito lo habia reducido á tan triste posicion y tanto habia amenguado su poder, que se encontraba en la cruel necesidad de pasar por las horcas caudinas. Queriendo, empero, no acceder completamente, sino en parte, se redactó el documento en cuestion en español solamente, declarando la libertad de las provincias para contentarlas, pero firmando otra vez Felipe, *Yo el Rey*.

La presentacion del documento ocasionó grandes debates; pero

esta vez halláronse divididos los consejeros. Si unos clamaban porque nada se oyese y se contestase con la guerra, otros en cambio declaraban que admitida y reconocida su independencia, era el documento admisible. Sin embargo, la discordia no cesó, y se acordó contestar por entonces *que á su tiempo harian saber las provincias su resolucion definitiva.*

Cuando llegó este caso, todas las potencias de Europa quisieron tomar la iniciativa en el asunto que se cuestionaba entre España y las provincias rebeldes de los Países-Bajos. Las intenciones de cada soberano serian más ó ménos rectas, segun la conveniencia de cada uno de aquellos; pero ello es cierto que Enrique IV de Francia, el emperador de Alemania Rodulfo II, Jacobo I de Inglaterra (VI de Escocia) y otros soberanos, enviaron á Holanda sus embajadores. La mayor parte de aquellos monarcas eran protestantes; júzguese de sus intenciones, segun se crea más justo.

En tanto se agitaba una cuestion á la sazón europea, Mauricio de Nassau, digno hijo del príncipe de Orange, intrigaba cuanto podia para impedir que el proyecto pacífico llegase á realizarse. Este general, á quien algun ilustre y respetable historiador llama *insigne*, y que á nuestros ojos solo es un general de ocasiones y de circunstancias que no salió de la esfera de un regular caudillo muy inferior á su padre, ambicioso como este, veía que su influencia y sus aspiraciones acabarían en donde comenzase la paz: si cesaba la guerra, terminaban sus sueños ambiciosos.

Enrique de Francia y Jacobo de Inglaterra procuraban á toda costa que Felipe de España los eligiese para ser árbitros; pero el *duque-rey* habia perdido la brújula respecto de los asuntos exteriores, y en cuanto á los interiores le faltaba tiempo para aumentar su colosal fortuna y cuidar de que la real gracia no le faltase.

Quizá la principal dificultad que se oponia al arreglo pacífico eran las intrigas de Mauricio de Nassau: la libertad ó independencia que queria para su patria, consistia en quitar á Felipe III la soberanía, para erigirse él en soberano; y todo el *amor patrio* que desplegó en el consejo de los estados generales perorando contra los ardides de España, no significó más que ambicion. Sorpréndenos en verdad que hombres eminentes digan que adujo el rebelde Mauricio *fuertes razones* para convencer á los estados de la necesidad de continuar la guerra si querian llegar á *ser libres*, cuando la traduccion literal de las *fuertes razones* se reduce á decir que la paz mataba sus esperanzas y aspiraciones; la guerra las reavivaba, y en cuanto á la libertad que deseaba para sus compatriotas, no era más que el ferviente deseo de que

se desentendiesen de un soberano legítimo, para caer en las manos de otro, y este otro *habia de ser él*, sin cuya circunstancia no habria *libertad ni independencia* para los flamencos.

Más verdadero y desinteresado patricio el abogado Juan Bernevelt, puso en el fiel de la razon la balanza, y la ratificacion fué aceptada.

Señalóse la Haya para celebrar las conferencias; y no hay por qué extrañar que España sufriese la humillacion de ir á la casa ajena, para tratar de potencia á potencia con rebeldes. El rey era un autómatas, y su ministro se curaba muy poco de la dignidad y decoro de su país.

Nombráronse plenipotenciarios, y fueron elegidos por parte de los estados el abogado Bernevelt, que fué el orador decidido por la paz; Guillermo de Nassau, que siempre habia de haber en todo algun individuo de la interminable familia; el conde de Brederode, y un diputado de cada una de las provincias rebeldes; y por parte de los archiduques, ó sea de España, el marqués de Spínola, el presidente Richardott, Mazididor y Verreiken, secretarios del archiduque, y el P. Ney.

Puede suponerse, sin necesidad de asegurarlo, que el arreglo de condiciones no seria obra de pocos dias, ni dejarian de oponerse dificultades á su terminacion, máxime habiendo un Nassau entre los representantes de las provincias.

La condicion más delicada y más difícil de aceptar por parte del archiduque era la en que se reconocia la independencia absoluta de las provincias unidas, con la renuncia que habian de hacer aquel y Felipe III de todo derecho sobre ellas, no pudiendo en lo sucesivo usar el título de soberano ni las armas de aquellas.

Propuso el archiduque en cambio de esta dura condicion, no admitida sin bastante dificultad, que las provincias se abstuvieran de la navegacion y comercio de las Indias; mas como los holandeses se negasen á admitir por demasiado dura esta condicion, y el archiduque á su vez se negase á aceptar la que para él no era ménos dura y que solo queria admitir en cambio, por decirlo así, de la rechazada por los holandeses, el acuerdo se dilató, porque tambien la cuestion religiosa ofrecia no pequeñas dificultades.

Con tal motivo salió con direccion á España el P. Ney, para enterar á Felipe III del estado de las negociaciones y pedirle parecer; y en tanto Ney permanecia en España, en donde no fué corta su estancia, continuaban las reyertas respecto de la devolucion de plazas mutuamente tomadas, y se renovaban y aumentaban las dificultades: Mauricio de Nassau y sus agentes no dormian, y sembraban la alarma, las dudas y los temores en-

tre los consejeros y los plenipotenciarios, deseoso de que sus intrigas diesen fruto.

Al mismo tiempo que Mauricio desempeñaba su ambiciosa tarea, los soberanos de Francia é Inglaterra á su vez intrigaban para hacerse necesarios y aun indispensables á Felipe III. Enrique IV, para tener parte en el tratado que por realizar estaba, habia dado un muy avanzado paso: celebró un tratado de confederacion con las Provincias Unidas. Este fué un mal paso respecto de España, puesto que en perjuicio de esta reconoció á aquellas; empero la diplomacia y la política para todo encuentran á la mano remedio; Enrique IV hizo saber á la córte de Madrid que le habia animado la mejor intencion al hacer el tratado, *puesto que estando en amistosas relaciones con las provincias, podria él intervenir mejor y con más fruto en favor de España*. Omitió decir que por aquel medio y con tal confederacion vigorizaba y daba mayor importancia á las provincias rebeldes, y las ponía en el caso de ser más exigentes y ménos conciliadoras; mas las disculpas diplomáticas tienen, como todas las cosas del mundo, anverso y reverso, y solo se presentan del lado que conviene.

El P. Ney en tanto no regresaba, y con la dilacion se aumentaban las dificultades del arreglo; porque el tiempo que transcurria le daba para presentar nuevas condiciones, y al de Nassau para idear nuevas intrigas. Las provincias, tambien por su parte cansadas, pidieron una resolucion definitiva, y se las dió como tal la de reconocer por último su completa independenciam, pero bajo la expresa condicion *sine qua non* de que renunciasen á la navegacion de las Indias, permitiendo además en aquellos países el libre uso de la religion católica.

Esta fué la verdadera manzana de discordia arrojada en medio de los plenipotenciarios, y dió pretexto á Mauricio de Nassau para desplegar todos los inmensos recursos de sus insidias é intrigas; y se ve claramente hasta dónde llegaba la intolerancia religiosa de los protestantes, que no impidiéndoles serlo, no querian que otros fuesen católicos: sin embargo, ellos tachaban de ser intolerantes á estos últimos, segun siempre han dicho y dicen, con tanta razon como entonces.

Cuando terminó el año, Felipe III habia aceptado la mediacion de Enrique de Francia y de Jacobo de Inglaterra; pero ni habia regresado el P. Ney, ni se habia ultimado el arreglo.

ESPAÑA.

El dia 15 de Enero y en las Córtes reunidas en 1508, fué solemnemente jurado príncipe de Asturias el hasta entonces infan-

te D. Felipe, primogénito de Felipe III. La corte celebró este fausto acontecimiento con todo el lujo y ostentación que acostumbra, sin que se notase el ruinoso estado de la hacienda y como si se nadase en la abundancia.

El duque de Lerma, que realmente nadaba en la última y su hacienda no podía estar más floreciente, desplegó el más inusitado lujo y la mayor riqueza; y para aumentar el número de públicos festejos, hizo construir dentro de una de sus posesiones una plaza de toros, á la cual asistió la real familia para presenciar las fiestas costeadas por el primer ministro.

Continuaron las Cortes sus inútiles tareas, después de terminadas las fiestas reales, ocupándose de los abusos hasta entonces mirados como usos; de reformas en la administración de justicia: de la multiplicidad de conventos, respecto de lo cual pedían que durante diez años no se diese permiso para fundarlos nuevos; se ocuparon también de las cartas de naturaleza dadas á extranjeros, en perjuicio de los naturales, mediante las que podían obtener cargos y rentas, así eclesiásticas como civiles; y pidieron, en fin, que los inquisidores se atuvieran á intervenir en asuntos relativos á la fé, sin inmiscuirse en otros, no pudiendo, por consecuencia, prender ni juzgar por otra clase de delitos. De todas las peticiones, tres ó cuatro fueron concedidas; las demás quedaron aplazadas, y las Cortes permanecieron todavía abiertas.

No hemos aguardado al fin del decenio para ocuparnos de las sesiones, así por el largo periodo de tiempo que permanecieron reunidas, como por el pequeño interés que excitan.

Por aquel tiempo mostrábase los pueblos alternativamente en un verdadero estado de inquietud y malestar, y en el de esa ficticia calma que se observa en la atmósfera poco antes de que el violento huracán se desencadene y la arrolladora tempestad estalle.

El comienzo de aquella se anunció por medio de diversos pasquines y sordas murmuraciones, verdaderas y gruesas gotas de agua que se desprendían de las nubes, y lejano rujir del viento que anunciaban la proximidad de la tormenta y lo inminente y serio del peligro. En los pasquines se aludía clara y fuertemente contra la insaciable avaricia y fastuosa opulencia del duque de Lerma, de su familia y de sus allegados; y el favorito, para conjurar el temporal, siquiera fuese á costa de sus mismas criaturas, determinó dar un golpe de severo rigor contra la inmoralidad y corrupción que él mismo había hecho desarrollar y había fomentado en los que eran sus hechuras, á quienes había encumbrado y halagado para tener consejeros y primeros funcionarios absolutamente á su devoción y mandar.

Dió el de Lerma las oportunas órdenes, en virtud de las cuales se prendió casi en un mismo día (el de Navidad) al consejero D. Alonso Ramirez de Prado, que lo era del Real y del de Hacienda, á D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga y de Villa-Franqueza, consejero de Hacienda, íntimo favorito y auxiliar del de Lerma, y á D. Pedro Alvarez Pereira, consejero del de Portugal. Tambien fueron presas en aquel mismo día varias personas de menor importancia, como asentistas y especuladores.

Contentó mucho aquella medida al pueblo que sufría, porque entre los presos los había que estaban muy marcados como concusionarios y malversadores de los públicos caudales, y el pueblo todo los había visto pasar de una modesta posicion, si no de la miseria, á la más escandalosa opulencia.

Lo que se llama pueblo se alucina fácilmente: al ver reducidos á prision á aquellos personajes y que se les pedía cuenta de sus oficios, ya se dió casi por satisfecho y quedó casi agradecido al ministro, sin que se le ocurriese preguntar por qué aquel no comenzaba por reducirse á prision y dar él mismo cuenta de su administracion y de sus actos.

La primera causa que se terminó fué la de D. Alonso Ramirez de Prado, el cual, preso por el consejero D. Fernando Carrillo, cuando tranquilamente (25 Diciembre 1507) comía en casa del conde de Miranda, presidente de Castilla (nombrado por haber obsequiado notablemente al rey en su viaje á Valencia, segun el lector recordará), fué llevado á la prision de la Alameda por un alcalde de córte llamado Madera. Practicaron un escrupuloso reconocimiento en casa del preso, y se hallaron en ella sobre *cuarenta mil* escudos en plata labrada; *otros tantos* en alhajas; *noventa mil* ducados en sedas y tapicerías; *cien mil* en cambiales; *quinientos cincuenta mil* en juros, de los cuales cuatrocientos ochenta mil estaban puestos á otros nombres, y tal y tan extraordinaria riqueza, que se creyó imposible, aunque se equivocaban los que tal creían, que se pudiese encontrar mayor en ningun otro de los presos. Ramirez de Prado poseía en proporcion á lo dicho las fincas, metálico y otros bienes que ni se tasaron.

La prision del conde de Villalonga se ejecutó de la manera más traidora y fea y reprobable que es posible imaginar. Hubiera pasado apenas entre personas de ínfima condicion; pero á las de la alcurnia que la dispusieron y ejecutaron, perpetuamente las deshonrará y manchará su memoria.

El conde de Villalonga, ó de Villa-Franqueza, merecia la prision, la causa, y aun el castigo. Habia sidó el más fiel auxiliar de D. Rodrigo Calderon, para servir *en todos conceptos* al de Lerma, y naturalmente, al paso que este aumentaba su riqueza



se enriquecían sus auxiliares. Es decir, hablando verdad, que los tres eran uno. Sin embargo de esto, el de Lerma dictó la prision, y uno de los que la ejecutaron fué el mismo D. Rodrigo Calderon, y la ejecucion se realizó estando el conde de Villalonga *delante de los reyes, sentado entre el duque de Lerma y el conde de Miranda, presenciando tranquilamente un torneo.* La prision fué justa; la manera de ejecutarla infame é indigna del rey, del ministro y del *compañero* de este y del preso.

Respecto de riqueza, puede decirse que la de Villalonga pareció fabulosa, y que excedió infinitamente á la de Ramirez de Prado, aunque muchos creyeron no llegaria. Dicese por muy seguro, que en trasladar del palacio de Villalonga al sitio del depósito, que fué en el mismo real alcázar, el menaje de aquel, se invirtieron durante tres dias todos los furgones ó carros largos de los equipajes de la casa real. En cuanto á dinero y alhajas, no pudieron por de pronto sumar aquel ni contar estas, porque levantaron casi todo el pavimento del palacio, y en todas partes hallaron metálico y joyas. Hasta de los pozos inmundos extrajeron tesoros, arrojados en el mismo dia de la prision del conde, por su esposa y sus domésticos; y no dejando la avaricia de aquel hombre en paz ni á los muertos, hasta debajo del sepulcro del comendador de la Merced encontraron dos grandes cofres de dinero y alhajas. Creerá el lector que no se hallaria más de lo dicho; pero aún fueron detenidas algunas acémilas que la esposa del conde habia hecho salir en direccion de Valencia cargadas con la suma, enorme para aquellos tiempos, de *trescientos mil ducados* (tres millones trescientos mil reales). Encontráronse además en el palacio del preso grandes riquezas en tapicerías, sedas, estofas preciosas, plata labrada, juro, etc.

La primera causa que se sustanció fué la de D. Alonso Ramirez de Prado, que fué condenado en el mes de Setiembre de 1608 á la devolucion de 398,671 ducados, ó mejor dicho, se condenó á sus herederos; porque el reo falleció en la prision. La causa del conde de Villalonga fué muy larga; se le trasladó de prision en prision durante el curso de aquella, y terminó el año sin que se terminase el proceso.

AÑO 1609.

ESPAÑA.

Trascurrió tambien todo el año 1609 sin que concluyese la ruidosa causa, hasta que en el mes de Diciembre se publicó la



sentencia. Por ella se condenó á D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga y de Villa-Franqueza, á *privacion de todos los títulos, oficios y mercedes recibidas de S. M.; reclusion perpetua en las torres de Leon, y al pago de un MILLON CUATROCIENTOS SEIS MIL DOSCIENTOS CINCUENTA Y NUEVE ducados* (15.468,849 reales).

Tambien terminó la causa de D. Pedro Alvarez Pereira, conde de Portugal, que salió absuelto y se le declaró digno de que se le hiciera merced.

Cierto que fué un golpe de severa y recta justicia el que dió el gobierno en aquella ocasion, puesto que los encausados y condenados se habian enriquecido á costa de los infelices que ganaban el pan, verdaderamente dicho, con el sudor de su rostro, y con su trabajo contribuian al sosten de las cargas del Estado, para que aquellos malvados abusasen de la pública hacienda que á sus manos estaba confiada. No produjo, sin embargo, aquel excelente ejemplo todo el efecto que de él se podia y debia esperar; porque el duque de Lerma que tan justiciero se habia mostrado, continuaba enriqueciéndose; y sus allegados, como D. Rodrigo Calderon, imitaban sin rémora ni rebozo á su protector, el cual en aquella ocasion se mostró muy justo con unos y muy injusto con otros.

AJUSTASE LA TREGUA DE DOCE AÑOS.

Aceptada por Felipe III la mediacion de los reyes de Francia é Inglaterra en la pendiente cuestion con las Provincias Unidas de los Países-Bajos, mandó como su embajador á la primera de ambas naciones á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y á la segunda á D. Fernando Giron.

El primer paso dado por los soberanos mediadores fué el proponer á ambas partes el establecimiento de una tregua larga, sirviendo de base al arreglo el reconocimiento de la independenciam de las provincias disidentes y la libre navegacion de las Indias.

Unos y otros acogieron la proposicion sin desagrado, excepto Amsterdam, ciudad de Holanda, y la provincia entera de Zelanda, que rechazó completamente la proposicion. La razon de esta incomprensible negativa no fué otra que el ser en Zelanda Mauricio de Nassau el árbitro de todas las voluntades, lo mismo que lo habia sido su padre; y se ve clara y nuevamente la ambicion del general rebelde, puesto que si solo hubiera deseado lo que para

lograr sus designios proclamaba, con ver establecida la independencia de las provincias beligerantes, hubiera sin vacilar aceptado la proposicion, como la aceptaron inmediatamente los que por su independencia peleaban.

Así los representantes franceses como los ingleses trabajaron mucho y muy loablemente en aquella ocasion, especialmente el francés Jeannin, que logró con su elocuencia y sólidas razones reducir á los zelandeses, á pesar y despecho del intrigante Mauricio.

Quando el punto estuvo arreglado en definitiva entre las Provincias Unidas y el archiduque, este escribió á su primo Felipe III presentando muy fuertes razones para que aceptase tambien el propuesto arreglo. Lo mismo hicieron los representantes de las dos naciones mediadoras.

La dificultad que oponia la córte de Madrid no dejaba de estar bastante fundada. Resistíase á conceder la libre navegacion y reconocer la independencia de los que en realidad no eran otra cosa que unos súbditos rebeldes, para lograr una tregua solamente, y no una definitiva paz que cortara para siempre aquella costosa y sangrienta guerra.

Para esforzar la conveniencia de la aceptacion mandó á la córte el archiduque á su confesor Fr. Iñigo de Brizuela, que era, segun la historia, virtuoso y sábio varon, y muy entendido en los asuntos de Flandes.

En tanto el P. Brizuela desempeñaba su comision, los representantes extranjeros propusieron se trasladasen los plenipotenciarios á la plaza de Amberes, proposicion que fué por todos aceptada. Verificóse la traslacion, y con ella quedaron satisfechos los archiduques y los españoles, porque se venia á concluir el tratado *en su casa*, ya que, contra su dignidad y deseo, habian comenzado en la agena las pláticas de paz.

No dejaron de ofrecerse dificultades en Amberes, al redactar los capítulos de las treguas, hijos más que de otra cosa de la susceptibilidad de unos y de otros. Fuese por lo susceptible de los plenipotenciarios, ó hecho por unos y otros intencionalmente, el resultado fué que la redaccion de algunos artículos, como el de la libre navegacion, quedó aprobado en términos tan ambiguos y poco explícitos, que el plenipotenciario Richardott decia que él mismo no le comprendia.

Regresó el P. Brizuela, y con él apareció, por fin, Fr. Juan Ney. Traian la aquiescencia de la córte de España; porque habian sabido convencer al duque de Lerma; y una vez convencido este, quedaba plenamente convencido el rey.

El dia 9 de Abril se reunieron en Bergh-op-Zoom hasta

ochocientos diputados, que formaron la *grande asamblea* de los estados generales, y allí se aprobó y firmó por una y otra parte el debatido tratado, cuya ratificación firmó Felipe III antes de espirar el mes de Junio.

Hé aquí los principales artículos de los treinta y ocho que el tratado abrazaba:

«Los archiduques pactaban por sí y en nombre del rey de España con los estados generales de las provincias unidas, como con provincias y estados libres, sobre los cuales nada tenían que pretender.—Se estipulaba entre ambas partes contratantes una tregua de doce años, durante cuyo tiempo cesaria todo acto de hostilidad por mar y por tierra, en los respectivos señoríos y posesiones, sin excepcion ninguna.—Cada una de ambas partes retendria en su poder las plazas y ciudades que al firmar el tratado poseia.—Los habitantes de uno y otro pais podrian entrar, salir y habitar indistintamente en los dominios de unos y otros, y comerciar libremente y con toda seguridad por mar y por tierra, si bien con la restriccion de ser, respecto de los dominios de Felipe III, en las provincias, paises y señoríos que el rey de España tenia en Europa.»

Tal fué sustancialmente la parte principal del tratado, por el que quedó definitivamente aprobada y establecida la paz que lleva el nombre histórico de *Tregua de los doce años*.

No fué muy honrosa para España, si se considera que el señor de dos mundos, hijo del que con su poderosa palabra y con su potente cetro impuso á Europa la ley, pactó con unos súbditos rebeldes, de igual á igual. Fué, empero, conveniente y necesaria: eran más de cuarenta años de lucha sangrienta los que habian transcurrido desde que se sublevara el maquiavélico pero inteligente príncipe de Orange, y era á la sazón imposible el calcular cuanta sangre, cuántas vidas y cuántos tesoros habia costado, sin seguridad, ni probabilidad tampoco, de un triunfo definitivo. Bajo este concepto, la dilatada tregua, que podia considerarse como precursora de una sólida paz, fué conveniente y por lo tanto admisible.

AÑO 1610.

A pesar de los castigos impuestos al conde de Villalonga y á Ramirez de Prado, el duque de Lerma y su favorito D. Rodrigo Calderon continuaban deslumbrando con su lujo y opulencia, y se hacian cada dia merecedores de una causa y una sentencia, igual á la formada é impuesta á los que habian sido condenados.

Habia en España provincias, como Galicia, por ejemplo, en las cuales á la miseria ocasionada por los impuestos y las escaseses se habia unido la esterilidad de algunos años. Segun la historia, las gentes morian de miseria; y sin embargo, el duque de Lerma daba al rey costosísimos festines, y en las mesas abundaban los riquísimos manjares servidos en vajillas de oro.

Las murmuraciones se habian, empero, acallado al ver castigados á algunos magnates y encausados á otros; sin embargo, pasada la primera impresion, debia la pública atencion volver necesariamente hácia los que seguian las huellas de los castigados, escudados con la gracia real. El de Lerma, que, sin ser un lince, habia llegado á comprender lo que es para raciocinar la gente vulgar, distrajo su atencion aconsejando al rey algunas medidas de utilidad pública. Entre estas figuraron la concesion hecha para la navegacion del Duero y Pisnurga hasta Zamora, y la que contentó mucho á los madrileños, relativa á la reconstruccion y alineacion de la plaza Mayor de Madrid.

Entonces se mandó alinear y nivelar todas las casas con la que aún hoy se conoce por la *Panaderia*, cuya pintura es la misma ejecutada en aquel tiempo. Esta medida agradó mucho, porque favorecia al ornato público, tan descuidado en aquella época.

Otra de las providencias propuestas por el de Lerma para poner un dique á la relajacion de costumbres, fué la creacion de la casa-galera, destinada á la reclusion de las mujeres de licencia-sa vida. La obra propuesta se empezó algunos años despues, invirtiendo dos en ella. Tenia la casa mil quinientos treinta y seis piés en su perímetro por setenta y uno de elevacion, y fué su coste total 900,000 ducados (9.900,000 rs.). Adoptáronse tambien otras medidas relativas á la moralidad y buenas costumbres, y se trató tambien de surtir de aguas á la córte, lo que no se verificó hasta pasados cinco años.

FRANCIA.

Un importantísimo acontecimiento llamó la atencion de la Europa toda hácia el reino de Francia.

España, aunque no era la misma que algunos años antes, puesto que la muerte de Felipe II habia hecho cambiar completamente su poder é influencia, conservaba todavía el renombre de que habia gozado en el reinado anterior. Del mismo modo que el sol canicular no quema ya á las seis de la tarde, pero da

demasiado calor para resistirle sin que produzca fuerte impresion, así el poder de la monarquía de Felipe III no era el sol del medio día, que abrasa; pero daba todavía un calor bastante fuerte para poder resistirle sin ciertas precauciones.

Una prueba de esta verdad se vió cuando la córte romana y la república de Venecia estuvieron á punto de romper lanzas, á consecuencia de cuestiones de jurisdiccion eclesiástica y temporal. El Sumo Pontífice puso entredicho á la república veneciana; esta quiso contestar con la declaración de guerra, pero España declaró que auxiliaría á Roma con todo su poder, y sin más se firmó la paz entre Roma y Venecia.

Tambien Francia de acuerdo con España intervino en aquella agria cuestión, que se terminó por medio de un arreglo pacífico; empero el monarca francés estaba aliado con España del modo que siempre se han aliado los soberanos de allende el Pirineo con los españoles. Enrique IV de Francia, de quien á fuer de imparciales hemos dicho cien veces y mil repetiremos que fué un gran rey, en nuestro concepto no fué nunca cordialmente católico, ni ménos fué sincero amigo de España, á pesar de la paz de Vervins. Aquel hombre eminente como político, como general y como soberano, decia frecuentemente unas palabras que ningun monarca español debió olvidar, y que conviene las tengan muy presentes cuantos ocupen en lo sucesivo el venerando trono de San Fernando. *Los reyes de España y Francia*, decia el gran Enrique IV, *están colocados en los platillos de una balanza de tal suerte, que para subir el uno, es forzoso que baje el otro*. Son, en efecto, muy dignas estas palabras de tenerse presentes, para obrar en consecuencia. Creemos que aquellas no han sido perdidas para los sucesores de Enrique IV, á los cuales han aprovechado hasta ahora mucho más que á los descendientes de Felipe III.

Un rey á quien servia de norte la máxima que acabamos de consignar, claro es que procedería siempre de tal suerte que subiese el platillo en que él estuviese colocado, á fin de que bajase el que servia de asiento y sosten al monarca español. Por lo tanto acariciaba á toda hora en su mente el proyecto de amenazar el poder de la casa de Austria, á la que Felipe III pertenecia. Para lograr su propósito, trataba de establecer una confederacion entre los príncipes italianos, que estaban á la sazón no poco recelosos del poder de España y de las medidas que adoptaban sus vireyes de las Dos-Sicilias y de Milan. Verificado esto y haciendo entrar en la liga á los príncipes protestantes de Alemania que, lo repetimos, jamás dejó Enrique IV de ser *hugonote*, las casas de Austria (y hablamos en plural porque la que im-

peraba en Alemania y la que reinaba en España eran una cosa misma) recibirían un golpe de muerte.

Entre las pocas cosas buenas que pueden recordarse de los fatales tiempos del duque de Lerma, fué una la exacta minuciosidad con que procuró estar al corriente de cuanto ocurría en el extranjero, especialmente si podía tener relacion con España. No solamente sostuvo siempre, particularmente en Paris, agentes secretos, además de los embajadores, sino que de vez en cuando aparecían en la corte de Francia comisionados que se presentaban como simples viajeros, cuya mision ignoraban los agentes secretos y los mismos embajadores. De este modo logró el de Lerma apoderarse de la cifra secreta de Enrique IV, que vendió á uno de dichos agentes el oficial primero de uno de los ministerios, si que tambien logró entablar correspondencia con una de las queridas del monarca francés, la marquesa de Vernuil.

Aquel grande hombre fué tan débil en este punto, que no solamente tuvo por queridas á la célebre Gabriela d'Estrées, la condesa de Moret, la princesa de Condé, Carlota de Essars, la marquesa de Vernuil y otras infinitas señoras, si que tambien, siendo en todo tan fuerte, se dejaba dominar de tal suerte por una mujer querida, que le confiaba los más árdulos é importantes asuntos de estado.

Por tales medios llegó á noticia del duque de Lerma todo el proyecto de Enrique IV. Trataba este de proteger con todo su poder á los alemanes protestantes, en la cuestion que suscitaron estos con los católicos respecto de los estados de Julliers y de Cleves; proyectaba dar la Lombardía á Carlos Manuel de Saboya, quitándola á Felipe III; pensaba en agregar á su reino de Francia el Franco-Condado, y reunir á la que ya era república de Holanda, en virtud de la independendencia reconocida por España á consecuencia del tratado de la tregua de los doce años, las provincias católicas de los Países-Bajos. Todo esto meditaba el mismo que firmó la paz de Vervins; y fué que al decidirse á firmar temía á Felipe II, al que los franceses llamaron y llaman *Demonium meridianum*, el demonio del Mediodía, cosa que honra sobremanera la memoria de aquel soberano, y estaba Enrique, por otra parte, tan agobiado de deudas, que no sabia á dónde volver los ojos. La paz era en aquel entonces una imprescindible necesidad para él, y tenia que optar entre firmar ó hundirse. Firmó amistad su pluma; empero su corazon quedó el mismo que era antes de firmar.

Como á pesar de que estaba amenguado el poder de España, aún era esta nacion muy respetable, Enrique IV comenzó por preparar un grande ejército, el cual se puso inmediatamente en

marcha en direccion de la Champaña. Quizá gozaba ya el monarca francés anticipadamente con la seguridad del triunfo, completamente olvidado tal vez de que sobre la semi-omnipotente voluntad de los reyes está la omnipotente del rey de los monarcas, que derriba las más poderosas coronas y derrumba los más respetables tronos, y quiebra como frágiles cañas los más fuertes cetros.

Era el día 14 de Mayo: ocupado Enrique IV en los preparativos del contundente golpe que pensaba dar á España, subia á su carroza para dirigirse al arsenal, cuando Francisco Ravallac le dió dos certeras puñaladas que le privaron de la vida.

Fué la muerte de este gran rey muy sentida: quisiéramos poder decir de él que fué absolutamente bueno; pero si bien no fué, en nuestro sentir, católico como correspondia á un rey llamado cristianísimo, fué un gran soberano para su patria, á la que indemnizó en cuanto le fué posible del mucho mal que la hicieron los anteriores reyes, desde Francisco I, el mal caballero, hasta Enrique III el hipócrita y nulo. De buen grado le perdonamos todo lo que hizo contra España, del mismo modo que aplaudiremos siempre á los monarcas españoles que procedan respecto de Francia como Enrique IV procedió relativamente á España.

Algunos escritores franceses han atribuido á España el crimen que acabamos de referir; pero lo han hecho gratuitamente y sin fundamento alguno. Ni pudo haber semejante idea en el bondadoso corazón de Felipe III, cuya proverbial bondad fué su primero y mayor defecto, ni más puede achacarse semejante maldad al duque de Lerma, quien pudo ser ilimitadamente avaro, pero no se sabe que fuese capaz de apelar al asesinato y al regicidio para librar á España de su natural enemigo.

Otros cargaron parte de aquella culpa sobre la reina María de Médicis, segunda esposa de Enrique IV. Tenemos sobrado fundamento para creer que esta especie es tan calumniosa como la anterior. Cierta es que dicha señora fué una de las personas que en vida de su esposo se correspondió por escrito con Felipe III, respecto de los asuntos políticos que á la sazón se agitaban; pero si bien María de Médicis tuvo pocos motivos para aprobar la conducta de un esposo que tantas queridas tuvo, no por eso debe suponerse que llevase su saña y resentimiento hasta el extremo de tomar parte en tan villano y traidor asesinato.

En cuanto al regicida Ravallac, fué preso y ejecutado de una manera bárbara y muy propia de los siglos de los vándalos y hunnos. Debiósele castigar con pena de la vida, segun para el

regicidio estaba establecido, mas no martirizarle ferozmente. Sin embargo, sufrió que le *quemasen con azufre la mano derecha*, despues de lo cual fué *atenaceado, quemado el cuerpo con aceite hirviendo*, y por último, *descuartizado*.

Por muerte de Enrique IV subió al trono Luis XIII, hijo de aquel y de María de Médicis; y esta que estaba muy decidida en favor de España, aceptó cuanto la propuso D. Iñigo de Cárdenas, embajador de España en Paris, á pesar de la tenaz oposicion del ministro francés Sully, el cual dimitió su cargo y se retiró de la córte.

Con motivo de la muerte de Enrique IV mandó Felipe III á Francia á D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria, con el objeto de dar el pésame á la de Médicis y felicitar á su hijo el nuevo rey.

Al propio tiempo renovó el enviado español un tratado matrimonial, acordado entre España, y Francia, contra la voluntad si se quiere de Enrique IV, por la influencia de María de Médicis, y muy á gusto y por mediacion del Pontífice Paulo V. En virtud de dicho tratado habian de unirse en matrimonio el príncipe de Asturias D. Felipe con Isabel de Borbon, hija mayor del difunto Enrique y de María de Médicis, y Luis XIII, á la sazón ya rey, tambien hijo de ambos, con la infanta de España doña Ana Mauricia, que era la hija mayor de Felipe III.

EXPULSION DE LOS MORISCOS.

Desde el comienzo del siglo XVII habian puesto empeño el rey y su favorito en enfrenar la osadía de los corsarios berberiscos. Al efecto salieron de diversos puertos de España varias armadas, siendo la primera tan poderosa, que se componia de setenta buques, con diez mil hombres de desembarco. Fuese la morosidad con que procedió Juan Andrea d'Oria, fuese que estalló una terrible tempestad, ó bien fuese la combinacion de ambas cosas, es lo cierto que todo quedó en aparato, sin que los piratas llegasen á sentir el peso de la justa cólera de España.

Por aquel tiempo mandó al Sah de Persia una embajada Felipe III, á fin de decidirle á que hiciese la guerra al soldan de Turquía, al mismo tiempo que él disponia hacerla por Africa á los moros. El soberano de Persia no se hizo rogar: declaró al gran turco la guerra y se la hizo con la mayor decision y ocasionándole grandes pérdidas. En una carta que dirigió el de Persia á Felipe III, prodigando á este mil alabanzas y hablando en el lenguaje figurado é hiperbólico de costumbre entre ellos, lla-

maba al rey de España el *mayor soberano del orbe, que tiene el sol por sombrero y cuyos vasallos son tantos como las estrellas del cielo.*

En los años subsiguientes persiguió España á los corsarios sin grande resultado. El marqués de Santa Cruz hizo una vigorosa acometida en las islas de Pathmos y de Zante, tomando prisioneros, destruyendo naves, y adquiriendo no pequeño botin. Esta expedicion que salió de Nápoles, fué de las más importantes. Tambien dos años despues el bizarro D. Luis de Fajardo (ó Fajardo) llegó hasta la Goleta, en donde hizo no pequeño estrago en los piratas allí reunidos, que no eran á la sazón solamente berberiscos, sino que estaban con estos algunos corsarios ingleses, genoveses, turcos, etc.

Pero se hacia flojamente la guerra por parte de España: lo mismo la bizarra acometida del de Santa Cruz que la de Fajardo fueron hijas de la natural bizzarria de ambos caudillos, más bien que impulso dado por el gobierno á la marítima campaña. Conócese que el de Lerma trataba de hacer la guerra á costa ajena; porque ya que el Sah de Persia habia correspondido á la invitacion tan digna y decididamente, se trató de hacer alianza con un rey africano, que era declarado enemigo de los turcos y tenia su reino, denominado Cuco, en la costa de Africa.

Era pequeño el reino: el soberano no podia pasar por más que por un reyezuelo, y sus recursos eran exiguos: únicamente eran sus vasallos gente muy valerosa y decidida.

Púsose de acuerdo el rey del Cuco con España, y se determinó á hacer guerra á sus naturales enemigos, siempre que de España se le auxiliase con dinero, con naves y con soldados. Así se le prometió; él comenzó la guerra, y cuando vió que se le dejaba aislado, escribió á Felipe III lo siguiente:

«Hago saber á V. M., le decia en una carta, he venido á pelear con los turcos nuestros comunes enemigos, y me ha ido muy bien, pero me va muy mal con los míos, que quieren paz, fundándose en que las cartas de V. M. y las promesas de su embajador nunca se han cumplido ni cumpliran, sino que nos entretendrán hasta que nosotros nos acabemos; y porque me temo dellos mas que de mis enemigos, y soy avisado que me debo guardar dellos, aviso á V. M. para que me socorra con el dinero y paños que pudiere para tenerlos contentos y remediar su pobreza, y enviarme luego con el alcaide Suliman y Qudemelec mis embajadores, y si estos se detienen aguardando la armada, envíeseme con la escuadra que viniere á mi socorro con el dicho embajador, aunque me lo quiten de las municiones, que me hacen grande falta, particularmente las que se han

»dejado en Mallorca con los paños, y tambien otras piezas sueltas y mosquetes. Dios guarde á V. M.—De las tiendas, á veinte de la luna, etc.»

Despues escribió á D. Fernando de Zanguera, gobernador de Mallorca, lo que sigue:

«La de V. S. recibí, y estoy maravillado de ver estas cosas que conmigo se acen tan fuera de lo que yo merezco, que tres beces me an dicho ya viene la armada y no e bisto siquiera una galera, abiendo yo sienpre cumplido mi Real palabra teniendo tantas ocasiones para quebrarla, y un Rey de España tan poderoso siempre me la a faltado, suplico á V. S. que sea parte para que siquiera beinte galeras bengan á esta costa para que bean que S. M. se acuerda de mí, y mis enemigos me teman y mis amigos me amen para que yo pueda mejor serbirle. El que esta lleva es el Capitan Ruiz á cuya relacion me remito, que a bisto si soy fiel á S. M. ú no.—Aráme merzed V. S. de darle lo que fuere servido de ayuda de Costa, porque si las galeras no bienen a de yr á quejarse al Rey en mi nombre y no tiene ningun dinero ni yo se lo puedo dar: el gran Dios prospere á V. S.—Del Cucó á 30 de Agosto, etc.

»Si bienen galeras, bengan algunos hombres principales, que me bean la cara y me den la mano y darla yo de ser siempre buen amigo del Rey de España, y si no bienen, no creeré sino que S. M. quiere burlar de mí.»

Unos culpan y otros disculpan á Felipe III: cierto es que no debió ofrecer lo que no podia cumplir; empero no lo es ménos que pudo haber algo de ilusion hija de deseos y de buenas intenciones. La verdad fué, no obstante, que España no pudo dar un auxilio decisivo y fuerte, como en otras ocasiones. El duque de Lerma queria á la vez enriquecerse y distraer la general atencion, para que no se fijasen en lo que por sí y por su familia procuraba. Para lograr su propósito proyectaba diversas empresas, así marítimas como terrestres, y queria recordar que aún existia la España de Felipe II. Pero aquella estaba aún más pobre que en el anterior siglo: una muy grande parte de su tesoro pasaba á enterrarse en Flandes; habia necesidad de sostener marina que corriese por el Océano y el Mediterráneo para enfrenar, ó contener al ménos, la osadía de los piratas turcos y moros, holandeses é ingleses; y lo que quedaba lo necesitaba el de Lerma, ó se distribuia tal vez antes de atender á las verdaderas y apremiantes necesidades.

De esta suerte, sufriendo varia fortuna en las empresas contra los hijos de Mahoma, llegó el año 1610, en el cual ocurrió el acontecimiento más notable de los relativos á la cuestion africa-

na, durante los nueve primeros años del siglo. Muley-Xequé, ex-rey de Fez y de Marruecos, agradecido á un socorro que de España habia recibido, entregó la plaza de Larache á D. Juan de Mendoza, marqués de San German, capitán general de las armas á la sazón en Africa.

Fuese por los acontecimientos anteriormente referidos, ó bien porque jamás hubieran olvidado los africanos que en España habian dominado muchos siglos, es lo cierto que las intenciones para ganar terreno eran frecuentes, y que Africa si no tenia siempre en jaque á España, esta, por lo ménos, necesitaba estar siempre prevenida y alerta.

Culpábase á los moriscos españoles, que existían en España millares de ellos, de mantener secreta correspondencia con sus correligionarios, de darlos siempre cuantas importantes noticias les convenia saber, y de excitarlos á toda hora para que hiciesen una decisiva invasion, fiados en su poderoso auxilio. Eran riquísimos, y en Valencia y Murcia habia muchos más que verdaderos españoles.

Cierto es que muy frecuentemente llegaban barcos de piratas africanos á las costas de Valencia, y no era posible evitar que los tripulantes hablasen y se comunicasen con los moriscos de España.

Como un dia y otro dia se daban quejas al gobierno respecto de conspiraciones, ciertas ó supuestas, y muy frecuentemente se pedian medidas fuertes y coercitivas contra los moriscos, el duque de Lerma, queriendo cortar de raiz lo que se tenia por un mal positivo, propuso al rey la expulsion general de cuantos de aquellos moraban en España.

Dos son los puntos culminantes que deben considerarse, para aproximarse á comprender la importancia de esta medida: si fué útil ó perjudicial, es el primero; el segundo, si fué justa ó injusta.

Respecto del primer punto, poco habrá que esforzarse para convencer al ménos crédulo de que la medida fué sumamente perjudicial. Así la han considerado respetables autoridades históricas; y ya en los últimos años del reinado de Felipe II se agitó esta cuestion y se pidió parecer al secretario y amigo de aquel rey (en 1595), Juan de Idiazquez (ó Idiaquez), el cual contestó al secretario Mateo Vazquez lo siguiente:

«Van cuatro consultas de mi mano (le decia) que se hubieron en »consejo de Estado sobre esta materia, y son las que vtra. md. »tenia allá y me volvió para hacer esta diligencia, y otro papel »impreso que el Sr. Gassol me envió por orden de S. M. en la »misma materia, de persona más zelosa que práctica en ello,

»pues afirma entre otras cosas que por la mucha copia de gente
 »ai carestía en España, y que la tierra que ocupan los moriscos
 »y alimentos que gastan sería mejor que sirvieran á los natura-
 »les; siendo el primer presupuesto falsísimo, pues de 200 años
 »acá, y aun de 500, no a avido tan poca gente en España, y
 »agora 1000, y 1500, y 2000 avia mucha mas, y nunca a avido
 »lanta carestía; y *si fuese tan buena y segura la habitacion des-*
 »*ta ruin gente entre nosotros como es provechosa y cómoda,*
 »*no avia de aver rincon ni pedazo de tierra que no se les de-*
 »*viese encomendar, pues ellos solos bastarian á causar fecun-*
 »*didad y abundancia en toda la tierra, por lo bien que la sa-*
 »*ben cultivar, y lo poco que comen, y tambien bastarian á bazar*
 »*el precio de todos los mantenimientos,* y desto se podria venir
 »á baxarles en las otras cosas de hechura, poniéndoles su tasa,
 »de manera que no la poca gente causa barato, antes la mu-
 »cha, si trabaja, y la carestía la causa el vicio y holgazaneria,
 »lujo y superfluidad demasiada indistinta en toda suerte de gen-
 »te y estados, excepto si no fuese en tierras estériles, ó donde
 »todo se a de tener de acarreo y costar muchos portes..... y
 »en la materia de que tratamos no se a de presuponer que ai
 »utilidad temporal para las haciendas y barato en echarlos, que
 »no le ai sino daño, pero es de ninguna consideracion á trueque
 »de quitar el cuchillo de nuestras gargantas, como le tenemos
 »mientras estos estén entre nosotros de la manera que están,
 »y nosotros de la manera que estamos..... De Madrid á 3 de
 »Otubre de 1595 años.—Juan de Idiaquez.» (Otros le llaman
 Francisco.)

Por el escrito que antecede, se ve que la medida fué, en efec-
 to, perjudicial; porque ocasionaba grandes pérdidas materiales:
 sin embargo, se ve tambien que los moriscos no estaban exentos
 de culpa.

Primeramente débese recordar que de cada mil moriscos que
 habian abjurado el mahometismo, novecientos por lo ménos no
 se habian convertido sinceramente: habian cedido á la necesidad
 y héchose cristianos exteriormente, pero permaneciendo cordial-
 mente mahometanos. Nada divide más que la divergencia en
 materias religiosas; y por consecuencia ni los cristianos viejos
 podian mirar como amigos á los nuevos, ni estos á aquellos.

Despues de destrozado por los reyes Católicos el último ba-
 luarte de los antiguos musulimes al conquistar á Granada, habían-
 se los moros diseminado por España. Valencia y Murcia esta-
 ban plagadas de ellos; habia infinitos en las Andalucías, y había-
 los, en fin, en todas partes de España.

Como su falsa religion, que en secreto observaban, les daba

ciertas concesiones, se aprovechaban de las hechas por el farsante Mahoma, en todo lo que agradaba á los sentidos y lisonjeaba las pasiones. De aquí el multiplicarse de tal suerte, que *solo en el reino de Valencia* en el espacio de veinte años, pocos más ó ménos, habian llegado á reunirse *diez y nueve mil ochocientas familias*, que pueden suponerse de noventa á cien mil individuos; otros veinte años pasados, ya se contaban veintiocho mil familias, ó sean de ciento cuarenta á ciento cincuenta mil individuos; y cuando se dictó la medida, habiendo trascurrido apenas diez años, eran treinta mil las familias. Esto era solamente en Valencia.

El duque de Lerma los habia mirado siempre con enojo y aun con odio: mientras fué virey de Valencia, en tiempos anteriores, siempre habia hecho que estuviesen muy vigilados, y dictó contra ellos medidas fuertes y represivas. Llegó el año 1609, y se aumentaron las quejas; pero sin embargo, no se dictaba la medida, á pesar de la animadversion del de Lerma, lo que prueba que se consideraba como muy fuerte y trascendental.

Uno de los que más instaban era D. Juan de Ribera (hijo natural de D. Perafan, marqués de Tarifa), patriarca de Antioquia y arzobispo de Valencia. Este prelado, que si bien, como algunos dicen, era un tanto impaciente en su afán de obtener verdaderas conversiones, no puede en cambio negarse que su celo era verdaderamente apostólico. El trabajaba personalmente para lograr el fin que se proponia; encomendaba á sus sufragáneos el cuidado de secundarle en las respectivas diócesis; ampliando el círculo de su cristiana tarea, hacia lo mismo que con los sufragáneos, con los párrocos y clero; impetraba y obtenia breves del Sumo Pontífice en favor de los conversos, y últimamente, invertia una gran parte de sus rentas en la fundacion de seminarios y escuelas, y en sostener continuas misiones.

Fuese por efecto de impaciencia, como algunos quieren suponer, ó bien que se convenciese de la inutilidad de sus esfuerzos, en los últimos años de Felipe II ya aconsejó la expulsion en masa de los moriscos; y como el punto, aunque se consultó, como hemos visto, quedase sin resolver, en 1609 le aconsejó igualmente á Felipe III, aferrado sin duda en la opinion de que eran los moriscos incorregibles, por efecto de doce ó quince años de nuevas experiencias.

Ya en aquel año se les achacó una nueva conspiracion: no todos han creído su existencia real; empero no podrán negar los incrédulos que casi por aquella misma época estaban los moriscos en combinacion con los franceses del Rosellon y del Bearne, lo que se probó por algunos emisarios de los que iban y venian

cuando trataban de aliarse á aquellos, en perjuicio de la tierra que los apadrinaba y sostenia. Siendo esto así, como en efecto lo es, nada de extraño tiene que estuviesen de acuerdo con los africanos, siendo todos unos, lo que no sucedia con los franceses, para sublevarse en un dia y hora dados los de Valencia, los de las Andalucías y los de toda España.

Créese que no falló quien aconsejara un degüello general, á la manera del que años antes hicieran en Francia con los hugonotes; pero que D. Juan de Ribera se mostró horrorizado de semejante propuesta, pidiendo la expulsion y no otra cosa.

Conócese bien que á Felipe III, en su natural bondad excesiva para muchas cosas, se le resistia hasta el dictar la expulsion. Por esto sin duda escribió al arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera, á fin de que escogitara los medios más á propósito para procurar la conversion sincera de los que eran enemigos de España, aunque ya debian tenerse por españoles. A este mismo fin el Sumo Pontífice Paulo V, á peticion de D. Feliciano de Figueroa, obispo de Segorbe, remitió un breve al arzobispo de Valencia para que reuniese á los obispos sus sufragáneos y á los eclesiásticos de mayor ilustracion y virtud, y unido á ellos determinasen todos los medios que más en armonía con la dulzura y mansedumbre evangélicas, pudiesen servir para catequizar á los cristianos nuevos.

Reuniéronse en efecto los obispos de Segorbe, Orihuela y Tortosa, un inquisidor y nueve teólogos consultores, de las cuales tres eran seglares, bajo la presidencia del arzobispo D. Juan de Ribera, y con asistencia del marqués de Caracena, á la sazón virey y capitán general de Valencia: fué secretario de esta junta el cronista Gaspar Escolano. Los puntos que se sometieron á la discusion de aquella fueron los siguientes: *Si eran los cristianos nuevos notoriamente apóstatas ó herejes.—Si podrian ser en conciencia bautizados los hijos de aquellos y dejarlos en poder de sus padres.—Si podria obligárseles á recibir los Sacramentos de la Iglesia.—Si era conveniente que tuviesen los moriscos libertad de declarar sus dudas en asuntos de fé, sin que incurriesen en pena, y sin que los que los oyesen tuviesen obligacion de delatarlos.*

Dilatóse muchos meses la decision de la junta, y por aquel tiempo comenzó á correr la voz de que los moriscos de Valencia, de las Andalucías, de Aragon, Murcia y Castilla, trataban de sublevarse en masa. Creyóse desde luego la noticia, así por la certeza de los tratos que en otro tiempo habian tenido con los franceses, segun antes dijimos, como porque se les veia á la sazón en actitud sospechosa, reunidos en corrillos, se les oia pronun-

ciar palabras alarmantes, y era frecuentísima la correspondencia que enviaban y recibían, respectivamente, los de unas y otras provincias, contra su natural inercia y su habitual indolencia. Pudo ser todo esto hijo, como algunos suponen, de que la reunión de la junta llegó á inspirarles recelos porque supusieron que eran ellos el objeto de aquellas sesiones; mas es lo cierto que su actitud hizo creer que las noticias de la conspiración tenían sobrado fundamento.

Estaban los moriscos fuertemente apoyados, especialmente los valencianos, por los magnates y poderosos del reino; porque los tenían arrendadas sus tierras y demás propiedades, y como colonos abonaban á los propietarios infinitamente más que los españoles ó cristianos viejos; y esto se comprende muy bien: los cristianos nuevos eran poderosos, y los viejos eran pobres.

La junta, por fin, decidió reservadamente, y su decisión pasó con todos los antecedentes á Madrid, para que todo el expediente fuese visto por el Consejo de la Suprema. No llegó, empero, el caso de que aquel decidiese; porque siendo cada día más sospechosa é imponente la actitud de los moriscos, y tomando cada día mayor cuerpo las voces y seguridades de que iba á estallar la anunciada conspiración, el duque de Lerma se decidió á proponer al rey la medida extrema, y decidido por el duque, estaba decidido por el rey, aunque antes habia resistido mucho el dictar la expulsión.

Ocurrió este suceso al mismo tiempo que se firmó en Flandes la tregua de los doce años; y mediante aquella, podia disponerse de las fuerzas de mar y tierra libremente. Dióse, pues, orden á los vireyes de los estados de Italia para que tuviesen dispuestos sus tercios y escuadras, al mismo tiempo que se mandó prevenir á la armada de España, cuyo almirante era á la sazón el marqués de Villafranca. Hecho esto, se nombró á D. Agustín de Mejía maestro general, ó capitán general, de los ejércitos del reino, y con el nombramiento se le mandó orden reservada para que inmediatamente se dirigiese á Valencia sin pasar por Madrid.

Al mismo tiempo que Mejía recibió la predicha orden, la recibia también el marqués de Caracena, virey de Valencia, para prevenir toda la infantería de aquel reino.

Llegó á la expresada ciudad D. Agustín de Mejía, é inmediatamente se dirigió á conferenciar con el arzobispo y el virey, despues de lo cual pasó una escrupulosa revista de inspección á los cuarteles y castillos, y dispuso se proveyesen de viveres y municiones: lo mismo dispuso respecto de las plazas de la costa.

Parece que el estamento militar despachó á la córte un mensaje, resentido de ver que se tomaban tales precauciones sin ha-

cerle saber contra quién se dirigian, para representar al rey los inconvenientes que la expulsion de los moriscos llevaba en sí misma, y los perjuicios que sufriria el reino; porque supuso que todos aquellos aprestos eran para evitar una escision al publicar el expresado decreto.

Sin embargo del mensaje, así que llegaron á las aguas de Valencia las escuadras de Mediodía y de Levante, del mar Océano y de Italia y Portugal; así que se posesionaron de todos los puertos y las tropas tomaron las sierras y caminos, el virey, marqués de Caracena, publicó el bando que Mejía llevó consigo, cuyos principales artículos eran los siguientes:

«En el término de tercero día, todos los moriscos hombres y mujeres, bajo pena de la vida, habrian de embarcarse en los puertos que cada comisario les señalase:—Solo llevarian la parte de bienes muebles que pudieran llevar sobre sí:—Se prohibia rigurosamente que se les maltratase ni insultase de obra ni de palabra:—Se les daria la necesaria manutencion durante la navegacion:—El morisco que pasados los tres días fuese encontrado fuera de su lugar, podria ser impanemente despojado y preso; y podria matársele, si se resistiese:—Se imponia pena de muerte á los habitantes del lugar en que se llegase á averiguar que los moriscos habian escondido ó quemado su hacienda, ó parte de ella:—En cada lugar de cien vecinos se destinarian seis, los más ancianos y escogidos por los señores entre los que estuviesen reconocidos por más cristianos, para que enseñaran á los nuevos pobladores á cultivar los campos:—Podrian quedar en España los niños menores de cuatro años si los padres de aquellos lo consentian:—Tambien podrian quedarse los menores de seis años con su madre, si esta era cristiana vieja; pero saliendo expulsado el padre, si era cristiano nuevo, ó morisco:—Podrian los que quisieran, pasar á otros reinos, pero sin atravesar por España. Fuera de los que estos prefiriesen, habrian de ser todos trasportados en naves españolas á Berbería.

Publicado el atroz y riguroso bando, comenzó á ser puesto en ejecucion. Nombráronse por el gobierno los comisarios ejecutores para el embarque, y desde luego se presentaron centenares de familias que sin oponer la menor dificultad, se embarcaron, lo mismo en el Grao que en Alicante, en Denia que en Vinaroz.

En los caminos no dejaron de asaltar á algunos para despojarles; porque cierta clase de gentes no respetan ni la desgracia en tratándose de apoderarse de lo ageno. El virey tomó providencias para impedir que los espulsados sufriesen el menor despojo; mas sin embargo, de aquel pretexto se asieron algunos moriscos para

resistir, reuniéndose especialmente en las sierras, resistiendo con armas á la fuerza armada, y ocasionando bastantes desgracias. Tales fueron estas escenas, que hubo de suspenderse el embarque durante algunos dias.

Otros moros más pacíficos, convencidos de que el mal era irremediable y de que les convenia alejarse cuanto antes de un suelo que á la sazón era para ellos inhospitalario, pidieron se les permitiera embarcarse en buques particulares fletados por ellos mismos y á su costa. De este modo salieron de España muchos moriscos, siendo notable espectáculo el ver que *sus propios señores los escoltaban* para que llegasen sanos y salvos al puerto. El duque de Gandía, el de Maqueda, los condes de Alamás, de Concentaina y de Buñol y el marqués de Albaida lo verificaron así, y algunos, como el de Maqueda, se embarcó con ellos y llegó hasta Orán.

Tambien fué preciso prohibir el transporte en buques particulares, porque algunos patronos de aquellos robaban á los transportados, y á fin de que no pudiesen dar queja del despojo, los arrojaban al mar, y cometian despues todo género de excesos con las familias de los despojados.

Uno de los patronos que fueron autores de tan negros y horribles delitos se llamaba Juan Bautista Riera, el cual, despues de haberle cortado la mano derecha, sufrió la pena de horca.

Habíase prohibido, despues de embarcada una gran parte de moriscos, el que vendiesen sus ajuares y hacienda, bajo el pretexto de que privaban á los respectivos señores de los bienes que segun el bando debian heredar; y al mismo tiempo que se prohibia la venta, se prohibia tambien á los cristianos el comprar, bajo pena de nulidad. Esto bastó para que nadie quisiese comprar; por manera que aquellos de los aun no embarcados, á quienes el decreto cogió con poco metálico, no pudieron adquirir más por medio de la venta de cuanto era legitimamente suyo.

Estas y otras cosas dieron pretexto á algunos moriscos, gente belicosa y siempre dispuesta por temperamento á la insurrección, para tomar las armas y reunirse en son de guerra. Hicieronse fuertes los de la baronía de Córtes, Castellá, Val de Ayora, Guadalest y Alahar.

Atrincheraron la sierra en la Muela de Córtes, añadiendo fortificaciones y obstáculos á los naturales que el agreste terreno presentaba, y comenzaron por coger á todo cristiano viejo que encontraban solo y sacrificarle bárbaramente. Reunidos en bandadas entraban en los pueblos pequeños y se ensañaban ferozmente contra los sacerdotes, destruyendo iglesias y destrozando las sagradas imágenes.

Cuando estuvieron reunidos en gran número escogieron un rey. Fué elegido un moro natural de Casadán, parroquia aneja á la de Llombay, llamado Turigi. Proclamado con grande estrépito en la plaza de Córtes, fué jurado por todos *sus principales vasallos*, y comenzó á dictar sus disposiciones.

Resistieron los insurrectos algunos meses, haciendo cuantos daños podian y procurando ponerse en combinacion con los moriscos de otras provincias de España y aun con los de Africa; y tanto incremento llegó á tomar el fuego de la insurreccion, que los antiguos recordaban los sucesos de la Alpujarra y comparaban con la de aquellos moriscos la moderna insurreccion.

Reunióse contra los insurrectos el ejército de Nápoles con el de Lombardía, y la milicia del país al mando de D. Agustin de Mejía, D. Sancho de Luna y el conde de Castellá. Jefes y soldados hicieron verdaderas proezas, y despues de algunos meses de una guerra sangrienta y de lucha desesperada, un morisco traidor á los suyos, probablemente para obtener la cantidad ofrecida por el gobierno, sorprendió y entregó al *rey* Turigi, que pagó con la vida su breve é inquieto reinado.

Con el suplicio de Turigi y diversas medidas que se tomaron concluyó la lucha y salieron del reino de Valencia todos los moriscos que aún en él quedaban. Poco despues fueron expulsados los de las Andalucías y Murcia; y al terminar el primer tercio del año 1610, se publicó el decreto para los de Aragon. Se calcula el número de los expulsados de Valencia en 150,000; sobre 80,000 de las Andalucías; 15,000 de Murcia, y 64,000 de Aragon, sin contar el infinito número que los comisarios omitirian nombrar en sus relaciones, y todos los menores de siete años, que fueron arrancados de los brazos de sus padres bárbaramente, por piadosa que la intencion fuese.

Posteriormente se verificó la expulsion de los moriscos de ambas Castillas, Mancha y Extremadura, altas y bajas, entre los cuales habia muchos que eran ya tenidos por cristianos viejos. Por esto el gobierno facultó á los obispos para que dieran licencia de quedarse á los que resultara haberse conducido siempre como cristianos viejos, en virtud de lo cual se quedaron muchos, y aun así fueron expulsados más de 100,000. Esto prueba que la mayor parte de los moriscos eran hipócritas, ó por temor, ó por conveniencia, pero no cristianos.

DECENIO SEGUNDO.

AÑO 1611.

ESPAÑA.

En este año continuó el de Lerma ocupándose de la reforma de costumbres. Entonces se prohibió el ir en coche á todas las que no fuesen señoras: estas podrian verificarlo, pero con el rostro descubierto y acompañadas por sus padres, maridos ó hijos. Se prohibió igualmente la fabricacion de carruajes, sin obtener antes permiso del presidente de Castilla, y ningun hombre, por caballero que fuese, habia de andar en coche, cuya prohibicion se hizo so pretexto de que se afeminaban. Quedaron exceptuados de la prohibicion los consejeros, los secretarios del rey, los embajadores, los médicos de la real cámara, y D. Rodrigo Calderon, que era el verdadero duque de Lerma, *su padre y su suegro*.

Prohibióse asimismo dorar y platear muebles, vajillas, braseros; bordar doseles, camas, cortinajes; se prescribió la forma de las guarniciones y adornos de los trages de señora, y se publicó la célebre pragmática de las *lechuguillas* de los cuellos de los hombres, expresando en aquella la tela, forma y tamaño que deberian tener en lo sucesivo.

En el mes de Agosto falleció la duquesa de Uceda, nuera del de Lerma, y con tan triste motivo se paralizaron las diversiones que de continuo aquel proporcionaba al rey. Dos meses despues ocurrió otro acontecimiento más funestamente importante, y que ocasionó un mortal golpe al muy sensible corazon de Felipe III. El dia 3 de Octubre, hallándose en el Escorial, falleció de sobreparto la reina doña Margarita de Austria. Su muerte fué generalmente muy sentida; porque era jóven, bella, virtuosa y por consiguiente caritativa. El infante, llamado D. Alfonso, que nació algunos dias antes, fué denominado Alfonso el CARO, porque su nacimiento habia costado la vida á la muy apreciada reina. Pero como en el mundo los sentimientos no son duraderos, y en los palacios, si es que alguna vez se siente, pasan los sentimientos como el relampago, apenas enterrada la reina, ya se recogia la córte con los régios enlaces que se preparaban.

A instancias de su esposa habia consentido Enrique IV de Francia en el doble enlace de su primogénito y de su hija mayor, con el príncipe de Asturias y la infanta doña Ana Mauricia. En la red política que sin cesar y á toda hora tejia, no estaba completamente decidido, y habia aplazado la resolucíon, sin dar una rotunda negativa. Muerto Enrique IV y libre para obrar María de Médicis su viuda, que siempre estuvo decidida por España, se renovaron los acuerdos y se trató de realizar las bodas.

No estaba, empero, tranquilo el duque de Lerma; para un palaciego llegado á la cúspide del favor y del poder, el temor de caer de la real gracia, la sombra, siquiera sea soñada, de un rival, es un espantoso tormento.

Habíase el duque apoderado, por decirlo así, de la voluntad de Felipe III desde que este era príncipe; y de tal manera habia llegado á dominarle, que el rey firmó tranquila y gustosamente la órden para que *todos los consejos, los tribunales y todos sus vasallos dieran el mismo valor y prestaran la más ciega obediencia á todos los decretos firmados por el duque de Lerma, como si fueran firmados por EL mismo*. Con este motivo algun grave historiador hace notar con sobrado fundamento cuán asombroso es el desprendimiento de aquel rey, y cuán extraordinario fué el que no abusase de aquella inaudita concesion el favorito. Y es, en nuestro sentir, que el duque de Lerma no era mal ministro por intencion: su fondo era noble y digno; empero tenia poca aptitud para desempeñar el puesto que ocupaba, á lo que se debieron y no á su deliberacion, sus desaciertos, y estuvo subyugado por una desmedida avaricia que le hacia parecer lo que en realidad no era. Tuvo verdadero y sincero afecto á su favorecedor Felipe III, y le sucedió lo que á muchos de los que le precedieron y sucedieron: por poca capacidad cometió graves errores, muy persuadido de que aquellos eran aciertos.

Por aquel tiempo, aunque todo era regocijo, porque se preparaban los régios esponsales, el duque de Lerma estaba intranquilo; apenas tomaba alimento, ni podia conciliar el sueño. Un ingrato á quien el mismo duque habia hecho adquirir la real gracia, se habia ostensible y abiertamente declarado su rival; y este rival y este ingrato era el mismo D. Cristóbal de Sandoval y Rojas, antes marqués de Cea y á la sazón duque de Uceda, hijo del de Lerma.

En este mismo año se enriqueció la biblioteca del Escorial con tres mil volúmenes árabes, de poesía, filosofia, religion, política y medicina. Fueron cogidos con otras raras preciosidades en un encuentro naval ligeramente sostenido por D. Rodrigo de Silva,

comendador de Martos, y D. Pedro de Lara, contra unas naves del rey de Marruecos, que fueron apresadas. Muley-Cidam, el marroquí, que tenia aquellos libros en grande estima, ofreció para rescatarlos 70,000 ducados. El piadoso Felipe mostró estar dispuesto á ceder aquel tesoro literario, siempre que Muley-Cidam entregase libres cuantos cautivos cristianos tuviese en su reino. No pudieron tener realizacion los deseos del rey, porque recrudescida la guerra que el marroquí sostenia contra su sobrino Muley-Xeque, ni aun respuesta se obtuvo: entonces el rey mandó trasladar á la escogida biblioteca del Escorial los tres mil volúmenes.

AÑO 1612.

ESPAÑA.

BODAS REALES.

Ya bastante entrado el año ó, mejor dicho, más de mediado estaba, cuando vino á la córte de España el duque de Mayenne, para ratificar el tratado de los esponsales, al mismo tiempo que con idéntico objeto pasó á Paris el príncipe de Mérito, duque de Pastrana y de Francavilla.

El día 20 de Agosto se firmó en Madrid el tratado de bodas: hé aquí sus principales bases: «Su magestad católica daría en »dote á la infanta su hija 500,000 escudos de oro de valor »de 16 rs. (8.000,000 de rs.), que serian entregados en Paris, »la vispera de celebrarse el matrimonio:—Los reyes de Fran- »cia asegurarian esta dote sobre rentas y fondos á satisfaccion »de S. M. Católica:—Darían el rey Luis XIII y la reina viuda »su madre 50,000 escudos para las joyas, que serian suyos co- »mo bienes de su patrimonio, y 20,000 escudos ánuos por via »de viudedad:—El rey de España la asignaria para sosten de »su cámara una suma correspondiente á hija y esposa de tan po- »derosos soberanos:—Tan pronto como la infanta de España »cumpliese los doce años de edad, se verificaria el matrimonio, »por poderes y palabra de presente, debiendo Felipe III condu- »cir á su hija á sus expensas hasta la raya de Francia:—Que el »principal objeto y propósito de aquel enlace era el asegurar la

» amistad perpétua entre España y Francia y la tranquilidad de
» la cristiandad entera.»

Iguales bases se aprobaron para el contrato matrimonial de D. Felipe, príncipe de Asturias, con doña Isabel de Borbon, princesa de Francia, y en ambos se incluyó la siguiente cláusula, que por su importancia es digna de ser conocida, y á este fin la trascribimos íntegra:

«La dicha Serma. Infanta doña Ana se dará por contenta con
» dicha dote, sin que despues pueda alegar ningun derecho, ni
» intentar ninguna accion ni demanda pretendiendo que la per-
» tenecen ó pueden pertenecer otros bienes, derechos ó acciones,
» por causa de la herencia de SS. MM. Católicas, sus padres, ni
» por consideracion á sus personas, ni por cualquier otra causa
» ó título, ya lo supiese, ya lo ignorase; y á pesar de cualquiera
» accion no dejará de hacer su renuncia en debida forma y con
» todas las formas y solemnidades necesarias y de derecho requie-
» ridas, cuya renuncia les hará antes que contraiga matrimonio
» por palabras de presente. Que en quanto se verifique la cele-
» bracion del matrimonio aprobará y ratificará, juntamente con
» el rey Cristianísimo, con las mismas formas y solemnidades, la
» primera renuncia, á la cual quedan obligados desde ahora. Y
» en caso que no hiciesen dicha renuncia, en virtud de este con-
» trato de capitulacion se juzgará la renuncia como debidamente
» otorgada. Todo lo que se hará en la forma más auténtica y efi-
» caz para que sea valedera, y con todas las cláusulas derogato-
» rias de leyes, usos y costumbres que puedan impedir esta re-
» nuncia, las que SS. MM. Católica y Cristianísima derogarán y
» derogan desde ahora, y para la aprobacion y ratificacion de
» este contrato, entonces como ahora, derogan todas las excep-
» ciones.....

» Que la Serma. Infanta de España doña Ana y sus hijos, sean
» varones ó hembras, y sus descendientes primeros y segundos,
» ni de tercera ó cuarta generacion, no podrán jamás suceder en
» los reinos, estados y señoríos que pertenecen y pueden perte-
» necer á S. M. Católica, y que están comprendidos en esta capi-
» tulacion, ni fronteras que al presente posee S. M. Católica ó que
» le pertenezcan y puedan pertenecer dentro y fuera de España,
» ni en los que tuvieron y poseyeron sus ascendientes, ni en los
» que en cualquier tiempo pueda adquirir ó añadir á sus reinos,
» estados y dominaciones, ó que pueda adquirir por cualquiera
» título, ya sea durante la vida de dicha Serma. Infanta ó des-
» pues de su muerte: y en cualquier caso en que por leyes ó cos-
» tumbre de estos reinos y estados pueda suceder, ó pretender
» que puede suceder en los dichos reinos y estados, en estos ca-

» sos desde ahora la dicha Serma. Infanta doña Ana dice y de-
» clara que está bien y debidamente excluida, juntamente con
» todos sus hijos y descendientes, sean varones ó hembras, aun-
» que estos quisieran decir que en sus personas no se podrian
» considerar estas razones como de ningun valor, ni las demás
» en que se funda la exclusion, ó que quisiesen alegar (lo que
» Dios no quiera) que la sucesion del rey católico ó de los se-
» renísimos príncipes é infantes faltase de legitimos descendien-
» tes, porque como en ningun caso, ni en ningun tiempo, ni
» de ninguna manera que pueda acontecer, ni ella ni sus des-
» cendientes tienen derecho ni pueden suceder sin contravenir
» á las leyes, usos y costumbres en virtud de las que se ar-
» regla la sucesion de los reinos y Estados, y sin contravenir á
» las leyes, usos y costumbres que arreglan la sucesion de
» Francia. Por todas estas consideraciones juntamente, y por
» cada una en particular, SS. MM. derogan en los que contra-
» rían la ejecucion de este contrato. Y que para la aprobacion de
» esta capitulacion derogarán y derogan todo lo contrario, y quie-
» ren y entienden que la Serma. Infanta y sus descendientes es-
» tén para siempre jamás excluidos de poder suceder en ningun
» tiempo ni en ningun caso en los estados de Flandes, condado
» de Borgoña y Charolais y sus dependencias, cuyos paises y
» estados fueron dados por S. M. Católica á la Serma. Infan-
» ta doña Isabel y deben volver á S. M. Católica y á sus suceso-
» res. Tambien declaran expresamente, que en caso de que la
» Serma. Infanta quede viuda (lo que Dios no quiera) sin hijos,
» quede libre y franca de dicha exclusion, y sea por lo tanto ca-
» paz de poder heredar cuanto le pertenezca, pero en solo dos
» casos. Si quedando viuda y sin hijos volviese á España, y si por
» razon de estado se volviese á casar por mandato del rey cató-
» lico, su padre, ó del príncipe su hermano, en cuyos dos casos
» quedará habilitada para suceder. Que tan pronto como la se-
» renísima Infanta haya cumplido los doce años, y antes de cele-
» brar el matrimonio por palabras de presente, dará y otorgará
» su escrito, en virtud del cual se obligará por sí y sus suceso-
» res al cumplimiento de todo lo dicho, y de su exclusion y de
» sus descendientes, aprobándolo todo, segun se contiene en el
» presente contrato y capitulacion, con las cláusulas y juramen-
» tos necesarios y requeridos; y en jurando esta presente capitu-
» lacion y la referida obligacion y ratificacion, hará otra igual y
» semejante con el rey cristianísimo tan pronto como se case, la
» que será registrada en el Parlamento de Paris, segun su forma
» y tenor, y S. M. Católica desde ahora hará aprobar y ratificar
» dicha renuncia en la forma acostumbrada, y la hará registrar



» en el Consejo de Estado, y las dichas renunciaciones, aprobaciones
 » y satisfacciones, hechas ó no hechas, se tendrán desde la pre-
 » sente capitulación por bien hechas y otorgadas, etc.»

Hé aquí, en efecto, la más importante de las condiciones del tratado. Por ella se ve el empeño que se puso en precaver y evitar el que llegase el caso de reunirse sobre unas mismas sienes las coronas de San Fernando y de San Luis.

Hé aquí también una curiosa relación de las provisiones que diariamente se daban para la manutención y asistencia del duque de Mayenne y su séquito:

«*Día de carne.*—8 patos, 26 capones cebados de leche, 70
 » gallinas, 100 pares de pichones, 100 pollos, 50 perdigones, 50
 » pares de tórtolas, 100 conejos y liebres, 24 carneros, 2 cuartos
 » traseros de vaca, 40 libras de cañas de vaca, 2 terneras, 12
 » lenguas, 12 perniles de garrovilas, 3 tocinos, una tinajuela
 » de 4 arrobas de manteca de puerco, 4 docenas de panecillos de
 » boca, 8 arrobas de fruta á dos arrobas de cada género, 6 cue-
 » ros de vino de 5 arrobas cada uno, y cada cuero de diferen-
 » te vino.

» *Día de pescado.*—100 libras de truchas, 50 de anguilas, 50
 » de esotro pescado fresco, 100 libras de barbos, 100 de peces,
 » 4 modos de escabeches de pescados y de cada género 50 libras,
 » 50 libras de atun, 100 de sardinillas en escabeche, 100 libras
 » de pescado sencial (cecial) muy bueno, 1,000 huevos, 24 em-
 » panadas de pescados diferentes, 100 libras de manteca fresca,
 » un cuero de aceite; fruta, pan y otros regalos extraordinarios
 » como en los días de carne.»

Un guarda-mansél, que entonces decían, llamado Felipe de Arellano, llevaba cada día estas provisiones á la calle del Sordo, á cuya entrada por la parte del hospital de los Italianos había una puerta, que cerraba el Arellano luego que introducía la vianda para el día siguiente, y de allí lo recogía un criado del de Mayenne.

REGALOS.

» Embió S. M. al de Umena (Mayenne) con su guarda-joyas
 » una cadena de diamantes y un tremellin que habían costado
 » 12 mil escudos, y él dió al guarda-joyas otra cadena de oro
 » con su medalla de 4 mil reales; y al otro día le embió 6 ca-
 » ballos muy hermosos con sus mantas de damasco carmesí, y
 » dicen dió al caballero 400 escudos, y á 20 á los criados que las
 » llevaban; y al secretario que trajo las capitulaciones embió una
 » sortija de 3 mil escudos, el cual dió una cadena de 200 al

» guarda-joyas que le llevó; y el duque de Lerma embió al de
 » Umena 100 pares de guantes y 50 colectos de ambar, y un ta-
 » baque de pastillas y pevetes; y la duquesa de Pastrana le em-
 » bió ropas blancas y cosas de olor cantidad de mil escudos; y
 » así mismo la condesa de Valencia alguna ropa blanca y cosas
 » de olor; y el duque de Maqueda le envió 8 caballos, y 2 el du-
 » que de Alba con muy buenas cubiertas.

» También figuró entre los regalos una *haca* de camino muy
 » buena, y una pluma de brillantes, que hizo tomar la reina de
 » Francia á doña Catalina de la Cerda, dama de S. M., el día que
 » se firmaron las escrituras, cuya pluma fué evaluada en 500
 » escudos de oro.»

AÑO 1613.

Este año fué feliz para las armas españolas, que obtuvieron en los mares no pequeñas victorias. El marqués de Santa Cruz, digno sucesor del célebre y famoso D. Alvaro de Bazan, venció á los turcos y quemó once naves en la bahía de la Goleta. Penetró despues en la isla de Querquens, y la destruyó completamente, quemando y asolando casas y cuanto en ella habia.

D. Pedro Tellez de Giron, duque de Osuna, el justamente llamado gran virey de Nápoles, que á la sazón lo era de Sicilia, comenzó en este año su renombrada expedición á las costas berberiscas, poniendo en tan estrecho aprieto al gran turco, que tuvo necesidad de valerse de cuantos recursos tenia en su vasto imperio, para no ser decisivamente vencido por el valeroso, entendido y activo magnate español, al cual ayudó poderosamente el no ménos inteligente y bizarro D. Octavio de Aragon.

Este, por su parte, se dirigió despues á la isla de Malta, invadida por los feroces turcos, y de ella los arrojó haciéndolos perder mucha gente y no pocas naves.

D. Luis de Fajardo, que á la sazón era almirante del mar Océano, hizo su famosa expedición á la costa occidental de Africa. Llevaba consigo la brillante aureola que le circundaba desde que, algunos años antes, colocó tan altos su nombre y su fama en el puerto de la Goleta, derrotando á los corsarios ingleses, genoveses y turcos.

Secundado por varios animosos guerreros, pertenecientes todos á la primera nobleza española, llegó hasta cerca de Tánger y tomó por fuerza de armas el puerto y castillo de la Mámo-

ra, despues de haber clavado el pendon de Castilla con la Santa Cruz del Gólgota, sobre la montaña de Salé.

Estos brillantes hechos de armas hacian recordar á la temida monarquía de Carlos I y de Felipe II; y el referir algunos sucesos gloriosos cuando la mayor parte de los que deben referirse tan poca gloria encierran, consuela al que tiene la imprescindibile obligacion de consignarlos todos. Eran, empero, brillantes chispas lanzadas de un fuego que fué brillantísimo, que apresuradamente disminuia y amenazaba extinguirse pronto.

AÑO 1614.

D. RODRIGO CALDERON.

En tanto se agitaban algunas importantes cuestiones exteriores que directamente afectaban á España y que referiremos despues, seguia en el palacio de Madrid la guerra de favoritismo entre el padre y el hijo, entre el duque de Lerma y el duque de Uceda. Débese, sin embargo, decir que representaba mucho ménos noble papel el de Uceda que el de Lerma, como por punto general sucede siempre en toda cuestión suscitada y sostenida entre un padre y un hijo.

El duque de Lerma habia encumbrado tanto al de Uceda, que á él debia el predicamento en que se hallaba al lado del rey; y tanto en él habia confiado, creyendo que en ninguno mejor podia depositar su confianza, que, segun el lector recordará, era quien suplía sus ausencias para el despacho de todos los negocios, cerca del monarca. Es decir, que la guerra estaba reducida de parte del de Lerma á sostenerse en su puesto y nada más; al paso que el de Uceda no perdonaba medio para suplantar á su padre y separarle por completo del puesto que ocupaba, privándole absolutamente del favor del rey. Esta conducta en un extraño al ministro, hubiera parecido una negra y horrible ingratitud; pero procediendo de un hijo y tan favorecido por su padre, difícilmente se encontrarán palabras bastante enérgicas y duras para calificarla.

Ménos ingrato que el hijo el mayor favorito del duque de Lerma, apoyaba á este con todo su poder, que no era en verdad pequeño: por esto el de Uceda, viendo la dificultad que presentaba el derribar á su padre, pensó en privarle del auxilio de su poderoso favorito.

Llamábase este D. Rodrigo Calderon, de quien incidentalmente hemos ya hablado más de una vez. Fué hijo natural de un capitán llamado D. Francisco Calderon y de una alemana de no muy clara estirpe, con la cual se casó el capitán, despues de haber nacido D. Rodrigo.

Entró este al servicio del de Lerma; y encontrándole muy á propósito por su claro ingenio, actividad y despejo, para ocuparse en árduos asuntos, le hizo su secretario; y encumbrándole más cada dia llegó á colocarle de secretario de la cámara del rey; poco despues obtuvo para él el título de conde de la Oliva; luego el hábito de Santiago, comendador de Ocaña; posteriormente le dió el mando de las guardias alemana y tudisca, y por fin, hízole dar, aunque más adelante, el marquesado de Siete-Iglesias, además de otras innumerables mercedes para él y para sus hijos, que tuvo bastantes, habidos en su esposa doña Inés de Vargas.

Supo D. Rodrigo aprovechar su fortuna, segun en otra ocasion hemos dicho, enriqueciéndose sin reparar en los medios para lograrlo; y era odiado de la generalidad, no solamente porque se conocian las artes de que se valia para hacer fortuna, si que tambien, como hombre que de la nada habia subido á muy alta esfera, porque era insoportablemente orgulloso, y trataba mal, hasta con descortesía, á los pretendientes.

En medio de todos sus defectos no tenia uno que es un verdadero crimen, y de los más reprobables; la ingratitud: por él se perdió el linaje humano, y él ha ocasionado gravísimos males é infinitas ruinas.

Como hombre de despejo, de talento y de pronto ingenio, era tan favorito de Felipe III, como su protector el duque de Lerma. Tenia D. Rodrigo infinito ascendiente sobre el rey; pero le empleaba en proteger á su protector, y era un decidido y poderoso enemigo de los enemigos del de Lerma: hé aquí por qué juraron aquellos su ruina.

Lo primero que hicieron fué ganar la voluntad de la reina; y como D. Rodrigo, por su parte, daba muchos motivos para que se creyesen de él cosas que nada la favorecian, la reina instó tanto á su esposo, que este inesperadamente relevó á Calderon del cargo de secretario, y por consecuencia del despacho de los negocios, reemplazándole para esto con D. Juan de Ciriza, y en el cargo de secretario con D. Bernabé de Vivanco.

Tratóse de achacar al caido favorito la muerte de la reina, que sucedió casi inmediatamente (en 1611); pero todo el mundo sabia que doña Margarita habia fallecido de sobreparto y no de veneno. A pesar de todo, el objeto era perder á D. Rodrigo, y de

público se decía que habiendo aquel perdido la gracia del rey por influencia de la difunta reina, se había vengado haciendo que la diesen un *tósigo*.

Faltos de pruebas para hacer constar el supuesto crimen, dejaron por entonces de hablar de él; y D. Rodrigo, que no había perdido la gracia del duque de Lerma, obtuvo algún tiempo después el honorífico cargo de embajador extraordinario de España en los Países-Bajos. Desempeñó su misión muy á gusto del soberano, que era hombre entendido el conde de la Oliva, y al regreso á Madrid volvió á recuperar la gracia, que probablemente solo en apariencia había perdido, y entonces fué premiado con el título de marqués de Siete-Iglesias.

Otro de los repugnantemente ingratos al duque de Lerma fué Fr. Luis de Aliaga, á quien aquel encumbró cuanto pudo, hasta hacerle director de la conciencia del monarca. Pero es cierto que los palacios y mansiones de los muy poderosos parece que están impregnados de ingratitud y por todas partes la rebosan, puesto que de los que las frecuentan son muy contados los que se libran de tan funesto y perjudicial contagio.

Fr. Luis de Aliaga, olvidado de su sagrado carácter, de su estado y de su respetable é importante misión, se dedicó á apoderarse de la voluntad del rey para perder á su constante protector el de Lerma, y por consecuencia á D. Rodrigo Calderon: hizose, pues, el P. Aliaga decidido partidario del duque de Uceda.

En la conjura que hábilmente se trataba se afilió otro temible campeon, entonces poco conocido, y que estaba por desgracia destinado á derrumbar la brillante y poderosa monarquía de Carlos I. Era el nuevo conjurado D. Gaspar de Guzman, á la sazón conde de Olivares, y después el funestamente célebre *conde-duque*. Este se creía ofendido porque no había sido atendida su instancia, dirigida á cubrirse de grande de España; mas para no haber accedido el de Lerma á los deseos del conde de Olivares quizá existiría alguna razón, puesto que si hubiese existido enemistad verdadera, no hubiera penetrado en palacio D. Gaspar de Guzman, con lo que España hubiera ganado muchísimo. Lejos de esto, el conde de Olivares fué nombrado gentil-hombre de la cámara del príncipe de Asturias, por cuyo medio se apoderó del corazón y de la voluntad del que había de suceder en el trono á Felipe III.

Para hacer frente á la fuerte maquinacion, el duque de Lerma introdujo en palacio al conde de Lemos (ó Lemus), su sobrino, que valia infinitamente más que el duque de Uceda, porque era hombre de ingenio, de instruccion y de recto carácter.

Acababa de llegar á la córte, desde el reino de Nápoles, en

donde durante seis años habia desempeñado con mucho crédito el delicado cargo de virey. El rey le acogió benignamente y le concedió fácilmente su gracia; pero cuando más se ocupaba el de Lerma en vigorizar el poder de sus amigos, circuló por la córte la noticia del asesinato de un cierto Francisco de Xuara, muerto en medio de un camino por orden, segun se decia, de D. Rodrigo Calderon.

Excusado es decir si con tal motivo se desatarian las lenguas y se agitarian las plumas para agravar el hecho cuanto posible fuese y para hacer más delicada la falsa posicion del marqués de Siete-Iglesias. Todos sus enemigos apelaron hasta á la conciencia del rey, para hacerle entender que sin faltar á ella no podia dejar impune aquel horrible delito; pero á pesar de todos los inauditos esfuerzos, el duque de Lerma estaba todavía al lado del rey, y no era por entonces posible vencer al marqués de Siete-Iglesias.

El principe, inspirado por el conde de Olivares, y muy atendido, como era natural, por su padre, trabajaba constantemente contra el duque de Lerma. El conde de Lemos, su sobrino, correspondia dignamente á la confianza que aquel habia en él depositado; mas como cada dia la camarilla conjurada ganaba más terreno, y el conde de Lemos tenia mucha dignidad, porque era muy poco palaciego, cansado de sufrir muchos desaires en muy pocos dias, uno de ellos, en que pudo hablar á solas al monarca, le manifestó claramente su disgusto; le recordó sus muchos y buenos servicios; le refirió las feas intrigas de que era juguete; le dijo que si habia delinquido, involuntariamente, que allí estaba pronta su cabeza para expiar su crimen, pero que de no, antes que sufrir desaires que no merecia, y de que se resentia justamente su dignidad, preferia abandonar á palacio y retirarse á su casa.

La respuesta que obtuvo es la que generalmente reciben los que hablan verdad en donde esta es muy poco conocida: *Si que-reis retiraros, conde, podeis hacerlo cuando quisiéredes.* Esto contestó Felipe III al franco y leal razonamiento del conde de Lemos.

El injustamente desairado magnate se despidió del Consejo de Italia, de que era presidente, y se retiró á sus estados de Monforte. El duque de Lerma, que además de ser su tio, era su suegro y amigo agradecido, le acompañó hasta Guadarrama, no pudiendo alejarse más de la córte, que á la sazón estaba en el Escorial. Dió, en efecto, el de Lerma al de Lemos una clara prueba de gratitud, puesto que acompañó á su defensor, viéndole en desgracia, cosa muy peregrina en los palacios, en donde al que cae se le vuelve el rostro, por temor del contagio.

AÑO 1615.

En este año se verificaron los reales desposorios, antes convenidos y ajustados, habiéndose detenido su realizacion á consecuencia de la débil constitucion y falta de salud de la infanta española. Esta hizo solemne renuncia de sus eventuales derechos á la española corona, hallándose en Búrgos, despues de lo cual se dirigió á Francia.

En el Vidasoa se verificó la usada ceremonia de las barcas idénticas é igualmente adornadas, bogando á compás, para llevar á la infanta española y reina de Francia á la ribera del lado de este reino, y á la infanta francesa y princesa de Asturias al lado de España.

Presentóse en Paris la infanta española con tal lujo en su persona y las de su numerosa y brillante comitiva, que segun es fama, deslumbró á la córte de Francia, cosa que no debe maravillarnos, puesto que todos sabemos lo que España acostumbra hacer cuando tiene que presentarse en casa extraña, ó recibir extraños en la suya, cosa que es muy loable y satisface el justo orgullo nacional.

El duque de Guisa fué el encargado de la persona de la infanta francesa y jefe de la comitiva de la misma. Iguales oficios hizo el de Lerma al lado de la infanta española; empero tuvo que detenerse en el camino por falta de salud, y le reemplazó su hijo y *perseguidor* el duque de Uceda.

AÑO 1616.

EXTERIOR.

En tanto se debatian en la córte las cuestiones palaciegas y de favoritismo, se agitaba y maquinaba en secreto un hombre que se preparaba á lanzarse á la guerra y á dar á España no pequeño cuidado.

Era este hombre, temible por su carácter turbulento y osado, Carlos Manuel de Saboya, el protegido de Enrique IV. La muerte de este rey quitó á Carlos Manuel un fuerte y decidido apoyo, que le iba á prestar, no por otra razon que por hacer daño á España.

Habia Enrique alentado al de Saboya y habia hecho nacer en él aspiraciones que si las habia tenido sin necesidad de ageo no impulso, no habria quizá llegado á creer en su realizacion sin las instancias y promesas del asesinado rey de Francia. La muerte de este fué, pues, para Carlos Manuel un terrible golpe; mas puesto ya en el camino de la ambicion y casi consentido en satisfacerla, no desistió por la muerte de su protector sino el tiempo indispensable para calcular los medios de suplir, en lo posible, la falta de Enrique IV.

Era el de Saboya falso y artero; y cuando se decidió á enarbolar el pendon de guerra contra España, en señal de fidelidad á esta, hizo venir á Madrid á su mismo hijo el príncipe Filiberto, como en rehenes y garantía de aquella. Este solo hecho prueba si rayaria muy alto la ambicion del saboyano, cuando expuso á su hijo, entregándole inerme en manos de aquel mismo á quien gravemente iba á ofender. Dicese, empero, que le hizo venir cuando aún no tenia resuelto cómo deberia obrar; pero es lo cierto que en poder del rey de España estaba el hijo de Carlos Manuel, y *recien llegado*, cuando aquel se rebeló.

Venecia, siempre artera, simulada é inquieta, se decidió á dar apoyo á Carlos de Saboya, para indemnizarle de la pérdida que la muerte de Enrique IV le habia ocasionado; mas el reemplazo no era igual, sin embargo de que le servia para no estar aislado en su árdua empresa.

Como era forzoso que diese el de Saboya algun color de justicia, más ó ménos clara, á su traidora conducta, comenzó por mostrarse dispuesto á reclamar y sostener los derechos que pretendia tener al marquesado de Monferrato, como heredero del duque de Mántua.

No tenia dinero, más se le facilitó su aliada Venecia: con él levantó tropas y de improviso cargó sobre los dominios que pretendia, y se posesionó de sus mejores plazas, excepto de Casal.

Este hecho y el modo de ejecutarle sorprendió á la Europa entera, y justamente irritó á España. Francia, que á la sazón tan ligada estaba con España, y Austria que siempre habia sido favorecida por ella y pertenecia á la misma casa, se aunaron para castigar la atrevida insolencia del saboyano. Este, que era verdaderamente bajo y servil, viendo la irresistible tormenta que sobre su cabeza amenazadora rujia, apeló á la fingida sumision y á una arma que admirablemente manejaba: á la intriga. Comenzó por indisponer á los que debian permanecer unidos y se preparaban á castigar su inusitada audacia; mas por bajo de cuerda, y haciendo al mismo tiempo promesas y propósitos que no pensaba cumplir.

Pero á pesar de los propósitos y las promesas, rehuía el evacuar las plazas que casi por sorpresa habia tomado. Felipe III, viendo tal insistencia le manda resueltamente evacuar el Monferato y licenciar sus tropas; y Carlos Manuel responde amenazando al mensajero de España y obligándole á salir inmediatamente de aquel territorio, llevando su audacia hasta el punto de arrancarse del pecho el Toison de Oro y dársele al mensajero para que le devuelva al rey de España.

Antes de que saliese de aquellos estados el mensajero, ya habia el saboyano reunido y reforzado sus huestes. Pásalas muestra en Asti, é inmediatamente se arroja sobre el Milanésado, tala, quema, saquea cuanto puede, y se retira con los despojos de aquel golpe de mano.

Era gobernador de Milan el marqués de la Hinojosa, que acudió inmediatamente á fortificar aquel estado, y precipitadamente hizo construir una fortaleza junto á Vercelli, despues de lo cual salió al encuentro del de Saboya con treinta mil hombres aguerridos, en tanto que en Madrid firmaba el rey la destitucion de Carlos Manuel del ducado de Saboya.

No contaba más tropas el destituido príncipe que diez y siete ó diez y ocho mil hombres, valerosos sí, empero gente allegadiza: fugitivos de Francia muchos; saboyanos algunos, y suizos los más.

Por fin, despues de algunos encuentros parciales, el marqués de la Hinojosa logró derrotar al ex-duque de Saboya, deshaciendo el ejército de este, y el mismo Carlos Manuel estuvo muy en peligro de caer prisionero; mas salió á uña de caballo y logró refugiarse en Asti.

Más valeroso que entendido y activo el de la Hinojosa, no aprovechó su triunfo ni supo sacar de él las consecuencias que pudo y debió; y mostróse más hábil para la parte material de la guerra, que para los asuntos políticos. Decimos esto porque aceptó un tratado de paz propuesto por un hombre derrotado y vencido, como el de Saboya, por mediacion de Venecia, la enemiga capital de España, y de Inglaterra, que difícilmente será amiga sincera de nadie.

Felipe III destituyó con razon al marqués de la Hinojosa, á consecuencia del vergonzoso tratado de Asti, y mandó á Milan para reemplazarle á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, que sin ser ménos valeroso que su antecesor ni que otro general alguno, era hombre muy inteligente, de probado talento y entendido en política.

Llegó el de Villafranca, reconoció todas las fortificaciones, pasó muestra al ejército, y habiendo sabido que el de Saboya esta-

ba aconsejado y protegido por el mariscal Lesdiguières, favorito de Enrique IV y protestante como este, desplegó todo su talento para atraer al duque de Nemours. Logró su intento, y el duque penetró con seis mil hombres en la Saboya, pero con infeliz éxito.

Pasó algun tiempo, cuando ya corría el año 1616, sin que se hiciese otra cosa que una verdadera guerra de destrucción: Carlos Manuel atacaba y destruía los soldados y pueblos del Monferrato, y otro tanto hacia el marqués de Villafranca en el Piemonte. Poco despues el hábil y entendido magnate español logró la ocasion que deseaba, y causó una completa y terrible derrota al saboyano, dejándole poco ménos que por completo destruido.

Este rudo golpe hizo enfermar á Carlos Manuel, del cual se apoderó tan grande melancolía, que tal vez hubiera desistido de su ambicioso propósito y hubiera tambien sucumbido, sin los consejos y consuelos de Lesdiguières.

En tal estado se hallaba la guerra, comenzada en 1613, al terminar el año 1616.

En este mismo año D. Francisco de Ribera, natural de Toledo, por mandado del gran virey de Nápoles, duque de Osuna, salió al mar contra el turco, que amenazaba á Sicilia con cien galeras.

Ribera, con pocos buques, mató como dos mil turcos y mil quinientos genizaros; echó á pique la capitana turca, y además, todas las galeras que no apresó y llevó consigo á Nápoles, las destruyó por completo. Este brillante hecho de armas tuvo lugar en la costa de Caramania, y valió á Ribera el hábito de Santiago.

AÑO 1617.

La córte de Paris que, á la sazón aliada en virtud del doble matrimonio dos años antes realizado, deseaba no perjudicar á España, llamó á sí al mariscal Lesdiguières, sin lograr atraerle; apeló á las grandes ofertas, que desechó el mariscal, así como las de España, que le ofrecía la investidura del ducado de Saboya. No es fácil el comprender qué esperaba ó se proponía Lesdiguières para preferir á todo el dar auxilio al saboyano.

En virtud de su decision, penetró en Italia con ocho mil hombres, y los reunió con las tropas de Victor Amadeo, hijo de Carlos Manuel.

El marqués de Villafranca, nada desanimado por aquellos im-

portantes refuerzos, sitió y tomó á Vercelli, que era muy importante plaza, á Solerio, Felizzano y todos los castillos y puntos fortificados de la ribera del Tánaro.

Los círculos y rodeos que la política y la diplomacia describen y dan, comprensibles muchas veces solamente para los políticos y diplomáticos, y otras ni para ellos mismos, produjeron en aquella ocasion un tratado de paz, cuando tan viento en popa caminaban las armas del de Villafranca.

Luis XIII de Francia, yerno de Felipe III, fué quien negoció esta paz, que se firmó en Pavía, y en virtud de la cual el marqués de Villafranca y Carlos Manuel licenciaron las respectivas tropas, se ofreció la mútua restitucion de las plazas tomadas por ambos, Lesdiguières se volvió al Delfinado, y al duque de Mantua se le restituyó el Monferrato, que era la primitiva causa que sirvió de pretextó para rebelarse al saboyano.

AÑO 1618.

CAIDA DEL DUQUE DE LERMA.

Continuaba la lucha de favoritismo en la real cámara; el duque de Uceda se iba apoderando de la voluntad del rey, dejando apenas lugar en aquella para su padre el de Lerma. Si este iba á ver al príncipe de Asturias, de quien habia sido ayo, y á quien siempre tratara como hijo, puesto que le habia conocido nacer, le recibia con semblante ceñudo y severo, y el conde de Olivares, ni se ponía de pié ni le saludaba, y se mostraba realmente grosero. Esto irritaba naturalmente al duque de Lerma, y acudía á quejarse al cuarto del rey; pero siempre encontraba al lado de aquel al duque de Uceda, su hijo, y ni este ni el rey le contestaban, ni aun se dignaban mirarle. Semejante conducta era indigna en un hijo y no muy grata en un rey por quien el caido favorito tanto se habia interesado, aunque su conducta hubiese sido tal como ya hemos referido. Quería cordialmente á Felipe; erró por ignorancia y no pudo dominar su avaricia; mas no fué traidor, ni perjudicó deliberadamente al rey.

El padre, ménos ignorante que el hijo (el de Uceda), ya en una sesion acalorada que ambos sostuvieron, le dijo por despedida: *Os aseguro que marcharé, y os lo dejaré todo, para que todo lo echeis á perder.* Y dijo exactamente lo que debia y habia de suceder.

Decidido ya el de Lerma á renunciar al mando tiempo antes, pero indeciso tambien alternativamente porque le era muy violento abandonar el pavimento de los palacios y la atmósfera que en ellos reina, que á unos revive y á otros ahoga, pensó en dejarlo todo y recogerse al sombrío retiro de un claustro, trocando los trages costosísimos y elegantes por el burdo sayal de San Francisco. Era esta resolucion demasiado contraria á los hábitos y gustos del de Lerma, producida al mismo tiempo, no por la vocacion hija del disgusto del mundo, sino por la desesperacion: por esto no llegó á realizarse. En vez de ella adoptó otra que basada tambien en retirarse del lado del monarca y del régio alcázar, estaba más en armonía con su afecto á la pompa y con su alcurnia. Solicitó del Sumo Pontífice la púrpura cardenalicia, y Paulo V se la concedió con el título de cardenal de San Sixto.

Ni el sagrado de la púrpura le sirvió para evitar que los palaciegos, en otro tiempo aduladores, porque temian su favor y poder, condenasen su conducta y sus disposiciones, como muy desacertadas, viéndole caido. Los mismos que le habian dado la mano y la enhorabuena por sus actos como ministro del rey, le llamaban inepto y causador de la ruina de España. Verdadera miseria humana: ¡y qué poco han cambiado los tiempos en ciertas cosas!

El duque-cardenal no se retiró del todo, que resistíasele mucho el dar semejante paso. Tuvo ménos dignidad que su sobrino el conde de Lemos, que no quiso sufrir más de tres dias: el duque soportaba los desaires, y siguió á la córte en su traslacion al Escorial. Pudiendo haberse retirado espontáneamente, representando para terminar su valimiento un papel noble y digno, irrsoluto siempre, prefirió que fuese ruidosa su caida, para dar nuevo motivo á las habladurias cortesanias: en vez de despedirse á tiempo, como digna y noblemente hizo su sobrino, aguardó á que le despidiesen. Creemos, y no sin fundamento, que solicitó la púrpura creyendo encontrar en ella una égida contra la maledicencia, y que no se despidió voluntariamente, porque esperó siempre hacer reavivar el antiguo cariño de Felipe III, y recuperar su perdida influencia.

Una mañana, empero, se le presentó el prior del Escorial, y repitió al duque de Lerma, palabra por palabra, las que el rey le habia dicho: quizá serian dictadas por el de Uceda; pero es lo cierto que el rey las pronunció.

«Señor duque, dijo el prior, me ha encargado S. M. de decir
»ros que considerando lo mucho que siempre estimó la persona
»y casa de V. E., se ha dignado otorgaros lo que tantas veces le
»habeis suplicado y con tanto encarecimiento pedido, como ne-

«cesario á vuestra quietud y descanso. Así, pues, dice S. M. que puede V. E. retirarse á descansar á Lerma ó á Valladolid cuando guste.» Tal fué la manera de despedir al antiguo favorito y muy querido amigo.

El duque de Lerma oyó el inesperado aviso con gran serenidad, en apariencia al ménos, y en el acto dió orden para que los criados preparasen la marcha, lo que se verificó muy pronto. Cuando le dijeron que estaba todo dispuesto subió al cuarto del rey, y este le recibió sin detenerle un instante.

«Trece años tenia, señor, dijo el duque, cuando entré en palacio, y hoy justamente se cumplen cincuenta y tres empleados en este disseno, que son, en verdad, pocos para mi deseo, muchos, sin embargo para lo que permite el desengaño, al cuál debemos ofrecer, ya que no todo, al ménos alguna parte de la vida.»

Habia entrado, en efecto, á servir de paje de Felipe II el de Lerma en el año 1565: no habia aún nacido Felipe III, y aún fallaban bastantes años para que naciese.

Al acabar su razonamiento el cardenal ex-ministro, dobló la rodilla derecha para besar la mano del rey, el cual, subyugado por el de Uceda, en virtud de su débil carácter, pero no olvidado en el fondo del cariño que desde su infancia tuvo al antiguo marqués de Denia, no le dejó arrodillar; echóle al cuello los brazos, y con lágrimas, mostrando que se movia por un ageno é irresistible impulso, le aseguró que podia ir tranquilo en cuanto al cariño del rey, puesto que le estimaba tanto como siempre.

Esta escena ocurrió el dia de San Francisco de Asis, 4 de Octubre, al cumplirse justamente veinte años de la privanza. El duque-cardenal tomó el camino de Guadarrama, con el corazón conmovido. Al perder de vista aquel palacio en cuyo recinto habia sido tan feliz como pudo serlo según sus deseos é inclinaciones; al considerar que difícilmente volveria á verle, y que allí quedaban enterradas para siempre jamás sus ambiciones y sus esperanzas, terrible conmocion debió de sentir un hombre de su ambicion y de sus aspiraciones.

Cuando el duque de Lerma, ó el cardenal de San Sixto, abandonó la córte, ya habian sido políticamente desterrados de ella cuantos no inspiraban confianza al duque de Uceda y al conde de Olivares. Este mandaba en el cuarto del príncipe, y el primero en el del príncipe y en el del rey: se habian unido para derribar al de Lerma, tarea nobilísima de parte de un hijo, y ahora pensaban en separarse, para quedar uno de los dos solo. Conocia, empero, el de Uceda cuánto podia Olivares en el ánimo del

príncipe, y este en el del rey; y no pudo negarse á que se nombrase ayo del príncipe al embajador nombrado para Roma, y que aún estaba desempeñando igual cargo en la corte de Austria, llamado D. Baltasar de Zúñiga, tío del conde de Olivares.

Todos los cargos del desterrado Lerma pasaron á su hijo el de Uceda, y el pueblo vió que se habia cambiado de ministro, pero nada se habia ganado en cuanto á ambicion ni avaricia y se habia perdido en cuanto á aptitud; porque era mucho ménos nulo el padre que el hijo. Se multiplicaron las rivalidades, las intrigas y las miserias; si antes pululaban por palacio verdaderos pigmeos políticos, despues solo se veian figuras raquíticas, mezquinas y deformes.

EXTERIOR.

Despues de realizada la paz de Pavía, el marqués de Villafranca disgustado con ella, puesto que la habia aceptado no por su voluntad sino por superior mandato, comenzó á meditar en la manera de romper el tratado de un modo que pareciese justo.

Habíase puesto de acuerdo el marqués de Villafranca con el duque de Osuna, que á la sazón era virey de Sicilia, y con don Alfonso de la Cueva, marqués de Bezmar, embajador de España en Venecia. El plan se cree con fundamento fué dictado por don Pedro Tellez de Giron, el célebre duque de Osuna, á quien la historia reconoce como uno de los mayores políticos de su siglo.

Era en efecto el de Osuna el alma de la política y de la guerra en Italia; y su palabra era de tal fuerza, que subyugaba á cuantos le oian, y especialmente á los vireyes de aquellos estados de Italia, que le profesaban un profundo respeto. Fundábase este en los infinitos y especiales servicios que habia prestado á España, hijos todos de su capacidad, de su actividad y de su valor. Habia en poco tiempo convertido la marina siciliana, que encontró en el más lamentable estado de decadencia, en la más poderosa de los estados de España. Sin cesar cruzaba el Adriático y el Mediterráneo, enfrenando á la artera y traidora república de San Márcos y teniendo amedrentados é inmóviles á los osados turcos; y al mismo tiempo que esto hacia, cuidaba de la guerra, aunque no la tenia en el estado de que era muy digno virey, enviando refuerzos de tropas de todas armas al marqués de Villafranca.

Decíase de la república veneciana, y ella lo decia de sí misma, que era la reina del Adriático; y el gran Tellez Giron, á su vez, aseguraba que tal dicho no era verdad. Para demostrarlo, ha-

llándose ya de virey en Nápoles, derrotó á la llamada reina en las aguas de Gravosa, destrozando con sus galeones las numerosas galeras de aquella.

Pusiéronse, pues, de acuerdo el duque de Osuna, virey de Nápoles; el marqués de Bezmar, embajador en Venecia, y el marqués de Villafranca, virey ó gobernador de Milan. Era el alma del proyecto, contrario á la insidiosa y falaz república y al turbulento y discelo Carlos Manuel, que á sí mismo se llamaba *libertador de Italia*, y lo era como todos los que quieren ser soberanos sin derecho, nuestro celebérrimo y festivo poeta, al par que profundo y erudito escritor, D. Francisco de Quevedo y Villegas, caballero de Santiago, señor de la Torre de Juan Abad y secretario del gran virey de Nápoles. Este ilustre y sabio español estaba entonces en continuo movimiento: sin cesar pasaba de Nápoles á Roma, de Roma á Madrid, de Madrid á Nápoles, de Nápoles á Brindisi, y hasta llegó á penetrar en la misma Venecia, en aquel silo de piratas y ciudad de esbirros y sicarios, en donde de haber sido descubierto, hubiera pagado con la vida su verdadera osadía.

No se limitó el de Osuna á vencer á Venecia en las aguas de Gravosa: sin cesar la perseguia, derrotaba sus escuadras, saqueaba sus islas, llegaba á sus puertos y amenazaba penetrar en sus estrechos canales y llegar á la misma ciudad y residencia del Dux.

Atribulada y temerosa la fatal república, no sosegaba ni podia existir tranquila; empero, á fuer de traidora, no considerándose con fuerzas ni con ánimo para defenderse frente á frente como noble, pensó en apelar al recurso de los traidores, y empezó á calcular el modo de perder á su valeroso y entendido adversario.

AÑO 1619.

ESPAÑA.

En el año anterior se habian reunido las Córtes con el objeto único, por parte de los que á la sazón mandaban, de alcanzar la concesion de un servicio de diez y ocho millones, que las Córtes, en efecto, otorgaron. Débese advertir que esta concesion se hizo, como era de costumbre hacia algunos años, exigiendo ciertas condiciones que no fueron negadas, pero tampoco cumplidas.

Las Cortes se prolongaron, y por esto hablamos de ellas al tratar del año 1619.

Pero llegó á noticia de Felipe III, que fué el rey de mejor co-razon que se sentó en el trono, aunque de tan débil carácter que se hizo tan perjudicial como bueno, que el estado de miseria y despoblacion de España era increíble é incalculable, y ordenó *por sí mismo* al consejo de Castilla (6 de Junio 1618) que examinara y le diera cuenta del origen de tan lamentables males, consultándole los medios más breves y eficaces para corregirlos.

Era tal el estado general en que España á la sazón se hallaba, que segun el maestro Gil Gonzalez Dávila, prebendado de la catedral de Salamanca, por lo que decia el censo hecho en dicha ciudad en 1600, habia en aquella diócesi ochocientos mil trescientos ochenta y cuatro labradores, y en 1619, catorce mil ciento treinta y cinco; esto es, SETECIENTOS OCHENTA Y SEIS MIL, DOSCIENTOS CUARENTA Y NUEVE ménos de los que existian diez y nueve años antes. Habia en 1600 once mil setecientas cuarenta y cinco yuntas de bueyes, y cuatro mil ochocientas cuarenta y dos en 1619, ó sean seis mil novecientas veintitres ménos, encontrándose más de *ochenta* lugares despoblados.

El respetable Consejo se ocupó concienzuda y detenidamente de la real cédula mandada por el rey, y evacuó la consulta el dia 1.º de Febrero de 1619; por esta razon no hemos hablado de este asunto al tratar del año anterior. Presentóse á S. M. el anciano y respetable D. Diego del Corral y Arellano y le entregó la consulta, que insertamos íntegra como muy interesante documento histórico. Dice así:

1.ª «La primera que señalaban era la carga insoportable de
» los tributos que oprimia los pueblos. Es notable la energía y la
» franqueza con que en este punto habló el consejo al rey.
» Atento (decia) que la despoblacion y falta de gente es la mayor
» que se ha visto ni oido en estós reinos desde que los progeni-
» tores de V. M. comenzaron á reinar en ellos, *porque totalmen-*
» *te se va acabando y arruinando esta corona*, sin que en esto se
» pueda dudar, no proveyendo nuestro señor del remedio que
» esperamos mediante la piedad y grandeza de V. M., *y que la*
» *causa della nace de las demasiadas cargas y tributos impues-*
» *tos sobre los vasallos de V. M., los cuales viendo que no los*
» *pueden soportar, es fuerza que hayan de desamparar sus hi-*
» *jos y mujeres y sus casas, por no morir de hambre en ellas y*
» *irse á la tierra donde esperan poderse sustentar, faltando con*
» *esto á las labores de las suyas, y al gobierno de la poca hacien-*
» *da que tenian y les habia quedado.....»* Y propone como neces-
» sario é indispensable remedio la moderacion, reforma y alivio

» de los tributos, y le persuade con razones incontestables y con
 » oportunos ejemplos sacados de la historia y dignos de admitirse
 » en tales casos.

2.^a » Era la segunda la prodigalidad con que habia otorgado
 » mercedes y donaciones desde que comenzó á reinar, en grave
 » perjuicio del comun de sus súbditos, y le proponia que las re-
 » vocara como injustas y hechas en daño general de la república,
 » como lo habian ejecutado con mucha gloria suya otros reyes sus
 » predecesores, y de este modo extraerian grandes sumas en el era-
 » rio, en alivio ydescargo de los oprimidos y trabajados pueblos.

3.^a » Que para fomentar la agricultura y poblar el reino se
 » obligara á los grandes señores y títulos á salir de la córte é irse
 » á vivir en sus estados respectivos, donde podrian labrando sus
 » tierras dar trabajo, jornal y sustento á los pobres, haciendo
 » producir sus haciendas. «Que aunque cada uno puede mudar
 » domicilio y estar donde quisiere, cuando la necesidad aprieta y
 » se ve que se va á perder todo, V. M. puede y debe mandar que
 » cada uno asista en su natural.» Opinando lo mismo de los sa-
 » cerdotes dice.

. por los sagrados cánones deben residir
 » en sus respectivas iglesias; que se limpiara la córte de tantos
 » pretendientes importunos, que vivian en la vagancia y en ma-
 » los entretenimientos, y se dieran los empleos solo al mérito, y
 » no al favor, al parentesco ó á la intriga.

4.^a » Que se reprimiera el excesivo lujo, y se pusiera rigu-
 » rosa tasa en los vestidos y en el menaje de las casas; que se
 » obligara á todos á vestir y gastar paños y telas del reino, y que
 » no hubiera tanta multitud de pajes, escuderos, gentiles-hom-
 » bres, criados y entretenidos. Pero alcanzando ya el Consejo que
 » las leyes suntuarias eran siempre ménos eficaces que el ejempló
 » del mismo soberano, exponiale la necesidad de comenzar la
 » reforma por su misma casa; pórque «viene á ser el gasto de
 » raciones y salarios tan inmenso y excesivo, que monta el de las
 » casas reales hoy mas que el del rey nuestro señor el año de 98
 » cuando falleció, dos tercias partes mas; cosa muy digna de
 » remedio, y de poner en consideracion y aun en conciencia
 » de V. M., pues ahorrándose las dichas dos tercias partes (que
 » seria muy fácil, queriendo usar de la moderacion y templanza
 » que pide el estado que queda representado de la real hacien-
 » da), podrian servir para otros gastos forzosos, y tanto menos
 » tendria V. M. que pedir á sus vasallos, y ellos que contribuir-
 » le.» Y recordábanle la máxima de Santo Tomás que dice: *El*
 » *tributo es debido á los reyes para la sustentacion necesaria de*
 » *sus personas, no para lo voluntario.* Y por último, que en las

»jornadas no hicieran gastos supérfluos y que podrian bien ex-
»cusarse.

5.^a »Que siendo los labradores el nervio y sostenimiento del
»Estado, no se les pongan trabas para la venta y despacho de
»sus frutos, ni se les causen vejaciones; antes se les concedan
»todos los privilegios posibles para animarlos y alentarlos.

6.^a »Que no se den licencias para fundar nuevas religiones
»y monasterios, antes se ponga límite al número de religiosos de
»uno y otro sexo, puesto que sobre ser perjudicial á la pobla-
»cion y recargar el peso de las contribuciones sobre los demás,
»muchos entraban en los conventos no por vocacion, sino por
»buscar la ociosidad y asegurar el sustento. El consejo proponia
»sobre esto varias medidas. Materia era esta sobre que las Cór-
»tes habian estado haciendo desde los anteriores reinados fre-
»cuentes y vivas reclamaciones. En este era más de necesidad el
»remedio, por la multitud de conventos que habian fundado el
»rey, la reina, el duque de Lerma, y á su imitacion casi todos
»los grandes. Así no nos maravilla leer en Gil Gonzalez Dávila:
»En este año que iba escribiendo esta historia tenian las órde-
»nes de Santo Domingo y San Francisco en España treinta y dos
»mil religiosos, y los obispados de Calahorra y Pamplona veinti-
»cuatro mil clérigos; ¿pues qué tendrán las demás religiones y
»los demás obispados?

7.^a »Que se suprimieran los cien receptores que se crearon
»en la corte el año 1613, por los inconvenientes y perjuicios
»que causaban al Estado.» —(Laf., T. XV.)

Este fué el dictámen que emitió el sabio y leal Consejo de Cas-
tilla, que si bien daba bastante campo para comenzar á poner
el remedio que el grave mal exigia, fué de todo punto inútil;
porque se quedó hecha la consulta sin que se adoptase resolu-
cion alguna. Trasladóse el rey á Portugal, y con motivo de ha-
ber fallecido el arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval
y Rojas, tío del duque de Lerma, concedió aquella elevada dig-
nidad de la Iglesia á su hijo el infante D. Fernando, para el cual
solicitó de Roma la púrpura cardenalicia.

Ausente de la corte y destituido de todo favor el duque de
Lerma, quedó D. Rodrigo Calderon desamparado y á merced de
sus enemigos. No perdieron estos la oportuna ocasion: comenza-
ron á alarmar la conciencia del rey porque no hacia castigar al
verdadero asesino de Francisco de Xuara, y Felipe III nombró
á los consejeros D. Francisco de Contreras, D. Luis de Salcedo
y D. Diego del Corral y Arellano, el que le presentó el dictámen
y consulta del Consejo de Castilla sobre la miseria y decadencia
de España, para jueces en la causa del marqués de Siete-Iglesias;

nombró asimismo fiscal al del Consejo de Castilla, llamado Garci Perez de Araciel, y secretario á D. Pedro Contreras.

El rey hizo saber á los consejeros que era su voluntad se hiciese rigurosa justicia, respecto de la acusacion lanzada contra el marqués de Siete-Iglesias, por el asesinato de Xuara; y en un pliego reservado les mandó averiguar escrupulosamente si el dicho D. Rodrigo, el marqués, habia tenido parte en la muerte de la reina.

El tribunal nombrado decretó la prision del acusado y que simultáneamente se le confiscasen todos sus infinitos bienes de Madrid y de Valladolid. Felipe III que nunca perdió el cariño á los que una vez quiso, hizo avisar reservadamente al marqués, y se le dió tiempo más que suficiente para fugarse. El, confiado en que no tenia contra sí graves delitos, porque el derrochar la pública hacienda no se llama por algunos delito, y que por otra parte, libre del principal que se le acumulaba respecto de la muerte de la reina, estaba seguro de que por muchos y muy fuertes que sus enemigos fuesen tenia segura su vida mientras durase la del rey, no quiso fugarse diciendo que si tal hiciese se haria él mismo verdaderamente criminal.

Fué, pues, D. Rodrigo preso y llevado á la fortaleza de Montanchez (en Extremadura), y le fué confiscado cuanto tenia, sin usar con la marquesa y con sus hijos la más ligera consideracion.

En este mismo año se trasladó el rey á Portugal, viaje que tenia de mucho tiempo antes proyectado, y que no habia hecho por culpa de sus validos. Estos ó eran muy estúpidos ó muy mal intencionados, puesto que ó no conocian ó afectaban no conocer lo inconveniente que era el que los portugueses jamás viesen la cara á su rey. Con este y otros desaciertos dieron margen á lo que en el siguiente reinado, unido á otros motivos que no son de este lugar, sucedió, segun despues veremos.

El día 26 de Abril salió el rey de la córte de España con toda la real familia y numerosa comitiva. La alegría con que fué recibido el rey, hizo ver claramente cuánto se pagaban los portugueses de la visita de su monarca. Dice la historia que en Almada (otros dicen Almeida), Lisboa y otros puntos fué de tal suerte obsequiado con arcos, fiestas y torneos, *que hubieran podido deslumbrar al soberano del mayor imperio del mundo.*

El día 18 de Julio fué jurado por las Córtes portuguesas heredero y sucesor de Felipe III en los dominios lusitanos, su hijo D. Felipe, príncipe de Asturias. Pero aquel mismo rey que tan contento se habia mostrado y tan conmovido, que dijo á los portugueses de su acompañamiento al ver tan magnificas fiestas y

desconocidas invenciones *que aquel era el mayor y más dichoso y más solemne día de cuantos habia vivido*. Dúctil y manejable y sin saber decir *no* aunque el decir *sí* le perjudicase, sin esperar á que las Córtes le dieran parte de las peticiones que para bien del reino habian acordado, y dejándolas reunidas, se ausentó de Portugal, dando por pretexto el alarmante estado de los asuntos de Alemania, que le obligaba á regresar á Castilla. En ella entró, en efecto, al terminar el mes de Setiembre.

Tanto cuanto los portugueses habian celebrado la llegada del rey, murmuraron de su repentina desaparicion, quedando disgustados y ofendidos.

Al llegar á Casarrubios del Monte enfermó Felipe III; pero desvanecido el peligro y despues de una larga convalecencia, continuó su viaje. El día 4 de Diciembre entró en Madrid no del todo bueno, y ya acometido por el mal precursor del que habia de privarle de la vida en lo mejor de su edad.

AÑO 1620.

EXTERIOR.

La artera y pérfida Venecia habia meditado su plan: queria indisponer al inteligente y valeroso duque de Osuna con la corte de España, y por desgracia este daba involuntariamente motivo para que la falaz república lograra su propósito. Hombre, el de Osuna, de imaginacion ardiente y viva, era naturalmente enemigo mortal de toda traba y de toda rutina. Creia, y creia bien, que su obligacion estaba reducida á servir á su patria, engrandecerla y darla gloria y utilidad positiva. Iba derecho al objeto, yendo al fondo y desentendiéndose de las formas; y esto dió margen á la insidiosa y traidora Venecia para que presentase al fiel héroe de Nápoles, como hombre poco leal y sospechoso. Necesitaba, empero, lanzar de Italia á Bezmar y á Villafranca; para ella aquel célebre triunvirato era fatal y de mal agüero; mas era forzoso perder á Osuna, que era el alma de todos los cálculos políticos y guerreros: con lanzar de Italia á Villafranca y Bezmar, sin perderlos, había bastante.

Comenzó Venecia, la sostenedora de la secreta policia-modelo, por inventar y fraguar una conspiracion. Figuró el plan, tingió

los conspiradores, y mezcló entre estos los nombres de aquellos que creyó oportuno, sin olvidar á los tres famosos grandes de España.

Hizo circular la voz de que el marqués de Bezmar, que era en la ciudad del Adriático embajador de España, habia comprado las tropas asalariadas de la expresada república. Quería tambien congraciarse con el turco aquella *república cristiana*; y para lograrlo, fingió que el de Osuna habia ganado tambien á gran número de aventureros franceses, entre los cuales se hallaba un cierto Jacques Pierres, valerosísimo francés que habia empleado su vida en batir á los turcos y limpiar de ellos los mares, humillándolos hasta tal punto que solo con oír su nombre corrian á refugiarse fuera de su alcance.

La infame república no se horrorizó al prender á una porcion de extranjeros inocentes, que por órden del *famoso* Consejo de los Diez amanecieron ahorcados un día: quinientos fueron ahogados en los canales, entre los cuales Jacques Pierres fué uno. Dentro de un saco y con una gran piedra atada á los piés fué arrojado al agua, con gran alborozo de los turcos.

A pesar de que el proyecto se dirigia á perder á uno de los magnates y alejar á los otros dos, la república hizo perecer á muchos inocentes, y despues no se atrevió á tildar públicamente los nombres del duque y de los dos marqueses. Siguiendo, empero, sus hábitos traidores, hizo circular la voz de lo que oficialmente no se atrevia á publicar: el pueblo insultó al embajador, el cual salió de Venecia, y la corte de Madrid le relevó de su cargo, para librarle del peligro que corria en una ciudad en que los gobernados y los gobernantes eran iguales en la mala fé y en los vicios. El marqués de Bezmar pasó de primer ministro á los Países-Bajos.

Ya se libraron Venecia y Carlos Manuel de uno de sus tres enemigos; el triunvirato quedó desecho, si bien faltaba perder al gran duque de Osuna. Para lograrlo esparcieron la voz de que el leal y valeroso virey de Nápoles, que tan eminentes servicios habia prestado á su rey y su patria, trataba de alzarse con el reino que gobernaba y declararse soberano de aquel. Llevó á tal extremo Venecia su inaudita é inconcebible audacia, que dijo sin rebozo tan grave calumnia, asegurando que el duque de Osuna habia contado con ella como auxiliar para consumir su traicion, y que todo cuanto habia hecho contra la república habia sido para desorientar á España, y para que esta le creyese enemigo de aquella.

Las córtes y los palacios están siempre prontos á admitir esta clase de armas, como si fueran de buena ley, mucho más cuando

se esgrimen contra hombres de reconocido mérito, que hacen sombra á los que de él carecen, ó tienen muy poco.

En Madrid fué creida la negra é infame calumnia; porque los enemigos del duque no se olvidaron de recordar al rey la manera de proceder del duque, que rompía trabas y se desentendía de formas, aunque tal procedimiento refluía en gloria y provecho de España.

Para imitar el gobierno á la insidiosa república, hizo secretamente salir de Madrid á D. Gaspar de Borja, nombrado virey de Nápoles, el cual entró en este reino; y cuando el duque de Osuna tuvo noticia de su relevo, estaba ya Borja apoderado de los castillos. La prueba más ostensible de la lealtad del gran duque de Osuna se vió al entregar tranquilamente el mando, á pesar de habersele quitado de tan poco noble manera, viendo tan mal recompensados sus eminentes servicios, y al pueblo napolitano y á la tropa prontos á ejecutar lo que él dispusiese.

Regresó á Madrid el inolvidable virey, y Cárlos Manuel con Venecia celebraron su triunfo; porque el famoso triunvirato que hubiera logrado arruinarlos y destruirlos, habia quedado destruido.

Fué también relevado el marqués de Villafranca, por D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria; que de tan ingrata manera procedió España con aquellos tres dignísimos magnates.

El sucesor del de Villafranca tuvo que salir de Milan en socorro de los habitantes de la Valtelina, que eran católicos, contra los grisonos, calvinistas, que habian invadido aquel país. Reunidas las tropas del duque de Feria con los católicos ya puestos en armas, arrojaron de la Valtelina á los grisonos.

Casi al mismo tiempo ardía en guerra la Alemania (seguía la guerra denominada de *los treinta años*). El alma de la guerra eran los protestantes de Bohemia, contra el emperador Fernando II, que habia sucedido al emperador Matías.

Decían los de Bohemia, que algun pretexto habian de tomar, que el emperador violaba sus fueros y conculcaba sus leyes. Apoyaban á los revolucionarios Betleem Gabor, rey de Transilvania, que debia la corona al gran turco, las provincias unidas á Bohemia, y el elector Palatino, á quien los insurrectos habian ofrecido la corona imperial, pues daban por hecha la caída de Fernando II.

Las tropas de este se veían amenazadas por fuerzas inmensamente superiores. Eran contra Fernando II las del soberano de Transilvania, que estaba apoyado por el turco como ya hemos dicho; las del elector Palatino, y las de los condes de Thorn y de Mandfeldt, este último hijo natural del conde Pedro Ernesto, á quien el lector ha conocido en las guerras de Flandes.

Comprendiendo Fernando II el grave riesgo que corría, pidió auxilio á Felipe III; y este, tan cercano deudo de aquel y á él unido por los lazos de la sangre y de la religion, no vaciló en auxiliárle. Dícese que ambos soberanos tenían firmado un tratado secreto, en virtud del cual Felipe se propuso acceder á la petición de Fernando, á pesar de lo perjudicial que á la nacion era el llevar la guerra á Alemania, cuando tan exhausta estaba de recursos y tan agobiada y empobrecida.

No puede, empero, asegurarse la existencia de dicho tratado, aunque algunos se extienden á decir que, segun él, el emperador debía ceder al rey la parte occidental de Austria, si el primero con el auxilio del segundo llegaba á poseerla. Nosotros, y otros con nosotros, creen que para decidir á Felipe III no medió más tratado que el deseo de atender y socorrer á un pariente suyo tan cercano como el emperador, quien además seguía la misma religion católica y representaba la misma política.

En virtud de la resolución de Felipe III, salió de Flandes un ejército de ocho mil hombres, que pasó á reunirse en Bohemia con el que mandaba el conde de Bucquoy. Al mismo tiempo el bizarro y entendido marqués de Spinola, al frente de treinta mil hombres, atravesó el Rhin con el intento de invadir los dominios del elector Palatino.

Los protestantes de Alemania, estado en el que estaban consentidos y bien tratados, viendo el poderoso socorro de España se declararon por el emperador; y no mucho despues el rey de Polonia y el mismo Sumo Pontífice se coaligaron con España en favor de Fernando II. Siempre el mundo fué el mismo: cuando un perseguido está aislado, todos temen ser contaminados de su desgracia y de él se alejan; pero si algun hombre de poder, ménos receloso ó generoso de suyo, le auxilia eficazmente, todos se deciden por el que ya no creen caido.

Otros príncipes se reunieron al ejército imperial: los protestantes juntaron veinticuatro mil hombres, bajo el mando del marqués de Aupach; y el celebérrimo marqués de Spinola se dirigió á Francfort, fingiendo en realidad amenazarle, y cambiando de improviso cayó como el huracan sobre Oppnhein.

Al mismo tiempo el ejército imperial penetró en la Bohemia y se dirigió á Praga, mientras el duque de Sajonia y el de Baviera se posesionaban de la Lusacia; y los generales del rey de Bohemia, sorprendidos con el movimiento de los imperiales, creyéndose vencidos se apoderaron de una montaña, en la apariencia inaccesible.

Esperan fortificados en la montaña; pero los imperiales y los soldados de Baviera asaltan con muy notable arrojo. Los bohe-

mios, sin embargo, se baten con gran corazon, y Tilly, general de Fernando II, tiene necesidad de replegarse despues de haber perdido mucha de su bizarra gente.

El de Buequoy, fiel siempre á Fernando II, que á la sazón guardaba enfermo el lecho y estaba además de enfermo herido, salta de aquel, monta á caballo, y eficazmente auxiliado por el entendido y valeroso general español Guillermo Verdugo, logra reunir á los que casi en fuga se retiraban, quita al enemigo gran parte de su artillería, mata, destruye, desordena las tropas de Bohemia, hace prisionero al conde de Anhalt y al de Slich, siembra la montaña y la llanura de cadáveres, de armas y despojos, y el nuevo rey de Bohemia, el Palatino, que desde su mismo palacio presenció la terrible derrota, tuvo que huir y logró milagrosamente salvarse.

Tal fué la célebre batalla de Praga, por la que perdió el elector un trono de pocos dias; en la que fueron completamente destrozados los hipócritas que se decian defensores de la *Union Evangélica*, y en la que tan directa y gloriosa parte tomaron las siempre bizarras tropas de España.

Volvió, pues, Fernando II de Alemania á poseer el reino de Bohemia; y con motivo de aquella rebelion y de su triunfo, abolió todos los fueros y privilegios del sojuzgado reino; hizo que los protestantes devolviesen á los católicos todos los muchos bienes de que violenta é injustamente les habian despojado, y concedió á los segundos el derecho de atraer á los primeros á la observancia de la verdadera religion, ó de hacer que emigrasen si querian permanecer protestantes.

ESPAÑA.

En el momento en que se esparció la noticia de la prision del marqués de Siete-Iglesias, este se vió abandonado de todos, hasta de los mismos que por temor á su poder ó para sacar de él partido, le adulaban y seguian. Solamente D. Francisco Calderon, su padre, que era comendador mayor de Aragon, no le abandonó, y un sobrino de la esposa del marqués, llamado don Gabriel de Trejo, que residia en Roma como cardenal que era.

Pidió este último licencia al rey y al Sumo Pontífice para trasladarse á España, con el piadoso objeto de acompañar y consolar á su tio. La licencia le fué concedida, y se cree que así se hizo para evitar el que pudiese el cardenal, estando en Roma, interesar al Sumo Pontífice en favor del preso. Y debió de ser así; porque apenas puso el pié en España el cardenal, cuando reci-

bió la orden del rey para pasar á Burgondo, en la diócesi de Avila, de donde el cardenal era abad, prohibiéndole moverse de allí hasta nueva determinacion. Esta fué una accion muy poco digna de un monarca; y aun cuando puede y debe suponerse que fué dictada por el de Úceda y acordada entre este y el conde de Olivares, siempre resulta que era el rey un verdadero autómatá, á ménos que lo hicieran sin darle cuenta de ello. Tratándose de un rey del carácter de Felipe III, nada tendria de extraño decretasen sin contar con él los validos, y mucho ménos estando ciegameute apoyados por el príncipe. ¡Buena esperanza podia tener el reino en el que habia de llegar á suceder á Felipe III!

En cuanto al marques de Siete-Iglesias, ó sea D. Rodrigo Calderon, se le hicieron DOSCIENTOS CUARENTA Y CUATRO CARGOS: faltas y abusos, cometidos en el desempeño de su cargo de secretario de la cámara; palabras irreverentes proferidas contra el rey y la reina; concusiones, detenciones; *uso de hechizos*, y además se le hizo tambien cargo de la muerte del plebeyo Francisco de Xuara, de haber tenido directa parte en otros diversos asesinatos y, sobre todo, se le acusó de haber hecho envenenar á la difunta reina doña Margarita de Austria.

Estaba, seguramente, la red hábilmente tejida, para que fácilmente se enredase en ella el marqués: queriendo, empero, sus enemigos mostrarse justicieros, dispusieron fuese trasladado desde Montanchez á Santorcaz, y despues á Madrid y á su misma casa, en la cual ni sillas en que sentarse habian dejado habiendo estado tan lujosamente amueblada, á fin de que pudiese dar con más facilidad sus descargos y tambien declaraciones verbales.

Pudo, en efecto, D. Rodrigo faltar gravemente en el desempeño de su importante cargo cerca del rey; empero todo debió quedar olvidado al ver su humildad, su notable resignacion, y el recordar, sobre todo, que si él merecia estar preso y encausado, casi todos los que á la sazón mandaban, debian de estar tambien encausados y presos por sus abusos de todo género.

Los jueces eran muy rectos: tomaron infinitas declaraciones á los magnates, á los palaciegos, damas, caballeros, médicos, criados inferiores, y hasta á los amigos y enemigos del preso, sin distincion. Pero como no es lo mismo calumniar en conversaciones de antecámaras que sostener la calumnia ante un tribunal, ningun cargo resultó probado, á excepcion de uno; el asesinato de Francisco de Xuara, que tampoco negó el mismo marqués de Siete-Iglesias, disculpándose con probadas injurias é insolencias recibidas del asesinado Xuara. De la muerte de la reina, cargo el más terrible y grave, salió D. Rodrigo completa-

mente inocente y libre; respecto de las concusiones y demás cargos, quedaban presunciones y probabilidades, pero no habia prueba legal ninguna.

La rectitud de los jueces flaqueó, y accedieron á pedir la bárbara prueba del tormento; y el débil monarca accedió á que se torturase á su antiguo valido.

Señalóse para la horrible prueba, impropia de católicos y de hombres, el dia 7 de Enero; y los instrumentos de la bárbara prueba se colocaron en la misma sala, otro tiempo ostentosa y magnífica, en que el opulento magnate y valido daba audiencia, distribuía gracias y favores, y en la que muchos de los que tenazmente le perseguían y acriminaban, se habian encorvado vilmente hasta besar el pavimento, contemplándose felices si obtenían una sonrisa y algun favor ligero de aquel mismo que á la sazón acriminaban. ¡Qué infame y villana es la raza de los aduadores!!

Penetró en la sala, entonces desnuda y horrible, el desventurado marqués; vió los terribles instrumentos á cuyo pié estaba el repugnante Pedro de Soria, á la sazón verdugo, y sin embargo, ni se alteró, ni se inmutó siquiera.

Colocóse resignado y tranquilo en el bárbaro potro: sin alterarse sufrió que el verdugo le ligase brazos y piernas; respondió con admirable tranquilidad á las preguntas de los jueces, y ratificó cuanto habia dicho fuera del tormento, *porque aquello solo, segun sus palabras, era la verdad.*

El tormento fué atroz é inaudito, y queremos hacer gracia al lector de sus detalles, que otros menudamente refieren, por ser hartó repugnantes y desagradables. Pero á pesar de los insufribles dolores que le martirizaban, ni lograron que se desdijese de lo ya dicho, ni le hicieron añadir una sola palabra: clamaba á Dios para que de él tuviese misericordia, y le ponía por testigo de su inocencia.

Viendo los jueces el destrozo hecho por el tormento, y que nada más declaraba el infeliz encausado, mandaron que aquel cesase. El abogado defensor (llamábase Bartelomé Tripiána) respondió, uno por uno, á todos los cargos, sin omitir ninguno; todos los deshizo en tales términos, que los jueces al dar cuenta al rey manifestaron que terminado el proceso y despues de practicadas cuantas diligencias habian juzgado necesarias y sin omitir cosa alguna de todas las que la ley prevenia, solo resultaba probado el delito de la muerte de Xuara, que el reo habia confesado, y algunos otros de muy escasa importancia. En atencion á esto, á casi dos años de prision sufrida, al tormento y á las demás estorsiones que se habian hecho al marqués de Siete-Igle-



sias, sin olvidar la confiscacion de todos sus bienes, opinaban los jueces que D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete-Iglesias y conde de la Oliva *debía ser perdonado de lo que se le habia probado, y repuesto en su reputacion y honra*, etc. En tal estado se hallaba la célebre causa cuando espiró el año 1620.

En este año llegó á España de Roma el capelo para el infante D. Fernando, hijo del rey.

DECENIO TERCERO.

AÑO 1621.

MUERTE DE FELIPE III.

Aunque el rey habia logrado convalecer de la enfermedad que contrajo en Casarrubios, no logró ver completamente repuesta su salud. El mal estado de aquella, su habitual indolencia y la guerra que los favoritos sostenian dentro de su mismo palacio, le tenian desasosegado.

Las intrigas de Venecia, que le habian presentado como traidores á tres de los más fieles y entendidos magnates españoles, unidas á los esfuerzos que era forzoso hacer para atender á Italia y surtir á los que sostenian la guerra de Alemania, absorbian completamente la poca atencion que el rey prestaba á los asuntos de Estado; y entre las públicas circunstancias, la guerra y los favoritos, no gozaba Felipe III de paz ni de reposo.

Así las cosas, el rey, que raro dia se sentia bueno, vióse atacado por una fuerte fiebre, cuando estaba avanzado el mes de Febrero. Tomó incremento el mal, y ya en el mes de Marzo la calentura cotidiana le produjo una invencible melancolía, con absoluta inapetencia en los momentos tranquilos, y continuos pervigilios: por manera que ni el mal ni la melancolía dejaban de hacer que padeciese á toda hora, puésto que ni un intervalo de benéfico sueño disfrutaba.

Deseando sus hijos practicar todos los remedios imaginables y agotados todos los humanos, acudieron á los divinos, é hicieron llevar procesionalmente á la real cámara la veneranda imágen de Nuestra Señora de Atocha; recorrieron las calles públicas devotas rogativas; pero todo fué inútil. Hacia ya un mes que el monarca de dos mundos se hallaba reducido al más infeliz esta-

do y tan convencido de su próximo fin, que á veces costaba inmenso trabajo el reducirle á tomar los medicamentos que los facultativos le propinaban. Decia que era todo aquello innecesario porque sabia que iba á morir. En nuestro concepto, aquel infeliz soberano, condenado á perpétuo martirio por su débil carácter, murió más que de enfermedad de melancolia, aburrido por no poder vencerse y hostigado por los imbéciles y fatales favoritos.

Despues de recibir, á petición suya, los últimos Sacramentos de la Iglesia con gran fervor y devocion, hizo un codicilo, que tenia ya hecho testamento en Casarrubios, y mandó llamar á sus hijos. La proximidad de la muerte, ya lo hemos dicho antes de ahora, rompe en mil pedazos la más tupida venda. Aquel rey tan inútil como soberano, cercano á la hora suprema, dió á sus hijos los más acertados é importantes consejos de moralidad y de buen gobierno. Despues los abrazó tiernamente, y se despidió de ellos con abundantes lágrimas, rogando fervientemente á Dios los hiciera felices en esta vida y en la eterna.

Comenzó despues á luchar con sus remordimientos, hijos del entonces perenne recuerdo de sus desaciertos, de los cuales eran culpables los favoritos nulos y los mal intencionados; porque los últimos no fueron como el duque de Lerma. *¡Buena cuenta daremos á Dios de nuestro gobierno!* Así exclamaba de vez en cuando, con agonizante clamor, añadiendo despues: *¡Si á Dios pluguiera darme tiempo para enmendar lo hecho, cuán diferente fuera mi conducta de lo que hasta ahora fuè!!*

Consolábanle los religiosos que le rodeaban y asistian en el terrible trance, recordándole todo lo que habia hecho en favor de la religion, y la morigerada conducta que habia observado durante su vida. Y era de ver como mientras aquel rey que tanto habia favorecido á sus allegados sufría y agonizaba, los cortesanos le dejaban abandonado, y se agitaban y tramaban intrigas, combinaban cábalas y rodeaban al que muy pronto iba á ser rey. Comenzaba una nueva lucha: caian unos favoritos; otros se elevaban.

Cuando el mismo Felipe III conoció que era llegada la hora, pidió el crucifijo que habian tenido en sus manos al morir Carlos I y Felipe II, abuelo y padre del tercer Felipe, y con él abrazado espiró á la hora de las nueve de la mañana del día 31 de Marzo. Tenia cuarenta y tres años de edad, y habia reinado casi veintitres.

Como soberano fué Felipe III lo que el lector ha visto: completamente nulo y perjudicial al reino; y de esto tuvo la principal culpa su débil carácter, y la verdadera fatalidad que colocó á su lado intrigantes y ambiciosos sin talento y sin recta intencion.

Como hombre, ninguno mejor empuñó el cetro. Fué decidido amigo del bien, piadoso, afable, inofensivo, morigerado y de tan delicada conciencia, que se le oyó mil veces decir: *No sé cómo puede acostarse tranquilo, el que haya cometido un pecado mortal*. Pero como sentado en el trono tuvo necesidad de ser rey además de hombre honrado, y por su poco amor al trabajo jamás lo fué, acabó por colocar al reino en el precipicio para que su hijo le despeñara y hundiese.

Tuvo el hijo de Felipe II siete hijos, todos legítimos y de una sola mujer, porque solo fué una vez casado. Fué la infanta doña Ana la primera, nacida en 1601 y casada en 1615 con Luis XIII de Francia; D. Felipe, príncipe de Asturias, su sucesor, que nació en 1605; la infanta doña María, en 1606, casada despues con Fernando III, rey de Bohemia y de Hungría; el infante don Carlos, nacido en 1607; D. Fernando, en 1609, despues cardenal y arzobispo de Toledo; doña Margarita que vino al mundo en 1610, y D. Alonso, en 1612, llamado el CARO porque su nacimiento costó á la reina la vida.

En prueba de que Felipe III no perdió nunca el cariño á quien una vez se le tuvo, jamás se olvidó del duque de Lerma: escribía desde la córte á su retiro, y al hacer testamento le nombró uno de sus testamentarios, declarando que le habia servido bien.

La familia ambiciosa y palaciega olvidándose de que el rey agonizaba, se dedicó en los últimos momentos de aquel á preparar el terreno á medida de su deseo. El ambicioso conde de Olivares se habia propuesto ser el duque de Lerma de Felipe IV, y mientras este fué príncipe á tal objeto se dedicó preferentemente. Al espirar Felipe III trató exclusivamente de asegurar ó de afirmar su poder, auxiliándole algunos grandes, como el duque del Infantado y el marqués de Malpica, al mismo tiempo que los enemigos de Olivares procuraban sostenerse y perjudicar al duque de Uceda, al P. Aliaga y á la antigua camarilla. Pero el rey ya casi no tenia vida, y á pesar de no haber espirado, el de Olivares hizo firmar una carta al príncipe, que aun no era en verdad rey, á fin de que volviese hácia atrás el duque de Lerma, que se acercaba á la córte llamado por su rey, para despedirse de él y desempeñar el honroso cargo de testamentario de S. M.

El príncipe firmó sin derecho para hacerlo, y el duque de Lerma, ignorante de si habia ó no espirado su antiguo favorecedor, no llegó á la córte. Comenzaba á mandar ya despóticamente el conde de Olivares.

Es de todo punto falsa la anécdota que refiere Bassompierre,



C. MUGICA, dib.^o y lit.^o

Lit. de J. DONON. Madrid.

Felipe III.



respecto de la causa que en lo mejor de la vida ocasionó la muerte á Felipe III. Es tanto más importante el desmentir tan mal urdida fábula, como que no ha faltado quien dispute acaloradamente con nosotros sosteniendo la certeza de tal fábula; que tanto mal hacen los que faltan á la verdad cuando de la historia tratan. Dicho francés, lo mismo que Weis, dice en sustancia lo siguiente:

Parece que estando despachando Felipe III el primer viernes de Cuaresma del año 1621, tenia al lado un brasero tan fuerte, que el monarca comenzó á sudar como si en pleno estío estuviese. El marqués de Povar, que asistía en la real cámara, dijo al duque de Alba, gentil-hombre de guardia, que seria conveniente retirar aquel brasero que tanto incomodaba á S. M. El duque dijo que así lo comprendía él tambien; pero que el verificarlo correspondia al duque de Uceda, que era á la sazón sumiller de corps. Por no faltar á la etiqueta, aunque el rey padeciése, fueron á buscar al de Uceda, que á la sazón no se hallaba en palacio; y mientras fueron, le buscaron, hallaron y se presentó, acabó el rey de tostarse en tales términos, que abrasado por una fiebre violenta que pasó á erisipela, etc., le privó de la vida el día 26 de Febrero.

No sabemos qué objeto se propondria al fraguar este cuento el embajador Bassompierre, como no fuese el de criticar la etiqueta cortesana de España, acostumbrados como ellos están á ver lo *sans façon* que se tratan sus soberanos generalmente. De ser así, pudo inventar una novela más verosímil y difícil de desmentir: en España no se deja morir á ningun rey tostado ni helado por no faltar á la etiqueta palaciega, aunque no se les trata con la franqueza que ellos han usado modernamente, ni con su antigua ridiculez de dejar que una reina se estrellase *por no tocarla*.

En prueba de lo enterado que estuvo el inventor de la predicha conseja de nuestros asuntos históricos, ni aun la fecha de la muerte de Felipe III, siendo como es tan incuestionablemente sabida, sabia; porque dice como cosa segura que falleció el día 26 de Febrero, y ya hemos dicho al lector, y le aseguramos nuevamente que fué el día 31 de Marzo, á las nueve de la mañana.

Quando enfermó Felipe III habia determinado, en vista del informe dado por los jueces, restituir á D. Rodrigo Calderon sus cargos, oficios, bienes, etc. El preso llegó á creer que pronto se veria libre y acabaria su deshonra; pero al oír que en todas las parroquias doblaban las campanas y daban el triste toque que anunciaba el fallecimiento del monarca, enterado de lo que su-

cedia, exclamó: ¡El rey ha muerto! ¡Entonces también yo muerto soy! Y no se equivocó.

Tan pronto como dejó de existir el rey, recibieron los jueces orden para ampliar el proceso de D. Rodrigo y fallarle. La marquesa, llorosa y afligida, se arrojó á los piés del rey de derecho, suplicó *al de hecho*, á los jueces, á todo el mundo: el conde de Olivares era implacable, y el rey era un niño de apenas diez y seis años, absolutamente dominado por el favorito.

FELIPE IV.

Subió al trono el heredero del tercer Felipe, encontrando el reino tal como el lector sabe: empobrecido; las artes y la industria muertas; decaído el comercio; el pueblo, los agricultores, abrumados y sin poder dar más de lo que habían dado.

Un ministro, ya que no entendido, bien intencionado, hubiérase dedicado á estudiar y conocer los males de que el reino adolecía, para ver la manera de remediarlos, buscando quien leal y fielmente le aconsejase; y sino se encontraba capaz de cumplir su árdua misión, dejar el puesto á otro más entendido. Era, empero, esta abnegación excesiva para el conde de Olivares; sin embargo, pudo creerse un gran hombre de Estado, no siéndolo ni aun pequeño; mas en vez de dedicarse á lo que debía, fué su primer cuidado el vengarse de los que en tiempo de Felipe III le habían hecho sombra y salido á los alcances cuando trataba de predominar, como en efecto predominó, en el cuarto del entonces príncipe de Asturias.

El primer cuidado de Olivares fué dirigido á perder á Siete-Iglesias. Escuchó el tierno y sentidísimo llanto de la marquesa con la más completa indiferencia; la vista de los hijos de su víctima, condenada ya sin el fallo de los jueces por su voluntad y en su mente, no le conmovió. Y la prueba de que se comprendía ó adivinaba la mala intención del de Olivares, es que mientras vivió Felipe III, la esposa del preso no practicó más diligencias que las puramente precisas y naturales; mas desde que el rey falleció, á toda hora se movía y agitaba; y llegó el caso de seguir uno y otro día el coche del fatal ministro, con sus hijos, quebrantando con sus ayes y súplicas todos los corazones menos el empedernido que deseaba conmovér.

Recibióse, pues, la orden para ampliar el proceso, decidida como estaba la pérdida y la ruina de D. Rodrigo, y se trató de ejecutar la orden. Para que el lector conozca á fondo lo que hu-

bo de justo ó injusto en este triste asunto, y pueda saber el estado en que quedó la causa en tiempo de Felipe III, cuando iba á ser absuelto el preso, insertamos á continuacion íntegra una parte de la defensa:

«Muy Poderoso Señor:

» Bartolomé Tripiana, en nombre del Marqués de Siete-Ig-
 » sias, Conde de la Oliva, capitan de la guarda alemana de V. A.,
 » cavallero de la órden de Santiago y comendador de Ocaña,
 » afirmándome en las protestaciones hechas por mi parte en el
 » pleito criminal, y haciéndolas de nuevo para este: respondi-
 » do á los cargos que le han hecho—Digo: que no ha havido ni
 » ha de haber lugar de hazerse los dichos cargos, ni procederse
 » contra mi parte en forma de visita—Lo primero por lo gene-
 » ral—Lo otro, porque habiéndose procedido contra mi parte en
 » forma de visita en el año de 1607, en que fueron jueces el Con-
 » de de Miranda presidente de Castilla, D. Fernando Carrillo
 » presidente de vuestro Consejo de las Indias, el Cardenal Xavier
 » confesor de V. A., y D. Juan Idiaquez presidente en vuestro
 » Consejo de las Ordenes en la dicha visita, mi parte fué dada
 » por libre, con imposicion de perpetuo silencio, de que se des-
 » pachó cédula por V. A. fué fecha 7 de Julio del dicho año 1607,
 » y despues V. A. fué servido de mandar que el dicho Marqués
 » mi parte no pudiese ser visitado ni procederse contra él por
 » los cargos que se le hazen, segun se lo escribió el cardenal du-
 » que de Lerma por mandado de V. A. en 29 de Octubre de
 » 1611, y despues el año 1616 fué servido V. A. de dar su real
 » Cédula, en que mandó que no se pudiese proceder contra mi
 » parte por ningunos cargos ni delitos, lo qual fué por las cau-
 » sas que V. A. save, y por mi parte se an referido en la res-
 » puesta de la acusacion criminal.—De lo qual resulta que total-
 » mente está cerrada la puerta para visitar á mi parte y proce-
 » derse contra él, y ansi se ha de declarar; y protesto que por
 » esta peticion y otros cualesquier autos mi parte no quede pre-
 » judicada ni sea visto apartarse de qualquier derecho y excep-
 » cion que le competa.—Lo otro, por que euando lo dicho cesá-
 » ra, que no cesa, en el estado presente no se puede mover ni
 » intentar pleito de visita con mi parte, porque contra él se va
 » siguiendo la causa criminal porque está preso, y en tan estre-
 » cha prision como V. A. save, sin la comunicacion necesaria
 » con las personas que acuden á su defensa, y cuando la tuviese
 » todas ellas y muchas más aun no serian suficientes para acudir
 » á sola la causa criminal, y por esto mi parte vendrá á quedar
 » en el uno y otro pleito sin defensa; y siendo el dicho pleito

» criminal sobre los cargos y cosas que en él se traten está mi
» parte desobligada de responder en este ni tratarle por procu-
» rador; y así es justo suspenderle hasta haberse determinado y
» fenecido el criminal, y así protesto que á mi parte no corra
» término hasta tanto que sobre esto se declare.—Lo otro, por
» que en caso que mi parte hubiera de responder á los dichos
» cargos de justicia, se le deve dar facultad para defenderse, que
» no la tiene por no comunicar libremente, como se comunica, á
» sus adogados ni otras personas que dello traten, ni mostrar
» los papeles necesarios, ni darle tiempo competente para ver los
» dichos cargos y comprobaciones dellos, y responder con deli-
» beracion, y como le conviene, que nada de lo dicho puede ha-
» zer en tiempo tan breve, que aun no tiene lugar para respon-
» der á los dichos cargos, y así hablando como devo todo lo que
» contra mi parte se ha hecho es nullo, y así lo protesto, y lo
» mismo lo que se hiziere, y tal se deve declarar.—Lo otro, por-
» que lo que pasa es que mi parte comenzó á servir al Cardenal
» Duque de Lerma en vida del Rey D. Phelipe segundo nuestro
» señor, que está en gloria, por el mes de Abril del año 1598, y
» despues á V. A. en Zaragoza el de 1599, viniendo V. A. de
» casarse, y quando Miguel de Muriel dejó la ocupacion que tenia
» de servir por Alonso de Muriel su hermano, entró á hacerle
» en ausencia suya mi parte, y por muerte del dicho Alonso de
» Muriel entró en su oficio de los papeles de la cámara, y en este
» ministerio sirvieron Francisco de Santoyo el viejo, Sebastian
» de Santoyo, Bartolomé de Santoyo, Juan de Santoyo, D. Fran-
» cisco de Santoyo, y Juan Ruiz de Negrete, Juan Ruiz de Ve-
» lasco, los dichos Alonso y Miguel de Muriel su hermano, don
» Bernabé de Vivanco y D. Diego de Medrano, y no por eso han
» sido visitados, ni alguno dellos tenido por ministro, ni han es-
» tado prohibidos para recibir, y así lampoco no lo estubo el di-
» cho Marqués mi parte, hasta que despues de la visita que se le
» hizo el año de 607, que se le mandó de palabra por el dicho
» Conde de Miranda que desde allí adelante no recibiese sin li-
» cencia de V. A. — De que resulta, que discurriendo por los
» tiempos de que se hazen los dichos cargos á mi parte, se halla-
» rá que no ha sido ministro, ni puede haber contra él visita. Por-
» que en el primer tiempo en que sirvió al Cardenal Duque de
» Lerma, claro está que no fué ministro, ni menos en el que sir-
» vió V. A., hasta que entró en lugar del dicho Alonso de Mu-
» riel, y desde entonces hasta el dicho año de 607 en que fué vi-
» sitado, no pasó negocio ni papel por sus manos, sino solamente
» el hazer de los pliegos, porque las consultas que venian de los
» consejos para V. A., las libranzas que venian á firmarse de los

» secretarios y las órdenes que dellas resultaban, todo lo que se
» habia de firmar lo veia y despachaba el Cardenal Duque de
» Lerma, á quien lo embiava en pliegos cerrados el conde de Vi-
» llalonga, y de mano del dicho Duque Cardenal pasava á la
» de V. A., ó por su persona, ó en bolsas cerradas por las de
» otros; y desde la prision del dicho Conde de Villalonga corrió
» el despacho por mano del dicho D. Juan Idiaquez, á quien iban
» las consultas, y de quien venian con su parecer á manos del
» dicho Cardenal Duque, y dellas con el suyo á las de V. A., como
» está dicho, y las órdenes que resultaban de los pareceres del di-
» cho D. Juan Idiaquez él mismo las embiava en los pareceres
» apuntados de su letra, y conforme á ellas y á lo que V. A. pa-
» recia en su resolucion, las hacia copiar, y porque el leer tanto
» como era menester hacia daño á la vista del dicho D. Juan
» Idiaquez, de manera que le iba faltando, mandó V. A. que
» Juan de Ziriza y Jorge de Tovar repartiessen entre sí los tribu-
» nales, como se hizo, y llevase las consultas al dicho D. Juan de
» Idiaquez, y escribiesen sus pareceres del dicho D. Juan, y ansi
» lo hizieron, embiando juntamente con ellos las minutas de las
» órdenes que se habian de hazer, y todos estos despachos venian
» en pliegos cerrados á manos del dicho cardenal duque de Ler-
» ma, que los veia, y dando en ello su parecer iban á V. A., y
» lo mismo hizo algunas veces el secretario Antonio Aróstegui,
» en las consultas destado y otras que se le remitian; y estando
» en esta forma el despacho se mandó al dicho Marqués mi parte
» dejase los papeles, y fuese á la embajada de Venecia, y así los
» dexó por Octubre, de seis y once, y desde que los dexó hasta
» que fué preso no tuvo otro oficio en servicio de V. A. sino el de
» embajador en Francia y Flandes y capitan de la guarda ale-
» mana, de los quales nunca ha habido visita, ni prohibicion de
» rescibir, ni tratar, ni contratar; de lo qual resulta que en todos
» los dichos tiempos no fué mi parte ministro ni tubo prohibicion
» de recibir por los dichos oficios y ocupaciones que tubo, y aun-
» que el dicho Conde de Miranda le dixese de palabra que no re-
» cibiese nada sin licencia, esceto cosas de comer y beber, desde
» el dicho de 607 que fué visitado si algunas cosas recibió fué
» con licencia de V. A. en la qual le prohibió recibir de allí en
» adelante ni cosas de beber ni comer por que tenia escrúpulo,
» ni cosas para Portaçeli, aunque V. A. declaró que no era su
» intencion quitarle las limosnas. Desde esta última prohibicion,
» que fué el dicho mes de Abril, hasta el de Octubre del año de
» 611, en que se le mandó dexase los papeles, como los dejó, no
» se hallará que mi parte recibiese cosa de ningún género, y desde
» que dejó los papeles hasta que fué preso no ha tenido otros ofi-

»cios, en servicio de V. A. sino los questán redichos, en que no
 »ha habido ni prohibicion de recibir y consultar libremente: de
 »todo lo qual resulta no poderse hazer mi parte los dichos car-
 »gos—y no decir que en la prohibicion que se hizo á mi parte
 »despues de la visita del año de 607 se le mandó no recibiese
 »de alli en adelante, porque se le haria cargo dello, y de lo pa-
 »sado, porque no recibió alguna cosa en el tiempo que se llama
 »prohibido, seria con licencia de V. A., y el apercibimiento ó
 »aviso que en esto se le hizo fué solo consinacion que no deve
 »tener efecto á hechos anteriores, ni resucitar dellos tan graves
 »cargos, y porque la dicha prohibicion no se ha de entender ni
 »estender al tiempo despues que mi parte dejó los papeles, ni
 »respeto de los officios en que no la hay, y porque al dejar los
 »dichos papeles hubo el dicho villete del Cardenal Duque escrip-
 »to á mi parte de orden y mandado de V. A. y despues de toda
 »la dicha cédula del año de 16, con lo qual en caso que hubiera
 »escedido no ha lugar proçederse contra mi parte ni haçersele
 »visita.—Lo otro, porque cuando todo lo dicho çesar, sin per-
 »juicio dello, y devajo de las protestaciones hechas respondiendole
 »á los dichos cargos—Digo: que lo tocante en el primero no se
 »le puede hacer cargo, por ser, como es general, y en lo que se
 »dice en él, que los principios del dicho Marqués fueron cortos y
 »limitados, puesto que se refiere al patrimonio y hacienda, pero
 »para esto mismo, y para que no parezca desproporcionado qual-
 »quier aumento del, se advierte que en calidad la del dicho Mar-
 »hijo de Francisco Calderon, comendador mayor de Aragon y
 »gentil hombre de la boca de V. A., nieto de Rodrigo Calderon,
 »viznieto de Francisco Calderon, revisnieto de Alvaro Hortlega
 »Calderon, y el dicho Rodrigo Calderon su agüelo sacó carta
 »executoria de su hidalguía el año 1510, y fué capitan de infan-
 »teria en la batalla de Villalar, y sirvió al Señor Emperador
 »Cárlas quinto en las guerras de Alemania muchos años, y por
 »la dicha executoria consta de su nobleza y de sus acendientes
 »de línea paterna, y por la materna consta ansi mesmo de su no-
 »bleza, pues descende de Pedro de Aranda, montero del Señor
 »Ray D. Juan el segundo, al qual como á cavallero de mucha
 »calidad y importante al servicio del dicho Señor rey, se escri-
 »bió una carta en que le manda fuese á ballarse al sitio de Torre
 »de Lovaton, y el dicho Señor emperador Cárlas quinto el dia de
 »su coronacion armó cavalleros, sobre ser hijos-dalgo de sangre,
 »á Luis de Aranda y otros sus hermanos, nietos del dicho Pedro
 »de Aranda, hijos de Pedro de Aranda su hijo; y el dicho Luis
 »de Aranda tuvo por su hijo á Juan de Aranda, padre de doña

» María de Aranda, madre del dicho Marqués, que tubo por her-
» mano á Juan de Aranda, tio del dicho Marqués, que fué cava-
» llero y de la órden del hábito de Santiago, y por la línea ma-
» terna de la dicha doña María su madre es de los Sandelines,
» familia conocidamente noble en Flandes, y que como tal tiene
» una noble preminencia de que en la capilla de la Iglesia mayor
» de Amberes tiene su entierro en el mejor lugar del lado izquier-
» do, estando como está en el derecho el del príncipe de Oranje,
» y los desta familia de los Sandelines siempre han sido católicos,
» siguiendo la parte y ejército de V. A. y Señores reyes sus pro-
» genitores. Todo lo qual; demás de ser notorio, consta por pape-
» les auténticos, de que están los más dellos embargados entre los
» de mi parte despues su prision; y por ser esto así, V. A. le
» ha hallado capaz de hazerle merced, como se la ha hecho, de
» un hábito de Santiago, y de la encomienda de Ocaña de dicha
» órden, y á Francisco Calderon su padre de otro hábito y en-
» comienda mayor de Aragon, asi mismo de la dicha órden de
» Santiago; de que resulta que por derecho natural de sangre
» siempre ha sido capaz destas y otras qualesquier honrras, dig-
» nidades y mercedes, y con esto se pudiera evitar la respuesta á
» lo accidental, á que mira la relacion del cargo que es aumento
» de hacienda, pues esta crece ó se disminuye por diversos acci-
» dentes, y se varia con mucha facilidad, no permaneciendo en un
» mismo ser, y asi no se le puede hazer cargo del dicho aumento por
» ser calidad á questá sujeta y dispuesta la hacienda; y lo cierto
» es que el dicho comendador padre del dicho Marqués y los de-
» mas sus ascendientes por línea paterna y materna siempre tu-
» vieron patrimonio y hacienda para tratarse ilustremente y con
» la decencia que convénia á su calidad, que es la referida; y lo
» demas que dice este cargo se reduce á dos cosas; la una que
» habiendo entrado mi parte á servir á V. A. con pequeño pa-
» trimonio y se halla con mucha hacienda y rentas con gran-
» des y honrras oficios.—La otra, que procuró mayores acre-
» centamientos para sí, y consiguió mercedes y oficios para sí,
» para su padre, hijos, deudos y amigos suyos, y ambas tie-
» nen satisfaccion, y es que entró á servir á V. A. el año de 1599
» con mucha cantidad de hacienda que tenia de patrimonio y
» rentas procedidas del, y con la dote de la Marquesa su muger y
» las mercedes que V. A. ha sido servido de hazerle, se fué au-
» mentando, de suerte que si se ajustan las deudas con que mi
» parte se halló al tiempo de su prision y el patrimonio que tiene
» suyo y dote de la dicha marquesa, mercedes que ha recibido
» de V. A. y lo que dellas ha procedido, es muy poca la cantidad
» que se le halló respeto del largo tiempo en que se ha adquirido,

»contándose tambien las cosas contenidas en la confesion de mi
 »parte recibidas por él en tiempo hábil y sin prohibicion como
 »está dicho.—A la segunda, que es cosa natural de desear y procu-
 »rar cada uno sus acrescentamientos de sus padres, hijos, y
 »deudos y amigos, que todos vienen á ser propios, y á ser una
 »la razon de desearlos, y el pretender la embajada de Roma y
 »otros cargos superiores no contiene especie de delicto, y los ofi-
 »cios y honrras de que V. A. hizo merced á mi parte era funda-
 »mento bastante para edificar sobre él estas pretensiones y es-
 »peranzas, sin que pudiesen parecer desproporcionadas á sus
 »méritos, y no es nuevo en la suprema grandeza de los reyes
 »honrrar y engrandecer á quien les sirve desde muy lejos, y las
 »historias están llenas de exemplares que quitan y facilitan lo
 »que parece novedad, que es quel dicho Marqués se quisiese
 »aumentar y acrescentar de honrras y dignidades, y quando en
 »órden á ellas hiziese á V. A. algunos servicios, siendo con su
 »licencia y permission, no solo no es delicto, pero siendo los di-
 »chos servicios nuevos y estraordinarios, son dignos de otras ta-
 »les mercedes.

»Y en lo que se dice quel dicho Marqués llevaba recados del
 »Cardenal Duque á los ministros en negocios de visita, es car-
 »go general y que no obliga á satisfaccion, demás que esto no
 »era delicto en el dicho Marqués, por tener obligacion de obe-
 »descer y cumplir las órdenes del dicho Cardenal, como lo tiene
 »alegado en el pleito criminal; y el decir que hacia á los preten-
 »dientes que hiziesen depósitos, no es cierto ni se le probará con
 »verdad; y en lo que se le imputa que abria los pliegos de V. A.,
 »de mas de ser cargo general, lo que pasa es que los pliegos ve-
 »nian estando aqui V. A., no se entregaban al dicho Marqués,
 »porque los mismos oficiales de los secretarios que los inbiavan
 »los llevavan al retrete, y los daban al primer gentil-hombre ó
 »ayuda de cámara que alli estaba, el qual los daba á V. A. ó los
 »ponia sobre su mesa, y en este caso era imposible tomarlos, y
 »abrirlos, y lo mismo era de camino en los pliegos que inbiavan
 »los ministros que caminaban con V. A., porque en ello se guar-
 »daba la misma forma, y si los dichos pliegos venian estando
 »ausente V. A., los trayan los mozos del correo mayor al secre-
 »tario de cámara, y alli lo recibia por el parte un oficial de se-
 »cretario, y daba certificacion, y él mismo ó otro oficial los subia
 »al retrete, y alli se los tomaba el dicho marqués, ó la persona
 »á cuyo cargo estaba solo para ponerlos en la mesa de V. A.—
 »Quanto á lo que se dize que mi parte detenia los correos, de
 »mas de ser cargo general, lo cierto es que si detubo algunos fué
 »con órden de V. A., y la misma guardó el que fué secretario

»del cardenal duque de Lerma despues quel dicho marqués dejó
 »los papeles, y seria por convenir al servicio de V. A., por que
 »en palacio se tiene noticia de los secretarios que despachaban, y
 »ellos mismos no lo podian saber, y asi sucedia despachar dos
 »correos á una misma parte por dos diferentes secretarios y que-
 »darse el correo mayor con el provecho del uno, y por saber es-
 »to V. A. ordenó que se hiciera lo dicho.—Lo otro, porque en lo
 »que toca al cargo segundo de los papeles que se dice haber de-
 »tenido mi parte, y guardado en su poder contra el orden y
 »mandato de V. A. que mandó los entregase al duque de Ler-
 »ma, lo que pasa es lo contenido en la confesion de mi parte;
 »que cumpliendo con el dicho mandato entregó todos los papeles
 »que debia entregar, de que tomó fin-y-quito en la forma que el
 »dicho cargo refiere, y los que se hallaron en su poder son pa-
 »peles diferentes, que de diferentes personas y partes los procu-
 »ró haber el dicho marqués mi parte solo por curiosidad, y asi
 »se los dieron Bernardino Gonzalez, criado del patriarca D. Pe-
 »dro Alonso, y Juan de Amezquita de los papeles del conde de
 »Miranda, y de los del conde de Villalonga, y esta verdad de los
 »mismos papeles se echa de ver y entiende, por que muchas de
 »las consultas son de cosas resueltas por V. A. y executadas de
 »muchos años atrás, y otras son de diferentes tiempos en que mi
 »parte no tuvo á su cargo los papeles:—otros son memoriales é
 »instrucciones de las casas Reales, y estas no entraban ni podian
 »entrar en poder de mi parte por papeles de la cámara, en la
 »qual solo hay memoriales que se dan para remitir, y las estam-
 »pas de firma sin estar á su cargo otros papeles sino los pliegos
 »que V. A. embia á sus ministros, y en los que se hallaron hay
 »consultas diferentes, y otras del Señor Rey D. Felipe, padre
 »de V. A., que no tocan al despacho de la cámara:—Otros eran
 »papeles del duque de Lerma, cartas y respuestas suyas, y car-
 »tas del Príncipe Francisco Borja, y otras cosas tocantes al mis-
 »mo duque, y muchos dellos hubo mi parte de Fray Gaspar de
 »Córdova, confesor de V. A., y los demás se los entregó el di-
 »cho duque para que los viesse y concertase, y le hiziese relacion
 »dellos, de manera que no es culpa de mi parte el habellos de-
 »tenido y guardado, y en mucho peor estado estuvieran sino los
 »guardara; porque ni hay parte diputada por V. A. para los tales
 »papeles, ni en ninguna otra pudieran estar mas bien acondicio-
 »nados que en poder de mi parte, y por ser, como este es, car-
 »go general, no obliga á mi parte á mas respuesta, ni se le debe
 »hacer el dicho cargo.

De este modo siguió el abogado defensor rebatiendo uno por

uno todos los cargos, casi todos de la misma importancia y en número de 244.

Omitimos el insertar el auto del tormento y la detallada ejecución de este, que á la vista tenemos, creyendo complacer al lector; porque ciertamente horroriza, y parece imposible no que cristianos, que hombres usasen de semejante crueldad, y de tan inaudita y bárbara manera martirizasen á sus semejantes.

Sin embargo, el piadoso y bondadosísimo Felipe III desconocía toda la atroz barbarie de tan cruel prueba; que á conocerla, no hubiera seguramente consentido en su ejecución, ni tratándose de D. Rodrigo ni del último de sus súbditos, puesto que las desgracias de sus semejantes realmente le conmovían: así hubiera sido buen rey como fué excelente caballero. A no haber prematuramente muerto, D. Rodrigo Calderon se hubiera salvado; empero dijo este bien al exclamar: *¡El rey ha muerto! ¡Muerto soy yo tambien!*

Habia sido proclamado un rey que sobre no tener mucho más carácter que su padre, era un niño: tenía diez y seis años apenas, y estaba hacia algunos supeditado ya al conde de Olivares. Este hombre vengativo estaba tan lejos de la gracia, como de la justicia: quería incapacitar á sus enemigos y quedar seguro en su privanza. Por esto dió orden para ampliar el proceso de D. Rodrigo y fallarle rápidamente.

EL CONDE-DUQUE.

No carecía de instruccion el de Olivares. Nació el segundo de los hijos del conde de aquel título, que ejerció el cargo de contador mayor de Castilla, obtuvo el de alcaide de los reales alcázares de Sevilla, y fué luego virey de las Dos-Sicilias y embajador de España en Roma. D. Enrique de Guzman, padre de D. Gaspar, el fatal favorito de Felipe IV, es el conde de Olivares de que alguna vez hemos hablado en el reinado de Felipe II.

D. Gaspar nació en Roma, hallándose D. Enrique desempeñando su embajada, en el año 1587; por manera que apenas contaba treinta y cuatro años de edad, cuando merced á su valimiento era señor de España y de sus Indias.

Como segundo de los hijos del conde, le dedicaron al estudio para que siguiese una carrera, y verificó aquellos en la celeberrima universidad de Salamanca, en la cual fué lector.

Como su padre habia desempeñado con fidelidad importantes cargos, el rey Felipe III le premió, sin olvidar á sus hijos; y á D. Gaspar le concedió una encomienda de la orden de Calatrava. Murió el primogénito; despues murió D. Enrique, y don Gaspar se encontró conde de Olivares: abandonó los estudios, y á la edad de veinte años, apenas cumplidos, en 1607, contrajo matrimonio con doña Inés de Zúñiga, su prima hermana, que era á la sazón dama de la reina doña Margarita, esposa de Felipe III. Este matrimonio hizo comprender la ambicion, que en flor estaba, del futuro valido; porque siendo un niño contrajo matrimonio con una de las damas más favorecidas de los reyes, aunque mucho mayor que él. Y merecia doña Inés el favor: era hija de un virey del Perú tan sumamente benéfico, que en épocas de angustia, lo mismo que en todas, sus rentas eran de los necesitados. Así fué que su desprendimiento y grandeza de alma hicieron que muriese pobre hasta el extremo de haber tenido la audiencia de Lima, cuando murió el virey, que costear su entierro; por esto se dice que aquel virey *fué enterrado de limosna*. Nada dejó que heredar á sus hijos.

Semejante inusitado desprendimiento, tratándose de un virey en Indias, que tan visiblemente contrastaba con la conducta y avaricia de otros vireyes, le premió Felipe III en la hija, nombrándola dama de la reina. Como los méritos del difunto virey eran tan grandes y tan honrosos, el flamante conde de Olivares supuso que unido á la hija le seria muy fácil obtener la grandeza de España, objeto único por entonces de su ambicion: por esto se casó y por esto declaró guerra á muerte á su protector el duque de Lerma, que no estuvo tan pronto y dispuesto como él deseaba para hacer que el rey le concediese el cubrirse de grande.

Pasado algun tiempo y viendo que no obtenia lo que él anhelaba solicitó la embajada de Roma, que habia obtenido el difunto conde su padre; y deseoso de ostentar, pero no de salir del reino ni aun para servir el cargo, pidió al rey licencia para trasladarse á Sevilla á arreglar sus haciendas y bienes patrimoniales.

Trasladóse en efecto, y las reuniones de su casa se hicieron notables; porque en ellas eran admitidos con preferencia los hombres de ingenio y los de letras; que él como hombre de estudios queria protegerlos y los protegió en efecto.

El duque de Lerma, que era protector del jóven Guzman, destinado para privarle de su valimiento y quizá para apresurar su muerte, le hizo obtener la llave de gentil-hombre de la cámara del príncipe, cuando el rey puso cuarto á su hijo. No necesitó más el de Olivares: el futuro Felipe IV de España le recibió poco

benévolamente, casi con aversion; empero D. Gaspar habia nacido para palacio, y lisonjeando los caprichos del príncipe, á la sazón niño de diez años, proporcionándole el cumplimiento de todos sus deseos, y adulándole bajamente, logró hacerse dueño de aquel tierno corazón, poco antes predipuesto contra él.

Cuando el de Lerma conoció, que era poco perspicaz, su enorme yerro, quiso enmendarlo introduciendo en palacio á su sobrino el de Lemos (ó Lemus); era, empero, muy tarde: aquel grande fué derrotado, como el lector ha visto, y el favorito del príncipe quedó triunfante, para ruina de España.

Marchó de nuevo á Sevilla, por exigirlo así el estado no floreciente de su patrimonio; mas habiendo sabido el peligro que corrian la vida de Felipe III y su privanza con el príncipe sino se hallaba en la corte al fallecer el rey, lo abandonó todo y regresó á Madrid.

El mal de mi padre, le dijo el príncipe, ha crecido; parece que se aproxima su tránsito y nuestra desdicha. Si Dios le lleva, conde, solo de vos he de fiarme. Así dijo el príncipe niño, y por desgracia lo cumplió el hombre, rey. El conde de Olivares despues de haber escuchado aquellas palabras que tanto lisonjeaban su ambicion, avaricia y orgullo, dijo al de Uceda, que estaba intranquilo y sin saber que esperar: *Duque, á esta hora el nuevo rey, es todo mio. —¿Todo?* preguntó el duque. —*Todo,* replicó el conde, *sin faltarle nada.* Y así era en verdad.

Rey ya Felipe IV, de derecho, y de hecho su fatal valido el de Olivares, este quiso inaugurar su poder desagráviando á la vindicta pública, segun dió á entender; pero fué el caso que nada hizo contra los que habian defraudado la pública hacienda, sino podian dañarle ó ser sus enemigos: se ensañó solamente con aquellos á quienes temia, de quienes tenia algun resentimiento que vengar, ó á quienes queria incapacitar para lo futuro.

El primer víctima del favorito de Felipe IV fué el gran virey de Nápoles, el célebre duque de Osuna. Este hombre eminente á quien España y sus reyes eran deudores de muchísima y muy inmarcesible gloria, sin más razon que las intrigas, calumnias é infamias de la repugnante y artera república de Venecia, y de sus enemigos de España, habia sido injusta y no muy noblemente depuesto del vireinato de Nápoles, y hallábase tranquilo y sosegado en Madrid.

El conde de Olivares decretó la prision del gran D. Pedro de Alcántara Tellez de Giron, duque de Osuna: el pigmeo pudo vencer al coloso. Dada la orden, ejecutó la prision el consejero de Estado D. Agustín de Mejía, acompañado del marqués de Povar, que á la sazón era capitán de la guardia española.

La manera de ejecutar la prision fué tan repugnante como el decreto que para verificarla se expidió. Como si se tratase de un bandido, se sorprendió al noble, valeroso y entendido duque, y se le intimó la orden poniéndole al pecho las armas de los que escoltaban al magistrado y al capitán de la guardia.

Formóse de real orden un proceso, que fué muy pronto voluminoso, y entre los dependientes del duque que fueron encarcelados, lo fué también su secretario en Nápoles D. Francisco de Quevedo y Villegas, en la misma torre de Juan Abad, de que era señor, y de la cual se le sacó para traerle á Madrid á declarar en la causa del duque.

Embargaron todos los papeles, de los cuales habia muchos cajones, y no se encontró en ellos rastro ni vestigio alguno de lo que se deseaba, ni era posible hallarlo, puesto que era una infame calumnia cuanto contra el de Osuna se habia dicho.

Poco sobrevivió aquel grande varón á su desgracia. Valeroso y lleno de ánimo como se habia mostrado en el mando, no tuvo bastante resistencia para sufrir el mal pago que se daba á sus eminentes y relevantes servicios; antes de ver el fin de su causa, cansado de sufrir, murió de hipocondría, más que de enfermedad, aquel hombre célebre, que de haber vivido en época remota le hubieran erigido estatuas por sus hechos en favor de su patria.

Empeñado el conde de Olivares en perder al marqués de Siete-Iglesias, la causa nuevamente abierta siguió rápidamente su curso, y el antiguo favorito de Felipe III fué sentenciado á muerte. Solo uno de los jueces, D. Diego del Corral y Arellano, recto y justo como su sagrado oficio requeria, se negó á firmar la fatal sentencia por encontrarla injusta, sin temor de desafiar las iras del semi-omnipotente favorito de Felipe IV.

Era, empero, un solo voto favorable, y la sentencia fué notificada á D. Rodrigo. Oyóla impasible, resignado y conforme, sin decir otra cosa que *no merezco lo que he sufrido ni lo que voy á sufrir por los delitos que se me imputan; pero sí lo merezco todo y más, por mis pecados y por mi soberbia. Sea por amor de Dios y él me lo tome en cuenta.*

La larga prision, el cruel tormento, la miseria á que estaba reducido aquel hombre, otro tiempo tan rico y poderoso, y su resignada humildad, conmovieron al pueblo que se llegó á compadecer cordialmente de aquel desventurado.

El día 21 de Octubre salió de la prision, vestido de bayeta negra de los piés á la cabeza, llevando en esta una caperuza del mismo color é idéntica tela. Montaba en una hermosa mula, como noble, y llevaba en las manos un crucifijo, del cual no sepa-

raba la vista, encomendándose muy devotamente á su misericordia.

Escoltábanle sesenta alguaciles de córte, y rodeábanle las hermandades que le habian acompañado, consolado y fortalecido durante las terribles horas de capilla. Elregonero de vez en cuando con bronca voz gritaba: *Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á ESTE HOMBRE, porque mató á otro alevosa y clandestinamente, y por otra muerte y otros delitos que del proceso resultan, por lo cual le manda degollar. Quien tal hizo, que tal pague.*

¿A esto llaman afrenta? dijo tranquilamente D. Rodrigo; *esto es triunfo y gloria.* Y en verdad que triunfaba, al perecer, de sus enemigos; porque si él perecia en efecto, serviale de gloria el ver el sentimiento del pueblo, excitado vivamente al contemplarle tan humilde y resignado; los llantos y lamentos de las mujeres, y el oír como por do quier denostaban al verdadero causante de aquella luctuosa tragedia, rencoroso y vengativo hasta la última hora.

Al subir la fatal escalera por su pié y sin auxilio ninguno, ostentó un valor admirable; y se sintió tan fuerte y casi allivo, que pidió reconciliarse, y preguntó al confesor si incurriria en pecado de soberbia y allivez por despreciar de tal manera la muerte, y pidió por ello humildemente la absolucion. Despues postrado en tierra besó los piés á su confesor y abrazó dos veces al verdugo. Hecho esto, se colocó él mismo en el repugnante y aterrador banquillo, echó hácia atrás el capuz colocándose con verdadera magestad, y despues de pronunciar con voz sonora y entera una corta oracion, cuyas palabras todos percibieron, dejó de existir, víctima de la venganza del conde de Olivares, aquel hombre que fué objeto de envidia y de odio en vida, y de lástima y veneracion en muerte.

Cierto que abusó de su posicion para acrecentar su fortuna; pero no lo es ménos que otros hicieron infinitamente más, y no tuvieron su infeliz paradero. Pagó la cruda guerra que hizo al favorito del príncipe, cuando él lo era del rey; mas tan allivo, sereno y noble anduvo en sus últimos instantes, que de su muerte tuvo origen el vulgar refran castellano: *Tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca.*

Es en efecto digno de notarse que en *martes* salió D. Rodrigo en direccion de Valladolid; en *martes* le prendieron; en *martes* entró en la fortaleza de Montanchez; en *martes* le trasladaron al castillo de Santorcaz; en *martes* le llevaron, preso tambien, á su propia casa; en *martes* le tomaron la confesion; en *martes* le dieron tormento, y en *martes* le leyeron la sentencia y pusieron

en capilla. Seguramente siendo para el desventurado D. Rodrigo tan verdaderamente aciagos los martes, en uno de estos hubiera perecido, á no ser porque entonces, como ahora, la larga y penosa duracion de la capilla era de cuarenta y ocho horas, y por esto sufrió heroicamente el suplicio el *jueves* 21 de Octubre de 1621.

Fué universal el sentimiento; solo *el verdadero verdugo* permaneció impasible y decidido á irse deshaciendo de sus antiguos rivales.

Al marqués de Siete-Iglesias siguió Fr. Luis de Aliaga, aunque no pudo el conde arbitrar medios para hacerle salir del mundo como al primero. Apenas habia muerto D. Rodrigo, cuando el P. Aliaga recibió un lacónico papel del rey, que en sustancia decia: *Interesa mucho á mi servicio y á vuestra obediencia, que abandoneis la córte y os retireis á vuestro convento de Huete.* Pocos años despues falleció en Zaragoza.

En el mismo mes (Abril) recibió órden del rey el duque de Uceda, el que contribuyó, para arruinar á su propio padre, á que se encumbrase el conde de Olivares, para que se retirase á sus estados. Retiróse en efecto á Uceda creyendo haber librado bien de las iras del favorito de Felipe IV; pero se equivocó. A Uceda fueron á buscarle un consejero de Castilla con un alcalde de córte, y en su misma casa le prendieron.

De allí llevósele al castillo de Torrejon de Velasco y le pusieron rigurosamente incomunicado, despues de ocuparle todos sus papeles. Siguió rápidamente la causa, y por entonces solo se le condenó al gago de una multa de 20,000 ducados, y á destierro de la córte y veinte leguas en contorno, por espacio de ocho años.

En el mismo año se celebraron Córtes en Madrid á instancias de D. Baltasar de Zúñiga, tio del de Olivares, hombre honrado, recto, probo y entendido.

El principal objeto de aquella reunion fué el de buscar un eficaz remedio á la inminente ruina de la hacienda y á todos los graves males que afligian al reino. Distinguióse mucho en aquellas Córtes D. Mateo Lison y Biedma, diputado por Granada, por la energía de sus discursos. Cuando terminó el año, aún continuaban abiertas las Córtes.

EXTERIOR.

El dia 25 de Abril se acordó en Madrid el tratado relativo á la paz de la Valtelina, que constaba de tres cláusulas solamente, es

á saber:—1.º El rey de España no habria de tener en los confines de Milan, por la parte de la Valtelina, más tropas que las que allí tenia antes de los últimos movimientos: por su parte los grisones habrian de hacer lo mismo.—2.º La religion católica se restableceria en aquellos países, en los mismos términos que estaba en el año 1617, y los coaligados publicarían un indulto general por todos los delitos cometidos durante los anteriores movimientos.—Y 3.º Los fuertes ó castillos levantados allí por las tropas españolas serían demolidos.

Felipe IV se apresuró á firmar este tratado, como buen hijo, porque Felipe III, su padre, poco antes de morir le habia recomendado muy eficazmente pudiese término á aquella desastrosa guerra. Sin embargo, el tratado quedó escrito, sin tener efecto; porque los católicos de aquel país pidieron con empeño su anulacion, manifestando que por el convenio en cuestion, ellos y sus templos quedaban á merced de los protestantes.

AÑO 1622.

ESPAÑA.

En este año presentaron las Córtes algunos medios para hacer frente á las calamidades que sobre el país pesaban. Para poner remedio á la despoblacion propusieron, entre otros arbitrios, que los prelados, títulos, señores y mayorazgos que no tuviesen cargos ni ocupaciones imprescindibles en la córte, se retirasen á sus respectivos estados y propiedades, á fin de que allí diesen trabajo á los jornaleros y ocupacion á los pobres; que se permitiese á estos sembrar en dehesas y terrenos baldíos, para que pudiesen pagar las deudas con los aprovechamientos, y se propuso tambien la creacion de bancos, ó montes de piedad, para socorrer á los labradores; pero con las necesarias precauciones, á fin de que no se convirtieran aquellas instituciones piadosas en especulaciones de logreros y ganancia de administradores.

Entonces creó el conde de Olivares una junta denominada de *Reformacion de costumbres*. La primer providencia que dictó fué la de mandar registrar los bienes de cuantos habian sido ministros desde el año 1592 hasta aquella fecha, haciendo de cada uno de ellos minuciosa informacion de la hacienda que poseian al subir al poder y la que tenian al dejar el cargo, con nota de

lo que hubiesen enajenado despues. Para que la informacion fuese hecha con verdad, se impusieron muy graves penas.

Dispuso, asimismo, que en lo sucesivo cuantos fuesen nombrados para ejercer los cargos de vireyes, consejeros, gobernadores ó cualesquiera destinos correspondientes á hacienda ó justicia, habrian de presentar antes de prestar juramento y tomar posesion del respectivo empleo, un inventario auténtico y jurado, ante las justicias, de cuantos bienes tuviesen á la sazón, renovando la misma diligencia cuando fuesen ascendidos, y al dejar el cargo que estuviesen ejerciendo.

Publicose tambien en Aranjuez el dia 8 de Mayo una pragmática, señalando la manera de hacer la investigacion y las penas en que incurriria el que ocultase alguna parte de sus bienes al verificar el inventario auténtico y jurado.

A juzgar por las predichas disposiciones, debióse creer que la rectitud, moralidad y justicia iban á presidir á todos los actos de la administracion del conde de Olivares. Cuantos lo creyeron, se engañaron: ó quiso con aquellas demostraciones halagar al pueblo, ó, como algunos suponen, poner de relieve la mala administracion y completar el descrédito de sus antecesores.

Las citadas medidas fueron acogidas por el pueblo con grande entusiasmo, más que por el resultado que á la sazón pudieran dar, por lo mucho que decian en favor del ministro que las proponia y del rey que las sancionaba.

EXTERIOR.

En este año reclamó Luis XIII de Francia la ejecucion del tratado de Madrid, respecto de la guerra de la Valtelina. Hizo al conde de Olivares la competente reclamacion M. de Bassompierre, embajador del rey Luis, y el ministro español aun así dilató la ejecucion. Despues, comprendiendo sin duda la *solidez* de las amistades pactadas con Francia, y no deseando dar pretexto para que aquella simuladamente, como muchas veces habia hecho, moviese guerra por el mismo punto en donde queria asegurar la paz, propuso al francés, hallándose en Aranjuez, que para dar puntual cumplimiento al tratado del año anterior y conciliarle con la seguridad de los católicos sin que estos quedasen, como sucedia con el primitivo tratado, á merced de los grisones, debia ponerse una adicion respecto de los fuertes de la Valtelina que deberian estar en poder de un príncipe católico hasta que se terminasen de todo punto las diferencias entre España y Francia.

AÑO 1623.

EXTERIOR.

Hemos dicho poco hace que el ministro español comprendía sin duda la *solidez* de las amistades de Francia con España, y ahora añadiremos que ni fué ni es menester ser muy diplomáticos para conocerla.

Luis XIII quería arrojar de Italia á los españoles, monomanía diplomática de todos los soberanos y ministros franceses, y muy propia del insufrible predominio que siempre han querido ejercer; y en vez de aceptar la adición propuesta en Aranjuez, relativa al tratado de la Valtelina, mostró ofenderse por la falta de cumplimiento del tratado, y *amistosamente* formó una liga en Avignon con Saboya y Venecia, esta tan enemiga como era de España. El objeto de aquella triple alianza era, por el pronto, el de obligar á España á restituir la Valtelina á los grisones.

Por mediación del Sumo Pontífice Gregorio XV, se ajustó un nuevo convenio en Roma (el día 4 de Febrero), y por él se pactó que los castillos que poseían los españoles en la Valtelina quedarán en poder del Sumo Pontífice; y aceptado esto por ambas partes, se ratificó el tratado hecho en Madrid en 1621.

El descendiente de Francisco I de Francia quiso mostrar á la escandalizada Europa que era tan buen caballero y tan digno cumplidor de sus palabras, como su citado predecesor. Tres días despues de aceptado y solemnizado el convenio, con escándalo de toda Europa, como de decir acabamos, solemnizó el tratado hecho anteriormente con Saboya y con la infame Venecia, y por él decidió levantar un ejército para quitar á España la Valtelina, y entregarla á los grisones. Causa dolor y lástima que ciñan reales diademas los que no merecen ni aun el dictado de hidalgos.

ESPAÑA.

En tanto, estaban muy contentos los españoles, porque las excelentes medidas adoptadas por el ministro, les hacían esperar el remedio de los males que al país aquejaban. Publicóse una exten-

sa relacion de lo que S. M. habia mandado proveer para dicho remedio y el bien de sus súbditos, y en ella nada se olvidó, en efecto, de lo mucho que era necesario remediar y proveer, previa consulta de la *Junta de reformation de costumbres*.

Hé aquí los puntos que principalmente abrazaba la real cédula que se publicó en 10 de Febrero, y á la que se dió fuerza de ley y como tal se mandó observar y cumplir.

«Los oficios de veinticuatro, regidores, escribanos, procuradores y otros que tan escesiva y escandalosamente se habian acrecentado se reducirian á la tercera parte;—ningun pretendiente, de cualquier calidad que fuese, podria permanecer en la córte mas de treinta dias en cada año, llevándose un registro escrupuloso de su entrada y salida;—los consejos, tribunales y chancillerias no enviarian á los pueblos jueces ejecutores, ni otros comisionados de apremio, plagas funestas que convirtiendo su oficio en vil grangería, vejaban, molestaban y oprimian lastimosamente á los infelices pecheros, ya sobradamente agoviados, y que cuidaban mas de henchir sus particulares bolsas que de acrecer las arcas del tesoro;—se pondria tasa al número de mayordomos, caballerizos, pages, lacayos, criados y acompañantes que los grandes señores llevaban siempre consigo, robando brazos á la agricultura y á las artes;—se pondria igualmente al desbordado lujo en el menage de las casas, en los vestidos, guarniciones, colgaduras, bordados, joyas, carruages y otros objetos de pura ostentacion, en que se consumian las mejores fortunas;—habriense de fomentar los matrimonios, dando privilegios á los que se casaran, como el de eximirles en los primeros cuatro años de todas las cargas y oficios concejiles y de todo pecho ó impuesto, asi como á los solteros que lo fuesen á los veinticinco años cumplidos se les imponian dichas cargas aunque estuvieran todavía bajo la patria potestad;—se prohibia la salida de gente del reino para establecerse en otra parte sin licencia real, á fin de evitar la emigracion que tenia despoblada la España, y se tomaban medidas enérgicas para que no se aglomeraran los vagos y desocupados en la córte y en las poblaciones numerosas;—mandábase á los grandes, títulos y caballeros que fueran á residir en sus estados, para que ellos no se arruinaran en la córte, y pudieran dar en sus lugares ocupacion y sustento á sus vasallos;—limitábase los estudios de latinidad á las solas ciudades y villas donde hubiera corregidor ó alcalde mayor, para evitar el excesivo número de estudiantes, y para que muchos se dedicaran á oficios más útiles á ellos y á la república;—se extinguian las casas públicas ó de mancebía, por los muchos escándalos y desórdenes que habia

» en ellas, y que se habia creído remediar con su fundacion.» Con esto y con la creacion de erarios y montes de piedad para socorro de los pobres, con la reduccion á razon de veinte al millar de los foros y censos impuestos á mas bajos precios; con estas providencias y con otras análogas y propias de los conocimientos económicos de aquellos tiempos, se persuadió el de Olivares de haber logrado atenuar los males, ya que de pronto no se pudiese ponerles completo remedio.

No se limitó el rey á firmar esta útil é importante pragmática; comenzó dando ejemplo en todo lo concerniente al personal de la real casa, y reduciendo su presupuesto hasta nivelarle con el que regia en tiempo de Felipe II. El pueblo y el reino todo que veia puesto en práctica por el mismo soberano lo que la pragmática prescribia, creyó de buena fé que se inauguraba una era de paz y de abundancia, que habria de ser hija de las justas economías, del orden y de la equidad. Creyóse así con tanto mayor motivo, cuanto que en poco tiempo se vieron ingresar en el real tesoro fuertes sumas, fruto de las acertadas medidas que se habian adoptado.

Presentóse tambien al soberano una muy larga *Instruccion*, en la que se le daban muy sanos y prudentes consejos relativos al buen gobierno del Estado, y á la manera de conducirse con los infantes, grandes, títulos, caballeros, hijos-dalgo, brazo eclesiástico, chancillerías y gente de estado llano. Esta importante instruccion se creyó hija del conde de Olivares; otros la atribuyeron al príncipe de Tigliano, y segun los mejor informados, fué obra del sábio y virtuoso D. Garcerán de Albanel, arzobispo de Granada, maestro que habia sido del rey cuando este fué príncipe.

Todos aquellos que deseaban el bien se mostraron muy contentos y llegaron á esperar mucho bueno del gobierno del nuevo y jóven rey. Poco tiempo despues comenzaron á dudar los mismos que antes creian, y entonces creyeron entrever que el conde de Olivares ibase pareciendo mucho al duque de Lerma, en cuanto á su deseo de hacer fortuna y de acrecentar su hacienda.

AÑO 1624.

ESPAÑA.

Comenzó á desplegar el favorito un desmedido orgullo, y á no querer que nadie se acercase al soberano si temia que pudiese

amenguar su poder. Solamente con el tío de su esposa, D. Baltasar de Zúñiga, compartió, en cierto modo ó hasta cierto punto su valimiento, porque le respetaba. Conocía su talento, su integridad y su severidad de costumbres; por manera que le veneraba, mas no le temía, puesto que no era hombre de intriga ni que pensase en suplantarle. A Zúñiga se debieron todas las providencias relativas á la reforma de costumbres: por desgracia falleció antes de que se acabaran de plantear, y con su muerte faltó la única rémora que el de Olivares tenía, y que le hacía proceder con alguna circunspeccion.

Por adular al rey y cegarle con el denso humo del adulador incienso, sin duda por las reformas planteadas en la real casa, le hizo apellidar el GRANDE. Por Felipe IV el GRANDE le conoce la historia; y fué en efecto grande en perder, como muy oportunamente dijo un antiguo escritor.

Muerto D. Baltasar de Zúñiga, comenzó el de Olivares á ostentar todo su poder y toda su deslumbradora opulencia. Los infantes D. Carlos y D. Fernando, hermanos del rey, y hombres, especialmente el segundo, de un temple muy diverso que el rey Felipe, llevaban muy pesadamente el ver á este tan supeditado al favorito, y se propusieron cortar los vuelos á aquel hombre déspota y ambicioso, que llevaba camino de perder al rey y al reino.

Comprendiólo así el valido, y trató al momento de alejarlos de la córte; pero como era muy astuto, no quiso empeñar frente á frente la lucha con dos infantes. Trató de atraerlos; y al efecto halagó á D. Carlos con la propuesta de un enlace ventajoso con una princesa extranjera y con un vireinato en perspectiva: á don Fernando, que era como el lector ya sabe cardenal, le dejó entrever, en perspectiva tambien, la tiara pontificia.

Al mismo tiempo minaba lentamente en el ánimo del rey, para indisponerle con sus hermanos; y cuando iba tegiendo muy despacio su red, el rey enfermó de gravedad. Convaleció, por fin, y así que estuvo en estado de ocuparse de negocios, el de Olivares le presentó un humilde y difuso escrito en el que revelaba una horrible y tenebrosa conspiracion, que solo existió en su pensamiento. Los supuestos conjurados aprovechando la enfermedad del soberano, habian tramado una conspiracion contra el real enfermo, en la cual habian tomado parte varios grandes de España y, sobre todo, los dos infantes. El largo escrito terminaba por una especie de dimision que hacia el favorito, mostrándose lleno de abnegacion y patriotismo, puesto que suponiendo en ella que la conspiracion se dirigia principalmente contra él y no contra el monarca, creia dar á este una clara prueba

de cuánto se interesaba por el mejor servicio de S. M., retirándose del mando y si era preciso de la córte.

Claro es que ni el rey quiso consentir en la separacion, ni el favorito hubiera dimitido, á creer que la renuncia le seria aceptada. Pero tampoco Felipe IV hizo mérito de la soñada conspiracion; y en cuanto á Olivares, seguro como estaba de que el rey por nada ni por nadie se desprenderia de él, dejó por entonces en paz á los infantes y se dedicó á acrecentar más y más cada día su poder y su fortuna.

Como la guerra continuaba fuera de España, se acudió á las Córtes para pedir, como siempre, nuevos subsidios. En Castilla se encontró poca dificultad: Aragon mandó decir al rey, por medio de D. Martin Abarca de Boleá, marqués de Torres, que no negaria el reino los auxilios que se le pedian; pero que seria conveniente que S. M. personalmente pasase á Aragon, para asistir á las Córtes, así para prestar y recibir el juramento de costumbre, como para reformar algunas leyes.

Accedió el monarca á la demanda de Aragon, y al terminar el año expidió la real carta, en virtud de la cual se convocaba á las Córtes generales de Aragon, Cataluña y Valencia. Señalóse á Barbastro para reunir las Córtes de Aragon; á Monzon para las de Valencia, y á Lérida para las de Cataluña.

EXTERIOR.

Continuaban en Francia las intrigas y los propósitos de guerra; porque Luis XIII queria faltar á su palabra y firma, ó más bien, porque aquel rey como soberano fué bien poca cosa, su ministro el célebre cardenal de Richelieu lo queria, que era quien manejaba á aquel manejable rey.

Era Richelieu, respecto de Luis XIII, lo que el conde de Olivares respecto de Felipe IV; con la enorme é importante diferencia de que el favorito francés era hombre intrigante, astuto y déspota, pero con mucha instruccion y talento, al paso que Olivares era déspota, astuto é intrigante, sin talento y con ménos instruccion que el cardenal.

Richelieu no era, empero, lo que debe ser el ministro de un monarca: debe ser bien intencionado é impasible, y no dejarse llevar de enemistades particulares ni de caprichos; y el cardenal era sistemáticamente enemigo de la casa de Austria. Deseoso de ocasionarla todo el mal que pudiese, renovó la alianza formada con las provincias unidas de los Paises-Bajos, é hizo que

se ratificase la liga entre su rey, el turbulento saboyano y la artera Venecia. El pretexto era la restitution de la Valtelina; el objeto, hacer guerra á la casa de Austria en Alemania, en España ó donde quiera que estuviesen sus individuos. Lástima que Richelieu no hubiese nacido á tiempo, para haber sido ministro de Francisco I, ó de los Enriques II y III: entonces hubiera lucido algo ménos sus ponderadas dotes de ministro. En el tiempo en que le tocó figurar, no era tan difícil ni tan costoso el lucimiento como en tiempos anteriores. No por esto tratamos de negar el reconocido mérito del enunciado cardenal; pero sí decimos y mil veces repetiremos, que no hubiera tan facilmente lucido sus grandes dotes en las épocas de Carlos I y de Felipe II.

Regia á la sazón la nave de San Pedro Gregorio XV, y acudió á él el cardenal Richelieu para tenerle propicio; é igualmente acudió Olivares. Gregorio no queria favorecer á ninguna de las dos partes, á fin de no ponerse en mal con la otra; y Richelieu en su vértigo de hacer guerra á la casa austriaca, sin dejar de insistir para que el Pontífice decidiese, comenzó á reunir ejército y á levantar compañías en Suiza, despues de lo cual tomó varios castillos de la Valtelina que estaban guarnecidos por tropas pontificias.

Reclamaron contra tan arbitrario modo de proceder el embajador español y el nuncio de su Santidad en Paris; y al cabo de algunas demandas y respuestas, se acordó un armisticio de dos meses; pero sus consecuencias, ó más bien la mala fé y poca nobleza con que por parte de Francia, ó del cardenal, se accedió al armisticio, no se tocaron hasta el año siguiente.

AÑO 1625.

El llamado sagaz Richelieu procedió en aquella ocasion del modo que hubiera procedido cualquier villano que sostuviese una cuestion justa ó injusta. *Accedió al armisticio, pero no comunicó tal determinacion al general que mandaba las armas en la Valtelina;* por manera que este creyó cumplir con su deber, y en realidad cumplió, continuando la guerra, y terminó su obra sin haber tenido noticia oficial de semejante armisticio. Los que tanto encomian á Richelieu, lean las anteriores líneas: nosotros hemos creído y creeremos siempre que el mejor político y el más digno hombre de Estado, si está desprovisto de caballerosidad y de buena fé, no merece sino desprecio.

Viendo España lo ocurrido con las tropas pontificias, y no sabiendo si el Papa se mantenía neutral por falta de fuerzas y medios materiales, ó por no querer chocar abiertamente con Francia, se confederó con los ducados de Parma, Toscana y Módena, y con las repúblicas de Génova y de Luca. Dichos ducados y ambas repúblicas se obligaron á poner un ejército de veinticuatro mil infantes y seis mil ginetes en pié de guerra, mandados por el duque de Feria, y una armada de noventa buques, de la cual sería almirante el marqués de Santa Cruz.

Por su parte España, sin más que reunir lo que voluntariamente quiso dar cada una de sus provincias, juntó *ciento y cuatro mil infantes, catorce mil seiscientos caballos* y cerca de ochenta buques, entre navíos y galeras.

Realmente, como muy bien dice un ilustrado autor, fué este un prodigioso esfuerzo; pero en circunstancias dadas fué siempre y será España la misma, pobre, rica, oprimida ó libre.

La reina y las infantas, queriendo contribuir á tan gloriosa resolución, presentaron sus más ricas y preciadas joyas, para contribuir á los gastos que la guerra exigía, y la nobleza también presentó casi un millón de ducados (once millones de reales).

Los aprestos de guerra que España hacía alarmaron justamente á Richelieu, quien al conocerlos apeló á su arma favorita, la pluma, tantas veces perniciosa. Pactó secretamente con el de Saboya que procurase apoderarse de Génova, república libre é independiente; y si lo lograba, dicha república sería dividida amistosa y buenamente entre Francia y Saboya; pero si el duque de esta exigiese todo el territorio de la república genovesa, el saboyano quedaría obligado á auxiliar al francés en la conquista de Milan, cuyo ducado quedaría para la Francia.

No satisfecho Richelieu con esto, á fin de asegurar más el golpe, instó cuanto pudo para que Inglaterra entrase en la liga; mas esta potencia si alguna cosa le ofreció, no realizó ninguna.

Olivares, que llegó á traslucir algo de lo que sucedía, quiso imitar al ministro francés en la diplomática guerra: hizo circular escritos y libelos contra la liga francesa, saboyana y veneciana, y logró con sus secretas diligencias que los hugonotes de Francia se armasen contra Luis XIII.

Al mismo tiempo que Richelieu pactaba con el turbulento saboyano, le envió ejército para procurar impedir que penetrasen los españoles en la Valtelina. Logró después negociar con Holanda que pusiese en el mar veinte buques, para que obrasen en combinación con Francia y Saboya contra Génova.

El duque de Saboya, que para proceder en la guerra era un verdadero rayo, reforzando su exiguo ejército con las tropas que

envió Richelieu, mandadas por el condestable de Francia, penetró en el Monferrato y tomó sus más importantes plazas.

España se indignó con el artero y feo proceder de Richelieu, y el día 6 de Abril apareció un decreto, en virtud del cual fueron secuestrados todos los efectos que los franceses tenían en el reino. El día 22 de Mayo sucedió lo mismo en Francia, con los bienes de los españoles y de los genoveses.

De semejantes providencias resultaban grandes perjuicios para personas inermes y ajenas á las árduas y graves cuestiones que se agitaban. A fin de evitar aquellos, intervino el Sumo Pontífice; pero el cardenal contestaba que Francia tenía razon, porque España no cumplía el tratado de Madrid, y que la guerra no cesaria sino se cumplía aquel á la letra. Esto decia el ministro que rompía tratados, firmaba armisticios, no los cumplía y de todo tenia ménos buena fé.

Avanzó en sus conquistas el de Saboya, y dejó á la república de Génova reducida á esta ciudad y á la de Savona. La oprimida república, exhausta de fuerzas para hacer frente al discolo y ambicioso duque, protegido como estaba por Francia, volvió sus angustiados ojos hácia España, única salvadora áncora que en su crítica posicion la restaba.

Burlábanse Richelieu y el saboyano del afan y lamentos de los de Génova, que siempre fué muy de los franceses el creerse superiores en todo á todos; pero hacian muy mal.

Cuando ménos lo esperaban, apareció en las aguas de Génova el almirante español marqués de Santa Cruz, mandando una respetable armada: al mismo tiempo el gobernador español de Milan, el duque de Feria, se presentó repentinamente en el Monferrato con más de veinte mil hombres y casi tres baterías. No tardó mucho el de Santa Cruz en hacer que apresuradamente se retirasen los franceses, y el de Feria los arrojó de las principales plazas del Monferrato, puso en un puño, como vulgarmente se dice, á los secuaces del saboyano, y los genoveses, que tan apoyados se vieron, en pocos dias reconquistaron cuanto se les habia malamente quitado.

ESPAÑA.

Tratábase en España de la reunion de Córtes en la corona de Aragon; mostrábanse contentos los aragoneses y catalanes, mas no los valencianos. Habíanse resentido de que el rey les hubiese

designado para la reunion de sus Cortes un punto que no pertenecía al reino de Valencia.

La capital mandó un representante á la córte, y otro mandó igualmente el brazo militar, con la mision de encarecer á S. M. los perjuicios que ocasionaba á los diputados valencianos el salir fuera de su reino, y el sentimiento, mayor aún que el perjuicio, de creer que el rey les hacia ó un disfavor ó un desprecio.

Pero el de Olivares, ya grande de España y á quien desde ahora denominaremos conde-duque, no estaba por las concesiones: hallábase muy engreido porque habian ido desapareciendo sus más terribles rivales. Hasta los duques de Lerma y de Uceda, padre é hijo, habian fallecido; el primero ménos perseguido, por respeto á la púrpura cardenalicia, pero muy vigilado, y aun le apresuró la muerte un decreto autógrafo de Felipe IV, que á la letra decia: *Por quanto entre otras cosas DEPRAVADAS que el cardenal duque de Lerma hizo despachar en su favor con ocasion de su privanza*, etc. Este decreto se expidió con motivo de una pesquiza que se hizo para recuperar diversas importantes cantidades, que á título de mercedes se habian defraudado al real patrimonio.

En cuanto al duque de Uceda, despues de puesto en libertad, no sabemos con qué intencion fué agraciado con el vireinato de Cataluña; empero al fin murió en Alcalá de Henares, *encadenado*.

Los enviados de Valencia tuvieron un diálogo bastante *animado* con el conde-duque: este les dijo en definitiva que el rey tomaria al dia siguiente la vuelta de Zaragoza; que desde allí pasaria á Monzon, y que celebraria las Cortes de Valencia si se hallaban allí los diputados; y que de no hallarse allí, *se veria lo que se habia de hacer*. Uno de los enviados dijo al conde-duque que escribiria á los que le habian comisionado, las mismas palabras que acababa de oír; y el conde-duque terminó la entrevista levantándose ceñudo y diciendo secamente: *Podeis hacerlo así*.

AÑO 1626.

Salió el rey de Madrid rodeado de magnates, de caballeros y con un séquito lleno de pompa y de magnificencia. A principios de Enero llegó á Zaragoza, y fué de los zaragozanos muy celebrada su aparicion, porque al ver en la Aljafería guarnicion de tropa, cuya existencia ignoraba, mandó que se suprimiese la refe-

rida guarnicion, cosa que fué muy grata á los aragoneses y celebrada en todo el reino. En la Aljafería estaba el tribunal de la Inquisicion.

Despues de haber jurado sobre los Santos Evangelios y en manos del Justicia mayor los fueros del reino, tomó la vuelta de Barbastro, para cuyo punto estaban convocadas las Córtes de Aragon.

Abriéronse las sesiones el 20 de Enero: el rey presentó una recapitulacion de todos los sucesos ocurridos desde su advenimiento al trono, y terminó por manifestar los apuros del erario, á consecuencia de las guerras en que estaba empeñado el honor nacional.

En dicha época concedió el rey á los aragoneses el libre comercio de Pasages, cuyo puerto habia sido franco en otro tiempo para Aragon y Navarra, hasta que por favorecer y poblar á San Sebastian, abolió dicho privilegio Enrique II.

Pidió el rey á las Córtes el servicio de tres mil trescientos treinta y tres soldados dispuestos para la guerra, y otros diez mil alistados y que habrian de instruirse y ejercitarse, á fin de que estuviesen adiestrados para cuando fuese necesario el disponer de ellos.

No fué bien acogida la peticion; el rey hizo ver la urgencia que habia, fundada en la armada que á la sazón disponia Inglaterra, y que se creia estar destinada á caer sobre las islas Baleares y sobre las costas de Italia. Los diputados, empero, le hicieron ver respetuosamente que era imposible al reino el hacer un esfuerzo tan grande, y que solo podria entregar un millon de moneda, que habria de pagarse en diez años.

Enojóse Felipe IV, y mostró su disgusto casi con palabras de amenaza; y como el brazo eclesiástico se mostrase dispuesto á votar el servicio sin restriccion alguna, manifestó el monarca que al ausentarse dejaria nombrado un presidente, individuo del expresado brazo. Sin embargo, el nombramiento fué hecho por votacion, y obtuvo mayoría el conde de Monterey, marido de doña Leonor de Guzman, *hermana del conde-duque*. Hecho esto, el Justicia mayor, de orden del rey, prorogó las Córtes para Calatayud, y el monarca marchó á las Córtes de Valencia.

Presentóse Felipe IV en Monzon; y aunque al fin habian acudido los valencianos, el brazo militar que era el más numeroso y peor dispuesto, manifestó sin rebozo que no se votaria el servicio sin que el soberano hubiese jurado los fueros y decretado lo conveniente sobre cada uno de los capítulos que habrian de presentarse.

Protestó el conde-duque en nombre del rey; hubo demandas,

respuestas, réplicas y contraréplicas, hasta que por fin se accedió á que se tratase del servicio sin condiciones.

Pedia el rey dos mil soldados sostenidos por el reino, y dispuestos para salir de aquel y marchar á donde se les mandase. El brazo militar se oponia decididamente, diciendo que el acceder á lo que se pedia seria igual á introducir las costumbres de Castilla, en donde se usaba ya una contribucion de sangre, muy parecida á las quintas: en este parecer estaban conformes todos los valencianos. Presentaban además otras razones, no ménos importantes; y como era forzoso obtener mayoría en general, y completa unanimidad respecto del brazo militar, no se llegaba nunca al término de la árdua cuestion, ni se obtenia más que una tercera parte de votos en pro.

Apeló el conde-duque á las conferencias particulares con los más influentes, pensando que de ganar sus votos estos arrastrarian á los demás; empero los encontró tan firmes y decididos, que hablando con el gobernador de Valencia, al salir de una de las conferencias, le dijo: «Día de Ceniza es hoy, señor gobernador (era en efecto miércoles de Ceniza), y *muy buena me la han puesto estos caballeros.*»

El rey, personalmente, viendo que el conde-duque nada adelantaba, habló con algunos de los principales disidentes, sin alcanzar más que su ministro. Entonces apeló á dirigir á las Córtes una fuerte intimacion; disculpáronse aquellas con el estado de decadencia en que se hallaba el reino, no su falta de voluntad para complacer al soberano. A consecuencia de esta respuesta insistió el ministro, multiplicó las conferencias é instó al brazo militar, porque el eclesiástico y el popular otorgaron el servicio tal como se habia pedido.

Para ver de vencer al tenaz brazo disidente, el rey dirigió de su puño y letra el siguiente escrito á los tratadores:

«Direis al brazo militar (ó de la nobleza) tres cosas, con suma brevedad. La primera, que el brazo de la Iglesia y el Real (ó popular) me han servido ya en la conformidad que he propuesto, y ellos nó, y que yo sé y estoy mirando á la par lo uno y lo otro, admirándome infinito que personas nobles se hayan dejado ganar por la mano en el servicio de su rey, y siendo yo quien hoy lo es por la misericordia de Dios. Lo segundo, les direis que he entendido que se propone por algunos de aquel brazo, de hacerme donativo de tanto y de una vez; diréisles á esto que yo no dejé mi casa, á la reina y á mi hija con la descomodidad que el mundo ha visto, para negociar donativos que se consuman en el aire. Por lo que lo dejé todo fué por acudir como justo rey á proveer de defensa firme, segura é igual á todos mis

» reinos, y al mantenimiento de nuestra sagrada religion en ellos;
 » y que pues son mios y Dios me los ha encargado, se persuadan
 » de dos cosas: la una, que los he de mantener en justicia y obe-
 » diencia; la otra, que los he de proponer la asistencia que me
 » deben dar para que los defienda, porque no tengo con que ha-
 » cerlo; ni están obligados los otros mis reinos á dar su sangre
 » para estos si ellos no la dan para los otros. Y últimamente que
 » lo que han menester para defenderse lo he de juzgar yo, que
 » soy su rey, y sé que aunque no quieran ellos acudir á lo que
 » tanto les importa, los he yo de guiar y enderezar como verda-
 » dero padre y tutor suyo y de todo el reino, que es mio, y no le
 » hay otro que sea legítimo. Lo tercero y último les direis, que
 » quedo con gran desconsuelo de que haya sido menester adver-
 » tirles y acordarles mi servicio á los que debieran no tratar de
 » otra cosa ni discurrilla sino obedecer ciegamente á mis propo-
 » siciones, y ser agente cada uno de ellos en todos los otros bra-
 » zos, y que hoy se hallan los nobles de Valencia en el estado que
 » las universidades de Aragon, y muy cerca de hallarse en mu-
 » cho peor; y que les pido con verdadero amor y paternal afecto
 » que me busquen á priesa mientras me ven los brazos abiertos.
 » Así lo espero de sus obligaciones, y quedo con satisfaccion de
 » que con esta diligencia no me ha quedado ya por hacer nada
 » de cuanto ha podido un padre justo y amoroso del bien y recto
 » proceder de sus vasallos y de su enderezamiento.»

Leyóse este escrito, y D. Miguel Cerbellon tomó la palabra para decir que no cambiaba de parecer, y que, en su sentir, no debía ser otorgado el servicio. Este voto arrastró otros, y el espinoso asunto quedó en el mismo estado en que antes se hallaba.

Escribió el conde-duque al gobernador, manifestándole reservadamente las palabras que quizá el rey no habia pronunciado; mas el valido aseguraba que el monarca habia dicho *no hay entre los nobles vasallos leales, puesto que no han dado á Cerbellon de puñaladas*. Estas palabras no parecen propias del carácter de Felipe IV.

El gobernador leyó la carta del de Olivares á los en ella interesados, y todos se reunieron en la iglesia de la Trinidad: el asunto iba tomando muy serias proporciones, porque la carta del conde-duque decia tambien que tan obstinada resistencia era, segun el parecer del monarca, casi una verdadera sedicion.

Para desvanecer semejante creencia y demostrar que nunca fué su ánimo ser desobedientes ni mucho ménos rebeldes, todos los disidentes votaron el servicio, ménos D. Francisco Milan. Nada se habia adelantado: era precisa la votacion *nemine dis-*

crepante, y en faltando un voto, como si todos hubieran sido contrarios.

Acordó, como en definitiva, el brazo militar, ó de la nobleza dar un millon y setecientas ochenta y dos mil libras, monedas reales de Valencia, que habian de repartirse por iguales partes entre los tres brazos, eclesiástico, militar y popular; empero la cobranza del servicio habia de hacerse de modo que no fuese contraria á los fueros y costumbres del reino.

Comenzó entonces la disidencia entre los tres brazos; porque la decision del militar no estaba conforme con la del eclesiástico y la del popular. Para evitar mayor conflicto, cada brazo nombró sus delegados que se entendiesen con los respectivos tratadores, y procurasen avenirse entre sí.

D. Cristóbal Crespi propuso un dictámen, con el cual se conformaron los tres brazos. Reduciase aquel á «que se fijase el servicio en un millon y ochenta mil libras, ó á la mitad del que pagase Aragon, si fuese ménos y no más: la paga se haria en efectos y no en metálico, y los efectos habian de consistir en municiones de guerra, cuerdas, bastimentos, etc., porque el estado del reino, no permitia otra cosa.»

Esta decision ni era la que se esperaba ni la que se habia pedido; pero avinose el rey, y al parecer cesó el conflicto. De acuerdo el soberano y los estamentos, estos pidieron á aquel que en vez de marchar inmediatamente á Barcelona como tenia dispuesto, se detuviese en Monzon doce dias más.

Accedió Felipe IV; mas al siguiente dia se presentó ante las Córtes D. Luis Mendez de Haro, y los hizo saber que el rey habia dispuesto salir al otro dia para dirigirse á Barcelona, y que antes de verificarlo queria celebrar el sόlio acerca del servicio otorgado. Para acordar los demás asuntos pendientes, manifestó que S. M. dejaria nombrado un presidente. Dicho esto, añadió que en el término de media hora dispusieran lo necesario para cumplir la voluntad del soberano.

Esta arbitraria determinacion, tan poco conforme con la promesa recientemente hecha por el rey, indignó á los estamentos. El brazo militar, en su primer arrebato de furor, resolvió salir de Monzon, tan pronto como el rey le abandonase, y dar por disueltas las Córtes sin haber tratado cosa que fuese útil y provechosa al reino. Estuvieron toda la noche en sesion permanente, y el brazo eclesiástico logró tranquilizar al militar.

A las seis de la mañana presentóse ante las Córtes D. Luis Mendez de Haro, y anunció que S. M., para demostrar su disgusto hácia unos vasallos que tan obstinados se habian mostrado contra la voluntad real, habia resuelto quitarles el privilegio de

la *unanimidad* (ó *nemine discrepante*). En consecuencia de esta determinacion, las resoluciones serian decididas en lo sucesivo por mayorias. Dicho esto, añadió D. Luis que el rey iba á marchar á Barcelona, dejando nombrado presidente de las Córtes al cardenal Spinola, mandando que en su ausencia continuaran las Córtes sus sesiones.

Despues de una escena de confusion y desórden, ocasionada por las palabras de D. Luis, salió D. Cristóbal Crespi á hablar con los tratadores, para saber á punto fijo *lo que el rey queria*.

Poco despues regresó Crespi diciendo que se quitaran las condiciones con que se habia votado el servicio, á fin de que quedara satisfecho el monarca.

Aun no se habia decidido la cuestion, cuando apareció un protonotario, y anunció á las Córtes que iba á hacer una notificacion. En seguida leyó: *S. M. manda que quiteis de la concecion del servicio todas las condiciones, so pena de traidores*; y pocos minutos despues se presentó un nuevo emisario que desplegó otro papel y leyó estas palabras: *S. M. manda que salgais al sólio, so pena de traidores*.

Esto ocurrió con tal rapidez, que no se dió tiempo á las Córtes para que tomaran resolucion. El conde-duque, al parecer, se habia propuesto poner en combustion al reino y en un conflicto al rey, así como este daba de sí muy pobre idea consintiendo en que de tal manera le manejase el favorito.

No eran, empero, aquellas Córtes, lo que fueron las antiguas de Castilla, ni tenian la conciencia de su deber, ni la dignidad de aquellos. Media hora despues los tres brazos salieron al sólio, y ofrecieron á S. M. abonar 72,000 libras en cada un año durante quince de estos, hasta completar 1.080,000 de aquellas.

Satisfecho el rey, no sin decir que sino exigia más como pudiera hacerlo era en consideracion al estado del reino, dió indirectamente una satisfaccion á las Córtes por su anterior dureza, y se despidió dándoles muestras de cariño, y del mismo modo se despidieron las Córtes del monarca. Este encargó que continuasen deliberando en su ausencia y como si presente se hallara, que él volveria á celebrar sólio para sancionar los acuerdos que tomasen. Dicho esto, tomó la vuelta de Barcelona.

Habíanse trasladado á la capital las Córtes abiertas y prorogadas en Lérida. Los catalanes recibieron al rey aun con más pompa y más demostraciones de júbilo que los zaragozanos, aunque tanto se habian estos esmerado.

Juró el rey los privilegios, *usages* y fueros de Cataluña, y los catalanes prestaron al soberano el juramento de fidelidad. Pronto se chocó, empero, con el escollo de siempre; y en Barcelona

se presentó el horizonte más nublado que en Valencia. No solamente se encontró poca predisposición para otorgar ningún servicio; las Cortes, sin que ninguno de los tres brazos vacilase, se mostraron decididas á pedir cuentas al monarca y á reintegrarse de las sumas que en otro tiempo habian adelantado. Mostráronse dignos los diputados en un extremo de su decision; en otro anduvieron poco patrióticos. Cuando estaba el rey con su atención fija en guerras exteriores que, justas ó injustas, interesaba al honor nacional el no desatenderlas, pudieron muy bien las Cortes catalanas fundar su decision de no otorgar el servicio en el estado de penuria en que el principado se hallaba; empero jamás exigir un reintegro que habia de poner al rey en mayor conflicto, cuando las circunstancias tan críticas eran. Esto, lo repetimos, fué muy poco patriótico; porque de sobra sabian los diputados que el reino entero, representado por su jefe supremo, estaba amenazado por armas extranjeras.

El rey, ó su privado, adoptó un camino diametralmente opuesto al seguido con las Cortes valencianas. Dirigió una afectuosa carta á las de Cataluña, manifestando el verdadero estado de los públicos asuntos, y el conflicto que surgiria si se obstinaban ó persistian en su determinacion.

Ningun efecto produjo la tierna y sentida carta, á pesar de que no se traslucia en ella nada que pudiese parecer amenaza, ni demostrar disgusto. Comenzaron los conciliábulos y juntas secretas, que alarmaron al conde-duque; porque sabia demasiado que el enojo era casi universal con él y no contra el monarca; y cuidando más de sí que del rey y del reino, determinó hacer que S. M. saliese al momento de Barcelona.

Cuando tuvieron noticia las Cortes de tan impolitica determinacion, salieron á alcanzar al rey para suplicarle rendidamente se detuviese; mas solo pudieron hablar con el de Olivares, segun unos; segun otros, aquel mandó decir por escrito á las Cortes que las apremiantes circunstancias en que se hallaba la nacion, obligaban al soberano á marchar tan precipitadamente.

Llegó á Zaragoza, é inmediatamente salió en direccion de Cariñena, desde donde escribió á las Cortes la siguiente carta, que pone mas de relieve la incapacidad y poco tino del conde-duque:

» Los achaques de la reina y el aprieto del tiempo me han hecho dejar las Cortes de Barcelona empezadas; y deseando hacerlos luego el sόlio, hallo lo que el presidente me escribe, que el brazo de las universidades aun no ha venido en mi servicio, » habiendo yo bajado de lo que los otros tres brazos hicieron dos » meses y medio há, con que me ha parecido escusar el pasar

»por ahí; no queriendo dejar de deciros que me ha^{lo} muy agra-
 »decido de los brazos que habeis venido en mi servicio, como lo
 »vereis en cuanto yo pueda favorecer, y ni mas ni menos de
 »las universidades que habeis concurrido con mi voluntad y ser-
 »vicio; y en aquellas que no lo habeis hecho, os dareis prisa á
 »hacerlo porque no llegueis tarde; pues hagoos saber que como
 »os tengo por hijos y os quiero como á tales, no os he de consen-
 »tir que os perdais aunque lo querais hacer. Y para considerar
 »lo que os digo, acordaos de la blandura con que os he tratado,
 »y conoced cuán mal habeis pagado y abusado de ella, y espero
 »muy apriesa nuevas que no me falte ninguna, porque con habe-
 »ros obligado con amor al principio, y ahora con amonestaros,
 »no me queda mas que hacer de cuanto debo á Dios y á mi pie-
 »dad, tambien lo será el hacer justicia y encaminaros. Y porque
 »falsamente y con depravada intencion habeis persuadidoos que
 »las cartas que os han dado en mi nombre no son mas, os hago
 »saber que lo que me ha movido á escribiros esta ha sido la cul-
 »pa en que habeis incurrido en no obedecer aquellas, pues la
 »que viérades firmada de mi mano, cuando fuera falsa, os pudie-
 »ra hacer el mismo cargo por ella que por esta, que está escrita
 »de mi propia mano: engañaisos mucho si creeis que estaré de es-
 »pacio, porque quiero ser obedecido, y mas cuando los primeros
 »brazos de este reino os han dado tal ejemplo.—De Cariñena,
 »á 10 de Mayo de 1626.—Yo el Rey.*

Esta carta, en que se encontraban entremezcladas las palabras de gratitud con las de amenazas más ó ménos embozadas, no produjo el mejor efecto. No parecia, empero, sino que el genio del mal se habia propuesto oponer obstáculos que impidiesen la tranquilidad del reino y el buen acuerdo entre el monarca y sus súbditos.

Ocurrió por entonces que hubieron de pasar por Aragon unas compañías de soldados, gente indisciplinada, de malos antecedentes y peores costumbres. Alojados en los puntos de tránsito, no hubo desman, infamia ni atropello, sin exceptuar ninguno, que no cometiesen, demostrando su relajacion, su impiedad y toda la maldad que puede caber en los más depravados hombres.

Cuando se está predispuesto á disgustarse, todo cuanto ejecuta la persona de quien procede el disgusto, se atribuye al deseo deliberado de injuriar y causar perjuicio: así sucedió entonces. La desenfrenada conducta de aquella tropa sediciosa y fatal, hizo sospechar á los descontentos que habia sido mandada expresamente para castigar y molestar á los aragoneses; y como si no fuera bastante la mera sospecha para dar ocasion á disgustos y conflictos, los mismos soldados *cuando no estaban en sí*, que era

muy á menudo, decian sin rebozo que no iban á pelear con moros ni con extranjeros, sino con aragoneses,

Deseando evitar disgustos más sérios y generales, acudieron las autoridades á D. Gerónimo Marqués, jefe de las compañías, el cual castigó á algunos soldados con tratos de cuerda, y no bastando esto á refrenarlos, tambien fusiló á algunos.

Llegó despues D. Diego de Oviedo y relevó á Marqués, el cual fué llevado en calidad de preso á Calatayud, en donde sujeto al fallo de un consejo de guerra, fué tácitamente absuelto; empero el Consejo supremo de Aragon le depuso é inhabilitó para ascender en su carrera, por su debilidad de carácter para ejercer mando de armas.

No fué más afortunado Oviedo que Marqués, para poner á raya á aquella desalmada tropa, por lo que le fué preciso sacarla de Aragon y embarcarla en los Alfaques.

Poco tardaron en aparecer otras compañías si no peores, tan malas como las que habian salido: eran unas y otras producto de las levas, y sabido es la clase de gente de que aquellas estaban compuestas.

Acudieron los estamentos al presidente, conde de Monterey; este se excusó con que habia ya consultado más de una vez á S. M., y que le consultaria de nuevo. A pesar de esto, los cuatro brazos del Estado mandaron unos enviados á la córte para representar al rey, porque creian que se habia tratado, por medio de la entrada de aquella relajada soldadesca, de obligar al reino á dar el servicio, en los términos que el rey lo habia exigido. A consecuencia de esto dispuso el rey que parte de aquella tropa pasase á la frontera de Francia, y parte regresase inmediatamente á Castilla.

Allanáronse por fin todas las dificultades, y los brazos eclesiástico, militar ó noble y real ó popular, acordaron dar el servicio de los tres mil trescientos treinta y tres hombres pedidos. Entonces Felipe IV procedió con muy loable prudencia y generosidad. No falta quien diga que debió haber usado antes de una y de otra; y aunque no estamos distantes de opinar del mismo modo, creemos, empero, que quiso ver el proceder de las Córtes de Aragon, para que resaltase más su generosidad y su prudencia.

Apenas se hizo saber al rey la determinacion de las Córtes, dirigió una carta al presidente para decirle que habiéndose convencido del estado de penuria en que se hallaba el reino, contra lo que en un principio creia, consideraba excesivo el sacrificio que estaba pronto á hacer dicho reino, en virtud de lo cual podia manifestar á las Córtes que á pesar de la pujanza en que es-

taban las armas enemigas, queria demostrar su paternal amor á los aragoneses, limitando el servicio á dos mil trescientos infantes.

Con grande alegria se recibió la demostracion favorable del rey; y fué tan celebrada y agradecida, que el brazo de las universidades, que se habia negado resueltamente á votar el servicio, espontáneamente se presentó á otorgarle en union con los otros tres brazos.

Entonces se hizo un nuevo acuerdo unánime, fijando el servicio en dos mil hombres por espacio de quince años, y limitando su coste total á 144,000 escudos anuales, sin cargar con la obligacion de proveerlos de armas y municionarlos.

Terminado este largo y laborioso incidente, trataron las Córtes de otros asuntos de interés general. Acordaron, muy justamente, que se prohibiese prender por deudas á los labradores, y embargarles los útiles y aperos de labranza, durante los meses de Julio, Agosto y Setiembre. Fué tambien notable, aunque no digno de alabanza y sí solo disculpable, atendido el miserable estado del reino, la determinacion tomada en aquellas Córtes, mediante la cual se dejó de dar una subvencion que de mucho tiempo daban las Córtes á los autores de obras de historia y jurisprudencia, que fuesen dignas de premio.

El día 24 de Julio, vigilia de Santiago, se celebró el sólio en el templo del Santo Sepulcro, en Calatayud, con toda la magestad y pompa acostumbradas cuando el monarca presidia el sólio. En ausencia de Felipe IV le presidió el conde de Monterey; y terminada la ceremonia, quedaron disueltas las Córtes.

EXTERIOR.

Continuaba el cardenal de Richelieu firme en su propósito de hacer la guerra á España á pesar de las vivas y eficaces gestiones del legado del Sumo Pontífice. Como todo político que se deja arrastrar de una pasion, ó forma sistemáticamente un decidido empeño, incurria en verdaderas contradicciones, no siendo la ménos notable la de perseguir á muerte á los herejes en Francia, mientras los protegía abierta y poderosamente en la Valtelina: aquellos eran protestantes luteranos, calvinistas, y en una palabra, hugonotes, y estos, secuaces de Calvino; pero todos eran herejes.

El legado del Pontífice considerando inútiles sus esfuerzos, regresó ofendido á Roma; y Richelieu despachó al mariscal Bas-

sompierre á Suiza, para que asegurase el apoyo de la Dieta helvética, que se mostraba vacilante. El oro francés decidió la cuestion, y el embajador extraordinario, Bassompierre, dió felice cima á su mision: Richelieu, empero, comenzó á vacilar, cuando hizo cesar la vacilacion de los suizos; porque todos los católicos le anatematizaban, y de palabra ó por escrito se le llamaba *Patriarca de los ateos y pontífice de los calvinistas*.

Habiale tambien paralizado no poco la muestra de poder que España habia dado en la cuestion genovesa; y esto, unido á los clamores de todos los católicos y á la intranquilidad en que la misma Francia se hallaba, le obligó á pensar en la conveniencia de desistir de la guerra y tratar de la paz.

El conde de Targis, embajador francés en la córte de España, entabló por orden de Richelieu las negociaciones pacíficas, y no encontró el de Targis oposicion en el conde-duque de Olivares. Ajustóse por fin, la paz, sirviendo de base al tratado el reconocimiento de la libertad de la Valtelina, con la cláusula obligatoria de pagar un tributo, como muestra de soberanía, á los grisones. Establecióse, asimismo, que si llegase á surgir alguna dificultad respecto del libre ejercicio de la religion católica, se sometiese la cuestion al fallo de la Sede Pontificia y del sacro colegio.

El predicho tratado se firmó en Monzon, por hallarse en dicho punto Felipe IV celebrando Córtes (en Enero de 1626), y dos meses despues fué ratificado en Barcelona.

Tal acomodamiento causó no pequeño enojo y grande disgusto al turbulento duque de Saboya y á la falaz república veneciana; porque como los buenos políticos no conocen más ley que lo que creen su conveniencia, Richelieu entabló y concluyó la negociacion sin conocimiento del duque ni de la república.

AÑO 1627.

Continuaba la guerra en Alemania, y España, cuyo soberano pertenecia á la casa austriaca, tomaba una parte muy activa en aquella terrible lucha.

El hijo del duque de Sessa, biznieto del célebre Gran-Capitan y como este llamado Gonzalo Fernandez de Córdova, habia recibido orden algunos años antes de sostener con toda decision la guerra. El conde de Tilli, general aleman, se unió á Gonzalo, y con él obtuvo una notable victoria sobre el conde de Mandfeldt en Hoecht, sobre el Mein, y con aquel fué derrotado un hombre

bien criminal llamado Cristian de Brunswick, obispo de Halberstadt, protestante.

Reunieron ambos las reliquias de su vencido y derrotado ejército; y para reforzarle y darle vida, corriéronse hácia la frontera francesa, con el objeto de unirse á los hugonotes. Impidió la realizacion de este intento el duque de Nevers; y rechazados Mandfeldt y el obispo luterano, fueron á dar en manos de Gonzalo Fernandez de Córdoba, el cual los acabó de derrotar en la famosa batalla de Fleurus, que fué, segun la historia, gloriosísima para los españoles, y en la que el nuevo Gonzalo de Córdoba se mostró vivo trasunto de su famosísimo bisabuelo.

Los rebeldes que pudieron escapar ilesos en Fleurus, se refugiaron con sus caudillos en Holanda; y repuestos algun tanto en el año siguiente, que fué el 1624, el herético obispo volvió á empuñar las armas y fué decisivamente derrotado por el conde de Tili en tales términos, que durante dos años quedó la campaña reducida á muy pequeñas proporciones.

Despues, empero, llegaron á reunirse hasta ochenta mil enemigos; mas á poco tiempo murió el infame obispo Halberstadt, en 1626; el conde de Mandfeldt fué completamente derrotado en las márgenes del Elba, y aquel y el obispo eran los principales corifeos de aquella revolucion; el conde de Tili venció á las tropas danesas, y el conde Oppenheim derrotó las falanges de paisanos armados que, sin embargo de ser indisciplinados, causaban por su multitud, arrojo y decision, infinitos daños. Por manera que al comenzar el año 1627, quedó el emperador Fernando más tranquilo, y abrigando fundadas esperanzas de terminar aquella desastrosa guerra.

Casi al mismo tiempo que se recrudeció la guerra alemana (de 1622 á 1623), reapareció tambien la de Flandes, que se consideraba extinguida.

Habia espirado la tregua de los doce años; empero creíanse muertos los partidos que habian sostenido la guerra en Flandes, y á España desengañada y persuadida de la inutilidad de sostener tan desastrosa y dispendiosa guerra, á costa de sangre y de dinero.

El archiduque Alberto inoportunamente hizo proposicion á los estados gnerales, para que volviesen á su obediencia las diez y siete provincias, y los holandeses que contaban asegurada ya su independenciam, rechazaron la proposicion del archiduque. Ni este ni aquellos se mostraban inclinados á ceder del respectivo empeño; y en este género de litigios los abogados son las armas, y las razones los proyectiles y los aceros.

El primer signo de la lucha fué la derrota causada por D. Fa-

drique de Toledo, general de la armada española del Océano, á una escuadra holandesa, compuesta de treinta buques, en las aguas de Gibraltar.

Lejos de aconsejar España al archiduque que desistiese de su empeño, le ofreció toda su protección, como que consideraba suyo aquel territorio y al archiduque su tributario; y al mismo tiempo se ordenó á los generales españoles que en Flandes estaban, emprendiesen vigorosamente la guerra.

Los holandeses, para equilibrar sus fuerzas con las del archiduque, protegido por España, se aliaron con Dinamarca; y el valeroso y entendido marqués de Spínola rompió contra los enemigos con su acostumbrado ímpetu y se apoderó de Juliers, plaza respetable é importantísima.

No se durmió seguramente el cardenal de Richelieu, que no perdía ocasion de dañar á España, en cuanto le era posible. Para aprovechar la oportuna coyuntura, negoció en Francia y con Inglaterra socorros de dinero para los holandeses, y el permiso para hacer reclutas de tropas en ambos países.

En 1625 falleció el rebelde Mauricio de Nassau, *digno hijo* del príncipe de Orange, y con él desapareció de este mundo un terrible enemigo de España y un insaciable ambicioso. En el mismo año dejó de existir también Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, muy desemejante á su madre la desventurada María Stuard, y de carácter tan voluble, que tan pronto fué amigo como enemigo, si bien hizo más daños que beneficios á España, y fué uno de los que por verdadera imbecilidad tuvo culpa de que no se hundiese para siempre la soberbia Albion, cuando salió al mar la famosa INVENCIBLE.

A Jacobo I sucedió Carlos I, con cuyo cambio nada ganó en verdad España por lo que despues diremos; y á Mauricio de Nassau sucedió su hermano Fadrique Enrique, á quien llaman *entusiasta por la independencia de su patria*, no habiendo sido otra cosa que un ambicioso lleno de deseos de hacerse soberano, del mismo modo que lo desearon su hermano y su padre. No negamos á Fadrique sus excelentes dotes militares, y su aptitud y capacidad para el mundo; empero no se le llame entusiasta por la libertad de su patria, porque no quiso otra cosa que hacerse soberano bajo el escudo de independencia y libertad, como otros muchos han hecho.

Llegado el año 1626, recibió el marqués de Spínola una orden de la córte, tan lacónica que solo decia estas seis palabras: *Marqués de Spínola, tomad á Breda.*

Apenas recibió el ilustre guerrero la significativa orden, puso sitio á la fuerte plaza, y diez meses despues se rindió aquella á las

armas españolas. No fué tan afortunado el conde de Horn, en su empresa de sorprender la Exclusa, puesto que dió golpe en vago.

Como estos triunfos logrados en Flandes sucedieron casi simultáneamente con los de Gonzalo de Córdoba en Alemania, subieron muy de punto la vanidad y el orgullo del conde-duque, á quien por otra parte no faltaban tampoco aduladores que le lisonjearan é hiciesen creer que era un grande hombre de Estado.

La fortuna habia sonreido á España en ambas riberas del Rhin, y en Africa tambien triunfaba D. García de Toledo, venciendo á los africanos no lejos de Arcilla; D. Fadrique de Toledo al propio tiempo arrojaba de Puerto-Rico, Guayaquil y otros puntos de la América meridional á los holandeses, y tambien la armada española vencía en las aguas de Nápoles á los berberiscos, desalmados piratas. Estos triunfos fueron demasiado caros, porque costaron la vida del valeroso conde de Benavente. Sucedióle en el mando de las naves D. Francisco de Manrique, que reemplazando dignamente al bizarro conde, completó la obra y apresó casi todas las naves de los contrarios berberiscos.

En este año cayó en poder de los holandeses una flota cargada de plata y oro que venía de América. La culpa de esta pérdida la tuvo el haber mandado España sus naves contra Inglaterra, *en favor de Francia*. Negoció este auxilio el de Richelieu; y el conde-duque de Olivares fué tan imbécil, ó tuvo tan poca dignidad, que accedió á los deseos del implacable enemigo de España. Esta es una patente muestra de lo *hábil* que era el de Olivares, como político. Cierito es que esta nacion magnánima y fuerte obtuvo notables triunfos durante aquellos años; pero no lo es ménos que no tuvo porque alabarse de ellos el ministro favorito de Felipe IV. Sus bizarros y entendidos generales españoles fueron los únicos que merecieron alabanza y respeto.

AÑO 1628.

EXTERIOR.

Tambien Italia comenzó á estar intranquila. Habia fallecido el duque de Mantua, y pretendian sucederle en el ducado el príncipe de Guastala y el duque de Nevers, ambos de la ilustre familia de los Gonzagas.

El duque de Nevers que se habia mostrado parte en la cues-

tion suscitada, no pretendia para sí el ducado de Mantua, sino para su hijo que estaba casado con la heredera del difunto duque.

Quiso intervenir en dicha cuestion, como en todo, el conde-duque; y mandó al gobernador de Milan, Gonzalo de Córdova, sitiar á Casal, plaza fuerte en el Montferrato.

El turbulento duque de Saboya, que nadie puede comprender á los políticos ambiciosos, se alió con el de Olivares, de quien siempre fué enemigo, separándose de su amigo y protector Richelieu; y pactó con el conde-duque que una vez triunfantes, dividirían entre España y Saboya el Montferrato.

Unidos los españoles con los saboyanos, penetraron en el expresado territorio, y tomaron las mejores plazas. Acudió con diez seis mil hombres el duque de Nevers; pero no rebasó la línea, y al llegar á los Alpes se dispersó su ejército. Los franceses no pudieron auxiliarse, porque tenian demasiado en que entender con el famoso sitio de la Rochela que á la sazón Francia sostenia. El católico conde-duque favorecia poderosamente á los sitiados, aunque eran protestantes; porque los políticos, más ó ménos hábiles, tienen más de maquiavelismo que de otra cosa: como el fin propuesto se logre, los medios que hayan de conducir á aquel, importa poco que sean buenos ó malos; honrosos, ó indignos.

ESPAÑA.

Continuaba el reino sumido en la miseria; y los pueblos, que no podian hacer frente á las calamidades que sobre ellos pesaban, desesperados de hallar remedio en los gobernantes, acudieron á los prelados y á los párrocos, para hacerles presentes así sus males como la manera, segun su creencia, de remediarlos: como si los obispos y los párrocos pudieran realmente remediar los males que á los pueblos aquejaban.

El conde-duque, para hacer mayor el conflicto, hizo firmar al rey una pragmática, por la que rigurosamente se prohibia el comercio con los países enemigos de España; y como esta se hallaba en guerra con la principal parte de Europa, quedó sola en virtud de la expresada pragmática, y sin sostener comercio casi con ninguna nacion.

El célebre ministro español, que redujo á la mitad el valor de la moneda de vellon, mirando esta disposicion como una medida económica; que introdujo el uso del papel sellado, y quiso estan-

car el chocolate, algun tiempo despues de publicada la pragmática ya dicha, mandó que los artefactos y artículos procedentes de Flandes y de los demás paises amigos habian de ser escrupulosamente reconocidos, hasta hacer constar de indudable manera la legitimidad de su procedencia; habian de ser admitidos por los veedores ó perseguidores del contrabando, los cuales expedirian la patente para que pudiesen ser introducidos en España: de no ser así serian indispensablemente decomisados.

En la real cédula se designaban uno por uno todos los artículos ú objetos prohibidos. Vean, pues, nuestros lectores cuántos y cuales eran aquellos.

» Es curiosísimo y útil además para conocer los artículos y objetos de toda clase que en aquel tiempo se usaban en España » para las diferentes necesidades de la vida, el siguiente catálogo » de las mercaderías prohibidas.—(Laf., T. XVI, pág. 107.)

» Para que se tenga entendido (art. 4.º de la pragmática) los » géneros de mercaderías que entran en esta prohibicion, son los » siguientes:—Holandas en crudo y blancas, y enrollados de lino » y todo género de lencería contrahecha á las que se labran en » los estados obedientes:—cambrais claros y batistas, que por » otro nombre dicen olanes:—mantelerias de toda suerte y ser- » villetas:—telillas de todos géneros:—motillas:—borlones:—fel- » pas de hilo, algodón y listados de seda, oro ó plata:—anascotes » negros y blancos:—bayetas que se liñen y aderezan en los es- » tados obedientes:—fileiles ó baratos de todos géneros y colo- » res:—albornoces llanos de colores y otras suertes:—lapicerías » de todas suertes, y cogines:—terciopelos de tripa, esladas y » otras obras que contrahacen á los de Lila y Tournay:—telillas » de monte de colores abigarradas:—presillas que se labran con » hilo de estopa:—puntas y encages de hilo ó seda:—costalufas » de hilo, algodón, seda, oro y plata:—buracafes de hilo y lana: » —cotonías:—mesolinas de todas suertes:—picotes de todo gé- » nero:—cintas blancas de todas suertes y colores de hilo y es- » tambre:—cintas clavadas que llaman escharaseas, y todo géne- » ro de agujetas:—tafetanes y terciopelados de todas suertes:— » calzas de lana de todo género:—botones de hilo, seda y cerda, » de todas suertes:—bocacías y esterlines:—carpetas finas:—so- » bremeses de Tournay:—cueros de ante y de vacas adobados:— » chamelotes de todo género:—dubliones de todas suertes, esta- » meñas y gamuzas de toda suerte:—hilo fino y aderezado blanco » al uso de Portugal, y de otra cualquier suerte:—hileras de to- » das calidades blancas:—hilo de coser de sastres, negro y de to- » dos colores:—hilo de cartas:—pasamanos de hilo ó estambre, » seda, cadarza ú otras, ó mezclado:—obras labradas de estam-

»bre ó hilo de lana, pasamanos bordados de seda, sobre raso y
 » otras cosas:—rayaletes de todos géneros:—toquillas de som-
 » breros de todas suertes y calidades:—ticas para colchones de
 » pluma ó lana:—clavazon de talabartes y prelinas de todas suer-
 » tes:—clavazon de todas suertes de fierro y metal y demas her-
 » ramientas hechas de lo mismo:—corchetes de todas suertes:—
 » cobre rojo labrado:—calderas en vasos de cobre amarillo y ba-
 » cinicas contrahechas de los dichos estados, y Aquisgrana:—al-
 » fileteres de todas suertes:—cera reundida:—cera blanca:—hilo
 » de fierro, acero, alambre de todo género:—hilo de conejo y de
 » otros metales:—alfombras contrahechas á la de Turquía:—al-
 » mohadillas:—cuchillos de Boulduque:—cizalla:—campanil rom-
 » pido y entero:—campanillas de metal, cerdas de zapatero de
 » todas suertes:—cascabeles de todas suertes y metales:—canda-
 » dos de todas suertes:—calzadores de todos géneros:—candle-
 » ros de todo género:—damasquillos de hilo y demas calidades:
 » —escobillas y cepillos de todo género:—hojas de espada y da-
 » ga, puños y guarniciones de ella:—oro ó plata para dorar:—
 » oropel de toda suerte:—puños de lanas, brocas de zapatero y
 » tenaza, braseros de todo género:—balanzas de todo género:—
 » chiflos de toda suerte:—cañones de toda suerte:—cofres de toda
 » suerte:—calentadores:—cuerdas de arcabuz, cuerdas para ins-
 » trumentos:—sartenes de fierro de todas suertes:—sierras de to-
 » das suertes:—tenazas y palos de todo fierro y metal y palo:—
 » abalorio de todo género:—estaño labrado de todo género y para
 » estañar:—estampas en papel de toda suerte:—espejos de toda
 » suerte, escritorios y escribanías de toda suerte:—especería de la
 » India y otras mercaderías que no vienen para Portugal:—justa-
 » nes y miranes, libros de memoria, limas de todas suertes:—laton
 » de rollo:—máscaras de toda suerte:—marfil rayado de toda suer-
 » te:—hojas de cuerno para hacer linternas:—plomo labrado de
 » todo género:—lienzos pintados á olio y al temple:—lino de toda
 » suerte:—povos azules y esmalte:—pesos de marcos de todo gé-
 » nero:—rasos falsos contrahechos á los de Brujas:—rosarios de
 » toda suerte:—relojes de toda suerte:—ruedas de todo metal:—
 » rosas de tachuelas:—albayalde y ararcon:—almidon:—cucha-
 » ras de palo grandes y pequeñas, y platos de palo:—engrudo que
 » por otro nombre dicen cola:—estuches:—frascos de cuernos de
 » todas suertes:—figuras de bullo de todas suertes:—aceite de li-
 » naza:—hueso labrado de toda suerte:—pelo de camello:—sillas
 » de todas suertes, instrumentos de todas suertes:—velas de so-
 » bo:—baquetas:—siente de repollo:—pelotas de toda suerte:
 » —arenques de todo género:—quesos de todo género:—mante-
 » ca:—navíos fabricados en las islas rebeldes:—xarcia de todo

» género: — mercaderías que vienen de Inglaterra ó de otras pro-
 » vincias sujetas á aquel rey, que son las siguientes: — bayetas de
 » cien hilos, ochenta, sesenta y ocho, sesenta y cincuenta y cua-
 » tro, y estas se conocen por los plomos que traen en la cola: —
 » otras bayetas de gallo que lo traen pintado: — ítem otras me-
 » dias bayetas de colores mas angostas: — perpetuanes blancos
 » y negros de todos colores anchos y angostos: — imperiales de
 » colores y negros, ó imperiales: — cariseas de todos colores
 » de toda cuenta de vara y terciá de ancho: — cariseas mas an-
 » gostas que llaman cuartillas: — otro género de cariseas de co-
 » lores de muchas suertes: — cariseas de Norte, género conocido:
 » — parangones de cordoncillo de todos colores: — paños de ciu-
 » dad ó Londres que llaman paños contrahechos, ó veinte y cua-
 » trenos de colores: — paños de belartés finos y del curchirillós:
 » — bécerros de Irlanda y todá la provincia, bacas curtidas de
 » diferentes suertes: — bécerros gamuzados: — lienzos de Escocia
 » que su fábrica es conocida en el curar, bruñido y cal: — guin-
 » goos bastos, piezas de cuarenta y treinta y nueve varas que
 » parecen presillas brumadas y de estos tienen vastos y delgados,
 » que son lienzos de Silesia, los curan allí se conoce su carence y
 » fábrica aricage y suerte y lienzos como gingaos: — bombasies
 » dobles de colores finos, otros medios paños que llaman cuarti-
 » llas: — villages que tienen catorce y quince varas: — anascotes
 » contrahechos, anascotes de señoría: — mantecas de Inglaterra:
 » — cera, sebo de Inglaterra, que se lleva allí de Holanda y otras
 » partes: — cecina en barriles que es de Irlanda: — barriles de sal-
 » mon: — medias de dos y tres hilos de colores y negras, de mu-
 » geres, niños y muchachos: vienen por Inglaterra enrollados
 » finos de diez varas que agora llaman breñañuelas: vienen asi-
 » mismo manquetas de Holanda, otro género de telillas: — estopi-
 » llas anchas y angostas: — medias de carisea adocenadas, medias
 » de gamúza: — estaño en barriles pequeños: — platos de estaño
 » que llaman peltre: — plomo de Bristol, otro plomo barras gran-
 » des: — guserones: — medias de estameña, etc.»

También el conde-duque hizo que se fijase un precio ó tasa á
 los cereales, á fin de que los labradores no pudiesen determinar-
 le á su capricho y aumentar la angustiada posición de los que
 tenían escasos medios para subsistir. Cierta es que tal determi-
 nación podia ser funesta á la agricultura, y no lo es ménos que
 directamente atacaba á la libertad de comercio; mas sin embar-
 go, puede disculparse al de Olivares, si se considera su inten-
 ción de favorecer á los menesterosos. Si es justo y conveniente
 el proteger la libertad de comercio, cuando excede de lo regular,
 hablamos de los artículos de primera é indispensable necesidad,

se hace inconveniente; porque no es ménos digno de consideracion y de respeto el pobre, que teniendo la imprescindible obligacion de mantener una dilatada familia, suele ser víctima de la insaciable avaricia de los que pueden hacerles la ley.

AÑO 1629.

EXTERIOR.

En cuanto quedó libre Richelieu del penoso sitio de la Rochela, volvió á manifestarse hostil á España. El ejército que habia quedado libre del indicado sitio, pasó á Saboya; y el cardenal-ministro aconsejó, segun es fama, al rey Luis XIII que se pusiese al frente de sus tropas.

En vista de esto el conde-duque ordenó al célebre marqués de Spínola que abandonando la campaña de los Países-Bajos, pasase á Italia á encargarse del mando de las tropas. Esta fué una nueva muestra de la imprevision del favorito de Felipe IV; porque si estaba decidido á continuar la guerra en Flandes, no debió hacer salir de allí al único general que en aquellos años habia sabido dar duras lecciones á los rebeldes.

El marqués de Spínola en vez de marchar directamente á Italia, vino á la corte. Hizo presente lo que era necesario para hacer la guerra con ventaja y utilidad; y si los ofrecimientos pudiesen dar buen resultado, hubiera hecho muchísimo el de Spínola, puesto que recibió muchísimos y muy grandes, cuya realizacion no llegó á verse.

Avanzaba entre tanto el ejército francés; mas al llegar al Piamonte, el duque de Saboya, que vacilaba entre España y Francia, negó el paso á las tropas de Luis XIII. En vista de la negativa los generales de vanguardia, Bassompierre y Crequi, forzaron el desfiladero, formidable y fortificado, de las gargantas del Suza, y derrotaron á dos mil saboyanos que guardaban aquel paso. Cierito que era exígua la fuerza que defendia el desfiladero; pero no lo es ménos que pudieron los saboyanos sostenerse más, y no sufrir una derrota tan completa, que fué un verdadero milagro el que no quedasen prisioneros el duque y su primogénito.

Gonzalo de Córdoba, que aún sostenia el sitio de Casal, le levantó en aquella ocasion; y, segun la historia, no se mostró tan

decidido y valeroso como podía esperarse de un general tan bizarro y entendido como él había mostrado ser.

Hasta entonces el duque de Saboya no había mostrado una decision ostensible por Francia ni por España; y aunque se manifestaba neutral, sin haber hecho otra cosa que negarse á que los franceses penetrasen en el Piamonte, era tan incomprendible que ni unos ni otros podian estar seguros de atraerle. Miraba solamente el lado que podía ser más favorable y, en comprendiéndolo, tanto le importaba declararse amigo como enemigo; faltar á una palabra, ó cumplirla.

ESPAÑA.

En este año nació el príncipe D. Baltasar Carlos, cuyo nacimiento fué celebradísimo, así con festejos y regocijos públicos como con la espontánea alegría del pueblo que, en medio de su siempre angustiosa posicion, miraba como una verdadera felicidad el que la sucesion al trono estuviese asegurada, y mucho más cuando era varon el heredero.

Contrastaba, empero, con aquel espontáneo júbilo, y con los enormes gastos de los reales festejos, la creciente y aterradora miseria que lejos de disminuir, crecía. El erario estaba agotado, y el conde-duque ni sabía cómo atender á los gastos interiores, ni á las guerras que se sostenian.

Llegó á tal extremo el conflicto, que el de Olivares acudió al poco decoroso recurso de hacer una cuestacion entre los particulares pidiendo socorros, poco ménos que de puerta en puerta.

Siempre generosos y magníficos los españoles, acudieron al llamamiento. La grandeza creó y levantó tercios de buenas tropas, que sostuvo á su costa; y los donativos fueron respetables, distinguiéndose, entre otros prelados y magnates, el cardenal de Borja, que entregó un donativo de 50,000 escudos.

AÑO 1630.

EXTERIOR.

En este año abandonó la neutralidad el astuto duque de Saboya, y se declaró abiertamente por España. Sabiendo las gran-

des fuerzas militares que Francia habia mandado á la Saboya, parecerá al lector extraña la resoluci6n tomada por el calculador duque; mas cesará la extrañeza, al saber que su decision fué hija de la entrada del marqués de Spínola en el Montferrato, seguido de un ejército español, cuya entrada coincidió con la de otros dos ejércitos que de Alemania envió el emperador Fernando, mandados por el conde de Merode el uno y el otro por el conde de Collalto: este se dirigió á Mántua, y el primero á la Valtelina. Hé aquí explicada la conducta del de Saboya.

El ejército francés penetró en la Cerdeña, guiando ó inspirando las operaciones de campaña el cardenal Richelieu, á quien Luis XIII habia honrado con el cargo de generalísimo del ejército francés en Italia, cargo ridículo para desempeñado por un príncipe de la Iglesia, y que nos parece impropio, por no calificarle de otro modo, por más que en España tanto se repitiesen los ejemplos de ver á los prelados trocar el pácifico báculo pastoral, por la destructora espada.

Llegada la primavera tomó á Pignerol el mariscal de Crequi; tomóse Chamberí, y las principales plazas y fortalezas fueron cediendo rápidamente, hasta poder decir que los franceses quedaron dueños de toda la Saboya. Poco despues, Montmorency y La Force derrotaron al príncipe piamontés junto á Javennes, y el duque de Saboya, no pudiendo resistir á tantos y tan continuados contratiempos, falleció á impulso del pesar en Surillhan, el dia 26 de Julio. Tenia sesenta y nueve años, y le sucedió su primogénito Victor Amadeo.

Recrudeci6se la guerra con los reiterados triunfos de los franceses, á pesar de haberse hecho aquella más terrible y horrorosa por efecto de una violenta peste que diezaba los ejércitos.

Despues de la muerte del de Saboya, ni amigos ni enemigos podian jactarse de ser en definitiva vencedores. Ganaban y perdian alternativamente unos y otros las acciones, y alternativamente rendian y perdian las plazas y fortalezas.

El triunfo más notable que ocurrió fué el que alcanzaron las tropas del emperador Fernando, haciendo que se rindiese Mántua. Pero lo que inspiraba más sérios temores al francés era la vacilante plaza de Casal, que con mal éxito, ó más bien con flojedad habia tenido sitiada el biznieto del Gran-Capitan, y que estaba apuradísima y á punto de rendirse al bizarrísimo y entendido vencedor de Ostende: al justamente célebre marqués de Spínola.

Era en aquella época tenida Casal por la primera plaza fuerte de Europa, y estaba defendida por Toiras, general francés, á quien la historia apellida *célebre y famoso*.

Pero ya no podia resistir dentro de la plaza; cuando de esta se hacian impetuosas salidas, las líneas de hierro del invencible Spinola rechazaban á los sitiados, despues de dejar sobre el campo regado de sangre, infinitos cadáveres. En tan grave conflicto y no encontrando medios de resistir, los franceses apelaron á las negociaciones, que dieron por resultado una tregua muy parecida á una condicional capitulacion, que España no debió aceptar cuando tocaba el triunfo con la mano, y un triunfo moral y material que podia considerarse casi decisivo, atendida la gran importancia de la sitiada y apurada plaza.

Pactóse la tregua el dia 4 de Setiembre, bajo la expresa condicion de que si no era socorrido Toiras hasta el 31 de Octubre, entregaria á Spinola la plaza con la ciudadela y el castillo.

Difícilmente podria ser socorrido, habiendo tantas fuerzas imperiales y españolas que pudieran impedir la llegada de los socorros. No debe, empero, dejarse para más adelante, lo que en el momento puede obtenerse; ni es cordura fiar á la fortuna la realizacion de sucesos que son demasiado trascendentales. Cier-to que nadie podia esperar el desenlace de aquel laborioso sitio, en que tanta gloria adquirió el célebre Spinola, sobre tanta y tanta como antes de esto ilustraba su preclaro nombre.

Felipe Spinola, hijo del célebre marqués, estaba encargado por su bizarro padre de defender el paso de un puente: era sabido que los franceses habian de hacer inauditos esfuerzos para socorrer á Toiras, y que debia ponerse grande empeño y conato en impedir que los socorros llegasen, para que espirase el plazo de la tregua y se entregase Casal.

Felipe Spinola no correspondió á la confianza que en él depositara su padre, ó tuvo que luchar con fuerzas superiores: de un modo ó de otro, es lo cierto que los franceses forzaron el paso del puente.

Al dar al marqués la funesta nueva, fué su primera pregunta: *¿Y mi hijo..... está muerto, prisionero ó herido?* Comprendiendo los mensajeros que la angustiosa pregunta nacia del temor que destrozaba el corazon del padre por la supuesta pérdida del hijo, se apresuraron á tranquilizarle, asegurándole que ileso se habia salvado.

No conocian por cierto el pundonor, la lealtad y el temple de alma de aquel verdadero héroe, los que supusieron que la angustia y anhelo al hacer la sentida pregunta, nacia del natural interés del padre por la vida y salvacion del hijo. Quería, por el contrario, le aseguraran que habia perecido como bueno, ó perdido al ménos la libertad, para cohonestar la pérdida del puesto y la derrota. Esto se probó sobradamente al ver que tan pronto



como supo que el paso habia sido forzado sin haber costado á su hijo la libertad ó la vida, comenzó á denostar al que no supo defender su puesto ó perecer en la demanda; perdió el juicio, y algunos dias despues falleció. Lastimoso fin y digno de tierna compasion; pero que ensalza á tal punto el valor, la lealtad y el heroismo de Spinola, que en las remotas edades hubiera sido razon más que suficiente para decretar la apoteosis de aquel eminente varon.

Sintió vivamente el ejército la pérdida de aquel incomparable general; no la sintió ménos la córte, y á fé que bien debió sentirla, lamentarla y llorarla. En su reemplazo fué nombrado el marqués de Santa Cruz, afamadísimo marino, digno émulo de su progenitor; mas aunque muy justamente célebre como general de mar, poco experimentado como caudillo de tierra.

Encargóse, pues, el de Santa Cruz del sitio de Casal; mas desde luego se pudo conocer que era muy inferior al entendido Spinola, fuera del mar.

Espiró la tregua, y un ejército de veinte mil franceses, tratando de acometer por sorpresa, intentó romper las líneas del sitio. Sin embargo, Santa Cruz debia considerarse dueño de la disputada plaza, é inesperadamente se ajustó un armisticio, sirviendo de base la entrega de Casal por los franceses, con el castillo y todos los principales puntos del Montferrato á un comisario imperial, que las tendria á nombre del emperador Fernando, y la vuelta de los españoles al Milanésado.

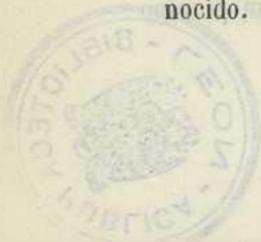
Este armisticio se ajustó en Octubre, causando no pequeño enojo á los españoles, sin agradar á los franceses.

DECENIO CUARTO.

AÑO 1631.

EXTERIOR.

Quien demostró más sin rebozo el enojo que le habia causado el inesperado armisticio, fué D. Martin de Aragon, valeroso maestre de la caballería española. Estaba, empero, ajustado, interviniendo en él, como en la tregua concertada con el famoso Spínola, el legado Mazzarino, que por entonces comenzó á ser conocido.



Creyóse, sin embargo, que sería roto apenas concertado el armisticio, á consecuencia de algunos actos violentos de los franceses. Obtenida satisfaccion por aquellos, se restableció la tranquilidad; y al armisticio sucedió un tratado de paz, que disgustó á españoles y franceses, y llenó de enojo á la corte de España.

Cuando tan mal recibido, con sobrado fundamento, fué el tratado de paz en Madrid, es evidente que quien en representacion de España le ajustó, no estaba debidamente autorizado para verificarlo. Siendo esto así, no debió aprobarle Felipe IV; empero lejos de esto, en el mes de Marzo fué ratificado el tratado de Casal, en Querasco, por los plenipotenciarios de España, Roma, Alemania, Francia y Saboya.

En virtud de dicho tratado quedó España sin Mantua y sin Casal, y con infinitos sacrificios hechos de sangre y de dinero; quedó el francés con la plaza de Pignerol, y por consecuencia con las puertas de Italia francas; y aunque despues surgieron algunas dificultades, por medio de otro tratado, que se redujo á la ratificacion del de Casal y el de Querasco y con la aclaracion de algunas dudas, quedó asentado y establecido lo que acabamos de referir.

Todos estos tratados no terminaron para España la costosa guerra, ni se hizo otra cosa que cambiar de sitio, para continuar derramando sangre y dinero. El cardenal Richelieu, tenaz en su empeño de hacer cuanto mal pudiera á la casa austriaca, logró que Francia pactase una alianza con el rey de Suecia, Gustavo Adolfo. Este monarca, protestante, se declaró paladin de los herejes de Alemania, y declaró la guerra al emperador Fernando II.

Tan tenaz el conde-duque en su propósito de defender á la casa de Austria como Richelieu en ofenderla, decidió, porque manejaba á Felipe IV como el cardenal francés á Luis XIII, continuar dando auxilios al emperador. Por su parte Richelieu hizo á su rey adquirir el compromiso de ayudar al sueco por espacio de cinco años, proporcionándole soldados y dinero. Un príncipe de la Iglesia católica, hizo pactar esto al rey CRISTIANÍSIMO, para auxiliar á los protestantes, en perjuicio de un soberano católico. Tal fué el ponderado Richelieu.

Poco despues el duque de Sajonia, súbdito del emperador, se unió al rey de Suecia, y comenzó la guerra bajo muy felices auspicios para los protestantes. Gustavo Adolfo se posesionó de algunas plazas alemanas, con más rapidez de lo que podia esperarse; y Maguncia, lejos de presentar resistencia, le franqueó la entrada. Estaba guarnecida por españoles; pero era la guarnicion exígua, y la poblacion en masa se pronunció por los defensores de los herejes.

No obtenian de balde sus triunfos los suecos; porque el heroísmo de los españoles rayaba en lo fabuloso, siendo, por cierto, doloroso que de tal manera se derramase la sangre española, sin que España pudiese esperar ventaja alguna aun en el caso de obtener su protegido el triunfo; porque el que recibe favor, por punto general, siempre es ingrato, mucho más si pertenece á elevada esfera. Quizá en toda Europa no haya nacion alguna que haya dado desinteresadamente auxilio á otra, sino España; y siempre han sido sus auxilios *agradecidos* de la misma manera.

ESPAÑA.

En este año ocurrió el desastroso incendio de la Plaza Mayor de Madrid (7 de Julio). Tres días duró con llamas, y más de siete sin ellas, quedando reducida á cenizas toda la parte correspondiente á la calle de Toledo desde la Imperial.

Refiérese que presentaba la incendiada plaza tan horroroso espectáculo, que fué llevado procesionalmente el Santísimo de las tres parroquias de San Ginés, Santa Cruz y San Miguel, y todas las más veneradas imágenes de Nuestra Señora.

Fué, empero, esta catástrofe ménos terrible en cuanto á desgracias personales, que la ocurrida en la misma plaza el dia 23 de Agosto del mismo año.

El conde-duque tuvo la incalificable idea de que se corriesen toros y cañas ante los derruidos y quemados restos de una gran parte de la Plaza, con asistencia del rey y de toda la córte. Estando en lo mejor de la fiesta se prendió fuego á una de las casas, y suponiendo los espectadores que iba á repetirse la terrible escena ocurrida un mes antes, atropellándose á salir de aquel recinto fueron algunos víctimas de su mismo temor. El rey y la córte permanecieron impasibles; la fiesta no se interrumpió, y el incendio fué cortado.

AÑO 1632.

EXTERIOR.

Costó tanto trabajo al sueco obtener una victoria, en que entraron como auxiliares los españoles, que para perpétua memo-

ria mandó erigir un monumento en el campo sobre el cual se dió la batalla.

Por entonces perdió el emperador á uno de sus famosos generales; al conde de Tilli, á quien el lector ya conoce. Falleció en Ingolstad, á consecuencia de las heridas que habia recibido.

Fué nombrado en reemplazo de Tilli, un general no ménos valeroso y entendido, llamado Walstein. Este, deseoso de hacer ver que era muy digno de reemplazar á Tilli, con la rapidéz del rayo sitió y tomó á Praga, y desalojó á los sajones de la Bohemia, causándoles grandes pérdidas. Pero al mismo tiempo Gustavo Adolfo se posesionaba de la Baviera, causando tales estragos, que hacia una guerra verdaderamente vandálica.

Continuó el sueco extendiendo sus tropas por la Suabia, y salió á darle alcance Walstein, lo que logró en los campos de Lutzen. Allí se dió la batalla tan famosa en la historia, que de Lutzen lleva el nombre. El valor fué heróico, fabuloso, por ambas partes: murió batiéndose valerosamente como un soldado el rey Gustavo Adolfo, y fué herido de muerte el general Oppenheim, austriaco. A pesar de la muerte del rey Gustavo Adolfo, el triunfo fué de sus soldados, que tomaron despues á Leipsick y Frakendal.

ESPAÑA.

Recordará el lector que el conde-duque casi de puerta en puerta, habia puesto en contribucion al clero, á los magnates y á los particulares, para en lo posible hacer frente á los compromisos interiores y exteriores que sobre el Tesoro pesaban.

Habia hecho un viaje Felipe IV á Barcelona y Valencia; y al regresar, en Madrid se reunieron las Córtes. Estas juraron como principe de Asturias al infante D. Baltasar Carlos, y despues se comenzó á tratar del angustioso estado del Tesoro, y de la necesidad de nuevos subsidios.

No dejaron de surgir dificultades antes de que las Córtes decidiesen sobre un punto que siempre las encontraba, y se acabó el año sin que terminasen las sesiones y sin que se acordase nada en definitiva sobre el punto en cuestion. No faltaron diputados que echaron en cara lo innecesario que era el sostener la guerra de Alemania, en la cual tanta sangre se derramaba y tanto dinero se invertia, sin que de ella se pudiese esperar ventaja alguna. Dejaba, empero, el de Olivares que las Córtes discutiesen, dispuesto á intrigar por todos los medios imaginables hasta lograr su propósito.

Decidido á dejar al rey aislado para sostener su omnímodo poder y á concentrar este en sus manos, resucitó su proyecto de separarle de los infantes hermanos del monarca, que por cierto cualquiera de ellos, sentado en el trono, hubiera valido más que Felipe IV.

Alejó á D. Fernando con pretexto de darle el gobierno de Cataluña, y á D. Carlos, que era muy entendido y estaba dotado de muy firme carácter, le apartó de todos los negocios del Estado y de los consejos de su hermano. Esta verdadera infamia del conde-duque y el ver cuán incorregible era Felipe IV, fué bastante causa para que su hermano, el infante D. Carlos, se dejase consumir por una invencible melancolía, que le llevó en muy poco tiempo al sepulcro acompañado de muy cordial sentimiento y general llanto; porque el pueblo mucho le queria por su capacidad, su virtud y su amable carácter. Apenas habia cumplido veinticinco años, cuando prematura y desgraciadamente falleció.

Una de las cosas que más profundamente afectó al infante, fué la constante oposicion del *rey-ministro* á que contrajese matrimonio. El motivo de la tenaz oposicion no fué otro que el temor de que casado D. Carlos con alguna princesa extranjera, encontrase apoyo en la familia de esta para protegerle en las miras que tenia relativas á la caída del semi-omnipotente valido; y como de la infanta doña María, tambien hermana del rey, ningun recelo abrigaba porque dicha señora, virtuosa y afable, tenia tan débil carácter como Felipe IV, no se opuso á que se uniese en matrimonio al rey de Hungría, hijo del emperador. Algun autor español asegura que la falta del jóven infante D. Carlos, fué la mayor que príncipe alguno pudo hacer *en el mundo y en su reino*.

Imbécil Felipe IV en más de una ocasion, y en todas cuando del conde-duque se trataba, se pagaba mucho de la actividad de su favorito, y de la asiduidad y celo con que, segun su creencia, se dedicaba á los negocios de Estado. El de Olivares, por su parte, hacia un papel de verdadero farsante; se presentaba siempre al rey con los bolsillos atestados de papeles, memoriales y proyectos; y aun más de una vez no cabiendo en todos los bolsillos el cúmulo de escritos que consigo llevaba, se presentó al rey con el cinto y el sombrero tambien atestados de papeles. Con esto y con asegurar que casi dos horas diarias no dormia por atender al gobierno del Estado, el monarca creia haber encontrado una verdadera y peregrina alhaja. En tanto el astuto Olivares, que conocia la natural indolencia del rey, le persuadia, con muy poco trabajo, que debia fiarse de él y no ocuparse de negocio alguno. Al mismo tiempo le distraia con festines, cacerías, come-

días, y para aficionarle á los placeres y hacer que los negocios le causasen aversion y tedio, el que tanto trabajó por cubrirse de grande de España, desempeñaba cerca del rey *oficios* que ningun plebeyo que fuese honrado hubiera querido desempeñar.

Desembarazado de los infantes, volvió toda su atencion hácia los consejos, los cuales, especialmente el de Castilla, cuya integridad y celo son proverbiales, se oponian con loable y noble independencia á los desaciertos del favorito.

El fuerte obstáculo no intimidó al audaz ambicioso; por el contrario, comprendiendo el grado de fuerza que los consejos tenían, solo pensó en aminorarla. Al efecto creó un sin número de juntas extraordinarias, cuyos individuos eran hechuras suyas, y que por necesidad estaban á su completa devocion; las reunia, las disolvía y las volvía á formar cuando le convenia, y separándose ó desentendiéndose más bien de los respetables consejos, á las juntas sometía todo asunto en que tenia interés y que temia fracasase ante aquellos.

«Hé aquí el número y los nombres de las juntas que inventó el conde-duque de Olivares:

»Junta de *Ejecucion*. Era la principal y más estimada por su autoridad y poder, puesto que, tratándose y concluyéndose en ella todas las materias de Estado, y no dependiendo sus decretos de otra jurisdiccion que de la suya propia, que por eso se llamaba de ejecucion, tenia una verdadera preeminencia sobre todos los consejos y tribunales.

»Junta de *Armadas*. La que entendia en lo relativo á la fuerza naval; galeras, galeones, bastimentos, generales y oficiales de marina, etc.

»Junta de *Media anata*.

»Junta del *Papel sellado*.

»Junta de *Donativos*.

»Junta de *Millones*.

»Junta del *Almirantazgo*.

»Junta de *Minas*.

»Junta de *Presidios*.

»Junta de *Poblaciones*.

»Junta de *Competencias*.

»Junta de *Obras y Bosques*.

»Y hasta Junta de *Vestir*, de *Limpieza*, de *Aposento* y de *Espedientes*. «Siendo extravagante cosa, dice con mucha razon un escritor de aquel tiempo, el ver juntarse delante del conde una gran cantidad de personas de toga y de espada para consultar qué vestidos debiesen usar el rey, la reina, el principe,

»los infantes, y todos los criados de la casa real.»—(Lafuente, T. XVI, p. 116.)

Excusado es decir lo que de tales juntas saldria, siendo sus individuos humildes criaturas del orgulloso valido, y muchos de ellos verdaderas nulidades. En cuanto á los consejos, no quiso zaherirles dejando de consultar absolutamente con ellos; pero hubiera valido mucho más que no les hubiese consultado. Adoptó el de Olivares un famoso expediente para consultar á los independientes consejos, sin dejar de determinar por esto lo que bien le pareciese.

Tomó por pretexto que la publicidad era enemiga y contraria de la libertad con que debian emitir los consejeros los respectivos pareceres. Para evitar *tan grave mal*, dispuso que el dictámen de cada consejero fuese secreto, escrito y sellado por el mismo que le diese, despues de hecho lo cual, reunidos los pliegos, se entregarian á S. M. para su real resolucion. Era el caso, empero, que ni al rey le agradaba leer, ni el favorito le daba tiempo para que leyese, proporcionándole distracciones de todo género, lícitas é ilícitas, sin consideracion á los graves daños que á los españoles hacia, ni á su propia dignidad como cristiano, como ministro, como prócer, como caballero y como hombre.

Con solo ver el rey reunida tan asombrosa multitud de pliegos, se asustaba; mucho más cuando el fatal ministro al presentárselos, le recordaba la nueva diversion que esperándole estaba; por ende, la lectura de los pliegos era encomendada al favorito, el cual los leía ó no los leía; porque tanto daba para hacer lo que mejor le pareciera, como si no los hubiese recibido.

Era rencoroso el de Olivares, y no perdonaba á sus enemigos ni dejaba de perseguirlos hasta que los confundia y aniquilaba.

Uno de los que más guerra hicieron al favorito y ménos se doblegaron á su omnímoda voluntad, fué el célebre D. Francisco de Quevedo Villegas. Este famoso poeta, secundo y muy profundo escritor, fué casi toda su vida blanco de las iras del conde-duque. Túvole muchos años entre cadenas, y en la dura prision se le exacerbaron y casi canceraron unas heridas de las que mucho padecia.

Valióle para no perecer el favor que, como á hombre de agudo ingenio, le dispensaba Felipe IV, quien de ingenio se picaba tambien; y aquel hombre incorregible que preferia lanzar un epigrama contra el favorito, en presencia de este para mortificarle, á gozar de tranquilidad y reposo, se vengaba con su terrible lengua de los males que el valido le ocasionaba.

Cierto dia bajaba el conde-duque del cuarto del rey, hallándose en Aranjuez la córte, al mismo tiempo que subia Quevedo.

La escalera era excusada y no ancha, y encontráronse ambos en un recodo, de tal suerte, que era imposible que los dos á la vez pasasen. El de Olivares, á fuer de buen cortesano, ponía al gran poeta muy risueño rostro, porque el rey le distinguía muchísimo; pero á su espalda le hacia cruda guerra. Descando mostrarse atento, por lo mismo que tan superior se creía, se retiró cuanto pudo para dar paso á Quevedo, diciendo con afable sonrisa: «Suba V. señor Quevedo, suba V.» A lo que contestó el poeta con no menor ni ménos afable sonrisa: *Imposible, Excmo. señor; para que suba Quevedo, es preciso que V. E. baje.*

El ministro, sin poder disimular el disgusto y sin hablar palabra bajó, probablemente meditando en una nueva venganza.

AÑO 1633.

En este año nombró Felipe IV vireina y gobernadora de Portugal á la princesa de Saboya, doña Margarita, viuda del duque de Mantua. Al expedirla el nombramiento, se previno á la expresada señora se atuviera precisamente en todo á lo que le aconsejase el marqués de la Puebla, que pasaba por hombre muy entendido y de grande cordura.

Por lo demás, nada notable ocurrió en España; porque las guerras sostenidas en el extranjero llamaban, sobre todo otro objeto, la pública atencion y la del llamado gobierno. El conde-duque seguía gobernando despóticamente, y Felipe IV entretenido con diversiones de todo género.

EXTERIOR.

Un nuevo personaje habia aparecido en la guerrera escena, tan ambicioso y poco fijo en sus odios y amistades como el difunto duque de Saboya, y como conviene á todos los que ambiciosos son, que varían de ideas y de pensamientos á medida que lo creen necesario y conveniente á sus miras.

Era dicho personaje Carlos IV, duque de Lorena, que si bien no estaba desconocido y habia tomado parte anteriormente en las luchas sostenidas en Italia, quiso avanzar de pronto en la ejecucion de sus proyectos, y con una movilidad admirable comenzó á hacerse amigo y enemigo de España y de Francia alternativamente.

Contra Austria, y por consecuencia contra España, celebró un tratado con Luis XIII de Francia (en 1632); y apenas firmado aquel, puede decirse, levantó tropas en favor de Fernando II y contra Luis XIII.

El francés viendo aquella inesperada evolucion, hizo avanzar un ejército hácia la Lorena; y Carlos IV firmó un tratado con el emperador de Alemania. Entonces Luis XIII puso sitio á Nancy (ya en 1633), y tomó las principales plazas de los estados del lorenés. Con este motivo Carlos abdicó en su hermano, el cardenal de Lorena; este hizo renuncia de la púrpura, y pidió en matrimonio á una hermana del cardenal de Richelieu.

Desde este momento, y merced á las intrigas de la casa de Lorena, á la tenacidad de Richelieu y á la obstinacion de España en tomar parte activa en unas guerras de muy dudoso éxito y de segura inutilidad, ocurrieron mil peripecias, que fuera prolijo referir, mezclándose en ellas Alemania, España, Lorena, Francia y Suecia, venciendo y perdiendo acciones alternativamente, y sin obtener ninguna de las partes beligerantes un triunfo decisivo.

Hallábase Suecia sin rey; empero reinaba una hija suya menor de edad, y el reino tenia la verdadera fortuna de haber hallado unos gobernadores que á nombre de aquella ejercian el mando, con inteligencia, integridad y buena fé. Por manera que nada habia ganado Alemania con la muerte del temerario Gustavo Adolfo, y los protestantes del imperio hallábanse más ensoberbecidos y firmes que nunca; porque sobre sus propios recursos, el *católico* Richelieu, por medio del embajador francés, les ofreció un millon de libras tornesas en cada año, para que pudiesen más desahogadamente hacer la guerra al emperador.

FLANDES.

Há tiempo dijimos que habia renacido la guerra en los Países-Bajos. Habia fallecido el valeroso archiduque Alberto, y su viuda doña Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II y tia de Felipe IV, era la que regia aquellos estados.

Cuando el famoso Spinola pasó de orden del rey á ponerse al frente del ejército que operaba en Alemania, el gran caudillo de Ostende fué reemplazado por el conde de Berg. No se mostró por cierto digno sucesor del justamente célebre general; perdió, casi cobardemente, algunas plazas, y la archiduquesa, cansada de su ficlicia soberanía que en tan larga sucesion de años solo la

habia proporcionado sinsabores y penas, renunció en favor de Felipe IV para retirarse á disfrutar de una paz tanto más deseada, cuanto que jamás habia disfrutado de ella.

No habiendo tenido sucesion la archiduquesa, despues de su muerte habian de volver los dichos estados á poder del rey de España su sobrino; porque así lo habia expresado Felipe II al hacer la cesion. La infanta-archiduquesa determinó que sucediese en vida lo que habia de verificarse despues de su fallecimiento, deseosa de alcanzar algunos años de tranquilidad.

Apenas habia esto ocurrido cuando el sucesor de Spínola mostró que en nada se le parecia, ni en la inteligencia, ni en el valor, ni en la lealtad. Hizo ver, empero, que las pérdidas ocurridas en los últimos años del mando de la archiduquesa, no consistieron precisamente en su poca habilidad y limitado valor, sino en su intencion y deslealtad; porque tomó parte muy directa en una conspiracion para romper el yugo de España, que segun los rebeldes les oprimia.

Al conde de Berg sucedió el marqués de Santa Cruz, que á la sazón estaba en la guerra de Italia. En tanto, el conde de Oppenheim fué derrotado de incomprensible manera, por el principe de Orange, á vista de Maestrick.

A consecuencia de esta derrota, en la que fueron deshechos veinte mil soldados, casi todos flamencos y walones, se perdió la fuerte é importante plaza de Maestrick, que con tanta gloria habia reconquistado el inmortal Alejandro Farnesio; á tan lamentable pérdida siguieron otras, y el conde de Oppenheim regresó á Alemania. Cuando ocurrieron estos funestos sucesos, ya se hallaba en Flandes el marqués de Santa Cruz; mas nada hizo para auxiliar al general alemán.

Si para remediar el mal estado de la guerra fué el de Olivares quien buscó y escogió el remedio, puede asegurarse sin temor de padecer equivocacion, que acabó de acreditarse de imbécil y torpe. Nombráronse cuatro generales, los cuales habian de *desempeñar el mando por semanas*; de suerte que lo hecho por un general, era deshecho en la inmediata semana por el que le sucedia; y si alguno necesitaba de más de siete dias para disponer y preparar sus planes de campaña, terminaba su mando antes de que concluyese de arreglar su plan de operaciones; por manera que todo era confusion, desórden y obstáculos absolutamente invencibles. Es seguro que una determinacion más ridícula, nociva é incomprensible, no se adoptó en ninguna nacion ni en tiempo alguno.

Perdiéronse acciones en tierra; perdiéronse escuadras en el mar, y para poner más de relieve el fatal favorito su nulidad,

cuando todo eran pérdidas y oprobio, quiso añadir á este una patente muestra de poca dignidad, proponiendo tratados de paz á los holandeses, cuando acababan estos de destrozar una armada española entre Holanda y Zelanda. Pero la falta de decoro sirvió de poco, puesto que la corte se rebajó á pedir la paz al vencedor, y este la desairó no aceptando el tratado; porque estaba vivo Richelieu, y se encontraba siempre á punto cuando era necesario. Merced á las indignas intrigas del cardenal, no llegó á colmo el tratado; y mientras se perdía lastimosamente el tiempo gestionando, el príncipe de Orange se apoderaba de la plaza de Rhinberg.

En este año falleció la virtuosa y prudente hija de Felipe II, la infanta archiduquesa doña Isabel Clara Eugenia. Tomó el gobierno de aquellos países y el mando de las tropas el marqués de Aytona, y creyó adelantar mucho uniéndose á la madre de Luis XIII de Francia, María de Médicis, y al príncipe Gaston de Orleans, que se habían refugiado en los Países-Bajos para librarse de la cruel persecucion del favorito del rey Luis; porque Richelieu, con más talento, aunque malísimamente empleado, no fué sino otro conde-duque en manejar á su rey, en despotismo, y en no consentir que nadie sino él influyese en el ánimo del monarca francés.

Las prudentes y acertadas diligencias del marqués de Aytona no dieron el buen resultado que se debía esperar y que él se proponía; porque si María de Médicis procedía de muy buena fé, interesada por Luis XIII su hijo y porque desaprobaba el proceder de Richelieu, en cambio Gaston de Orleans, á quien la historia califica de pérfido sobre todos cuantos en aquel siglo lo fueron, se unió á la reina viuda de Francia y al marqués de Aytona para vender á ambos, y al mismo tiempo que se comunicaba con la corte de España, trataba tambien con Richelieu, enredando á todos sin decidirse en definitiva por nadie.

AÑO 1634.

EXTERIOR. — FLANDES.

El estado en que se hallaba la guerra de los Países-Bajos, á dos dedos de perderse para España aquellos dominios, que si á tiempo se hubiesen definitivamente perdido hubiera sido por el extremo ventajoso, puso al de Olivares en el caso de cumplir

uno de sus más fervientes deseos. Si hubiera sido hombre de mayor capacidad y más clara inteligencia, pudiérase sospechar que al decidir el estúpido desacierto de dividir semanalmente el mando de los generales en los estados de Flandes, lo hizo para que estos llegasen al punto de disolución en que á la sazón se encontraban. A ser así, hubiérase mostrado seguramente infame; porque al logro de sus deseos posponía la lealtad, la humanidad y el bien del reino, abrumado con la pérdida de tantos de sus hijos y por la escasez que tan continuadas guerras ocasionaban.

Decimos esto, porque el famoso conde-duque hizo entender á Felipe IV que el estado alarmante en que los Países-Bajos se hallaban, á punto de perderse, exigía que apartando del mando á todo general, fuese á regir las armas una persona de real sangre, que á su valor é inteligencia reuniese la autoridad de su calidad y de su elevada esfera.

Dicho esto, dicho estaba también que la única persona que llenaba todas las necesarias condiciones era el infante D. Fernando, único hermano del rey, después de la muerte del malogrado D. Carlos. De este modo el válido cumplía su ardiente deseo de apartar del lado de Felipe IV á un personaje á quien temía por su firme carácter, y porque era tan apto para los asuntos de estado, como era inepto el favorito.

Al infante D. Fernando le dieron el capelo cuando solo tenía diez años de edad, sin contar para nada con las inclinaciones y vocación que más adelante tendría. D. Fernando no la tenía para ser eclesiástico; era, por el contrario, de enérgico carácter, de gran corazón y ánimo belicoso, muy dado á los asuntos políticos y por el extremo aficionado á la milicia.

El conde-duque logró su propósito; empero fué muy á gusto del infante, puesto que desesperado con no poder sacar ningún partido del rey su hermano, y siendo muy inclinado naturalmente á los asuntos de guerra, recibió con gran placer un nombramiento que le daba mando de armas, y le evitaba el ver lo que le disgustaba y no podía remediar.

Hizo el de Olivares, seguramente, lo que no pensaba; puso en evidencia al infante D. Fernando, y sin pensarlo y sin querer le colocó en el caso de acreditar que á pesar de ser tan joven, era un gran general y un consumado político.

Fué para España una verdadera fatalidad el que los príncipes herederos de la corona fueran los menos aptos para empuñar el cetro; hablamos del siglo XVII: díganlo si no Felipe III, Felipe IV y Carlos II. Debemos exceptuar, tratando de la casa de Austria, á Felipe II; empero aun este tuvo un hermano bastardo que hubiera válido más que él colocado en el trono; Felipe IV

tuvo dos hermanos, D. Cárlos y D. Fernando, que hubieran sido dos grandes reyes, y Cárlos II tuvo un hermano bastardo, D. Juan de Austria como el de Felipe II, que hubiérale convenido á él tanto como á la nación el ser legítimo y empuñar el cetro.

Salió de Madrid el nuevo gobernador general de los Países-Bajos, y en Italia juntó un mediano ejército. Reuniendo los residuos de aquellos famosos tercios que *hacian temblar la tierra con sus mosquetes*, escogió sus caudillos subalternos, y tomó la vuelta de Flandes.

ALEMANIA.

En este año fué asesinado el valeroso y célebre Walstein, general del imperio, ballándose en Egra. Se asegura que el asesinato fué ordenado por el emperador, á consecuencia de haberse mezclado Walstein en una conspiracion que, segun su propósito, habia de darle por resultado el apoderarse del imperio, ó hacerse, por lo ménos, rey de Bohemia.

Era, sin duda alguna, el mejor general que tenia el emperador; pero él lo conocia muy bien y aspiraba á más de lo que debia. Sucedióle el rey de Hungría, hijo de Fernando II, en el mando.

El soberano húngaro, despues de castigar con la última pena á los compañeros de Walstein, sitió á Ratisbona, que se defendió bizarramente; mas se rindió el dia 26 de Julio, cuando se habian dado siete asaltos y los proyectiles casi la habian reducido á escombros.

Era el ejército sueco numeroso y valiente; el rey de Hungría tenia á sus órdenes un ejército tambien fuerte y bien organizado; pero ayudaban á Suecia los protestantes, y el monarca húngaro desconfiaba de poder obtener un triunfo decisivo con solo las fuerzas alemanas.

Afirmado en su idea por lo que daban de sí los sucesos, aunque él era entendido y bizarro, rogó al infante D. Fernando le diese auxilio; y el infante gobernador, que acababa de llegar á los Países-Bajos, que nada deseaba más que hacer alarde de sus grandes dotes militares, franqueó el paso, atravesó el Danubio y dió vista á Norlinga, á la sazón sitiada por el rey de Hungría. Este intimó la rendicion á la plaza, despues de haber abierto brecha.

Coincidió con la llegada del infante D. Fernando á las líneas de Norlinga, la de los suecos en socorro de la plaza; y á vista de

esta se dieron frente dos grandes ejércitos, y todo anunciaba la proximidad de una terrible batalla.

Dióse en efecto; duró dos días completos. Los suecos, aprovechando las sombras de la noche, atacaron á los españoles que eran los más temibles así por su valor, como por su carácter, tan diverso del de los alemanes; y los españoles derrotilaron completamente á los suecos, cuyos cadáveres obstruían por do quiera el paso.

Ocho mil perecieron; *cuatro mil* quedaron prisioneros, y dejaron en poder de los españoles *ochenta* cañones, y *trescientos* entre estandartes y banderas. Tambien el duque de Lorena, que á la sazón tuvo mando en la batalla, como general católico, derrotó al Rhingrave Othón Luis, y deshizo tan completamente su ejército, que el mismo Othon se vió en grandísimo peligro, del cual pudo librarse corriendo otro no menor, al atravesar á nado el Rhin.

Tal fué la batalla de Norlinga, cuya plaza se rindió á discrecion el día 7 de Setiembre; la batalla duró desde el amanecer del día 5 hasta el del 7. A consecuencia de tan decisivo triunfo evacuaron los suecos el ducado de Baviera, cuyo duque tambien fué uno de los generales vencedores, sin ocupar más que algunas plazas de la Franconia y la Suabia. Los protestantes se diseminaron aterrados, y los suecos apenas se atrevian á salir de los puntos en que se encerraron.

AÑO 1635.

EXTERIOR.

La terrible batalla de Norlinga, tan gloriosa para los españoles, causó tan viva impresion como pesar al cardenal Richelieu. Entonces fué cuando este intrigante ministro decidió incomodar á España en los Paisés-Bajos, y cuando se propuso impedir que se ajustase la paz entre Holanda y España.

Por medio del baron de Charnace, su emisario, formó una alianza Richelieu con los holandeses, mediante la cual se comprometió á abonarles 300,000 libras, y á sostener un cuerpo de ejército en favor de Holanda y contra España.

Regresó á Flandes el infante D. Fernando y fué recibido en Bruselas con verdadera magnificencia, como merecia un general

que tanto se había distinguido en Norlinga. Fué tanto el entusiasmo y tantas fueron las aclamaciones con que le recibieron, que su hermano Felipe IV, tan desemejante á él, hubiera tenido celos si hubiese presenciado la triunfal entrada.

Hubiera convenido, empero, su permanencia en Alemania, porque existia un verdadero demonio bajo la púrpura cardenalicia. Deshechos los suecos y aterrados los protestantes en Norlinga, hubiera quedado en paz el imperio, á consecuencia de un triunfo tan decisivo, á no haber existido el intrigante Richelieu.

No comprendemos cómo el Sumo Pontífice no puso á raya á un príncipe de la Iglesia, que tan distante estaba de parecerlo como es desemejante la luz de las sombras. Cuando el emperador se creía ya tranquilo, Richelieu mandó á los mariscales La Force y De Brezé con veinte mil franceses en socorro de los herejes. Aquellos se dirigieron por la Alsacia y atravesaron el Rhin, llegando á Heidelberg, en donde estaban sitiados los mejores restos de los derrotados suecos.

Sorprendidos los imperiales por un ejército que no pensaban llegase á aquellas líneas, tuvieron que levantar apresuradamente el sitio. En cambio los mismos imperiales sorprendieron á Philipsbourg, que estaba guarnecida por franceses, pasaron á cuchillo á una parte de la guarnicion, é hicieron á la otra prisionera.

En el mes de Febrero se firmó en Paris un tratado entre Holanda y Francia, contra España. Mazzarino, nuncio á la sazón, fué consultado por Richelieu, y de acuerdo con él se mandó á Italia un embajador extraordinario para proponer á los príncipes de aquella una alianza ofensiva y defensiva contra España y Alemania.

Ya no se contentaba el siempre intrigante ministro francés con incomodar á la casa de Austria en Alemania; queria destruir tambien á la misma casa en su rama de España, arrojando por completo de los Países-Bajos á los españoles.

Hallábase el infante D. Fernando en Bruselas disgustado con la escasez de recursos de todo género, para hacer frente á la tempestad que para estallar sobre Flandes se había formado en virtud de la liga de Paris. Sabia que Richelieu había dispuesto un ejército de ciento treinta mil infantes y veintidos mil ginetes; y aunque le subdividiese entre Alemania y Flandes, siempre habían de tocar á esta más tropas de las que tenia disponibles don Fernando.

Cuando más activamente preparaba Richelieu su maquinacion contra España, fué sorprendido con la nueva de que habían los españoles penetrado en Tréveris, de donde sacaron al elector y

le llevaron prisionero á Amberes, en cuya ciudadela le encerraron.

Furioso el cardenal, ordenó se reuniesen en Mezieres los cuerpos de ejército que mandaban el mariscal De Brezé y el de Chatillon, ejército destinado á reunirse con los holandeses. D. Fernando encargó el mando del ejército que habia de hacer frente al ya citado, á Tomás, príncipe de Saboya. Dióse entonces la batalla de Avenne, que fué ganada por los franceses.

A consecuencia de este triunfo, reunióse el príncipe de Orange á De Brezé y Chatillon: entraron franceses y holandeses en Tirlémont, y los *católicos* franceses, extranjeros, con los protestantes holandeses, que para el caso no lo eran, lo ménos que hicieron fué degollar á cuantos al paso encontraron: los mariscales *católicos*, fieles secuaces del CARDENAL, permitieron se cometiesen tantos excesos y delitos, como pudieran haber perpetrado las salvajes hordas de Atila.

Enorgullecido el cardenal-ministro publicó un manifiesto, dirigido á probar *la sobra de motivos* que tenia Luis XIII para declarar formalmente á España la guerra. Entre ellos figuraba la prision del elector de Tréveris, y la infraccion del tratado de Monzon. Esta falta de fé, cuya realidad está por probar, echaba en cara á España el intrigante ministro, *que sabia firmar armisticios y no los comunicaba á sus generales, para que continuase la guerra.*

España publicó tambien un manifiesto para desmentir al francés, rebatiendo uno por uno todos los cargos, y probando, despues de hacer al cardenal muy justas y severas inculpaciones, *que á su ambicion y sus intrigas eran debidas todas las desgracias y calamidades que á la sazón pesaban sobre Europa.* Decia el manifiesto verdad; y sin embargo, es, alabado Richelieu de eminente político. Alábesele en buen hora; empero libre Dios al mundo de que sobre él aparezcan frecuentemente semejantes célebres políticos.

Presentóse en Bruselas un heraldo, mandado por el cardenal-ministro, que en nombre del rey Luis declaró la guerra al infante D. Fernando, como representante de su hermano Felipe IV. Indignado el valeroso infante, arrojó por una ventana el escrito que puso en sus manos el heraldo, y se preparó á la guerra.

Hizo muy gloriosamente sentir todo el peso de su inteligencia, valor y enojo á franceses y holandeses; siendo tanto más loables sus esfuerzos, cuanto que tuvo que suplir la escasez de fuerzas militares, que eran infinitamente mayores las confederadas, con su talento, valor y cordura. Allí hizo ver el infante cuán eminente general era, y dió á entender lo que valia, de tal manera, que

el cardenal francés debió comprender que no era D. Fernando un Felipe IV ni un conde-duque. Pero mejor lo comprendió en el siguiente año, como muy pronto verá el lector.

En cuanto á la guerra de Alemania fué tan desfavorable á los franceses, como habia sido la de Flandes. Experimentaron algunas defecciones de sus aliados los protestantes alemanes, entre ellos la del duque de Sajonia, que era de los más poderosos, importantes é influyentes.

Llegó el caso de que los caudillos franceses encontrasen apenas medios de subsistencia para sus tropas, por lo cual tuvieron, no poco escarmentados, que regresar á su país.

Siempre intrigante é iracundo Richelieu, púsose furioso, á consecuencia del mal logro de sus proyectos, y porque la retirada á Alemania coincidió con la del mariscal de Chatillon, que tuvo tambien que desocupar á Flandes, merced á la inteligencia, valor y actividad del infante D. Fernando.

Para tranquilizarse el cardenal, propuso una nueva confederacion contra España y Alemania, sin ningun resultado; porque si bien los duques de Parma y de Saboya aceptaron la propuesta de Richelieu, en cambio todos los demás príncipes invitados se negaron á entrar en la liga, á excepcion del duque de Weymar, que se obligó á levantar doce mil infantes y seis mil ginetes. Más ó ménos resueltamente, ó con ménos ó más terminantes palabras, todos los demás desairaron al intrigante ministro. Y aun los dos italianos que se adhirieron á Richelieu, lo hicieron solamente por servir á sus miras particulares. El de Saboya entró en la confederacion por asociarse al francés para procurar sacarle la indemnizacion de gastos de guerra de la república genovesa, y ver si el ministro de Luis XIII le satisfacía la deuda relativa á la cesion de la plaza de Pignerol.

El duque de Parma se decidió por espíritu de impotente venganza contra el duque de Feria, gobernador de Milan, el cual le trataba con bastante energía. Pero cuando este prócer español vió la declaracion de guerra hecha por el de Parma, demostrando la mayor hilaridad se volvió á los que presentes estaban, diciendo con verdadero sarcasmo: *Perdidos estamos, señores; el REY de Parma ha declarado la guerra al DUQUE de España.*

La campaña se suspendía unas veces, y otras continuaba parcialmente, siendo alternativamente unos y otros vencedores y vencidos. En el mes de Noviembre el conde de Cerbellon, que mandaba los españoles, fué derrotado en Morbegno. Terminó el año haciéndose dueños los franceses de la Valtelina, y meditando Richelieu en extender sus proyectos de guerra, comprendiendo en aquellos, tan contrarios á su estado y carácter, la Ale-

mania, la Alsacia, Parma, Milan, el Franco-Condado y la Valtelina. Tampoco quedaron fuera del proyecto las islas de Lerins, de las que se habia apoderado una escuadra española.

AÑO 1636.

Continuó en este año la campaña, siendo en todas partes desfavorable á los franceses. Obtuvieron algunos triunfos parciales en Italia; pero lo mismo en la Alsacia que en Milan, en la Valtelina que en los Países-Bajos, en el Franco-Condado y en cuantas partes sostuvieron la guerra, fueron desgraciados. Fué toda la marcial gloria en aquel año del infante D. Fernando, quien auxiliado por Tomás, principe de Saboya, penetró por la Picardía, y llevando la guerra como torbellino que todo lo arrolla al mismo país del intrigante cardenal, supo poner en conmocion al reino y en alarma á Paris.

Tanto se internaron españoles é imperiales, tomando plazas y castillos, que el cardenal, creyendo que no se defendrian hasta llegar á la misma capital, mandó tomar las armas á cuantos estuviesen aptos para manejarlas, sin distincion de clases ni condiciones, desde diez y ocho á sesenta años, hasta reunir un fuertísimo ejército. Puso en contribucion á todos, sin excluir á comerciantes, artistas y menestrales, para reunir fondos con que hacer frente á los gastos de la guerra; y como se temia que los españoles atravesasen el Ojse, mandó quitar del rio todas las barcas y fortificar y guarnecer los puentes.

Quiso tambien aumentar la fuerza de ginetes; pero como no hubiese bastantes caballos para reunir el número que deseaba, hizo que se tomase un caballo de cada coche, *y convirtió en soldados á cocheros y lacayos.*

No se acercaron á Paris los españoles, y quizá no hicieron bien; que Richelieu estaba lleno de temor, y la ciudad consternada. El temor del ministro se revelaba en todas sus disposiciones, de las cuales la ménos importante no se acostumbraba tomar sino en circunstancias extremas y cuando era inminente el peligro. Lo mejor del ejército francés se hallaba fuera del reino; en Paris habia muchos hombres armados, soldados muy pocos; y los que de España habian en Francia penetrado, eran los mejores soldados de Europa. Sin embargo de esto, el consejo de generales del ejército invasor creyó prudente no atacar á Paris, asi porque ignoraban qué fuerzas militares y de qué clase defendian

la ciudad, como porque algunas de las plazas que á retaguardia tenian estaban en poder del enemigo.

Continuaron los imperiales y españoles recorriendo y talando el país, tomando fuerles y haciéndose respetar en todas partes. En tanto el cardenal hizo que se instruyesen los improvisados guerreros, y reunido un ejército de veinticinco mil hombres, le encomendó al duque de Orleans, que salió al alcance de los invasores.

Ya se habian aquellos replegado, dejando á Corbie guarnecida por unos tres mil hombres. Viéndolos aislados los franceses, sitiaron á Corbie; pero aquellos heroicos españoles dieron que hacer durante tres meses á los sitiadores, haciéndose respetar y sosteniéndose y batiéndose durante todo aquel tiempo, sin recibir socorro alguno.

Tres mil eran nada más los españoles que defendian á Corbie, y los sitiadores eran CUARENTA MIL, y Luis XIII en persona se colocó á su frente. Cuando temieron sucumbir, no á manos de los enemigos, sino al violento impulso de una mortífera peste que estaba haciendo víctimas entre sitiados y sitiadores, despues de hacer inauditos prodigios de valor, capitularon y salieron tambor batiente, banderas desplegadas, con armas y bagajes.

Admirado el monarca francés de que tan corta guarnicion se hubiese defendido tanto tiempo contra fuerzas tan superiores, y de que no se hubiesen rendido sino despues de abiertas varias brechas practicables y por efecto de la horrorosa peste, mandó que se facilitasen carros á aquellos verdaderos héroes, para que pudiesen conducir á sus enfermos. Era el día 14 de Noviembre cuando salieron de Corbie los valerosos españoles.

Mostróse adverso Marte á los franceses en todas partes, ya lo hemos dicho, durante el año 1636. Al mismo tiempo que habian sido batidos en ambas orillas del Rhin, y que la capital de Francia se habia visto consternada y creídose perdida, por la parte de España habia penetrado un ejército por las líneas de Guipúzcoa y Navarra, poniendo á Bayona en justa alarma, y simultáneamente el almirante de Castilla se internó hasta el país de Labor.

Como siempre sucede con el que pierde, que nadie le respeta y todos con él se atreven, los grisones, que estaban cansados de la tiranía de sus *amigos y auxiliares* los franceses, se les mostraron hostiles y los arrojaron de la Valtelina.

Tantos y tan repetidos contratiempos hicieron que la voz pública acusase á Richelieu, á cuyas intrigas y ambicion se culpaba de todos cuantos desastres ocurrían.

Viendo el ministro la disposicion de los ánimos contra él tan

predispuestos, quiso entrar en tratos de paz, poniendo por mediador al Sumo Pontífice. Fué elegida Colonia para celebrar las conferencias, y á Colonia se dirigieron los plenipotenciarios del infante D. Fernando, los del Pontífice y los de Austria y Francia. No se llegó, empero, á tomar acuerdo ninguno; porque España y Austria se opusieron á que tomasen parte en las conferencias los representantes de los príncipes protestantes de Alemania y los de Holanda.

Como la mala suerte de los franceses durante el año 1636 dejó gozar de algun reposo al imperio, Fernando II determinó se coronase rey de romanos Fernando Ernesto su primogénito, á la sazón rey de Hungría. Este es el mismo valeroso caudillo que tomó el mando del ejército imperial despues de muerto el bizarro conde de Tilli.

El dia 2 de Diciembre se dió á Fernando Ernesto la investidura de rey de romanos, en la Dieta de Ratisbona.

En este mismo año, D. Martin de Aragon, famoso maestre de campo que habia sido de la caballería española, y ya general, dió á los franceses la célebre batalla del Tessino. Eran los enemigos casi doble número que los españoles, y estos vencieron y causaron á aquellos una completa y espantosa derrota, á pesar de la diferencia del número, merced al heroico valor de los nuestros y á la bizarría, prudencia y talento del citado famoso general.

España en tanto arrastraba una dolorosa existencia, destruido su comercio y casi aniquilada á fuerza de impuestos su agricultura. Toda la atencion del llamado gobierno estaba perennemente fija en las guerras exteriores.

Ocurrió sin embargo en este año (1636) una novedad digna de referirse, hija de la penuria del tesoro y del dinero que devoraban las inútiles y poco gloriosas guerras. Concedióse al rey, por las mismas Córtes reunidas en 1632, el impuesto del *papel sellado*, con aplicacion al servicio de millones. Comenzó á regir dicha contribucion, hoy tan fuertísima, en dicho año 1636, en virtud de una pragmática por la cual se mandaba escribir en dicho papel todos los títulos, patentes, reales despachos, escrituras públicas, actuaciones judiciales, memoriales é instancias, etc. En aquel tiempo solo se establecieron cuatro clases de papel sellado.

AÑO 1637.

Grande enojo recibió Richelieu al ver disueltas las conferencias sin haber, puede decirse, comenzado. Como habia sido su

ejército tan desgraciado en el año anterior, necesitaba el establecimiento de la paz, no para observarla mucho tiempo, sino para reorganizar las tropas, allegar recursos y reponer las pérdidas.

A pesar de que la pacífica cuestion quedó sin resolver, desistió Richelieu de conquistar el Milanesado, y *no se opuso* á que el duque de Parma firmase con España un tratado de paz. No conociendo el carácter del cardenal, pudiérase haber creído que la paz era su pensamiento dominante; pero fingia un deseo que en realidad no abrigaba, y queria no hostilizar á fin de que no le hostilizasen, y le diesen el tiempo que le era necesario para reconquistar las islas de Santa Margarita y de San Honorato, sin dejar por esto de hacer una invasion en los Países-Bajos.

Despues de haber reunido todos los elementos necesarios, juntó un grande ejército que subdividió en cuatro cuerpos. Dió el mando de uno al duque de Weimar, que destinó á la Alsacia; el segundo le puso á las órdenes del duque de Longueville, para que se dirigiese al Franco-Condado; el tercero le encomendó al mariscal de Chatillon, con orden de penetrar por la Champagne; y al último, que habia de dirigirse á la Picardía, le dió por caudillo al cardenal de la Valette. Al mismo tiempo preparó una armada de cuarenta buques y veinte galeras, que á las órdenes del conde D'Harcourt tomó rumbo á las islas de Lerins.

Las armas francesas fueron tan afortunadas en este año como desgraciadas en el anterior. Comenzó á mostrárseles risueña la fortuna en las islas de Lerins; la ciudad de Oristan fué completamente destruída, despues de lo cual, y á pesar de una defensa heroica, se apoderaron de Santa Margarita primero, y despues de San Honorato.

El día 23 de Julio se entregó á La Valette por capitulacion la plaza de Landrecy, despues de una esforzada defensa. No sucedió lo mismo en La Chapelle, á la que puso sitio el mismo general, y se le entregó casi sin resistencia. El infante D. Fernando mandó cortar la cabeza al gobernador D. Marcos de Lima y Navia, por haberse mostrado ó cobarde ó desleal.

Era grande la desesperacion del infante gobernador al verse sin recursos, sin tropas y reducido á ser simple espectador de la guerra. Como era tan valeroso y enérgico, dolíale en el alma ver los agenos triunfos, sobrándole ánimo y corazon para enfrenar la osadía de los enemigos. Despues de haber tomado La Valette á La Chapelle, se le entregaron Iboir y la ciudadela de Steray.

Gozoso Richelieu de haber podido reunir cuanto le era necesario, mientras arteramente se mostraba pacífico, determinó auxiliar al principe de Orange, para hacer más y más crítica la

posicion de los españoles. Animado el citado príncipe sitió á Breda; pero esta resistia con verdadero heroismo.

No estaban en tanto ociosos los demás generales: todos cumplian á gusto del cardenal ministro; y mientras el duque de Weimar derrotaba á Cárlos de Lorena en la Alsacia, el mariscal de Chatillon hacia rápidas conquistas en el Luxemburgo, lo mismo que el duque de Longueville en el Franco-Condado; el duque de Halluin derrotaba al duque de Carmona y al conde de Cerbellon en el Languedoc, y por último, los españoles que guarnecian algunas plazas de la Guiena, las abandonaron sin que los enemigos se acercasen, porque estaban espirando sus víveres, no tenian esperanza de socorro, y comenzaban á desarrollarse las enfermedades á favor del cambio de estacion; porque empezaba á anunciarse el invierno en extremo rigoroso.

Así como en el año anterior las armas francesas solo en Italia fueron algo afortunadas, en el 1637 en Italia solamente los españoles, mandados por el bizarro marqués de Leganés, sucesor del duque de Feria en el gobierno de Milan, fueron vencedores de los franceses en el Montferrato.

AÑO 1638.

ESPAÑA.

Las continuas alternativas de las guerras extranjeras; los incesantes gastos á que era preciso hacer frente, y las exacciones que cada dia y bajo diversos pretextos se hacian, tenian al gobierno casi olvidado de los asuntos de la península, y á los pueblos preocupados con sus apremiantes y crecientes necesidades, descuidadas todas por efecto de los subsidios que era preciso desembolsar, ó de no seguian la conminacion y el embargo.

En algunos puntos de España se disimulaba ménos el enojo, especialmente en Cataluña; Castilla gemia en la miseria, sufría y pagaba. Si alguna cosa se hacia estaba reducida á perseguir á los que podian hacer sombra al conde-duque, quien siempre estaba alerta para que no le suplantasen en el favor del soberano. Habia reducido al rey á tan estrecho círculo, que solo veia á muy contadas personas; y estas le hablaban precisamente delante del favorito.

En la incesante persecucion que los enemigos de aquel venian sufriendo, hasta reducirlos á la impotencia y á la nulidad, cuando no bastaba las diligencias particulares y oficiosas, se apelaba

á las judiciales; y si el poder de estas era insuficiente, se buscaba la manera de que la inquisicion tomase cartas en el asunto.

Habíase por completo barrenado dicha institucion, fundada en unos tiempos y bajo una forma oportuna para las necesidades de una época en que los judíos y los moros pululaban por España más aún que los españoles.

Sin embargo, algunas veces caia en desuso; y del mismo modo que en los reinados anteriores habíanse celebrado algunos autos de fé por causas puramente religiosas, en el de Felipe IV la inquisicion se habia convertido casi en un tribunal político; porque causas de religion podian ocurrir pocas, mediante que apenas residian judíos en España, y habian sido expulsados los moriscos en el reinado anterior. Sin embargo, aunque de hecho no era ya la inquisicion sino un tribunal político, siempre á las causas que á él se sometian se les daba algun colorido religioso. Ocurria alguna que otra relativa á proposiciones heréticas, blasfemias, magia, hechicería, cierta ó supuesta, y otros delitos análogos en cuyo castigo entendia la inquisicion, siendo así que en los tiempos primitivos no podia entender sino en delitos de herética pravedad.

En el reinado de Felipe IV, por lo ya expuesto, no eran frecuentes los autos de fé, ni lo fueron nunca tanto como algunos han creido. Formóse causa, empero, por el tribunal del santo oficio al P. Fr. Luis de Aliaga, confesor que habia sido de Felipe III y enemigo del conde-duque é inquisidor general, depuesto de este cargo en 1621. Sucedióle en aquel D. Andrés de Pacheco, y desde entonces, en los primeros treinta años del siglo, se verificó un auto de fé en Madrid, en el año 1626; otro en Córdoba en 1627, y dos en Sevilla. Posteriormente se celebró uno en Madrid, á 2 de Julio de 1632, con asistencia de la real familia, y otro en Valladolid, general como el anterior, y verificado en 1636.

En cuanto á causas particulares, ocurrieron algunas, entre ellas la de Fr. Luis de Aliaga, cuya persecucion fué probablemente debida á la ojeriza del de Olivares, quien tampoco se vió libre de causa sometida al santo oficio, por suponerle crédulo en materias de astrologia judiciaria. Por manera que, ya lo hemos dicho, el santo tribunal fué convertido en tribunal ordinario, y si se daba algun colorido religioso á las causas que á su jurisdiccion se sometian, era por hacer ménos violento é injusto el procedimiento; mas el objeto era perseguir á los que, despues de haber figurado mucho, habian descendido de la elevada esfera y podian hacer sombra á sus sucesores.

La causa más notable de cuantas fueron sometidas al tribunal del santo oficio, fué la formada á las religiosas de San Plácido de

Madrid. Diremos alguna cosa acerca de este ruidoso y largo proceso, por satisfacer la justa curiosidad del lector.

El primer actor en tan escandaloso asunto, porque dió, en efecto, un verdadero escándalo, fué Fr. Francisco García de Calderon, director espiritual de doña Teresa de Silva, primera priora del expresado monasterio.

Comenzó de pronto á susurrarse por la córte que en el convento habia una monja poseida de los espíritus infernales; y por sus acciones y palabras, el mismo P. García la declaró energúmena (1628). Otra, dió poco despues iguales muestras; á esta siguió la misma priora, y en una palabra, en pocos meses fueron declaradas energúmenas veinticinco monjas, de treinta que componian la comunidad. Juzgue el lector hasta dónde llegarían el terror y el asombro de los habitantes de Madrid, al saber que de treinta religiosas, todas consideradas como buenas y virtuosas, veinticinco estaban, como vulgarmente se dice, endemoniadas.

El P. Fr. Francisco referia las palabras pronunciadas por las *endemoniadas* monjas, presentándolas como infalibles pronósticos de lo que más adelante habia de suceder. Si no hay exageracion en lo que acerca de aquel notable suceso se refiere, el P. García anunció «que desterraria Dios del mundo al demonio, »cuando se reformase el convento de San Plácido; que algunas »monjas del mismo recibirían el don de lenguas y el verdadero »espíritu de Jesucristo y de sus apóstoles.»

Entre otros pronósticos, cuya relacion seria tan prolija como enojosa, no se olvidó Fr. Francisco de asegurar que despues de fallecer el Pontífice que á la sazón reinaba, le *sucederia cierto cardenal*; hasta aquí el demonio inspirador no podia equivocarse, puesto que no decia cuál de los cardenales seria el sucesor; pero añadia despues, «que al citado cardenal sucederia el »mismo Fr. Francisco en el pontificado, y congregando un concilio, *se interpretaria en él y aclararia lo oscuro de la Apocalipsis.*»

No fué esto lo peor del caso, sino que abusando de la inocente credulidad de aquellas religiosas, las supo persuadir de que la más energúmena de todas seria la más distinguida y amada de Dios: con esto se disputaban la preferencia, haciendo gala cada una de ser más endemoniada que ninguna de sus compañeras.

El P. Fr. Francisco exorcizaba, conjuraba y echaba mano de todos los medios y remedios de la Iglesia, sin que el grave mal se mitigase; y despues de tres años, el santo oficio (en 1631) comenzó un proceso, trasladando á las cárceles de la inquisición



á Fr. Francisco, á doña Teresa de Silva y á varias monjas de las que más energúmenas parecían.

Dos años duró el célebre proceso, en el cual figuraron delaciones y declaraciones de tal naturaleza, que obligaron á los jueces á disponer el tormento, que sufrió Fr. Francisco por tres veces, el cual abjuró *de vehementi*.

Por fin, en 1633 recayó sentencia, que pronunció el inquisidor D. Diego Serrano de Silva: por ella fué Fr. Francisco condenado á reclusion perpétua, á privacion de ejercer ningun cargo, á privacion de celebrar, á ayunar forzosamente á pan y agua tres dias de cada semana, y á recibir dos disciplinas circulares, una de ellas en el convento que para estar recluso se le designaría.

En cuanto á las monjas, algunas fueron sentenciadas, especialmente la priora, á reclusion y otros castigos análogos: la parte rigorosa de la sentencia recayó sobre el P. Garcia, quien, segun aparece de los documentos que sirven de guia para tratar de este ruidoso asunto, abusó de su carácter, de su posicion y de la credulidad de unas señoras que, encerradas en el claustro desde sus primeros años, desconocian los ardidés de que se sirven los que el mundo conocen.

Regresó á su convento la priora despues de haber cumplido la pena que por la sentencia le fué impuesta; y como se la tenia por señora de virtud muy notoria, y como desde que volvió al convento vivía de una manera muy ejemplar, no faltó quien la aconsejase que entablado un recurso dirigido al Consejo de la Suprema, procurase vindicar su honor y el de todas las religiosas, manchados por efecto de la sentencia.

Difícil parecia que el tribunal se desdijese; empero entre los que abogaron en pro de las religiosas figuró el mismo conde-duque, y la apelacion fué admitida. En ella manifestó la prelada de San Plácido las intrigas y falsas delaciones y declaraciones que habian mediado en la causa, y aun procuró probar que algun enemigo de Fr. Francisco quiso vengarse de este, y para lograrlo pudo y supo ganar á uno de los consejeros, Serrano, el cual habia hecho escribir cosas que no existian en las verdaderas declaraciones de las monjas y que no habian sucedido; mas, segun la priora, las religiosas firmaron, intimidadas como estaban por efecto de la misteriosa severidad de los procedimientos de tan temible tribunal.

Que las monjas al verse entre jueces, curiales y corchetes, estuviesen intimidadas y firmasen sin saber lo que firmaban, es sumamente posible. De un modo ó de otro, debió verse la causa de muy diversa manera, cuando abierto el juicio de nuevo, y despues de proceder en todas las actuaciones con la más rigoro-

sa escrupulosidad, resultó plenamente probado que las religiosas no habian estado ni se habian fingido endemoniadas, ni aun alumbadas, ni Fr. Francisco habia estado á solas con ninguna de las monjas.

El dia 2 de Octubre se reunió el tribunal, ó Consejo de la Suprema, para fallar la causa instruida por diez calificadores; y el Consejo, presidido por el inquisidor general, pronunció sentencia absolutoria.

Como fué tan ruidoso este proceso, y tan referido y comentado ha sido desde entonces, creemos conveniente insertar la sentencia pronunciada por el Consejo de la Suprema:

«Yo D. Pascual Sanchez García, secretario del Consejo de S. M. de la santa general inquisicion de la corona de Castilla y Leon, doy fé y verdadero testimonio como en cinco dias del mes de Febrero de este presente año el P. Fr. Gabriel de Bustamante, procurador general de la orden de San Benito, en nombre de su religion, pareció en el dicho Consejo y presentó una peticion en que mostrándose parte en las causas de las religiosas de San Benito del monasterio de San Plácido de esta córte, como hijas suyas, por el interés de su crédito y opinion, propuso los ser-vicios de dicha religion hechos á la santa Iglesia católica romana y á nuestra santa fé. pe-día y suplicaba al Consejo que haciendo justicia reviese y reco-nociese dichas causas, y constando de ellas la inocencia de di-chas religiosas las diese por libres de culpa y restituyese á su honor y decoro antiguo, y con el celo del crédito de la virtud reparase en todo la opinion de la religion y de las susodichas. La cual siguiendo el estilo y costumbre que el Santo Oficio tie-ne en semejantes casos, mandaron reveer y reconocer dichos procesos y causas y sus méritos, y habiendo constado de los autos que para la última censura y calificacion de los dichos y hechos de las reas no vieron los teólogos calificadores entera-mente sus confesiones, defensas y descargos, para declarar si con ellos satisfacian á los cargos que las habian hecho, y que conforme al órden judicial del Santo Oficio era este defecto grave y se debia suplir y aumentar en justicia, por consistir en ello su defensa. Los señores del dicho Consejo proveyendo justicia mandaron que dichas causas se volvieran á calificar de nuevo con vistas de todos los autos, nombrando para este efecto calificadores de los más doctos y graves que se hallaron en esta córte. los cuales habiendo visto dichos procesos y causas. pro-veyeron un auto del tenor siguiente: Auto.—En la villa de Ma-drid á 2 de Octubre de 1638 el Ilmo. señor arzobispo inquisidor

» general y señores del Consejo de S. M. de la santa general in-
 » quisicion D. Pedro Pacheco, Salazar, Zapata, Silva, Zárate,
 » Gonzalez Rueda, Rico: Habiendo visto y reconocido los proce-
 » sos y causas que pasaron en el Santo Oficio de la inquisicion
 » de la ciudad de Toledo entre el promotor fiscal del tribunal y
 » doña Benedita Teresa Valle de la Cerda, religiosa del convento
 » de la Encarnacion, que comunmente llaman de San Plácido, y
 » otras religiosas del dicho convento de esta córte, de la órden
 » de San Benito, y todo lo de nuevo actuado en el Consejo con su
 » fiscal á instancia de dicha religion, que por medio de su procu-
 » rador general se mostró parte ó interesada en el buen nombre
 » y opinion de dichas religiosas, proveyendo justicia dijeron: que
 » las prisiones ejecutadas en dicha doña Benedita y demás reli-
 » giosas, y los procesos fulminados y sentencias promulgadas
 » contra ellas y demás penitencias que se les impusieron, no las
 » obstan ni pueden obstar para ningun efecto en juicio, ni fuera
 » de él, ni ofenden ni pueden ofender al buen nombre, crédito y
 » opinion de las susodichas y de su monasterio, religion y lina-
 » jes: Y para que de ello conste se les dé á dichas religion, mo-
 » nasterio y religiosas particulares é interesadas; los testimonios
 » que pidiesen, con insercion de este auto y relacion de los que
 » pareciesen más sustanciales de la causa, y respecto de su gra-
 » vedad y para su mayor crédito se dé cuenta á Su Santidad y
 » á S. M. de lo proveido, y así lo proveyeron, mandaron y señala-
 » ron. El cual dicho auto está rubricado de las rúbricas ordinarias
 » del Ilmo. señor inquisidor general y señores del dicho Consejo y
 » refrendado de mi el presente secretario, etc. En Madrid á 5
 » dias del mes de Octubre de 1638.—D. Cristóbal Sanchez Gar-
 » cía, secretario del Consejo.»

» En la seccion de MM. SS. de la Biblioteca Nacional hay un
 » volúmen señalado con D. 150, en el cual se hallan varios y
 » muy notables documentos relativos al suceso de las monjas de
 » San Plácido, y á los procesos que sobre él se formaron. Entre
 » ellos son los más importantes; una relacion de todo lo que
 » aconteció en el convento desde su fundacion hasta la termina-
 » cion de estos ruidosos expedientes: está escrita en sentido favo-
 » rable á la inocencia de las monjas:—la exposicion de la priora
 » al Consejo de la Suprema, suplicando se volviera á ver el pro-
 » ceso fallado por el tribunal:—los trece capitulos que se propuso
 » examinar la nueva junta, que se nombró de diez calificadores,
 » á saber: Fr. Pedro de Urbina, franciscano; Fr. Marcos Salme-
 » ron, provincial de la Merced; Fr. Gabriel Gonzalez, prior de
 » Atocha; Fr. Luis de Cabrera, agustino; el P. Juan de Montal-
 » vo, rector del colegio imperial de la compañía de Jesus; el doc-

» tor D. Antonio Calderon, magistral de Salamanca; el doctor
 » D. José de Hargoiz, cura de San Ginés; Fr. Juan García, lec-
 » tor de teología de Alocha; Fr. Juan Martínez de Ripalda, lector
 » de teología en el colegio imperial de la compañía; presidente
 » de la Junta el Ilmo. Sr. D. Fr. Hernando de Salazar, arzobis-
 » po electo de las Charcas:—las calificaciones que de los capítu-
 » los hizo esta junta:—una larga exposicion del P. Fr. Francisco
 » de la Vega, abad de San Martin, en defensa de las monjas y de
 » su religion de San Benito, en la cual se responde á cada uno
 » de los cargos que se hicieron á las religiosas.»—
 (Laf., T. XVI, p. 128.)

Débase advertir que, segun el proceso, se acusó á Fr. Fran-
 cisco García Calderon de pertenecer á la secta de los alumbrados,
 y se le hicieron otros cargos relativos á proposiciones heréticas,
 acusándole asimismo de algunos crímenes de repugnante
 inmoralidad.

Despues de haber fallado el Consejo de la Suprema absolvien-
 do completamente á la priora y religiosas del convento de San
 Plácido, declarando que la causa y prision sufridas no debian
 perjudicar al buen nombre y fama de las procesadas, de su con-
 vento ni de su orden de San Benito, dispuso el Consejo se diese
 cuenta al rey y al Sumo Pontífice.

EXTERIOR.

Si en el año 1637 fueron afortunadas las armas francesas, en
 el 1638, lo mismo que en el 1636, fueron desgraciadas. Enorgu-
 llecido el mariscal de Chatillon con los hechos de armas del año
 anterior, abrió con grande ánimo la campaña en los Países-
 Bajos.

Apoderóse de algunas plazas poco importantes, despues de lo
 cual, llegada y aun avanzada la primavera, sitió á Saint-Omer,
 en donde fueron deshechos y pasados á cuchillo dos regimientos
 franceses, por el príncipe Tomás de Saboya, general del infan-
 te D. Fernando.

La noticia puso de tétrico humor al de Richelieu, y le llenó de
 indignacion é ira: mandó á Chatillon no levantar el sitio, antes
 bien sostenerle y estrecharle á toda costa; añadiendo que si pa-
 ra asegurar el buen resultado era conveniente que el mismo
 Luis XIII pasase á las líneas del sitio, lo verificaria S. M. sin
 demora. Chatillon, picado en su amor propio y poseído de su na-

tural orgullo, contestó que no era necesario, y que estaba muy seguro de sobrar su presencia y direccion para rendir á Saint-Omer. El mariscal francés padeció en verdad un grave error.

Casi á vista de la sitiada plaza hubo muy fuertes encuentros y recias acciones, en que hicieron milagros por parte de Francia los mariscales de Chatillon y de la Force, y por la de España Tomás de Saboya y el conde de Piccolimini (ó Piccolomini). A pesar de esto, no pudo Chatillon cumplir la palabra que habia empeñado con Richelieu, ni el rey francés creyó prudente pasar á las líneas del sitio. Usando de prudencia, y á pesar de haber mandado expresamente á Chatillon lo que el lector ya sabe, lo pensó mejor, y dióle órden para que levantase el sitio.

Humillado el orgulloso cardenal se dirigió al lado de Luis XIII á la Picardía, y puso sitio á Hesdin, para procurar lavar la afrenta recibida en Saint-Omer. Ante los muros de Hesdin se reunieron con el rey y el cardenal, Chatillon y La Force; mas tuvieron que abandonar tambien aquella empresa, á consecuencia de haber sabido que el valeroso infante D. Fernando habia derrotado al príncipe de Orange. Entonces, por conquistar *alguna cosa*, se dirigieron á Chatelet, que estaba defendida por *seiscientos* hombres solamente; y contra ellos fueron el rey, el ministro y dos mariscales de Francia, con un buen ejército.

Naturalmente habian de tomar á Chatelet tantas fuerzas morales y materiales; pero lo que deshonra al rey, al ministro y á los mariscales es la cobarde venganza que tomaron de aquel puñado de héroes, por los vergonzosos sucesos de Saint-Omer y Hesdin. Tomada Chatelet, *fueron degollados los seiscientos hombres que la guarnecian*. ¡Qué baldon para el rey, para el ministro y para los mariscales!!

En tanto el antiguo y bizarro vencedor de Breda, el marqués de Leganés decimos, sostenia dignamente la campaña en Italia, y hacia recordar los brillantes tiempos del inolvidable Pescara y del inmortal Spinola.

Desgraciados tambien en aquella península los franceses, sufrieron una terrible pérdida. El mariscal de Crequi pereció de un tiro de cañon hallándose en Brema, plaza á la sazón estrechamente sitiada por el marqués de Leganés. En poder de este insigne general cayeron Brema y Vecelli, á pesar de haber llegado el cardenal de la Valette, mandado *ad hoc* por Richelieu, para impedir la realizacion de aquella terrible pérdida. Poco despues tomó el mando de las armas el general D. Francisco de Mello, en reemplazo del marqués de Leganés, que adoleció de pronto de una grave enfermedad.

La historia de la guerra de los treinta años, desde la batalla de Brema hasta la batalla de Chatelet, es una de las más interesantes y curiosas de la historia de Francia.

ESPAÑA.

Cuanto más adversa se mostraba á las armas francesas la fortuna, más se enojaba el cardenal de Richelieu, y más planes de venganza concertaba. No es posible hallar en la historia de España, ni se registrará quizás en la general de Europa, una tenacidad mayor que la del cardenal-ministro; ni una saña más injustificada é insana.

Viendo con dolor é ira el mal éxito de la campaña en los Países-Bajos y en Italia, determinó traer á España la guerra. Diráse que esto fué en justo desquite de lo que años antes habia ejecutado en el territorio francés el infante D. Fernando; pero este procedió realmente por via de represalia, y en justa venganza de la inmotivada guerra que Richelieu suscitaba á España y á la casa de Austria en cuantas partes podia.

Dispuestos tres cuerpos de ejército, que tenian por general en jefe al príncipe de Condé, dos de aquellos se reunieron en San Juan de Pie-de-Puerto, y el tercero pasó á Bayona. Juntos despues los tres cuerpos en uno, se trasladaron á San Juan de Luz; y aunque el gobierno de España, puesto en expectativa, habia preparado fuerzas militares, habialas situado por las fronteras de Navarra.

Condé atravesó el Vidasoa y penetró en Irun, no pudiendo contener á los tres ejércitos una columna española de solo dos mil hombres, que era toda la fuerza situada para defender el paso del rio.

No pareciendo á Francia suficientes los elementos reunidos, reforzó á Condé el mariscal de la Force, y ya, creyéndose invencibles los franceses, pusieron sitio á Fuenterrabia, dándola un fuertísimo ataque por tierra y agua (Julio).

Continuó el sitio sin que los enemigos adelantasen cosa; porque nada faltaba á los sitiados, puesto que los españoles arriesgando la vida pasaban en barcas desde San Sebastian, y les llevaban con abundancia las municiones de boca y de guerra.

Estos socorros duraron hasta el dia 2 de Agosto, en que el arzobispo de Burdeos, convertido en general, se presentó con una escuadra á impedir la llegada de aquellos.

Veinte dias despues (el 22 de Agosto), ocurrió un fuerte choque en la rada de Guetaria, entre una armada española y la del almirante-arzobispo. Perdióse la nuestra con tripulacion y tropa; mas como al español nada le irrita más que la sangre derramada, ni hay cosa que más despierte y aliente su perseverancia

que la adversidad, el golpe recibido dió mayor ánimo y más vigor á los que guarnecian la sitiada plaza, prontos á morir todos antes que rendirse uno solo.

Supo el príncipe de Condé que estaba reuniendo un ejército el almirante de Castilla, para ir á romper las líneas francesas. Temió, porque debía conocer bien á los españoles; y no queriendo dar tiempo para llegar al almirante, mandó apresurar los trabajos de los minadores.

Avanzó el marqués de Gerbrés á situarse fuera de tiro de cañón, ó sea debajo de los fuegos de la plaza; mas al replegarse rechazado, fué herido en la cabeza y retirado del campo. No tuvo mejor fortuna el duque de la Valette, al avanzar animado á consecuencia de una impracticable brecha abierta en la muralla; también fué rechazado, lo mismo que Gerbrés, dejando el campo sembrado de muertos y de heridos.

Desesperado Condé, manda al arzobispo de Burdeos dar el asalto. Obedece el prelado-general, jactándose de que iba á penetrar en la plaza; empero salieron á recibirle los leones de Castilla y le envolvieron y rechazaron, llevando la batalla á las mismas líneas francesas. Al mismo tiempo que esto sucedia, el bizarro marqués de Mortara se dirigia con un cuerpo de españoles á una línea flanqueada por dos reductos, formada en el cuartel de Guadalupe y defendida por el mismo mariscal de la Force. Mortara penetró en el campamento, degollando á cuantos á su paso se oponian.

Generalizada la batalla, el sitio fué levantado por el esfuerzo de las armas españolas, y la mayor parte de los enemigos se refugiaron en Bayona corriendo desalentadamente, y hasta Bayona los persiguieron los nuestros: pisaron los vencidos el suelo francés, *creyendo siempre sentir en las espaldas*, segun la feliz expresion de un moderno autor, *las puntas de las espadas españolas*.

En cuanto al príncipe de Condé, estuvo á pique de perecer, por entrar lleno de confusion y aturdimiento en el agua, hasta que pudo ganar un bote; y respecto del arzobispo-guerrero, convencido de que le estaba mucho más á cuento el cumplir su mision y cuidar de su diócesi, corrió con verdadera precipitacion á refugiarse en su armada.

Irritado Richelieu del resultado de su descabellada intentona, desahogó su ira en el duque de la Vallette, que fué acusado y entregado á los jueces. Fué Bellièvre el presidente del consejo, y asistió á este personalmente Luis XIII. Parece que el digno presidente dirigió al rey de Francia con grande energía las siguientes palabras:

«¿Podrá V. M. soportar la vista de un gentil-hombre en el
»banquillo, que no ha de salir de su presencia sino para morir
»en un cadalso? Esto es incompatible con la magestad real. El
»príncipe debe llevar consigo las gracias por todas partes; todos
»los que ante él parecen, deben retirarse contentos y gozosos.»

A lo que Luis XIII respondió con ceñudo semblante: «Los que
»dicen que yo no puedo dar los jueces que me parezca á los
»súbditos que me han ofendido, son ignorantes, indignos de po-
»seer sus cargos.»

Al leer estas palabras, puede muy bien decirse: á tal ministro tal rey. Afortunadamente para el encausado, las cosas anduvieron de tal suerte que pudo salvarse apelando á la fuga: por lo demás, el consejo sentenció á muerte al duque de La Valette, y el rey no desaprobó la sentencia, á pesar de los muchos méritos que aquel tenía.

Tal fué el resultado del *famoso* sitio de Fuenterrabía y de la *invasion* de Richelieu, tan deshonrosa para él como para su rey y su nacion. Que las lecciones de la experiencia y la fria, inalterable é infalible lógica de los hechos de nada sirvan á los hombres vulgares, lo comprendemos perfectamente; empero que sean de todo punto inútiles para los hombres de Estado que de políticos blasonan y por tales son tenidos, en verdad, no lo comprendemos. Desde los remotos tiempos de Carlo-Magno hasta los modernos de Napoleon I, han sido iguales en resultados las injustificadas invasiones; y aunque el infructuoso asalto y el inútil sitio de Fuenterrabía tuvieron lugar en el siglo XVII, recorriendo las páginas históricas, pudo muy bien el decantado Richelieu comprender por lo antes sucedido lo que despues sucederia: el que dude de lo que somos, permanezca quieto en su casa, y déjenos tranquilos en la nuestra.

El de Richelieu perdió mucho prestigio á consecuencia de la vergonzosa derrota de Fuenterrabía, y Paris se mostró tan consternada como regocijada Madrid.

AÑO 1639.

EXTERIOR.

El cardenal de Richelieu, poseido de la monomanía de hacer la guerra, no desistió á pesar de los golpes recibidos y del descrédito que de aquellos le habia resultado. Decidido á mantenerse

firme en su empeño, formó otros tres ejércitos, que confió al general Meylleraie, al mariscal de Chatillon y al marqués de Feuquières. El primero fué destinado al Artois, y el tercero al Luxemburgo: el segundo no tuvo destino fijo por el pronto.

Fuera de dichos tres ejércitos dió el cardenal orden al duque de Weymar para seguir haciendo la guerra en Alemania, y al cardenal de la Valette para que hiciese lo mismo en Italia. El arzobispo de Burdeos, olvidado sin duda de la precipitacion con que tuvo que huir de Fuenterrabía, se encargó de la armada del Océano, y el conde D'Harcourt de la del Mediterráneo, así como el marqués De Brezè tomó el mando de las galeras. Todo esto no era bastante aparato de guerra; era forzoso extenderla más, y el príncipe de Condé recibió orden de invadir el Rosellon.

Afortunadamente habia recobrado su salud, en verdad no poco importante, el marqués de Leganés; y España, que vió en Francia tanto aparato guerrero reunido, mandó al valeroso príncipe de Saboya incorporarse con el marqués de Leganés en Italia, y pasar á Flandes al conde Piccolimini, á las órdenes del bizarro hermano de Felipe IV, el infante D. Fernando.

Comenzada la campaña, se dirigió Feuquières al Luxemburgo y sitió á Thionville; pero cayó sobre el francés el general Piccolimini, quien batió á aquel, destruyó su caballería, rompió en mil piezas la infantería, le cogió la artillería, bagajes, y despues de todo, hizo prisionero al mismo marqués de Feuquières. Y ni aun así escarmentaba el cardenal ministro.

Al mismo tiempo el general Maylleraie tenia sitiada á Hesdin, de cuya plaza se habian retirado un año antes humillados Luis XIII en persona, y Richelieu y los mariscales de Chatillon y de La Force. La plaza era respetable y muy fortificada y municionada; pero Piccolimini, despues de haber derrotado completamente al ejército de Feuquieres, vuela á Hesdin, en cuyas cercanías se hallaba D. Fernando. No llegaron, empero, á tiempo para evitar que el gobernador militar de Hesdin pidiese capitulacion. Obtúvola honrosa en 30 de Junio; pero á pesar de esto, D. Fernando mandó prender al dicho gobernador, conde de Harnapes, para sujetarle á un consejo de guerra.

Para auxiliar á los franceses, diseminó sus fuerzas el artero príncipe de Orange, y obligó al infante D. Fernando á que para perseguirle, diseminase tambien las suyas. A consecuencia de esto pudieron los franceses tomar alguna plaza del Artois. Esto y una victoria que obtuvo el marqués de Feuquières, ya rescatado, contra el marqués de Fuentes, que mandaba una columna de dos mil soldados, fué lo que sucedió á los franceses de más favorable, por aquella parte.

Tres meses despues (Agosto) tomó Chatillon á Iboir, hallándose allí Luis XIII, que tambien estuvo en Hesdin, y dispuso que fuesen arrasadas sus murallas; pero si estos triunfos, ninguno de decisiva importancia, calmaron la ira y mitigaron el disgusto de Luis XIII y de su ministro, fueron muy compensados con el pesar que recibieron al saber la muerte del duque de Weimar, su infatigable caudillo en las guerras de Alemania. Estaba Weimar más que nunca animado y decidido á proseguir su destructora empresa; empero terminó su carrera y su vida, en el momento en que se hallaba dirigiendo la maniobra de echar un puente sobre el Rhin.

En Italia triunfaban de muy gloriosa manera las armas españolas. El valeroso y entendido marqués de Leganés, que fué sin duda alguna uno de los mejores generales del siglo XVII, bizarramente secundado por el príncipe Tomás de Saboya, vencia á toda hora, haciendo respetar en todas partes al venerando pendon de Castilla.

El de Leganés y el saboyano operaban unas veces separados, uno en el Montferrato y otro en el Piamonte, y á tiempos unian los respectivos ejércitos, si así convenia á la ejecucion de los planes de campaña.

En muy poco tiempo se apoderaron de Ancio (ó Anzio), Chivas, Quiérs, Verna, Ivrea, Asti, Saluzzo, Crescentino y otras varias plazas. Pensaban tambien en tomar á Turin; mas ganóles por la mano el cardenal La Valette, sin embargo de lo cual, el príncipe de Saboya se alojó en los arrabales de dicha capital.

Regia el gobierno de Saboya una hermana de Luis XIII de Francia, viuda del último duque, Victor Amadeo, que habia fallecido en Octubre de 1638. El bizarro príncipe Tomás y el cardenal de Saboya eran hermanos del difunto Victor Amadeo; pero como la duquesa viuda era hermana del monarca francés, el intrigante Richelieu puso en juego todos sus recursos para que fuese nombrada tutora de sus hijos y gobernadora del ducado, separando completamente del gobierno al príncipe Tomás y al cardenal de Saboya, enemigos de Francia. Hé aquí explicada la decision de estos contra la patria de Richelieu, y la íntima alianza de la duquesa regente con el rey su hermano.

Gobernaba las armas en el Piamonte el conde D'Harcourt, bizarro y entendido general francés; mas á pesar de todo, el cardenal de Saboya unió sus fuerzas marítimas á la escuadra de España y se acercó á Niza. D'Harcourt acudió con presteza, sin embargo de lo cual, unido el pueblo á la guarnicion, todos en Niza se pronunciaron contra la duquesa y franquearon la entrada al cardenal de Saboya. Poco despues era tambien dueño de la ciu-

dadela de Villafranca. Cundió rapidamente la sublevacion por toda la Saboya; y para no sucumbir, tuvo necesidad la duquesa gobernadora de allanarse á cumplir todas las exigencias de Richelieu.

Dejando al cardenal el cuidado del Piamonte, el príncipe Tomás y el marqués de Leganés continuaban la guerra, avanzando rápidamente en sus conquistas. A las que há poco tiempo referimos, siguieron la toma de Montealvo, Trino y Pontestura, sin que los franceses pudieran hacer más que recuperar á Chivas.

Decidido el marqués de Leganés á apoderarse de Turin, trató de disminuir la natural dificultad de la empresa, por medio de un ardid de guerra. Introdujéronse por diversas puertas y en distintos dias hasta trescientos hombres escogidos, unos como negociantes, otros como viajeros, y muchos como voluntarios que de diversos puntos del Piamonte pasaban á Turin para tomar parte en el ejército.

Cuando todo estuvo á punto, se oyó una fuerte detonacion, producida por un enorme petardo. A esta señal acuden los trescientos guerreros ya armados á la principal puerta, y abren por ella franco paso al príncipe Tomás. El pueblo, que muy pesadamente llevaba el despótico gobierno de la Francia, porque la duquesa regente obraba bajo la presion de aquella y era un verdadero autómeta, aclamó frenéticamente al príncipe Tomás y le recibió con vítores y batiendo palmas. La viuda de Victor Amadeo, casi desnuda y sin tener tiempo para vestirse, huyó desparorida y se refugió en la ciudadela.

Sorprendido el cardenal de la Valette, acudió apresuradamente á defender la ciudadela, y el marqués de Leganés penetró en Turin; y desde la ciudad era batida la ciudadela, y esta ofendia á aquella hasta donde era posible. Este suceso ocurrió en el mes de Julio, y en el de Setiembre murió el cardenal de la Valette, á impulso de una invencible melancolía, causada por la consideracion de su impotencia para hacer cambiar de aspecto á la guerra de Saboya.

Sucedió á La Valette el conde D'Harcourt; pero como aún continuase el mismo violento estado dentro de Turin, la ciudadela no se rendia y todo eran horrores y desastres, ajustóse una tregua de cinco dias (del 10 al 14 de Octubre), á instancias de Caffarelli, nuncio del Pontífice.

Terminada la breve tregua renovó D'Harcourt la guerra con tal saña y encono, que para no tener cerca de sí quien gestionase en favor de la paz, hizo marchar de allí á Caffarelli.

No tenia motivos por cierto Richelieu para estar satisfecho de la guerra de Italia; pero no por esto cedia de su propósito: por

el contrario, vengativo y rencoroso como era, cada descalabro que sufría más y más le irritaba.

No había podido olvidar el bochornoso desastre de Fuenterrabía, y entraba en sus miras el procurar vengarle. Recordará muy bien el lector que al disponer su planes de campaña Richelieu, destinó al príncipe de Condé á invadir el Rosellon.

ESPAÑA.

Hallábase á la sazón el conde de Santa Coloma de virey y capitán general de Cataluña; y atento á cumplir con su deber, pedía auxilios de todo género á la corte. El conde-duque, empero, tenía bastante que hacer con vigilar para conservar su privanza y con divertir á su rey, y se curaba poco de las lamentaciones de Cataluña.

Partió en el mes de Mayo de Narbona el príncipe de Condé con su ejército; y los que guarnecían nuestros fortines los abandonaban, replegándose para reunirse en Perpiñan. El mariscal de Schomberg, duque de Halluin, general dependiente de Condé, penetró por el Grau, seguido de diez y seis mil soldados, y se dirigió al castillo de Opol. Difícilmente le hubiera tomado, porque era considerado inexpugnable por naturaleza y por arte. Sin embargo, el gobernador que mandaba la guarnición, flamenco por cierto, sin duda estaba vendido, y entregó la inaccesible fortaleza, sin pensar en defenderla. En Perpiñan fué decapitado, pagando con la cabeza su traición.

Sería prolija de referir la suma de desmanes que los franceses cometieron, talando, destruyendo y saqueando, en venganza de no haber podido franquear el collado de Portús, después de lo cual pusieron á vista de Salces. En vano había con tiempo el de Santa Coloma avisado al conde-duque para que guarneciese y municionase dicha importante plaza. Hallábase á la sazón desprovista, con escasa guarnición y esta nada aguerrida ni veterana, y para que nada faltase tenía aquella por jefe, y la fuerte plaza por gobernador, á un hombre anciano y postrado en el lecho; pero el de Olivares continuaba ocupado de su privanza y de las diversiones de su rey.

La conservación de Salces era moral y materialmente de suma importancia. Tenía también muy buenos recuerdos ligados á su nombre y erección. Háblala hecho construir el célebre emperador Carlos I, para defender el paso del Languedoc; y no sola-

mente la habia fortificado egregiamente, si que tambien extramuros la habia flanqueado y fortificado con reductos, trincheras y baterías.

Viendo el virey crecer sus compromisos y que eran tan inútiles como desoidos sus clamores, apeló al patriotismo catalan, que aparecia completamente muerto. Estaba, empero, solamente aletargado; Cataluña en masa, y Barcelona á su frente, como capital del principado, acudió en auxilio del virey y en defensa de la patria comun.

En pocos dias se reunieron en Perpiñan más de diez mil hombres; mas era forzoso adiestrarles en el manejo de las armas y en las militares evoluciones, antes de que se lanzasen contra el enemigo: faltábales pericia, empero sobrábales corazon. Mostráronlo así peleando como héroes, antes de estar bien instruidos; y aquellos bisoños dieron una dura y severa leccion á los que guarnecian á Salces, cuya plaza se rindió sin más que presentar una tibia y aparente defensa. La prueba de lo que esta fué, la presentó el nuevo gobernador de la plaza huyendo como un bandido, temiendo sin duda por su cabeza.

La saña de Richelieu no se satisfacía con la entrada de las tropas de Condé por el Rosellon. Al mismo tiempo el arzobispo-almirante, el prelado que huyó en Fuenterrabía, como general de la armada del Océano, se presentó á vista de la Coruña. No pudo penetrar en el puerto, que encontró perfectamente cerrado, y se corrió al Ferrol; hizo su desembarco, saliéronle á recibir los españoles, y tuvo que regresar á sus naves escarmentado y con no pequeña premura, dejando en España, *para no volver á salir de ella*, á muchos de los suyos.

Del Ferrol, siguiendo la costa de Vizcaya, llegó á Laredo, de donde tuvo que partir tambien escarmentado, pero no sin sacar cuanto fué posible. Tambien apareció en las aguas de Santander, en donde no ejecutó más hazaña que incendiar los astilleros. ¡Qué digno arzobispo!

Esto ocurrió casi á fines de Agosto, cuando los catalanes desesperados estaban con el conde de Santa Coloma, en quien observaban ménos premura para batir al enemigo, de la que habia tenido para pedir auxilios. No podia tampoco obrar de otra manera. Tenia orden expresa de no aventurar el resultado de la guerra con las fuerzas de que podia disponer, hasta que se le incorporasen los marqueses de los Balbases y de Torrescusa, con sus respectivas huestes. Los catalanes, sin embargo, se dolian y lamentaban de aquella apatía; porque no podian tolerar, á fuer de buenos españoles, que los franceses talasen impunemente aquel territorio.

El día 1.º de Setiembre llegó el marqués de los Balbases; pasó muestra á su ejército, reunido con el que en Perpiñan estaba, y se hallaron dispuestos á entrar en campaña diez mil infantes catalanes con mil ginetes, á las órdenes del conde de Santa Coloma, y más de otros diez mil infantes con dos mil buenos ginetes, unos y otros castellanos, valencianos, aragoneses, modeneses, napolitanos, walones é irlandeses, bajo el mando del marqués de los Balbases.

El mariscal de Schomberg (duque de Halluin), que vió aquel guerrero aparato, regresó á Francia en busca de refuerzos; dejó mandando en Salces, durante su ausencia, al general D'Espanan.

Llegaron los españoles á vista de la plaza, y al momento se establecieron las líneas del sitio. Entonces pusieron muy altos su nombre y su fama los catalanes por su denuedo y arrojo: habian dado principio á su corto noviciado en la carrera de las armas por una brillante sorpresa dada á los franceses en Rivasaltas, á consecuencia de la cual les encerraron en sus fortificaciones; y cuando los sitiados de Salces hicieron una impetuosa salida, los rechazaron y encerraron en la plaza. Otras tres salidas, no ménos rápidas é impensadas, hicieron, y las tres veces fueron rechazados y encerrados con no pequeña pérdida, con el mayor denuedo y arrojo: de tal modo procedian aquellos *bisños*, á pesar de haberse desarrollado una de las fatales é inseparables compañeras de la destructora guerra: la peste. El soldado español tiene el peregrino privilegio de hacerse en cuatro dias veterano; y esta circunstancia es sumamente ventajosa, cuando se tienen falsos amigos y peligrosos vecinos.

Hacia muchos estragos la peste, cuando desde Narbona vino á España Condé, con veinte mil infantes, cuatro mil ginetes y tres baterías de campaña. Reunióse apresuradamente en el campamento español el consejo de generales; y aunque en un principio estuvieron discordes los pareceres, adoptóse, por fin, la resolución más digna, como que era la más patriótica. *Vencer ó morir*, gritó el de los Balbases, y á este grito de guerra contestaron con frenético entusiasmo algunos millares de voces: ¡*Viva la independencia!*

Habian perecido á consecuencia de la peste casi ocho mil soldados; mas afortunadamente, Aragon y Valencia habian enviado refuerzos, y Cataluña diariamente los mandaba tambien, al propio tiempo que el duque de Maqueda, almirante de la armada que á la sazón estaba anclada en Rosas, mandó el importante refuerzo de dos mil escogidos veteranos y trescientos mosqueteros de infalibles disparos.

El día 24 de Octubre avanzó el enemigo desde la plaza; y

cuando los nuestros se preparaban á recibirle bizarramente, comenzó á desprenderse de las nubes tan copioso aguacero, que ni unos ni otros pudieron moverse. Tal fué aquel verdadero diluvio, que cegó las minas y deshizo varias trincheras.

Ya más transitable el camino que dividia á amigos y enemigos, en la mañana del primer día de Noviembre avanzó Condé, demostrando su invencible resolución de forzar las líneas españolas. Fué violento y atrevido el ataque: iba á la cabeza de la principal columna el regimiento de Normandía (solo en España se conservaba aún la denominacion de tercios); y era tan veterano, y compuesto de gente tan escogida, que en todas partes habia sido vencedor. En aquel día, empero, cúpole más desgraciada suerte: luchaba el valor solo, con el valor y la justicia, que redobla los grados de aquel; y aunque los de Normandía llegaron hasta las trincheras, el regimiento casi completo quedó en el foso sepultado.

Siguió al de Normandía con el mismo ánimo el de Tolosa, que no tuvo mejor suerte; y del de Roqueleure, que trató intrépidamente de forzar una media luna, apenas sobrevivieron algunos: baste decir que de nueve capitanes, cuatro solamente quedaron con vida, y de ellos tres heridos.

Todo el ejército francés estaba deshecho y desconcertado; y llenos de terror sus restos renovaron la escena de Fuenterrabía, huyendo despavoridamente á buscar la tierra de donde nunca debieron salir.

A consecuencia de tan brillante triunfo mandó Felipe de Spínola, marqués de los Balbases, un parlamentario á la plaza, el cual llevó la orden de intimar la rendicion; pero ofreciendo una capitulacion honrosa. El de los Balbases fué hijo del celebérrimo Ambrosio, marqués de Spínola, á quien costó la vida el saber que este mismo hijo no habia defendido bien un puente.

D'Espanan, general de brigada que mandaba en la plaza de Salces, respondió que solo se rendiria cuando los recursos absolutamente le fallasen. El de los Balbases determinó no malgastar la generosa sangre de los bizarros españoles, y hacer que por estos pelease el hambre destructora. Al efecto perfeccionó la circunvalacion, estrechó las líneas y dejó al tiempo correr.

Veintitres días trascurrieron sin disparar un tiro, al cabo de los cuales el mismo D'Espanan pidió capitulacion. Carecia completamente de víveres y tenia infinitas bajas y llenos de enfermos los alojamientos.

Puso por condicion D'Espanan que se le diese de tiempo hasta el día 6 de Enero, para cuyo día, si no habia sido socorrido, rendiria la plaza, habiendo de salir de ella con los honores de la

guerra. Convino en esta condicion el de los Balbases, y se firmó en el acto la provisional capitulacion (23 de Noviembre).

FLANDES.

En Flandes no caminaron tan prósperamente nuestras armas. Tambien fué desgraciada la marítima expedicion que dirigió D. Antonio de Oquendo, valeroso y entendido general de la mar, cuyo apellido es célebre en los anales de nuestra marina de guerra.

En el mes de Setiembre chocó con una armada holandesa, mandada por el almirante Tromp, en el canal de la Mancha, y ambas quedaron en muy mal estado, sin decidirse por ninguna la victoria. Un mes pasado, volvieron á chocar y quedó vencedora la holandesa. En aquella desgraciada lucha naval se perdió un navío de ochenta cañones, llamado *Santa Teresa*, que iba regido por D. Lope de Hoces, famoso marino; Oquendo se retiró á Dunkerque.

En esta accion naval procedieron los ingleses como enemigos, á pesar de haberse comprometido á mantenerse neutrales. Quizá y aun sin quizá no hubiera sucedido lo que sucedió, si los holandeses hubiesen estado solos en la lucha. España, que nunca dejará de juzgar á las demás naciones por su propia y natural hidalguía, creyó confiadamente en la falsa neutralidad inglesa, y no se preparó: tanto mal hace un falso amigo; empero reinando en Inglaterra Cárlos I, no sabemos cómo pudo el gobierno español confiar en nada de cuanto prometiesen los ingleses.

Cárlos I miraba á España con verdadero encono desde que era príncipe de Gales. Este debió casarse con la infanta doña Maria, hermana de Felipe IV, esposa á la sazón del rey de Hungría Fernando Ernesto, hijo del emperador Fernando II. Estaba esta boda casi tratada entre Jacobo I, padre de Cárlos, y Felipe III, padre de la infanta; mas este rey miraba con mucha repugnancia el que su hija se uniese en matrimonio á un príncipe protestante.

Muerto Felipe III, renovóse la plática y vino á Madrid el conde de Bristol para terminar el tratado; empero se oponian no pequeñas dificultades. De una parte exigia Jacobo I que España y Austria devolviesen al Elector Palatino los estados que en la guerra de Alemania habia perdido; de otra, Felipe IV veia que el inglés no accedia á dar la necesaria libertad á los católicos que

residían en su reino; y como el Pontífice tenía necesariamente que conceder dispensa para realizar el enlace, por mediar la diferencia de religion, exigía como condicion precisa esa misma libertad para los católicos ingleses que Jacobo prometía, pero no daba.

A pesar de tan graves dificultades, el conde de Bristol escribió á su rey noticias favorables, que en realidad solo en su imaginacion existían, y Jacobo I determinó que su hijo Cárlos, príncipe de Gales, viniese á Madrid, en donde entró de incógnito.

Después de algunos dias de residir en Madrid, hizo su entrada pública: fué recibido con toda la magnífica é imponente pompa que en las solemnes ocasiones sabe desplegar la corte de España.

Tratóse de conciliar los extremos y de orillar las dificultades; reuniéronse varias veces comisiones de teólogos para resolver las dudas relativas á las cuestiones religiosas; consultóse á Roma, á diversas juntas de jurisconsultos y de canonistas, y hasta á los generales de las órdenes religiosas; pudiendo decirse que la mayoría de los dictámenes fueron favorables á la realizacion del matrimonio.

Después de todo se determinó de acuerdo con el dictámen de la mayoría, y se escribieron dos tratados, uno público y otro secreto. «En el público se estipulaba que el matrimonio se celebraría en España y se ratificaría en Inglaterra; que los hijos estarían hasta los diez años bajo la vigilancia de su madre; que la infanta y su servidumbre tendría una iglesia y una capilla con capellanes españoles para el ejercicio de su culto. El tratado secreto contenía cuatro artículos, á saber: que no se ejecutarían en Inglaterra las leyes penales relativas á religion; que se toleraría el culto católico en las casas particulares; que no se harían tentativas para que la princesa abandonara la fé de sus padres, y que el rey emplearía toda su influencia con el Parlamento para obtener la no aplicacion de las leyes penales. El rey y los lores del consejo juraron la observancia del tratado público en la capilla real de Westminster; el secreto le juró el rey solo ante cuatro testigos en casa del embajador.»

Comprendíase bien que en España no había gran voluntad de que se realizase el matrimonio; porque al acordar los tratados ocurrieron mil dificultades, y cuando una se zanjaba otra surgía. Sin embargo, acordáronse y redactáronse por fin tal cual el lector los ha visto, y después hizose saber al príncipe de Gales que la infanta no saldría de España hasta la siguiente primavera, á consecuencia de estar demasiado avanzado el invierno.

Disgustado el príncipe con la lentitud, y mal avenido Olivares con Bristol, ya duque de Buckingham, el de Gales resolvió regre-

sar á su isla, dejando en Madrid un delegado que pudiese terminar todo lo concerniente á los desposorios.

Marchó Carlos, por fin, con Buckingham, cargado de riquísimos regalos y acompañado hasta el Escorial del rey y de la real familia. La despedida fué, al parecer, cordialísima y muy afectuosa.

Continuáronse las diligencias, en efecto, entendiéndose el delegado inglés para todo con el conde-duque; y aunque tantas dificultades habian surgido y aun cuando se encontraban en tan laborioso asunto no pequeñas contradicciones, señalóse á pesar de todo el dia 9 de Diciembre para realizar la ceremonia nupcial, se redactaron los programas del ceremonial, se dispusieron fiestas y públicos regocijos, y hasta se prepararon las habitaciones para los régios esposos.

En esto llegaron á Madrid correos de Lóndres, mediante los cuales Jacobo I mandaba marchar á su córte al embajador Bristol, ó duque de Buckingham, encargándole hacer antes presente al rey Felipe IV que Jacobo I y el príncipe de Gales estaban prontos á cumplir el contrato, siempre que España tomase las armas en favor y defensa del Palatinado. Esta condicion, deshonrosa para un príncipe de la casa de Austria, fué rechazada con orgullo é indignacion por Felipe IV, quien mandó deshacer todo lo hecho y que su hermana dejase de usar el título de princesa de Inglaterra.

Estos hechos sucedieron en 1623; desde entonces, jamás Inglaterra, ni en tiempo de Jacobo I ni del príncipe de Gales, ya Carlos I de dicho reino, dejó de mostrarse rencorosa y vengativa. ¡Cuán lejos estaba el desventurado Carlos I, tan desgraciado como su abuela María Stuard, de prever el fin que le preparaban los protestantes sus protegidos!

AÑO 1640.

ESPAÑA.

Y Llegó el dia 6 de Enero, y no habiendo recibido socorros D'Espanan, entregó la plaza de Salces al marqués de los Balbases, y quedó limpio y libre el suelo español de franceses. Nuestro ejército guarneció la plaza, y del sobrante pasó una parte á acuartelarse al Rosellon y la restante quedó en Cataluña. Tan aciago fin tuvo la alarmante expedicion francesa para los inva-

sores, y bien pudieron escarmentar Condé y los suyos; pero véase la historia desde muy remotos siglos, y por ella se deducirá lo muy incorregibles que se han mostrado siempre los franceses.

Otro suceso más desagradable se estaba á la sazón preparando, que debia realizarse en aquella misma tierra que tanta gloria acababa de dar á España y á sus invictas armas.

Habian trascurrido casi quince años desde que ocurrieron entre el rey y sus súbditos de Cataluña las graves cuestiones que aun muy bien recordará el lector. Desde entonces nada habian ganado el reino en general ni el principado en particular; lejos de esto, uno y otro habian perdido y cada dia perdian más; porque á medida que el tiempo avanzaba, la privanza del favorito se erizaba de más dificultades. Ibase él haciendo cada dia tambien más orgulloso é insoportable, y cada instante se multiplicaban sus enemigos, siendo uno de estos la misma reina, quien como soberana, como señora y como esposa, tenia más que sobrados motivos para cordialmente aborrecerle. Era preciso, por lo tanto, al conde-duque vivir muy precavido; y á conservarse en el favor y en el mando dedicaba toda su atencion, descuidando por completo el gobierno del reino.

No sabian los españoles si tal gobierno existia, sino cuando se aparecian sus emisarios para realizar las exacciones y ponerle en contribucion: por lo demás, ni se atendia á las públicas necesidades, ni se ponía remedio á los males, ni el gobierno y la córte hacian otra cosa que pasar agradable é inútilmente el tiempo de baile en baile, de comedia en comedia y de banquete en banquete.

Los catalanes, mal sufridos cuando se les trata como no merecen, amigos del orden y economía de tiempo que son la fuente de la prosperidad y riqueza, cansados de sufrir resignadamente y de lamentarse en vano, comenzaron á mostrarse manifiestamente descontentos, de una manera que nada de bueno anunciaba.

Determinaron dar sus últimas quejas con energía, pero respetuosamente: el fatal favorito, ciego y orgulloso siempre, lejos de aprovechar la oportuna ocasion de tranquilizar al importante principado, puso todo su conato en irritar el ánimo del rey, tergiversando el sentido de las quejas, para lograr que Felipe IV tratase como desleales á los catalanes, quienes, segun el de Olivares, bajo falsos pretextos, solo trataban de pedir en favor de sus fueros, para humillar á la corona.

Quejábanse, entre otras cosas, los catalanes de que se desatendia al reino y se le aniquilaba, para que la córte perdiese

lastimosamente el tiempo en diversiones y deslumbrase al vulgo é insultase á la pública y general miseria con su escandaloso lujo. Eran justísimas las quejas; y las mismas que tenia Cataluña, tenían las demás provincias de España; y en prueba de su lealtad, en el año anterior, estando tan quejosos como en el 1640, al ver la injustificada invasion, todo lo olvidaron; levantaron ejército, le armaron, le municionaron; artillería, material de guerra, carros, acémilas, todo lo costearon los catalanes, y se olvidaron hasta de su misma pobreza para cumplir como buenos españoles, y hacer lo que el gobierno debiera de haber hecho.

Para comprender la ingratitud con que la córte, ó más bien Olivares, trató á Cataluña, conviene leer las siguientes líneas, dirigidas por el ministro al conde de Santa Coloma, virey de Cataluña:

«Si se puede salir bien de la empresa sin violar los privilegios de la provincia, deben respetarse; pero si de observarlos se ha de retardar una hora sola el servicio del rey, el que se empeña en sostenerlos se declara enemigo de Dios, de su rey, de su sangre y de su patria. No sufra V. E. que haya un solo hombre en la provincia capaz de trabajar que no vaya al campo, ni ninguna mujer que no sirva para llevar sobre sus hombros paja, heno, y todo lo necesario para la caballería y ejército. En esto consiste la salud de todos. No es tiempo de rogar, sino de mandar y hacerse obedecer. Los catalanes son naturalmente ligeros; unas veces quieren y otras no quieren. Hágales entender V. E. que la salud del pueblo y del ejército debe preferirse á todas las leyes y privilegios. Pondrá V. E. el mayor cuidado en que la tropa esté bien alojada, y que tenga buenas camas; y si no las hay, no debe repararse en tomarlas de la gente más principal de la provincia, porque vale más que ellos duerman en el suelo que no que los soldados padezcan. Si faltan gastadores para los trabajos del sitio, y los paisanos no quieren ir á trabajar, obliguelos V. E. por la fuerza llevándolos atados siendo necesario. No se debe disimular la menor falta, por más que griten.»

Esto decia el ministro; oigamos ahora al rey, aunque si bien se considera era aquel quien hablaba, aunque firmase Felipe IV el papel.

«La provincia no puede cumplir peor de lo que lo hace respecto de los auxilios que debe dar. Esta falta nace de la impunidad. Si se hubiera castigado de muerte á algunos prófugos de la provincia, no habria llegado á tanto la desercion. En el caso que halleis en los funcionarios resistencia ó tibieza en ejecutar mis órdenes, es mi intencion que procedais contra los que no

»os ayuden en una ocasion en que se trata de mi mayor servicio..... Haced prender, si os parece, algunos de esos funcionarios, quitadles la administracion de los caudales públicos, que se emplearán en las necesidades del ejército, y confiscadles los bienes á dos ó tres de los más culpables, á fin de aterrorizar la provincia. Bueno será que haya algun castigo ejemplar.»

Compréndese bien que el gobierno no pudo adoptar peor camino para conciliar y tranquilizar los ánimos, á pesar de que se le presentó para lograrlo muy oportuna ocasion. La gloriosa guerra con los franceses habia hecho olvidar las quejas; habia confundido en uno todos los deseos, y sin más que un poco de prudencia y tolerancia por parte del gobierno, se hubieran evitado mucha sangre é infinitas desgracias.

Felipe de Spínola, ó el marqués de los Balbases, ya porque su carácter fuese naturalmente muy desemejante al de su padre, ó bien porque procediese con arreglo á las instrucciones recibidas de la corte, terminada la guerra con los franceses mandó alojar por Cataluña gran parte de sus tropas. Lejos de dar órdenes terminantes para que procediesen con cordura y sin molestar á los vecinos de las poblaciones, las dió poco ménos que contrarias al orden y disciplina, mandando á sus soldados que si les incomodaban, *se hiciesen respetar*. Tratándose de tropas como las de aquel tiempo, muchas de ellas procedentes de levás, tales palabras equivalian á asegurarles la impunidad, hiciesen lo que hiciesen.

Muy pronto comenzaron los disturbios y choques: los soldados procedian como si estuviesen en país enemigo y conquistado, y los ofendidos se defendian, yendo á las manos unos y otros muy pronto. Débese decir que muchas veces se hacia difficilísimo el dar un fallo arreglado á justicia; porque soldados y patrones tenian razon. Estos no querian ser despojados, y hacian muy bien; empero aquellos no recibian pagas ni racion, y no habian de dejarse morir por falta de sustento. Para cortar cuestiones dispuso el de los Balbases que cada pueblo diera á los soldados en él alojados el socorro diario para que pudiesen vivir, sin molestar á los respectivos patrones.

Representaron los ayuntamientos contra la precitada disposicion, fundándose en el estado de pobreza de los pueblos, y en que era, además, contra ley y costumbre. La respuesta del general no fué en verdad muy conciliadora, concluyendo por decir que el rey lo mandaba y era forzoso obedecer. Desde aquel momento fué Cataluña teatro de muy repugnantés escenas; porque los catalanes se negaban á cuanto era contra sus fueros y privilegios, y los soldados tomaban lo que no les querian dar, para

no perecer de hambre. Esto hubiera sido lo de ménos, si á estos excesos no hubieran seguido otros de peor naturaleza y de muy malas consecuencias.

Poco despues se trasladó á Madrid el marqués de los Balbases y quedó mandando el conde de Santa Coloma, que carecia de las circunstancias que debia tener un virey, en el estado en que se hallaba el principado de Cataluña.

Santa Coloma temió á los soldados, y se dedicó á complacerlos para congraciarse con ellos: esta muestra de visible temor le favoreció muy poco; porque le malquistó con el pueblo y le hizo despreciable á la tropa, que menosprecia siempre al jefe que no tiene carácter para el mando. Si hasta allí habian ocurrido muchos y muy graves desórdenes, desde entonces se multiplicaron de tal modo, que raro dia no ocurrían muertes dentro de las casas, á consecuencias de formales luchas entre alojados y patrones. Legó, en fin, el bárbaro caso de quemar vivo á don Antonio Fluviá, dentro de su propio castillo: este atroz crimen lo consumaron unos ginetes del tercio napolitano.

Pero no parecia sino que el gobierno y las autoridades se habian decididamente propuesto ocasionar una revolucion, y á este fin mandaban á sus delegados proceder violenta y arbitrariamente, hasta hacer estallar la sublevacion. Decimos esto, porque despues de la feroz barbarie con que fué martirizado D. Antonio Fluviá, pasó un alguacil real á Santa Coloma de Farnés, comisionado para averiguar lo ocurrido acerca de un desacato ó insulto cometido contra la tropa.

Llegó el alguacil, que se llamaba Monredon, y por primera providencia hizo alojar en el pueblo todo el tercio del maestre D. Leonardo Molés; y como el dicho comisionado amenazase á diestro y siniestro, apoyado en la mucha tropa que consigo llevaba, intimidáronse muchos de los vecinos y abandonando sus hogares, tomaron asilo en el templo. En el momento mandó Monredon prender fuego á todas las casas abandonadas; y porque uno quiso oponerse á tan bárbara orden, el mismo Monredon á quema-ropa le disparó un pistoletazo. Esta fué la señal de guerra.

En el momento salieron á la calle todos los vecinos, cada uno armado del modo que pudo, y comenzó una sangrienta lucha. El alguacil viéndose perdido, se refugió en una casa, la cual fué rodeada y muy pronto presa de las llamas, quedando reducida á cenizas con Monredon dentro, que sufrió el mismo desgraciado y horroroso destino. Triste fin tuvo; mas puede decirse que él mismo le buscó.

Muerto el principal objeto de la popular ira, calmó el motin;

mas no tardó en circular la voz de que los soldados napolitanos habían prendido fuego á la iglesia de Riu de Areñs. En aquel templo habian guardado sus alhajas y riquezas los vecinos de aquellos pueblos; y al oír la alarmante nueva, otra vez se armaron y recomenzó la lucha.

Atacado terriblemente el tercio de Molés, este se puso en defensa y haciendo respetar sus armas como debia, logró enfrenar á los que le atacaban, no sin haber experimentado bajas. Despues procedió como en país de enemigos, pues toleró el saqueo y consintió en el incendio de la poblacion.

Aquel tercio napolitano, sin freno ni rémora, cometió tan inauditos crímenes, que hasta llegó á olvidarse de que debia ser católico y que en país de católicos estaba. No solamente fueron los templos despojados de los sagrados vasos y vestiduras, si que tambien las sacrosantas formas fueron arrojadas en el suelo y pisadas.

Tan escandalosa y sacrílega profanacion acabó de exacerbar los ánimos de los vecinos esencialmente católicos, como todos los españoles. Animando los más decididos á los más tibios, todos, como poseidos de un verdadero frenesí, cárgaron sobre los autores del impío crimen; y Molés tuvo necesidad de reunir su tropa, replegarse y ganar la costa.

El conde de Santa Coloma veia con sentimiento el fatal giro que llevaban los públicos asuntos; pero no era hombre de accion para procurar enfrenar ni á los causantes de los desmanes, ni á los que enmendaban estos con otros tan malos ó peores. Daba cuenta al ministro de lo que ocurría, aconsejándole que se relevara al pueblo de los alojamientos y contribuciones, ó se mandase á Cataluña un numeroso ejército, tal y tan fuerte que pudiese apagar la revolucion.

El conde-duque, siempre desacertado, ó dejaba á Santa Coloma correr el inminente riesgo en que á cada hora se encontraba, sin darle más que respuestas ambiguas, ó le mandaba mostrarse severo y ejercer el más fuerte rigor con los sediciosos. Santa Coloma, por su parte, como hombre de muy mediano criterio, no comprendió la clase de rigor que podia ser saludable ó nocivo; y para seguir las indicaciones del ministro, y en su concepto aterrar á los sediciosos, dió un fuerte golpe con el cual perdió á la causa real y á sí propio.

Una mañana se le presentó D. Francisco de Tamarit, diputado de la nobleza, en union con dos consellers de Barcelona. Expusieronle los males que aquejaban al principado y le pidieron que, como representante del rey, pusiese un enérgico remedio, á fin de evitar que la revolucion estallase y se hiciese general, ya

que los sucesos parciales que habian ocurrido tan sangrientos habian sido y tan horrorosos, mostrándose en ellos lo que podria llegar á suceder si ocurriese una conflagración general.

Santa Coloma creyó llegada la ocasion de realizar los consejos del conde-duque, y que el rigor en aquella ocasion seria mucho más saludable que la benignidad. Pensó así, y así lo ejecutó: la respuesta que dió al pacífico mensaje fué poner en prision al diputado y á los dos consellers. Hecho esto, dió las necesarias órdenes para que por conducto de los jueces apostólicos se procediese á la prision de D. Pablo de Clarís, canónigo de Urgel.

Era este canónigo hombre de imaginacion ardiente, más entrometido en los asuntos públicos que en los de su severo estado, y segun autoridades históricas, harto más respetables que la nuestra, *fanático* por los fueros y muy dispuesto á promover una sedicion general en favor de aquellos.

El ministro aprobó la conducta del virey; el principado se resentió vivamente de aquella, y desde aquel momento se multiplicaron los choques parciales. Cualquier palabra dicha al acaso y sin intencion por un paisano, bastaba para que la tropa esgrimiese las armas; y si sucedia lo mismo á un soldado, el paisanaje apelaba á las armas tambien; esperaba emboscado en las inmediaciones de los pueblos, para asesinar á los que veia pasar aislados; dentro de los alojamientos perecian tambien muchos, y aun llegó ocasion de halagar á los soldados para atraerlos, y despues aquellos para siempre desaparecian. Tal era el triste estado de Cataluña al mediar el año 1640.

Llegó el mes de Junio, y con él la época de que bajasen á la capital las cuadrillas de segadores, compuestas de gente terrible; de esa clase de gentes que son una verdadera calamidad en todos los paises, que están prontas á tomar parte en todo género de revoluciones, y que las afrontan con tanto mayor resolucion y firmeza, quanto que con ellas siempre ganan sin poder perder, excepto la vida, de la que muy poco se curan, como hombres acostumbrados á exponerla á menudo y que miran la muerte como término de penas y de privaciones.

Aproximábase el dia del *Corpus*, en cuya víspera solian aparecer los segadores; y el conde de Santa Coloma hizo saber á las autoridades locales que estaba dispuesto á no consentir la entrada de los segadores en la capital, por considerarlos muy á propósito para tomar parte en cualquier sedicion, y muy ocasionada á desmanes su presencia en las circunstancias por que el país atravesaba. Pero estaba ya preparada la revolucion; en esta se habian mezclado los mismos consellers; contaban las autoridades locales para sus planes con una especie de milicia ciudadana

que habian armado para someter á los tumultuados, y entraba, en fin, en sus proyectos el que los segadores, como materia dispuesta á desórdenes, penetrase en la ciudad.

Entraron, en efecto, el mismo dia de la festividad del *Corpus*, que en el año 1640 fué el jueves 7 de Junio; y en prueba de que estaban ya hablados para tomar parte en la revolucion, de los tres mil que, poco mas ó ménos, penetraron en la ciudad, apenas entrarían quinientos sin armas ocultas bajo las ropas. Esta gente soez y turbulenta comenzó por hablar sin rebozo del gobierno y de sus autoridades, en tales términos, que anunciaban su deseo ó propósito de provocar un conflicto, no solamente insultando á los soldados, sino á todo el que no fuese catalan; advirtiéndole que eran para ellos indistintamente *castellanos* cuantos no habian nacido en Cataluña, fuesen aragoneses ó andaluces, navarros ó gallegos. Aquel violento estado no podia ser duradero; y para que estallase la revolucion general y cesasen los lances parciales, hijos de la insolencia de los segadores, ocurrió un simple incidente, que en otras circunstancias hubiera terminado muy fácil y sencillamente.

Un dependiente de Monredon, el alguacil real quemado en Santa Coloma de Farnés, conoció entre los segadores que por Barcelona pululaban á uno de los principales asesinos de su amo, y pidiendo auxilio á grandes voces, trató de prenderle. Mientras se acercaba el auxilio, el segador, aunque maton y lleno de crímenes, que así consta, fué herido en la lucha por el criado de Monredon.

No tardaron mucho tiempo en acudir en bandadas los segadores á defender á su compañero, así como soldados en defensa del criado; y como el lance tomase muy grandes y graves proporciones, un soldado de la guardia del virey, para ver si intimidaba á la multitud y lograba disolverla sin que el lance tuviese peores consecuencias, *disparó un tiro al aire*.

No fué menester más para que estallase la revolucion, y para que aquellos verdaderos bandidos, los segadores, que de tal manera los califica la severa historia, se entregasen al pillaje, sin dejar de cometer ningun género de exceso, y asesinando á todos los *castellanos*, segun ellos, que al paso ó en las casas encontraban. ¡*Viva la fé!* era el *grito de guerra*; ¡*Viva el rey!* tambien decian, y sobre todo, ¡*Muera el mal gobierno!*

Desde aquel momento la revolucion de Barcelona perdió todo lo que de noble y grande habia tenido en su origen. El mal de todas las revoluciones es que para realizarlas forzosamente se ha de contar con brazos, y solo la gente perdida, vagabunda y sin casa ni hogar, es la que los presenta para esta clase de empre-

sas, por razones que más de una vez hemos expuesto. De aquí el querer poner remedio al despotismo con otro no menor despotismo, á los excesos con otros mayores, y el hacer, por último, que el remedio sea infinitamente peor que el mismo mal. Y sin embargo de estar viendo los robos, los asesinatos y las violaciones y violencias imperando por todas partes, los consellers no trataban de cortar el movimiento, porque de él esperaban el remedio de las generales cuitas; limitáronse á aconsejar al virey pudiese en salvo su persona, dirigiéndose al muelle y pasando á bordo de una de las galeras genovesas que ancladas estaban en el puerto.

En aquel momento estaba ya cercada la casa del conde de Santa Coloma, y los malsines preparaban haces de leña y diversos combustibles para incendiarla. El conde comprendió que la revolucion se habia completamente desbordado, la *clase y ralea* de revolucionarios que habian dado la cara y tomado la iniciativa en el movimiento, y que no alcanzaban sus fuerzas materiales á enfrenar aquel. Pensado así, y pensaba la exacta verdad, salió con su hijo del palacio por una puerta excusada en direccion del muelle, en tanto que en la ciudad ocurría, como vulgarmente se dice, un verdadero dia de juicio; porque todò era en ella robos, asesinatos, violencias, tiros, voces, ayes y llantos, y horror y desolacion. Llegó el repugnante caso de pasear las cabezas y varios miembros de los asesinados por las calles y plazas, sirviendo de horrorosa y bárbara burla, por las acciones que con ellas cometian y por las palabras que los revolucionarios pronunciaban. Y mientras de tan feroz, repugnante é indecente manera se *divertian* unos, otros penetraban irreverentemente en los templos á donde se habian refugiado muchos de los llamados *castellanos*, y á puñaladas los quitaban la vida; á otros los echaban sogas al cuello y los arrastraban, mutilándolos despues para imitar á los que cansados de matar celebraban irrisorias procesiones. Si de tal manera se curan los males que aquejan á un pueblo, vale mil veces más que no se curen, y las revoluciones siempre presentan la misma faz en todos los países: ó no lo son verdaderas, sino amagos, ó han de ser fecundas en desgracias, porque siempre se ha de contar con un elemento que una vez desbordado, ni el agua es más arrollador, ni es más destructor el fuego; y cuando los mismos que la han puesto en juego quieren contenerle, no pueden conseguirlo, y no pocas veces han sido sus víctimas.

En tanto el desventurado Santa Coloma caminaba hácia el mar. Apercibiéronse muchos de su fuga y trataron de impedirla: el hijo del conde pudo embarcarse; mas cuando el padre iba á



seguir al hijo, comenzó desde la ciudad un fuego horroroso de artillería, y las naves apresuradamente levaron anclas, dejando en tierra al desdichado conde.

No pudo contener sus lágrimas al ver alejarse su única esperanza en las naves genovesas, y su único amor, en el querido hijo que involuntariamente para siempre de él se separaba. Tranquilo despues y resignado con su inevitable suerte, tomó el camino de Monjuich, por las peñas de San Beltran.

El sol lanzaba contra la tierra sus rayos de fuego; y unido el insoportable calor á la natural congoja y á la fatiga del camino, el conde cayó sobre el duro suelo, privado de sentido. En tal estado, solo, inerme, fugitivo, abandonado y sin sentido, le encontraron los que le buscaban y le dieron de puñaladas. *Hazaña* fué esta que tuvo tanto de cruel como de cobarde y miserable.

No se olvidaron los *salvadores* de Cataluña de saquear las casas de todos los ministros reales, y ménos se olvidarían de la del difunto virey. Tambien saquearon la del marqués de Villafrauca, general de las galeras: por cierto que entre las alhajas que en el palacio encontraron hicieron presa de un lindísimo reloj de sobremesa, cuya cima remataba en una figura de mono perfectamente hecha, y que estaba trabajada, así como la maquinaria del reloj, con tal artificio, que el mono movia las manos y volvía los ojos á ambos lados, al compás y por el movimiento de la cuerda. No fué menester más para que aquellos desalmados sacasen como en triunfo al precitado reloj puesto en la punta de una pica, gritando que *habian cogido al demonio* en casa del marqués. Despues de haberle paseado en triunfo *le llevaron á la inquisicion*, y no quisieron retirarse de ella hasta que los inquisidores prometieron, riendo probablemente en su interior y por librarse pronto de tan fatal visita, que averiguarían la verdad y castigarían á quien lo mereciese.

Quedó, pues, Barcelona sin autoridad real ninguna: tres dias consecutivos duraron los asesinatos y desmanes, sin que nadie pudiese contener á los desalmados que en la revolucion habian tomado parte; y cuando todos los ministros reales habian desaparecido ó por el asesinato ó por la fuga, y los fugados fueron los ménos, sacaron triunfalmente del convento de San Francisco al beguér y le invistieron de la superior autoridad. A este tiempo ya estaban en libertad los dos consellers y el diputado, presos por el infeliz D. Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, á quien de nada valió el no ser *castellano*, y los consellers en cuerpo ofrecieron seis mil escudos al que descubriese á los asesinos del desdichado virey. Oferta hecha sin duda, más que por esperanza de lograr el fin en apariencia propuesto, por cubrir aquellas,

porque ni era fácil designar quiénes, entre una inmensa turba, habían sido los primeros á dar los bárbaros golpes, ni á ser posible se hubiera atrevido nadie á delatarlos, cuando la revolucion imperaba y amenazaba de muerte al que no fuese revolucionario.

Apenas se extendió por el principado la funesta noticia de las terribles ocurrencias de la capital, muchos importantes puntos de Cataluña siguieron el ejemplo de Barcelona, tales como Gerona, Balaguer, Lérida y otras varias ciudades. En todas ellas eran perseguidos de muerte los *castellanos*; y en Tortosa habiéndose apoderado del castillo los tumultuados, hicieron pedazos á don Pedro de Velasco, veedor general.

Fueron tales los horrores cometidos en Tortosa, que el cabildo dispuso sacar procesionalmente al Santísimo Sacramento; y no fué tan malo que aquellos insurrectos, la mayor parte verdaderos foragidos, respetaron la procesion, sin lo cual D. Luis de Monsuar, baile general del principado, hubiera perecido; empero se salvó asiéndose á las sagradas vestiduras del sacerdote que llevaba la custodia.

En Olot hubo un recio choque entre los revoltosos y el tercio de D. Juan de Arce. Fuéle preciso á este maestre hacer una contramarcha para reunirse á otros tercios, en union con los cuales se dirigió á Gerona. Llegó de noche; pero considerando tan difícil como expuesta la entrada en una ciudad cuyas casas estaban tomadas por los revolucionarios, contramarchó y se dirigió á Blanes.

Prolija por demás seria la relacion de los desastres, desgracias y choques de soldados y paisanos; basta lo ya dicho para comprender lo sangriento y horrible de aquella revolucion, sin que fatiguemos y aflijamos el ánimo del lector con mayores detalles.

Los catalanes enviaron á la córte á un religioso carmelita, en calidad de su embajador: era hombre de virtud y doctrina el carmelita; pero el rey no quiso que se le oyese, y en esto hizo bien el favorito inspirador; porque en calidad de mensajero de unos revolucionarios que habian puesto en combustion al principado, asesinado cobarde é inhumanamente al representante del rey, y causado tantos desastres y tantas víctimas, era realmente imposible escuchar al carmelita.

Al saber la resolucion del rey, Fr. Bernardino Manlleu, que así se llamaba el carmelita, presentó por escrito su mensaje. Reduciase á pedir en él que se librase á Cataluña del alojamiento y manutencion de tropas, ofreciéndose el principado á defender su territorio sin necesidad de soldados.

El gobierno, sin contestar á una peticion que segun él envolvía la idea de quedar libres de trabas los catalanes para aceptar ó rechazar los mandamientos del gobierno segun creyesen más conveniente, nombró virey, en reemplazo del desventurado don Dalmau de Queralt, á D. Enrique de Aragon, duque de Cardona. Fué acertado el nombramiento; porque el de Cardona, además de ser natural del país y hombre respetable por su alcurnia y circunstancias, era conocido y apreciado de los catalanes por haber sido en otro tiempo virey.

Llegó este á Barcelona y puso todo su conato en tranquilizar aquella ciudad, suponiendo, como debia suponer, que vuelta al órden la capital, todo el principado se tranquilizaria. Imposible parece, pero es verdad, que una revolucion casi cortada ya por la prudencia y habilidad del duque de Cardona y por el cansancio de los ejecutores de tanto desastre, renaciese en virtud de las eficaces diligencias de algunos ministros del altar. Lo hemos ya dicho y repetiremos mil veces que el sacerdote no debe predicar sino el Evangelio de Jesúcristo, ni inculcar en los cristianos otras ideas que las proclamadas por el Redentor del linaje humano; ideas de paz, de misericordia, de benignidad hasta con los mismos enemigos. Por esto el verlos ocupados de guerras, de política y de asuntos no solamente ajenos sino opuestos tambien á su sagrada y alta mision debe reprobarse, y mirar á los que así se olvidan de sus santos deberes como naturales é implacables enemigos de la religion que profesan y de que son ministros, y como hipócritas fariseos que abusan de los sagrados textos para desfigurarlos y ser nocivos á aquellas mismas personas á quienes deben guiar y conducir á puerto de salvacion.

Unos cuantos religiosos, monarcas absolutos en pueblos y aldeas, se encargaron desde la cátedra del Espiritu Santo por ellos profanada, de hacer ineficaces las pacíficas y acertadas diligencias del virey; y como si Dios no prohibiese la perpetracion de los delitos, eran bastante osados aquellos falsos ministros para decir al pueblo lo que no debían, mezclando impía y sacrilegamente la gloria y el servicio de Dios con el mantenimiento de los fueros; y para sostener estos se debia, segun ellos, apelar si era preciso al derramamiento de sangre, al hacinamiento de víctimas; porque sin duda el servicio y la gloria de Dios así lo exigian.

El obispo de Gerona completó la obra, quizá creyendo obrar en el círculo de sus atribuciones y con arreglo á las inspiraciones del celo por el cumplimiento de su deber. Dicho prelado excomulgó á los tercios de Molés y de Arce en masa: suponemos que los desmanes de aquellos darian márgen á tan terrible reso-

lucion; empero ¿por qué no excomulgó á los revolucionarios que tantos delitos cometian, para que la justicia religiosa fuese equitativa y justa? De tan notable y notoria injusticia, que así aparece á primera vista, resultó que el pueblo, sin más exámen, dió por herejes á los soldados de aquellos tercios; y aunque los sublevados habian en muchas partes profanado los templos y asesinado á los que se habian refugiado en ellos, mandaron hacer pendones negros con la imágen de Jesucristo y se declararon *piadosos campeones de la religion*.

Debe decirse en obsequio del duque de Cardona que restableció en Barcelona la tranquilidad, y que administraba equitativamente la justicia. Aprovechando aquel estado de la capital, se trasladó á Perpiñan el virey, á consecuencia de los desórdenes allí ocurridos entre la tropa y el pueblo, en realidad por culpa de este. Aquellos tercios que se dirigian al Rosellon para emprender contra Francia una nueva campaña, no encontraron ni alojamientos ni cuarteles, á pesar de que los respectivos maestros tuvieron buen cuidado de que los soldados no cometiesen el más leve desman. Es tambien fuerte cosa ir á afrontar los peligros de la guerra en defensa del propio territorio, y no encontrar auxilio ninguno en aquellos mismos que van á ser defendidos. Nosotros, á fuer de imparciales como debe ser el historiador, decimos que de las escisiones y desgracias ocurridas en Perpiñan fué del pueblo toda la culpa. Pudiera ser contra fuero el darles alojamiento, más no el darles paso para ir á cumplir con su penosa y arriesgada obligacion.

A pesar de todo cerraron las puertas y se armaron los paisanos, para en el caso de que los soldados quisiesen forzar el paso, defenderle. El bizarro general marqués de Xeli agotó toda su prudencia y paciencia para convencer á la frenética multitud, empero las agotó en vano. En la severidad de las leyes militares no cabia tolerancia, para dejar arbitrio al general de retroceder y dejar de cumplir con su deber de caudillo.

Viendo la inutilidad de las reflexiones y aun de los ruegos, la tropa asaltó, como en país de enemigos, la puerta del Campo, no sin desgracias de una y otra parte, porque el pueblo se obstinó en la defensa. La artilleria del castillo hizo entrar en razon á los de la ciudad, despidiendo continuamente bombas y bala rasa.

Los soldados abusaron despues de su triunfo; mas en esta ocasion no debe culpárseles, porque si se les hubiera dado paso, puesto que allí no habian de detenerse, se hubieran evitado todas las desgracias que ocurrieron: además, el marqués de Xeli estuvo todo lo prudente y mesurado que fué posible estar ante tamaña sinrazon.

Como despues de abierto el paso los soldados se vengaron de tal suerte que la mayor parte de los ciudadanos huyeron con sus familias á la montaña, el duque de Cardona, deseando mostrarse severamente imparcial, entre las personas que mandó reducir á prision hizo encarcelar á los maestros Arce y Molés.

Desaprobó el desatentado conde-duque la conducta del virey, mandándole no proceder contra los presos sin consultar á una junta que habia creado en Aragon *el ministro de las juntas*. Disgustado Cardona con una repulsa que no creia merecer, se apesadumbró tan fuertemente, que fué presa de una violenta fiebre que en pocos dias le quitó la vida.

Atribuyóse, y no sin razon, al conde-duque la muerte de aquel benemérito patricio y entendido general, y públicamente se denostaba al hombre fatal á quien se miraba como causa eficiente de todos los males.

La gente sensata y de órden de Cataluña mandó una comision á Madrid en representacion de la ciudad y de sus estamentos; pero el conde-duque la mandó no pasar de Alcalá de Henares. Entonces se dirigieron al príncipe, á la reina y á cuantas personas parecian influyentes en los públicos asuntos, sin adelantar nada.

A consecuencia de esto redactaron y publicaron un manifiesto, del cual insertaremos algunos párrafos, para que pueda hacerse abstraccion de la parte sensata de Cataluña, con absoluta exclusion de la verdadera canalla de que echaron mano, como de elemento de accion, algunos mal aconsejados catalanes. Titulábase el manifiesto *«Proclamacion católica á la Magestad piadosa de Felipe el Grande, rey de España y emperador de las Indias, hecha por los consellers y Consejo de Ciento de la ciudad de Barcelona.»* Hablando en este documento de las causas de los desórdenes decian: «Todos convienen en que lo son el conde-duque y el protonotario de V. M. D. Gerónimo de Villanueva, que poco afectos á los catalanes, se han declarado contra el principado, por ver que en todos los negocios han acudido á V. M. inmediatamente, sin sujetarse á su disposicion; y concibiéndose poco cortejados de los catalanes, por varias diligencias de trabajos y opresiones maquinadas, han procurado hacer evidencia de que ellos son los que mandan las dichas y las desdichas de los vasallos de V. M. con el favor y puesto que tienen; pero los catalanes siempre están en que les serán más sabrosos los trabajos y más dulce la muerte por mano de V. M. que de las tuyas las dichas y la vida; porque solo á V. M. han jurado los catalanes por señor y han prometido fidelidad.

»Mande V. M. (prosequian) volver á sus quicios y á su curso

ordinario los consejos supremos, desterrando las juntas partikulares, que como consultas de muchos médicos difieren las curas de los daños de la monarquía, y se estragan las más convenientes resoluciones.....—Mande V. M., para la paz y sosiego de Cataluña, que en primer lugar sean castigados los cabos y soldados que se hallaren culpados en los incendios, sacrilegios de las iglesias y sagrarios, donde estaba reservado el Santísimo Sacramento del altar, juntamente con sus cómplices; porque en primer lugar tenga V. M. á Dios propicio, y queden satisfechas las quejas que católicamente forman la piedad y fé de los catalanes.....—Mande V. M. que la guarnicion de los presidios se disponga en conformidad de lo que ordenan las constituciones, y que salgan los soldados del principado: porque los que sobran á este intento no se ocupan sino en insolencias, enormidades y sacrilegios; y es esto con tanto rigor, que son más bien tratados los catalanes de Opol y Taltaull por los soldados franceses, que los de Perpiñan y Rosellon por los de V. M.....—Mande V. M. que las tropas que desde Aragon y Valencia amenazan á Cataluña á saco y pillaje, á fuego y á sangre, se retiren: porque con estas amenazas se desasosiegan los naturales.....—Mande V. M. proveer las plazas de ministros vacantes, y las de aquellos que por aborrecidos del mal ejercicio que han tenido en la justicia han de suscitar las mismas quejas: y procure V. M. que se despache el breve de irregularidad para el lugarteniente de V. M.; medios eficacisimos para la paz total de esta provincia, como á V. M. há mucho tiempo que se representa y suplica. Y pues todo lo que se suplica á V. M. es licito, útil, honesto y necesario al servicio de Dios y de V. M., debe ser concedido: porque en su dilacion podria quedar V. M. muy deservido y perjudicado.»—(Laf., T. XVI, pág. 188.)

Siguiendo el favorito su costumbre de marchar de desacierto en desacierto, nombró virey de Cataluña á D. García Gil de Manrique, obispo de Barcelona, célebre por su virtud y saber; empero anciano, achacoso, y como tal, falto de aptitud y energía para un mando á la sazón tan delicado y expuesto. Cataluña en masa conociendo que nada ganaba con el imperio de los revolucionarios, queria el restablecimiento del órden; y al saber el nombramiento de virey se disgustó mucho más de lo que estaba, porque el nuevamente nombrado iba á servir de juguete á los turbulentos y malesines. Estos volvieron á mandar y á llevar el terror en pos de sí por todas partes; y esto movió á los mensajeros á reiterar sus súplicas para llegar hasta la córte.

Por fin el de Olivares se decidió á recibirlos, y los trató con

suma amabilidad, asegurándolos de la clemencia del rey, siempre que los catalanes se mostrasen sumisos. Créese, sin embargo, que cuando esto aseguraba, estaba decidido á someter á Cataluña por fuerza de armas. A consecuencia de la respuesta dada á los enviados de Cataluña y como para cumplir lo ofrecido, dispuso la reunion de una junta de las muchas que de continuo formaba y disolvía.

Dos consejeros asistieron á tan importante sesion, que se encontraron diametralmente opuestos en pareceres. El presidente del consejo de Aragon dijo «que todo voraz incendio solo podia » apagarse con mucha agua, y del mismo modo el fuego de la re- » belion solo podia extinguirse *con rios de sangre.*» Por el contrario, D. Iñigo Velez de Guevara, conde de Oñate, haciendo viva y tenaz oposicion á D. Gaspar de Borja, presidente del consejo de Aragon, decia:

«Siendo la nacion catalana de un genio airado y vengativo, » temo los efectos de la ira, y que se precipite fácilmente en el abis- » mo haciendo derramar lágrimas de sangre á toda España..... » ¿Quién sabe si los catalanes amenazados con el castigo no se ar- » rojarán á los piés del mayor émulo del rey? Yo creo que es más » fácil pasar de la sedicion á la rebeldía que de la tranquilidad á » la sedicion: la mano diestra del ginete doma el caballo feroz y » desbocado, no la aguda espuela que se le aplica. —¿Llora Catalu- » ña? decia más adelante: no la desesperemos. ¿Gimen los catala- » nes? Oigámoslos..... Salga el rey de su córte: acuda á los que » le llaman y le hán menester: ponga su autoridad y su persona » en medio de los que le aman y le temen, y luego le amarán to- » dos sin dejar de temerle ninguno. Infórmese y castigue, con- » suele y reprenda. Buen ejemplo hallará en su augusto bisabue- » lo cuando por moderar la inquietud de Flandes..... pasó á los » Países, y acompañado de su solo valor entró en Gante, amoti- » nado y furioso, y lo redujo á obediencia sin otra fuerza que su » vista. Salga S. M., vuelvo á decir; llegue á Aragon, pise Cata- » luña, muéstrese á sus vasallos, satisfágalos, mirelos y consué- » lelos, que más acaban y más felizmente triunfan los ojos del » príncipe, que los más poderosos ejércitos.»

Desoyéronse las prudentes y sólidas razones del conde de Oñate; y como el ministro habia reunido la junta únicamente para cubrir las apariencias, pero firmemente resuelto á llevar á sangre y fuego la guerra, se adhirió al parecer de D. Gaspar de Borja, y otros muchos por adulacion votaron de la misma manera.

Expidiéronse apremiantes órdenes para que se reuniesen en las aguas de Cataluña todas las galeras de España, se eligió para

plaza de armas á Zaragoza, se hizo llamamiento general á las tropas de Castilla, Andalucía, Aragon, Galicia, Mallorca y Portugal, y se nombró general en jefe á D. Pedro Fajardo, marqués de los Velez, desechando á otros más aptos para el delicado cargo, por rivalidades del conde-duque. No era, empero, el de los Velez inútil para el espinoso puesto; mas tampoco tenia todas las circunstancias y cualidades de que necesitaba estar adornado el que iba mandar un ejército que habia de operar contra una importante provincia del reino, por desgracia rebelada.

Para que se acercase al país sublevado con más autoridad, se le expidió la patente real de capitán general del ejército, general del mar de Flandes, y virey de Aragon.

Traslucíase en Barcelona cuanto se trataba en la córte; y mientras en esta se perdía el tiempo en consultas y en indecisiones, en la capital de Cataluña, desconfiando de las intenciones del fatal ministro, se levantaban cuerpos de tropas, éstos se proveían de armas y la diputacion convocaba á Córtes á todos los prelados, grandes, magistrados y títulos de Cataluña. Todo esto por supuesto se hacia á vista y presencia del virey, que era poco más que un autómatas, como debia serlo un hombre octogenario y enfermo, que aun en sus dias de juventud y vigor fué un verdadero ministro de Dios, ageno á las cabaladas é intrigas de la política y á los asuntos de armas y de guerra.

Reuniéronse los convocados por la diputacion, y lo mismo que en la junta reunida en la córte, en la asamblea catalana hubo dos oradores completamente divergentes. El obispo de Urgel, comprendiendo justa y exactamente su mision, elevó su elocuente voz en favor de la paz; empero el canónigo de la misma catedral, el antes nombrado D. Pablo Claris, fué el orador más fogoso y enérgico contra todo lo que no fuese guerra, y guerra á sangre y fuego. Inútil es decir que reprobamos la conducta del mencionado canónigo, como contraria á su ministerio; era á los individuos de otro estado á los que correspondia ocuparse de un asunto tan contrario á la mansedumbre evangélica; y el prelado estuvo tan mesurado y digno en su puesto, como descómpuesto é inconveniente el canónigo. Hemos dicho ya que el mal gobierno dió sobrado motivo al disgusto de los catalanes; empero no tocaba seguramente á los ministros del altar el sembrar la alarma y el animar á los indecisos á la guerra, para que se renovasen las escenas de horror, desolacion y sangre. Además, no sabemos cuáles serian las costumbres del canónigo Claris, sin que tratemos de presentarlas como no fuerón, puesto que no las conocemos. Diremos, no obstante, que historiadores respetables y nada sospechosos manifiestan que el prelado de Urgel habló *con mu-*

cha dignidad y mesura, con gran elocuencia y con copia de robustas razones, en favor de la paz, y que el canónigo Claris consagró la primera parte de su discurso á DESACREDITAR al prelado, que era su superior. Esta nueva y grave falta, sobre el calor con que defendía lo que tan contrario era á su sagrado carácter, no nos le recomiendan mucho en verdad. Ciertamente que algunos han hecho de él un héroe; pero no lo es ménos, que siempre obtiene aplausos el que halaga á las masas que por su muchedumbre deciden abusando de la fuerza material, y hemos todos visto demasiado claramente de qué modo algunas veces se forjan los héroes y cómo se conceden las ovaciones.

La mayoría estaba por la guerra, lo mismo que en la corte del conde-duque, y Claris fué aplaudido y ensalzado. A imitación de la corte se designaron las plazas de armas, se decretaron alistamientos, se nombraron caudillos, jefes y oficiales. Hecho esto, se tomó un acuerdo que deshonraría perpetuamente á los que le tomaron y á aquella revolución, por más que en otros conceptos se la quisiera justificar ó disculpar al ménos. Aquella junta de malos españoles entabló negociaciones para obtener el amparo y protección del rey de Francia. Nosotros, que nos honramos con ser españoles y que miramos la propia independencia como uno de los objetos más sagrados y venerandos, disculparemos á los catalanes la sublevación, reprobando los medios por que la llevaron á cabo; pasaremos por alto la rebelión, y aun disculparíamos el que cansados de sufrir el desacertado modo de mandar, el despotismo y la ineptitud del funesto favorito, se hubiesen declarado independientes y hubieran proclamado su autonomía. Todo podríamos disculparles, como medidas adoptadas en circunstancias especiales y anormales completamente; empero abjurar de su madre patria, rechazarla y entregarse á la extraña, á la que tantas veces y tan poco noblemente había dañado y hecho guerra á la propia, jamás lo disculparemos; y ménos aun tratándose de aquellos mismos catalanes que poco antes habían hecho sentir el peso y fuerza de su valor á aquella misma nación á que se acogían.

El desacertado é insoportable mandar de un mal ministro, no debió jamás pagarlo el reino; y la determinación ya traidora y abiertamente desleal, colocaba al gobierno en la indeclinable obligación de desarrollar la guerra con todos sus horrores. La funesta guerra civil, sin dejar de serlo, iba á convertirse en guerra extranjera. ¿Se encontrará disculpa para tan desleal proceder? ¡Jamás!

El lector comprenderá si el enemigo mortal de España, el cardenal Richelieu, necesitaría recibir segunda vez el mensaje de Cataluña. El ministro francés acogió gozoso á Francisco Vilapla-

na, enviado de Cataluña; y aunque era tan violento é injusto el que un rey diese favor á los súbditos rebeldes de otro rey, justificando una sublevacion contra el poder real, sin considerar que pudiera llegar á verse en circunstancias análogas á las en que se veia Felipe IV, Richelieu, que á la sazón estaba en Amiens, ofreció en nombre de Luis XIII facilitar á Cataluña seis mil infantes y dos mil ginetes; pero pagándolos el principado, el cual, además, daría en rehenes tres personas de cuenta por cada uno de los tres brazos del Estado, *y se obligaria tambien á no hacer paces con su rey sin auencia y consentimiento de Luis XIII.* No pudieron rebajarse más los que tal tratado firmaron; y desde aquel momento cuanto Felipe IV hiciese para someter á los rebeldes y traidores, estaba justificado.

Ya en Zaragoza el marqués de los Velez dirigió un manifiesto á los barceloneses, escrito en sentido conciliador, asegurando que se acercaba de paz, sin otro objeto que el de restablecer el orden, domar á los sediciosos y proteger á los leales; pero la misma diputacion, rebelde entonces como los demás y envalentonada con los ofrecimientos de Francia, le contestó bruscamente que no se acercase, porque ni solo ni con tropas le recibirían.

A pesar de todo, el de los Velez penetró en Tortosa: D. Luis de Monsuar, ex-gobernador de la plaza, relacionado con los principales tortosinos, negoció con estos que se acogiesen á la merced del rey y recibiesen á su representante. Hiciéronlo así, y dueño de Tortosa el marqués, quedó libre el paso del Ebro, como veremos despues.

El conde-duque, siempre desacertado, escribió á Barcelona; y creyendo haber encontrado el medio de cortar la rebellion, aseguró á los catalanes que haría salir del principado toda la tropa, siempre que consintiesen en que se levantasen dos fortalezas, una en Monjuich y otra en la inquisicion. No sabemos si á esto preferirian los catalanes el que continuasen las tropas en Cataluña; de un modo ó de otro, se negaron á la proposicion del de Olivares.

Poco despues pasó á Barcelona el marqués de Povar, hijo segundo del duque de Cardona, con la mision de negociar una decorosa transaccion, aunque en apariencia iba á asistir á las sesiones de Córtes. Apenas llegó á la capital del principado, fué encerrado en una prision; pero le vendieron la fineza de que tan violenta medida se habia tomado únicamente para librarle de las iras del pueblo, que le miraba con recelo y enojo.

Tambien echó mano el conde-duque de la mediacion del nuncio del Pontífice, á fin de que procurase con su autoridad contener los excesos que en el púlpito y en el confesonario cometían,

faltando á su sagrado deber, algunos eclesiásticos y religiosos. Llegó el nuncio hasta Lérida, desde donde se dirigió por escrito á los principales individuos del clero, que puede muy bien llamarse revolucionario. Entre ellos escribió al canónigo D. Pablo Claris, que era quizás el más furibundo; pero este y los demás contestaron al nuncio, representante del Pontífice, que no pasase de Lérida, y que desde allí podia escribir lo que le pareciese.

No estaban entre tanto ociosas en el Rosellon las armas españolas. Era el general que allí mandaba D. Juan de Garay, tan entendido, valeroso y práctico como debía serlo un hombre que desde simple soldado habia llegado á general, en un tiempo en que la carrera militar era tan larga, laboriosa y expuesta.

Tuvo Garay noticia de que los del pueblo de Illa estaban en negociaciones con los franceses, y se dirigió contra aquellos. Hicieron una tenaz resistencia, y hubo necesidad de pasar al asalto; pero fueron rechazadas las tropas, perdiendo siete oficiales y cerca de doscientos soldados. Dióse segundo asalto, pero con tanto desánimo, que Garay asaltó á la cabeza para dar el ejemplo, y sin embargo, nada adelantó.

Acercáronse despues el mariscal de Schomberg y el general D'Espanan, los mismos que figuraron en la invasion pasada, seguidos de una division francesa; y aunque no se determinaron á acercarse á la poblacion, protegieron la entrada en aquella de un cuerpo de catalanes rebeldes. Con esto comprendió Garay la inutilidad de cuantos esfuerzos hiciese, y se dedicó á fortificar y artillar las plazas de aquel territorio (Setiembre).

Siguiendo las instrucciones de la corte, dividió el marqués de los Velez su ejército en tres cuerpos: el primero fué destinado á penetrar por el llano de Urgel; el segundo, de Tortosa pasaria por los pueblos del campo de Tarragona para acercarse á la capital, y el tercero permaneceria en la frontera, para acudir á donde fuese necesario: este cuerpo habia de estar mandado por el mismo Felipe IV. Con esto, y con dar orden á Garay para que con su division se acercara tambien á Barcelona, con el objeto de atacar á aquella en combinacion con los demás cuerpos de ejército, se completaron los primeros preparativos.

Creíase inminente el rompimiento de hostilidades, porque el marqués de los Velez, deseoso de mover todos los resortes para evitar la guerra, y temeroso al mismo tiempo de que Aragon, á quien Cataluña habia pedido auxilio, siguiese el mal ejemplo del principado, mandó un emisario que viese de reducir á la diputacion barcelonesa. Para tan árdua comision fué escogido un caballero aragonés, llamado D. Antonio Francis (ó Francés), persona de elevada posicion, influyente y de muy buen decir.

Trasladóse D. Antonio á Barcelona, fué muy bien recibido y obsequiado, pero al regresar á Zaragoza, manifestó sinceramente al de los Velez que para reducir á Barcelona no restaba otro medio que la guerra.

Dispuesto á ella el marqués, comenzó á recibir órdenes y contraórdenes de la córte; en aquel flujo y reflujo de diversas disposiciones, en abierta contradiccion las unas con las otras, el general en jefe estaba indeciso, perdiendo un tiempo precioso, que no se descuidaban en aprovechar los catalanes. Dicen algunos que era poco apto el de los Velez para desempeñar el cargo que del rey habia recibido; empero nosotros, á decir verdad, le encontramos, si no tan apto como hubiera sido menester, mucho más de lo que algunos dicen, muy valeroso, bastante entendido y muy digno en más de una ocasion, como muy pronto verá el lector. El general cuya sabiduría hubiese sido igual á la de Salomon, y cuyo valor y pericia hubieran sido tan grandes como las del Gran-Capitan, hubiera parecido nada, siguiendo las inspiraciones y obedeciendo las órdenes de un ministro como el conde-duce.

Á consecuencia de aquel estado de vacilacion, inaccion y duda, comenzaron las deserciones; y tanto se multiplicaron estas, que fué necesario que pasase á Alcañiz el marqués de Torrecusa, encargado de castigar á los desertores con toda la severidad que las leyes militares prescriben, máxime cuando tales delitos se cometen en tiempo de campaña.

Por fin salió el de los Velez de Zaragoza en la mañana del 8 de Octubre. Al llegar á Alcañiz recibió la real patente de virey de Cataluña, y para reemplazarle en el vireinato de Aragon, fué nombrado el duque de Nochera. Pasó muestra el marqués, distribuyó las divisiones para que se dirigiesen á los puntos que debian ocupar, y él con un cuerpo de ejército tomó la vuelta de Tortosa.

En la ribera contraria del Ebro habian situado los rebeldes un cuerpo de tropás, que comenzaron á insultar muy groseramente á los soldados. Irritáronse estos, y aunque no entraba en los cálculos del general el provocar en aquella ocasion un choque, sin que pudieran impedirlo los jefes, lanzáronse al rio los provocados, y atravesando con el agua al cuello, llegaron á tierra, deshicieron á los rebeldes, entraron en los pueblos y cometieron no pequeños desmanes.

Costó no poco trabajo á los oficiales el reunir su gente para evitar mayores males; y puesto en orden el ejército, continuó su marcha, y el de los Velez penetró en Tortosa aclamado y muy bien recibido.

En dicha ciudad prestó el juramento de guardar y hacer guardar los fueros y privilegios del principado, según acostumbraban los vireyes antes de tomar posesion de su cargo. Para asistir á este acto fueron llamados por medio de edictos los procuradores y síndicos de todas las ciudades y villas del país; mas fuese por el estado de aquel y por la inseguridad de los caminos, ó bien porque no quisiesen admitir al virey nombrado por Felipe IV, es lo cierto que á la solemne ceremonia solo asistieron de los invitados los que residian en los puntos más inmediatos á Tortosa. El principal magistrado de esta y el baile general estuvieron presentes al acto del juramento, que prestó el de los Velez en manos del obispo de Urgel.

Los catalanes en general dieron por nulo el acto, y así debia de ser si persistian en llevar adelante la revolucion; por lo demás, aunque el pretexto que tomaron fué el considerarle como contra los fueros, no sabemos por cuál de estos estaria el rey de España incapacitado para nombrar libre y espontáneamente sus vireyes, en sus dominios. Solo podian basar su grave determinacion los sediciosos en que no reconocian á su rey y habian en cambio pretendido el protectorado de Francia; pero sobre ser este motivo tan poco honroso para ellos, era verdaderamente contra ley y contra fuero. Ellos, sin embargo, no adoptaron términos medios; declararon nulo el acto y dispusieron que fuesen tratados como *extranjeros y enemigos del país y declarados inhábiles para ejercer cargos públicos en paz ó en guerra, á cuantos reconociesen y obedeciesen al virey.*

Para coronar su desatentado modo de proceder, no contentándose con insultar los objetos más respetables de la tierra, pusieron tambien en contribucion al cielo. Decretaron que se hiciesen procesionalmente públicas rogativas, *para desagraviar á Dios por los insultos hechos á la religion por los ministros y soldados del rey de CASTILLA.*

No era posible ya detener la realizacion de los medios extremos: la guerra se preparaba á desplegar sobre Cataluña sus alas de fuego; y el marqués de los Velez, aunque, á decir verdad, habia hasta entonces hecho cuanto pudo sugerirle la prudencia y puesto todo su empeño en no romper las hostilidades sin ser provocado, comprendió que habia llegado el caso de que las tropas reales tomasen la iniciativa, porque habian llegado muy al extremo los insultos hechos al legítimo soberano.

Salió al efecto de Tortosa el maestre general D. Fernando de Tejada, gobernador de dicha plaza, y su salida dió por resultado la toma de Cherta y la dispersion de los que la guardaban y de los que guarnecian sus inmediaciones. Dejó Tejada quinientos

walones en Cherta, y continuó corriendo el país. Aquellos fueron sorprendidos por una gruesa partida de miqueletes, sin embargo de lo cual, rehechos los walones, rechazaron á los miqueletes, pereciendo muchos de estos.

El maestre D. Diego de Guardiola tomó igualmente á Tivenys, despues de lo cual publicó el de los Velez un edicto de perdon en favor de los que se sometieran voluntariamente. A consecuencia de esto, todo el territorio de Tortosa se redujo á la obediencia del rey.

A imitacion del marqués, la junta rebelde publicó tambien un edicto, indultando á los que abandonaran el partido del rey; pero fué inútilmente.

Reunidas las fuerzas militares, determinó el marqués de los Velez acercarse á la capital. Tenia bajo su mando cerca de veinticuatro mil infantes y más de tres mil ginetes; llevaba á sus órdenes varios valerosos y entendidos generales, como Filangieri y el duque de San Jorge; veinticuatro cañones, doscientos y cincuenta jefes y oficiales de artillería, ochocientos carros y dos mil entre caballos y mulas de tiro.

Púsose en marcha el ejército el dia 7 de Diciembre, en direccion del Coll de Balaguer, y al llegar al centro del camino, vió la mejor parte del ejército rebelde que ocupaba á Perelló, con unas posiciones muy ventajosas y respetables. Los rebeldes mostraron su sorpresa al ver acercarse tan grande ejército; sin embargo, resistieron casi veinticuatro horas, y cedieron el puesto al de los Velez, el cual penetró sin obstáculo en Perelló. Dejó el punto guarnecido y por caudillo al maestre de campo D. Pedro de la Barreda, y continuó su camino hácia el Coll.

Era la situacion de este punto sumamente ventajosa para los rebeldes que la ocupaban. Estaba situado entre montes y horrendos precipicios, y á los naturales obstáculos y defensas, habian los catalanes añadido diversos reductos, varias trincheras y cavas, y colocado bastante artillería. Con tantos obstáculos naturales y artificiales, confiaban los rebeldes en que retrocederia el de los Velez, y por consiguiente, era ilimitada la confianza en que vivian.

A pesar de que la historia consigna verdaderos milagros ejecutados por los soldados españoles, hizo no pequeña novedad en aquella ocasion el verlos trepar por asperezas inaccesibles hasta á los más veloces y ágiles cuadrúpedos. Si llenó de pavor á los defensores el ver subir á la vanguardia por donde parecia imposible que humana planta caminase, no fué ménos su asombro al sentir por retaguardia el eco de los bélicos instrumentos de la division del marqués de Torrecusa, que intrépidamente subia por

el lado opuesto, para coger entre dos fuegos á los rebeldes. Estos con la mayor indecision se sostuvieron poco más de un cuarto de hora, haciendo algunos disparos de cañon, despues de lo cual arrojaron las armas y abandonaron sus imponentes fortificaciones.

Posesionóse, pues, el de los Velez del Coll, en donde cenó el ejército de las provisiones que en abundancia tenian acopiadas los fugitivos. Quisieron estos desde los montes hacer resistencia, y no dejaron de causar daño con sus disparos, sin embargo de lo cual quedó el terreno por el marqués de los Velez.

Por órden de este se dirigió el de Torrecusa al campo de Tarragona y se posesionó del Hospitalet, en donde hizo una importante presa. Cogió varios papeles que habia abandonado el conde de Zaballá, caudillo rebelde, y por ellos supo que la junta estaba mal segura de la adhesion de Tarragona, y se enteró del plan de campaña de los sediciosos.

Perdido el Coll, cayeron de ánimo los barceloneses sublevados, y acudieron angustiados á Francia. M. D'Espanan se puso inmediatamente en camino con tres mil infantes y mil ginetes, y con ellos penetró en Barcelona con grandes aplausos, volviendo el ánimo á los que desmayados estaban.

Desde la capital tomó D'Espanan la vuelta de Tarragona, en donde se encerró con su gente y se fortificó, añadiendo á sus cuatro mil hombres las compañías de catalanes que se le pudieron reunir.

Dirigióse el de los Velez á Cambrils, bizarramente defendido por los catalanes, quienes rechazaron con valor y decision varios ataques dados por las tropas reales. Estas se llenaron de espanto al ver caer con el caballo en tierra al marqués de los Velez. Habia recibido un balazo que le hirió levemente; pero su poderoso caballo habia recibido otro, del cual cayó en tierra para jamás levantarse. El marqués se puso inmediatamente de pié, montó otro corcel, y aseguró con semblante tranquilo y risueño á cuantos le rodeaban que su herida era muy leve.

Por fin rindióse Cambrils por capitulacion, despues de una resistencia tan larga como tenaz y valerosa. No se hizo la entrega sin desgracias: algunos soldados quisieron despojar á los vencidos, y no faltó alguno de estos que rechazó la fuerza con la fuerza. Con este motivo tomaron parte soldados y paisanos en la inesperada pelea, y ocurrieron muchos muertos de unos y otros. Costó gran trabajo á los jefes el lograr que cesase aquella verdadera matanza, ocasionada por un terrible combate al arma blanca entre vencedores y vencidos.

Hasta aquí hemos visto al de los Velez valeroso y fuerte, diri-

giendo con bastante acierto la campaña. Un poco riguroso se mostró, condenando á muerte al baile, á los jurados y á tres capitanes rebeldes. La manera de ejecutar la sentencia fué peor que la misma ejecución: fueron degollados durante la noche, y sus cadáveres aparecieron al amanecer colgados de las almenas. Creyó imponer con aquel golpe de excesiva severidad á la multitud, y quizá solo logró ensañarla más y disponerla á la resistencia.

Después de un largo consejo en el que, como siempre en casos análogos sucede, estuvieron muy divergentes los pareceres, el duque de San Jorge propuso que se marchase en dirección de Tarragona: no estaba el de los Velez muy conforme con este parecer, porque le faltaba artillería gruesa y no había llegado don Juan de Garay con la brillante infantería del Rosellon. Sin embargo, cedió, porque estimaba en mucho el dictámen del duque de San Jorge.

Hizo alto el marqués entre Salou y Villaseca. Estaban en ambos pueblos fortificados los rebeldes; mas el bizarro marqués de Torrecusa tomó á Salou, y á Villaseca el marqués de Xeli, haciendo prisioneras á ambas guarniciones.

Mandó un mensaje el general francés D'Espanan al marqués de los Velez desde Tarragona, pidiendo el cange de los prisioneros, entre los cuales había catalanes y franceses. El caudillo español, á quien hemos hasta ahora encontrado valeroso y acertado en el mando, se mostró muy digno y atinado en la respuesta que hizo dar á D'Espanan.

Mandó preguntarle *en qué concepto estaba en España; si hacia la guerra como súbdito del rey cristianísimo al rey católico, ó como auxiliar de una provincia rebelde á su legítimo soberano.*

No tuvo qué contestar D'Espanan á las dignas palabras del de los Velez, el cual algunos días pasados envió uno de los jefes franceses prisioneros, para que enterase á D'Espanan de las fuerzas del ejército real y de los elementos de guerra de que disponía.

Sin detenerse más siguió el marqués con el grueso del ejército en dirección de Tarragona, á pesar de que los rebeldes trataron de distraer su atención y desmembrar su ejército, haciendo talas y daños por otros puntos. Al efecto el rebelde San Pol con tres tercios comenzó á talar los campos y entrar á saco en los pueblos de la frontera aragonesa, mientras D. Juan de Copons con sus tropas hacia otro tanto por la parte de Tortosa. El de los Velez comprendió la intención y siguió su marcha, mandando al duque de San Jorge que se adelantase con la vanguardia y toma-

se los puntos que dominan á Tarragona, lo que ejecutó bizarramente aquel valeroso caudillo.

Puesto en grave conflicto D'Espanan vaciló, sin saber qué partido adoptar; y creyó lo más conveniente dirigir un mensaje á Barcelona pidiendo auxilios, y manifestando que si muy brevemente no los recibía, no podía responder de la seguridad de la plaza. Fuese por efecto de las dificultades que el camino ofrecía, ó porque la diputacion barcelonesa dudó mucho antes de decidir, ó porque recibió con frialdad el mensaje de D'Espanan, es lo cierto que tardó mucho en responder. Disgustado con la demora el caudillo francés, entró en tratos secretos con el de los Velez; y despues de varias demandas y respuestas se firmó entre el general español y el caudillo francés la siguiente capitulacion:

«D'Espanan saldria de Tarragona con las tropas del rey de
»Francia;—se retiraria igualmente con las que estaban entre esta
»ciudad y Barcelona;—no entraria en ningun lugar fuerte del
»principado, ni defenderia ninguna plaza que le encomendara la
»diputacion;—haria cuanto pudiera para que el conseller que
»mandaba el tercio de Santa Eulalia se uniera al ejército real;—
»procuraria igualmente se pusiera en manos del marqués el ín-
»clito pendon de Santa Eulalia que se guardaba en la plaza;—
»aconsejaria á la ciudad se presentara á implorar la gracia del
»rey, pidiendo perdon de sus yerros.»

Poco despues de haber anochecido (23 de Diciembre), se reunieron los caudillos español y francés para firmar la capitulacion; y el dia 24 comieron juntos los jefes y oficiales de los dos ejércitos.

Presentáronse despues las autoridades y diputados de la ciudad, á prestar obediencia: el de los Velez, al ver que se acercaban en traje de ceremonia correspondiente á los respectivos cargos, les hizo entender que no podía recibirlos de aquella manera. Obedecieron, y despojados de sus trages é insignias volvieron á presentarse al virey, el cual los admitió á la gracia del soberano.

El mismo dia 24 de Diciembre quedó desocupada de enemigos Tarragona, y entró triunfalmente en ella el marqués de los Velez. Coincidió con su entrada en la plaza la llegada de don García de Toledo, marqués de Villafranca, mandando una escuadra de diez y siete buques, en uno de los cuales llegó tambien el famoso general D. Juan de Garay.

Esta revolucion, hija, en verdad, de la mala administracion del conde-duque y de la indolencia del rey, perdió toda la parte que tuvo en un principio disculpable, por los muchos y feísimos lu-

nares con que despues la mancharon, tales como el que vamos á referir.

Fué para los revolucionarios terrible golpe la entrega de Tarragona; mas no por esto desistieron de sus proyectos de resistencia. Dicha entrega consternó á los barceloneses, si bien celebraron mucho la noticia de que M. D'Espenan no habia podido cumplir la condicion relativa á la entrega del pendon de Santa Eulalia. Un conseller, que era maestro del tercio de los gremios, se procuró la fuga llevando consigo el expresado pendon. El placer con que los barceloneses oyeron esta grata nueva, fué momentáneo; y sobrepujó, como era sobradamente natural, la pesadumbre de la pérdida de Tarragona. Pocos momentos despues de adquirir la certeza de la fatal noticia, hicieron tocar á rebato, y salieron todos armados á la calle, sin saber por qué, ni contra quién. Por desgracia supieron que en el palacio de la inquisicion habia algunos castellanos refugiados, y al palacio se dirigió una innumerable muchedumbre, gritando y amenazando de muerte á cuantos no fuesen revolucionarios.

Tres oidores encontraron; afortunadamente ninguno más habia, y cobardemente á los tres asesinaron á puñaladas, despues de lo cual los llevaron arrastrando á la plaza del Rey, en donde los colgaron de una horca y profanaron bárbaramente los cadáveres.

En tal estado se hallaba la revolucion de Cataluña al terminar el año 1640.

ITALIA.

En este año hicieron progresos las armas francesas en Italia. El bizarro marqués de Leganés, atacado por fuerzas superiores de Francia y de Saboya, perdió una batalla que ganó el general D'Harcourt, y el primero tuvo que levantar el sitio de Casal. A consecuencia de este triunfo, pasó el francés á sitiarse á Turin. Hallábase dentro de la plaza mandando las armas el valeroso príncipe Tomás de Saboya, y el marqués de Leganés dispuso un movimiento que le dió gran renombre, sobre la mucha fama de que ya justamente gozaba.

Al saber el de Leganés que el de Saboya estaba sitiado, reunió doce mil infantes y cuatro mil ginetes, con los cuales voló en auxilio del príncipe Tomás. Llegó el marqués á las líneas del sitio; y tan hábilmente dispuso las operaciones, que dejó sitiado al sitiador por los españoles y por los defensores de la plaza.

No por esto dejó D'Harcourt de demostrar su mucha inteligencia y pericia, colocando una línea de trincheras. Con este motivo se multiplicaron los ataques, demostrando tanto valor como decisión amigos y enemigos.

Cuando parecía inevitable que los unos ó los otros cediesen, llegaron refuerzos á D'Harcourt, mandados por los generales Turenna y Villeroy; empero tambien el de Leganés recibió importantes refuerzos.

Comenzó á trabajar el hambre más que el plomo y el acero. El de Leganés tomó todos los pasos, y los franceses llegaron á carecer de todo género de mantenimientos; mas era lo peor del caso que tampoco los sitiados dejaban de padecer necesidad, porque no era posible surtir la plaza.

Richelieu, como todos los hombres de gabinete que dictan órdenes desde su despacho, á la manera del que libre de todo peligro dispone enérgicamente y vitupera á los que en el peligro se hallan, instaba á D'Harcourt para que no desistiera del propósito de entrar por fuerza de armas en la plaza, y sobre todo, para que á toda costa se apoderase de la persona del príncipe de Saboya. D'Harcourt, que estaba sobre el terreno, rodeado de peligros, y viendo de cerca cuán erizada de dificultades estaba la empresa, entró en tratos de capitulación con Tomás de Saboya. Aquella quedó ajustada el día 19 de Setiembre (1640). Sus condiciones fueron las siguientes:

«La plaza había de ser entregada á las tropas de Luis XIII;—
 » los sitiados saldrían con todos los honores de la guerra;—los
 » habitantes que quisieran salir, podrían tambien hacerlo con sus
 » familias y bienes, ya para seguir al príncipe, ó bien para diri-
 » girse al punto que quisieran;—igual libertad se concedía á las
 » infantas; pero en el caso de preferir quedarse en Turin, serían
 » respetadas, así como su servidumbre, bienes, alhajas, etc.;—
 » los españoles que estaban dentro de la plaza podrían reunirse
 » á las tropas del marqués de Leganés, tambien con los honores
 » de la guerra, llevando consigo dos piezas y dos morteros, con
 » veinticinco tiros ó cartuchos para cada pieza.»

El día 24 de Setiembre fué evacuada la plaza; el príncipe Tomás se dirigió á Ivrea.

FLANDES.

El día 22 de Abril salió de Paris el mariscal de la Meylleraie con dirección á los Países-Bajos, encargado por Richelieu de hacer la guerra por la parte del Mosa.

En el primer choque que tuvo con el ejército español, perdió tres regimientos ó tercios, que fueron por aquel completamente destrozados. Acto continuo atacó á Charlemont; pero las copiosas lluvias de la primavera le obligaron á retirarse.

Dirigióse despues á Mariembourg, y no fué más feliz que en Charlemont; porque los españoles le hicieron desalojar el puesto, lo que disgustó no poco al cardenal-ministro. Este, en compañía de Luis XIII, se dirigió á Amiens, y dió orden á la Meylleraie para que uniese sus fuerzas á las de los mariscales Chatillon y de Charme, y pusiese sitio á la fuerte plaza de Arrás. Esta se hallaba casi desguarnecida, puesto que solo encerraba su perímetro poco más de mil ochocientos hombres, entre infantes y ginetes.

Puso el sitio un formidable ejército, con un gran tren de artillería que llevó la Meylleraie de Paris; y el infante D. Fernando acudió en socorro de Arrás, con las tropas que pudo reunir.

Puesto en orden el ejército español, el valeroso infante atacó denodadamente las líneas francesas. Duró la batalla desde las cinco de la mañana hasta cerca de las siete de la tarde. El bizarro duque de Lorena mandó en aquel dia con mucha gloria una division española, que se batió heroicamente; y aunque todo el ejército del infante D. Fernando se batió con extraordinaria bizarría, el número de los franceses era inmensamente mayor, y no fué posible romper sus líneas.

El jefe francés intimó la rendicion á la plaza, amenazando con tratar á la guarnicion con todo el rigor de la guerra si no se rendia, puesto que no tenia aquella por su número las condiciones necesarias para la defensa.

Negóse, sin embargo, la exigua guarnicion, y la Meylleraie apeló á las minas. Preparadas estas, se hizo segunda intimacion, que fué tambien contestada con una rotunda negativa. Entonces mandó el mariscal francés dar fuego á una mina, la cual causó un gran destrozo: el jefe que mandaba la plaza, esperando que no tardaria el enemigo en dar el asalto y no teniendo fuerzas para resistir, prometió entregar la plaza si no era socorrido antes del medio dia del 9 de Agosto (dia 7).

Era imposible socorrer la plaza, por el numeroso ejército que la sitiaba; y el caudillo defensor en cumplimiento de su promesa capituló el dia 9. Los sitiados adquirieron más gloria que los sitiadores; porque con mil ochocientos hombres solamente, casi sin víveres ni municiones, se sostuvieron desde el 13 de Junio hasta el 9 de Agosto, contra tres ejércitos dirigidos por tres mariscales franceses, y ni aun la amenaza de ser tratados con todo el rigor de la guerra les hizo rendirse. Solamente cedieron cuando

por efecto de las minas perdieron toda esperanza. Y era en aquella época ley de guerra que fuesen tratados con todo rigor y sin ninguna consideracion los que defendiesen una plaza ó puesto sin cierta dotacion de hombres, armas y municiones, en justa proporcion de la plaza ó puesto acometido.

Haciendo los caudillos franceses honor y justicia á los defensores, les concedieron sin vacilar todos los honores de la guerra, permitiéndoles salir, como era consiguiente, tambor batiente, con banderas desplegadas, armas y bagajes. Otorgaron asimismo que los protestantes no pudiesen impedir á los católicos el libre uso de su religion, y que no pudiese ser nombrado gobernador de Arrás el que no fuese católico.

Como España estaba completamente descuidada de la guerra de Flandes, lo que no era á la sazón extraño, puesto que toda la atencion, fuerzas y medios estaban fijos en Cataluña, penetró en Flandes el mariscal de Chatillon, sin que el infante D. Fernando pudiese hacer más que reforzar las plazas principales. No consiguió, empero, gran cosa el de Chatillon, porque no le auxilió, como pudo y prometió, el príncipe de Orange.

Aunque el difunto príncipe de Orange, como varias veces hemos dicho, fué más que otra cosa, general de ocasiones y de golpes de mano, su hermano, príncipe á la sazón, hizo mucho ménos que su antecesor. Este atacó varios fuertes y castillos en el último tercio del año 1640, y de todos fué rechazado con grandes pérdidas. Se apoderó únicamente del castillo de Nassau, que hizo destruir, despues de haberle alejado de Hulst los españoles, de una manera para él harto ignominiosa.

Pasó despues á Güeldres, y sufrió otra vergonzosa derrota, concluyendo la campaña de aquel año por huir abiertamente, para no caer en manos de los generales españoles conde de Fuentes y D. Felipe de Silva, que no le daban un punto de reposo.

PORTUGAL.

Era poco para el desatentado favorito y ministro de Felipe IV el haber dado márgen á la sangrienta y destructora rebelion de Cataluña: faltábale dar ocasion con su desacertado gobierno á otra rebelion tanto ó más importante, y á la pérdida de una de las más bellas porciones de la española península.

Despues de la reincorporacion de Portugal, debió ser el primer cuidado de todo gobierno el atender á que la parte reincor-

porada llevase á gusto el cambio de situacion. Sabido es que todo estado independiente recibe de mal grado la dependencia; y solo podrá hacérsela llevadera una administracion tan paternal y benéfica, que le haga ver prácticamente y en el terreno de los hechos, que lejos de perder, ha ganado con la reincorporacion.

Los portugueses, que no la recibieron de buen grado, fuéronse, en general, acostumbrando á ella durante el reinado de Felipe II. Muerto este, ya comenzaron á sentir los desaciertos del duque de Lerma; pero estos fueron, puede decirse, insignificantes, si se comparan con los del célebre conde-duque de Olivares.

Este, lo mismo que todo ministro, debió tener siempre muy presente que nunca falta un vástago de la dinastía que reinó, tratándose de estados anexionados, reincorporados ó agregados á otros, que sea ambicioso, que desee empuñar con más ó ménos justicia y ménos ó más derecho el cetro. Si es hombre de arrojo, intenta el realizar su proyecto, y tremola una bandera que es siempre sagrada para los hijos de un estado que fué independiente. Grita independencia, y á este santo grito todo el que abraza en el pecho un corazon que late á impulso del santo amor de la patria, acude á agruparse bajo la amada y respetable bandera. Si á esto se agrega el general descontento, hijo del mal gobierno del que domina, el ambicioso tiene hecho casi todo su camino: una débil chispa produce un horroroso incendio, y por fuertes que sean las cadenas que al pueblo reincorporado ligen, las rompe en millares de pedazos, como hace volar por el espacio las leves y secas aristas el irresistible impulso del violento huracan.

Lejos de tratar el de Olivares de que olvidasen los portugueses que habian sido independientes, lejos de hacer que fuesen considerados como hermanos de los habitantes de España, tratábalos á las veces con desden y descuido, á las veces con rigor y con orgullo; empero ni el orgullo, ni el rigor, ni el descuido, ni el desden le impedian acordarse de ellos para oprimirlos con onerosos tributos y con insoportables exacciones. Véase de qué modo entendia el de Olivares la manera de gobernar á los portugueses. Oigamos al erudito Lafuente:

«Cuando los portugueses representaban sobre lo excesivo de » los impuestos con que estaban recargados, solia responder el » orgulloso ministro Olivares: *Las necesidades de un gran rey » no se arreglan segun la miseria de los pueblos, y harta moderacion y prudencia se usa en pedir con decoro lo que podria » exigirse por la fuerza.* Ya en un memorial que se habia dado » á Felipe IV en 1631, entre las causas del mal estado de la monarquía que en él se señalaban, se contaba tambien la gran su-

» ma de dinero que se sacaba de Portugal. «Sácase (se decia) de
 » aquel reino para Castilla mucha suma de ducados, y fuera de
 » los muchos millones que montan los donativos, impuestos, de-
 » rechos de la casa de Indias y Alfandega, medias anatas y otros
 » servicios, se sacan tambien las rentas que están situadas para
 » una armada que ande por todas aquellas costas y se alargue á
 » los mares, y esto por asiento de los mercaderes que voluntarios
 » impusieron sobre sus haciendas un tanto para este effeto. Sáca-
 » se tambien lo situado para cuatro galeras, que eran el remedio
 » de las costas..... Y todo esto que pudiera ser alivio de aquel
 » reino y terror de los enemigos, ven que lo pagan, que lo pade-
 » cen, y ello se desperdicia, porque dicen (y esto muy en público
 » asi en esta córte como en Lisboa) que el Retiro lo consume todo,
 » y embravécense los ánimos cuando discurren que lo que pu-
 » diera ser honra y provecho, injustamente se defrauda á los pro-
 » festos con que se concedieron los tales impuestos, y inútilmente
 » se desperdicia al arbitrio de un hombre que en acabando su vi-
 » da, se ha de acabar el dia de su muerte la memoria de que fué,
 » y de lo que hoy es; y sin el escrúpulo de temerario me atreve-
 » ría á decir se darian los reinos por resarcidos de todos los da-
 » ños como llegase pronto ese dia.»

Los portugueses lanzaban sus anatemas y concentraban todo su odio en el conde-duque, comprendiendo que nada sabia de cuanto pasaba Felipe IV. Y era tanto más punible el fatal ministro, cuanto que en realidad el rey ignoraba la verdad de lo que ocurría en Portugal y en las demás provincias del reino; porque aquel hombre fatídico le habia incomunicado con todo el mundo, y en más de una ocasion hasta con la misma reina; por manera que el soberano no sabia más de lo que el ministro le decia, y este referia unos sucesos, otros los callaba, y al referir algunos los pintaba del modo que más conveniente le parecia á sus fines.

Esmerábase, al parecer, el de Olivares en nombrar para los primeros cargos de Portugal á personas que le eran tan aficionadas como odiosas á los portugueses. Entre aquellos se contó á Diego Suarez y Miguel de Vasconcelos, entre los cuales tenian supeditada á la prudente vireina doña Margarita de Saboya, la que no encontrando apoyo en la córte de España, tenia que sucumbir á cuanto la prescribían, más que la aconsejaban, Vasconcelos y Suarez.

El primero de ambos era tan descortés y usaba en el ejercicio de su mando de tan desusada grosería y de un orgullo tan repugnante, que habiéndole hablado un dia el respetable arzobispo de Braga, haciéndole prudentes reflexiones respecto del

insoportable despotismo con que mandaba, Vasconcelos se expresó de manera que el arzobispo, citando uno de tantos hechos arbitrarios, le preguntó con qué autoridad había castigado á cierto portugués de una manera tan atroz como denigrante. Entonces el despótico y mal mirado Vasconcelos, que al fin acabó asesinado, levantándose de su asiento como para terminar la entrevista, y olvidándose de la respetable dignidad de la persona que le hablaba, contestó airado: *¡Con qué autoridad! Con la misma que tengo para hacer que vuestra ilustrísima marche inmediatamente á su diócesi*, SI SE METE Á CRITICAR CON DEMASIADA LIBERTAD MIS ACCIONES.

Hacia tres años que no pudiendo sufrir los portugueses la verdadera tiranía de los agentes del gobierno, se mostraron en abierta insurreccion en varios puntos de los Algarbes. Fueron sometidos los insurrectos; pero el fuego de las insurrecciones, cuando son fruto de la tiranía, se amortigua, mas no se extingue por completo.

Las Córtes de 1638, que eran en realidad una verdadera parodia de las antiguas, accedieron sin hacer oposicion alguna á que se concediesen grandes mercedes al conde-duque, por haber sometido á los insurrectos de Portugal.

Naturalmente el valido alentado con los premios recibidos, duplicó su orgullo y su dureza; y como si los castigos impuestos á consecuencia de la sedicion no hubiesen sido bastantes, decretó un gran tributo, haciéndole doblemente odioso, por haberle calificado tambien como un castigo más.

Fué más allá el de Olivares; para humillar más y más á los portugueses, hizo venir á la córte á varios próceres de aquel reino, y entre ellos á los tres arzobispos de Braga, Lisboa y Evora, con el objeto de que fuese Portugal reducido á la categoria de *provincia de Castilla*. Al saber el objeto de la convocatoria, se negaron á venir algunos de los convocados, y el conde-duque decretó contra ellos el castigo de prision.

Ya no se trataba en Portugal de sediciones parciales: la paciencia se habia agotado, y como en tales casos acontece, no faltaba tampoco en aquel reino y en tal ocasion un vástago de familia de reyes con ambicion de corona. Era este el duque de Braganza, nieto de la infanta doña Catalina é hijo del duque Teodosio. El lector recordará que aquella infanta y su esposo disputaron el cetro lusitano á Felipe II, conquistador de Portugal.

A decir verdad, el que era á la sazón duque de Braganza, nada tenia de ambicion: era hombre más dado á los placeres y á la tranquilidad y al retiro, que á la opulencia, al fausto y al man-



do; empero no por esto era persona de poca capacidad, sino muy apto para el mando y para los asuntos de estado.

Hemos dicho que nada tenia el duque de ambicioso; mas era una bandera bastante legítima, para que á ella se agrupasen los que deseaban que se separase Portugal de España; y la ambicion y la energia que á él faltaban, le sobraban á doña Luisa de Guzman, su esposa, que era hermana de un ilustre prócer español, el duque de Medina-Sidonia. Esta señora tomó por su cuenta el sacar á su esposo de su natural apatía, y á las súplicas y reflexiones de la esposa, se unian la voluntad y deseos de los portugueses.

No escapó á la perspicacia de Vasconcelos y de Suarez lo que ocurría, ni dejaron de dar reiterados avisos á su patrono el conde-duque. Este dispuso, por indicacion de aquellos, que so pretexto de la rebelion catalana se hiciesen venir á España tropas portuguesas, para quitar de aquel reino fuerzas militares. Dió tambien orden al duque de Braganza para que, en union con otros próceres sospechosos, pasase á Cataluña, amenazando si no obedecia con la confiscacion de bienes. Esta dureza no hizo sino acabar de desesperar á los que estaban casi desesperados; y los sacerdotes se encargaron de consumir la obra desde los púlpitos. Por manera que hasta entonces se deseaba recobrar la independencia, fuese de la manera que fuese: desde entonces se vió que sobraban brazos, pero faltaba cabeza, y todos á una la buscaron en el duque de Braganza.

Excusado es decir que la duquesa suplía perfectamente á su esposo; se entendia directamente con los principales conjurados, y todo lo ordenaba y nada descuidaba. Para el mejor acierto y más feliz resultado, el mayordomo de los duques, llamado Pinto Riveiro, era un hombre como elegido *ad hoc* para conspirador. Inteligente, diestro, astuto, simulado, activo, osado, discreto, sigiloso, era, en fin, una joya sin precio para el servicio de sus señores, en la grave, árdua y expuesta tarea que habian confiado á su fidelidad y celo.

Los duques permanecian en su retiro de Villaviciosa; mas aunque retraidos de la corte, la policía de Vasconcelos conocia la conjuracion que se tramaba. Dieron aviso al conde-duque, y esta *grande inteligencia* para cortar el mal de raiz, apeló á medios desacertados unos, é innobles otros. Primeramente invitó al de Braganza para que marchase á Milan de gobernador. El duque contestó muy respetuosamente y dando millones de gracias por la que se le queria hacer; mas renunció, porque *no teniendo conocimiento alguno de los negocios de Italia, necesariamente habia de ser muy mal gobernador.*



No comprendiendo el de Olivares lo que significaba aquella negativa, volvió á escribir al duque portugués manifestándole que el rey iba á trasladarse á Aragon, con motivo de la rebelion catalana, y que deseaba presentarse seguido de los primeros nobles de España y Portugal, y que él, como el más ilustre de los grandes portugueses, debía venir al frente de estos para acompañar á S. M. Agradeció tambien el de Braganza el honor que se le queria dispensar; empero añadió que el estado de su casa y sus rentas (que eran inmensas) no le permitian representar al lado del rey el papel que por su nacimiento le pertenecia. Esto ya no debió dejar duda de que en todo pensaba el duque de Braganza, ménos en ponerse en las manos del conde-duque.

El estúpido ministro, que es hacerle completa justicia el calificarle así, quizá creyendo inspirar confianza al duque para despues lograr atraerle, le facultó para visitar las costas lusitanas, que estaban segun él amenazadas por Francia, y para guarnecer, fortificar y poner en seguridad y estado de defensa las plazas del reino. Esta comision sí la aceptó el duque: pasó á girar la visita, *muy bien escoltado*; fortificó y guarneció las plazas á su manera, y puso en ellas gobernadores de su confianza. Dícese tambien que el ministro dió orden secreta á D. Lope de Osorio, almirante de España, para que ofreciese un convite al de Braganza á bordo de la capitana, y le aprisionase; mas sea que los temporales no permitiesen á la armada aproximarse á la costa, ó que surgiesen otros inconvenientes, nada sucedió: dudamos, además, y lo dudamos mucho, ó mejor dicho, no creemos que el de Braganza hubiera puesto el pié en ningun buque de España.

Pero si el lector cree que ha visto todo lo que puede ver respecto á la inusitada necesidad del ministro de Felipe IV, creerá muy mal. Acto continuo remitió al duque una carta afectuosísima acompañada de 40,000 ducados, *para que pudiese levantar tropas*. Pudo ser la intencion del conde-duque la de vencer al enemigo con su generosidad y con esto obligarle á ser leal; pero en contra de esta suposicion están los avisos secretos que mandaba á sus agentes, para que á toda costa procurasen apoderarse del duque.

Este tomó sus 40,000 ducados y los aprovechó en beneficio de su causa, en lo que á decir verdad no anduvo muy noble ni caballero, puesto que no debió recibirlos si habia de emplearlos en contra de quien se los daba. Cierto que duélenos confesarlo; pero si sentimos á fuer de muy españoles la pérdida de Portugal y desmembracion de la península, decimos, no obstante, que mereció perderse, y que si tan de cerca no nos tocase la pér-

dida, aplaudiríamos y cordialmente ensalzariamos á los portugueses.

A aquella hora ya estaban de acuerdo nobles y plebeyos, sacerdotes y militares, comerciantes, industriales, artesanos, agricultores: solo existia una voluntad; y el de Braganza invirtió sus 40,000 ducados en gratificaciones para el mejor éxito de su empresa.

Perfectamente guiado el duque por su esposa y el fiel Pinto Riveiro, acabó de girar la visita dispuesta por orden del conde-duque, en la cual puso lo que le convenia y quitó lo que le perjudicaba; y como si no pensase en ceñir la corona, tranquilamente se retiró á Villaviciosa y volvió á su antigua vida: hizo más; mandó á Cataluña todas las tropas que le *fueron pedidas*. Entonces el *hábil* ministro y sus amigos, tan *hábiles* como él, se convencieron de que los temores de Vasconcelos y Suarez eran verdaderos sueños, hijos de su mucha lealtad, y de que el duque de Braganza en todo pensaba ménos en conjuraciones. Esto era precisamente lo que deseaba y buscaba el de Braganza.

No volvió á Villaviciosa Pinto Riveiro, y este criado fiel, que sin perjuicio de su fidelidad pensaria en pasar de mayordomo del duque á mayordomo del rey, permaneció en Lisboa; y con él bastaba y sobraba.

El dia de Nuestra Señora del Pilar (12 de Octubre 1640) se reunieron muchos prelados, nobles y generales, en un jardin de la casa de D. Antonio de Almada, furibundo partidario del duque, ó mejor dicho, de la independenciam de Portugal.

Declamóse allí enérgicamente contra la tiranía de España, salvando á Felipe IV, al cual hacian indolente y débil; no mal intencionado ni déspota. Todo el odio recaia sobre el conde-duque; pero la venganza habia forzosamente de recaer sobre el rey, y lo que era aun peor, sobre España.

Tratábase nada ménos que de deshacer la grande obra de Fernando V, que unificó la península española; y no completó su obra porque le faltó la vida, pero murió con el grave disgusto de no haber unido el Portugal á España. Una ligereza del célebre D. Alfonso, el emperador, ó más bien una imprevision unida al amor paternal en favor de una hija, le hizo desprenderse de aquella hermosa parte de la península; y ya que la muerte impidió al gran Fernando V el realizar su más ardiente deseo, Felipe II, su biznieto, le realizó: esta gloria nadie puede disputársela. Por esto es más doloroso que las fatigas corridas y peligros sufridos por tantos dignos soberanos, ávidos de gloria y deseosos de deshacer la inicua traicion de los deudos de Witiza, de reconquistar palmo á palmo todo el inmenso territorio usur-

pado por los islamitas, viniesen á desaparecer, quedando el premio de todas las fatigas, peligros y disgustos, á merced de reyes indolentes y de estúpidos favoritos.

Débase, sin embargo, no olvidar que los portugueses, llevados de un loable deseo y de un recomendable espíritu de amor patrio, querian reconquistar su independencia; mas ciegos por la intensidad de su vivo deseo, olvidaban la inconveniencia de aquel. Que un estado como España desee conservarse libre, se comprende perfectamente; pero que lo desease Portugal, que no es sino una magnífica y extensa provincia, sin condiciones de reino, es un desacierto, como lo hubiera sido el de Cataluña, á haberle realizado en el mismo año 1640: de realizarle, hubiera pasado del dominio de España al de Francia, porque carecia de condiciones para hacerse respetar por sí sola, del mismo modo que Portugal vino á supeditarse á otra nacion, que la impondrá siempre su voluntad más ó ménos explícitamente; y en cuanto á si Portugal puede hacerse respetar por sí solo, nada diremos, porque lo hemos visto en el presente siglo, y nos dolió el verlo; porque siempre hemos considerado á los portugueses como hermanos.

Ciegos, empero, con su noble deseo, solo miraron la parte más bella de la realizacion; y en la junta clandestinamente celebrada en el jardín de D. Antonio hubo oradores muy fogosos, descolando entre todos cierto prelado, pero no noblemente, como otros: en él no hablaba el amor patrio; le inspiraba el vivo sentimiento contra la vireina, porque no le habia preferido para ocupar la silla arzobispal de Braga, primada de Portugal.

Arrastrados los próceres, prelados y caballeros asistentes á la reunion por las fogosas palabras de tres ó cuatro oradores, únicos que hablaron, fuéronse comprometiendo uno por uno á contribuir á la grande empresa con todos sus bienes y con sus personas, y á empeñar en ella tambien á sus amigos, deudos y vasallos.

Firmado por todos el solemne compromiso, se trató de acordar la marcha que debian seguir los conjurados para realizar su proyecto, y unánimemente se decidió arrojar las carelas y apelar á las armas.

Entre los que se reunieron en casa de Almada habia muchos partidarios de la monarquía, y por consiguiente, del duque de Braganza; empero no todos estaban conformes, ni querian una cosa misma. Unos clamaban por la monarquía, otros por un gobierno misto, algunos por república federativa; pero prevaleció la primera idea.

Ya de acuerdo en preferir la forma monárquica, estuvieron

discordes respecto de la persona que habia de ocupar el trono. Las voluntades de los que asistieron estaban divididas entre los tres duques de Braganza, de Villareal y de Aveiro.

Tenia, empero, ganado el pleito el de Braganza; porque el arzobispo de Lisboa era persona de grandes relaciones, de mucha influencia, nada extraño á los cortesanos manejos, y estaba decidido por el de Braganza. El arzobispo tambien tenia la gran ventaja de proteger al aspirante que, rota la paz con España y su dominacion por consecuencia, tenia mejor derecho. En cuanto á medios materiales para ganar voluntades rehacias, baste decir que era poderosísimo, y nadie tenia mejores dotes naturales que el de Braganza para empuñar con acierto el cetro.

Quedaron, por fin, de acuerdo todos, y allí mismo fué en secreto elegido y proclamado el duque como rey de Portugal. Nombróse una comision que le hiciese presente la decision de la junta; mas el duque no quiso acceder de pronto, como quien deseaba hacerse valer y que en ningun tiempo pudieran decir sus partidarios que se habia él mismo entrometido; y si acaso se disgustaban algun dia con su mando, que se achacasen á sí propios la culpa.

Negóse, pues, el duque con mucho artificio; y esto avivó más los deseos de los conjurados, que era precisamente lo que aquel y su intrigante esposa deseaban y buscaban. Multiplicáronse por consiguiente las comisiones: una se retiraba y otra se presentaba en seguida, á pesar de lo cual se guardaba el duque muy bien de acceder, si bien ya no negaba resuellamente; pero tampoco accedia de una manera explicita y categórica.

Por fin, despues de muchos dias y de no pocos ruegos, aquel hombre, sobre el cual estaban fijos los ojos de todos los portugueses, se decidió á decir que aceptaba, aunque decidido lo tenia antes de que le eligiesen. Un dia, hallándose en el retiro de Villaviciosa una de la infinitas comisiones que pasaban á instar al duque, díjole su esposa: *Decidete, pues: ¿qué vale más? ¿Es preferible vivir arrastrando ignominiosas cadenas, ó morir con una corona? En Madrid te espera la muerte; quizá tambien te aguarda en Lisboa; mas debes considerar que en la corte de España morirás como un miserable, mientras que en la de Portugal podrás morir con gloria, como soberano. Depon todo recelo y no vaciles sobre la resolucion que debes adoptar.* Con una mujer que de tal manera reflexionaba y aconsejaba, difícilmente podia no tener grande ánimo el duque.

Aún no contestó este de una manera decisiva, pero la comision se retiró confiada, más que en el duque en la duquesa; y poco despues salió uno de los principales conjurados, llamado D. Pe-

dro de Mendoza, el cual llevó oficialmente la placentera noticia de que el duque aceptaba la corona. Diéronse plenos poderes á Pinto Riveiro para que se entendiesen con él los conjurados; y va no se pensó en otra cosa que en meditar la manera de dar el golpe de modo que no fuese dado en vago.

Debemos decir en honor de los portugueses, que á pesar de haberse hecho ya casi pública la conjuración, ni nobles ni plebeyos, ni hombres ni mujeres, ningun portugués, en fin, reveló lo que sabia; cosa extraña y que sucede muy rara vez, cuando de conspiraciones se trata. Por manera que Vasconcelos sospechaba, porque era imposible que no conociese alguna cosa; mas como no encontraba dato ninguno sobre el cual formar un cálculo que aproximadamente le sirviese de guia, estaba completamente desorientado.

Limitóse, pues, á comunicar al ministro sus sospechas; y este, dando *uno de sus golpes maestros*, mandó al duque de Braganza venir inmediatamente á Madrid, á fin de enterar personalmente al rey del resultado de la visita que habia girado para reconocer el estado de las costas y plazas de Portugal. Como si el duque de Braganza fuese tan imbécil como él para presentarse voluntariamente, si no á la muerte, á recibir las duras cadenas! No se negó, sin embargo, el duque: contestó al de Olivares, de una manera muy atenta y sumisa, que se preparaba á venir; y esta contestacion la trajo uno de sus más allegados, el cual alquiló una magnifica casa, la amuebló con el necesario lujo para recibir á tan elevado huésped, admitió á varios de los que se presentaron para entrar al servicio del duque, llamó sastres que uniformasen á los agraciados para que todo estuviese pronto y dispuesto cuando el de Braganza llegase, y en todos estos preparativos se invertieron muchos dias, como era sobradamente natural.

En tanto en Madrid trabajaban sastres, tapiceros y mueblistas, y en Lisboa armeros, guarnicioneros y fundidores; mientras en la córte de España se esperaba con placer y deseo al duque de Braganza, en la de Portugal se le preparaba y facilitaba el camino del trono; y en tanto el imbécil ministro y los estúpidos cortesanós disponian sus mejores galas para recibir al que los estaba engañando. Y eran tan miopes en politica y tan raquítica su talla en negocios de Estado, que á pesar de los antecedentes que uno y otro día mandabá desde Lisboa Vasconcelos, y sin embargo de que tantos y tan fuertes datos sobranan, mas que para recelar, para temer una general sublevacion en Portugal, todos esperaban al de Braganza, y todos se preparaban para recibirle. Merecida fué, sin género de duda, la pérdida de Portugal: duélenos á fuer de españoles el que se realizase, y

duélenos más aún el tener que confesarlo á fuer de imparciales, y el tener la necesidad de consignar en nuestras verídicas páginas hechos tan poco gratos y tan poco dignos.

Llegó el día 1.º de Diciembre; y al dar el reloj de la principal plaza de Lisboa la primera campanada de las ocho de la mañana, dispuestos en los sitios convenidos y bien armados los hombres de accion, Pinto Riveiro, alma de la bien combinada conjuración, disparó un pistoletazo. A esta señal se lanzaron los conjurados á la pelea, gritando: *¡Viva la libertad! ¡Viva don Juan IV* (el duque de Braganza), *rey de Portugal!*

Los conjurados acometieron denodadamente á la guardia española, que á pesar de su escaso número, resistió cuanto pudo, siendo al fin arrollada por la armada multitud, despues de lo cual acometieron á la alemana, la cual, ó vendida ó neutral, ninguna resistencia opuso.

El ilustre D. Miguel de Almeida, querido del pueblo, arengaba por plazas y por calles para animar á todos; trabajo, por cierto, que pudierá muy bien haberse excusado, porque lo que sobraban á los portugueses eran ánimo y deseos. Y mientras Almeida arengaba, Pinto Riveiro entraba en el palacio al frente de un inmenso grupo armado, sin otro objeto que apoderarse del aborrecido Vasconcelos.

Encontróse de frente con el teniente corregidor de Lisboa, al cual dió el grito ó seña del día, clamando *¡Viva D. Juan IV, nuestro rey!* El digno magistrado, que, cierto, no merecia el fin que tuvo, contestó: *¡Viva Felipe IV, rey de España y de Portugal!* Y apenas pudo pronunciar la última palabra, porque de un pistoletazo le asesinaron cobardemente.

Otras muertes innecesarias, ya que en las revoluciones hay repugnantes y terribles necesidades, ejecutaron los conjurados, como la de D. Antonio Correa, sin que tuviese otro delito que el de ser uno de los delegados de Vasconcelos; y la revolucion comenzó á mancharse y envilecerse, como todas se envilecen y manchan; porque son el refugio de los descontentos, la esperanza de las ambiciones y el medio de vengarse de los que son aborrecidos.

Por fin, Pinto Riveiro, que fué uno de los que más trabajaron en su propio provecho y más en pro de sus ascensos y ventajas, encontró á Vasconcelos escondido en una alhacena, haciéndole traicion una criada, de no muy buenas intenciones por lo visto, única persona que le habia visto esconder. Al ver á aquel desgraciado, tiráronle primero un pistoletazo, y despues todos los conjurados que á Riveiro seguian tuvieron á gala el darle cada uno una estocada, por lo ménos. En seguida, por un balcon del

palacio, arrojaron á la plaza el desfigurado cadáver dando la voz de ¡*Libertad!* ¡*El tirano ha muerto!* ¡*Viva D. Juan IV, rey de Portugal!* No diremos al lector, por no degradar más á la naturaleza humana de lo que ella misma se degrada á las veces, la incalculable suma de repugnantes *diversiones* con que el pueblo se regocijó, profanando de mil maneras el cadáver de Vasconcelos. La historia dice, entre otras cosas, *que no hubo escarnio ni afrenta imaginables* que aquella feroz multitud no ejecutase con los desfigurados y profanados restos de Vasconcelos.

Tambien un grupo armado se dirigió en busca de la vireina, la cual no era odiada porque no habia hecho mal alguno, y ni aun puede decirse en realidad que gobernó un solo dia. Sin embargo de que subyugada por el despotismo de Vasconcelos y de Suarez y desatendida por la córte habíase mostrado casi débil, en el momento del peligro obró en ella la ilustre sangre que por sus venas circulaba. Al sentir que los conjurados querian forzar la puerta de su cámara, ella misma la abrió, con varonil impulso, y se presentó á aquellos.

A pesar de verlos armados y tan poco dispuestos á escuchar reflexiones, tuvo bastante serenidad y valor para arengarlos, haciéndoles entender que debian deponer la ira, puesto que habia ya perecido Vasconcelos, objeto de su odio; añadiendo que si se aquietaban, ella les aseguraba del perdon de Felipe IV.

Contestóla D. Antonio de Meneses respetuosamente; porque impuso á todos la varonil actitud de aquella princesa, que tanto contrastó con la poco decente conducta que tuvo Vasconcelos en el momento de la lucha. Sin embargo, y sin faltar Meneses en nada á lo que debia á la vireina como infanta y como señora, la hizo entender que tantos nobles é ilustres personas no se habian sublevado para quitar la vida á un hombre como Vasconcelos, sino para elevar al trono al duque de Braganza, y reconquistar la independencia de Portugal.

Aún sostuvo algunas contestaciones la animosa vireina, pero inútilmente; y aun quiso presentarse al pueblo para arengarle, y lo hubiera hecho á no hacerle oportunas reflexiones D. Carlos de Noronha; porque en efecto, aunque nadie la aborrecia, no es lo mismo hablar á nobles conjurados, que á las desenfrenadas turbas de hombres venales. Si bien en Portugal el movimiento fué espontáneo, en las revoluciones jamás faltan, cuando se trata de obrar, hombres que son el desecho de la sociedad y que buscan lo que en medio de la paz jamás pueden encontrar.

Soltaron los conjurados á los presos, sin que dejasen de salir entre los reos políticos otros que seguramente no lo eran. Aumentado el número de los hombres de accion, y despues de procla-

mar á grandes voces por plazas y por calles al nuevo rey don Juan IV, se trató de asaltar la ciudadela, que aún á aquella hora se mantenía por España. Creyendo, empero, que la fuerza española que defendía aquel fuerte resistiría como era su deber, se presentaron primero á la vireina, en solicitud de que firmase la orden para el gobernador de la ciudadela, á fin de que la entregase á los conjurados.

Estaba presa en realidad la vireina, aunque á su arresto se llamaba *detencion*. Negóse, sin embargo, como debía, á suscribir aquella orden tan opuesta al juramento que al aceptar el cargo habia prestado; mas amenazáronla los conjurados asegurándola que degollarían á cuantos españoles moraban en Lisboa, si no firmaba en el acto. La vireina, por salvar á tantos inocentes, cuya vida pendía en aquellos momentos de su pluma, firmó la orden; mas abrigaba la esperanza de que el gobernador de la ciudadela comprendería que habia firmado no por su voluntad, sino obligada por la irresistible fuerza de las circunstancias. El gobernador, llamábase D. Luis del Campo, no hizo más que observar la firma para ver si era verdadera ó falsificada; y cerciorado de lo primero, entregó la fortaleza.

A las once de la mañana eran ya dueños de Lisboa los conjurados: eligieron á D. Rodrigo de Acuña, arzobispo de Lisboa, lugarteniente del nuevo rey, hasta que este se presentase en la corte, y presidente del consejo; y fueron nombrados consejeros los tres primeros caudillos de la revolucion, es á saber: D. Antonio de Almada, D. Pedro de Mendoza y D. Miguel de Almeida.

Antes del medio dia y á instancias de la bulliciosa y alegre multitud, se desplegó el estandarte real y se verificó la oficial proclamacion en la forma acostumbrada en tiempos pacíficos para las solemnidades análogas. El arzobispo de Lisboa tambien en el mismo dia despachó órdenes á todas las provincias para que se proclamase al duque de Braganza, bajo el nombre de D. Juan IV, rey de Portugal, y expidiólas asimismo para que se diese á Dios gracias en los templos y por medio de solemnes procesiones, por haber otorgado á Portugal la amada independencia.

Comenzóse á preparar despues la capital para recibir al nuevo soberano, y se dió aviso á la que fué vireina, que aún permanecía detenida, para que desocupase el palacio real, señalándola para habitacion un convento de austeras religiosas, situado extramuros de Lisboa.

En el acto salió aquella valerosa princesa del palacio sin más escolta que las damas de su servidumbre, y llevando á su lado al arzobispo de Braga, fiel defensor de la causa española, que estaba tambien detenido como la princesa. Esta atravesó toda

Lisboa con un continente tan magestuoso y digno, que aun aquellos hombres ménos cortesés y cultos que se agolpaban y obstruían el camino, al mirarla dejaban franco el paso y descubrían su cabeza en señal de respeto. Despues de algun tiempo la dejaron trasladarse á España, y la acompañaron respetuosamente hasta la frontera los gobernadores y principales próceres lusitanos.

El duque de Braganza, como hombre observador y cuerdo, era poco crédulo, hasta tocar en suspicaz; comprendía muy bien la facilidad con que el pueblo ensalza y derriba, aclama y abate, alaba y vitupera. Pasaron á buscarle á Villaviciosa dos de los nobles sus adictos, Mendoza y Melo; D. Rodrigo de Acuña despachó diversos emisarios para que apresurase la marcha; pero él, á pesar de las instancias de todos y las incesantes de su esposa, no solamente se apresuraba poco, si que también se fiaba ménos de todo cuanto se le decía.

Era preciso, sin embargo, poner algun término á aquella situacion, y púsose, por fin, en camino, aunque marchando muy lentamente, hasta que llegó á Montemor. Allí entró en un coche de posta y tomó la vuelta de Aldea-Gallega, y en una pobre barca de un pescador atravesó el Tajo y entró de oculo en Lisboa.

Dirigióse el nuevo rey á la casa de la Compañía de Indias, pasando por entre muchos grupos de los que más frenéticamente le aclamaban, sin que ninguno le conociese. Allí se cercioró del espíritu público y de si corría el riesgo no solamente de exponer su vida, sino de perderla puesto en ridículo: su desconfianza le habia obligado á no apresurar su viaje y á no entrar públicamente en Lisboa.

Extendióse rápidamente la noticia por uno de los que se hallaban en la casa de la Compañía cuando llegó el duque y le reconocieron, y muy pronto fué rodeada la casa y comenzó á clamar la multitud, pidiendo que el rey se asomase al balcon: fuéle, pues, preciso abandonar el incógnito.

Celebróse mucho la oportuna y discreta respuesta que dió en aquel momento á los que le aconsejaban decretase públicos festejos para celebrar su exaltacion al trono. *Preparémonos, dijo, para defendernos de nuestros enemigos si tratasen de atacarnos, y despues celebraremos fiestas.*

Concluyó, pues, en aquel dia la unidad ibérica; deshízose en pocos momentos la grande obra de muchos siglos y los trabajos de muchos soberanos que emplearon todos los medios de que pueden servirse los reyes, para que si ellos mismos no podían realizar la grande obra, quedase al ménos más expedito el ca-

mino á los que en el trono les sucediesen para poder consumarla.

No es esta por cierto oportuna ocasion para tratar de lo que Portugal ganó ó perdió al reconquistar su perdida independencia. Ganó sin disputa alguna en el momento y ganó mucho; porque el que se libra del dominio de un estúpido con puntas de tirano, casi gana mucho más que el que sacude una servidumbre hija de un malvado, puesto que un déspota necio es á las veces mucho peor que un tirano con talento. Pero las condiciones de Portugal, considerado como estado independiente, ¿son por ventura lo que deben ser para conservar su dignidad y decoro, sin acogerse á un protectorado extraño? ¿El protectorado extraño, como el del padrastró, no degenera fácilmente en más ó menos ostensible y marcada tiranía? Y de necesitar proteccion, como exigen las exiguas fuerzas materiales, ¿no es mucho más ventajosa la de los propios que la de los extraños? Para contestar á estas preguntas, apelamos á la sinceridad y la buena fé de nuestros hermanos los portugueses. Bien saben lo que hacen los que ocasionan y excitan y fomentan entre ellos y nosotros una rivalidad que jamás debió existir; porque desde los tiempos de la antigua Roma, de la temida Roma de los Césares, una misma fueron su gloria y la nuestra; idénticas fueron sus hazañas y las de los iberos; la gloria del gran Viriato, terror de la altiva y prepotente Roma, se confundió con la del inmortal Megara, que destrozó los más floridos ejércitos de la traidora y orgullosa república, al frente de Numancia, y arrojó por el polvo las altivas águilas, como Viriato sembró de haces romanas las cumbres de los montes. Pero se excita y se fomenta muy de propósito una rivalidad que á todos perjudica, más, y esto es muy lógico, á Portugal que á España. Y es que el error humano quiere destruir en su impotencia lo que una Providencia sábia é inerrable decretó y prefijó. Del mismo modo que señaló límites naturales á otras naciones, y creó los Pirineos y los Alpes, hizo una sola península de España y Portugal; y las obras de Dios no pueden destruirlas los hombres. Puede retrasarse el cumplimiento de sus decretos, porque así convenga; empero llega dia en que se cumplen, como se cumplirá el de la realizacion de la unidad ibérica. Cuando y por qué medios se verificará, no es fácil que lo digamos nosotros; ni somos profetas para prever el dia, ni políticos para conjeturar los medios; pero, lo repetimos, se verificará, y pluguiese al cielo nos tocase la dicha de ver el anhelado dia en que todos los verdaderos hermanos se diesen el fraternal abrazo y volyiesen á ser hijos de una misma inmensa familia que, con noble y legítimo orgullo de españoles decimos, tiene llenas sus páginas his-

tóricas de infinitas é inmarcesibles glorias, que pueden ponerse en cotejo con todas las historias de las naciones cultas.

Fáltanos decir el modo con que recibió y dió al rey la importante é infausta noticia de la rebelion de Portugal el déspota estúpido. Presentóse en la cámara de Felipe IV con rostro más alegre que de ordinario, y sin saludar al soberano, dijo con festiva sonrisa: *Señor, traigo á V. M. una muy importante y buena nueva. De un golpe ha ganado V. M. un gran ducado con muy pingües territorios y rentas.* Considere el lector lo que hubiera hecho un rey de otro temple de alma, con el ministro que de semejante manera hubiera anunciado la pérdida de un reino. Felipe IV, que asediado por su funesto favorito no sabia otra cosa de lo que en su derredor pasaba, preguntó á Olivares: *¿Pues cómo es eso?—Porque ese loco de duque de Braganza, añadió el conde-duque, se ha hecho proclamar rey de Portugal, y su locura da á V. M. la confiscacion de todos los bienes del traidor, y con ella doce millones de renta.*

El rey, á pesar de su escasa perspicacia, comprendió la gravedad de la noticia y se disgustó con la necia osadía del favorito: mostró su disgusto con la severidad de su semblante, risueño siempre hasta aquel día con el valido, y su inquietud con estas palabras dichas seca y lacónicamente: *Pues es forzoso poner remedio.* Dicho esto volvió bruscamente las espaldas, y se retiró; Olivares comprendió, y comprendió bien, que habia comenzado á eclipsarse su buena estrella; y la de los favoritos de los reyes, cuanto más grande es el favor de que disfrutan, tarda, por punto general, en comenzar á oscurecer, empero del eclipse á la desaparicion, media muy poco tiempo.

Estaba, empero, el soberano muy subyugado por aquel hombre fatal, y no siguió inmediatamente su ruina; mas sus enemigos, la reina la primera, cobraron brios, porque el rey comenzó á mirar á Olivares con disgusto, sin que se determinase, por efecto de su natural carácter, á alejarle de su lado. Tardó, sin embargo, poco tiempo en caer de la gracia del rey, y sin la pérdida de Portugal y la manera estúpida y ridícula que tuvo de anunciarla, quizá se hubiera perpetuado en la privanza.

El año 1640 debió ser señalado, á la antigua usanza, con piedra negra. Los triunfos parciales que las armas españolas obtuvieron en el extranjero, no fueron bastantes para hacer olvidar los acontecimientos ocurridos dentro de la ibérica península. En 1640 se perdió Portugal, y abundante y generosa sangre española, con cordial placer de los extranjeros, regó los campos de la industriosa Cataluña; y al terminar el año de tan fatal y dolorosa recordacion, quedaba triunfante la revolucion catalana, se-

gun el lector ha visto, y la sangre derramada era muy poca, comparada con la que debia derramarse despues.

DECENIO QUINTO.

AÑO 1641.

CATALUÑA.

Dejamos al marqués de los Velez posesionado de Tarragona, y libre de franceses el suelo español.

Despues de haber la junta barcelonesa olvidado la primera impresion de la pérdida de Tarragona, activó las operaciones para reforzar sus tropas y preparar sus aprestos de guerra. Comprendiendo que el vencedor de la precitada importante plaza no tardaria en acercarse á Barcelona, dispuso que se fortificase el paso de Martorell. Tenian en su contra los catalanes la falta de jefes inteligentes que pudiesen dirigir con fruto la ejecucion de las fortificaciones. Sobraban brazos y corazones para arrostrar los peligros en el campo; empero si esto importa mucho cuando de pelear se trata, no basta seguramente cuando hay necesidad de oponerse á un ejército regularizado, que cuenta con caudillos inteligentes y prácticos.

Comprendió la junta la necesidad que tenian de jefes peritos en el arte de la guerra, é instó á D'Espanan para que quebrantase el tratado de Tarragona. El francés vaciló, y consultó á su gobierno; pero recibió la orden de cumplir el tratado, y continuó su camino.

Salió de Tarragona el marqués de los Velez, y ocupó á Villafrauca del Panadés. Defendia el paso un caudillo rebelde, llamado Vilaplana, condecorado por la junta con el empleo de teniente general, el cual sin defender el paso, le dejó franco y se retiró.

La fuerza catalana que ocupaba á San Sadurn resistió algun tiempo; pero los soldados castellanos asaltaron impetuosamente, y los defensores se replegaron á las fortificaciones de Martorell.

Era terriblemente difícil este paso: los elevados montes y profundos valles dificultaban el camino, y le hacian por algunos sitios intransitable. Temiéndolo todo, sin embargo, del valor de los castellanos, adoptó la junta diversas providencias: entre ellas

dispuso que uno de los caudillos, llamado D. José Margarit, nombre que figura tristemente en la historia, como el de todo hombre sanguinario, pasase por las montañas del Montserrat al campo de Tarragona, para atacar por retaguardia al enemigo.

Ejecutó la órden Margarit, y con notable decision y grande arrojo se apoderó del fuerte de Constantí. Aquel hombre de entrañas de tigre y corazon empedernido, encontró en el hospital cuatrocientos castellanos, unos heridos y enfermos otros. Los enfermos y heridos son siempre en la guerra respetados, cuando no es una guerra vandálica, y más deben serlo cuando todos son hijos de una misma madre; sin embargo, el infame y desnaturalizado Margarit hizo degollar á aquellos cuatrocientos infelices.

Acudió velozmente y rebosando ira un jefe castellano, llamado Cabañas; y aunque los catalanes se batieron con valor, era tal el furor, natural y muy justificado, de los castellanos, que los enemigos ejecutores de la feroz disposicion de Margarit, fueron vencidos y expulsados del castillo. Asómbranos seguramente el ver cómo siempre los que se sublevan contra la tiranía se erigen en tiranos, y de qué modo los que proclaman la libertad tienden siempre á la opresion. Quieren, por punto general, la libertad de Robespierres, Marat y Danton; libertad para los que los secundan y piensan como ellos; opresion para los que se separan de sus ideas y deseos. Y tan cierto es lo que decimos, que puede responder por nosotros la historia de Francia; las innumerables víctimas que sin formacion de causa fueron sacrificadas en pocos dias, son otro irrefragable testimonio de la verdad que acabamos de indicar, y si tales hechos no revelan una inaudita tiranía, no comprendemos lo que indican.

No somos, seguramente, de los que se preocupan de cuestiones puramente de nombre: lo mismo encontramos alabanzas para un rey que para un dictador; lo mismo vemos el emblema de la tiranía en un dictador que en un rey. Son los hechos y no los nombres los que nos hacen juzgar de los hombres que se elevan á la suprema dignidad; empero no olvidamos que Robespierres, despues de declamar por calles y por plazas, entre los aplausos de la frenética multitud, contra el lujo, la intemperancia y los vicios de los reyes, se retiraba al palacio de los soberanos á comer en las ricas vajillas profusion de exquisitos manjares, y era, en cuanto á lo demás de que murmuraba, hombre, como lo son los reyes. ¡Y de quién blasfemaba! De Luis XVI, rey caballero entre los caballeros, y noble de corazon entre los que más lo fuesen.

Del mismo modo los que blasonaban de libertadores de Cataluña, oprimian y vejaban á los que se oponian á sus miras é

intentos. Comprendemos bien que colocados en el camino que habian elegido, tenian necesidad de rechazar la fuerza con la fuerza, pero nunca gritar libertad, para mostrarse opresores. Cuando se defiende una causa que por justa se tiene, la verdadera manera de justificarla es separarse de toda tiranía, si contra tiranos es la sublevacion: batirse en el campo noblemente; pero jamás empañar el brillo de una buena causa con acciones feroces y contrarias á lo que se proclama, que por su sola ejecucion bastan á deshorrar la más justa causa.

Ya habian llegado á las fortificaciones de Martorell los que hubieron de Constanli, cuando apareció el marqués de los Velez, despues de haber vencido todas las inmensas dificultades naturales del áspero y escabroso camino. A vista de los enemigos reunió el consejo, compuesto de los caudillos y primeros jefes, á fin de acordar con ellos la más conveniente manera de atacar las fortificaciones.

Resolvió el consejo tomar por asalto dichas fortificaciones, mas no designó por qué punto habia de darse la acometida, por ser tan expuesto como difícil el asalto por todas partes. Determinóse, empero, para distraer al enemigo y llamar hácia dos partes su atencion, que un cuerpo de ejército subiese la escabrosa montaña de la izquierda, para que bajando por el Coll del Portell, cogiese por retaguardia al enemigo.

Estaba encargado de la defensa del paso de Martorell un diputado militar llamado Francisco Tamarit. Este, al ver la imponente fuerza del enemigo, pidió refuerzos á Barcelona. Disgustó la peticion á la junta; mas sin embargo, todas las clases, sin excepcion, se ofrecieron á contribuir á lo que llamaban la salvacion de Cataluña.

Habian los catalanes dejado sin defensa una montaña, por creer imposible que humana planta por ella subir pudiese. Por aquella inaccesible sierra subió, empero, el valeroso marqués de Torrecusa, guiando la vanguardia del ejército. Al mismo tiempo, al llegar el de Torrecusa al sitio convenido, asaltó vigorosamente las fortificaciones el marqués de los Velez. No pudo, sin embargo, la vanguardia vencer las inexplicables dificultades del áspero camino tan pronto como se habia creído; y el general en jefe, empeñado ya en la accion, tuvo necesidad de sostenerla.

Defendian valerosamente los catalanes el paso de Martorell, y despues de un combate de casi doce horas, amigos y enemigos, á causa de la oscuridad de la noche, cesaron de batirse.

Apenas habia rayado la aurora, cuando recomenzó el combate. El valor era igual por ambas partes; mas ya tendido el sol por los campos, los catalanes fueron sorprendidos con los ecos de los

bélicos instrumentos que á su espalda resonaban: Torrecusa y sus valerosos soldados habian vencido el escabroso camino, y se acercaban por la relaguardia.

Esta sorpresa causó honda y triste impresion en los defensores del paso de Martorell. Los jefes se reunieron para decidir lo más conveniente, y acordaron replegarse batiéndose y en orden. Entonces Torrecusa, el de los Velez y el ejército entero hicieron milagros, con el intento de acabar tan desastrosa guerra en un solo dia; mas fallábales lo que sobraba á los catalanes: conocimiento del país: aquellos, aunque con bastante pérdida, sin declararse en fuga, fueron desfilando por sendas y barrancos desconocidos á sus enemigos, hasta llegar al Llobregat, que vadearon felizmente.

Entró en Martorell el vencedor, que tal puede llamársele, puesto que por suyo quedó el disputado paso, en donde fueron pasados á cuchillo cuantos fueron hallados en el pueblo. Reprobamos y reprobaremos siempre estas bárbaras y feroces represalias; mas no calificaremos el hecho de tan dura manera como el ejecutado por D. José Margarit, porque el de los Velez, para realizar la sangrienta venganza, dió por razon que así lo exigía la memoria de los cuatrocientos infelices enfermos y heridos que, inermes y postrados en el lecho del dolor, fueron inhumanamente degollados en Constantí. No tenian, empero, la culpa de la ferocidad de Margarit los que se hallaban en Martorell; ni un hecho bárbaro y feroz justifica nunca la ejecucion de otro parecido; mas en realidad, toda la sangre de uno y otro hecho debió recaer sobre el que inmotivadamente dió márgen á tan atroz venganza.

Al dirigirse á San Feliú una parte de la vanguardia que mandaba Torrecusa, se encontró con los refuerzos que de Barcelona mandaban á la defensa de Martorell. Milicia original y extraña era aquella, en la que se veian mezclados clérigos con soldados, estudiantes con mercaderes, frailes con artesanos.

A pesar de su impericia, determinaron defenderse, fiados en algunos restos de infanteria francesa que aún no habia salido de España. Sin embargo, no podian resistir con esperanza de buen éxito, y apelaron á diseminarse por las colinas y guarecerse en las montañas.

Llegado el ejército real casi á vista de Barcelona, reunió el consejo el marqués de los Velez. Este habia recibido la orden de Olivares para apoderarse inmediatamente de la capital; y esto desde el despacho de un ministro fácilmente se dice. El general, que tocaba los inconvenientes de la empresa, aunque queria dar cumplimiento á las órdenes de la córte, no queria, em-

pero, exponer su reputacion. Estaba Barcelona naturalmente defendida por lo más escogido de las fuerzas rebeldes; eran magnificas sus defensas y estaba egrégiamente fortificada: en ella además estaba la junta y el centro directivo de la tenaz rebelion.

Los que se hallaban dentro de la plaza, habian de defenderse vigorosamente; porque tomada aquella por fuerza de armas, mala suerte les esperaba; y de aquí la imprescindible necesidad de hacer una defensa desesperada y oponer una vigorosísima resistencia.

Todo lo hizo presente el de los Velez al consejo, pintando con vivos colores la verdadera situacion del ejército, y presentando fuertísimas razones para comprender cuánto perderia el ejército real si por imprevisión ó ligereza se malograra el golpe.

Todos los presentes conocieron muy bien la gravedad del compromiso en que relativamente estaban el caudillo supremo y los que habian de secundarle; y como al mismo tiempo temian al despotismo y á la ignorancia del ministro, ninguno se atrevia á emitir su parecer.

Como la indecision podia llegar á ser tan perjudicial como la ligereza, instó el marqués de los Velez, y cada uno manifestó su opinion. No hubo unanimidad de pareceres, porque aquella rara vez en ningun consejo se encuentra; mas despues de una larga y acalorada discusion, se acordó avanzar y ocupar á Sanz, situado casi á vista de Barcelona, y reconocer despues si el estado del fuerte Monjuich permitiria posesionarse de tan importante castillo.

Hizose así, y desde Sanz dirigió el marqués una carta á la junta de Barcelona, ofreciendo el perdon del rey y asegurando del respeto que se tendria á las personas, haciendas y bienes de cada uno. Estaba la carta escrita en términos comedidos y conciliadores; mas recibió una respuesta arrogante y descomedida.

Recibida la contestacion de Barcelona, el marqués de los Velez, fuertemente irritado, mandó formar dos divisiones y diólas órden de subir por ambos costados de la montaña de Monjuich. Dió el mando de la una á D. Fernando de Rivera, y encargó la otra al conde de Tyron, maestre general de irlandeses. Dispuso despues que el de Tyron se colocase con sus tropas entre Barcelona y la montaña, y al bizarro duque de San Jorge hizo marchar á los molinos, cerca de un no muy grande valle, con dos mil cien ginetes y la caballería de las órdenes militares. Al marqués de Torrecusa y al entendido D. Juan de Garay dejó con las respectivas divisiones de reserva, prontos y preparados para acudir al punto á donde fuesen necesarios. Así dispuesto todo,

el de los Velez con sus ayudantes y el estado mayor estableció su cuartel general en el Hospitalet.

Estaban muy bien tomadas todas las disposiciones, y esta es una nueva prueba de que el de los Velez no era tan poco entendido como algunos han supuesto. Tan bien tomadas estaban aquellas, que la junta de Barcelona quedó sobrecogida al ver tales preparativos y cayó mucho de ánimo. A pesar de todo, en su ciega obstinacion, todo lo preferian á someterse al rey de España.

En vista del inminente peligro, tratóse de tomar una resolucion extrema. Convinieron casi unánimemente en que de aceptar la forma republicana, eran muy exiguas sus fuerzas para sostenerse; empero firmes en aceptar cualquier partido antes que formar parte nuevamente de su verdadera patria, sentaron por principio que los catalanes se hallaban en el caso de apartarse licitamente de su rey y señor natural, y de elegir otro.

Duélenos tener que decirlo, mas no podemos evitarlo: de nuevo prefirieron los catalanes á ser españoles, declararse franceses, y se acordó proclamar á Luis XIII, rey de Francia y conde de Barcelona.

El dia de San Ildefonso (23 de Enero), reunidos los diputados, consellers y magistrados, se levantó el acta de proclamacion, la cual fué comunicada al soberano francés y puesta en conocimiento del pueblo.

El lector conocerá que fué indisculpable la resolucion de los barceloneses; y desde luego se comprende que fueron juguete de las intrigas de Richelieu, que oculta y reservadamente trabajaria para afirmar á Barcelona en sus quiméricos proyectos. Así puede y debe sospecharse, al notar que á pesar de la capitulacion de Tarragona, aun quedaron algunos personajes franceses en Barcelona, aunque sin ejército, como lo prueba el haber la junta entregado á Monjuich al francés D'Aubigny. Este reunió hasta trescientos soldados, sus compatriotas, que hallábanse en Barcelona, aunque no armados hasta entonces, y con ellos reforzó á Monjuich, uniendo á aquellos ocho compañías de mercaderes, zapateros, sastres, pasamaneros, *estevanes* (de diversos oficios), veleros, taberneros, y las dos últimas de tejedores.

El caudillo supremo de las armas rebeldes encargado de la defensa de la capital, era el diputado militar Margarit, el defensor del paso de Martorell, y tenia á sus inmediatas órdenes como maestros de campo generales á Leriñan y *Du Plesis*. Estos distribuyeron las fuerzas militares para la defensa de las murallas y fortificaciones, designando las fuerzas que en caso necesario habian de acudir á socorrer la fortaleza. Dispúsose además que

un conseller, reunidos los restos de los defensores de Martorell, fuese desde Tarrasa, en donde á la sazón se hallaba, con el objeto de distraer las fuerzas del ejército enemigo, y lo mejor de la caballería rebelde salió á ocupar un llano al terminar el camino que guía á Valldoncellas y el que sube á la Cruz cubierta, dando frente al enemigo.

Antes de las ocho de la mañana del 26 de Enero, á los gritos de *¡Viva el rey! ¡Viva mi general!* comenzó el ejército real el combate. Un escuadron subió la colina que mira á Castelldefels, con tal intrepidez, que no fueron bastante á detenerle los disparos de la mosquetería catalana. Esta fué cogida entre aquel escuadron y otro de la division de Rivera que subia por el vallado; mas parapetándose y guareciéndose en sus fortificaciones, pudieron hacer más daño los catalanes del que recibieron. Por desgracia, un balazo privó de la vida al bizarro conde de Tyron; primera víctima de las muchas y muy importantes que ocasionó aquella aciaga jornada. Poco desques perdió tambien la vida el valeroso sargento mayor D. Diego de Cárdenas. Los catalanes que defendian el puerto de Santa Madrona fueron arrollados; nero esta ligera ventaja fué fatalmente contrapesada.

Retó la caballería rebelde á la caballería leal, mandada por el arrojado é intrépido duque de San Jorge, á quien animaba heroicamente su valeroso padre el marqués de Torrecusa, aunque el ánimo siempre y á toda hora le sobraba.

Mandaba la caballería enemiga un caudillo francés llamado La Halle, el cual, mucho ménos valeroso, pero mil veces más artero que el duque, cuando se veia vigorosamente cargado, se replegaba hasta llevar al de San Jorge con sus valientes ginetes al sitio en que la infantería enemiga los acribillaba. Este era el verdadero y vergonzoso objeto del reto del francés, que al hacerle pareció ser hijo de un verdadero valor. Entonces el duque de San Jorge pidió al de los Velez alguna infantería, y acometió con tan arrollador impetu, que puso en verdadera fuga á los enemigos, casi todos franceses, que de tropel, sin órden ni concierto, se refugiaron en la media luna del portal de San Antonio.

No es posible describir ni enumerar los prodigios de valor que en aquel dia de horrores y de sangre hizo el heroico duque de San Jorge: baste decir que, confundido intrépidamente con los enemigos, llegó á coger por los tirantes del sable á La Halle, el cual se salvó por los piés de su caballo. Pero de las murallas llovian proyectiles, más espesos que el granizo en dia de tormenta, y uno fatalmente dió fin á las inauditas hazañas del jóven duque de San Jorge. Cayó en tierra mortalmente herido, mientras su heroico padre, el marqués de Torrecusa, animándole siempre,

decia: *¡Ea, pues, Carlos María, morir ó vencer! ¡Dios y tu honra!*

Poco despues cayó tambien el general Filangieri, que fué llevado con el malogrado duque al pueblo de Sanz, en donde terminaron una vida corta de años y dilatadisima por la ejecucion de gloriosos hechos. Y no crea el lector que en aquel funesto dia, si juzga por las muertes de tantos caudillos, fué igual el valor de amigos y enemigos. Aunque estos no careciesen de él, que en efecto tenian mucho, en aquella sangrienta jornada la tropas castellanas, y principalmente la bizarra caballería, batíase en los llanos á cuerpo descubierto, mientras á mansalva se las sacrificaba desde las aspilleras murallas.

No cesaba un momento la artillería de la plaza, que aprovechaba sus tiros en masas compactas, desesperadas por no tener á su alcance á los enemigos; mas como á aquella hora estuviese apurado Monjuich, salieron de la plaza dos mil mosqueteros escogidos, y por el camino cubierto se dirigieron al vacilante castillo. Los que asaltaban tenian necesidad de avanzar y replegarse alternativamente, aunque más de una vez llegaron hasta las trincheras.

Habíanse unido á los de Monjuich los marineros de la ribera, gente de corazon y brazos, feroz y terrible; habian tambien aparcido los dos mil mosqueteros que la playa mandaba de socorro; la artillería del castillo diezmaba las filas del ejército real, y todo era confusion, desórden, sangre por todas partes, por todas partes víctimas; y leales y traidores, españoles todos, sacrificaban su generosa sangre porque España estaba regida por un soberano indolente, supeditado á un funesto favorito. ¡Dolor y vergüenza causa semejante triste recuerdo!

Al llegar el bizarro marqués de Torrecusa con parte de la reserva, encontró las tropas en tan confuso desórden, que casi se habian declarado en fuga. Los sobrehumanos y heróicos esfuerzos de aquel grande varon lograron poner en órden á los desordenados, y los hizo seguirle hasta las fortificaciones.

Encontróse entonces el marqués sin escalas para dar el asalto, y mandó aviso al marqués de Xeli para que se las enviase; mas antes que llegasen, reforzados los del castillo y dañando la artillería de aquel á los nuestros, sin que estos pudiesen hacer el menor daño á los enemigos, recomenzó el desórden y se aumentó la confusion. Por otra parte, los proyectiles lanzados desde el fuerte arrebatában gran número de jefes castellanos. Murieron en aquel sangriento ataque muchos y muy buenos capitanes, contándose en aquel número D. Luis y D. Pedro de Fajardo, ambos hermanos y sobrinos del marqués de los Velez.

El golpe estaba á aquella hora dado en vago, el ejército real vencido moralmente, y á este vencimiento sigue siempre el material muy de cerca; el mismo general en jefe no abrigaba ya la menor esperanza de triunfo. Coronó la obra de destruccion y de sangre una impetuosa salida hecha por los de la plaza, que conocian muy bien que cualquier golpe imprevisto y de audacia bastaba para decidir por completo la sangrienta cuestion, desde cuyo momento todo fué fuga, lástimas y destrozos.

Si de tal manera se curan los males que afligen á los pueblos, valiera mil veces más que se hiciese perecer á la verdadera causa de los males que se quieren remediar. El verdadero causante de tanta desgracia, el funesto conde-duque, buen cuidado tuvo de no arriesgar ni una vez su persona. Su mala administracion ocasionó la rebelion catalana; sus desacertadas órdenes causaron los terribles desastres ocurridos el 26 de Enero, dia de funesta recordacion; y á decir verdad, si pudiéramos quitar de la rebelion de Cataluña la desleal decision de acogerse á la Francia, debiera decirse de ella que ningun pueblo de Europa fué jamás más valeroso, sufrido y constante. Desleal hemos llamado á la decision, y lo repetimos: aunque prescindamos de la causa del rey y olvidemos al valido, no podremos ménos de recordar que la deslealtad fué hecha á España, á la nacion, á la propia patria.

Aunque el valeroso marqués de Torrecusa habia visto caer del caballo á su jóven y heróico hijo el duque de San Jorge, no supo que habia espirado hasta despues de terminada la accion. Sobrecogióle tanto la infausta nueva, que sobreponiéndose el dolor y la afliccion de padre al deber de soldado, se despojó de todas sus insignias, y se encerró en una habitacion, sin consentir que persona alguna le hablase ni viesse: por esta razon el marqués de los Velez dió á D. Juan de Garay, que afortunadamente se salvó ileso de la inaudita catástrofe, el mando de la division de Torrecusa.

Este bizarro jefe, con no poco trabajo, logró juntar las tropas, despues de lo cual se reunió el consejo. El general en jefe, afligido con el recuerdo de tanta desgracia, con la pérdida de sus dos valerosos sobrinos y con la derrota, no desplegó los labios. Los demás jefes acordaron llevar los restos del ejército á Tarragona, lo que en seguida se verificó: desde dicha plaza mandó el de los Velez á la córte el parte de la desgracia ocurrida, acompañado de su dimision. A vuelta de correo se le mandó la admision, y la noticia de haber el rey (el conde-duque) nombrado en su reemplazo al príncipe de Butera, D. Fadrique de Colonna, condestable de Nápoles.

Como la causa catalana era bastante parecida á la portuguesa,

en la capital del principado apareció D. Ignacio Mascareñas, embajador de Portugal cerca de la Santa Sede, que llegó á ofrecer á Cataluña la amistad y auxilio de dicho reino, en nombre de su nuevo rey D. Juan IV.

Desaprobamos este paso dado por el portugués. Pudo él muy bien y su reino desear la independenciam; pero ofrecer auxilios á los naturales de un país contra su rey y su patria, ningun soberano debe hacerlo por su propio decoro y por su mismo interés; porque de hacerlo, sienta un fatal precedente.

Ya al acabar el primer trimestre del año recibieron los rebeldes contestacion de Francia. Luis XIII respondió que admitía con placer y *como gran merced* la decision tomada por los catalanes; y que para arreglar los pactos y determinar las condiciones que habian de establecerse entre Francia y Cataluña, estaba facultado con la plenipotencia M. D'Argenzon. A recibirle salieron en nombre de la ciudad dos individuos de la nobleza catalana, llamados D. Ramon de Guimerá y D. Pedro de Aymerich.

Poco tiempo tardaron en penetrar en España, como que por Cataluña estaba casi franco el paso, varias divisiones de tropas francesas, siendo su general en jefe el conde de la Motte. Al mismo tiempo que esto sucedia por tierra, por mar apareció el arzobispo de Burdeos, el que llevó la dura leccion en Fuenterrabía, con una buena armada. El primer efecto de su llegada fué apresar unas galeras que se dirigian á Rosas con municiones de boca y guerra, por traicion de los marineros; hecho lo cual, pasó á las aguas de Tarragona.

Ya bien entrada la primavera, en Abril, tomó La Motte la vuelta de Tarragona, seguido de nueve mil infantes y más de dos mil caballos. Agregósele el tercio de Santa Eulalia, al mando de D. Pedro Juan Rosell, tercer conseller de Barcelona.

Llegaron á Valls, y la guarnicion de este punto se retiró, porque así se lo habia prevenido al comandante de aquella el general en jefe. Con orden ó sin ella tampoco presentaron resistencia las exiguas guarniciones de Constantí y Salou. Quedó, pues, La Motte dueño del campo de Tarragona sin la menor dificultad ni peligro, y auxiliado desde el mar por el arzobispo de Burdeos, determinó tomar la plaza.

No tenia, empero, el francés artillería ni fuerzas suficientes para establecer el sitio, y se limitó al bloqueo. Tomó los caminos y pueblos del contorno para impedir la llegada de socorros por tierra, contando con la armada del prelado de Burdeos para que tampoco llegasen por mar.

No agradó al arzobispo la determinacion de La Motte; porque

juzgaba que, á pesar de tener á sus órdenes doce galeras y veinte naves, podía verse en un grave compromiso si España cargaba sobre aquel punto sus fuerzas marítimas. Sin embargo, Richelieu le mandó una orden, de las que vulgarmente se llaman á rajatabla, para que cerrase la boca del puerto, y tuvo que obedecer al omnipotente favorito de Luis XIII.

No sabemos si esperaba el príncipe de Butera socorros del Rosellon: pero es lo cierto que se limitó á tomar algunas determinaciones, relativas á la defensa de la plaza; mas aunque veía agotarse las provisiones, esperaba y nada más. En cuanto á las tropas del Rosellon, si de ellas esperaba socorro, tenían bastante en qué entender á la sazón; porque el hábil Richelieu, para no dejarlas mover de allí, habia hecho penetrar en aquel territorio á una division de nueve mil hombres entre infantes y caballos, mandados por el príncipe de Condé.

Pronto comenzaron los catalanes á sentir los efectos de la desleal y mal considerada determinacion, comprendiendo á su pesar lo que va de un padre á un padrastro, por malo que el primero sea. Un representante de Luis XIII hizo entender de parte de su soberano á la junta de Cataluña *que era forzoso fortificasen todas las plazas, que pagaran con puntualidad las guarniciones, que aumentaran los sueldos de los franceses, y que mantuviesen siempre sobre las armas un cuerpo escogido de seis mil catalanes, no como voluntarios que tuviesen, segun uso del país, derecho á retirarse á sus casas cuando quisieran, sino, á manera de hombres quintados, que tuviesen un tiempo fijo de empeño.*

Aludian con esto á las fuerzas procedentes de las levás y de las cofradías ó hermandades, cuyos individuos, como voluntarios, dejaban las armas cuando bien les parecia. Por manera que el pretexto de la sublevacion fué la trasgresion de los fueros y las exacciones, y apenas elegido el francés conde de Barcelona, ya atacaba á las costumbres de Cataluña con el último extremo de su *mandato*, y obligaba á la junta á decretar contribuciones con tanto como de ella exigia. Esto lo hacia para empezar: ¿qué hubiera hecho despues á haber quedado como pacífico poseedor de Cataluña? ¿Y qué habian ganado los catalanes con mudar de soberano?

Llegó por fin de la córte la orden única que podia contribuir á la salvacion de Tarragona. Si fué dictada por el de Olivares, quiza fué la primera y la última razonable que dictó; mas tal vez no seria suya. Redújose dicha determinacion á disponer lo necesario para socorrer por mar á la amenazada Tarragona.

El dia 4 de Julio apareció en las aguas de Tarragona el mar-

qués de Villafranca, almirante del mar de Valencia, con una buena armada. El arzobispo de Burdeos temió ser vencido, y disponiendo que sus buques se abriesen en dos líneas, dejó ancho paso á los del marqués de Villafranca.

Entraron en el puerto bastantes naves españolas, mas no pudieron penetrar todas. El arzobispo comenzó á hacer disparos con su artillería, é inutilizó algunos bergantines y bastante parte de las provisiones que el de Villafranca llevaba de socorro á la plaza.

No habiendo sido la cantidad de víveres que recibieron los de Tarragona suficiente á cubrir las necesidades de la misma, hizo una segunda acometida el de Villafranca y abasteció la plaza, cuando ya el hambre destructora se dejaba sentir.

Para cortar de una vez el grave mal se circularon oportunas órdenes á fin de reunir una grande armada. Juntáronse, en efecto, las naves y galeras de Dunkerque, Mallorca, Toscana, Génova y Nápoles. Dividida la armada en dos grandes escuadras, dióse el mando de la primera al duque de Fernandina y al duque de Maqueda el de la segunda, y el día 30 de Agosto se reunieron con el marqués de Villafranca, en las aguas de Tarragona.

El arzobispo-almirante, que vió poblarse el mar tan inesperadamente, *huyó á toda vela* hasta la costa de Provenza. Libre por mar Tarragona, fué socorrida con todo género de auxilios: el conde de la Motte levantó el bloqueo y se retiró.

Toda la ira de catalanes y franceses descargó sobre el arzobispo, el cual por lo visto más de una vez sabia huir delante de las fuerzas españolas. El mismo Richelieu le hizo severos cargos; y disgustado el prelado de Burdeos y resentido con el ministro, abandonó el baston y empuñó el báculo, que jamás debió dejar.

Corrido el de la Motte por efecto del mal papel que habia hecho, y no contando con bastantes recursos materiales para continuar la campaña, pidió á la junta de Barcelona mandase al *nuevo conde* una embajada, con el objeto de pedir auxilios y recursos. Así se hizo, y marchó de *embajador extraordinario* nuestro ya conocido D. José Margarit, el cual llevó tambien el encargo de pedir á Luis XIII pasase á Barcelona, para ser jurado y prestar á su vez juramento como conde soberano del principado. Tambien llevó Margarit consigo las condiciones con que los catalanes aceptaban *el ser vasallos del rey francés*.

Para no acceder Luis XIII á presentarse en Barcelona, tomóse por pretexto la guerra que á la sazón sostenia la Francia con los

Paises-Bajos; pero mandó en su representacion y competente-mente autorizado al marqués de Brezé, mariscal de Francia, nombrado á la sazón *virey de Cataluña*. Hé aquí las principales condiciones de los pactos antes citados:

«S. M. observará y hará observar los usages, constituciones, »capítulos y actos de córte, y los demás derechos municipales, »concordias, pragmáticas, y otras cualesquiera disposiciones que »se hallen en el volumen de sus constituciones, etc.—Que los »arzobispados, obispados, abadías, dignidades y otros beneficios »eclesiásticos, seculares y regulares, serán presentados en cata- »lanes.—Que el tribunal de la Inquisicion conservará en Cata- »luña solamente el conocimiento de las causas de fé, y que los »inquisidores y sus oficiales serán catalanes.—Que el rey jurará »por sí y sus sucesores no pretender, demandar ni exigir en nin- »gun tiempo de la ciudad de Barcelona, ni de las demás villas y »lugares del principado, y condados de Rosellon y Cerdaña, »otras alcabalas é impuestos sobre el vino, carne y otros artícu- »los, que los que la ciudad y las universidades hubieren estable- »cido para subvenir á sus necesidades, etc.—Que S. M. prome- »terá conservar á los consellers de la ciudad de Barcelona la »prerogativa de cubrirse delante del rey y cualesquiera personas »reales, segun tienen de costumbre.—Que jurará guardar y ha- »cer guardar los capítulos y actos de córte de la Generalidad de »Cataluña y casa de la diputacion.—Que los oficios de los capita- »nes de los castillos, alcaides y gobernadores de las fortalezas, y »todos los oficios de justicia se darán á catalanes que lo sean »verdaderamente, y no á otros.—Que el principado de Cataluña »y condados del Rosellon y Cerdaña serán regidos por un virey »y lugarteniente general de S. M., que elegirá y nombrará de »sus reinos.—Que los alojamientos de los soldados, aunque sean »auxiliares, se harán por los cónsules ó jurados de las universi- »dades, y que los particulares no están obligados á dar, ni los »jefes, capitanes y soldados les puedan exigir otra cosa sino la »sal, vinagre, fuego, cama, etc.—Que S. M. no separará de la »corona real de Francia el principado de Cataluña y condados de »Rosellon y Cerdaña, en todo ni en parte, por ninguna causa ni »razon, y mientras sea rey de Francia, será siempre conde de »Barcelona, de Rosellon y de Cerdaña.—El principado y conda- »dos en lugar de las convocatorias de *Somatent general*, *Hort »y Cavalcada*, y de la que hacia en virtud del usage *Prin- »ceps namque*, servirán con un *batallon* de cinco mil infantes »y quinientos caballos, pagados, armados y municionados á »costa de la provincia, los cuales servirán en ella y no fuera, »siempre que haya necesidad, etc.—Respecto de los gastos

»que hayan de hacerse en la provincia por concepto de fortifi-
 »caciones, pagas y sueldos de las tropas francesas, ó de otra na-
 »cion que no sean catalanes, se tratará en las primeras Córtes
 »generales, etc.»

Duélenos en el alma tener la triste é imprescindible obligacion de consignar en nuestras páginas un hecho, cuya calificacion omitimos, que denigra á quien sin rubor ni remordimiento fué bastante desleal y osado para consumarle. El lector le apreciará en lo que vale, y execrará la memoria del desventurado que tan traidor y mal español se mostró.

Asegúrase que poco satisfecho el embajador de Cataluña con las ofertas del rey Luis y de su ministro Richelieu, para animar más á este último á que abriese la mano á los auxilios, le hizo entender cuán conveniente era á la Francia el adquirir á cualquier precio el principado, con los condados del Rosellon y la Cerdaña: porque poseyéndolos, *le quedaria abierto ancho camino para la CONQUISTA DE TODA LA PENÍNSULA* (ya vieron despues lo *fácil* de la empresa). Desde Lérida, segun el embajador catalan, era fácil cosa llevar los ejércitos franceses hasta la córte de España, y tomar la Francia por este medio venganza, *y acabar de una vez con una nacion de quien tantos daños habia recibido.*

Contestó el cardenal-ministro que estaba convencido de lo que le decia el embajador, en prueba de lo cual tenia resuelto arrojar de Perpiñan á los españoles, para poder pasar libremente á Barcelona; aunque temia que los catalanes se cansasen de los gastos y trabajos inherentes á la guerra, y se reconciasen al fin *con su rey*. El mismo llamaba al rey de España soberano de Cataluña, aunque para él debia ya serlo Luis XIII. El diputado Margarit, para coronar su obra, respondió con toda solemnidad por los catalanes, mostrándose tan seguro del cumplimiento de la resolucion de aquellos, que, segun dijo, estaba pronto á entregar en rehenes á sus propios hijos. ¡Qué podia esperarse del que hizo asesinar á cuatrocientos heridos y enfermos! El que es capaz de perpetrar tal crimen, no puede tener corazon.

Este mismo Margarit que tanto facilitaba, segun sus desatinados cálculos y creencias, el vencimiento y ruina de su patria ante el enemigo de esta, el cardenal Richelieu, recibió del ministro la siguiente respuesta: *Pues bien, si es así, yo daré á España la ley, y os mostraré que sé aprovecharme de las facilidades que me proporciona Cataluña.* El cardenal-ministro pensó con sobrada ligereza al contestar á Margarit, quizá deslumbrado con la tenacidad de la rebelion, y con las seguridades del enviado, que aun se mostraba pronto á entregar sus hijos en fianza.

De parte del catalan, aunque su conducta fué indigna, execrable, y que perpétuamente cubrirá de oprobio su nombre, quizá no existió el convencimiento de lo que decia; obró en él, tal vez, el deseo de animar al ministro para, segun él, *salvar* á Cataluña. El orgulloso y petulante ministro pudo muy bien creerlo; pero si lo creyó, anduvo más desacertado de lo que podia esperarse de tan grande hombre de Estado. Conociendo, como debia y estaba en obligacion de conocer, el carácter y recursos de nuestra gran nacion, debia tambien saber lo que sus hijos habian hecho á centenares de leguas de su patria, y debia por lo tanto prever lo que serian capaces de hacer al defender su propia casa.

Richelieu, sin embargo, resolvió intentar la atrevida y descabellada empresa: determinó primero trasladarse en compañía de Luis XIII al Rosellon, á donde se enviarian grandes refuerzos; y el príncipe de Condé regresaría á Paris, para encargarse del gobierno. Dicho príncipe habia tomado á Elna é interceptado el tránsito de Perpiñan á Colibre, dejando libre y desembarazado el camino á los franceses, para pasar de Francia á Cataluña.

Aislados los de Colibre y cortada la comunicacion con Perpiñan, colocóse el mariscal de Brezé en disposicion de que los castellanos no pudiesen socorrer á dicha plaza, aunque á costa de detener las operaciones generales de la guerra. Esperáblemente, empero, *como nuevo virey* en Barcelona, para prestar el juramento; mas no siendo á la sazón posible que abandonase el Rosellon, dió sus poderes especiales para que le supliese al realizar la ceremonia, á Diego Bisbé Vidal.

Al saber la resolucion del *virey* la diputacion de Barcelona, acordó que se verificase cuanto antes el juramento por ser muy urgente; y al efecto dispuso que el síndico de la Generalidad y un representante de cada brazo del Estado, fuesen al encuentro de Bisbé. El dia 30 de Diciembre se reunieron en la Junquera, y allí mismo juró el representante de Brezé, mientras llegaba el caso de que este repitiese personalmente el juramento en Barcelona, en representacion del *nuevo conde*.

Casi al mismo tiempo fué nombrado en Madrid el marqués de Mortara para general de las tropas del Rosellon. Este nombramiento era de tan buen agüero para España, como de malísimo para Francia. Este mismo Mortara era muy conocido de los franceses por la derrota y fuga de estos, allá cuando el sitio de Fuenterrabia.

Como Francia comprendia muy bien la necesidad en que estaba de tener bien guarnecido el Rosellon, habia aumentado tanto

sus tropas, que eran muy inferiores en número las del marqués de Mortara. Para remediar este mal mandóse reforzar el ejército español que en dicho punto operaba; y como el bizarro marqués de Torrecusa, pasada la primera y dolorosa impresión ocasionada por la muerte de su hijo el heróico duque de San Jorge, habia vuelto al ejercicio de las armas, diósele el cargo de conducir los refuerzos y de reunirse á toda costa con el de Mortara.

No parecia tan corta la operacion, porque parte de los dichos refuerzos debia reunirlos el mismo Torrecusa, formando tercios de la gente de las galeras, y tomando una parte de la guarnicion de Tarragona. La actividad é inteligencia de dicho renombrado caudillo abreviaron infinito la operacion, y en muy pocos dias todo lo tuvo á punto para embarcarse.

La principal dificultad que se ofrecia á Torrecusa para unirse á Mortara, era que el mariscal de Brezé, con tropas catalanas y francesas, se habia egrégiamente fortificado en el paso de Argelés. Torrecusa, empero, desembarcó en Rosas; pasó con sus tropas el Tech, muy crecido por las lluvias del invierno (Diciembre), con el agua á la barba, y removido este grande obstáculo, lo creyó hecho todo.

Era diestro, valeroso y enérgico el de Torrecusa. Aguarda á que llegue la noche y cae de improviso sobre las avanzadas catalanas; degüella los centinelas y á los que más próximos estaban, poniendo en fuga á los demás. Roto el principal obstáculo, todo lo arrolló y se reunió con Mortara, y este le recibió como enviado del cielo: aquella rápida, acertada é importante operacion dió gran renombre á Torrecusa, que ya le tenia muy alto colocado. A su natural valor y nunca desmentido patriotismo, se unia el deseo de vengar la muerte de su querido hijo el duque de San Jorge. Juzgue el lector lo que en tal noche ejecutaria Torrecusa.

El acertado golpe hirió vivamente en el ánimo al de Brezé; y puesta en órden su gente, acometió impetuosamente á los españoles al rayar el nuevo dia. Poco más infantería llevaba el francés de la que habian reunido Torrecusa y Mortara; mas la caballería de estos era muy inferior en número á la del mariscal de Brezé.

Empeñóse, sin embargo, la batalla general; pero impulsado Torrecusa por el recuerdo de su perdido hijo, y deseoso Mortara de que no le sobrepujase su compañero de mando y de gloria, ambos hicieron verdaderos prodigios como generales, en la direccion; como soldados, en los hechos valerosos.

La importante batalla dió por resultado la completa derrota

de los franceses, dejando libre el campo á los españoles, que quedó sembrado de cadáveres y despojos de guerra; la rendicion de Argelés y de Santa María del Mar, y el proveer abundantemente de todo lo necesario á Perpiñan, por si era sitiado.

Con este glorioso hecho de armas terminó en Cataluña el año 1641. Richelieu comprenderia seguramente que podria sacar algun partido por medio de tratados diplomáticos, á favor de la imbecilidad del español ministro; pero por fuerza de armas era empresa quimérica la que tanto le facilitó el desleal Tamarit.

PORTUGAL.

El nuevo rey, apenas sentado en el trono, convocó las Córtes portuguesas para que la nacion prestase el juramento con todas las necesarias solemnidades. Despues deseó ser reconocido por los demás soberanos de Europa.

Mandó al efecto embajadores á Francia é Inglaterra, que eran las potencias cuyo reconocimiento más le importaba. Excusado es decir que los embajadores de D. Juan IV fueron perfectamente acogidos en Paris. Luis XIII, ó sea Richelieu, que estaba de enhorabuena á consecuencia del golpe que Portugal habia dado á España, no solo reconoció á D. Juan IV; firmó con él además un tratado de alianza.

No encontraron tampoco los enviados portugueses dificultades que vencer en Inglaterra, así por odio á España, como por las ventajas que esperaban de la emancipacion de Portugal. Otras naciones ménos importantes, como Suecia y Dinamarca, no se opusieron más que las primeros á reconocer al nuevo rey; y solamente la flamante república de Holanda se limitó á establecer una tregua de diez años con Portugal, sin aceptar un tratado definitivo, so pretexto de esperar á la reunion de los estados generales. No obraron ciertamente con tanta reserva *por amor á España*; obraba en ellos el temor de tener que restituir á Portugal las posesiones que habian conquistado en la India, pertenecientes á la Lusitania, durante el tiempo que esta y España formaban una misma nacion. Para contestar, empero, á los portugueses, dulcificar la detencion y justificar que no obraban por amor á España, enviaron los holandeses una escuadra á Portugal para reforzar las fuerzas marítimas de aquel y hacer guerra á España.

Hasta entonces no se habia determinado D. Juan IV á enviar

embajadores á Roma, temiendo la influencia de España cerca de la Santa Sede; pero instado el nuevo soberano por algunos de su consejo, aunque otros individuos del mismo se oponian, resolvió nombrar los embajadores, que partirian á Roma *bajo la proteccion de Luis, XIII.*

Súpose en Roma á tiempo la resolucion del portugués; y el embajador de España cerca del Pontífice, que á la sazón lo era el marqués de los Velez, el conocido virey y general en jefe de Cataluña, en union con un célebre diplomático español llamado D. Juan Chumacero, se apresuraron á gestionar para que los embajadores portugueses no fuesen recibidos.

Presentaron el de los Velez y Chumacero muy sólidas razones contra el nuevo rey, á quien solo consideraban como un súbdito rebelde á España, desleal y perjuro; y habiendo por fin aparecido en Roma los enviados de D. Juan IV, el Santo Padre se negó rotundamente á recibirlos (Octubre).

Sintióse vivamente del notable desaire el portugués, y airóse Richelieu, que creia más que suficiente la influencia de Francia para que el Pontífice reconociese á Portugal. El odio francés conjuróse contra el marqués de los Velez, á quien más que á Chumacero atribuian el desaire; y Richelieu, para no quedar vencido, determinó hacer una nueva, más fuerte y amenazadora tentativa.

El obispo de Lamégo y D. Ignacio Mascareñas, embajadores de D. Juan IV, pidieron de nuevo con instancia el ser recibidos por el Sumo Pontífice, á cuya peticion resueltamente contestó Su Santidad con una nueva y rotunda negativa. Entonces el orgulloso Richelieu amenazó al Papa con la retirada de Roma del embajador francés. Sin embargo, mantúvose inflexible el sucesor de San Pedro, y los desairados embajadores á Portugal se retiraron, vivamente disgustados y sentidos.

Debemos dar cuenta del reto hecho por el duque de Medina-Sidonia al nuevo rey de Portugal, del cual trataremos despues, así como expresaremos el juicio que de él han formado autores de gran cuenta.

Cartel de desafio enviado por el duque de Medina-Sidonia al duque de Braganza, despues D. Juan IV de Portugal.

«Yo D. Gaspar Alonso de Guzman, duque de Medinasidonia, marqués, conde y señor de San Lúcar de Barrameda, capitan general del mar Occéano en las costas de Andalucia, y de los ejércitos en Portugal, gentil-hombre de la cámara de S. M. C. que Dios guarde:

»Digo que, como es notorio á todo el mundo la traicion de D. Juan de Braganza, antes duque, lo sea tambien la mala intencion con que ha querido manchar la lealtad de la casa de los Guzmanes, etc.... Mi principal disgusto es que su muger sea de mi sangre, que siendo corrompida por la rebelion, deseo hacer ver al rey mi señor lo mucho que estimo la satisfaccion que muestra tener de mi lealtad, y darla tambien al público, etc.

» Por lo cual desafio al dicho D. Juan de Braganza, por haber falseado la fé á su Dios y al Rey, á un combate singular, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, como él quisiere, y dejo á su voluntad el escoger las armas: el lugar será cerca de Valencia de Alcántara, en la parte que sirve de límites á los dos reinos de Castilla y de Portugal, á donde aguardaré ochenta días, que empezarán el 1.º de Octubre y acabarán el 19 de Diciembre del presente año: los últimos veinte días me hallaré en persona en la dicha villa de Valencia de Alcántara, y el día que me señalare le aguardaré en los límites. Doy este tiempo al tirano para que no tenga qué decir, y para que la mayor parte de los reinos de Europa sepan este desafio; con condicion que asegurará los caballeros que yo le enviaré, una legua dentro de Portugal, como yo aseguraré los que él me enviare, una legua dentro de Castilla. Entonces le prometo hacerle conocer su infamia tocante la accion que ha cometido, que si falta á su obligacion de hidalgo..... viendo que no se atreverá á hallarse en este combate..... ofrezco desde ahora, debajo del placer de S. M. C. (Q. D. G.) á quien le matare, mi villa de San Lúcar de Barrameda, morada principal de los duques de Medinasidonia; y humillado á los pies de su dicha magestad le pido que no me dé en esta ocasion el mando de sus ejércitos, por quanto ha menester una prudencia y una moderacion que mi cólera no podria dictar en esta ocurrencia, permitiéndome solamente que le sirva en persona con mil caballos de mis vasallos para que no apoyándome sino en mi ánimo, no solamente sirva para restaurar el Portugal y castigar á este rebelde, ó traerle muerto ó vivo á los pies de S. M. si rehusa el desafio; y para no olvidar nada de lo que mi celo pudiese, ofrezco una de las mejores villas de mi estado al primer gobernador ó capitán portugués que hubiese rendido alguna ciudad ó villa de la corona de Portugal, que sea de alguna importancia para el servicio de S. M. C., quedando siempre poco satisfecho de lo que deseo hacer por su servicio, pues todo lo que tengo viene de él y de sus gloriosos predecesores. Fecha en Toledo á 19 dias del mes de Setiembre, 1641.»

Tal fué el *famoso* cartel de desafío remitido por el duque de Medina-Sidonia; y por cierto, tanta lealtad como el citado papel demuestra, no concierta con la deslealtad, que puede muy bien calificarse de demencia, de que muy pronto daremos cuenta al lector.

En cuanto al nuevo rey de Portugal, diremos que no se ocupaba de otra cosa que de reunir todos los medios que más á propósito le parecían para afirmarse en el trono. En muy poco tiempo puso en estado de defensa todas la plazas y aumentó muchísimo el ejército, porque hizo tomar las armas á cuantos portugueses estaban en aptitud de manejarlas.

El conde-duque, siempre desacertado, eligió al conde de Monterrey para el mando del ejército que había de llevar la guerra á Portugal. El citado conde era muy poco á propósito para desempeñar el comprometido cargo que el ciego favorito le había confiado: el mayor mérito del elegido consistía en ser cuñado del ministro, su defensor y compañero de todas sus verdaderas locuras.

Además de la poca aptitud del caudillo, el ejército que se reunió llevaba consigo el disgusto y la desconfianza, que para vencer en la guerra son en verdad muy malos compañeros. El disgusto, porque veían que estaban en realidad sin rey y este representado por una verdadera nulidad; y la desconfianza, porque el caudillo supremo no se la inspiraba. De los jefes que habían de secundar á aquel, los mejores dimitieron por no estar á las órdenes de quien no les parecía capaz de mandarlos. El famoso D. Juan de Garay, como militar desde soldado, acostumbrado á la ciega obediencia, aceptó el puesto de maestre de campo general; pero como subordinado del conde de Monterrey, podía cumplir bien con lo que este le encomendase; mas era su deber obedecerle, y mal podría enmendar los desaciertos de la cabeza de todo el ejército.

En los principios de la campaña solo se hicieron algunas verdaderas correrías hasta las comarcas de Elvás y de Olivenza, sin gloria ni provecho. Algunos prisioneros y despojos fueron todo el resultado de aquellas insignificantes operaciones.

Púsose, por fin, formal sitio á Olivenza; pero despues de varios ataques y de tener brecha abierta, dióse inútilmente el asalto, quedando vencedor el enemigo. Este vergonzoso desastre se atribuyó unánimemente al conde de Monterrey; y todos clamaban contra él y contra el valido que le había nombrado. Aquel, viendo su privanza muy vacilante desde que anunció al rey, de la manera que el lector ya conoce, la pérdida de Portugal, cedió á la necesidad y relevó al de Monterrey; pero le relevó con quien

no era mucho más hábil que el relevado: con el conde de Santistéban y marqués de Rivas, que no hizo cambiar absolutamente el mal aspecto que en su comienzo demostró la campaña.

Engreídos los portugueses y descorazonados los españoles, porque veían cada día más distante la esperanza de remedio, acercáronse á la villa de Valverde. Defendíala D. Juan de Tarrasa, sin más guarnicion que unos mil hombres entre infantes y ginetes. Acometido Tarrasa por más de cuatro mil soldados, mandados por el caudillo principal de los portugueses, D. Martin Alfonso Melo, hizo, empero, una brillantísima y tenaz resistencia, y quitó á Melo más de la cuarta parte de su gente; mas como no fuese ni secundado ni socorrido, tuvo necesidad de evacuar á Valverde. Melo procedió con humanidad, respetando á los heridos y enfermos.

Tambien por la frontera de Galicia acometieron los españoles con resolucion de atacar á Chaves, en Tras-os-Montes. No se realizó el ataque, ni aquella invasion produjo otro resultado que el producido en la parte de frontera extremeña: saqueos y algunos prisioneros.

Vengáronse los portugueses invadiendo á Galicia, acreditándose los que dieron la acometida de bárbaros y feroces, hasta más allá de lo que puede ponderarse. Destruyeron bastantes poblaciones, cuyo número se hace llegar á más de cincuenta; se ensañaron cruel é infamemente con los hombres y con las mujeres; procedieron de tal manera, que el decoro de la historia no permite consignar cuántas y cuán inusitadas torpezas cometieron. No contentándose con esto, otra inmensa multitud invadió por otro punto, tambien de Galicia, procediendo tambien de tal modo, que no parecia sino que á competencia procuraban unos y otros ganar el premio de inhumanos, feroces é incontinentes.

Para ver de cortar el mal fué á Galicia el cardenal de Spínola; y viendo que este nada hacia, le reemplazaron con el duque de Alba, que estaba por cierto muy distante de parecerse á su abuelo, el conquistador de aquel mismo Portugal.

El vigor y la fuerza estaban completamente enervados en España; los corazones desecados; la córte, que da el ejemplo, corrompida; vicios, futilidad, inmoral lujo; no habia otra cosa. La antigua y proverbial dignidad española se habia perdido, y todo lo que no fuera adular al favorito, haciendo apenas caso del autó-mata llamado rey, todo lo que no fuera ostentar riqueza, divertirse á toda hora y encenagarse en los vicios, era trabajoso é imposible de ejecutar por los cortesanos. Los pocos hombres que conservaban el antiguo temple, que apreciaban en algo la gloria española y que pertenecían al verdadero tipo español, permanecían

abstraídos de todo asunto público, y arrinconados por el favorito: si alguno era por casualidad sacado de su retiro y aceptaba algun cargo, lo desempeñaba mal, porque obraba bajo la presión del fatal ministro, desacerlado é inepto, y siempre temía errar; porque en aquella época de triste memoria, el obrar bien no solamente no era una garantía de la superior aprobación, si que, por el contrario, era una prenda casi segura de desaprobación y un manantial de disgustos.

Hacíase la guerra de Portugal de una manera que no podía llamarse guerra, y que indicaba un desaliento, una irresolución y un desacierto, que eran acierto, resolución y aliento para los enemigos. Por esto la rebelión portuguesa, que en caso de ser cortada debió serlo en un principio antes de que se vigorizase y extendiese, tomó rápidamente incremento, y de la parte peninsular pasó á las posesiones de América, Asia y Africa, pertenecientes á Portugal. Tanto se tardaba en cada una de aquellas en proclamar á D. Juan IV, como se tardaba en saber la proclamación hecha en Lisboa, y la dejadez, ignorancia y desacierto del gobierno español para sofocar la rebelión.

En aquella general sublevación salvóse únicamente la plaza de Ceuta. Su gobernador era por casualidad uno de los pocos hombres á que antes hemos aludido: cumplió rigurosa y decididamente su deber, y del general contagio salvóse Ceuta.

El conde-duque, ya que no tenía talento para buscar los medios de reconquistar á Portugal, ni valor para verificar la reconquista, apeló á uno de sus medios favoritos, indignos siempre de un noble y de un hombre que se llamaba de Estado. Trató de que se fraguase una conspiración en Portugal para que reemplazase á la guerra noble y digna de españoles.

Valiéndose de algunos descontentos portugueses, pensó en realizar su proyecto ridículo é impropio de la dignidad que debía tener. Había, en efecto, descontentos en Portugal: eran hombres al cabo los portugueses, y el tiempo llegó á demostrar que no fué todo lealtad, amor patrio y cariño á la propia independencia los motivos que impulsaron á los portugueses para rebelarse. En no pocos obró la ambición y la esperanza de que á favor del cambio de monarca y de la adquisición de la independencia, podrían medrar y salir de la oscuridad en que yacían.

Entre los portugueses descontentos había uno que lo era no por ambición, sino por lealtad á España, que había sido fiel á la virreina hasta el último momento. Era aquel el arzobispo de Braga, primado de Portugal, hombre de buen talento y de mucha importancia por el puesto que ocupaba. Tenía además el justo recelo de que su acrisolada fidelidad fuese algun día causa de

que le incluyesen en las listas de proscripción. Puesto al frente de la conjura, ya por su destreza y talento, ya porque los descontentos no eran en corto número, la conjuración se formalizó. Cuando hay cambios de gobierno, el único medio de que no haya descontentos y de matar todas las escisiones, es crear tantos destinos importantes como personas sean temibles, aunque la propia patria se hunda y se derrumbe: de no ser así, no faltarán conspiraciones, calamidades ni sangre.

En poco tiempo unieronse al prelado de Braga el marqués de Villareal, el duque de Caminha, hijo del citado marqués, el conde de Val de Reys, el hijo del conde de Castañeda, D. Pedro Meneses; el conde de Armamar, D. Rodrigo de Meneses; el inquisidor general, y otros personajes no menos importantes é ilustres. En lugar del Pinto Riveiro que tenía á su mandar el duque de Braganza cuando la rebelion, el prelado de Braga tenía á un D. Agustin de Manuel, que era un tipo idéntico á Pinto, por su talento, astucia, ánimo, infatigable actividad, y por cuantas dotes debe tener un caudillo de conspiradores. Tampoco faltaba á los conjurados el dinero; surtiales un judío llamado Baeza, hombre poderoso. Claman algunos historiadores contra el arzobispo, porque se sirvió del *socorro de los enemigos de Jesucristo*: estas son palabras de Faria, portugués; mas si á sangre fría consideramos lo que significa el servirse de uno ó de más judíos para realizar una conspiración, veremos que nada tiene, en verdad, de particular. Lo que ménos miran ni consideran los conspiradores es la religion que profesan los que pueden auxiliarlos; les hace falta dinero, que es la sangre de las conspiraciones, y le toman de quien se le facilita, sin parar mientes en la procedencia del que le quiere dar. Era, además, muy antigua usanza en España la de servirse hasta los mismos reyes de judíos para tesoreros y para remediar la falta de recursos; porque los consideraban, con sobrada razon, muy adinerados; y eran soberanos muy cordialmente católicos los que de los judíos se servían.

La realizacion del plan de los conjurados debia comenzar de una manera verdaderamente diabólica. Se trataba nada ménos que de prender fuego por los cuatro costados al palacio, asesinar al rey, poner á buen recaudo á la reina y sus hijos, concluyendo por aclamar á Felipe IV y dar de nuevo el mando á la vireina.

Toda la trama era comunicada al conde-duque, quien auxiliaba de todas veras á los conjurados; y excusado es pensar cómo saldria la conjuración, cuando en ella andaba el de Olivares.

Dicho personaje trató de que se apresurase el momento en que había de estallar la conjuración, y que con tiempo se le avisase. Los jefes de aquella debieron darle aviso después de verificado el golpe; más no lo hicieron así, y el pliego en que daban el aviso al ministro, marcando el día 5 de Agosto para realizar el proyecto, fué á parar á manos del marqués de Ayamonte, gobernador de una plaza fronteriza. El marqués, deudo de la esposa de D. Juan IV y traidor á su rey, que le había confiado el gobierno que tenía, en vez de mandar á Madrid el pliego, le llevó personalmente al rey de Portugal.

Este, acto continuo dió orden para pasar revista á las tropas, mandando entrar en Lisboa más de las que la guarnecían, bajo el pretexto de que fuese más concurrida la revista. Convocando después al consejo para un asunto urgente, en el mismo consejo hizo prender al arzobispo de Braga, al marqués de Villareal y á otros de los principales conjurados.

Nos extraña, y no creemos rara nuestra extrañeza, que algun autor español que mucho declama contra el duque de Alba por el medio de que hizo uso para prender en Flandes á los condes de Egmont y de Horn, guarden completo silencio al referir la manera con que D. Juan IV prendió al arzobispo de Braga y á sus compañeros de conjuración. Idéntico fué el medio: el de Alba procedió del modo que le hizo, en favor de España y contra súbditos rebeldes á Felipe II; D. Juan procedió contra España y en favor de súbditos fieles á Felipe IV, y sin embargo, ¡se declama contra el de Alba y nada se dice contra D. Juan! Creemos que todo cuanto es esencialmente malo, no puede dejar de serlo, sea quien quiera quien lo ejecute; por nuestra parte, procurando como en efecto procuramos juzgar á todos los personajes históricos, amigos y enemigos, como más justo nos parece, pesamos sus hechos en la balanza de la equidad y la justicia; considerando la imposibilidad, ó peligro por lo ménos, de apoderarse de ciertos personajes por los medios ordinarios cuando su prisión interesa á la salud del Estado, del mismo modo que aprobamos lo ejecutado en Flandes por el duque de Alba, no declamamos contra D. Juan IV por lo que hizo con el arzobispo y con el marqués de Villareal: el portugués estaba en el caso de conservarse en el trono, como el duque de Alba tenía el imprescindible deber de defender los intereses de Felipe II y, por consiguiente, los de España.

Encontráronse papeles, y con ellos y con las declaraciones de varios conjurados se descubrió toda la trama. Formóse proceso á los reos, del cual resultó la sentencia de muerte contra el de Villareal, contra el duque de Caminha, hijo de aquel; contra el

judío Baeza y otros; los tres primeros habian de ser degollados, y descuartizados los demás. En cuanto al arzobispo de Braga y otros preladados, fueron encerrados en seguras prisiones hasta que el Sumo Pontífice decidiera el castigo que habia de imponérseles.

El arzobispo murió en la prision. Dice algun autor moderno que sobre dicha muerte *se hicieron diferentes comentarios, nada extraños, atendidas las circunstancias*. De más terminante manera se habla al ocuparse de otros lances análogos ocurridos en España en diversas épocas. Nosotros, sin tener datos para asegurar que el arzobispo fué jurídicamente asesinado, no vacilamos para decir que en efecto lo seria, por no dar el inaudito escándalo de degollar públicamente al primado de Portugal. Ser encerrado aquel lleno de salud, sin sufrir achaque ninguno, y fallecer á los pocos dias, para casualidad, lo fué muy grande.

El traidor marqués de Ayamonte no se contentó con el feo é ignominioso hecho de revelar la conjuracion tramada en favor de su rey, quien en él habia puesto su confianza hasta el punto de encargarle el gobierno de una plaza fronteriza de los pueblos rebeldes. Ideó una nueva traicion, más propia de un demente que de un hombre cuerdo.

Era deudo del duque de Medina-Sidonia, como de la reina de Portugal, hermana de dicho duque, y le sugirió la descabellada idea de hacerse proclamar *rey de Andalucia*. Hizo entender al de Medina-Sidonia el de Ayamonte las inmejorables circunstancias que favorecian á su proyecto. De una parte la escasez de recursos y de tropas que tenia Felipe IV, por efecto de las rebeliones de Cataluña y de Portugal; de otra el apoyo que le prestarian los nuevos reyes, deudos del duque y del marqués, así por dañar á España, como en justa recompensa de la importante revelacion que el de Ayamonte acababa de hacer á D. Juan, y de otra, en fin, el placer con que le aclamarian los andaluces, disgustados como estaban del mal gobierno de Felipe IV.

Aceptó el duque de Medina-Sidonia, *descendiente de GUZMAN EL BUENO*, cosa que ciertamente parece imposible, el fatal y traidor consejo que le daba su deudo, seguro de ser rey de hecho si el de Medina llegaba á serlo de *derecho*; y como no podian reunirse, eligieron para intermediario á un fiel servidor del de Ayamonte, llamado Luis de Castilla.

Dieron asimismo parte á D. Juan IV; y para entenderse con él dieron su *plenipotencia* á Fr. Nicolás de Velasco, religioso del órden de San Francisco; y cuando el plan iba estando casi combinado, un español, protegido en otro tiempo por el de Medina-Sidonia, y á la sazón residente en Lisboa, llegó á sospechar de

Fr. Nicolás, y se propuso averiguar si se tramaba ó no algun proyecto contra España.

Dicho español, que se llamaba Sancho y estaba retenido en la córte de Portugal, habló á Fr. Nicolás; le mostró cartas que desde antiguo tenia del duque de Medina-Sidonia, á quien habia servido, y concluyó por decirle que instase al mencionado duque para que alcanzase su completa libertad.

El astuto Sancho llegó á persuadir al buen religioso de tal modo, que le concedió toda su confianza; y como al fin alcanzase su libertad, aunque no por la mediacion del duque, muy de propósito se despidió del fraile, preguntándole si se le ofrecia alguna cosa para el duque, á quien iria á ver tan pronto como pudiese el pié en España.

Cayó en el lazo Fr. Nicolás, creyó que ninguna ocasion se le podia presentar más oportuna y ventajosa para dar parte al marqués y al duque del estado en que se hallaba el descabellado proyecto. Entonces el religioso reveló á Sancho todo el secreto y le dió por escrito una puntual relacion de cuanto habia hecho, para que la entregase al duque y al marqués.

En aquella ocasion se vió una vez más que todo el que obra mal, recibe el condigno castigo. Lo mismo que el de Ayamonte hizo con los pliegos del arzobispo de Braga, ejecutó Sancho con los de Fr. Nicolás: se dirigió derecho á Madrid, y los puso en manos del conde-duque.

Extraordinaria sorpresa causó al de Olivares tan inesperada nueva. Inmediatamente dió cuenta al rey; pero hizo caer toda la responsabilidad de tan inaudita traicion sobre el de Ayamonte, que no era su amigo, y sacó casi inocente y presentó como seducido al de Medina-Sidonia, que lo era íntimo.

El marqués fué tristemente sorprendido con su prision, cuando no podia imaginar que la trama era conocida de persona alguna. Al de Medina-Sidonia se le llamó á la córte, é instruido por su patrono, se presentó á Felipe IV, le pidió perdon, este le fué concedido, y solo porque resaltase ménos la injusticia, aunque todos la vieron bien notoria, se le confiscó, por via de castigo, una pequeña parte de sus cuantiosos bienes.

Entonces fué cuando el de Olivares sugirió al de Medina-Sidonia la idea de retar al rebelde duque de Braganza, ya rey de Portugal, para que diese *un verdadero golpe de efecto*, mostrándose tan leal como, á creer al pié de la letra el cartel de desafio, parecia. Por esto aquel ha sido calificado de farsa, y farsa y no otra cosa puede parecer, cuando se dirigió á castigar á un súbdito rebelde de Felipe IV por su rebelion, y procedia de otro súbdito casi más rebelde; porque el duque de Braganza podia

creer injusta con mayor ó menor razon, la dominacion española en Portugal; pero el de Medina-Sidonia de ningun modo podia creer lo mismo, respecto del reino de Andalucía.

Tambien se mandó al duque de Medina-Sidonia no salir de la córte; pero no fué tratado con igual blandura el marqués de Ayamonte. Trajéronle preso á Madrid, y con él se cometió la negra infamia, indigna de todo hombre honrado y propia solamente de un hombre infame, sin dignidad ni decoro, de ofrecerle el perdon si confesaba su delito. Confesóle en efecto, y faltando á la solemne promesa se le sentenció á muerte y fué, en efecto, degollado. Este borron más ennegrecerá perpétuamente la triste memoria del fatal conde-duque.

Respecto del *famoso* desafío, calificado con sobrada razon por autores de valía de *farsa pueril*, solo podemos añadir que se designó el palenque situado en una llanura inmediata á Valencia de Alcántara; que se hicieron circular carteles por toda Europa; que el duque de Medina-Sidonia esperó en el lugar designado ochenta dias, acompañado del célebre D. Juan de Garay; que D. Juan IV no pareció, ni hubiera parecido, aunque el de Medina-Sidonia hubiera podido esperar hasta hoy sin temor de que apareciese D. Juan IV.

Lamentable fin tuvo el de Ayamonte, mostrando en el suplicio que era hombre de un valor á toda prueba; mas á decir verdad, mereció su suerte, puesto que se olvidó de su nobleza al rebajarse hasta la miserable condicion de delator.

Antes de referir el término de la guerra de Portugal y el fin de la sublevacion de Cataluña, vamos á ocuparnos de la caida del aborrecido magnate que tanto perjudicó á España, y que tan pequeño hizo á Felipe, llamado el Grande. Para hacerlo así tenemos dos razones: no nos parece conveniente subdividir más, con perjuicio de la necesaria claridad, ninguna de las predichas guerras; y deseamos dar noticia al lector del fin del fatal conde-duque; porque si aquel es verdadero español, deseará cordialmente verle desaparecer de la escena política.

Todo habian sido desgracias para España casi desde el principio de su funesto valimiento. Italia estaba en combustion; Flandes casi perdida; perdido completamente Portugal; á punto de perderse Cataluña; empobrecida la nacion; falta de brazos por tantas y tan desastrosas guerras; la córte corrompida y desmoralizada, ocupada exclusivamente en fiestas y diversiones, sin que la conmoviesen los dolorosos ayes de las madres, esposas, hijas y prometidas de los valientes que la guerra segaba, ni las súplicas de los que se veian empobrecidos por efecto de las continuas exacciones, que solo sérvian para sostener tantas guerras

y para que la corte deslumbrase con su lujo. Tal era el triste y desconsolador cuadro que presentaba España, y tales habian sido los desaciertos del conde-duque.

Sobre no saber prevenir las desgracias y catástrofes, ignoraba el medio de remediarlas despues de sucedidas, ó de cortar en un principio los males; y si por rara casualidad le ocurría algun arbitrio, era ó desacertado ó innoble. Ya ha visto el lector si es ó no cierto lo que de decir acabamos; pero aún referiremos otro suceso, que es una pueba más de que si podia vengarse el de Olivares, lo hacia de una manera infame é indecorosa.

AÑO 1642.

Hallábase á la sazón en Alemania, sirviendo como teniente general del imperio, el príncipe D. Duarte de Portugal, hermano de D. Juan IV. Era valeroso el príncipe, y servía al emperador como uno de sus más valientes é inteligentes generales, olvidado de que era portugués, y sin saber lo que en Portugal pasaba.

Querian mucho á D. Duarte los alemanes, porque en más de una ocasion habia demostrado su mucho valor y su pericia en la guerra; por lo tanto fueron tristemente sorprendidos con la desagradable noticia de que España habia reclamado la prision de D. Duarte, por medio de los embajadores españoles en Viena. El pretexto que se tomó fué el querer evitar que al saber el príncipe portugués lo que en su país ocurría, fuese á auxiliar á su hermano con todo su talento y valor, que eran en verdad grandes.

Cumplieron su mision los embajadores, y el emperador recibió mal la peticion de España; porque D. Duarte le servía bien y con gran utilidad del imperio, y sobre todos era su decidido protector el archiduque Leopoldo.

Instaron, sin embargo, tanto los embajadores de España, que al fin se accedió y el príncipe D. Duarte, tan valeroso, inteligente y digno, fué preso en Ratisbona (Febrero), llevado á Pasau y de allí á Grats, y por último, entregado á los españoles, fué trasladado á la ciudadela de Milan. El rey, su hermano, gestionó mucho para alcanzar la libertad de D. Duarte, pero gestionó en vano: el pretexto de retenerle fué el conservar rehenes que enfrenasen á D. Juan IV, puesto que por no comprometer la existencia de su hermano, ó mitigaria sus deseos de guerra, ó de continuarla, la haria más humanamente. No vió, empero, don

Duarte el fin de la guerra: el desventurado y valeroso jóven murió en su prision.

La guerra de Portugal, en 1642, no se hizo por parte de España ni de Portugal con gran vigor; mas en esto nada influyó la prision del hermano del rey. España necesitaba sus principales fuerzas militares en Cataluña, y Portugal necesitaba tiempo para reunir las, organizarlas y ponerlas en aptitud de combatir.

Los pocos é insignificantes encuentros que ocurrieron, nada tuvieron de glorioso y sí mucho de vandálico por una y otra parte. Por la de Extremadura se hicieron reciprocas invasiones, pagando los inermes pueblos la culpa que seguramente no tenian, sufriendo incendios, devastaciones y vejámenes sin cuenta.

Tambien invadieron la Galicia los portugueses, mandados por D. Manuel Tellez de Meneses y D. Diego Melo de Pereyra. Los invasores talaron cuanto quisieron, merced á la apatia del indolente prior de Navarra, que en dicha provincia mandaba las armas españolas.

Aparentando, sin embargo, una actividad que nadie le concedia, porque jamás la tuvo, se dedicó á figurar que preparaba una invasion en la provincia de Tras-os-Montes; y en tanto la preparaba para no verificarla, puesto que todos sus preparativos quedaron en aparato, no impidió que los portugueses á su placer talaran y saquearan por la parte de Galicia.

Nada más ocurrió que merezca referirse; y el año terminó cuando más preparativos se tomaban y más providencias dictaba la córte para juntar un gran ejército destinado exclusivamente á la guerra de Portugal.

Antes de tratar de la de Cataluña, vamos á ocuparnos del célebre conde-duque, segun poco hace hemos anunciado.

AÑO 1643.

CAIDA DEL CONDE-DUQUE.

La voz pública anatematizaba al de Olivares; le designaban todos como el fatal causante de tantas pérdidas, extragos y ruinas; le miraban como el autor de la terrible miseria en que gemian los pueblos, y cansados estos de sufrir en silencio, con el dedo señalaban al autor de todas sus desgracias, y pasando el dolor y la ira del corazon al rostro, llegó hasta los labios para públicamente maldecirle y execrarle. El, empero, en su indo-

mable orgullo y con su habitual despotismo se curaba muy poco del hablar de las gentes. Continuaba insultando con su inusitado lujo, su deslumbrador fausto é imponente ostentacion á todo el mundo, dando á su rey diversiones *de todo género* y gratas noticias, contrarias en verdad á lo que pasaba.

Hacia más de dos años que habia por la vez primera visto nublarse el rostro del rey, y creyó conveniente aislarle y tenerle como preso con cadenas de oro, figurándose que por aquel medio se aseguraba, y que ocultando la verdad enmendaba su error de haber anunciado en tono jovial y festivo la importante pérdida de Portugal.

Habiase en la corte perdido, segun respetables autoridades históricas, toda idea de rubor, decoro y moralidad, y á estas estimables prendas habian reemplazado todos los vicios. Conservábase únicamente el antiguo valor, como se conserva hoy y se conservará eternamente; mas no en la corrompida y afeminada corte, en donde estaba completamente enervado, á causa de la afeminacion y la molicie que en ella con absoluto dominio imperaba.

Habia llegado á pesar sobre el ánimo del rey la maléfica influencia del fatídico favorito, de una manera que le abrumaba; perdía este último dia por dia en la gracia del soberano; empero Felipe IV, sin embargo, como si obedeciese forzosa é involuntariamente á una influencia magnética, no se determinaba á separarle de su lado: habia llegado casi á temerle; le veía con disgusto, pero no se atrevia á demostrarlo; queria hacer un desaire al conde-duque que obligase á este dimitir su cargo, mas pensando en el modo de hacerle pasó dos años, desde la sublevacion portuguesa, sin decidirse jamás á realizar su pensamiento.

Comenzó, por fin, el soberano á mostrarse ménos risueño y afable con el de Olivares, y este lo notó; pidió permiso para retirarse de la corte, so pretexto de estar fatigado de tanto trabajar; pero llegado el momento decisivo, Felipe IV no se atrevia á admitir la dimision, y decidia conservar á su lado al hombre cuya sola vista le mortificaba. Por manera que el rey buscaba con afan la ocasion, y en viéndola oportuna no se atrevia á aprovecharla. Posicion era esta insoportable, y para un rey por demás bochornosa.

Hubiera trascurrido un año tras otro de la misma manera, á no haber encontrado el soberano, sin buscarlos, muy poderosos auxiliares. La reina, á quien el fatal conde-duque tuvo incomunicada con su esposo, era de aquel el principal y más encarnizado enemigo. Tenia sobrados motivos para serlo; como reina habia recibido grandes é insoportables desaires, y habia sufrido

infidelidades como esposa, que debía principalmente al de Olivares.

Los contados pero fuertes y poderosos enemigos del conde-duque tenían sobrados motivos para hacerse escuchar, y defendían una causa demasiado justa y santa para no ser atendidos. El escándalo había excedido á toda ponderacion; los delegados del omnipotente favorito seguían las huellas de este, y eran sus émulos en acumular riquezas y en ejecutar toda clase de desórdenes: de suerte que no había moralidad, ni se hacía justicia, ni se encontraba más que la ruina del débil y el triunfo del poderoso.

El primero que pudo manifestar al rey la verdad de lo que en España sucedía, fué D. Francisco de Quevedo y Villegas, el profundo escritor y festivo poeta, honra de España y del siglo en que vivió, *que á los quince años de edad era doctor in utroque*. Este hombre sábio y desgraciado caballero, fué el blanco de las iras del conde-duque, desde que sirvió de secretario al duque de Osuna, memorable virey de Nápoles. Indomable en medio de todos sus trabajos, escribió en verso un largo memorial, que pudo hacer llegar á manos del rey, pintando y describiendo en aquel con vivos y verídicos colores todos los males que España sufría, demostrando que el de Olivares era el autor de tantas desdichas.

Estuvo en muy poco el que perdiese Quevedo la vida, á consecuencia de aquel hecho; pero sufrió una larga prision, que tal vez acertó sus días, porque el conde-duque le hizo encerrar en un lóbrego y malsano subterráneo, y le hizo permanecer cargado con el enorme peso de gruesas cadenas, absolutamente incomunicado y sin dejarle más visita que la del adusto y descorazonado carcelero.

Pero el memorial había llegado á manos de Felipe IV, y este había sido un verdadero golpe de muerte hábilmente dado á la privanza del de Olivares.

Había llegado á saber el rey que la clase elevada se ocupaba solamente de acrecentar su fortuna por medios legítimos ó ilegítimos; que no se administraba justicia; que por do quier se veían prevaricaciones, concusiones, inmoralidad; que el hogar doméstico era á toda hora profanado; que el honor de las mujeres estaba á merced de los poderosos; que todo eran robos y excesos; que por infimas cantidades se encontraban asesinos para desembarazarse de los enemigos; no se respetaba á las solteras, casadas, viudas, ni á las mismas vírgenes, esposas del Señor, y para decirlo en pocas palabras, *en quince dias ocurrieron en Madrid, nada más en Madrid, CIENTO Y DIEZ MUERTES.*

Y al mismo tiempo que se cometían tan horrendos crímenes y que los hombres se familiarizaban con las más inauditas infamias, se daba un pregon en la córte para prohibir que los hombres usasen *guedejas y copetes*, porque aquel uso habia llegado á ser *el escándalo de la córte*; se prohibía á las mujeres llevar guarda-infante y cubrir el rostro con el manto, por los excesos á que daba lugar semejante costumbre, para luego despues asaltar el honor de las mujeres en su propio domicilio.

Estos y otros arbitrios análogos fueron los que encontró el conde-duque para remediar los males y atajar los muchos crímenes de que eran víctimas los hombres pacíficos. Y si para atajar los crímenes no hizo más, tampoco supo remediar la destructora miseria en que España toda gemia. Lo único que hizo fué aumentar la general pobreza: por centésima vez cambió el valor de la moneda, dejando reducida la de vellon á *la sexta parte del valor que hasta entonces habia tenido*, y llegó el terrible caso *de no encontrarse en Madrid qué comer*.

Bien puede comprender el lector que todos públicamente clamarian contra el fatal favorito; mas como el rey habia estado aislado y sin saber la verdad, el memorial de Quevedo hizo en su ánimo honda impresion, cuando le pudieron informar de que todo lo referido en aquel era demasiado cierto. Portugal estaba perdido; Flandes próxima á perderse por completo; el resultado de la guerra de Cataluña era á la sazón muy dudoso, y todo esto y los robos y los asesinatos y las violencias y las violaciones y los sacrilegios y tanto y tanto crimen constaban en la relacion que el rey recibió, escrita por autor anónimo, y que confirmaba lo dicho mucho tiempo antes por Quevedo.

La aduladora falange que al conde-duque servia baja é indecorosamente, tan pronto como vió que la estrella del favor rápidamente se eclipsaba, comenzó á cambiar de rumbo: los amigos *cordiales* ibanse convirtiendo en desembozados enemigos, segun antigua usanza de los palacios; y el de Olivares vió á la fortuna ya ceñudo el rostro y que iba quedando aislado.

Así las cosas, la reina encontró un dia la oportuna ocasion á la mano, y anegada en lágrimas tomó en los brazos al príncipe D. Baltasar Carlos, y presentándole al rey, dijo entre sollozos y suspiros: *Ved aquí á vuestro hijo, sed cierto de que si el reino sigue gobernado por un mal ministro que le está arruinando, pronto le vereis reducido á la más miserable condicion*.

Felipe IV fué hombre de excelente corazon y de buen carácter, y ambas cosas fueron su ruina y la de la monarquía. Todos los hombres nacen dotados de un carácter, que es en muchos de ellos un inseparable tormento; comprenden que les perjudica,

resuelven hacerse superiores á él, tratan de vencerle, pero en los momentos de ruda prueba siempre salen vencidos. De este modo se explica la conducta de Felipe IV con el conde-duque, y asimismo se comprende que no pudiese resistir á la fuerza de las palabras de su esposa y á la vista de su tierno hijo, estando ausente el hombre que absoluta y completamente le subyugaba.

Entró de refuerzo la duquesa viuda de Mantua, la infanta Margarita de Saboya, ex-vireina de Portugal, la cual libre ya de su retencion en el perdido reino, habia venido á Madrid á dar cuenta de su vireinato. Con enérgicas palabras habló al rey la vireina, y puso patente ante sus ojos todo lo ocurrido en Portugal y la conducta del ministro y de sus delegados, que habian dado márgen á la sublevacion que produjo la pérdida del reino. Esforzaron las razones de la vireina, respecto á todos los desastres ocurridos en la monarquía á consecuencia del gobierno del mal ministro, el presidente del Consejo de Hacienda, conde de Castrillo; D. Fr. Garcerán Alvarez, arzobispo de Granada, y el embajador de Alemania, marqués de Grana-Cerrato.

Era fuerte y justa la conjura; y por si todo esto no bastaba, dió el golpe de gracia al de Olivares doña Ana de Guevara, nodriza que habia sido de Felipe IV, á quien este profesaba tanto cariño como veneracion.

El rey, decidido ya, comenzó á recibir al conde-duque con mal semblante, á negarle algunas veces la entrada y á darle á entender que le era desagradable su presencia. Llegó, sin embargo, un día en que los desaciertos del ministro se multiplicaron y las gestiones de sus enemigos se multiplicaron tambien, y cada dia adquirian mayor fuerza, hasta uno en que no pudiendo resistir más Felipe IV, mandó disponer una partida de caza, y al salir de palacio dejó escrito un lacónico billete autógrafo, que á la letra decia: *Muchas veces me habeis pedido licencia para retiraros, y no he venido en concedérosla; pero ahora os la doy para que lo hagais LUEGO á donde os pareciere, para que podais mirar por vuestra salud y por vuestro sosiego.* — EL REY.

Grande fué el asombro del conde-duque al saber que el rey habia salido á caza sin la compañía de su inseparable favorito; y mayor fué la sorpresa cuando pusieron en su mano el fatal billete. Repúsose, empero, y disimuló mucho la mala impresion recibida; quizá pudo reponerse más fácilmente, esperanzado con la idea de reconquistar el antiguo favor. Conocia muy bien el carácter del rey, como era natural, no habiéndose separado de él en tantos años; comprendia que Felipe IV no se hubiera decidido á dar aquel paso á haber estado el conde-duque presente; pensaba que sus enemigos, aprovechándose de su ausencia, habian obte-

nido sobre él aquella victoria, cuya duracion creyó bien efímera, suponiéndola tan corta que no seria de más tiempo que el necesario para presentarse al rey, tan pronto como este regresase del campo.

Nosotros, al insertar el contenido del decreto de separacion, nos hemos conformado con el parecer general, el cual está de acuerdo con un respetable manuscrito, que más de una vez ha aclarado nuestras dudas y nos ha servido de guia. El Sr. Lafuente, competente autoridad en el punto en cuestion, refiere este suceso, con corta diferencia, del mismo modo que le hemos referido. Inserta, sin embargo, una interesante nota (T. XVI, pág. 315) que no podemos omitir, deseosos de que nuestros lectores no carezcan de su conocimiento. Dice así:

«En un manuscrito de la biblioteca de la Real Academia de la Historia, titulado *Relacion de lo subcedido desde el 17 de Enero de 1643, que S. M. ordenó al conde-duque saliese de palacio, hasta 23 del mismo que con efecto salió*, se dice que el sábado 17 á las nueve de la mañana se halló con un papel que el rey le escribió desde la torre de la Parada, en que le decia: *Conde, muchas veces me habeis pedido licencia para iros á descansar, y yo os la he negado por causas que á ello me movieron: hoy no solo os la doy, sino que os mando que os vayais luego y desembaraceis á palacio.*»

Si el escrito fué tal como en el manuscrito de la Academia de la Historia se dice, su contenido duro y seco debió dejar poca esperanza al antiguo favorito. A pesar de todo, siempre osado el de Olivares y firme en su propósito, como quien desea con brevedad obedecer, se retiró en el acto á sus dominios de Loeches; empero al siguiente día volvió á Madrid y se presentó con sereno semblante y erguida cabeza en palacio.

Muchas personas supusieron y dieron por seguro que Felipe IV no recibiría al derrotado valido, y de ello se felicitaban; porque temian al débil carácter del soberano, si llegaba á ver á su antiguo favorito. Engañáronse, empero; el rey le recibió con severo semblante, contra lo que debía esperarse de su natural bondad, y el orgulloso Olivares cambió instantáneamente el aire de orgullo y la sonrisa de triunfo con que habia atravesado por entre los cortesanos, que creian cerrada por siempre la puerta de la cámara para el conde-duque.

El fruncido ceño y la severidad del rey hicieron al caído ministro cambiar de aspecto, y pedir al rey *humildemente* perdon de las ofensas que *involuntariamente* pudiera haberle hecho. Despues procuró justificarse, y era por cierto árdua la empresa, de todos los cargos que contra él públicamente se hacían, y

de ser el causante de todos los muchos y graves males que á su administracion se imputaban.

Mucho tiempo estuvo el de Olivares hablando á solas con el rey, tiempo que fué de angustia y de sobresalto y de anhelo para los enemigos del primero. El rey le oyó sin interrumpirle, esperando más y más al caido semejante paciencia; empero el ceño del soberano no se desarrugaba ni los labios se plegaban para dejar ver la antigua y deseada sonrisa.

Terminó el conde-duque, y el rey con un tono glacial y concluyente dijo: *Podeis retirararos*. Entonces se acabó toda la esperanza del valido, y salió de palacio, para no volver á entrar en él.

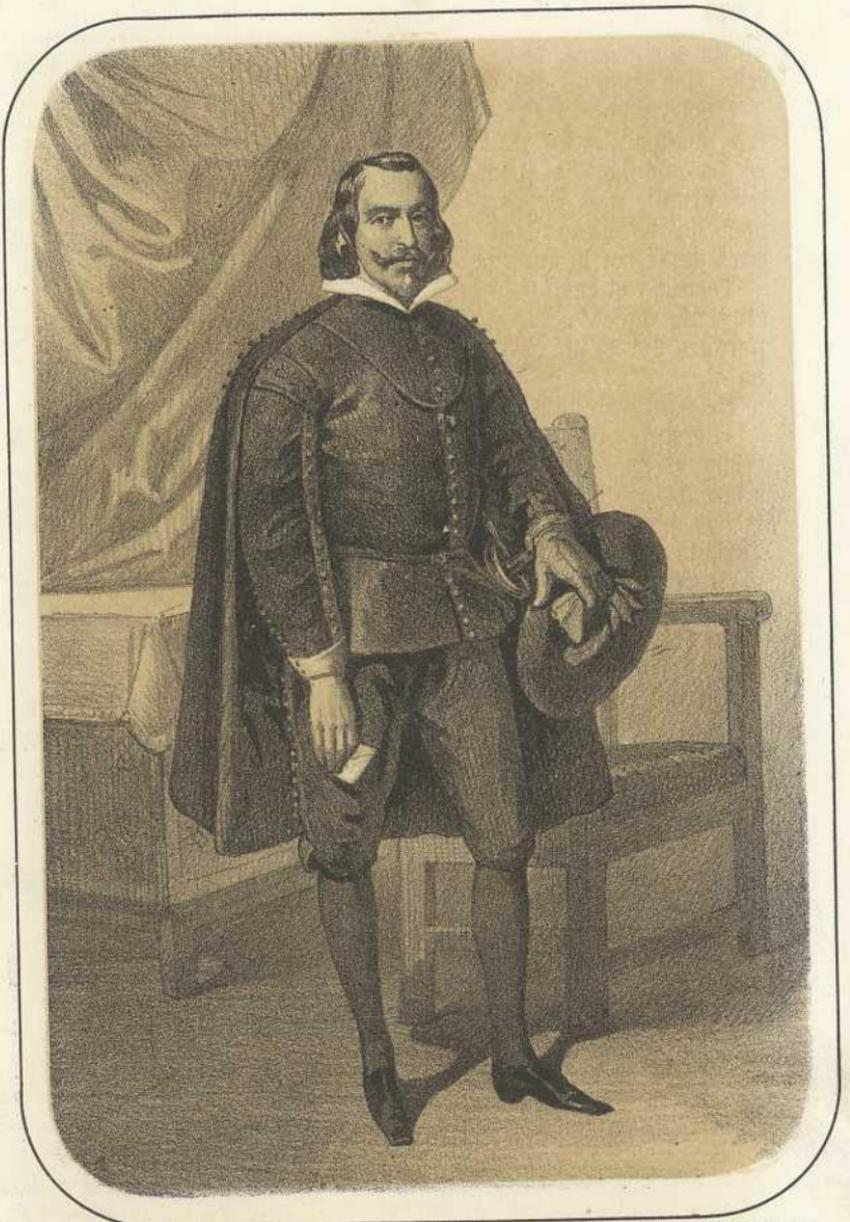
Hé aquí otra nota, tambien interesante, del Sr. Lafuente:

«Persona que se halló en Loeches, dice un escritor de aquel tiempo, y que lo vió por vista de ojos, dice que saliendo la condesa de visitar las monjas y sentándose á la mesa para comer, en la misma hora llegó un papel del conde, en que le daba cuenta de todo y le decia la determinacion del rey; y afirma este, que no solo los colores que tenia en la cara, pero los que se ponía, que eran muy grandes, como se usa en palacio, todos se le perdieron sin quedarle ninguno, y que parecia difunta.» — Vivanco, *Historia de Felipe IV*, lib. XI.»

» Si esto, como suponemos, es cierto (habla el Sr. Lafuente), no es probable que su mujer afectara tanta constancia en la desgracia, y que fuese la que consolaba á su marido, como se lee en otros historiadores más modernos, representándole que la salida del ministerio era el mejor beneficio que podia haberle hecho el soberano,» etc.

A pesar de la severidad con que el soberano recibió al de Olivares en su audiencia de despedida, sensible, quizá más de lo conveniente, no quiso desairar públicamente al que durante tantos años habia pasado por su amigo; y para lograrlo, expidió la siguiente comunicacion dirigida á los consejos:

«Dias há que me hace continúas instancias el conde-duque para que le dé licencia de retirarse, por hallarse con gran falta de salud, y juzgar él que no podia satisfacer conforme á sus deseos á la obligacion de los negocios que le encomendaba: yo he ido dilatando cuanto he podido por la satisfaccion grande que tengo de su persona, y la confianza que tan justamente hacia dél, nacida de las experiencias continúas que tengo del celo, amor, limpieza é incesante trabajo con que me ha servido tantos años. Pero viendo el aprieto con que estos últimos dias me ha hecho viva instancia por esta licencia, he venido en dársela, dejando á su albedrío el usar della cuando quisiere: él ha



C. MUSICA, dib.º y lit.º

Lit. de J. DONON Madrid.

Felipe IV.



» partido ya, apretado de sus achaques, y quedo con esperanzas
 » de que con la quietud y reposo, recobrará la salud para volver-
 » la á emplear en lo que conviniese á mi servicio. Con esta oca-
 » sion, me ha parecido advertir al Consejo que la falta de tan
 » buen ministro no la ha de suplir otro sino yo mismo, pues los
 » aprietos en que nos hallamos piden toda mi persona para su re-
 » medio, y con este fin he suplicado á Nuestro Señor me alum-
 » bre y ayude con sus auxilios para satisfacer á tan grande obli-
 » gacion, y cumplir enteramente con su santa voluntad y servicio,
 » pues sabe que este es mi deseo único. Y juntamente ordeno y
 » mando expresamente á ese Consejo, que en lo que esté de su
 » parte me ayude á llevar esta carga, como lo espero de su celo
 » y atencion,» etc.—MS. de la Real Academia de la Historia,
 Archivo de Salazar, tomo XXXII, pág. 221.

Esta determinacion del rey fué considerada por algunos, es-
 pecialmente por los enemigos del conde-duque, como una nueva
 debilidad de Felipe IV. Nosotros observamos en ella un fondo
 de bondad que seguramente no merecia el de Olivares, muy
 propio del carácter del soberano, ó quizá fué que no quiso con-
 fesar públicamente, por más que de todos fuese conocida, la fla-
 queza de haber sostenido á su lado durante tanto tiempo á quien
 positivamente no lo merecia.

Pocos dias despues llegó á creerse que la retirada del conde-
 duque no habia sido otra cosa que un plan combinado con el
 rey, y valor entendido entre ambos la desgracia ó pérdida del
 antiguo favor. Fundábanse los que tal cosa creian en que la es-
 posa del de Olivares continuaba asistiendo á palacio, motivo que
 unido á la circular pasada á los consejos, fué objeto de mil com-
 entarios y de no pocas murmuraciones; empero todos cuantos
 de dicho modo pensaban, estaban engañados.

En cuanto al pueblo, no hay para qué decir hasta qué punto
 celebraria la caida del conde-duque. Cuando se tuvo por cierta
 su desgracia, apareció en las esquinas de las calles más públicas
 de Madrid la siguiente redondilla:

*El dia de San Antonio
 se hicieron milagros dos,
 pues empezó á reinar Dios,
 y del rey se echó al DEMONIO.*

La caida ocurrió el dia 17 de Enero, en el que la Iglesia cele-
 bra la festividad de San Antonio Abad; á este santo se referia
 el autor de la redondilla, y no á San Antonio de Padua.

Tambien se publicaron algunos escritos contra el conde-du-
 que, dirigidos á poner de relieve todas las faltas cometidas por

el de Olivares. Hablando de este al rey, se decia en uno de ellos: «Prometió á V. M. á su entrada hacerle el monarca más rico del mundo, y despues de haber sacado en estos reinos más de doscientos millones en veintidos años, le ha dejado en suma pobreza: vea S. M. qué bien cumplida palabra. Las pérdidas de flotas enteras con tanta riqueza en galeones anegados, su buena dicha y la mala destes reinos la han padecido, de suerte que cuanto ha que se ganaron las Indias no se ha perdido tanto como en su solo tiempo.

»A V. M. le ha sucedido puntualmente lo que al señor rey D. Enrique III, que cuando los grandes estaban muy sobrados le servian una espalda de carnero, y aun no se dice de aquel tiempo que faltase la botica del palacio, como en este, que está cerrada, y sin estrado las damas.

»En tiempo de su abuelo de V. M. ningun presidente tuvo más de un cuento de maravedís de salario, ni el consejero más de medio, y iban al consejo en unas mulas y un lacayo, teniendo en sus casas unos guardamecés y lienzo de Flandes que costaban á seis reales; y ahora tienen las caballerizas más cumplidas que los grandes y tantas telas de tapicerías ricas, que no son tales las de V. M., de suerte que ellos son los grandes del tiempo del rey D. Enrique.

Para acercarse á conocer la suma de riquezas que el conde-duque acumuló, sin hablar de los honores y gracias de otra especie que supo procurarse, podemos insertar el siguiente apunte, obra de un escritor coetáneo:

	Ducados.
Las encomiendas de las tres órdenes militares. . . .	12,000
Por camarero mayor.	18,000
Por caballero mayor.	28,000
Por gran canciller de las Indias.	48,000
Por sumiller de corps.	12,000
Por un navío cargado para Indias.	200,000
Por alcaide de los alcázares de Sevilla.	4,000
Por alguacil mayor de la casa de contratacion. . . .	6,000
Por la villa de San Lúcar.	50,000
Gages de su mujer por camarera mayor y aya. . . .	44,000
	<hr/>
Total.	452,000

Esta para aquellos tiempos fabulosa suma (4.972,000) la percibia *anualmente* el de Olivares.

No faltó, ni era posible faltase á quien tan rico era, quien saliese á la defensa del conde-duque; mas como para defenderle fuese preciso ofender la dignidad del rey, se prohibió bajo severas penas la publicacion de todo escrito que tratase del caido ministro, fuese para defenderle ó para atacarle.

Debemos decir del conde-duque que si se mostró excesivamente avaro y acumuló cuantas riquezas pudo, no se manchó, empero, con ciertas indecorosas y aun criminales acciones en que fatalmente se distinguió su predecesor el duque de Lerma, tales como la venta de oficios y cargos públicos. En cambio descendió hasta el punto de ejercer el más vil y miserable *oficio*, por excitar las pasiones del rey para distraerle de los negocios y hacerle aborrecer los cuidados que siempre ocasiona la gobernacion del Estado.

El erudito Lafuente dice muy exacta y oportunamente del ministro Olivares:

«Tanta opulencia en medio de la penuria pública era en verdad un insulto perenne al infeliz pueblo. En lo de haber encumbrado á todos sus deudos y amigos, y monopolizado en ellos los cargos de honra y de lucro, cosa es en que no se diferenció de otros validos. Sin carecer el de Olivares de entendimiento, cometió más torpezas que si hubiera sido un imbécil. La soberbia y el orgullo le cegaban, y teniendo una razon clara, obraba como un negado. Empeñóse en llamar *Grande* á su rey, y dió lugar á que se dijera con sarcasmo de Felipe que era *grande* á semejanza del hoyo, que cuanta más tierra le quitan más grande es. Para dominar al monarca quiso distraerle de los negocios, y por tenerlo distraido le hizo disipado, y rompiendo al monarca desmoralizó la nacion.

» Hay quien hace subir á ciento diez y seis millones de doblones de oro lo que sacó de los pueblos en donativos é impuestos extraordinarios, de los cuales gran parte se disipó en fiestas, banquetes y saraos, y entre comediantes y toreros, parte se distribuyó entre los vireyes y gobernadores amigos, y parte se destinaba á mal pagar ejércitos que eran derrotados y navios que se perdian, que solo de estos se calcula haberse perdido más de doscientos y ochenta entre el Océano y el Mediterráneo durante la funesta administración del conde-duque. Agregando á estas pérdidas las de las provincias y reinos, la del ducado de Mantua, la de casi toda la Borgoña, la del Rosellon, y la del reino de Portugal con sus inmensas posesiones de Oriente, con



»razon aplicaba la malicia á la grandeza de Felipe IV el simíl
 »de la grandeza del hoyo. Soñó el de Olivares en hacerle señor
 »de otros reinos, y le faltó poco para hacerle perder todos los
 »suyos.»

Para no volver á tratar del conde-duque diremos que, cansado muy pronto de residir en Loeches, pidió al rey permiso para trasladarse á Toro. Otorgó Felipe IV la peticion, con la cláusula de que no saliese de la expresada ciudad hasta que otra cosa se dispusiese.

Dícese, y no lo dudamos, porque conocemos la saña de cierta clase de personas, que los enemigos del caído ministro no se contentaron con verle privado de todo mando y alejado de la córte: todos los dias fatigaban al rey con nuevos recuerdos para que hiciese justicia, puesto que, segun ellos, la separacion y el destierro del conde-duque no era castigo suficiente para los crímenes que al objeto de sus iras se achacaban. Extiéndense á asegurar que formaron empeño en que el de Olivares terminase su vida del mismo modo que D. Alvaro de Luna, favorito de don Juan II, y el conde de la Oliva, valido de Felipe III, y que del hijo de este lograron que dirigiese al conde-duque un papel en el que se leia el siguiente terrible párrafo: *En fin, conde, yo he de reinar, y mi hijo se ha de coronar en Aragon, y no es esto muy fácil si no entrego vuestra cabeza á mis vasallos, que á una voz todos la piden, y es preciso no disgustarlos más.*

No podemos asegurar que dicho papel no sea apócrifo: sus palabras no parecen dictadas por un rey como Felipe IV, ni creemos, atendido el carácter y circunstancias de aquel, que á haberlas dictado otro, el rey las hubiera suscrito. Tan creida fué, sin embargo, esta especie, que la muerte del conde-duque se achacó á que en vista del papel del rey habia perdido el juicio y sido victima de una violenta fiebre. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, falleció el dia 22 de Julio de 1645, de una fiebre, en efecto, á los diez dias de haber enfermado. Murió, segun la opinion general, muy cristianamente y arrepentido de sus faltas y flaquezas. En Toro ejerció el cargo de *regidor de la ciudad*.

CONTINÚA EL AÑO 1642.

GUERRA DE CATALUÑA.

En este año murió el príncipe de Butera, D. Fadrique de Colonna, el cual hace en la historia muy triste papel; porque nada

puede decirse de él respecto del tiempo en que mandó las armas españolas.

El mariscal de Brezé quedó instalado en Barcelona como *virey* de Cataluña; y como los franceses fueron siempre tan aficionados á los golpes de efecto, no se contentó, despues de prestar juramento, con hacer una vez su pública entrada en la capital; hizo dos á cual más ostentosas y solemnes: una como *virey* y otra como caudillo supremo del ejército. Fué recibido con tanto entusiasmo como regocijo (Febrero).

Sucedió á D. Fadrique de Colonna el marqués de la Hinojosa, hombre de tanto valor como inteligencia. Lástima grande fué que un hombre que tan distinguidos servicios supo prestar á la causa española, se degradase hasta el punto de cometer una negra infamia que cubrió de oprobio su nombre y fué causa de infinitas desgracias.

En el momento se puso el de la Hinojosa al frente del mismo ejército, con el cual nada habia hecho el príncipe de Butera, sin haber recibido más refuerzos que ochocientos co-razas.

Su primer hecho de armas fué la derrota de una columna francesa, á la cual sorprendió en el Plá. En seguida sorprendió tambien la villa de Alcover, haciendo en ella prisionero á todo el tercio catalan, al cual trató con tanta humanidad como miramiento.

Irritado el caudillo francés con el comienzo de la campaña en aquel año, mandó al general de La Motte contra el marqués de la Hinojosa, con mucho mayor ejército del que tenia el segundo. El marqués, á pesar de su desventaja, recibió con firme energía al de La Motte, sostuvo la batalla, y concluyó por derrotar gloriosamente al de La Motte, ocasionando á este grandes pérdidas y haciéndole huir hasta Montblanch.

En poco tiempo se posesionó el marqués de la Hinojosa de varias villas y ciudades, entre ellas Reus, Vendrell, Altafull y Tamarit. Trató el caudillo español con toda consideracion á las respectivas guarniciones de los puntos rendidos, excepto á la de Constantí, que resistió temeraria y osadamente: quiso hacer ver que su bondad no era falta de energía, y que sabia distinguir á los bravos defensores de los malévolos.

Tan ventajosamente guiaba las operaciones de la guerra el de la Hinojosa, sin que ocurriese desgracia notable, fuera de la prision de Joannetin d'Oria, ocurrida á consecuencia de una tempestad que dispersó la escuadra que mandaba al regresar del Rossellon. Por desgracia los terribles y rencorosos celos de mando surgieron para cambiar la faz de la campaña, y para lograr que

el bizarro marqués se desentendiese y olvidase de su noble alcurnia y elevado origen.

Fué nombrado general del ejército de Aragon el marqués de Povar, D. Pedro de Aragon, y su hermano D. Vicente, almirante de Valencia.

El de Povar, puesto al frente de su ejército, vadeó el Cinca y llegó al campo de Tarragona, chocando en seguida con el de la Hinojosa, que estaba firme en sostenerse como supremo caudillo. Después de algunas cuestiones se convinieron entre sí ambos generales, y determinaron que mandase cada uno independientemente el respectivo ejército y fuese responsable de las operaciones que emprendiese, sin perjuicio de consultar á S. M.

La contestacion de la córte fué mandar que el marqués de Povar pasara al Rosellon con seis mil infantes, mil dragones y mil quinientos ginetes corazas.

Tenia que atravesar el de Povar más de cien millas para cumplir la órden que habia recibido; y la larga travesía estaba sembrada de dificultades, por la aspereza del camino y lo quebrado de la tierra.

Comenzó á dar sus disposiciones el de Povar para cumplir la órden, sin embargo de lo cual, despachó á la córte á su maestro general D. Martin de Mugica, con la mision de hacer presente en la córte las graves dificultades que se oponian á la empresa, sin contar la absoluta carencia de recursos, por cuyas razones creia más conveniente hacer el viaje por agua, embarcándose en el puerto de Tarragona.

El conde-duque, que por desgracia mandaba todavía, siempre obstinado, ignorante y despótico, desoyó las convenientes razones de Mugica, y ratificó la primitiva órden. El de Povar obedeció, fiando en el de la Hinojosa que habia prometido, como era de su deber, proteger la marcha del de Povar.

Aquí comienza á descender el valeroso Hinojosa, hasta hacerse despreciable y aborrecible. No solamente no cumplió su oferta y su obligacion, si que además, habiendo llegado un correo de Madrid con la órden de que el marqués de Povar no se moviese de Tarragona, D. Rodrigo de Herrera, maestro del tercio de las órdenes militares, se ofreció valerosamente á llevar la contraórden al de Povar, para que suspendiese la marcha y regresase á Tarragona; el marqués de la Hinojosa no consintió que D. Rodrigo marchase, y dejó que el de Povar continuase venciendo dificultades y desafiando peligros para encaminarse hasta donde estaba su segura ruina. Poco después el mismo Hinojosa entregó la contraórden para que la llevase á un traidor, el cual salió apresuradamente; mas en vez de llevársela al de Povar, la en-

tregó al general francés. No puede asegurarse que tal fuese la intencion del de la Hinojosa; empero puede admitirse la vehementemente sospecha, puesto que no dejó que la llevase un hombre á todas luces leal, que ofreció en solas dos jornadas alcanzar al de Povar, y se la entregó al que cometió la negra traicion que acabamos de referir.

Así que los franceses y catalanes supieron por el traidor lo que ocurría, concertaron su plan y dejaron que el de Povar se internase sin obstáculo, en virtud de lo cual llegó hasta Villafraanca del Panadés y Esparraguera, sin tener que luchar con otra cosa que con los naturales accidentes del terreno.

Pronto comprendió el valeroso D. Pedro de Aragon todo lo negro de la traicion que se le habia preparado: todos los caminos estaban cortados por los rebeldes y por los franceses, y por retaguardia casi le alcanzaba La Motte, seguido de un fuerte ejército.

La columna de retaguardia del de Povar, vivamente sentida de la negra traicion y viendo que los de La Motte casi la alcanzaban, dieron frente, acometieron y destrozaron la vanguardia franco-catalana, con tal ímpetu y tan gran decision, que el suelo quedó sembrado de cadáveres de los enemigos, y algunos en su azorada fuga, *no pararon hasta Barcelona.*

Pero este supremo y honroso esfuerzo sirvió de muy poco; las crestas de los montes se coronaban de tropas; las campanas de todos los pueblos tocaban el alarmante somaten; cerrados todos los medios de procurar á los famélicos soldados los medios de subsistir, el de Povar con harto sentimiento, ya que habia dado tan buena muestra de sí y del valor que era en él connatural, determinó emprender la retirada.

Aguardó á que llegase la noche y desde la Granata tomó por el Coll de Santa Cristina; anduvo con los suyos toda la noche en completas tinieblas, sin alimento, luchando con peligros, venciendo inauditas dificultades, y al amanecer, despues de hallarse todos con las fuerzas agotadas y extenuados de fatiga, se encontraron en el mismo sitio de donde por la noche habian partido al emprender la marcha. Supónese, y no sin fundamento, que los guías engañaron al de Povar, el cual desesperado y viendo á los suyos famélicos, extenuados, vacilantes, les concedió algunas horas de reposo para recomenzar despues la tarea; no dió, empero, tiempo para nada el *heróico* La Motte: cargando sobre unos hombres postrados por el hambre y abatidos por la fatiga, *sin combatir*, á todos los hizo prisioneros. Los *grandes cálculos* que debió hacer y los *peligros* que debió desafiar para obtener *tan grande victoria*, hacen un magnífico *elogio* del de

La Motte. Tambien merecen no menor *alabanza* los catalanes que en aquel *gran hecho de armas* tomaron parte, por haber auxiliado á franceses contra españoles.

Gozoso el de La Motte por haber obtenido un triunfo grande en verdad, pero del que ningun honor le resultaba, dió aviso á Barcelona por medio de un correo; y la noticia se recibió con repiques de campanas, vivas al rey y á LA FRANCIA, y se decretaron solemnes fiestas y se hicieron magníficas procesiones.

A Barcelona se trasladó el de La Motte, para gozar *de su triunfo*, y en ella penetró llevando en coche á los generales prisioneros, y siguiendo á aquellos á pié todos los demás jefes é individuos. Pasados los primeros dias fueron los prisioneros trasladados á Francia de quinientos en quinientos: los generales estuvieron más tiempo en Barcelona, alojados en el palacio *del vi-rey*, muy obsequiados y atendidos.

Hé aquí la lista nominal de los jefes trasladados por tierra á Francia:

D. Pedro de Aragon, general.

D. Francisco Toralto, lugarteniente.

El marqués de Ribes, general de la artillería.

D. Vicencio de la Matta, general de la caballería.

D. Diego Sanz, comisario general.

El baron de Letosa, comisario general.

D. Martin de Mugica, maestre de campo.

D. Pedro Pardo, maestre de campo.

Siete criados del marqués de Povar.

Existe además una larga lista de los que fueron trasladados por agua en la galera *Cardenal*, en la *Ducal*, en la *Montreal*, en la *Vigilante*, en la *Seguerana*, en la *Fransac*, continúan los que llevó el señor de Aubigny, y concluye la relacion ó lista diciendo: «Sin estos oficiales referidos, han llevado á Francia »prisioneros dos mil ciento y cincuenta, convoyándolos de quinientos en quinientos; finalmente, todo el ejército entero, desde »los generales hasta los soldados simples, van prisioneros á »Francia, *para rendir vasallaje al monarca tan justo como potente, que veneran las armas de Europa por Máximo.*»

Que esto se diga de un triunfo tan poco honroso y tan feo como la traicion de que tuvo origen, casi irritaria si no se considerase lo que poco antes dijimos respecto de los golpes de efecto. Este le tocó y percibió muy á su placer el de La Motte, que recibió el baston de mariscal de Francia por tan *notable hecho de armas*: en cuanto al bizarro marqués de Povar, no faltó en la córte quien quiso declinar sobre él toda la responsabilidad, siendo así que no hizo otra cosa que obedecer, viendo la inutilidad

de sus avisos y reflexiones, desafiando sufrimientos y superando obstáculos. La culpa toda debe recaer sobre el imbécil y despótico conde-duque, que dispuso lo que no debía, y la vergüenza y baldon sobre el de la Hinojosa, que impidió se realizase la enmienda del desacierto del de Olivares. Aquel bizarro general, ciego y desatentado por efecto de los celos de mando, se convirtió en traidor y fué causa de tanta deshonra y desastre.

Al mismo tiempo que esto sucedia, se preparaban los franceses para reavivar la guerra del Rosellon, á cuyo territorio fué destinado un ejército de más de veinte mil hombres, bajo las órdenes del mariscal Schomberg y del de la Meylleraie.

Este último atacó la plaza de Colibre, siendo defensor de ella el marqués de Mortara. Este valeroso caudillo hizo una heroica y decidida defensa: y cuando vió que el enemigo habia aporbillado por diversas partes la muralla, hizo varias salidas con tanta decision y arrojo, que deshizo las líneas enemigas y se llevó á la plazas las piezas de una entera batería, y en otra salida quitó dos cañones más á los franceses. Por desgracia, una bala de á veinticuatro primero, y despues varias bombas, destruyeron completamente la cisterna, y privados del agua los defensores, tuvieron necesidad de capitular con muy honrosas condiciones (Abril).

Memorable fué el sitio de la capital del condado (Perpiñan). Schomberg y la Meylleraie con todo el ejército fueron sobre la plaza, sin que para defenderla hubiese dentro de ella más de tres mil hombres, al mando del marqués de Flores de Avila.

A pesar de tamaña desigualdad, se prolongó infinito el sitio, hasta quedar reducida la guarnicion á la sexta parte. El 9 de Setiembre se entregó la plaza, concediendo el francés muy decorosas condiciones al valor de los defensores. Los quinientos hombres que aun existian salieron tambor batiente, con banderas desplegadas, con seis cañones y veinte cartuchos por pieza.

Posesionáronse los franceses con indescriptible gozo de la importante plaza de Perpiñan, riquísimo arsenal de España, en donde encontraron más de cien cañones de distintos calibres y veinte mil fusiles.

Con la entrega de la capital del Rosellon, se perdió este condado definitivamente para España, y en un solo dia se perdieron todos los desvelos, sacrificios y esfuerzos de Fernando V y de Carlos I. Entonces debieron comprender los catalanes el por qué de la generosidad con que los franceses les habian socorrido, y Felipe IV se hizo en aquella ocasion más Grande á la manera del hoyo.

Ciegos en su desbordada ira los catalanes, á pesar de la pérdida del Rosellon, continuaron adheridos á los franceses, y estos apoyados por aquellos, sitiaron á Tortosa. Mandaba la plaza el maestre de campo D. Bartolomé de Medina, y aunque la guarnicion era escasa, los tortosinos, que no pertenecian al número de los catalanes rebeldes y afrancesados, se unieron al gobernador para defender la ciudad.

En Tortosa se dió un notabilísimo ejemplo de noble patriotismo: jamás se vió más identidad de ideas, ni más homogeneidad de pareceres. Hombres y mujeres del pueblo; nobles y señoras; letrados, artistas, comerciantes, clero, el mismo obispo y todos sin distincion, instantáneamente se convirtieron en defensores.

Cerca de mil hombres se dejó en los fosos el de La Motte; el que ganó el baston de mariscal de Francia por haber hecho prisionero á un ejército extenuado de cansancio y semivivo á impulso del hambre destructora.

El flamante mariscal, viendo perecer á sus soldados y comprendiendo que en el perímetro de la plaza no se encerraban traidores, *huyó* avergonzado; no quiso sufrir su ignominia dentro de Cataluña, y determinó penetrar en Aragon.

Al llegar á Tamarite de Litera, cerráronle el paso los habitantes; se sostuvieron ante el caudillo francés, le mataron no pocos soldados, y comprendiendo que al fin no podrian resistir mucho tiempo á un ejército numeroso y aguerrido, se replegaron é hicieron fuertes en los montes. El *mariscal francés* en desquite incendió el pueblo, del cual solo quedaron cinco casas: las demás fueron reducidas á pavesas. Nobilísima *hazaña* para el mariscal; cierto es que el *mérito* que le proporcionó el baston hace la completa y digna apología del de La Motte.

¿Y sabe el lector por qué los de Tamarite de Litera cerraron el paso al nuevo mariscal? Porque este hombre sin palabra y sin fé, un año antes, llegó con sus tropas al mismo pueblo; recibieronle de paz los habitantes; el de La Motte los dió seguridades, bajo su palabra, de que el ejército si se le daba alojamiento los trataria como amigos, y los crédulos y honrados españoles se le dieron y apresuraron á ofrecer á aquellos nuevos vándalos cuanto tenian.

Aprovecháronse, pues, de tan buena acogida; y llegada la noche, *finjiendo un altercado entre ellos mismos*, se derramaron por el pueblo, saquearon, violaron y cometieron todo género de excesos y de crímenes, que impasiblemente vió cometer el que aspiraba al baston de mariscal de Francia. Tal fué el de La Motte y tales sus soldados: el lector puede haber conocido ya

cuál fué siempre el comportamiento de los franceses con los generosos y valientes españoles; empero hasta aquí solo se ha visto la *sombra*: para ver el *cuerpo* falta todavía que trascurren muchos años.

De Tamarite pasó el incendiario La Motte á Monzon; pero fué caminando de escollo en escollo y de peligro en peligro, hasta que convencido de que Aragon no era Cataluña; de que en esta dominaba una fraccion turbulenta que tenia comprimidos á los hombres de órden que existian en el principado, se fué replegando del mejor modo que pudo hasta llegar á Lérida. Dígase para eterna gloria de Aragon, que este reino se distinguió en aquella memorable ocasion por su españolismo y por su odio á los franceses.

Grande empeño mostraba la nacion entera de que aquel rey encerrado en la córte, que asistia á cacerías, saraos y comedias mientras morian sus soldados por conservarles uno de los más bellos florones de su corona, saliese á campaña y animase con su presencia al desanimado ejército. Atribuíase públicamente la pérdida del Rosellon á la asistencia personal é inmediata que Luis XIII de Francia habia prestado á las tropas; y se exigia, con sobrada razon, que Felipe IV de España hiciese lo mismo que sus gloriosos predecesores, de los cuales la mayor parte habia participado de los sufrimientos, escaseces y peligros de sus guerreros.

Oponíase á la marcha del rey el *genio del mal*, que personificado en el fatal favorito, temia ver al rey fuera de su jaula de oro; empero el clamor era tan universal y los dieterios con que le denostaban tan multiplicados y terribles, que hubo de ceder á la fuerza, y dióse órden para la marcha del rey.

Hizose acopio de armas; reuniéronse tropas; embargáronse caballos, sin exceptuar los de coches y carrozas, y se acudió, en fin, á los donativos. Reuniéronse muchos de estos; y entre todos los donadores distinguióse, con gran gloria suya, el almirante de Castilla Enriquez de Cabrera, á la sazón desatendido y arrinconado por el de Olivares. Aquel célebre y valeroso magnate, que en otro tiempo hiciera huir despavoridos á los franceses en Fuenterrabía, pidió permiso al rey para vender *todos sus bienes*, y destinar *su producto íntegro* á los gastos de la guerra.

Por fin salió Felipe IV de Madrid el dia 26 de Abril; mas como la marcha no fué del gusto del conde-duque, ya que no pudo impedirle la dispuso de tal suerte que no llegó á Zaragoza el rey HASTA EL DIA 27 DE JULIO. ¡Tres meses fueron necesarios para andar tan corto camino! Y era que el desdichado favorito en cada poblacion disponia nuevos festejos, como si en vez de di-

rigirse el rey á salvar una provincia, hubiese caminado para hacer un viaje de placer y recreo.

Pasada muestra, se encontraron reunidos diez y ocho mil infantes y seis mil ginetes, á fuerza de diligencias y sacrificios. El rey nombró supremo general al marqués de Leganés, el mismo que tanto se habia distinguido en las guerras exteriores.

Dióse el mando de la armada, compuesta de treinta y tres navíos de línea y cuarenta buques de diversos portes con nueve mil tripulantes, al duque de Ciudad-Real, y se dispuso todo lo necesario para la campaña.

El rey, empero, se estacionó en Zaragoza, y allí comenzó el favorito á ejercer *su verdadero ministerio*. Tan hábil director de funciones y festejos como inhábil gobernante, festejos y funciones se sucedian en Zaragoza, como si el rey hubiera ido á Zaragoza con el único objeto de distraerse. Y mientras el rey, olvidado de la guerra, se divertia, la reina se desvivía en la córte por allegar recursos, pasaba revistas, visitaba los cuarteles y á todas partes extendia su solicitud y en todos reavivaba la esperanza, infundiendo en todos los demás el animoso espíritu que la sobraba. En honor de esta augusta señora, insertaremos la siguiente nota:

«Otro rasgo de desprendimiento se vió tambien en esta ocasion, que nos complacemos en consignar. Habiéndose llegado la reina en persona á pedir dinero prestado sobre sus joyas al rico negociante D. Manuel Cortizos de Villasante, este digno español se negó á recibir las alhajas, y dió sin ninguna garantía ochocientos mil escudos para que se enviasen inmediatamente al ejército.

» La reina se desprendió de sus propias alhajas destinando su valor á los gastos de la guerra. Al enviarlas á Zaragoza por mano del conde de Castrillo, tuvo la discrecion de halagar el amor propio del conde-duque, á quien meditaba ya derribar, queriendo que entregara por su mano las joyas, y escribiéndole la siguiente carta: «Conde: todo lo que fuere tan de mi agrado como que el rey admita mi voluntad en esta ocasion, quiero que vaya por vuestra mano; y así os mando supliqueis á S. M. de mi parte se sirva de esas joyas, que siempre me han parecido muchas para mi adorno, y pocas hoy que todos ofrecen sus haciendas para las presentes necesidades. De Madrid, hoy viernes 13 de Noviembre de 1642. La Reina.» — El de Olivares la contestó sobremanera agradecido y el rey le escribió sumamente satisfecho. — Caída de la privanza del conde-duque de Olivares, en el Semanario erudito de Valladares, tomo III.» — (Lafuente, T. XVI.)

Tocaba á su término el mes de Setiembre, cuando el marqués de Leganés pasó el Segre por Aytona; y el 7 de Octubre estableció su campo á vista de Lérida, en el llano de las Horcas. El célebre mariscal de La Motte habia colocado el grueso de su ejército en la colina de los Cuatro Pilares, en donde esperó á ser acometido.

Atacó con denuedo el maestre de campo D. Rodrigo de Herrera con trescientos caballos, y se apoderó de una de las baterías francesas. Generalizóse despues la batalla, que duró casi diez horas; más no puede precisarse quién fué vencido ni quién vencedor. Todo fué desorden, confusion, órdenes contradictorias y falta de direccion. La noche dió término al combate, y puede decirse que fué de Francia el triunfo; porque si bien España tuvo muy cortas pérdidas, el de La Motte, al fin de la pelea, quedó dueño del punto que por la mañana ocupaba.

Las murmuraciones, el enojo y la ira descargaron su fuerza sobre el marqués de Leganés, quien en aquel entonces no correspondió ciertamente á su fama. De resultas de la batalla, malamente llamada así, de Lérida, fué el de Leganés separado del mando y confinado en Ocaña. El rey despues de haberse divertido en Zaragoza, disgustado con el reciente suceso de Lérida, regresó á Madrid, y los mortales despojos de Carlos I y de su glorioso abuelo Fernando V, se estremecieron bajo la fria losa del dorado sepulcro.

Pero ¡qué podia esperarse del gobierno español con tan inútil rey y tan fatal ministro, cuando solo imperaba la camarilla de este y se perseguia á muerte á los hombres leales y honrados!

Véase á este propósito la siguiente nota:

«El duque de Nochera que gobernaba el reino de Aragon, no se habia descuidado de prevenirse para contener tales invasiones; mas como dice Soto y Aguilar, «por ciertos inconvenientes bien murmurados y mal entendidos, mandó S. M. Católica que el duque de Nochera dejase el gobierno de Aragon, no habiendo perdido de él un palmo de tierra, antes avisado siempre en defensa del reino le tenia bien prevenido; le mandó viniese preso; no entró en Madrid, porque fué llevado á Pinto, donde estando en la prision murió.» *Epítome de las cosas sucedidas*, etc., pág. 208.—Siempre errores y desaciertos del gobierno.»—(Laf., T. XVI, pág. 279.)

En este mismo año (4 de Diciembre) falleció afortunadamente el decidido y jurado enemigo de España: el cardenal de Richelieu, hombre que ciertamente no debió nacer y con esto hubiera ganado infinito la humanidad entera. Eminente político, grande hombre de Estado y poseedor de cuantas buenas dotes quieran

otros concederle y que nosotros no pensamos en disputarle. Sin embargo, todo gran político que emplea su talento en suscitar guerras que diezman de hombres al mundo, llevan el dolor al seno de las familias y siembran la desolacion y la miseria entre los inermes y honrados ciudadanos, es para nosotros muy fatal político y muy poco digno de alabanza. El de Richelieu tuvo que chocar con el de Olivares, y de esta colision política resultó inevitablemente el que Richelieu pareciese más grande y Olivares más pequeño.

Luis XIII sintió cordialmente, y cierto debió sentirlo, la muerte de su amado *colega*, que no ministro; y con tan infausto y luctuoso motivo dirigió á los diputados catalanes la siguiente carta:

«Queridos y muy amados:

»Nadie ignora los grandes y señalados servicios que nuestro
 »muy querido y amado primo el cardenal de Richelieu nos pres-
 »tó, con cuán buenos resultados prosperó el cielo los consejos
 »que él nos dió: y nadie puede dudar que sentiremos como es
 »debido la pérdida de tan fiel y buen ministro. Por tanto, que-
 »remos que sepa todo el mundo cuál es nuestra pena, y cuán
 »cara nos es su memoria, por los testimonios que de ello dare-
 »mos siempre. Pero como los cuidados que debemos tener para
 »el gobierno de nuestro Estado y demás negocios deben ser pre-
 »feridos á cualquier otro, nos vemos obligados á tener más aten-
 »cion que nunca, y aplicarnos de tal modo que podamos marcar
 »los progresos que ahora habemos, hasta que quiera Dios darnos
 »la paz, que ha sido siempre el objeto principal de nuestras em-
 »presas, y para cuyo logro perderemos, si es menester, la vida.
 »Con este fin hemos determinado conservar en nuestro consejo
 »las mismas personas que nos han servido durante la adminis-
 »tracion de nuestro primo el cardenal de Richelieu, y que le sus-
 »tituya nuestro muy caro y amado primo el cardenal Mazarini,
 »que tantas pruebas nos tiene dadas de su afecto, fidelidad é in-
 »teligencia cada y cuando lo hemos empleado, sirviéndonos muy
 »bien y como si hubiese nacido vasallo nuestro. Pensamos sobre
 »todo seguir en buena concordia con nuestros aliados, usar del
 »mismo rigor y de igual firmeza en nuestros negocios como has-
 »ta ahora, en cuanto permitan la razon y la justicia, y continuar
 »la guerra con la misma asiduidad y con tantos esfuerzos como
 »desde que á ella nos obligaron nuestros enemigos, y hasta que
 »tocándonos Dios el corazon, podamos contribuir con todos nues-
 »tros aliados al restablecimiento de la paz en la cristiandad, de
 »tal manera que en lo futuro nada ya la turbe. Hemos creido
 »oportuno comunicaros esto, para que sepais que los negocios

» de esta corona irán siempre como hasta ahora á más de que
 » miramos siempre con particular cuidado cuanto concierne á
 » vuestro principado de Cataluña para guardarlo de todos los es-
 » fuerzos del enemigo. Queridos y muy amados nuestros: Dios
 » os tenga en su santa guarda. San German de la Haya á los do-
 » ce de diciembre de 1642.»

AÑO 1643.

ESPAÑA.

Sentíanse en España los efectos de la caída del conde-duque. Su desaparición de la escena política hacia que el bienestar se difundiese y alcanzase á todas las clases; porque si bien el cambio, por haber sido repentino no podía ser muy notable, habia llegado el mal á ser tan excesivo, que el bien, con no ser muy grande, parecia mucho mayor de lo que en realidad era.

El rey, separado del verdadero demonio tentador que le obligaba á llevar una vida disipada é inútil para el bien, se dedicaba por sí mismo al despacho de los asuntos del gobierno; y para resolverlos los estudiaba con detenimiento y con sinceros deseos de acertar y fallar en justicia. Era su primer consejero la reina; y los ratos que al descanso dedicaba, los pasaba entre su esposa y sus hijos. La equitativa justicia habia recobrado su legitimo imperio, y todos los hombres útiles y leales á quienes tenia postergados y abatidos el antiguo favorito, abandonando el destierro se habian presentado en la córte y eran colocados como su lealtad y servicios merecian.

Fruto de este agradable cambio fué el nombramiento de virey de Nápoles hecho en favor del generoso y valiente Enriquez de Cabrera, en reemplazo del duque de Medina de las Torres, que era sobrino del conde-duque; el del duque de Fernandina y marqués de Villafranca, para almirante, capitan general de la mar, y el de D. Felipe de Silva, valeroso vencedor en Maguncia, para capitan general de Cataluña, en reemplazo del marqués de Leganés. D. Felipe de Silva habia gemido injustamente en una prision, víctima del despotismo del conde-duque. Tambien salió de la suya el eminente y fecundo escritor D. Francisco de Quevedo y Villegas, que fué durante muchos años blanco de las iras del de Olivares. Era imposible reparar en pocos dias los males que sobre España habia hecho caer el de Olivares duran-

te el trascurso de muchos años; empero el aspecto del reino había cambiado notablemente y á la atmósfera densa y pesada como el hierro que á los españoles oprimía y ahogaba, había sucedido otra tan grata como vivificadora. La esperanza del bien había renacido, y la esperanza es un inapreciable bien sin el cual no podrian existir los hombres.

FLANDES.

Despues de la muerte del infante D. Fernando, que con tanta gloria habia gobernado las armas españolas en los Países-Bajos, ocurrida el 9 de Noviembre de 1641, segun á su tiempo dijimos, se hizo cargo del expresado gobierno una junta compuesta de los generales conde de Azumar, D. Francisco de Melo, conde de Fontana y marqués de Velada, con Andrea Cantelmo y el arzobispo de Malinas.

Conociendo, empero, el rey y su gobierno que las resoluciones de las juntas suelen ser poco eficaces y casi siempre tardías é inútiles por efecto de la diversidad de pareceres que producen largas discusiones, determinaron nombrar una persona de sangre real que reemplazase al llorado infante D. Fernando; mas queriendo aplicar anticipadamente el remedio á los males presentes y evitar la realizacion de otros nuevos, nombróse á don Francisco de Melo gobernador único de Flandes y capitán general de las armas.

Dió buena muestra de sí el nuevo gobernador en el comienzo de la campaña. No tardó mucho tiempo en tomar á Lens y Ayre, despues de lo cual dió á los franceses la famosa batalla de Honnecourt, en la que venció á los mariscales D'Harcourt y Grammont, cogiéndoles todo el tren de batir y cuanta artillería llevaba, todas las municiones y bagajes y gran número de banderas, que colocaron en varios templos de España, á donde triunfalmente fueron trasladadas. Grammont no detuvo su fuga hasta San Quintin, á cuyo punto llegó con cinco destrozados escuadrones, sin oficiales.

FUNESTA BATALLA DE ROCROY.

El dia 14 de Mayo falleció Luis XIII de Francia, que no parece sino que muerto su amigo Richelieu, no quiso permanecer

en el mundo. Subió al trono su hijo Luis XIV, niño de tierna edad y á quien despues los suyos apellidaron el GRANDE. Luego veremos en qué consistió su grandeza.

Animado Melo con el feliz éxito obtenido cerca de Honne-court, reunió diez y ocho mil infantes y dos mil ginetes, con los cuales, y llevando por sus segundos al duque de Alburquerque y al famoso conde de Fuentes, se dirigió á poner sitio á Rocroy, plaza situada en la frontera francesa por las Ardenas.

No tardó mucho tiempo en aparecer otro numeroso ejército francés, mandado por un caudillo que contaba apenas veinte años de edad, si bien tenia todo el valor de un hombre aguerrido; toda la inteligencia y pericia de un general consumado, y toda la experiencia de un anciano. Era este general el que despues fué llamado el GRAN CONDÉ, príncipe de este título, y á la sazón conocido por el duque de Enghien.

Llevaba el jóven príncipe como segundos á los generales D'Hôpital, Gassion y D'Espanan: el primero, encargado de contener la fogosidad del jóven caudillo, desaprobó las primeras determinaciones de aquel; mas Condé desentendiéndose de todo consejo, presentó la batalla, y uno y otro ejército pasaron toda la noche frontero el uno del otro.

Al amanecer del siguiente dia mandó Condé comenzar la batalla, cargando á un tercio español de mosqueteros, colocado en un bosque. Aquellos sostuvieron con valor su puesto, pero tuvieron por último que desalojar el bosque.

Generalizóse despues la batalla; que fué muy larga, obstinada y sangrienta. Más de una vez se creyeron con sobrada razón vencedores los españoles; empero, reorganizados otras tantas los franceses, el triunfo fué de estos en definitiva.

La brillante infantería española hizo allí una defensa heróica, formando ya en el extremo apuro un cuadro que con razon fué entonces, como lo es hoy, la admiracion de los guerreros. El de Condé, sin embargo, guerrero por instinto, que veia diezmasdas sus filas por el nutrido é incesante fuego del cuadro español, improvisó, por efecto de un rasgo de su natural ingenio, la *artillería volante*, desconocida hasta entonces, y en aquel dia impensadamente, que así puede decirse, inventada por el gran Condé. Este, no sabiendo de que arbitrio echar mano para obtener el triunfo, mandó enganchar los cañones ménos pesados á los caballos y mulas de tiro: y haciéndolos jugar oportunamente, replegó su ejército fuera del alcance de las balas españolas, y con la metralla comenzó á hacer miserable destrozo en sus enemigos.

El bizarro conde de Fuentes, que achacoso y atacado de la go-

ta mandaba la infantería, llevado en una litera de campaña, rechazó heroicamente tres ataques, hasta que perdió gloriosamente la vida, tan ilustre y llena de méritos.

La improvisada artillería volante hizo á mansalva incalculables destrozos; en la famosa batalla de Rocroy perecieron ocho mil españoles, y quedaron deshechos aquellos famosos tercios de infantería que daban la ley al universo entero. No por este triunfo deben mostrarse enorgullecidos los franceses. Esta clase de desastres ha ocurrido más de una vez á los valientes. Recuerden ellos á su guardia imperial; tengan siempre presente á Waterloo, y no se engrían. Tampoco obtuvieron de balde el triunfo de Rocroy (19 de Mayo).

Después de haber dado Condé dos dias de descanso á su maltratado ejército, pasó al Henao, y después de haberse apoderado de algunos fuertes, puso sitio á Thionville. Era esta plaza no poco importante: estaba colocada sobre el Mosa, y al paso que defendía á Metz, era la llave del camino de Tréveris.

Pusieron sitio á Thionville veinte mil hombres, y solo la guarnecían *mil y quinientos*. Sostuviéronse estos, sin embargo, más de dos meses, á pesar del destrozado hecho por las minas, de varios asaltos y de estar la muralla por varias partes aportillada. *Treinta dias después de abierta brecha*, y cuando solo existían quinientos de los defensores, estos capitularon, saliendo de la plaza como su valor merecía, con todos los honores de la guerra (22 de Agosto).

El grueso del ejército francés, que por espacio de dos meses habia sido juguete de mil quinientos hombres, quedó tan malparado, que el de Condé, después de reparar algunos fuertes, regresó á Paris, y entregó el mando al duque de Angouleme.

Disgustóse con Melo la corte, como si el mejor general no tuviese dias de mala suerte. Después de alguna vacilación fué nombrado para reemplazarle el conde Piccolomini; pero antes de que este llegase, Melo ganó en el concepto de los mismos que le vituperaban tanto cuanto habia perdido.

El general Rantzau, francés, habia invadido la Alsacia con diez y ocho mil soldados, y con el fin de arrojar de aquel punto á los españoles y alemanes que la ocupaban. Mandaban los alemanes que en la Alsacia estaban, los generales del imperio Mercy, Juan de Wert y el duque de Lorena, y Melo les envió de refuerzo al valeroso maestro D. Juan de Vivero con dos mil infantes españoles y otros dos mil buenos ginetes.

Dióse entonces la famosa batalla de Tuttlingen, en la que se batieron muy bien los soldados del imperio; mas, sin embargo, el refuerzo de españoles fué tan oportuno como necesario, y su

llegada decidió la acción, que estaba en balanzas. Los diez y ocho mil franceses fueron completamente destrozados; el que no murió, quedó prisionero, con *cuarenta y siete banderas y veintiseis estandartes*; cogiéronse los cañones y morteros, en número de catorce de los primeros y dos de los segundos, con todas las municiones y bagajes, y perdiendo también la libertad el mariscal Rantzan, todos los generales, jefes y oficiales de su ejército. La batalla de Tuttinghen fué, en efecto, una amplia compensación de la de Rocroy.

Con tal motivo fué Melo ensalzado hasta las estrellas, y Viveiro aplaudidísimo y encomiado hasta lo infinito; porque como tan gran triunfo hubiese consistido en la caballería española de don Juan de Vivero, túvose á este desde aquel día por un general bizarro y entendido, y á la caballería, bastante postergada hasta entonces, como superior á la infantería española.

Terminó el año con un tratado de unión que celebró la reina regente de Francia, á nombre de su hijo Luis XIV, con los Estados generales de las provincias unidas de Holanda.

ESPAÑA.

Durante este año ocurrió poco de notable en Cataluña: el ejército de España estaba sin fuerza moral y casi sin ánimo para batirse desde la derrota de las Horcas. Las deserciones se multiplicaban y se sucedían unas á otras, y á duras penas se pudo reducir á los soldados á que pusiesen sitio á Flix; pero abandonaron las líneas, y con ellas la artillería y pertrechos, tan pronto como llegó La Motte á aquellas.

En este año decretaron las Cortes castellanas un servicio de 24 millones que habrían de pagarse en seis años, á contar desde la mitad del 1644. Con esto y con la llegada de los galeones de Indias, henchidos de plata y oro, se reanimaron los ánimos en la corte y se comenzó á buscar gente y allegar armas y pertrechos para regularizar y reavivar la guerra de Cataluña.

No podía España preparar al mismo tiempo que para Cataluña para Portugal elementos de guerra. Habían pasado aquellos bellos tiempos en que nuestra amada patria atendía á cinco y seis distintos puntos de Europa, y en todos ellos era respetada, temida y dictaba la ley.

Los portugueses, que sin duda equivocaban la falta de posibilidad con la de ánimo y deseos, se enorgullecían al compás de la demora que veían en la resolución de los españoles. No estaban

ciertamente para hacer mucho los lusitanos; mas creyendo que habrian de habérselas con gente de antemano vencida por el temor, se internaron insolentemente por la provincia de Beira, la de Tras-os-Montes y entre Douro y Minho.

Hallábanse en las líneas fronterizas el duque de Alba y el conde de Santisteban; aquel por Ciudad-Rodrigo y este por Extremadura. Pero era el caso que ni uno ni otro tenian tropas ni poseian recursos para rechazar á los atrevidos invasores, que era por cierto notable miseria á la que se habia llegado, cuando los portugueses eran dueños y señores de incomodarnos á mansalva.

Limitóse el gobierno, á pesar de todo, á disponer la reunion de las milicias de Andalucía y Extremadura, y hacer varias invitaciones á los nobles de ambas provincias, y todo el empeño, decision y conato pusieron en los preparativos para la guerra de Cataluña; porque era ya punto de honor el sofocarla, y era ya por cierto hora.

AÑO 1644.

CATALUÑA.

Rápidamente se reunieron bastantes tropas: el marqués de Villatoro presentó un magnífico tercio llamado de Cerdeña, y el de Torrecusa trajo de Nápoles otros dos de á dos mil soldados cada uno, y Andalucía, Valencia y Aragon presentaron muy respetables refuerzos; por manera que en la frontera de Aragon se reunieron más de veinte mil hombres, muchos de ellos ya prácticos y aguerridos.

Determinó entonces Felipe IV salir otra vez de la córte, más á campaña; no como en el viaje anterior á residir quince dias en Zaragoza sin otra ocupacion que la de divertirse en la expresada ciudad.

Dejó el gobierno de la nacion á su esposa la reina, y él tomó la vuelta de Fraga con el objeto de reunirse al general en jefe, D. Felipe de Silva. Este entretanto habia recobrado á Monzon, y puesto sitio á Lérida (Marzo).

Llegóse La Motte á la sitiada plaza y supo meter dentro de ella socorro; empero cargó sobre él el general Silva y se empeñó un terrible combate, del cual resultó la completa derrota de La Motte, que huyó, dejando sobre el campo más de dos mil muer-

tós y mil quinientos prisioneros, sin parar hasta Cervera (15 de Mayo).

A pesar de la derrota de La Motte, la plaza se sostuvo más de cuatro meses, porque antes de ser vencido el francés había introducido en Lérida socorros de toda clase. Al cabo de dicho tiempo capituló la plaza, y entró en ella Felipe IV, rodeado de leridanos y en medio de un entusiasmo y júbilo indescriptibles.

La toma de Lérida dió á las tropas castellanas tanta fuerza moral, que el espíritu público se reanimó notablemente, y Solsona, Ager, Agramunt y otras importantes poblaciones se entregaron á Felipe IV.

El genio del mal, empero, no queria abandonar por completo el lado de España. Quedaban en la córte algunos, aunque muy pocos amigos del fatal conde-duque, y entre el exíguo número contábase al conde de Monterey. Este se complacia en sembrar la discordia, y ocupaba el tiempo en murmurar de D. Felipe de Silva para malquistarle con Felipe IV. Súpolo aquel, y en el momento hizo renuncia de su empleo. Quiso el rey detenerle, mas habia formado una digna é irrevocable resolución el de Silva, y no fué posible hacerle variar.

La retirada de aquel célebre guerrero fué una verdadera desgracia para la buena causa en Cataluña. Fué reemplazado con D. Andrea Cantelmo, italiano de nacion é individuo del consejo de Flandes. Dícese de él que era hombre probo y leal, pero poca cosa como general.

A principios de Agosto, hallándose muy sentido el francés con las pérdidas que le ocasionara D. Felipe de Silva, púsose frente á Tarragona con cerca de veinte mil hombres de todas armas, gran tren de artillería, material de guerra, y con un aparato tan imponente que aterraba á cuantos le veían. Habíase puesto en combinacion con el mariscal de Brezé, y ambos tenían tan calculados los pasos que debían de dar, que contaban sobre seguro con la victoria,

Era gobernador de la amenazada Tarragona el marqués de Toralto, teniente general que habia sido del valeroso y excesivamente obediente marqués de Povar, despues de haber muerto el de la Hinojosa y cesado en el mando de aquella importante plaza los que á Hinojosa sucedieron.

El día 18 de Agosto dieron los franceses un poderoso ataque á la plaza, y fueron rechazados con grande pérdida. El célebre mariscal de La Motte, hizo disparar sobre Tarragona *siete mil cañonazos*; hizo *asaltar trece veces*; dejó los fosos cubiertos con cadáveres de franceses, y se retiró. Quizá estudiaba la manera de realizar su plan, cuando supo que avanzaba Andrea di Can-

telmo con el grueso del ejército real. Con este motivo La Motte levantó de rebato el sitio de Tarragona el día 3 de Octubre. La Motte fué llamado á Francia, y dejó de manchar con su planta el suelo español: ya en su patria, y despues de relevado de su *empleo* de virey, se le pidieron cuentas respecto del original vireinato.

Por este tiempo recibió el rey una muy triste nueva. El día 6 de Octubre habia fallecido su esposa la reina doña Isabel de Borbon, cuya muerte fué sumamente sentida. En los últimos años habia tenido ocasion de mostrarse tal cual era: despues de la caida del conde-duque se la habia visto discreta, afable, llena de interés por España, amiga de la justicia y sinceramente inclinada á todo lo bueno. El pueblo, que tuvo ocasiones de experimentar la bondad y buenas prendas de Isabel de Borbon, la amaba cordialmente, y demostró con abundantes y amargas lágrimas su dolor por aquella prematura é impensada muerte.

Si Felipe IV hubiera estado siempre aconsejado por su esposa, hubiese sido muy buen rey. Así lo dieron á entender los pocos años que dirigió Isabel á su esposo, despues de la caida del de Olivares: esta fué tambien una de las razones por que los españoles sintieron vivamente la muerte de la reina. Apoderada esta del corazon del rey, obtenia cuanto deseaba, y nada le pedia que no fuese útil y beneficioso al reino; pero al verla desaparecer de entre los mortales, temieron, y no en verdad sin fundamento, que otra voluntad llegase á ganar la del soberano, y que guiándole por mal sendero volviese la época de los desaciertos y yerros que por tantos años habian afligido á España y amenguado su gloria.

En aquellos fatales tiempos en que todo era desórden y disolucion en la córte, la calumnia quiso clavar su ponzoñoso diente en la buena fama de la reina.

El sitio del Buen-Retiro era el verdadero centro de las diversiones del rey y de la córte, y en él, á decir verdad, ocurrieron escenas no muy decorosas para un soberano y para los que por su clase y alcurnia podian llamarse caballeros.

El fatal conde-duque de Olivares, en su insaciable deseo de mandar libremente á la nacion y dominar á todos, conociendo el carácter de Felipe IV, buscaba y le presentaba las ocasiones de cierto género, aceptando voluntariamente un oficio que ningun hombre honrado, siquiera pertenezca á humilde clase, acepta ni admite jamás.

De las eficaces y activas diligencias del de Olivares surgieron infinitos galanteos, y el rey dió no pequeños escándalos.

Habiase dado Felipe á componer, bien ó mal, comedias que

al imprimirlas firmaba como *Un ingenio de esta córte*, y por imitar y complacer al soberano se desarrolló una especie de monomanía dramática, que produjo una época gloriosa para el Parnaso español. A dicha gloriosa época pertenecen Calderon, Lope, Moreto, Alarcon, Rojas, Solís, Tellez (Tirso de Molina), Matos Frágoso y tantos y tantos, de más ó ménos merecida fama, que su relacion, sobre innecesaria, fuera por demás prolija.

Consecuencia forzosa del afan de complacer al rey y adular su manía favorita, fué el deseo que se generalizó de hacer en todas partes comedias. No solamente se ejecutaban en los *corrales* de comedias, si que tambien hacíanse en casas particulares, en los palacios de los grandes, en el mismo Buen-Retiro y en las plazas públicas, y en fin, en los conventos, si bien para que no fuese notable el escándalo se escribían sobre asuntos bíblicos y sagrados.

En el palacio del rey llegaron los ingeniosos y fecundos poetas del siglo XVII á *improvisar* comedias. Cuando iba á comenzar la representacion, al que de los poetas, que eran á la vez actores, tocaba por turno, explicaba el argumento de la comedia que entre todos iban á improvisar y ejecutar; repartía los personajes, y acto continuo vestíanse todos en el real guardaropa y comenzaba la funcion.

Una de ellas convirtiósse en risa y no pudo terminar, porque lo impidió un rasgo de viveza y de ingenio de Quevedo, que era uno de los que asistian á la real tertulia en las épocas anterior y posterior á la persecucion con que le perjudicó el conde-duque, de cuyo funesto y último resultado le libró el cariño que el rey le tuvo siempre. No queremos dejar de referir brevemente lo ocurrido con Quevedo.

Tocaba una noche al rey fijar el argumento de la comedia que habia de ser improvisada, y determinar y repartir los personajes que en ella habian de tomar parte. Todos los poetas se hallaban en palacio á la hora señalada, ménos Quevedo, que era siempre, precisamente, el más deseado.

Lamentábase el rey de aquella falta, cuando apareció un cortesano y le dijo que difícilmente pareceria Quevedo, porque acababa de verle muy entretenido con una tapada en el Prado de San Gerónimo. No tardó, sin embargo, el tiempo que se suponía y apareció, por fin, el deseado poeta, cuando el rey juraba hacerle sentir todo el peso de su falta.

Disculpóse Quevedo con buenas razones, y el rey, disimulando su enojo y su disgusto y haciendo uso de las facultades que en aquella noche como poeta le corespondia, manifestó que la funcion iba á comenzar por un diálogo titulado *La creacion del*

Mundo; y acto continuo repartió á Quevedo el papel de Padre Eterno y se reservó el de Adan.

Vistióse Quevedo una ropa talar, y púsose en la cabeza una especie de sombrero en forma de triángulo equilátero, muy usado en los autos sacramentales para simbolizar el misterio de la Santísima Trinidad.

Cuando estaba vestido ya Quevedo, el rey, que deseaba divertirse mortificándole en pena de la tardanza, mandó llevar del parque, á la sazón allí cerca situado, una bala nada ménos que de *veinticuatro*, que mandó á Quevedo sostener en la diestra mano para representar el mundo.

Quevedo hubiera de buena gana resistido, y se hubiese negado á sostener con la diestra el pesado mundo; empero el rey era quien lo mandaba y no habia arbitrio sino obedecer.

Comenzó el diálogo dando Adan gracias al Creador por haberle creado á su imágen y semejanza, y héchole superior á todo, y rey de la creacion. Pero á los pocos versos, ya el improvisado Dios no podia sostener el *mundo* sobre la mano y apretaba contra el cuerpo el codo; poníase sobre un pié, cargaba el peso del cuerpo sobre el otro, y sudaba y trasudaba y cuanto más sufría más se divertían el rey y la córte, y más redondillas improvisaba el nuevo y agradecido Adan, para alargar el martirio del uno y la diversion de los otros.

No tuvo, empero, el soberano que estar improvisando mucho tiempo. No pudiendo Quevedo resistir por más tiempo y deseando dar á la diversion del rey un corte muy propio de su pronto y festivo ingenio, cortando la palabra á Felipe IV y arrojándole á los pies la enorme bala exclamó con fuerte voz y ademan de enojo:

Como soy Dios inmortal
y como soy pecador,
que me pesa haber creado
un Adan tan hablador.

La *oportuna* herejía hizo reir á todos, y puso término á la funcion de aquella noche.

En otras eran verdaderos actores los que representaban las comedias de aquellos mismos poetas tan justamente celebrados entonces, como son hoy admirados; y en el regio alcázar y en los bellos jardines comenzaron los amores de Felipe con la hermosa actriz María Calderon, que dieron por fruto al segundo don Juan de Austria, el cual tuvo algunas prendas del primero de su nombre, y hubiera, sin duda alguna, valido mucho más sentado en el trono que su padre y que su hermano Carlos II.

Entre tantos y tantos galanteos, tanta desmoralizacion y tan frecuente escándalo, nada extraño hubiera sido, atendida la debilidad humana, que la reina se hubiese dejado arrastrar del general torrente, mucho más al ver la conducta que el soberano observaba y de la cual no podia separarse, sino apartaba de su lado primero al conde-duque.

Las lenguas mordaces, tan abundantes y dañinas en los palacios, dijeron que la reina sostenia relaciones, segun usanza de aquella desmoralizada corte, con D. Juan de Tarssis, conde de Villamediana, tambien poeta no escaso de ingenio, y de punzante y terrible lengua.

Hé aquí lo que á este propósito refiere un moderno é ilustrado autor:

«Es fama que tuvo el atrevimiento de dedicar sus galanteos á la reina Isabel de Borbon el conde de Villamediana, hombre osado, y poeta agudo y maldiciente, de quien se dice que en una de las fiestas que se celebraron en la Plaza Mayor llevó por divisa cierto número de reales de plata con el lema: *Son mis amores*; y como se le viese despues dedicar sus homenajes esclusivamente á la reina, creció la sospecha y la mormuración á que dió lugar la atrevida alegoría de los *amores reales*. Cuéntase por algunos que cruzando en cierta ocasion la reina una galería de palacio, un desconocido le puso las manos sobre los ojos, y que exclamó: *¿Qué me quieres, conde?* Como el rey, que era el desconocido, se mostrase sorprendido de aquella exclamacion, quiso Isabel enmendar la indiscrecion diciéndole prontamente: *¿No sois vos conde de Barcelona?* Felipe no pudo quedar satisfecho. A poco tiempo de este lance el de Villamediana acabó trágicamente. Viniendo un dia de palacio hácia su casa, que era en la calle Mayor, casi enfrente de San Felipe el Real, acercósele un hombre al coche, y le asesinó con un arma como ballesta (21 de Agosto, 1622). El asesino, segun algunos, fué un ballestero del rey, segun otros un guarda mayor de los bosques reales. En una de las muchas composiciones que los poetas hicieron á su muerte se lee este final:

»Lo cierto del caso ha sido
 »que el matador fué *Vellido*
 »y el impulso *Soberano*.»

El asesinato fué cierto; el verdadero motivo se ignora; empero quizá fuese el mismo que se dice y supone, sin culpa de la reina. La vida de reclusion que llevaba; su alejamiento de los espectáculos y del bullicio de la corte, sus lágrimas derramadas en secreto y en el seno de sus hijos acompañada de doña Ana

de Guevara y algunas, muy pocas, personas fieles, no son seguramente antecedentes muy á propósito para que se crea una especie tan desfavorable á aquella digna reina, que tantas buenas dotes mostró cuando logró alejar de la córte al fatal favorito. Pudo muy bien el de Villamediana, que segun lo que se dice fué lo que hoy llamariamos un calavera, aspirar á la realizacion de lo que algunos cuentan, y aun jactarse de ello y ser su excesiva locuacidad la causa de su temprana muerte. De un modo ó de otro, no puede asegurarse ni se encuentran sólidos fundamentos para creer una especie que tanto deshonoraria la buena memoria de tan digna reina. Y téngase muy presente que las mordaces é infames lenguas tampoco perdonaron á la más grande, célebre y eminente de las reinas que se han sentado en el trono español, siendo así que *consta y no puede ponerse en cuestion* que fué un verdadero modelo de pureza y de fé conyugal.

Sintió vivamente el rey la muerte de su amada esposa, á la que solo conoció tal como era cuando estaba muy cerca de perderla. Tal es la desdichada condicion de los mortales, que solo comprenden el verdadero valor de las cosas cuando no pueden poseerlas, ó cuando las han perdido; y al fin y al cabo hombres y nada más son los reyes.

AÑO 1645.

ESPAÑA.

Felipe IV, afectado todavía por efecto de la muerte de doña Isabel de Borbon, abandonó el campamento y regresó á Zaragoza, de cuya ciudad se trasladó á la córte (11 de Marzo).

Muy pronto se comenzaron á sentir los efectos de la pérdida de la reina y las consecuencias de su sentida falta. El pueblo las presintió y no se engañó ciertamente. Los amigos del caido Olivares, algunos de los cuales permanecian en la córte, comenzaron á ganar terreno en el ánimo del rey, al mismo compás que poco á poco se alejaban los fieles y desinteresados amantes del país y leales servidores del rey.

Entre estos hallábase el ilustre y valeroso D. Felipe de Silva, á quien Felipe IV quiso conservar en su compañía como consejero; mas él no aceptó la distincion, vivamente resentido como estaba con el conde de Monterey, que pertenecia á la camarilla del conde-duque, segun el lector recordará.

Tambien el inteligente y leal duque de Fernandina y marqués de Villafranca dimitió su cargo de general de la mar y pidió al rey licencia para retirarse á sus estados de Nápoles, que ni en España estar queria, pertenecientes al primero de sus títulos. No concedió el rey la peticion; mas relevó, por fin, al de Villafranca del cargo de general de la mar, para dársele á un D. Melchor de Borja, á quien fué necesario reemplazar al momento con el marqués de Linares, portugués de nacimiento como D. Felipe de Silva, que habia sido virey en la India. Y cuando comenzaba la guerra de Cataluña á recrudecerse, porque al cardenal de Richelieu habia sucedido otro temible cardenal, ya conocido del lector y llamado Mazarino, y la regente de Francia mostraba su decision de continuar, respecto del principado catalan, las mismas huellas de su difunto esposo, la reina de España habia faltado, el rey volvía paso á paso á su pasada vida y comenzaba á entronizarse una fatal camarilla.

El mariscal de La Motte fué reemplazado por el conde D'Harcourt, el cual fué nombrado virey de Cataluña por la regente de Francia; y D'Harcourt que venia adornado con los bélicos laureles obtenidos en Italia, se presentó en Barcelona precedido de su fama y seguido de doce mil infantes, dos mil ginetes y el correspondiente tren de artillería y material de guerra.

La primera operacion de campaña que decidió emprender el *nuevo* virey fué el sitio de Rosas, que era la llave sin cuya posesion difícilmente se pasaria de Cataluña al Rosellon. Dió orden para que la plaza fuese bloqueada por mar y encargó al conde de Plesis-Praslin el sitio por la parte de tierra.

Estaba defendida Rosas por poco ménos de tres mil infantes con unos tres escuadrones, y era gobernador de la plaza D. Diego Caballero. Este no se portó como podia y debia esperarse de un buen soldado, puesto que capituló sin necesidad y habiendo resistido solamente dos meses. Vituperóse mucho la conducta del gobernador de Rosas; y habiendo crecido las sospechas, poco honrosas para él, fué preso en Valencia y de justicia en justicia le trasladaron á Madrid, en cuya cárcel de córte fué encerrado.

Poco despues atacó el de D'Harcourt al ejército de España cerca de Balaguér, y aquel no se sostuvo lo que debió ni procedió como debia esperarse de su valor, por cuya razon no tuvo el francés dificultad ninguna en posesionarse de Balaguér.

Comenzaba, empero, á resucitar el amor patrio que en muchos estaba solamente adormecido ó aletargado, y solo se encontraba muerto en aquellos rebeldes que para medrar tenian imprescindible necesidad de echarse en brazos de la revolucion. Vióse lo expuesto, cuando ménos esperaba verlo el francés: este

se habia propuesto continuar dominando la línea en que habia comenzado sus conquistas, sin detenerse, si le dejaban, hasta franquear la frontera aragonesa. El plan no podia ser más ventajoso para Francia, ni más perjudicial para España.

Cuando se preparaba á realizar su propósito y continuar su marcha triunfal, tuvo que retirarse apresuradamente á Barcelona, porque acababa de abortar una conspiracion *castellana*, que así llamaban á las que eran favorables á España. Aunque las conspiraciones aborten y se eche mano á los conspiradores para ponerlos á buen recaudo, son aquellos como la traidora apoplejía, cuyos ataques se cortan muchas veces, sin que por esto dejen ellos de repetir hasta que logran arrebatar la víctima que es objeto de sus ataques.

Cuando fué avisado D'Harcourt ya estaban presos los de la conjura, que pagaron con su vida el *delito* de haber querido devolver al rey y al reino lo que era legítimamente suyo, excepto el jefe de la conjura, que era señora y muy hermosa por cierto. Llamábase la baronesa de Albes, que hubo gente aristócrata en la conjuración; pero á pesar de que era jefe de la conjura la baronesa libró bien y sin riesgo, cosa que asombró á todos y se atribuyó á la belleza de aquella señora.

En este año asistió Felipe IV á las sesiones de las Cortes, que habia convocado para el 20 de Setiembre. Celebráronse en Zaragoza, y en ella fué jurado y juró á su vez como príncipe heredero de Aragón D. Baltasar Carlos, primogénito del rey.

Cerradas las Cortes aragonesas se trasladó el rey á Valencia, en donde debia tambien asistir á las sesiones de las valencianas, en las cuales igualmente se juró al príncipe de Asturias, y juró este guardar los privilegios del reino.

Sin haber salido Felipe IV de Valencia, convocó las Cortes de Castilla en principios de Diciembre, para el 15 de Enero del año siguiente.

AÑO 1646.

ESPAÑA.

Las Cortes de Castilla, convencidas de las apremiantes necesidades del erario y de que no era posible sin pérdida del decoro y crédito suspender las comenzadas guerras extranjerías, votaron sin dificultad algunos subsidios, graduados de manera que fuera

posible su realizacion, á pesar de la miseria en que el reino habia quedado sumido á consecuencia de la fatal administracion del conde-duque.

Hé aquí lo que principalmente obtuvo el rey de aquellas Córtes:

«Otorgaron las Córtes en 11 de Abril (1646) 1.400,000 ducados en plata, pagaderos en seis mesadas, y como las Córtes permanecieron abiertas hasta el último dia de Febrero, en 3 de Enero de 1647 el reino hizo al rey escritura prorogando los servicios de los nueve millones en plata y extension de la alcabala hasta fin del año 50. Y en 21 de Febrero de 47 se dió á S. M. consentimiento para que pudiera vender 130,000 ducados de rentas sobre el segundo uno por ciento en lo vendible, y se prorogó el servicio de los 300,000 ducados, mitad plata, mitad vellon.—Archivo de la suprimida Cámara de Castilla, tomo señalado *Córtes*, 26.»

En este mismo año fué de nuevo nombrado virey y capitán general de Cataluña el antes depuesto marqués de Leganés, cuya desgracia habia sobrepujado á su inteligencia y méritos cuando fué nombrado general de las armas en el principado. Es de advertir que el valeroso y entendido marqués de Leganés pertenecia á la camarilla del conde-duque, cosa bien extraña siendo como era hombre de mucho mérito. La camarilla del conde-duque comenzaba de nuevo á predominar muy á las claras, y á esto se debió el nombramiento del de Leganés, sin embargo de que la expresada camarilla se habia quedado sin jefe, puesto que habia ya muerto el conde-duque, segun hemos apuntado en el correspondiente lugar.

El de Leganés, empero, quiso hacer olvidar su pasada derrota y llegó al campo cuando D'Harcourt, apagada por completo la conjura barcelonesa, estaba sitiando á Lérida y la tenia sumamente estrecha y apurada.

Contaba ya seis meses de duracion el sitio, y D'Harcourt practicaba cuantas eficaces diligencias podia para alcanzar la rendicion de Lérida; y para defenderse de todo ataque exterior se habia fortificado y perfectamente atrincherado en su campamento.

Preparábase el de Leganés para comenzar la campaña, cuando salió el rey de Madrid en direccion de Navarra, en cuyo reino queria que fuese jurado su hijo como ya lo habia sido en Castilla, Aragon y Valencia. A mediados de Abril salió el rey de Madrid, acompañado del ministro sucesor del conde-duque, llamado D. Luis de Haro, y el dia 25 de Mayo se verificó en las Córtes de Navarra el deseado juramento.



En tanto que el rey parecia exclusivamente dominado del deseo de que fuese en todas partes reconocido y jurado su primogénito, la implacable parca afilaba su cruel é insaciable segur, para segar en flor la vida del sucesor de Felipe IV y la esperanza de toda una gran nacion. El dia 9 de Octubre de 1646 falleció el príncipe D. Baltasar Cárlos en Zaragoza. No solamente el rey, sino el reino entero sintió muy vivamente la prematura muerte del jóven príncipe, porque era el único heredero varon que tenia Felipe IV.

La inexplicable amargura vino á entibiar la alegría causada por un gran triunfo obtenido por el marqués de Leganés en Lérida. Preparado convenientemente cayó sobre las líneas del sitio; todo lo arrolló, destrozó y deshizo; apoderóse de todo y causó tanta pérdida á D'Harcourt, que entre las de la batalla de aquel dia y las que habia experimentado durante el sitio, solo pudo sacar de las líneas unos catorce mil hombres, habiendo puesto el sitio con veintidos mil.

El rey, que mostró gran sentimiento por la inesperada muerte de su hijo, se consoló más pronto de lo que debia esperarse; porque D. Luis de Haro tambien le procuraba diversiones y mostrábase muy capaz de ser un *digno* sucesor del conde-duque, en cuanto al deseo de aislar al rey para dominar libremente, si bien era algo más entendido y diestro que el conde-duque.

Poco tiempo despues de haber subido D. Luis al poder, ya dominaba al rey; le instaba á distraerse para olvidar la reciente pena, y el rey descargaba el peso de los negocios y el cuidado del gobierno á D. Luis, como tiempo antes los habia fiado al conde-duque. Determinacion fué esta que ocasionó á todos los buenos grave disgusto, porque sentian que Felipe IV abandonase el despacho á los secretarios y volviese á la vida disipada é inútil.

Extrañamos sobremanera la que de juzgar tienen algunos autores; y nos extraña mucho más cuando consideramos que son autores de gran cuenta y de excelente criterio, sin embargo de lo cual juzgan á veces con injusta parcialidad, con una preocupacion visible é impropia de escritores justamente acreditados, ó queriendo dar gusto á algun partido político, al hablar de cierta manera respecto de ciertas personas que no existen, no por ellas mismas, sino por el papel que en el mundo representaron.

En el año 1647 nombró Felipe IV general de la mar á don Juan de Austria, su hijo bastardo; y esto hace decir á un autor célebre, poco más ó ménos, *que él mismo (Felipe IV) hacia como un alarde de los devaneos de su vida pasada; y al reconocer á*

su hijo natural, sin que tratemos nosotros de aprobar ó desaprobar semejante determinacion, no hacia otra cosa de lo que en aquella época y en anteriores hicieron muchos de los primeros personajes de la córte ¿Por qué el reconocimiento de D. Juan de Austria no pudo ser una debilidad propia de un padre, casi disculpable, cuando acababa de morir el único hijo legítimo de Felipe IV, antes que un acto de cinismo *para hacer alarde de los devaneos de la vida pasada?* ¿Por qué se ha de criticar en unos lo que tácitamente se aprueba ó se pasa por alto respecto de otros? Y por si la severa manera de juzgar, que así y no más la queremos calificar, respecto del reconocimiento no bastase, dícese á renglon seguido: «Ya le habia hecho antes (Felipe IV) » prior de San Juan (á D. Juan de Austria), y valiera más, como » dice un escritor de aquel tiempo (Vivanco) que le diera el prio- » rato perpétuo de San Lorenzo el Real, y que en aquellas sole- » dades, celdas y peñas, se ignorara su origen y su nombre, por » la disonancia grande que hace á la buena opinion de los prin- » cipes.»

¡Original manera de discurrir y fallar! Porque D. Juan habia nacido sin culpa suya hijo ilegítimo del rey, debiera habersele condenado á que ocultase las faltas ajenas, y de ningun modo propias, en las soledades, celdas y peñas de San Lorenzo el Real.

Vivanco siguió el espíritu dominante de la época en que vivió, en la cual los bastardos eran generalmente dedicados á la Iglesia, ¡como si solo al servicio del templo y al ministerio sacerdotal debiese aplicarse lo ilegítimo, de origen oscuro y vergonzoso! Y no solamente hacíase así con los bastardos, si que tambien era costumbre dedicar un individuo en cada familia al sacerdocio, tuviera ó no vocacion, y fuese ó no fuese á propósito para seguir tan delicada carrera. Por haber seguido tan errado camino se vieron tantos y tan perjudiciales errores: salta, entre otros, á la vista el del bizarro infante D. Fernando, hermano de Felipe IV, cardenal y arzobispo por fuerza, que fué únicamente cardenal porque llevaba sobre la armadura la púrpura; por lo demás, vióse en él que los asuntos de gobierno eran para él muy preferibles á los sagrados cánones; que no sabia manejar el báculo pastoral, y sí el baston de mando y la espada de guerrero, y que, en suma, hubiera sido un buen rey, muy bueno, pero nunca un buen eclesiástico.

Como este pudiéramos citar infinitos ejemplos; y si no sucedió lo mismo con el gran D. Juan de Austria, el hijo del emperador, se debió á su firmeza y carácter, que le obligaron á resistir abiertamente las órdenes superiores, á riesgo de arrostrar el

enojo de Felipe II, su hermano, porque comprendía que su vocación no le llevaba al sacerdocio y mucho ménos al claustro. Y si no hubiera resistido decididamente, ¡qué vida tan fatal y quizá anti-cristiana hubiera arrastrado el de Austria, que fué en su estado de seglar un príncipe virtuoso, y cuántos triunfos y días de gloria hubiera perdido la corona y el reino! Pues en el mismo caso, en idénticas circunstancias se hallaba el entonces moderno D. Juan de Austria: su vocación le separaba del claustro y del sacerdocio, como muy pronto veremos, y sin embargo, Vivanco, *velis nolis*, quería hacerle fraile de San Gerónimo, para que, como ya hemos dicho, viviese una vida de penitencia, probablemente desgarrado por la desesperación, y para que con la predicha penitencia expiase las faltas que no él sino sus padres cometieron. Afortunadamente Felipe IV no pensó del mismo modo que Vivanco, y quizá á este se debieron los pocos días de tregua, si no de gloria, que se experimentaron en el reinado siguiente.

Estaba por aquel tiempo el rey muy melancólico; tanto que bien puede creerse que, errando en verdad el camino, volvió á su antigua vida de saraos y diversiones, para ver si podía distraerse y sacudir de sí la fuerza de la gran pesadumbre que le abrumaba. De una parte recordaba aún mucho á su perdida esposa, que en los últimos años de su vida se habia mostrado tan gran reina como fiel é indulgente consorte; de otra no podía olvidar las grandes é importantes pérdidas que durante su reinado habia experimentado el reino, y de otra, en fin, la guerra de Cataluña, ó más bien dicho, de los franco-catalanes, que presentaba cada día peor aspecto.

El notable triunfo alcanzado por el marqués de Leganés en Lérida habia picado en lo vivo el honor francés; y deseando recuperar el honor perdido, la regente de Francia y Mazarino determinaron mandar al sitio de Lérida al ilustre, entendido y valeroso vencedor de Rocroy, al gran Condé. Vino á España en efecto este célebre caudillo seguido de otros de los más acreditados, cuando ya corria el mes de Mayo.

Sobre las mismas líneas trazadas por D'Harcourt, y casi completamente destruidas por el de Leganés, planteó Condé su circunvalación: y cuando las operaciones quedaron terminadas, el jóven general francés, aconsejado por su gran vivacidad, determinó asaltar para que el resultado del sitio no aplazase por mucho tiempo.

Estaba defendida Lérida por tres mil españoles, tan veteranos y escogidos, que pudieran pasar por oficiales en cualquier otro ejército, y era gobernador de la plaza el maestre de campo don

Antonio Brito, portugués de nacimiento y hombre de tanta capacidad como valor.

Las apertilladas murallas, que el de Condé hizo jugar rápida y acertadamente su artillería, dejaron paso bastante á las francesas tropas; empero en uno y otro asalto fueron rechazados los soldados extranjeros, dejando sembrado el suelo de franceses: porque el inteligente y bizarro Brito con su exígua hueste, obraba prodigios de valor y á todas partes atendía sin descuidar ninguna. Y no solamente rechazó los asaltos, si que tambien verificó seis intrépidas, repentinas y arrolladoras salidas, haciendo tales destrozos, que el gran Condé, el inteligente y valeroso vencedor de Rocroy, de Thionville, de Fribourg, de Dunkerque y Norlinga, asombrado de tanto valor, de tantas inauditas hazañas obradas por un puñado de héroes, desesperó de tomar á Lérida. Y como al recelo y aun temor de tan gran caudillo se uniera el pánico de sus destrozadas y diezmadas divisiones, levantó precipitadamente el sitio y hecho como de rebato un puente de barcas atravesó el Segre, deshizo el puente y á marchas dobles se alejó de aquella plaza en que unos cuantos españoles con un solo heróico caudillo le dieran tan dura leccion, dejando muy oscurecido el fulgente resplandor de sus anteriores glorias.

Estableció despues el de Condé su cuartel general en las Borjas, y permaneció inmóvil casi tres meses.

Por aquel tiempo fué nombrado general de las tropas beligerantes del ejército aragonés el marqués de Aytona, el cual pasada muestra, encontró que era el predicho ejército demasiado reducido para la campaña que era forzoso emprender. Desde Zaragoza lo hizo así presente á Felipe IV, el cual solo respondió que se dirigiese á Lérida; porque se ignoraba en la córte el gran triunfo que sobre las armas francesas y sobre su mejor caudillo habia obtenido D. Antonio Brito.

No pudo el de Aytona cumplir la órden del rey; porque el ejército de Aragon se mostró decidido á no avanzar, si el rey no pasaba á aquel país como lo habia ejecutado en los años anteriores.

Salió de la córte en posta D. Luis de Haro, sucesor del conde-duque, con el objeto de obviar todas las dificultades que se presentasen para socorrer al heróico Brito; mas en el camino alcanzó al ministro la placentera nueva de la retirada de Condé y del destrozo de sus escogidas huestes.

Reunido por el de Aytona un regular ejército, partió en direccion de las Borjas, decidido á presentar á Condé la batalla. Este último no esperó; mas hizo un hábil movimiento sobre Bel-

puig, á consecuencia del cual tuvo el de Aytona que retroceder y repasar el Segre.

Otras armas más poderosas que las de acero y que el aterrador plomo, habian ya comenzado á pelear en favor de España. A la primera abortada conjura, tan duramente castigada por el titulado virey de Cataluña, habian seguido otras ménos importantes é igualmente infructuosas. Sin embargo, la enemiga con que eran mirados en Cataluña los franceses era creciente cada dia, porque era su conducta á todas luces indigna.

Las onerosas exacciones eran mayores y más insoportables que las que en otro tiempo habia impuesto á aquel país el gobierno español; cada soldado *de los auxiliares* era un verdugo y cada jefe un tirano, y ni se respetaban los fueros ni se hacia caso de los privilegios, cuya inobservancia habia dado márgen, segun los revolucionarios habian proclamado, á la insurreccion del país.

La junta que representaba al principado dió formal queja por escrito al rey de Francia, haciéndole saber todos los atropellos y excesos de que eran los catalanes verdaderas víctimas.

El gobierno francés mandó á Cataluña un *visitador general*, electo obispo y del consejo del monarca de Francia, cuyo visitador no hizo otra cosa que *visitar* á Cataluña como quien hace un viaje para distraerse. Nada hizo, ni tomó providencia ninguna, ni aun se dió la pena de examinar si las quejas eran fundadas ó infundadas. De aquí se siguió el aumento del desórden y la multiplicacion de los desmanes. Fueron estos tales y tan inauditos, que además de los robos, que no merecian otro nombre, y de los insultos de obra y de palabra, no habia mujer segura, fuese soltera, viuda ó casada, ante los relajados DEFENSORES de Cataluña.

Llegaron los verdaderos *invasores* á tal exceso, segun muy respetables autoridades históricas, que pidieron mujeres á la junta, para abusar de ellas; llegaron á arrebatargas á sus propios maridos, amenazándolos de muerte y matando á algunos porque no querian acceder á la desenfrenada inmoralidad de aquellos frenéticos.

Hé aquí lo que dice á este propósito el erudito Lafuente:

«Poco antes de la época á que llegamos en nuestra narracion » un ilustre catalan, el vizconde de Rocaberti, conde de Peralada, marqués de Anglasola, escribió un libro titulado: *Presagios fatales del mando francés en Cataluña*, en la cual se hace una melancólica y horrible pintura de las tropelías de todo género que los franceses cometian en el principado. No solo » menospreciaban y hollaban sus privilegios y leyes, sino que

» encarcelaban y daban muerte de garrote á los que con teson
 » procuraban defenderlas y conservarlas. Ellos se apoderaban de
 » la hacienda de los naturales, y obligaban á muchos á salir de
 » Cataluña para tener pretexto de confiscarles los bienes; cogian
 » el trigo de las eras mismas para las provisiones del ejército;
 » ponian precio á los granos, y cuando los naturales los pagaban
 » á sesenta sueldos la cuartera, los obligaban á venderlos á los
 » franceses á cuarenta; y cuando de estas y otras injusticias se
 » quejaban los paisanos, respondian ellos que á Cataluña venian
 » á aprovecharse de la guerra, no á la conservacion del país.»

Y en otro lugar añade:

«Tiempo hacia que se venia notando este descontento; por-
 » que no tardaron los nuevos dominadores en dar con su con-
 » ducta motivos sobrados, no solo de queja, sino de irritacion y
 » encono á aquellos naturales, ya por los excesos de la soldades-
 » ca, ya por las exacciones y tiranías de los oficiales y cabos, ya
 » por las sórdidas grangerías de los asentistas, ya por el poco
 » respecto de los mismos vireyes á sus libertades, leyes y fue-
 » rros. A consecuencia de una reclamacion que el principado di-
 » rigió al monarca francés quejándose de los agravios que reci-
 » bia, vino á Cataluña un visitador general, obispo electo y con-
 » sejero del rey, que se conoce no atendió ni á corregir los des-
 » órdenes de los unos, ni á calmar el enojo de los otros. Porque
 » las tragedias fueron en aumento, y en aumento iba tambien el
 » odio con que á los franceses miraban los nacionales, recono-
 » ciendo, aunque tarde, todos los que no estaban ó muy obceca-
 » dos ó muy comprometidos, que con separarse de Castilla y en-
 » tregarse á Francia no habian hecho sino empeorar de condi-
 » cion, arruinarse el país, y sufrir tales vejaciones, menospre-
 » cios é injurias, que si no habian sido para aguantadas de un
 » rey propio, eran ménos para toleradas de un extraño.»

Con tales antecedentes no era difícil prever lo que podian los catalanes desear. Francia trabajaba contra sí propia y en favor de España, por medio de sus actos tiránicos, por lo muy engañoso de su proteccion y por las infamias que sus soldados cometian.

INSURRECCION DE SICILIA.

El mismo desórden que habia reinado en la península española durante la funesta administracion del conde-duque, habia reinado tambien en todós los dominios, á la sazón pertenecientes á

la corona de España. Ya se habia perdido el Portugal; Cataluña estaba dominada por Francia; se habia, igualmente que Portugal, perdido el Rosellon, y Flandes podia contarse como perdida. Faltaba que se alterase el órden en la península italiana, y que aquellos hermosos dominios fuesen siguiendo el camino que los ya perdidos.

Habia reemplazado el conde de Siruela al marqués de Leganés en el mando de Milan, y habia perdido algunas plazas de aquel ducado; y bien fuera por su desacertada política ó porque de la córte, en donde todo andaba tan sin órden ni concierto, recibiese instrucciones que le hiciesen proceder de una manera contraria á sus deseos, es lo cierto que el país estaba intranquilo y que sobre la predicha pérdida de algunas plazas, se habia sufrido otra peor sin duda alguna; el valeroso príncipe Tomás y el cardenal de Saboya, hasta entonces tan fieles y poderosos auxiliares de España, habian abandonado el partido de esta y unídose á la duquesa viuda y á los franceses.

El marqués de Siruela destituido de todo apoyo, hizo en verdad proezas para defender el territorio que le estaba confiado; pero como estaba abandonado á sí propio y destituido de auxiliares, recobró su energía, puso en juego todos los recursos de su inteligencia, y, lo repetimos, hizo verdaderas proezas.

A pesar de todo, era difícil, por no decir imposible, que pudiese resistir á la fuerza de los elementos que contra él se habian reunido. De esto fué clara muestra la pérdida sucesiva de Niza, Verna, Crescentino y Tortona, despues de lo cual el marqués de Velada dejó el mando de Flandes, y pasó á relevar al de Siruela. A las enunciadas pérdidas siguió la de Mónaco, por traicion de su príncipe Honorato Grimaldi que la entregó á los franceses.

Todo esto era debido á la incansable actividad y eficaces diligencias de Mazzarino, *digno* sucesor de Richelieu. Puede suponerse que á sus intrigas y ofrecimientos se debió la defeccion del príncipe Tomás, la del cardenal de Saboya, que ya no tenia aquella dignidad, estaba casado con una sobrina suya, y era conocido por el príncipe Máuricio, así como la traicion del de Mónaco.

El príncipe Tomás ya declarado enemigo de España, sitió con numeroso ejército y gran tren de artillería á Orbitello; pero pudo defenderse la plaza, merced á los esfuerzos del marqués de Torrecusa, del célebre Cárlos la Gatta, y á los auxilios del duque de Arcos, á la sazón virey de Nápoles.

❧ No sucedió lo mismo con Portolongone y Piombino: los mariscales de la Meylleraie (ó Meilleraye) y Du Plessis se habian

apoderado de ambos puntos, y lo que era aun peor, la escuadra francesa se mostraba amenazadora desde el golfo de Nápoles. El motivo ó pretexto de la amenaza era el siguiente:

Antes de pasar á mandar el ejército de Cataluña el marqués de los Velez, se hallaba ejerciendo el importante cargo de virey de Sicilia. Como España, por los escandalosos desaciertos de su gobierno, sufría á la vez tantas pérdidas y tenia que hacer frente á tantos gastos, en Sicilia, como en todos los dominios de España se habia aburrido y cansado al país, con los frecuentes y onerosos impuestos. Por si esto no era bastante para disgustar al pueblo, obligándole á contribuir con dinero, lo que pasaba respecto de este sucedia tambien acerca de las terribles contribuciones de sangre: la saca de hombres arrancados del seno de sus familias para llenar las bajas que tantas y tan continuadas guerras ocasionaban, eran muy frecuentes.

Agregóse á lo expuesto, para que nada faltase, una fatal esterilidad ocasionada por la escasez de lluvias; y como se habian multiplicado los hombres á causa de los ejércitos beligerantes, de los cuales el francés se procuraba por fuerza lo que de grado no podia obtener, la miseria era grande, y siempre la miseria es ocasionada á trastornos y revoluciones.

El virey, marqués de los Velez, que aun no se habia trasladado á España, creyendo atajar el mal, prohibió á los panaderos subir el precio del pan, por ser este el artículo más necesario. Los panaderos, so pretexto de la carestia del trigo, hija de la escasez, dejaron de amasar y cerraron sus tiendas. Esta determinacion no podia ser soportada por el famélico pueblo, el cual se mostró hostil al gobierno en Palermo, acaudillado por José Alecio, de oficio calderero.

Ya corria el año 1647 cuando esto sucedió; el motin comenzó por saquear é incendiar las casas de los recaudadores del gobierno y de algunos amigos del virey, y lo que fué aun peor, abrieron los amotinados las puertas de las cárceles, y reforzados por millares de criminales, se llevaron á cabo durante tres dias tales desmanes y horrores, que son indescriptibles.

El marqués de los Velez, á pesar de ser valeroso, como se vió en más de una ocasion, se aturdió y desconcertó en términos que huyó á refugiarse en las galeras, desde donde concedió á los insurrectos cuanto le pidieron.

A las concesiones hechas por el de los Velez siguieron nuevas peticiones de los sublevados, tales como la abolicion de todos los impuestos establecidos por el emperador Cárlos y la exclusion de todos los españoles de los cargos y empleos públicos.

Sin embargo, la insurreccion terminó muy pronto, á pesar de

que á toda la isla se extendió el fuego de la revolucion. Messina fué la ciudad única que guardó y conservó incólume la fidelidad que habia jurado á España. La actitud de esta plaza siendo como era tan importante, y principalmente la decision favorable de los nobles, entre los cuales muchos eran catalanes de origen, dieron fin á la sublevacion, y en poco tiempo el fuego de la rebelion quedó extinguido.

INSURRECCION DE NÁPOLES.

El mismo estado de desórden, la misma vacilacion, el mismo disgusto que en Sicilia reinaban en Nápoles. Fueron menester para trastornar las ideas de los napolitanos, todos los desórdenes, mala administracion y peores providencias adoptadas por la córte; porque Nápoles se habia distinguido muchísimo por su fidelidad á España. Jamás se habia quejado de contribuir para las guerras con hombres y con dinero, y por lo mismo los vireyes, á porfía se esmeraba en disgustarlos y tratarlos mal.

Comenzó el general disgusto al observar que los citados vireyes, aprovechaban en ventaja propia las onerosas exacciones, y á vista de todo el mundo muchos de ellos se enriquecian de escandalosa manera, presentando un fatal ejemplo de repugnante y perjudicial avaricia y de osada impudencia. Cuéntase que entre el conde de Monterey y el duque de Medina de las Torres, ambos vireyes de Nápoles, sacaron en trece años *cien millones de escudos* de su vireinato.

Este escándalo cesó en cuanto fué de virey á aquel reino el probo, honrado y noble Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla, el cual viendo que el mal estaba arraigado á consecuencia de los excesos de sus antecesores y que era muy difícil tranquilizar los ánimos tan intranquitos, hizo á la córte varias representaciones para exponer los desórdenes y disgustos que podian esperarse sino se procedia de otro modo con los napolitanos; porque si los excesos del virey habian concluido, los del gobierno, nó. A pesar de las reiteradas exposiciones de Enriquez, la córte, en contestación á aquellas, le mandaba sacar nuevas contribuciones de sangre y de dinero: viendo el almirante la inutilidad de sus gestiones y no queriendo que bajo su mando ocurriese una sublevacion que le parecia tan inevitable como inminente, hizo dimision del vireinato, diciendo: *No quiero que en mis manos se rompa este hermoso cristal que me han confiado.*

Retiróse, pues, el almirante de Castilla y fué reemplazado por

el duque de Arcos, el cual, como el antedicho, era hombre honrado y probo; pero era en cambio muy poco á propósito para ser virey en aquellas circunstancias, por su duro y fuerte carácter, y por su tenacidad y energía muy propias para precipitar la revolución, más bien que para refrenarla.

Su primer determinacion fué un verdadero desacierto. La guerra con los franceses continuaba; y para sostenerla, además de haber tomado varias providencias á fin de hacer efectivas las contribuciones cuyo pago estaba pendiente, echó una nueva y la recargó sobre las frutas, alimento que era entonces comun y casi exclusivo de la gente del pueblo y de los poco acomodados. Calcúlese el efecto que produciría semejante medida: ella dió margen á que se fijasen insolentes pasquines en los sitios públicos y se notasen visiblemente todos los anuncios de una revolución que amenazaba estallar de un momento á otro.

Comprendió el duque de Arcos que era forzoso precaver lo que se temía, y trató de conmutar la contribucion de la fruta por otra gabela; mas habiendo determinado lo primero al comenzar el año 1647, llegó el mes de Julio sin que hubiese hecho otra cosa que pensar en la conmutacion sin resolver nada; y en dichos seis meses habíanse multiplicado, como era natural, los descontentos.

El día 7 de Julio ocurrió una sencilla cuestion entre un vendedor de fruta y los que cobraban la gabela, que terminó por negar el primero el pago de aquella á los segundos. Los vendedores todos se unieron al que era de los suyos, los agentes del gobierno quisieron favorecer á los cobradores, y el tumulto creció, rodaron las frutas y los cobradores fueron acometidos por la plebe, acaudillada por un pescadero de ménos de treinta años, valeroso, robusto y decidido, que se llamaba Tomás Aniello, y el pueblo para abreviar formaba del nombre y apellido una sola palabra, y le llamaba *Masaniello*.

Este pescadero deseaba sin razon vengarse del gobierno; y decimos sin razon, porque el motivo de su rencor consistia en que los aduaneros habian puesto presa á su mujer, á consecuencia de haberla encontrado tratando de introducir en la ciudad cierta cantidad de harina, sin pagar derechos y ménos aun el impuesto recargo.

Arrollados los cobradores, Masaniello al frente de la inmensa turba de vendedores salió de la plaza del Mercado, á los gritos de ¡Viva Dios! ¡Viva la Virgen del Cármen! ¡Viva el rey! ¡Muera el mal gobierno! ¡Muera la gabela!

Después de haber cometido algunos desmanes en el camino llegaron á la plaza de palacio, y pidieron en tumulto que se aso-

mase el virey. Este ó no quiso salir, ó tardó demasiado en decidirse, en virtud de lo cual los tumultuados rompieron las puertas, entraron en palacio y llegaron hasta el mismo gabinete del virey.

Acobardóse en verdad el duque de Arcos; y no lo extrañamos ni le motejaremos por ello, como le motejan otros. Es fácil juzgar desde seguro, y más cuando el suceso de que se trata sucedió siglos há. Ciertamente que toda autoridad superior debe tener grande ánimo para ostentarlo en las grandes ocasiones, y si naturalmente no le tiene, debe sobreponerse á su temor y saber morir dignamente, ó no debe aceptar el puesto.

El duque de Arcos fué, empero, sorprendido; porque nada sabía aun del motin que ocurrió de pronto y sin que en aquel día se esperase. Viéndose en un instante é imprevisamente rodeado de centenares de personas armadas de puñales y pistolas; hablando todas á un tiempo; todas amenazadoras y todas dirigiéndose á él, se acobardó y prometió todo cuanto le exigieron.

Entonces los jefes de los amotinados escribieron por su mano las órdenes, por las que quedaban abolidos todos los impuestos extraordinarios, y las arrojaron por un balcón para que las leyese los millares de amolinados, que por no haber en palacio esperaron en la plaza. Aquellos, viendo que el virey había consentido en abolir los impuestos extraordinarios, comenzaron á pedir la abolicion de todos los ordinarios.

Reuniéronse los de fuera y los de dentro, y el virey hizo pasar por camino excusado á su esposa é hijos á Castello Nuovo, á donde tambien él se trasladó en un coche, huyendo de la escalera principal y del usual camino.

Encóntrose, empero, con una gran turba que le hizo bajar del coche; sin embargo, no le maltrató y todo quedó en susto y amenaza. El duque de Arcos, luego que se vió libre de la turba, apresuradamente se metió en el convento de San Francisco, desde donde se hizo llevar en litera al castillo de San Telmo, y de este se trasladó á Castello Nuovo, en donde estaba ya su familia.

Como la revolucion de Nápoles fué tan notable é importante, conviene enterarse de sus detalles, y conocerlos mejor de lo que pueden conocerse cuando se encuentran en una historia que es general, y que por lo tanto no puede ocuparse de un hecho aislado con demasiado detenimiento. Por esta razon insertamos á continuacion la siguiente nota del erudito Lafuente:

«El carácter y naturaleza de nuestra obra no nos permite detenernos á dar cuenta de otros pormenores y circunstancias que ocurrieron en esta célebre sublevacion, y de las que acompañan siempre á los alborotos y movimientos de esta clase. El que

» desee conocerlos más minuciosamente puede consultar la excelente obra que con el título de *Masaniello ó La sublevacion de Nápoles*, ha publicado nuestro ilustrado amigo D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, embajador que ha sido de España en aquel reino (dos volúmenes en 8.º, Madrid, 1848). Este erudito escritor ha consultado para escribir la historia de este suceso, entre otras obras, principalmente las siguientes: Tomás de Santis, autor contemporáneo, *Istoria del tumulto di Nápoli*: Alejandro Giraffi, id., *Le rivoluzioni di Nápoli*: Raphael de Turris, id., *Dissidentis receptæque Neapolis*: el conde de Módena, *Memorias sobre la revolucion de Nápoles*: Parrino, *Teatro eróico é político d'guberni d' viceré*, etc.: Baldachini, *Storia napoletana dell' anno 1647*: Giannone, *Istoria civile del regno di Nápoli*, y los manuscritos de Capacelatro y de Agnello de la Porta sobre este acontecimiento.

» Y sin embargo, todavía hallamos algunas discordancias en la narracion de lo que ocurrió en aquel tumulto, entre estos tan apreciables escritores contemporáneos y otras relaciones manuscritas de aquel tiempo que nosotros tenemos á la vista: tales como la que hizo el conde de Villamediana á D. Luis de Haro, con carta original de aquel, la cual se halla en el Archivo de Salazar, Doc. 34, y principalmente con la carta que escribió el mismo duque de Arcos al rey D. Felipe dándole cuenta de los primeros alborotos, y que copió D. Bernabé de Vivanco en su *Historia inédita*, libro que se dice octavo, y le corresponde ser el décimo sexto. — Dice por ejemplo el duque de Rivas, siguiendo los autores arriba enumerados, que cuando venia el virey en el carruaje iba angustiadísimo, y desconcertados los que le acompañaban, y más viendo muchas espadas y picas amenazarle de cerca, como de lejos algunos arcabuces y ballestas, y á la gente más soez, perdido todo respeto, saltar al estribo y poner las manos violentamente en su persona, llegando, segun afirma un autor contemporáneo, hasta tirarle del bigote.» Y el duque de Arcos en su carta dice no haberse descompuesto nadie con él, «antes mostraban respetarme y besarme los piés, etc.» — Añade tambien el de Rivas que el virey debió su salvacion al recurso de tirar al pueblo puñados de monedas de oro, con lo cual los que seguian la carroza se arrojaban codiciosos á la presa, é hicieron claro, que sostuvieron valerosamente los caballeros y algunos soldados españoles para dar paso al virey.

» Además de estas obras y documentos, tenemos á la vista otro opúsculo manuscrito titulado: *Rebellion de Nápoles y sus sucesos*, por D. Diego Phelipe de Albornoz, Thesorero dignidad y

» canónigo de la santa iglesia de Cartagena y Murcia, en el año » 1648.—Archivo de la Real Academia de la Historia, G. 68.

Era Masaniello un hombre de accion, valeroso, decidido, y, si se quiere, no carecia de luces naturales; pero no podia tener para el puesto que se proponia ocupar, más disposicion de la que podia y debia esperarse de su educacion y de sus principios. Avínole bien para sacarle del compromiso en que su falta de aptitud pudiera colocarle, la presencia de un demagogo, hombre ya octogenario, pero de ilustracion y talento, llamado el Dr. Julio Genovino.

Era este muy conocido ya de los revolucionarios; porque en todas las escisiones que tuvieron lugar cuando era virey el duque de Osuna habia tomado parte; Genovino habia sido el alma y la cabeza de los movimientos populares. Lo mismo en Nápoles que en Sicilia, la primera providencia que tomaron los revoltosos fué la de abrir las cárceles: apoderáronse despues de todas las armas que habia existentes en las tiendas de arcabuceros y espaderos, así como en las armerías ó depósitos del gobierno; y una vez armados, comenzaron á batirse denodadamente con la tropa.

Pocas horas despues de haber comenzado la revolucion, se veian en las calles hasta ciento veinte mil hombres armados; y como las tropas habian salido á ocupar los principales puntos de la ciudad, los insurrectos se apoderaron de algunos cuarteles.

Para hacer frente á los ciento veinte mil hombres, solo tenia el virey dos mil infantes: la caballería estaba acuartelada extramuros, y los revoltosos tuvieron buen cuidado de tomar los caminos y obstruirlos.

Para nosotros, todo remedio que sea peor que el mal, debe ser cordialmente detestado. Las revoluciones se parecen siempre: en más de una ocasion los revoltosos proclaman la moralidad y erigiéndose en autoridades imponen pena de muerte al ladron, como hicieron en Nápoles. Sin embargo de esto, se queman muebles, no se roban; empero se roban valores y alhajas fáciles de ocultar, como en más de una ocasion se ha visto. ¿Y cómo con faz serena dicen los revolucionarios que se levantan contra la opresion, y se muestran ellos bárbaramente opresores? ¿Perdonan á nadie que no se identifique con sus ideas y se adhiera á sus feroces acciones? ¿Qué hicieron en Nápoles los que proclamaban la libertad (la licencia), contra la opresion? Soltar los facinerosos, quemar muchas casas, y degollar á cuantos quisieron, so pretexto de que eran amigos del virey, y aprovechando la oportunidad, como siempre en tales ocasiones sucede, para satisfacer venganzas y rencores personales. Ya lo hemos dicho; el

resentimiento del *republicano* Masaniello, que gritaba *viva el rey*, muera el gobierno, solo consistia en que las autoridades habian puesto presa á su mujer por infractora de un bando: por ser contrabandista.

Algunos autores manifiestan que no se robó en Nápoles *un alfiler*; pero hace más de dos siglos que aquella revolucion sucedió, y no podemos saber con certeza los detalles de lo ocurrido en la antigua Partenope al sublevarse Masaniello. En nuestros dias hemos oido asegurar lo mismo respecto de cierta revolucion, y sin embargo de lo que se aseguraba y de que en efecto se quemó mucho y no se robó ningun mueble, se vendieron objetos robados y los vendedores no disimularon la procedencia de dichos objetos.

No diremos lo mismo respecto de la deferencia y respeto que los insurrectos mostraron hácia Felipe IV. Seria más ó ménos sinceramente, ó porque quisieran demostrar que no se rebelaban contra su señor natural, sino contra los excesos del gobierno; pero es lo cierto que colocaron bajo doseles cuantos retratos de Felipe IV pudieran haber á las manos, los pusieron luces, y los que hacian la guardia á la imágen del rey obligaban á cuantos pasaban por allí á descubrirse é inclinarse.

Hallábase el duque de Arcos como prisionero en Castello Nuovo, y desde su retiro comenzó á negociar la capitulacion con los insurrectos, sin lograr cosa alguna. Parecia, empero, que habia perdido bastantes grados de fuerza la revolucion, cuando de nuevo se recrudeció furiosamente. Unos cuantos de esos hombres que jamás dejan de encontrarse en toda revuelta, de esos que incapaces de ganar honrosamente la subsistencia, solo pueden vivir y medrar á la sombra de los motines, viendo que la mayor parte de los armados, que exponian su vida de buena fé, se habian tranquilizado, hicieron correr la absurda pero alarmante voz de que los agentes del virey, que pocos habian quedado con vida, habian envenenado las aguas. Con tal motivo se renovaron las escenas de sangre é incendios y atropellos.

Encargóse varonil y piadosamente de procurar restablecer el órden el cardenal arzobispo Filomarino, y pronto se pudo columbrar la esperanza de que cesasen los horrores. Comenzóse por ganar con promesas al Dr. Genovino, republicano terrible y acertado director de la revolucion, el cual no se hizo sordo á las gratas indicaciones.

Del concierto con el viejo demagogo resultó un proyecto de arreglo, cuyas bases, escritas en italiano, leyó al pueblo el cardenal Filomarino, despues de lo cual pasó el susodicho á Castello Nuovo, acompañado de Masaniello y de un cierto Arpaya, *electo* del

pueblo, escoltados por una inmensa é innumerable turba. Los caudillos populares hicieron presente al virey que sus concesiones quedaban aceptadas, las cuales se reducian á la abolicion de todos los nuevos impuestos desde el reinado de D. Fadrique, y la restitution y observancia de los privilegios otorgados por Cárlos I.

El duque de Arcos no solamente fué débil al hacer semejantes concesiones, si que tambien se rebajó á representar un papel excesivamente indecoroso. Se asomó al balcon con Masaniello, le abrazó públicamente, y el pueblo comenzó á gritar ¡viva el virey! con la misma facilidad y entusiasmo que una hora antes habia gritado *muerá*. Esto es de todos tiempos y paises.

Veamos otra prueba de debilidad, si es que merece el honor de ser aquel hecho de tal manera calificado.

«Tambien fué muy curiosa la entrevista de la mujer de Masaniello con la duquesa de Arcos. La vireina envió sus carrozas á la esposa del antiguo pescadero para que fuese á palacio. Fué en efecto acompañada de unas cuantas vecinas y de su suegra y su cuñada, todas con magníficos trages, que formaban singular contraste con sus toscas formas y sus modales groseros. Recibióla la guardia con los honores de capitán general, y fué subida en silla de manos con cortejo de gentiles-hombres, pajes y alabarderos, é introducida hasta el gabinete de la duquesa.—Sea V. I. muy bien venida, le dijo la vireina.—Y V. E. muy bien hallada, le contestó la esposa del dictador de Nápoles: V. E., añadió, *es la vireina de las señoras, y yo la vireina de las plebeyas*. D. Juan Ponce de Leon, sobrino del duque de Arcos, tomó en sus brazos un niño de pecho, sobrino de la pescadera, le besó con la mayor ternura, y le enseñaba á todos como un portento. La duquesa indicó á la Masaniello lo conveniente que seria que su marido aceptara del virey las altas mercedes que estaba dispuesto á otorgarle, y que se retirara del mando para que pudiera restablecerse la tranquilidad. *Todo ménos eso*, respondió la vireina de las plebeyas; *pues si mi marido deja el mando, no serán respetadas ni su persona ni la mia. Lo que conviene es que estén unidos y acordados el señor virey y Masaniello, este gobernando el pueblo, y aquel á sus españoles*. Sorprendió y dejó cortada á la duquesa tan terminante respuesta, y puso fin á la visita prodigando besos y abrazos á aquellas mujeres, que se retiraron con el mismo aparato y ceremonias con que habian venido. Parece inconcebible tanta degradacion.»—Rivas, *Sublevacion de Nápoles*, cap. XVIII.

En cuanto á si fué ó no detestable y horrible la insurreccion

de Nápoles, bastará que á continuacion copiemos lo que manifiesta un ilustrado autor antiguo: «Los gritos de *muerá*, *muerá*, »(dice) resonaban por todas partes; cuerpos destrozados yacian »aquí y allí esparcidos; sangre humana manchaba todas las ma- »nos, salpicaba las paredes, profanaba todos los templos; nada »habia seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los »furibundos asesinos.»

Si de tal manera se remedian los males, lo diremos una vez más, librenos Dios de semejante remedio. En prueba de que no hay exageracion en lo que respecto de la revolucion napolitana se refiere, y de que su *célebre* caudillo Masaniello no fué lo [que algunos, poetizando á dicho *personaje*, nos refieren, ya que hemos insertado algunas líneas de un autor antiguo, veamos las siguientes, escritas por uno moderno:

«hubo dias y noches en que el populacho, »*il fidelissimo popolo* que llamaban los jefes del tumulto, se en- »tregó con frenética furia á todo género de excesos cuyos por- »menores horroriza el leer. Hubo momentos en que la populosa »Nápoles parecia una inmensa hoguera: tantas eran las que ha- »bia encendidas para reducir á pavesas las casas y palacios de »los ricos y nobles, y que atizaban con repugnante gozo hom- »bres, mujeres y niños. Húbolos en que las indomables turbas »pudieran saciarse de sangre, si en tales casos se pudieran sa- »ciar, y en que presentaban con horrible júbilo á Masaniello »clavados en picas la cabeza y los miembros de cualquiera ilus- »tre víctima que despues de infinitas pesquisas lograban haber á »las manos, habiendo quien pidiera un trozo de su cuerpo para »devorarle crudo, como sucedió con el pié de un hermano del »duque de Maddalone. La plaza del Mercado, cuartel general de »Masaniello y su tribunal de justicia, se hallaba toda circundada »de cabezas, que tenian la bárbara calma de ir colocando con »mucho simetría. En vano los padres dominicos y teatinos salie- »ron varias veces en procesion, llevando al Señor Sacramenta- »do, para ver de calmar la desenfrenada muchedumbre. Los in- »sultos y las profanaciones obligaban á los religiosos á volverse »á sus conventos, no sin peligro de sus vidas. (Se extremece el »corazon de leer algunas de las escenas que pasaron dentro de »aquellos mismos asilos de religion y de piedad, que nosotros »nos abstenemos de describir.»

El dia 13 de Julio, sábado, se verificó de la más solemne ma- nera la jura de los nuevos privilegios concedidos por el virey, el cual salió de Castello Nuovo en una carroza de gala, con todo el imponente aparato de su dignidad, y seguido de los ministros

del consejo *Colateral*. Las calles estaban barridas y regadas: adornadas las fachadas de las casas y henchidas las plazas y puntos del tránsito de innumerable concurso.

El virey juró en manos del cardenal Filomarino, que asistió de pontifical á la solemne ceremonia, terminada la cual Masaniello, vestido con un riquísimo traje de córte, hizo su arenga al pueblo. Este pobre pescador, convertido en improvisado magnate, comenzó á ser el virey de hecho; y olvidándose de su republicanismo tan luego como se vió aristócrata é intimó el trato con los más principales personajes de Nápoles, el que se habia sublevado contra la tiranía, degeneró en un cruel é insupportable tirano; el hombre del pueblo que se alzó pretextando querer defender los derechos y privilegios de aquel, se hizo odioso por sus caprichos y sus verdaderas tiranías á aquel mismo pueblo á quien pertenecía y de quien procedía. ¡Cuántos ejemplares se han visto tomados del original de Masaniello!

Presentábase á caballo con grande séquito, y no se dignaba responder á los saludos de la humilde plebe, que le habia favorecido pocos dias antes, comprándole el pescado, sin cuya venta hubiera perecido; y no creyendo que habia en Nápoles habitacion alguna digna de recibir y albergar á su *excelsa* persona, determinó construir un magnífico palacio para su morada.

No podia el pueblo mirar con paciencia aquel infame cambio, ni ménos recordar que se habian perdido tantas vidas y cometido tantos excesos para hacer *noble*, opulento y jefe supremo, al pobre pescador. Viéndose el pueblo pisoteado por el mismo que en hombros del pueblo se habia elevado, para hacerse tirano, observando cómo conculcaba los fueros y hollaba las leyes, justamente airado se le mostró decidido enemigo.

Veamos lo que dice un ilustrado autor, el duque de Rivas, respecto de la formalidad y manera con que ejerció en Nápoles la suprema autoridad el republicano Masaniello.

«Hizo (dice) levantar en la plaza del Mercado un tablado con
 » un palco, en que acompañado de sus tenientes Domingo Perro-
 » ne y José Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino,
 » del secretario Marco Vitale, y del nuevo electo Francisco Ar-
 » paya, administraba justicia, expedía decretos, daba sentencias,
 » oía quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad,
 » sana intencion y recto juicio, los asuntos más graves. Con su
 » tosca y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su
 » gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gober-
 » naba como autoridad única y supremo magistrado, decidiendo
 » sin apelacion en la parte militar, civil y eclesiástica, y enten-
 » diéndose con desenfado y agilidad con abogados y notarios, li-

»tigantes y pretendientes, sometiéndose todos sin réplica á su
 »decision absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja
 »las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis,
 »que antes de pronunciar Masaniello sus acuerdos y sentencias,
 »inclinaba un instante la cabeza y se ponía la mano en la frente,
 »como para reflexionar, pero realmente para poder oír al conse-
 »jero. Y que un día que para darse importancia dijo á los cir-
 »cunstantes: *Pueblo mio, aunque nunca he sido soldado ni juez*
 »*para poder regir con acierto, me inspira el Espiritu Santo,*
 »le contestó un chusco: *Dí que te inspira el Padre Eterno,* alu-
 »diendo á Genovino, viejísimo, calvo y con gran barba blan-
 »ca.» — Rivas, *Sublevacion de Nápoles*, cap. XI.

Tan ostensiblemente llegó á demostrar el pueblo su aborrecimiento á Masaniello, héroe querido á quien casi habia adorado, que llegó á temer que volviéndose contra él, le asesinasen. Creyendo evitar la realizacion de sus temores adoptando medidas de horrible terror, comenzó á dictar muertes á diestro y siniestro; bastaba una simple sospecha ó un ligero recelo para que decretase la decapitacion de una ó más persona, y al precepto seguía la ejecucion.

Tantos horrores y tal tiranía produjeron un efecto diametralmente opuesto al que se proponía. No pudiendo sufrir más el pueblo, y considerando cada uno que su vida ó su muerte pendía exclusivamente del recelo ó del capricho del hombre elevado de la nada al supremo mando, determinó librar á Nápoles de aquel sanguinario mónstruo. Una partida de hombres armados sorprendió una tarde á Masaniello, hallándose en un convento, y le quitó la vida dándole muchas puñaladas.

El desfigurado cadáver fué llevado á palacio, celebrando los que escoltaban á los asesinos aquel suceso con gritos de júbilo. El mismo virey, que abrazó en el balcon de aquel palacio á Masaniello, celebró con el pueblo la muerte del héroe y víctima de aquel. Por manera que en la insurreccion de Nápoles nada se encuentra de noble, digno ó grande, ni en el gobierno ni en los insurrectos.

¡Quién se ha de fiar en el pueblo! Pocos dias despues de la muerte de Masaniello, disgustados los mismos que habian dispuesto la bárbara determinacion, y con la misma facilidad que le habian aclamado libertador para despues asesinarle como tirano, le declararon héroe y *mártir* de la libertad.

El duque de Arcos imprudentemente escribió algunas palabras que ofendieron á los que aparecian ya sosegados, y no desaprovecharon la ocasion los que deseaban que las revueltas continuasen. Estos últimos excitaron á la verdadera plebe, dispuesta

siempre á alterar el órden, y recomenzó de nuevo el motin con mayor furia y encono.

Éran innumerables los hombres armados que se presentaban en todos los sitios públicos; baste decir que en la plaza de palacio sostuvieron los insurrectos una formal accion con la guardia tudesca, y resultaron de la atroz refriega muchos muertos y heridos, así de dicha guardia como de la española, alemana y aun de los mismos napolitanos.

Despues de haber obtenido este triunfo se dirigieron los amotinados á los castillos, con ánimo de apoderarse de ellos. Situaron baterías, amenazando á San Telmó y Castello Nuovo, demostrando con su audacia y decision que se creian vencedores.

Éran, ya lo hemos dicho, innumerables los insurrectos; mas carecian de una cabeza inteligente y organizadora, sin la cual la fuerza era poca cosa. Comprendiendo las notables circunstancias que concurrían en el célebre Cárlos de la Gatta, le invitaron con el puesto de jefe supremo de la revolucion. Ninguno más á propósito para el caso; mas Cárlos habia hecho eminentes servicios á la causa española, á la cual siempre habia sido fiel y no quiso manchar su acrisolada lealtad.

Perdida esta esperanza, acudieron al príncipe de Massa, marqués de Toralto, quien á pesar de haber sido fiel hasta entonces á la causa de España, en aquella ocasion se olvidó de su honra y de su fidelidad. Dícese, y pudo muy bien ser, que aceptó la popular invitacion, porque tenia á su esposa en poder de los revolucionarios, y creyó, al aceptar, servir á su esposa é influir directa y eficazmente en favor de la paz.

Vióse desde luego en el caudillo una determinacion fija y favorable al órden. Sin que él lo pudiese evitar dieron un fuerte ataque al palacio los revolucionarios, engreidos con los auxilios que de las provincias napolitanas los enviaban, puesto que la revolucion se habia extendido á casi todo el reino. El virey, viéndose reducido al último extremo, dió órden para que los castillos rompiesen el fuego contra la plaza, y comenzaron de nuevo las desgracias y desastres. El príncipe de Massa no quiso perder la oportuna coyuntura: negoció con talento y habilidad, y comenzaron las pláticas de capitulacion.

Así las cosas apareció en las aguas de Nápoles una escuadra española, mandada por D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. Era el dia 1.º de Octubre cuando se divisaron desde el puerto las enseñas españolas, que el viento agitaba y hacia tremolar sobre los buques.

Componíase la armada de cerca de cincuenta buques, siendo galeras veintidos de estos, con doce naves gruesas. Encerra-

ban en su seno tres bizarros tercios de españoles y uno de napolitanos; é iba provista la armada de material de guerra y de todo lo necesario para llevar á cabo la empresa á que estaba destinada.

El príncipe de Massa, con motivo de la aparicion de la armada, comenzó á instar á los insurrectos para que se sometiesen; pero sus buenos deseos solo le acarrearón bastante impopularidad y que se hiciese casi sospechoso.

Puesto de acuerdo el duque de Arcos con D. Juan de Austria, viendo que eran inútiles las gestiones pacíficas, se rompió el fuego contra la plaza desde los castillos y desde los buques. Desembarcaron los cuatro tercios y se generalizó la lucha en los arrabales; más no pudieron dichos tercios penetrar tan pronto como quisieron en Nápoles; porque los sublevados habian establecido barricadas y opuesto cuantos obstáculos encontraron á mano.

El príncipe de Massa, que hizo esfuerzos heróicos en favor de la paz, logró que los mismos amotinados pidiesen una tregua, que el duque de Arcos, con poca prudencia puesto que los rebeldes la habian solicitado, no quiso admitir. A consecuencia de esto recomenzó la horrible lucha y la sangre corrió abundantemente por las calles de la afligida y desolada Nápoles.

Muchos dias duró la horrible lucha, que costó más de *doce mil* hombres á los sublevados; las bombas y balas de la artillería real hacian grandes destrozos; y como si esto no fuera bastante, estalló una mina mal dirigida por los mismos revoltosos, y en vez de perjudicar á los contrarios hizo miserable extrago en los mismos rebeldes.

El príncipe de Massa advirtió lo que iba á suceder; mas no quisieron escucharle; y visto el destrozo, lejos de lamentar su error y recordar las prudentes advertencias del de Massa, apellidándole traidor le hicieron pedazos, y comelieron con el cadáver tales infamias y abominaciones que no son para escritas.

«El hecho fué, segun Vivanco (dice Lafuente), que los rebeldes quisieron hacer una mina para volar el castillo de San Telmo, y con él al virey y á los que le rodeaban; que Toralto (el principe de Massa) trató de disuadirlos de la idea, diciendo que la mina daría en peña viva, y reventaría contra ellos mismos; que á pesar de eso ellos insistieron, hicieron la mina, la volaron, y sucedió lo que Toralto les habia pronosticado. Sin embargo, como ya le tachaban de amigo de los españoles, sospecharon que lo habia hecho á propósito con malicia, como que era realista y noble.» Luego el historiador refiere asi su muerte:

«Un hombre de los más bajos de ellos (dice) le atravesó con una espada; acudieron todos sobre él, y con aquella furia infame le cortaron la cabeza, le colgaron de un pie, y le sacaron el corazón, y se le enviaron á su mujer, que era de particular nobleza y hermosura; inhumanidad más que bárbara, y que no se podía contar de caribes ni trogloditas, ni de otra nación más indómita, de suerte que todos rehusaban ser cabezas por no caer á sus piés, porque todos los iban matando, y estaban sedientos de sangre humana.» (Hist. MS. de Felipe IV lib. XVI.)

«Muero (dijo al espirar este desgraciado caballero) *por Dios, por el rey y por el pueblo, pues juro que mis acciones todas se han encaminado solo á conciliar los ánimos para dar paz á mi afligida patria.* De Santis: Capecelatro, MS.—De Tur-nis, y los demás autores contemporáneos.»

Sacrificado el infelice príncipe de Massa, los revolucionarios nombraron para reemplazarle á un hombre incapaz de ocupar el puesto á que el furor popular le destinaba; mas por sus condiciones especiales y posición particular era mucho más de su agrado que el noble príncipe. Era fanático, sin que supiese por qué, en sus opiniones, y era de profesión cerrajero ó arcabuzero. Llamábase Genaro Annese (ó Agnese), y del taller fué sacado para jefe supremo de la revolución.

No concurrían ciertamente en el nuevo *electo* del pueblo las circunstancias y disposición natural que en Masaniello; y por esto fué preciso encomendar la dirección de las armas, que á la sazón era lo más importante, á un maestro de campo general, llamado Brancaccio, que era hombre valeroso y práctico en asuntos de guerra.

A todo esto los nobles napolitanos, secundados por D. Juan de Austria, tenían bloqueada á Nápoles. Habían formado un ejército poco numeroso, pero escogido, que estaba apoyado por las tropas de desembarco de la armada de España.

Declaráronse, sin embargo, independientes los napolitanos, y así lo hicieron saber por medio de un manifiesto á toda Europa. Enorgullecidos cada vez más, no negaban la cara á las tropas reales, y aun más de una vez salieron vencedores; pero estos triunfos parciales duraron muy poco: el maestro general Tullavilla se hizo cargo del ejército real, derrotó varias veces á los rebeldes y concluyó por establecer el bloqueo en tales términos que el hambre se dejó sentir en Nápoles, y comenzó á afligir lo mismo á la gente pacífica y de orden que á los revoltosos y gente de acción.

Hallábanse ya muy decaídos de ánimo, cuando se renovó y reavivó la esperanza. Ocurrió á los insurrectos la idea de man-

dar una embajada á Enrique de Lorena, duque de Guisa, que á la sazón se hallaba en Roma. Este príncipe pertenecía, por parte de madre, á la casa de Anjou, que habia en otro tiempo disputado tenazmente á España la corona napolitana.

Púsose por obra el proyecto; fué depuesto el *caudillo arcabucero*, y la embajada napolitana llegó á Roma. Oyó el de Guisa á los embajadores, y habiendo escuchado de su boca que aun no estaba extinguido el antiguo y temible partido anjevino, pidió la venia al embajador francés, como súbdito que era de Francia, y después de esquivar no pocos riesgos y peligros, llegó por fin á Nápoles. Penetró en la capital con no pequeña pompa y entre aplausos y aclamaciones; y los insurrectos, animados con la presencia de un príncipe, se creyeron invencibles.

Entonces determinaron los napolitanos parodiar la revolucion flamenca. Dieron al duque de Guisa el mismo carácter é idénticas prerogativas que los flamencos habian otorgado al príncipe de Orange; le declararon generalísimo y defensor de la patria, y quitaron de todos los edificios públicos las armas de España.

El nuevo *defensor* de Nápoles procedió con actividad y energía, haciendo creer á todos que la dominacion española habia en la antigua Partenope concluido. El intrigante Mazzarino, empero, no queria dejar que el de Guisa se engrandeciese, y esto era suficiente para que este último no triunfase. Quería Mazzarino que España perdiese á Nápoles, y tambien lo queria la reina regente; mas ni el uno ni la otra deseaban que el príncipe francés se engrandeciese.

No lo creian así los napolitanos ni el defensor de Nápoles; por esto se creyeron vencedores; y se afirmaron más en su creencia al ver que en la bahía napolitana aparecian treinta y nueve navíos de línea, veinte galeras y once brulotes. Iba esta armada francesa á las órdenes del duque de Richelieu; y de haber estado en favor del de Guisa, la causa española hubiera llegado á verse en grave conflicto.

Los hombres observadores comprendieron muy pronto el doble juego de Mazzarino. El aristócrata duque de Richelieu rehuía el hablar con el de Guisa, al mismo tiempo que casi intimaba amistad con el arcabucero.

D. Juan de Austria, que era en verdad valeroso y activo, reunió la armada, y presentó la batalla. Dióse esta con efecto, y fué ruidosa y larga; pero no de resultado decisivo ni aun importante para ninguna de ambas partes beligerantes. Esto hizo que D. Juan de Austria, que era, lo repetimos, muy bizarro, se empeñase en renovar la accion, á cuyo fin se preparó y dispuso rápidamente; mas no pudo lograr su deseo, porque el duque de

Richelieu, lejos de prepararse tambien para la lucha, desplegó velas y se alejó de Nápoles tomando rumbo á Francia.

Entonces comprendieron los revoltosos de Nápoles que el de Guisa no podia esperar de Francia ningun auxilio, cosa que pesó muy poco á los napolitanos leales. El duque francés necesitó de muy pocos dias para hacerse odioso á aquellos; tales eran sus costumbres, su orgullo y sus instintos despóticos. Pero el duque de Arcos demostró en aquella ocasion que era más intrigante político que general animoso, aprovechando las circunstancias y explotándolas muy oportunamente. En su campo no habian faltado intrigas, que dieron por resultado la deposicion de Tuttavilla y su reemplazo por Luigi Poderico, maestre de campo muy acreditado.

Comenzó á trabajar en favor de Arcos el disgusto y cansancio que ocasionan los desastres y sanguinarias escenas, hijas de las guerras civiles. D. Juan de Austria, que á pesar de sus pocos años y consiguiente falta de práctica, mostró en aquel primer ensayo mucha prudencia y muy buen tacto, resolvió tomar sobre sí el vireinato, comprendiendo lo poco á propósito que para ejercer tal cargo era el de Arcos. La córte no desaprobó la determinacion del hijo del rey; pero mandó al conde de Oñate en reemplazo del duque de Arcos.

Era el conde de Oñate hombre de gran corazon, de carácter enérgico y firme, y habia mostrado su discrecion y habilidad diplomática en diversas embajadas. A la sazón desempeñaba el cargo de representante de Felipe cerca del Sumo Pontífice, y la voz general aprobó y dió por acertado aquel nombramiento.

AÑO 1648.

NÁPOLES.

Intentaron los rebeldes sacar fuerzas de flaqueza: la necesidad y las circunstancias les aconsejaban la rendicion; pero á unos el temor, á otros la desesperacion, y á otros las ventajas que la revolucion les proporcionaba, les impedia decidirse. Para probar nuevamente fortuna, trataron de dar una batalla general, que no rehuyó el jóven y valeroso D. Juan de Austria.

Dióse en efecto la batalla: las tropas reales fueron con grande ímpetu acometidas por los rebeldes de la capital y de los puntos más inmediatos; por manera que, segun la historia, cada solda-

do leal tocaba, para batirse, á diez rebeldes, puesto que aquellos eran pocos más de diez mil, contra más de cien mil insurrectos. A pesar de tan grandísima desventaja y de haber durado la lucha todo un día con su noche y de haber dado los numerosos rebeldes muchos asaltos, D. Juan de Austria no perdió una sola posición; rechazó por fin á los innumerables revolucionarios y quedó por suya la victoria, que fué grande y muy digna de su nombre (Febrero).

Poco despues llegó el conde de Oñate, casi al mismo tiempo que el duque de Guisa abandonaba á Nápoles. Aquel salió con una escuadra y cinco mil hombres de desembarco, con el objeto de recuperar á Nísida, isla situada cerca del promontorio de Posilippo, de la cual se habian apoderado los españoles.

No quiso el hábil é inteligente virey desaprovechar tan ventajosa y oportuna ocasion. Las pocas pero escogidas tropas de que podia disponer, estaban á la sazón mandadas por D. Juan de Austria, secundado por los célebres marqués de Torrecusa y Carlos de la Gatta, por Tuttavilla, el marqués de Peñalba y don Diego de Portugal.

Dirigidos los tercios por tan hábiles y valerosos caudillos, dió el nuevo virey un ataque repentino, fuerte, decidido, general y simultáneo á todos los puntos vulnerables y principales del enemigo. Cierto que los rebeldes tenian, como siempre, diez hombres para cada español; empero su única cabeza, que era el de Guisa, no se hallaba en Nápoles. Por otra parte, entre los cien mil hombres que en la ciudad llevaban las armas, habia muchísimos que eran verdaderos canallas, como sucede siempre en casos análogos. Unos y otros se asombraron á consecuencia del repentino y terrible ataque; la parte peor de aquellos previendo el desenlace y que tal vez quedaria sin medios de ejercer la rapiña que era en tiempo de paz su verdadera y única profesion, se desbandó por la ciudad y se entregó al pillage. Entonces los hombres de órden se levantaron en defensa de sus hogares y de su propiedad, convirtiéndose unos intencional y otros casualmente en auxiliares del ejército real.

Los gritos de *viva Felipe IV, viva la paz*, llenaban el espacio; los rebeldes eran atacados por sus naturales enemigos y por sus irritados y oprimidos compatriotas; y como, por otra parte, carecian de cabeza que los guiase y ordenase, comenzó en ellos al momento el desánimo, el soltar las armas y procurar escapar y salvarse. Pocos minutos despues estaba en Nápoles D. Juan con el virey y con su ejército.

Leamos algunas líneas del erudito Lafuente:

«Al decir de algunos escritores extranjeros, especialmente



»franceses, este desenlace se debió esclusivamente á una traición. Dicen que celoso Genaro Annése del duque de Guisa, y resentido del altivo desden con que le trataba, ofreció á los españoles entregarles la puerta de Santa Ana si ellos distraian al de Guisa por algunas horas. Que esto estaba ya convenido entre el Genaro y el virey, cuando se supo lo de la isla de Nisida y sucedió lo de la salida del de Guisa, no teniendo otra cosa que hacer el traidor que abrir la puerta, ni los españoles otra cosa que entrar, publicando luego el Annése, para sustraerse á la odiosidad popular, que el de Guisa habia vendido la ciudad á los españoles.» —(Weis: España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones: primera parte; Felipe IV.)— «Sobre faltarle comprobantes á la anécdota la hace ménos verosímil la circunstancia de que el Genaro Annése se fué uno de los que tardaron más en entregarse defendiendo con teson el torreón del Cármen, y al fin el conde de Oñate le hizo morir en un patíbulo, por haber intentado reproducir la rebelion.» —(De Santis.—Conde de Módena.—Duque de Rivas: *Subelevacion de Nápoles*, cap. último.)

No dejaron de seguir algunos horrores á la sumision de Nápoles: el conde de Oñate se mostró con los más delinquentes tan severo é inflexible, como habia querido mostrarse con el duque de Guisa. Cierto es que algunos habian delinquido mucho, no solamente por su rebeldía y tenacidad, sino por las infamias que habian cometido hasta con sus mismos compatriotas.

La revolucion que comenzó el sacrificio Masaniello solo duró ocho meses; pero ocasionó tantos desórdenes, costó tanta sangre y originó tantos destrozos y desmanes, como si hubiese durado ocho años; y el conde de Oñate ni quiso dejar impunes á los delinquentes, ni dejar de aterrar con un necesario escarmiento á los que tratasen en lo sucesivo de imitar el mal ejemplo dado por los jefes de la revolucion.

Aun despues de demostrada la severidad, quiso el célebre Annése levantar de nuevo la bandera de la revolucion, sin otro motivo que el no poder sufrir aquel improvisado caudillo su antigua oscura vida, despues de haber tomado gusto al mando. Su imprudente atrevimiento le costó la vida.

No tardaron en someterse las provincias sabida que fué la sumision de la capital. Esta noticia, tan funesta para los rebeldes, fué muy pronto sabida por el de Guisa y su ejército, que sin esperar á más se dispersó: el duque emprendió la fuga; pero el día 6 de Abril fué preso en Cápua.

Sentencióle á muerte el conde de Oñate; mas D. Juan de Austria, dando una patente muestra de su buen corazon y de la ilus-

tre sangre que por sus venas circulaba, se opuso á la severidad del conde; y el de Guisa fué traído á España y puesto á buen recaudo en el real alcázar de Segovia. Conviene conocer la *gratitud* de este príncipe francés, y una de sus *mejores* aventuras. Héla aquí.

«Seis años más adelante (1563), este mismo duque de Guisa fué puesto en libertad á ruegos del príncipe de Condé, nuestro aliado. Pero restituido á Francia, tomó el partido del rey contra España, lo cual llenó de indignacion al monarca español. No contento con esto el de Guisa, y llevando más allá su ingratitud, y el deseo de vengar las afrentas y humillaciones que se le habian hecho sufrir, so pretexto de que le llamaban otra vez los napolitanos para que los librara del yugo de los españoles, consiguió que la Francia le diera una escuadra de cuarenta velas, con la cual se fué á encender de nuevo la guerra á Nápoles, y se apoderó de Castellamare. Pero acudiendo allá el virey con todas sus fuerzas y habiendo atacado la plaza, fué derrotada la gente del de Guisa, teniendo apenas tiempo los que escaparon para reembarcarse y volverse á Francia.»

Tambien se trató de asesinar al conde de Oñate; y despues de perdida toda esperanza de renovar la revolucion, buscando cabeza para dirigir una última tentativa, se apeló á seducir á D. Juan de Austria. Para lograrlo, le ofrecieron la corona de Nápoles; oferta realmente tentadora y muy lisonjera para un bastardo de un rey. El noble y leal D. Juan rechazó indignado la infame propuesta; y para demostrar la ninguna impresion que habia hecho aquella en su grande ánimo, no solamente se aplicó con más decision todavía á auxiliar al virey para restablecer el orden, si que tambien se dirigió á Toscana, de donde arrojó valerosamente á los franceses de algunos puntos que habian ocupado en aquel bello territorio.

Tal fué el término de la sangrienta revolucion de Nápoles, cuyo hermoso reino quedó por último agregado á la corona española, despues de haber estado en inminente riesgo de perderse para siempre.

FLANDES.

Empeñada la Francia en tiempo de Mazzarino, lo mismo que en el de Richelieu, en perjudicar sin tregua á España, y á pesar de ser regente de aquel reino una princesa de la casa de Austria y tan directa é íntimamente ligada á Felipe IV por los lazos de la

sangre, en Flandes trabajaba sin reposo ni tregua para amen-
guar el poder de España.

Ya hacia cerca de cuatro años que el de Condé habia sido
reemplazado por el duque de Orleans, el cual tomó á Graveli-
nes, despues de cuyo hecho se apoderó tambien de la importan-
te plaza del Saxo de Gante.

Hacian prodigios los pocos españoles que en las provincias
flamencas residian; empero faltaba unidad, y esta falta era hija
natural de la diversidad de tropas, extrañas las unas para las
otras, y de los respectivos caudillos, nacionales unos y extranje-
ros otros.

El duque de Lorena pasó desde Alemania á Flandes en auxi-
lio de España, y arrojó de aquella á los franceses; mas perdié-
ronse, sin embargo, á Cassel, Link, Waudreval, Mardik, Bour-
bourg y Menim, con Armentieres y otras plazas.

No se perdieron todas en definitiva, que algunas fueron recu-
peradas por el valeroso general Lamboy; pero en cambio el de
Lorena y el conde de Fuensalida perdieron otras plazas y fuer-
tes. Por manera que la guerra de Flandes, lo mismo en aquella
época que en las anteriores, costaba mucha sangre, muchísimo
dinero, y no daba el estado de la campaña más esperanza que la
de perder en definitiva aquellos dominios, despues de haber per-
dido mucho dinero y muchísima sangre.

Seria interminable, casi más que prolija, la relacion detallada
de todos los reveses sufridos por España en Flandes, y tan eno-
josa para el que hubiese de escribirla, como para el que inten-
tase leerla. Diremos solamente que Felipe IV, creyendo imposi-
ble la salvacion de Flandes, pidió auxilio á su deudo y muy
favorecido amigo el emperador de Austria. Sobre los muchos
servicios que la casa hispano-austriaca habia hecho á la del em-
perador, estaban recientemente anudados los lazos entre ambas
familias: Felipe IV de España acababa de casarse en segundas
nupcias con Mariana, archiduquesa de Austria, hija del empe-
rador Fernando III.

No se hizo este matrimonio por efecto de una espontánea de-
cision del rey, ni aun se dice que mostrase deseos de contraer
un nuevo matrimonio; mas despues de haber muerto el malo-
grado príncipe de Asturias, D. Baltasar Carlos, toda la nacion
unánimemente mostró el mismo deseo al ver al rey sin herede-
ro, y las Córtes acudieron al monarca para que cumpliese el jus-
to y natural afan del reino todo.

Puesto Felipe en el caso, eligió á la archiduquesa Mariana;
porque fué siempre cordialmente afecto á la casa de Austria; y
manifestada la voluntad del soberano, despues de haber pasado

á la córte del emperador D. Diego de Aragon, embajador de España en Viena, con la mision de pedir la mano de la archiduquesa, se trasladó tambien á la córte del emperador el conde de Lumiares, como enviado extraordinario, para presentar á la excelsa novia los ricos presentes que la ofrecia su futuro real esposo. El dia 18 de Julio de 1648 se publicaron en la córte oficialmente los desposorios.

Era muy difícil, por no decir imposible, que Fernando III negase su protección y auxilio á un soberano tan identificado con sus ideas y política, que habia sido en otros tiempos su decidido protector, que era su cercano deudo, y ultimamente su yerno.

Puso, empero, una condicion Fernando III: manifestó que para dispensar su protección á Felipe IV, era preciso que este nombrase virey de Flandes al archiduque Leopoldo, con las mismas facultades que en otro tiempo habia tenido el archiduque Alberto, é idénticas á las que últimamente tuvo el infante don Fernando.

No disgustó á los ministros del rey de España la exigencia; porque para acallar los celos de mando que entre sí tenían los generales de Flandes, era conveniente que un hombre superior á los de esfera particular tomase el mando civil y militar de las provincias flamencas.

Aceptada la proposicion, celebró un tratado de amistad y alianza España con Austria: al mismo tiempo firmaron otro igual Francia y Suecia, con el elector de Colonia y con Maximiliano de Baviera.

Llegó á Flandes y entró en Bruselas el archiduque Leopoldo, deseoso de acreditar su mando. Para lograr su deseo quitó á los franceses algunas plazas; tomó á Landreçy y Armentieres; á Díxmude (Díxmunda, dicen algunos), y otras plazas de menor importancia, con algunos fuertes y varios castillos.

Tambien á su vez los mariscales franceses se posesionaron de algunas plazas, entre ellas la Esclusa, que hicieron demoler inmediatamente. En el sitio de Lens fué mortalmente herido el mariscal Gassion, y el mariscal Rantzan se encargó de continuar el asedio.

Junto á Lens se dió una formal y muy sangrienta batalla. Mandaban las tropas de España el archiduque Leopoldo, el príncipe de Ligne y el general Beck; y las francesas el príncipe de Condé y los mariscales Grammont y Chatillon. El triunfo debió y aun llegó á ser de España; pero el archiduque Leopoldo, cuando vió arrollada la principal parte del ejército enemigo, tuvo más cuenta con su valor que con la prudencia, y procedió de tan ligero modo que el triunfo se convirtió en vencimiento. Sufrió

una derrota completa, que costó la vida á Ligne y Beck, y la pérdida de muchos cañones, bagajes, etc.

Esta batalla que debe tenerse por fatal y funesta, trajo, sin embargo, á España una indisputable ventaja. El rey ó, más bien la córte, comprendió á consecuencia de aquella, la inutilidad de gastar tiempo, dinero y preciosa sangre en una guerra cuyo último resultado no podia ser dudoso, y comenzó á pensar en la paz: no tardó en olvidarse de este buen propósito.

Hacia mucho tiempo que tambien de la paz general se ocupaban las principales potencias de Europa: habíase tratado de establecerla hacia ya siete años, y aun habíanse entablado negociaciones en Osnabruck, á donde acudieron los embajadores del emperador Fernando III, los de los príncipes del imperio y los del rey de Suecia, y en Munster los plenipotenciarios del mismo emperador habian tratado con los de España, Francia y otras potencias ménos importantes.

Dos años antes, en 1646, habia acudido á Munster, en calidad de plenipotenciario español, D. Diego de Saavedra y Fajardo, célebre escritor de la época; porque ya se trataba de paz y se deseaba por ambas partes beligerantes. Posteriormente fueron tambien al mismo punto, provistos de poderes especiales, D. Gaspar de Bracamonte, conde de Peñaranda, Antonio Brun, consejero de Flandes, y el arzobispo camaracense Fr. D. José de Bergaño.

No quisieron desaprovechar la oportuna ocasion los catalanes; y deseando no ser olvidados en el congreso de Munster, enviaron, con autorizacion bastante, á Francisco Fontanellas, regente de la audiencia de Barcelona, á fin de que enterase al plenipotenciario de Luis XIV de Francia, de los usajes, privilegios y costumbres de Cataluña.

Laboriosa y larga fué la tarea de los plenipotenciarios; porque presidia la asamblea el pernicioso egoismo, enemigo de todo buen acuerdo, que fué de todas las épocas y de todos los países. Querian todos la paz; mas al propio tiempo todos querian salir gananciosos en el tratado, dejando para los demás el perjuicio.

Las cuestiones estribaban en que la regente de Francia consentia en el matrimonio de Luis XIV con una hija de Felipe IV; pero á condicion de que se cediese al rey Luis la Navarra. Quería Francia, además, quedarse con los Países-Bajos, *haciendo la generosidad* de devolver á España el principado de Cataluña; y para lograr su deseo, enemistaba más cada dia á Holanda con España.

Otro ambicioso práctico en la intriga, el príncipe de Orange, se oponia clandestina y maquiavélicamente al acuerdo pacífico,

y esparcía la voz, cierta ó falsa, de que se trataban negociaciones secretas entre España y Francia.

Una de las noticias que más contribuyeron á acreditar la predicha voz, fué la resolucion de la reina regente de Francia, por la que dejaba árbitro de la paz á Felipe IV. Todos creyeron ver en tal decision una ostensible prueba de la inteligencia secreta que entre España y Francia mediaba; más los españoles la acogieron con recelo y sospecha, mirándola como un lazo que á la nacion se tendia.

Desesperábanse todos cuantos en la paz estaban interesados; porque si por España se transigia, dificultaba Roma el acuerdo; cuando esta cedía, aparecía una nueva dificultad por Suecia: si se avenía esta, el obstáculo surgía de Alemania, y Francia siempre se mostraba indecisa, vacilante y lenta en sus decisiones.

Por fin España y Holanda se entendieron no con mucha gloria ni ventaja de la primera de ambas naciones, y sin que Francia supiese los términos de la negociacion. El cardenal Mazzarino se asombró de que se hubiese escapado á su perspicacia lo que entre España y Holanda ocurría. Establecióse por fin (24 de Octubre de 1648) el reconocimiento de Holanda por España *como nacion libre é independiente*, quedando una y otra con lo que poseia á la fecha del tratado, y declarando libre para ambas naciones la navegacion, negociacion y comercio de las Indias Orientales y Occidentales. Para lograr este último y definitivo resultado se gastaron *ochenta años* de guerra sin tregua. ¿Quién podrá calcular la sangre y el dinero que se invirtieron? ¿Qué efecto podrá hacer en los buenos españoles la paz de Munster, cuando solo sirvió para hacer estériles todos los inmensos é indescriptibles sacrificios hechos por España durante casi un siglo? En tiempo de Felipe II, á quien, si otra cosa no quieren concederle algunos, no podrán negarle que era muy español, é hizo respetar á España, la guerra casi sometió á los rebeldes flamencos en muy pocos años; los costosísimos sacrificios de los heroicos españoles no fueron infructuosos; los incalculables tesoros que de las Indias pasaban á Flandes, no se gastaban sin fruto. Pero en tiempo del nieto de Felipe II las flotas de América se consumian del mismo modo que ochenta ó noventa años antes, y de la misma manera se mandaba á perecer á aquel ingrato clima la más florida juventud; y ¿para qué? Para confesar á la Europa y al mundo que la nacion más poderosa de la tierra, habia legado al doloroso caso de dejarse vencer por un rincon de tierra y por algunos navíos. Cierito que siempre estuvieron aquellos rebeldes auxiliados por alguna nacion extranjera y poderosa;

empero no lo es ménos que en tiempo del segundo Felipe, Francia é Inglaterra alternativamente auxiliaron á los rebeldes flamencos, é Inglaterra y Francia fueron vencidas, y recibieron durísimas lecciones.

La paz de Munster, más conocida por la paz de Westfalia por haberse establecido en un punto del círculo así llamado, fué un tratado incompleto, como hijo del egoismo y de la conveniencia particular de cada uno, venciendo en la cuestion el que más diplomáticamente supo proceder. Francia y el imperio alemán establecieron la paz por el tratado de la Westfalia, y por el mismo, despues de quedar terminada la guerra llamada de los *Treinta años*, quedó fijada definitivamente y de una manera estable la *constitucion política y religiosa de Alemania*. Se hicieron algunos cambios de territorio, como la agregacion de la Pomerania á la Suecia, y la adquisicion de la Alsacia por la ambiciosa Francia. Otras ventajas produjo la precitada paz de Westfalia; mas no puso término á la costosa y perjudicial guerra de España con Francia.

En esta mandaba una reina española de nacimiento, que procedia de la casa de Austria, á la que durante casi medio siglo tan sin tregua perseguia la casa de Francia; y á pesar de todo, esta última potencia ni habia cesado ni mostraba intenciones de cesar en su persecucion. Mazzarino queria completar la obra de su antecesor Richelieu, y la regente, madre de Luis XIV, se mostraba muy propicia y dispuesta á secundar las miras del ministro de su hijo.

Tampoco la paz de Westfalia cortó la sangrienta cuestion entre España y Portugal: por consiguiente, el tratado fué incompleto, y la paz en él basada no pudo ni debió llamarse general.

El rubor con que los ministros españoles debieron suscribir aquel tratado en la parte concerniente á Holanda, quisieron disimularle, alegando la pena y sentimiento que les causaba, despues de tantos y tantos años, la mucha sangre derramada y las innumerables calamidades que la guerra ocasionaba. Por esto, sin duda alguna, el texto del tratado, en la parte concerniente á España, comenzaba:

«D. Felipe por la gracia de Dios, rey de Castilla etc. Sea notorio á todos, que despues de largo tiempo de guerras sangrientas, que por tantos años han afligido los pueblos, súbditos, reinos y tierras de los señores rey de España y de los Estados de las Provincias Unidas de los Países-Bajos; é los Señores Rey y Estados, movidos de compasion cristiana, y deseando poner fin á las calamidades públicas y atajar los futuros subce-

»sos y inconvenientes, daños y peligros de la continuacion de
»las dichas guerras de los Países-Bajos, que podrian causar, y
»aun por una estension en otros Estados, paises y mares más
»remotos, etc., etc.»

El papel representado por el emperador Fernando III al aceptar la paz de Westfalia, ni fué digno de un soberano, ni propio de un caballero agradecido. El predicho tratado ponía término á la desastrosa guerra de los Treinta años, en la cual Fernando tantos y tan grandes auxilios habia debido al rey de España. Ingrato, hasta un punto feo y repugnante el emperador, al aceptar la paz se mostró sumamente ingrato con su deudo Felipe IV. Aquel no se cuidó para nada de este; procuró cuidar de sí y de su imperio, y dió al olvido los lazos de la sangre y las obligaciones y deudas de gratitud.

El rey de España necesitaba firmar la paz con Francia, para dedicar sus fuerzas á sujetar á Cataluña y recuperar á Portugal; mas el emperador se desentendió de todo y solo cuidó de su propio provecho. Por manera que abandonada España á sí misma, y luchando con una nacion muy engrandecida en virtud y por efecto de la habilidad, más ó ménos recta y decente, de sus ministros, cuando por la imbecilidad de los suyos se veia España reducida á la postracion y abatimiento, el innoble Mazzarino pensó en humillar á la altiva Castilla, como baja y cobardemente pudiera querer humillar un poderoso, á un hombre desprovisto de todo recurso. El innoble Mazzarino, lo diremos una vez más, no se ruborizó ni tuvo empacho de proponer á España como prenda de paz, la completa y absoluta cesion del Franco-Condado, de los Países-Bajos y del Rosellon. Se hizo del poderoso que favorece á un mendigo con hablarle; mas por aquella vez, los ministros españoles se mostraron tan dignos como indecoroso estuvo el ministro francés, que no se avergonzó de insultar á la noble matrona, desgraciada á la sazón, empero siempre altiva, siempre indomable, valerosa siempre.

La indignacion justísima coloreó el rostro de los ministros de Felipe IV, que al cabo eran españoles, y devolvieron al intrigante Mazzarino, rechazándole con verdadera fiera, el vergonzoso tratado. Observe el lector, ó recuerde más bien, la infame conducta observada por Francia con España. Aquella fué siempre contra esta y correspondió con arteria é ingratitud, á la gratitud y franqueza españolas. Ella, de una manera tan incalificable como injustificable, molestó é hizo guerra á España, faltando á uno de los primeros deberes que tiene una nacion, ó un soberano, si quiere no sentar precedentes que algun día le perjudiquen, y ser noble y honrado además. Francia fué la más

asídua amiga y constante defensora de todos los rebeldes á España: lo mismo empleó sus ejércitos y tesoros en favor de los napolitanos que de los flamencos; lo mismo de los catalanes, que de los portugueses.

GUERRAS DE LA FRONDE.

Como generalmente todo el que teje una red, con mayor ó menor habilidad, para envolver en ella al noble pero incauto, suele quedar en su mismo tejido enredado, Mazzarino comenzó á experimentar el fruto de sus feas y continuas intrigas, con grande satisfaccion de los ultrajados españoles. El ministro francés podria tener más talento que los ministros españoles; empero no tuvo bastante cálculo ni dominio sobre sí mismo para no dejarse llevar de un ciego deseo de venganza, cuyo origen no se conoce, ni supo posponerlo todo y arriesgó su popularidad por efecto de un tenaz, ó más bien, pueril empeño de dañar á la casa de Austria.

Las incensantes guerras que tan sin tregua y con tanto empeño y teson sostenia, eran costosísimas, hasta llegar á creerse ruinosas para la Francia. Mazzarino podía quizá gobernar á aquella nacion mejor que el de Olivares y el de Haro á España; pero no abrumaba ménos que estos á los pueblos de que debia cuidar, con onerosos y frecuentes impuestos.

Cuando el pueblo se ve oprimido y desangrado hasta el punto de verse amenazado de la horrible miseria, choca de terrible manera con aquel á quien culpa y hace responsable de su miseria, aunque le haya mirado como al más querido de sus compatriotas. Juzgue el lector cómo mirarian los franceses á Mazzarino, dictando cada dia nuevas contribuciones, siendo extranjero; porque este célebre cardenal fué italiano. Por otra parte, la regente, tambien era extranjera, era española, ya lo hemos dicho; de suerte que los franceses miraban con tanto enojo y encono al italiano que proponia las opresoras medidas, como á la española que las sancionaba. Además, rara es la minoría de un rey que no es muy fatal para su reino: ella suele ser siempre un abundante manantial de ambiciones y un fecundísimo origen de intrigas y revueltas, que sirven de escabel á los que quieren á toda costa y por bueno ó mal camino, elevarse.

Todas las indicadas circunstancias encendieron las célebres disensiones civiles que llevan el nombre histórico de *Guerras de la Fronde*. Sobre la verdadera etimología de la palabra que

dió denominacion á dichas guerras, hemos visto diversos pareceres, en documentos inéditos é impresos, más ó ménos autorizados y admisibles. Deseando, empero, como siempre, que el lector satisfaga sus dudas y su justa curiosidad teniendo conocimiento de lo más cierto y seguro, insertamos á continuacion lo que por tal tenemos, segun el erudito Lafuente:

«El origen de esta palabra, que dió nombre á aquellas célebres guerras, fué el siguiente: El Parlamento estaba dividido en tres partidos: los *mazarinistas*, ó sea el partido de la corte: los *mitigados*, partido medio, que se reservaba obrar en cada ocasion segun su interés ó su deber: los *honderos*, así llamados por una festiva comparacion que hizo un dia el conde de Bachaumont de lo que pasaba en aquella asamblea con las peleas que los mancebos de las tiendas y otros jóvenes de Paris solian sostener en los arrabales de Paris, batiéndose á pedradas con la honda. Pues decia que así como los muchachos solo suspendian sus peleas cuando acudian á impedir las los archeros y volvian á ellas tan pronto como aquellos se alejaban; así en las sesiones del Parlamento los hombres arrebataados solo se contenian cuando el duque de Orleans se presentaba á reprimir su fogosidad, y en el momento que se ausentaba volvian acaloradamente á la pelea, como los muchachos de *la honda*. La comparacion hizo fortuna, fué aplaudida y celebrada en canciones. Se empezó á llamar *honderos* á los que hablaban con vigor en el Parlamento; se aplicó despues á los enemigos del cardenal, y agriándose con esta nomenclatura los ánimos, el coadjutor (grande enemigo de la corte) y los de su partido resolvieron poner á los sombreros para distinguirse, unos cordones por el estilo de los de las hondas. En pocos dias todo se puso á la moda de *la Fronde*, telas, cintas, encajes, espadas, abanicos y casi todas las mercancías, hasta el pan.»

Corria el mes de Mayo cuando el Parlamento y tribunales franceses se unieron para pedir la reforma del Estado. Recibió con visible ira y notable enojo Mazzarino semejante peticion; pero los firmantes de aquella se sostuvieron con dignidad y teson sin curarse de las embozadas amenazas ni de las claras indicaciones del ministro.

Siguiendo al mismo moderno autor, poco antes citado y para aclarar de una manera exacta y precisa todo lo concerniente al comienzo de las largas y sangrientas guerras de la *Fronde*, diremos que «las disidencias entre la corte y el Parlamento eran graves, y habian producido una lucha seria y formal. El rey y la reina se vieron obligados á salir de Paris, donde hubo un

»levantamiento general, con sus barricadas. El Parlamento dió
 »un edicto contra Mazzarino, excluyéndole del ministerio, y en
 »las conferencias que se celebraron para tratar de la paz hemos
 »visto que no se contó con él; por último, el mismo Parlamento
 »llegó á declararle enemigo de la patria. En estos disturbios los
 »partidarios de la córte y los del Parlamento tenían ejércitos que
 »se batian encarnizadamente. Paris sufrió un sitio: la córte se fué
 »á San German, y el rey ordenó al Parlamento que se trasladara
 »á Montargis. Fomentaban estas discordias, é intrigaban cuanto
 »podian el archiduque Leopoldo, gobernador de Flandes, y los
 »embajadores de España.—Larrey, *Historia de Luis XIV.*—
 »Limiers, *Historia del reinado de Luis XIV*, libro II.—*Histo-*
 »*ria del ministerio del cardenal de Mazzarino.*—Carta del
 »embajador de Francia dando cuenta de los trastornos ocur-
 »rido en Paris, á 28 de Agosto de 1648.»—(Archivo de Salar-
 zar, MM. SS., Doc. número 11.)

Cuando terminó el año, quedaba en atenta observacion la córte española, complacida al ver la providencial manera con que el intrigante Mazzarino habia sido detenido en su carrera de inconcebible venganza, y meditando la manera de aprovecharse de las circunstancias con que la fortuna la brindaba, por medio de la amenazadora guerra civil que en la nacion, casi siempre enemiga de España, inesperadamente habia surgido.

CATALUÑA.

Era en 1648 *virey* del principado, por parte de Francia, el mariscal de Schomberg, sucesor del arzobispo de Aix, cardenal de Santa Cecilia, que siguió en el mando, aunque por brevísimo tiempo, al príncipe de Condé.

Schomberg se dirigió contra Tortosa, á la sazón sitiada por el general Marsin: dióse el asalto; no pudo prestar socorro á la plaza el marqués de Torrelaguna (el conocido D. Francisco de Melo), y posesionados de Tortosa los franceses, cometieron, según costumbre, infinitos horrores y destrozos.

Este triste suceso casi coincidió con el comienzo de la guerra de la Fronda; y D. Luis de Haro mandó á Cataluña las mismas apremiantes órdenes que á Flandes, para no desaprovechar la oportuna ocasion.

Con este motivo fué nombrado general en jefe, en reemplazo de Aytona el ya conocido veterano y valeroso maestre general D. Juan de Garay, el cual al momento se puso al frente del

ejército; el año terminó cuando dicho inteligente y atrevido caudillo se preparaba para tomar la ofensiva.

AÑO 1649.

CATALUÑA.

Inauguró Garay su mando con una atrevida y expuesta incursión que hizo hasta casi dar vista á Barcelona, por todo lo interior del principado. Dada aquella ostensible muestra de su valor y de su inteligencia, regresó á Lérida; puesto que su propósito no habia sido otro que el de alentar á los tímidos é intimidar á los enemigos, presentándoles aquella palpable muestra del nunca extinguido poderío español. La marcha de Garay, así como su regreso á Lérida, no se verificó sin que midiese sus armas y escarmentase á algunos cuerpos franceses.

El duque de Vendôme reemplazó á Schomberg y recobró á Falcet, despues de haberle dado una buena leccion el general Garay; y á pesar de que el pseudo-virey procuraba cumplir con los deberes de su cargo, continuaban los desórdenes parciales y los diarios choques entre catalanes y franceses, á consecuencia de los desmanes de estos. A pesar de que aquellos habian siempre quedado impunes, ¿cuáles serian los excesos cometidos por el gobernador de Castell de Arens, cuando su compatriota el virey no se opuso á que se le juzgara, sentenciara y degollara públicamente? En la plaza principal de Barcelona sufrió dicho gobernador la expiacion de sus crímenes, el día 28 de Noviembre de 1648.

D. José de Viure y Margarit, cuyo nombre no habrá todavía olvidado el lector, y que fué tan tenaz y sangriento revolucionario, arrestó por su misma mano al general Marsin, con otros empleados y oficiales franceses; empero este suceso tuvo lugar en el año siguiente, y solo podemos referir en el 48 de los sucesos más notables, lo que apuntado dejamos.

Cuando la situacion del gobierno francés era más crítica por efecto de las exigencias de los *honderos*, fué cuando España, sacando fuerzas de flaqueza reavivó, hasta donde le fué posible, la guerra. En 1648 y aun en el 1649, no ocurrieron grandes hechos de armas en Cataluña; pero esto consistió en que no siendo posible acudir simultáneamente á todas partes, se prefirió

cargar las fuerzas y recursos en los Países-Bajos; y aun Portugal fué preferido tambien á Cataluña. Quiza el de Haro lo determinó así, porque en el principado peleaba por España el inexplicable y fundado descontento de los catalanes con los franceses; más sea de esto lo que quiera, pasaremos ahora á ocuparnos de las guerras de Portugal.

PORTUGAL.

Llegado el año 1648, el gobierno de España se dedicó casi exclusivamente á reunir los necesarios elementos para dar impulso á la guerra contra Portugal.

De nuevo fué nombrado general en jefe el marqués de Leganés; mas como quiera que la gloria que este renombrado general habia adquirido en las guerras contra el extranjero se habia en España casi eclipsado, la nacion no aprobó el nombramiento, y quedó de este muy poco satisfecha.

Correspondió, por desgracia, el general descontento al comienzo de la campaña. Dióla principio el de Leganés con el sitio de Olivenza, acometiendo con gran impulso y arrojo á la plaza; pero fué rechazado por el gobernador D. Juan de Meneses. El marqués se retiró á Badajoz, aviniendo bien al general español las cuestiones que entre los caudillos portugueses á la sazón se suscitaron. El de Leganés, sin embargo, ó no supo, ó no quiso aprovecharse de aquellos disturbios, que hubieran, indudablemente, redundado en beneficio de la causa española si su caudillo no hubiera permanecido en la inacción, y por consecuencia trascurrió todo el año 48 sin que se notase ventaja alguna en aquella guerra, tan interesante para la nacion, como que en ella tenia comprometidos su gloria y su nombre.

AÑO 1649.

FLANDES.

En este año ningun acontecimiento notable ocurrió en los Países-Bajos, fuera de la rendicion de Saint-Venant é Iprés. Un nuevo triunfo adquirió el archiduque Leopoldo en Cambray.

Sitiada esta plaza por el mariscal D'Harcourt, los españoles rompieron las líneas y le hicieron retirar. Después de esto tomó á Condé y á Mauvengé; mas no podía la Francia dedicarse exclusivamente á la guerra de los Países-Bajos, porque tenía demasiado en que entender á aquella fecha, así por las demás guerras que la daban bastante cuidado, como por los sucesos interiores del reino.

PORTUGAL.

Ganaban terreno los portugueses contra la república de Holanda adquiriendo en buena guerra, ya que los tratados diplomáticos de nada habían servido, las posesiones que en la India habían pertenecido á los lusitanos. En las Indias adquirió no poca gloria D. Felipe de Mascareñas, virey de Portugal, y en corto tiempo recuperó, además, dicho reino todas sus antiguos dominios situados en la costa austral, arrojando del Brasil á los holandeses.

En 1649 fué nombrado capitán general de Extremadura don Francisco de Tuttavilla, duque de San German. Este caudillo penetró en Portugal, y demolió todos los fuertes y castillos que habían los portugueses levantado en las inmediaciones de Olivenza. Los choques eran continuos entre españoles y portugueses, de uno de los cuales fué víctima el general Chaves, portugués, á quien destrozaron, así como á la tropa que mandaba, los españoles.

AÑO 1650.

FRANCIA.

Continuaban en Francia las reyertas civiles, y el duque de Larrochefoucault dió más vigor á los disidentes, declarándose partidario de los príncipes y contrario al rey Luis. Al mismo tiempo, descontento también el valeroso vizconde de Turena, ofreció sus servicios y espada al archiduque Leopoldo, gobernador de Flandes, para pelear en favor de España.

Robustecidas las fuerzas materiales del archiduque con el apoyo de Turena y con las tropas de refuerzo que le había en-

viado Carlos, duque de Lorena, amigo igualmente de los príncipes y contrario del rey de Francia, trató de dar un golpe de mano sobre Paris. Habiase animado Leopoldo á secundar esta idea, á consecuencia de una reñida accion que sostuvieron los disidentes con las tropas de Luis XIV cerca de Burdeos. Sin embargo, no llegó á colmo el proyecto, porque poco despues se supo que los jefes del movimiento de insurreccion habian entablado pláticas de paz con Mazzarino.

Comprendida por el gobierno francés la intencion que el archiduque Leopoldo tenia de favorecer á los disidentes franceses, marchó contra Turena el mariscal Du Plessis. Chocaron ambos ejércitos cerca de Rethel, y sostuvieron una accion reñidísima, sin que pudiese en definitiva adjudicarse el triunfo á uno ú otro ejército: sin embargo, amigos y enemigos se adjudicaron, *mutu proprio*, la victoria.

Por este tiempo fué declarado Luis XIV mayor de edad, quizá prematuramente y para evitar ambiciones y conflictos. Los franceses ya no se entendian; y era tal la division que en Francia reinaba, que hasta los de la Fronda estaban divididos, pues unos pertenecian á la *grande* y otros á la *pequeña* Fronda. Este partido contaba en su seno á príncipes de la sangre, esto es, á los principales personajes de Francia, tales como los duques de Orleans, de Nemours y de Bouillon; el príncipe de Condé y su hermano el de Conti, con otros muchos próceres y personas principales.

CATALUÑA.

En este año fué nombrado virey de Cataluña, en reemplazo de D. Juan de Garay, el marqués de Mortara. Comenzó este la campaña por apoderarse de Flix y de Miravet.

Puso despues el nuevo virey sitio á Tortosa, y adquirió mucha gloria rescatando la plaza de poder de los franco-catalanes; y no cupo poca parte de aquella al duque de Alburquerque, que auxilió poderosamente al marqués de Mortara desde el mar, mandando la escuadra española con bizarria y mucha inteligencia.

La rendicion de Tortosa ocurrió en 27 de Noviembre.

Los triunfos de España, unidos á los justos motivos de descontento que contra los franceses tenian los catalanes, hicieron que el partido español ganase en pocos dias mucho terreno. Por esto fué escarnecido y silbado en Barcelona el duque de Vendó-

me, *nuevo virey*, y tuyo por conveniente regresar á su patria. Tambien uno y otro dia aparecian pasquines en los sitios más públicos de la capital del principado, y sin rebozo se gritaba, con cualquier motivo, ¡*Viva España!* ¡*Viva Felipe IV!*

AÑO 1651.

FRANCIA.

Continuaban en Francia los disturbios, sin poderse entender amigos ni enemigos; porque de los magnates disidentes no podia hacerse caso alguno, puesto que pasaban de su partido al del rey, y de este á aquel, con la más prodigiosa facilidad.

Por aquel tiempo habia tenido que huir Mazzarino de la córte: los de la Fronda habian señalado un alto precio por su cabeza, y el ministro, puesto en alarma, se habia visto precisado á cuidar de su seguridad.

No tardó, empero, en regresar; y poco despues apareció Turrena, arrepentido de su defeccion, y se reconcilió con Luis XIV y con el ministro.

Indignados con semejante proceder Nemours, Condé y Orleans, reunieron sus tropas y acometieron al ejército del rey Luis. Despues de este nuevo choque, entraron en Paris sin rebozo Larrochefoucault, Beaufort, Nemours, Orleans y Condé y se presentaron en el Parlamento. Sin embargo, puesto Condé de nuevo al frente de sus tropas tomó á Saint-Denis; y temerosa la córte entró con el príncipe en tratos de paz.

CATALUÑA.

De todos los vireyes españoles que se sucedieron en el principado durante su rebelion, ninguno habia abrazado con más ardor y decision la causa nacional, que el marqués de Mortara. Esta verdad se demuestra al leer lo ocurrido en Cataluña despues del reemplazo de D. Juan de Garay, y al saber que en 1651 determinó Mortara emprender el sitio de Barcelona. Aprobó el rey la resolucion de dicho caudillo, y dió órden á don Juan de Austria para que de Sicilia pasase con su armada á las aguas de Cataluña.

Ya era entrado el mes de Junio cuando salió Mortara de Lérida, con once mil soldados y muchos voluntarios catalanes, que deseaban sacudir el pesado y ominoso yugo francés. El ejército era harto escaso; pero Barcelona odiaba á los franceses, si bien estos tenían, como era muy natural, formal empeño en no perder la capital del principado. El general de las tropas insurrectas, dentro de la plaza, era el conocido y cruel D. José de Viure y Margarit.

Dió vista á la plaza el de Mortara, y fijó su campamento desde el mar hasta San Andrés. Despues, deseando impedir la entrada de socorros en la plaza, colocó un cuerpo de ejército en Sans, hasta llegar á la torre de Novell, dejó otro en San Andrés y situó la caballería en el llano, con orden de recorrer por la falda de la montaña.

El resto del año trascurrió sin que se hiciese otra cosa que preparativos, consultas del virrey al de Austria y de este á su padre el rey, ocurriendo además alguna salida hecha por Margarit, y algun conato de asalto por parte de Mortara.

AÑO 1652.

FRANCIA.

En 1652 atacó Turena, ya realista, auxiliado por la Ferté, al príncipe de Condé. Sostuvieron ambos una fuerte y sangrienta batalla delante de Luis XIV, en el arrabal de San Antonio.

A consecuencia de esta terrible lucha penetró Condé con sus tropas en Paris, y fué recibido con grande alegría. En la Bastilla mandaba una heroína, que hizo tronar los cañones de tan terrible fortaleza contra el ejército de Luis XIV. Esta valerosa mujer era *Mademoiselle*, así llamada como lo son en Francia todas las hijas mayores de los hermanos y tios del rey.

Era Paris un verdadero infierno, en el que todos hablaban y ninguno se entendia. Determinóse reunir una asamblea general en el hôtel de Ville (Ayuntamiento); y cuando los convocados se hallaban reunidos, los insurrectos prendieron fuego al hôtel. Esta verdadera atrocidad no tuvo las malas consecuencias que de ella debieran esperarse; y la asamblea nombró lugarteniente general del reino al duque de Orleans, y generalísimo de los ejércitos al príncipe de Condé.

Pero estas determinaciones no fueron durante mucho tiempo

apoyadas. El pueblo francés, de suyo versátil y poco firme en sus decisiones, estaba con sobrada razón ya fatigado de guerras, de intranquilidad y de padecimientos de diversos géneros.

A la asamblea del hôtel de Ville sucedió otra en el Palais Royal, apoyada por el pueblo que á voces pedía el regreso del rey. Este concedió una amnistía general, y Condé y Orleans, viéndose casi abandonados, apelaron á la fuga. Desde entonces el partido de la Fronda, quedó desvirtuado y casi extinguido.

SUMISION DE CATALUÑA.

Continuaban los españoles estrechando el sitio de Barcelona, y los franceses haciendo inauditos esfuerzos para sostenerse en ella. Mazzarino, noticioso de cuanto ocurría en el principado, mandó á la capital al conde de La Motte Houdencourt, desde el Rosellon, en donde á la sazón se hallaba, con cuatro mil infantes y más de dos mil caballos.

Tardó Houdencourt en poder penetrar en Barcelona; pero al fin logró su propósito, aprovechando la oscuridad de una noche.

Unidos Margarit y Houdencourt, hicieron diversas salidas contra las líneas españolas, logrando triunfar, aunque efímeramente, varias veces; pero al momento cargaban los de Mortara con nuevos bríos, y los franceses perdían lo ganado y se veían en la necesidad de encerrarse dentro de la plaza.

Ya había comenzado á pelear por Mortara y en favor del rey, dentro de Barcelona, el hambre destructora. Si por agua trataban los rebeldes de entrar socorro, D. Juan de Austria lo impedía; y si por tierra, lo verificaban igualmente las tropas de Mortara, sin que bastase á defender un convoy el auxilio de un numeroso cuerpo de feroces almogávares, que se batieron como tenían por costumbre.

Al mismo tiempo que el hambre oprimía á los sitiados, el de Mortara batía la ciudad sin tregua ni descanso; volábase minas; dábanse asaltos; se sostenían muchos ataques simultáneos, como sucedió en los castillos de Monjuich, San Juan de los Reyes, San Bernardo, San Ferriol y Santa Madrona.

El gobierno que sabía los progresos del de Mortara y el extremo apuro en que los sitiados se hallaban, allegaba recursos de guerra, así marítimos como terrestres, deseando apresurar la rendición de la capital, que era casi lograr la sumisión de todo el principado.

Los imbéciles sitiados resistían y sufrían todas las calamidades inherentes á un largo sitio, esperanzados en las promesas de unos y en las peticiones que habían hecho á otros: por esto sufrían; porque esperaban en Holanda y en Francia: hé aquí porque los hemos llamado imbéciles.

No era posible elegir peor camino que el adoptado por los franceses, queriendo como querían conservar su dominación en Cataluña. En Vich, en donde se hallaban libres y dueños del terreno, hacían más desmanes y cometían más excesos de cuantos habían cometido tiempo antes en todo el principado.

Súpose por entonces que se había entregado Balaguer; y los de Vich, unidos á los de Manresa, decidieron someterse á Felipe IV, prestando pleito homenaje á D. Juan de Austria, hijo natural del rey, en representación de este. Era este reconocimiento de suma importancia; porque en Manresa residía la diputación: y cuando en un país sublevado comienzan las sumisiones, es signo seguro de la sumisión general del territorio sublevado.

Sosteníanse, empero, los barceloneses, esperanzados en Francia, á donde, lo mismo que á Portugal, mandaban sin cesar emisarios, en demanda de auxilio. Sin embargo, la causa de la revolución de día en día perdía terreno; porque se excitaban de continuo los celos de mando entre el mariscal francés y el general catalán, Margarit; el hambre entibiaba los más vivos deseos de la que llamaban libertad, y algunos cuerpos de tropas, como los miqueletes, se insurreccionaban contra la insurrección, aunque no por causa política.

Llegó á escasear tanto el numerario, que fué forzoso duplicar el valor de la moneda y pedir las alhajas y plata de los templos. Sobre esto se suscitó una grave cuestión; pero se decidió la entrega, después de obligarse la ciudad á restituir lo que se tomase, *en la misma forma, cantidad y calidad que se entregase, y sin gasto alguno de la Iglesia.*

Hé aquí una reseña de los objetos entregados:

«Catorce lámparas mayores del templo de Santa Eulalia; »
 «otras veintiocho menores de alrededor de la capilla; cinco de la »
 «capilla de San Oleagro; tres de la del Santísimo Sacramento, »
 «y una que ardía á las reliquias; seis candelabros grandes y »
 «cuatro menores: se despojó la catedral y otras iglesias, pero »
 «algunas, como la de Santa María del Mar, lo resistieron. Se »
 «juntó el valor de 38,090 escudos de plata.—Bremundan, *He-* »
 «chos de D. Juan de Austria en Cataluña, lib. VII.—Además »
 «muchos vecinos ofrecieron sus vajillas, y las autoridades em- »
 «peñaron sus bienes.»

Quince meses llevaban los barceloneses de sostener un sitio tan sangriento como penoso, cuando el hambre asoladora y la carencia de los más necesarios recursos les hicieron rendirse. Las condiciones de la entrega fueron honrosas para la ciudad, y fué aquella basada en la conservacion de los amados fueros y usos del país. El rey hizo que su hijo publicase en su nombre una amnistía general, exceptuando únicamente á Viure Margarit, el cual halló medios de fugarse (Octubre).

El duelo y los trabajos se convirtieron en regocijo y júbilo; porque Felipe IV gozoso con la terminacion de una guerra tan coslosa de sangre y de dinero, concedió al principado catalan sus antiguos privilegios, concesion que no pudieron haber soñado los catalanes, y mucho ménos aún despues de tan obstinada lucha y tenaz rebelion.

A la sumision de Barcelona siguieron las de otras ciudades y villas importantes, sin que hubiese necesidad de combatir más que en muy pocos puntos y de escasa importancia. Quedó, pues, sometido todo el principado, con no escasa gloria del marqués de Mortara; y aunque no tratamos de rebajar el mérito de este ilustre prócer y notable general, debemos, empero, decir que si le hubiera tocado en suerte el mando del ejército cuando le tuvo el marqués de los Velez, quizá no hubiera logrado lo que despues logró. Eran para los catalanes muy diversas las circunstancias; menor el entusiasmo; mayor el cansancio, y grandes y aflictivas la escasez y carencia de recursos.

Sometida Cataluña, los catalanes gozosos con haber recuperado sus antiguos fueros, ofrecieron al rey formar infantería para someter el Rosellon y quitarle á los franceses, siempre que se les diese caballería; mas nada se resolvió acerca de tan interesante proposicion.

AÑOS 1653 Y 1654.

FRANCIA Y FLANDES.

Sosegada la guerra de la Fronda, Mazarino recobró todo su ascendiente. Habia logrado arrestar al cardenal de Retz, que era su principal y más temible rival; pero á pesar de esta ventaja tenia contra sí el odio del pueblo que cordialmente le aborrecia.

Continuaban los mariscales de la Ferté y Turena pacificando

algunos puntos todavía agitados por el partido de la Fronda, en tanto que el archiduque Leopoldo se sostenia bizarramente en los Países-Bajos. Obluvo aquel por entonces bastantes triunfos, entre los cuales se contaron la rendicion de Dunkerque, la de Gravelines, de Monzon y de Rocroy.

A consecuencia de este último triunfo, estalló la discordia entre el conde de Fuensaldaña y el príncipe de Condé, el cual auxiliaba al archiduque con tal de perjudicar á Francia. Aquel trabajó con su influencia y autoridad muy acertadamente para hacer que se reconciasen; pero apenas habia logrado su deseo, cuando él mismo se indispuso con el de Condé, que era algo intransigente y díscolo.

Por aquel tiempo sorprendió á todos una rara novedad. El archiduque Leopoldo mandó impensadamente prender al duque Carlos de Lorena: la prision se ejecutó en Bruselas, desde donde fué llevado el preso primero al castillo de Amberes y despues trasladado al real alcázar de Toledo. Hé aquí el manifiesto que con dicho motivo mandó publicar el archiduque:

«Leopoldo Guillermo, por la gracia de Dios, archiduque de Austria duque de Borgoña, lugarteniente, gobernador y capitán general de los Países-Bajos y de Borgoña, etc.

»Ninguna persona puede ignorar los términos de las obligaciones y oficios en que nuestro primo el señor duque de Lorena, Carlos, debia contenerse para con el rey mi Señor, y todos sus aliados, amigos y buenos vasallos, desde que en estos países y provincias de su obediencia se puso en salvo de las violencias, opresiones y usurpaciones que la Francia ejercitaba contra su persona y estado: donde fué recibido por S. M. y sus lugartenientes generales, no solamente con toda amistad y confianza, y debajo de una especial proteccion, hasta incluir todos sus intereses como propios en los Congresos de los tratados de paces, sino que tambien ha sido gratificado con sueldo y con la subsistencia de sus tropas, y héchole participante de los consejos y resoluciones de guerra contra el enemigo comun.

»Por otra parte no es menos notorio á todo el mundo cuánto el mismo señor duque se ha desviado de estos términos de obligaciones y oficios debidos por un príncipe de su sangre, acogido, tratado y beneficiado de la suerte que se ha dicho con vínculos tan estrechos á los intereses y servicios de S. M. y al bien de sus Estados. Porque además de las lágrimas y gemidos y clamores generales de los pueblos, que han dado público testimonio de los robos, salteamientos, violacion de templos, fuerzas de mujeres casadas y doncellas, y otro

»excesos abominables y detestables que se cometian debajo del
»gobierno de sus armas, recogiendo él las ruinas y despojos de
»las destrucciones y asolamientos: S. M. y sus lugartenientes
»generales han sido bien informados de tiempo en tiempo de las
»inteligencias secretas del dicho señor duque, de sus designios
»diversos y apartados del buen servicio comun á que debía mi-
»rar y encaminarse la union de las armas, de sus inconstancias
»y variaciones simuladas en las resoluciones de guerra, y de las
»mudanzas ó dilaciones aceptadas que interponia en las cosas
»ya determinadas al punto mismo de la ejecucion de las accio-
»nes más importantes, de que se habria seguido la ruina y des-
»trucccion de diversas y grandes empresas, que segun toda apa-
»riencia y providencia humana debian tener favorables sucesos,
»y lo que es más, estas cosas por su largo curso y continuacion,
»han venido á tal notariidad y evidencia, que no solamente los
»lugartenientes generales, los gobernadores de las armas, los
»maestres de campo, y todos los otros oficiales tocaban con la
»mano sus artificios, y eran testigos oculares de ellos, sino tam-
»bien el menor soldado ordinario, y todo el pueblo se mostraba
»maravillado de ver que aquello pasaba sin poner algun reme-
»dio. Verdad es que el rey mi señor por su acostumbrada bon-
»dad, y detenido de la singular aficion que tiene y siempre ten-
»drá á la casa de Lorena, lo ha pasado en disimulacion, y dán-
»dose por desentendido todo el tiempo que le ha sido posible
»con la esperanza que el dicho señor duque, tocado de la hu-
»manidad y benignidad de que su rey usaba con él, y viniendo
»á conocer su verdadero interés se reduciria últimamente á su
»obligacion. Más al contrario, habiendo llegado en su condena-
»do proceder á término tal, que no solamente todos los súbditos
»y vasallos de S. M. le tenian en horror y detestacion, sino que
»tambien todos los príncipes y Estados vecinos habian concebido
»contra él tal aversion, que los efectos de la venganza que tra-
»taban de tomar, era muy aparente que se esplayarian sobre
»estos Paises-Bajos, para colmo de sus infelicidades: el rey mi
»señor (sino es irritando la ira de Dios contra sí y contra todos
»sus pueblos), no ha podido dilatar mas tiempo el detener el
»curso de este mal, y así sobre la consideracion de estas verda-
»des públicas y manifiestas nos ha mandado S. M. por pronto y
»eficaz remedio poner en seguridad la persona del dicho señor
»duque, en lo cual ha usado del derecho natural y de las gen-
»tes, compitiendo á todos los príncipes soberanos quitar, contra
»quien quiera que sea, las opresiones y violencias que se hacen
»contra sus Estados y súbditos, y hacerse justicia á sí mismos, á
»sus pueblos y á los potentados y Estados vecinos y amigos, des-

»pues de haber tratado en vano y sin efecto alguno, todos los
 »otros medios, de que no faltan diversos ejemplos en los siglos
 »pasados, aun en casos de ménos circunstancias y ménos justi-
 »ficados que este. Y esto no porque S. M. tenga aversion algu-
 »na por lo que toca á la casa de Lorena, antes al contrario, pro-
 »testa que la quiere proteger siempre y tomar parte en sus inte-
 »reses; y en fé y para testimonio de ello, ha prevenido S. M.
 »que el gobierno de las armas y tropas del dicho señor duque,
 »pase y quede depositado en las manos del señor príncipe de
 »Lorena, su hermano, de cuyo buen natural y recta intencion
 »tiene S. M. infalibles seguridades, de que se han de sacar los
 »legítimos efectos y frutos de la union de armas, y entretanto
 »que el dicho señor príncipe llega, la intencion de S. M. y la
 »nuestra es que el conde de Ligneville continúe en el ejercicio
 »de su cargo y funcion de general.

»Por tanto, mandamos en nombre y de parte del rey mi se-
 »ñor á todos sus súbditos y vasallos, y requerimos á todos los
 »príncipes y Estados vecinos, queden satisfechos y bien impre-
 »sionados de esta órden y resolucion de S. M., esperando que
 »otro tiempo y coyuntura de los negocios públicos podrá sose-
 »gar otros movimientos y alteraciones, y que volviéndonos Dios
 »la bonanza, y adulzando la obstinacion de los espíritus de la
 »Francia contra la paz, los pueblos han de ser restituidos á una
 »tranquilidad y reposo general; y cada uno en particular á lo
 »que le toca.—Fecho en Bruxelles á 25 de Febrero, 1654.—
 »Leopoldo Guillermo.—Por mandado de S. A., Veruyle.»

La guerra de los Países-Bajos, á pesar de los triunfos del ar-
 biduque, presentaba cada dia peor aspecto: la guerra que en-
 tre sí sostenian los generales, era el peor enemigo que en Flandes
 tenia la causa española; porque todas las operaciones eran len-
 tas unas veces, otras inoportunas, y no pocas, perjudiciales. Es-
 to se vió palpablemente en el sitio de Arrás, en donde el des-
 acuerdo entre los generales de España, no permitió que el sitio
 se formalizase en tiempo oportuno, y se le dió más que suficien-
 te á Turena y la Ferté, para impedir la terminacion del bloqueo.

CATALUÑA.

La mayor parte del ejército que habia operado en Cataluña,
 fué destinado á la guerra de Portugal, despues de destituir á
 Mortara del virreinato del principado, á pesar de lo dignamente
 que le desempeñó, para dársele á D. Juan de Austria.

En Julio de 1653 se cubrieron de ignominia varios caudillos rebeldes, catalanes, y legaron á la posteridad sus nombres fea é innoblemente manchados, porque fugitivos de su país y firmes en su indisculpable rebelion, fueron tan malos españoles, que se presentaron á los franceses del Rosellon para ayudarles con toda decision y empeño contra España, su propia patria. En dicho número se contó á Margarit, Segarra, Aux, Dardena y otros.

Poco despues entró Margarit en Cataluña en union con el mariscal francés Hocquincourt, seguidos de catorce mil infantes y cuatro mil ginetes. Indignados los catalanes, de buena fé reconciliados con el rey, presentáronse á D. Juan de Austria, formando tercios enteros de valientes que habian militado en otro tiempo contra las banderas reales, para lavar la antigua mancha y afrontar al caudillo rebelde que blandia el acero en favor de una nacion enemiga. En cambio se unieron á los franceses los bándoleros y criminales que, huyendo de la justicia, buscaban un refugio en las filas traidoras y enemigas, para eludir el castigo que merecian.

A pesar de haber encontrado Hocquincourt y Margarit una decidida oposicion en el país, que el segundo ligeramente contó sublevado de nuevo tan pronto como en él se presentase, el ejército invasor se apoderó de Higuera y de Castellon de Ampurias, y aun logró poner sitio á Gerona.

Sostuvieron los franceses con obstinacion el asedio, que duró setenta dias; pero encontraron unidos, firmes y compactos á guarnicion y habitantes, sin exceptuar mujeres, niños ni ancianos. Tal decision dió tiempo á D. Juan de Austria para socorrer á Gerona: con su bizzaría é inteligencia acostumbradas rompió el hijo del rey las líneas enemigas, y Hocquincourt levantó apresuradamente el sitio, dejando bastantes muertos sobre el campo.

Llamado á Flandes Hocquincourt, despues de haber tomado á Ripoll, San Feliú y otros puntos de escasa importancia, pasó á reemplazarle en Cataluña el príncipe de Conti, hermano del de Condé, el antiguo caudillo de la Fronda (1654).

Puso el príncipe sitio á Puigcerdá, y D. Juan de Austria á Rosas. Tuvo D. Juan la idea de distraer al príncipe, y lo logró; porque dejando á Puigcerdá pasó á Rosas, para librarle del cerco, como lo logró en efecto, y el de Conti volvió sobre Puigcerdá. Cayó esta, por fin, en poder de los franceses, á consecuencia de una casual desgracia: un disparo de cañon privó instantáneamente de la vida al bizzarro gobernador de la plaza, llamado don Pedro Valenzuela.

AÑO 1655.

FLANDES.

Continuaba disgustado el archiduque Leopoldo, y no sin razón, por la conducta que con él observaba la corte de España. Las discordias de los generales que debían secundarle, dificultaban todas las operaciones y hacían abortar sus mejores cálculos.

Turena tomó á Quesnoy, á consecuencia del mal éxito obtenido por España en Arrás (Mayo); se apoderó igualmente de Catelet y de Landreçy (Julio), que capituló muy honrosamente, así como Guillaín (Setiembre): por manera que todo eran pérdidas y disgustos.

A los que el archiduque tenía, á consecuencia de lo ya expuesto, se unió su resentimiento, bastante justo y fundado, así por haber nombrado la corte al de Condé generalísimo de aquel ejército, como por preferir y aplaudir en todo al conde de Fuensaldaña, teniente del archiduque, olvidando los muchos servicios que el príncipe austriaco llevaba prestados á España en Flandes.

Creyendo el archiduque rebajada su dignidad y menospreciados sus servicios, presentó su dimisión y pidió al rey le permitiese regresar á Alemania. D. Luis de Haro, sucesor del conde-duque en la privanza y en el ministerio, aceptó la dimisión; sin embargo, para no desairar al archiduque, mandó venir á la corte al conde de Fuensaldaña.

Disgustó mucho en Flandes la separación del archiduque, así como agradó infinito la del de Fuensaldaña, que fué poco después nombrado virrey de Milan, y D. Juan de Austria sucesor del archiduque Leopoldo: el marqués de Caracena recibió el nombramiento de lugarteniente de D. Juan.

CATALUÑA.

A pesar del interés con que el principado defendía aquella misma causa contra la cual se había antes batido, los franceses adquirieron algunos triunfos. Las partidas de guerrilleros diez-

maban á los franceses y los batian en detalle; pero la falta de ejército regular, puesto que todo estaba en la guerra de Portugal, permitió á los enemigos de allende apoderarse de algunos puntos, como Berga y Camprodon.

Pudieron los españoles, á pesar de todo, sitiarse á Solsona, auxiliando esta operacion desde el mar, el marqués de Santa Cruz. El conde de Mercinville, sucesor del príncipe de Conti, se dirigió apresuradamente á la sitiada plaza con el objeto de hacer levantar el sitio; pero no logró su propósito. Antes de llegar recibió aviso de haber sido tomada Solsona por asalto (Diciembre).

AÑOS 1656 y 1657.

CATALUÑA.

En 1656 y con motivo de la traslacion de D. Juan de Austria á Flandes, fué de nuevo nombrado virey de Cataluña el bizarro marqués de Mortara.

En principios de 1657 arrojó este ilustre caudillo á los franceses de todo el Ampurdan. El infame Margarit vió con dolor y sentimiento que, excepto de Rosas, de todo el territorio se habia apoderado el virey; y unido al general francés Candale, hizo un esfuerzo y se apoderó de Blanes, desde donde, con una osadía sin límites, fuéronse corriendo hasta el llano de Barcelona.

Los mismos catalanes echaron á Margarit y recuperaron á Blanes, y se apoderaron despues de la fortaleza de Castellfollit, segun se cree, porque la vendió *por dinero* el gobernador francés.

Lleno de enojo Candale, se dirigió á recuperar á Castellfollit y castigar al traidor; pero salióle al encuentro Mortara y le acometió al pasar el rio Fluviá, destrozándole de tal manera, que tuvo necesidad el francés de arrojar muchos cañones al rio para que no cayesen en poder del español.

FLANDES.

Llegó á Flandes el nuevo gobernador, D. Juan de Austria, despues de haber corrido el riesgo de caer en manos de unos



corsarios, que se apoderaron de tres galeras de las cuatro que iban en la pequeña escuadra de aquel príncipe.

Al pisar D. Juan el territorio flamenco, hallábanse los mariscales franceses Turena y de La Ferté, con poderoso ejército, sitiando á Valenciennes. Apenas descansó el de Austria, cuando se propuso socorrer la apurada plaza.

Puesto de acuerdo con el príncipe de Condé y con el marqués de Caracena que, según dijimos, era lugar teniente de D. Juan, se acercó con el mejor ejército que pudo reunir, y sentó sus reales entre las líneas francesas que guarnecían ambas orillas del Escalda.

Era el mes de Julio; el calor insufrible, y á pesar de ser la hora del medio día, dióse inmediatamente la batalla. Presentáronse como vanguardia los tercios españoles, formando el centro los walones, y las tropas del príncipe de Condé la retaguardia.

El excesivo calor obligó á las tropas á ceder de su denuedo, porque era grande la fatiga. Aquella involuntaria y no acordada tregua cesó por la noche; y al rayar las doce del 15 de Julio para comenzar el día 16, día de aniversario de la siempre famosa batalla de las Navas de Tolosa, recomenzó la lucha con grande encarnizamiento, llevando por delante con increíble arrojo los españoles cuanto encontraban.

Grande gloria adquirió en aquel memorable día D. Juan de Austria; pero no fué escasa la del marqués de Caracena, quien por su mano clavó el glorioso pendon de Castilla sobre las mismas trincheras francesas.

El triunfo quedó por España; siete mil franceses perecieron en la lucha, y cuatro mil quedaron prisioneros, en cuyo número se contó el mariscal de La Ferté. Y no fueron escasas las ventajas y buenas consecuencias de esta notable victoria, puesto que D. Juan se apoderó de la fuerte plaza de Condé, á mediados de Agosto, y Luis XIV de Francia se apresuró á mandar á España un embajador extraordinario, con el objeto de proponer la paz á Felipe IV.

«Por este tiempo vinieron también á Madrid diputados del
 »duque Francisco de Lorena con el fin de negociar la libertad de
 »su hermano Cárlos, preso, como dijimos, en el alcázar de Toledo. D. Luis de Haro, que sabía que la princesa de Nicole, su
 »mujer, trataba de entregar todas las tropas lorenas á Francia,
 »propuso á Cárlos la enagenacion de todas ellas al rey D. Felipe,
 »ofreciéndole en recompensa la libertad. Accedió á ello el
 »lorenés, y las tropas de sus estados juraron fidelidad al rey de
 »España. Pero Francisco se opuso y se negó á reconocer el tratado de su hermano, con cuyo motivo intentó prenderle el conde

» de Fuensaldaña. Entonces Francisco se pasó con las tropas al
 » servicio de Francia y se fué á Paris con los príncipes sus hijos
 » mientras Cárlos su hermano intentaba evadirse de la prision,
 » que tenia entonces en Aranjuez.—Calmez, *Historia eclesiásti-*
ca y civil de Lorena.—Hugo, *Historia del duque Cárlos*, MS.
 »—Hannequin, *Memorias* MS. Huillemin, *Historia du duc Char-*
les, MS. *Memorias de Mourin.*» —(N. de Laf., T. XVI, pág. 416).

Ahora nos vemos obligados á hacer una digresion, que interesa no poco á la claridad de nuestra Historia, y que correspondiendo aquella á la de Inglaterra, tendrá despues íntima conexion con los sucesos que habremos de referir despues.

Por aquel tiempo se habia ya verificado la revolucion que privó de la vida á Cárlos I de Inglaterra. Un hombre oscuro, cervicero de oficio; de regular talento, de poca instrucción, pero de fuerte temperamento, audaz y de enérgico carácter, habia hecho rodar la cabeza del rey de Inglaterra sobre el cadalso: el regicida llamábase Oliverio Cromwel.

Desconocido hasta que figuró en el Parlamento como diputado de Cambridge, cuando ya tenia de edad cuarenta años, fué uno de los primeros corifeos de aquella terrible revolucion, á consecuencia de la cual le aclamó el pueblo, ó lo que pueblo en tales ocasiones se llama, protector de la república.

No es nuestro objeto ni conviene á nuestro propósito el detallar los sucesos ocurridos en Inglaterra; diremos solamente que Cromwel fué un hombre infame y ambicioso al decidir la muerte de Cárlos I. Solo pudo tener por objeto el quitar del mundo aquel viviente obstáculo que se oponia á su ambicion: por lo demás, el rey Cárlos fué bueno, noble, clemente y caballero. No le defenderemos, ciertamente porque fuese un soberano á quien España debiese mostrarse agradecida: lejos de esto, se la mostró enemigo siempre que pudo. Este Cárlos I fué aquel mismo príncipe de Gales que declaró guerra irreconciliable á España, á consecuencia de los desaires que sufrió cuando debió contraer matrimonio con la infanta española, hermana de Felipe IV, mas la imparcialidad habla en nosotros más alto y elocuentemente que pudiera hacerlo el mismo amor patrio.

El pueblo inglés escribió al pié de la estatua del desgraciado nieto de la desventurada María Stuard: *Exiit tiranus regum ultimus: Desapareció el tirano último de los reyes.* Y no solamente no fué tirano, sino muy humano y buen rey. La ambicion de Cromwel y la desbordada ira de los partidarios de este, que nada podian esperar del rey Cárlos y lo esperaban todo del llamante dictador á cuya elevacion habian contribuido, llevaron al cadalso al monarca inglés.

Sucedió entonces, lo que siempre en casos análogos sucede: Carlos, que no era tirano, murió porque le llamaban tirano: y el que por denominarle tirano le asesinó, llegado al poder fué un verdadero tirano y un insufrible déspota.

Cromwel, sin embargo, era muy querido; porque sin tener un gran talento, poseyó el necesario para saber halagar á los que le habian de sostener, y haciendo concesiones oportunas y al tiempo conveniente ganaba popularidad y mandaba como rey absoluto, sin dejar por esto de llamarse protector de la república. Por punto general, el pueblo se deja muy fácilmente engañar, y queda satisfecho con cuestiones puramente de nombre.

Todas las naciones de Europa procedieron de la misma indigna manera, que cuando la infame Isabel de Inglaterra asesinó á María Stuard. Todas se mostraron indiferentes; dieron por bien cortada la cabeza de Carlos I, y fueron sucesivamente reconociendo á la nueva república.

No fué España la última á reconocer al *protector* y la *protégida*, apresurándose á atraer la buena voluntad y buen afecto de Cromwel. A pesar de esto, el verdugo de Carlos primero miraba á España con cierta desconfianza y aun disgusto, á consecuencia de un incidente casual y en que ninguna parte tuvo el gobierno.

Tan pronto como Cromwel fué elevado á la dignidad real, con nombre de protector de la república, mandó sus representantes á todas las córtes de Europa. Llamábase Ascham el que vino de embajador á Madrid; y á los dos dias de haber llegado á la córte fué asesinado en su misma casa, hallándose comiendo.

Súpose demasiado pronto quiénes habian sido los asesinos: eran ingleses; decididos partidarios del decapitado rey y de la casa de los Stuard, que estaban refugiados en España para eludir la tiránica y sangrienta persecucion de Cromwel. A pesar de esto, quedó disgustado el dictador, porque Ascham era uno de sus más queridos y decididos amigos; y á pesar de que el principal asesino fué encarcelado y pagó con la vida su delito, no quedó Oliverio satisfecho ni en buena armonía con España. Pasado tiempo, una cuestion de pura etiqueta vino á completar la obra comenzada por el asesinato de Ascham.

Era costumbre en Inglaterra que saliesen los embajadores de todas las naciones, á recibir á cualquiera que de su clase llegaba á la córte. Esperábase al de Suecia; y cuando se recibió aviso de su llegada, salieron los demás á su encuentro, y el coche del de Francia, por casualidad, ó de intento, se adelantó al de España.

Mal sufridos en casos de honra los españoles y creyendo

aquel sencillo hecho un insulto á su nacion, acudieron espada en mano y no se tranquilizaron hasta que el coche del francés se colocó en su puesto; pero cuado todavía se oian voces originadas por la cuestion, se acercó un piquete de soldados y so pretexto de restablecer el órden quitando el motivo de la disputa, hizo que el coche del francés se colocase de nuevo delante del español.

Los embajadores de España en Inglaterra eran á la sazón el marqués de Leyden y D. Alfonso de Cárdenas: reclamaron con toda dignidad y con la mayor energía; empero no obtuvieron mas satisfaccion que algunas razones dilatorias y que tendian á no desairar por completo, sin satisfacer ni aun á medias. Entonces Leyden y Cárdenas, viendo que pasaba tiempo y se aplazaba la satisfaccion sin llegar á darla nunca, se retiraron.

Andaban, como siempre, franceses y españoles mal avenidos; Francia intrigaba siempre para ser preferida, y Francia y España pugnaban é intrigaban secretamente para que el asesino de Carlos I prefiriese á la una, para hacerse fuerte contra la otra. Felipe IV, ó D. Luis de Haro, cortó por entonces la cuestion de una manera bien baja é indecorosa: mandó á sus embajadores *que no disputaran á los de Francia el lugar de preferencia en las ceremonias.*

No tardó mucho tiempo el dictador en declararse en favor de la Francia y contra España; mas no por las cuestiones que suponen algunos sino porque era un verdadero inglés, es decir, egoista para su nacion, aunque su egoismo costase la fortuna y el porvenir á las demás naciones. Si alguna duda nos quedara de tan clara verdad, bastaria á esclarecerla la siguiente nota del erudito Lafuente:

«Cuando Cárdenas presentó á Cromwel un proyecto de tratado, preguntóle este si el rey de España consentiria en el libre comercio con las Indias Occidentales, si omitiria una cláusula que habia relativa á la inquisicion, si estableceria la igualdad de derechos para las mercaderías extranjeras, y si concederia á los comerciantes ingleses el privilegio de la compra de lanas en España. Cárdenas respondió que antes consentiria su soberano perder los ojos que sufrir la intervencion de ningun poder extraño en los dos primeros puntos, y que respecto á los demás se podrian otorgar condiciones satisfactorias. Cromwel afectó mirar el tratado como concluido, aunque de hecho meditaba otra cosa bien diferente, y tuvo buen cuidado de no comprometerse en arreglos prematuros.—Thurleo y Dumont, citados por Jhon Lingard, *Historia de Inglaterra*, tomo III, capítulo 17.»

A lo ya expuesto añade otra razon más, á fin de probar las que tuvo Cromwel para preferir Francia á España, el dicho ilustrado autor:

«Parecia extraño, dice, que postergara (Cromwel) la amistad de España á la de aquella nacion, careciendo Francia de marina y de colonias, y teniendo España tan ricas y vastas posesiones en América y en las Indias. Pero este fué cabalmente para Cromwel el mayor móvil de su decision, porque habia puesto los ojos en nuestras colonias, y mirábalas como una presa de que las flotas inglesas podrian fácilmente apoderarse, mientras á la Francia no tenia qué poderla tomar. Ello es que el sagaz protector ajustó un tratado con la Francia (13 de Marzo 1657), conviniendo las dos naciones en juntar sus fuerzas para arrancar á los españoles las ciudades de Gravelines, Mardyck y Dunkerque, quedando para los ingleses estas dos últimas.»

Al saber el gobierno de España la celebracion del tratado entre Francia é Inglaterra y que tendia directamente contra España, mandó embargar todos los buques ingleses y cuantas mercancías de los mismos existian en España. Esta medida, si bien enérgica y fuerte, perjudicaba mucho, como era consiguiente al comercio, y no podia agradar á nadie.

Cromwel, por no ser ménos que sus antecesores, aunque llevaban el nombre de reyes como él le llevaba de protector ó dictador, robó no pequeños tesoros á España.

Despues de haber tratado de dar un golpe de mano sobre Méjico, golpe que el valor español hizo abortar, y de haber intentado otro sobre Cuba y Tierra-Firme, tambien en vano, Blake y Stayner, almirante y teniente, dignos émulos del pirata Drake, hicieron cruda guerra á los galeones de Indias; porque era para los ingleses igual el poseerlas que el aprovecharse de sus ricos productos por medio de la rapiña.

Decididos el rey Luis XIV y el asesino del rey Carlos I á hacer á España guerra en los dominios flamencos, pensaron en apoderarse de Dunkerque, segun tenian recientemente pactado. Súpolo á tiempo el principe de Condé y se encerró dentro de Dunkerque; y esta resolucion detuvo á Turena que ya se dirigia contra dicha plaza; pero en cambio, de la Ferté tomó á Montmedy (Junio), y Turena, con los ingleses, se posesionó de Bourbourg y de Saint-Vincent, tomando, por último, á Mardyck (Setiembre).

Tal fué el fin en Flandes de la campaña de 1657.

AÑO 1658.

FLANDES.

Pasados los rigores del invierno trató Luis XIV, que se hallaba personalmente en campaña, de apoderarse de Dunkerque, á fin de cumplir uno de los artículos del tratado con Cromwel.

Despues de haber vencido grandes dificultades, situáronse los reales enemigos en derredor de la plaza, y el cuartel real se fijó en las Dunas, del lado de Nieuport. Por la parte del mar véiase una armada inglesa de veinte navíos con seis mil hombres de desembarco, para en caso de necesidad; y aun con todas estas ventajas y con haber vencido millares de inconvenientes para sentar el campo, los franceses se hallaban como sitiados entre la plaza y nuestro ejército.

Aproximóse D. Juan de Austria á las líneas enemigas, como á tiro de cañon, acompañado de Condé y seguido del marqués de Caracena. Iban tambien con él el duque de York y el mariscal francés Hocquincourt; este que seguia en Francia la parcialidad de Condé y aquel que era hijo del asesinado Cárlos I, luego rey bajo el nombre de Cárlos II.

Cometióse por los nuestros una imperdonable imprudencia. Adelantóse el ejército sin llevar la artillería, aunque le seguia á pocas horas de distancia; pero los caudillos creyeron que aquella necesaria y mortífera arma no haria falta, puesto que llegaría antes de tener necesidad de comenzar la batalla.

Equivocáronse, empero, D. Juan y sus tenientes. Despues de haber tenido la desgracia de perder al mariscal de Hocquincourt, que recibió un balazo al practicar el primer reconocimiento, los franceses, sabedores de que el ejército contrario llegaba sin artillería, se apresuraron á presentar la batalla sin dar tiempo á que llegase aquella, para aprovecharse de tan grande ventaja.

No parece sino que las Dunas eran un sitio de maldicion para la causa española: lo mismo sucedió en aquella fatal jornada, que en tiempos del archiduque Alberto; pero en la ocasion de que venimos ocupándonos fué aquel desastre obra de la imprevision de D. Juan de Austria. Tuvo el descuido, incomprendible en un general que habia dado tan buenas muestras de sí,

de no dejar guardada por un cuerpo de ejército la playa. Si fué incomprendible é imperdonable el descuido en D. Juan, lo fué mil veces más en Condé, general tan práctico, veterano y entendido. De un modo ó de otro, es lo cierto que ambos le padecieron, y que á su favor los franceses, aprovechando la baja marea, colocaron caballería entre las Dunas y el mar y cogiendo por retaguardia á nuestro ejército tuvo este que defenderse, sin saber á quién atender de los enemigos. De esta derrota fué consecuencia inmediata la entrega, por capitulación, de Dunkerque, en 23 de Junio. Los ingleses, según pacto, recibieron á Link, Berges, Dixmude, Furnes y Oudenarde, con otros puntos, por manera que la derrota sufrida junto á Dunkerque, fué horriblemente desastrosa así en sus pérdidas materiales del momento, como en las que fueron sus consecuencias forzosas, ocasionadas solamente por la imprevision de D. Juan y la de Condé, harto más extraña en este por las circunstancias que concurrían en tan gran caudillo; lo que prueba que hasta los más sábios yerran, cuando los errores han de contribuir á que suceda lo que está por el cielo decretado.

Por aquel tiempo habia ya subido al trono imperial de Alemania el archiduque Leopoldo, el antiguo gobernador de Flandes, por muerte de su hermano Fernando III; y su hermano menor el archiduque Segismundo, fué elegido para gobernador y capitán general de los Países-Bajos, en reemplazo de D. Juan de Austria, nombrado á la sazón general en jefe del ejército beligerante en Portugal.

CATALUÑA.

En cuanto á la guerra de Cataluña, poco podemos decir. En 1658 despues de sufrir el general francés Candale la gran derrota que al pasar el Fluvia le ocasionó el bizarro marqués de Mortara, en que la mayor parte de la artillería francesa fué echada al rio, alcanzó el español al francés cerca de Camprodon y el último fué de nuevo derrotado, quedando en poder del general español Tuttavilla el citado pueblo de Camprodon. A consecuencia de este hecho ocurrió una batalla que fué, puede decirse, la última de importancia, y que decidió la funesta guerra de Cataluña.

Presentáronse los franceses junto á Camprodon con ánimo de recuperar la plaza, y el marqués de Mortara se adelantó á impedir los intentos del enemigo. Con tal motivo empeñóse una san-

griente accion en las márgenes del Ter, que decidió bizarramente el valeroso maestre de campo, español, D. Diego Caballero de Illescas. Esguazó el rio con su bizarro tercio, y dando una magnífica y brillante carga sin hacer uso más que de las espadas, la mayor parte del ejército francés que junto al Ter se hallaba, fué pasado á cuchillo.

Este notable triunfo, debido principalmente al maestre Caballero, decidió de la suerte de Cataluña. El francés comenzó á convencerse de que solo lograba perder tiempo, sangre y dinero. No terminó, empero, la guerra; más solo se hacia despues tibiamente, ni ocurrian más hechos de armas que algunos encuentros sin utilidad del momento ni consecuencias ulteriores.

AÑOS 1659 Y 1660.

PAZ DE LOS PIRINEOS.

Recordará el lector que algunos años antes, á consecuencia de una derrota sufrida por los franceses en los Países-Bajos, Luis XIV envió á Madrid un embajador extraordinario, con el objeto de proponer la paz. No tuvo por entonces efecto semejante deseo; más tampoco se relegó al olvido, y segun las circunstancias de las guerras eran más ó ménos prósperas, ménos ó más adversas, así se agitaban ó suspendian las pláticas y preliminares de paz.

No pocas de aquellas fueron inútiles, sin otra razon que las exigencias hechas por la Francia. Solicitábase primero la cesion voluntaria de Flandes, con el Rosellon y el Franco-Condado: exigencia irritante y fuera de todo lo regular y admisible; y despues, que la hija primogénita de Felipe IV, la infanta doña Maria Teresa, se uniese en matrimonio á Luis XIV. Ante este enlace se presentaban obstáculos que los diplomáticos miraban como insuperables; y eran aquellos la posible union de ambas coronas, de España y Francia.

Felipe IV, empero, no recibia esta propuesta de mejor gana que la relativa á las cesiones de dominios; porque entraba en su pensamiento la idea de unir á su hija mayor con el archiduque Leopoldo, futuro emperador de Alemania, del mismo modo que él mismo se habia casado con doña Mariana de Austria, á fin de estrechar más y más los vínculos de España con el imperio, de cuya íntima union podia resultar tiempo adelante, como en los

del glorioso Carlos I y V, que el emperador de Alemania y el rey de España fuesen una sola persona.

Cuando de este asunto con más fervor se trataba, nació el príncipe D. Felipe Próspero, hijo de Felipe IV y de doña Mariana de Austria (28 Noviembre 1657). Este nacimiento alejó el inconveniente de que un día próximo pudieran unirse las coronas española y francesa.

A consecuencia de esto, renováronse en 1658 las pláticas de paz. España, á pesar de su amistad con Austria, nada podia esperar de esta, que se hallaba recientemente ligada por medio de un tratado celebrado con Francia; esta é Inglaterra, estaban á la sazón íntimamente unidas; y aunque aparecia España como la nacion más necesitada de paz, no le era esta ménos necesaria á la Francia, cuyo tesoro estaba empobrecido. Respecto de Inglaterra, tenia bastante dentro de su propia casa: habia muerto el asesino y regicida Cromwel, y habia legado su puesto á su único hijo, imbécil segun algunos, y segun otros concentrado y enemigo del fausto y de los asuntos de gobierno.

El ministro Mazzarino que observó el tacto con que procedia el gabinete español con el objeto de sacar todo el posible partido de la paz, creyendo muy conveniente la realizacion del matrimonio entre Luis XIV y la infanta española, á fin de encender los tibios deseos de Felipe IV, fingió querer casar al rey de Francia con la princesa Margarita de Saboya. Para hacerlo más creible hizo marchar al jóven rey Luis á Lyon, para cuya ciudad convocó á la saboyana y á la duquesa, su madre.

Cayó en el lazo el rey Felipe y mandó á Francia á D. Antonio Pimentel, para tratar de los capítulos de la paz. Pimentel fué obsequiado por la córte francesa y acompañó al rey Luis en su viaje de Lyon á Paris; y la saboyana, fuertemente irritada contra el artificio de Mazzarino, se retiró á Turin.

Comenzaron las conferencias entre Mazzarino y Pimentel, con asistencia del marqués de Lionne, que habia estado años antes en Madrid como enviado extraordinario, para tratar inútilmente de aquella misma paz.

El dia 8 de Mayo de 1659, convinieron en una tregua, que duraria mientras los ministros español y francés decidian y arreglaban los capítulos del tratado de paz, los cuales se habrian de firmar en la línea divisoria de ambos reinos.

Regresó á la sazón de Portugal D. Luis de Haro, y el rey le nombró su plenipotenciario para arreglar el debatido asunto de la paz.

Haro no habia dado muy buenas muestras de sí en la campaña portuguesa, como el lector podrá ver más adelante; pero era

el favorito del rey y volvía lleno de honores además: había muerto su padre, á consecuencia de lo cual heredó D. Luis el marquesado del Carpio, así como por muerte de su tío era ya conde-duque de Olivares. Este nombre funesto podía producir dos efectos contrarios, á la vez. En el rey duplicar el cariño hácia aquel hombre que le recordaba otro muy querido, y en el pueblo avivar el odio que aquel mismo fatal y aborrecido nombre en el ánimo de todos despertaba.

No era el flamante marqués del Carpio hombre para medir sus fuerzas y talentos diplomáticos con un Mazzarino, quien mas que otra cosa era un hombre astuto é intrigante consumado.

Después de escritos todos los artículos del tratado, se señaló para discutirlos un sitio naturalmente formado entre dos brazos del Bidasoa, que por su forma y situacion y por la abundancia de faisanes que á él acudian, se ha denominado isla de los Faisanes, cuyo nombre es hoy célebre en la historia. Sobre dicha isleta se construyó una especie de pabellon, á modo de tienda de campaña, de la cual una mitad estaba en la parte perteneciente á España, y la otra en la correspondiente á Francia. Los plenipotenciarios observaban tan escrupulosamente la etiqueta prescrita, que el de España entraba á celebrar las conferencias por la puerta situada en territorio español, y el francés por la correspondiente á su nacion.

El día 23 de Agosto comenzaron las pláticas, que duraron hasta el 17 de Noviembre, ochenta y siete días, en cuyo tiempo se aprobó un largo tratado compuesto de ciento veinticuatro artículos, los cuales formaron el célebre documento llamado *Paz de los Pirineos*.

Por dicho tratado España cedió á Francia los condados de Rosellon y Conflans, fijándose la cima de los Pirineos por límite divisorio de las dos naciones.—Cediósele igualmente todo el Artois, á escepcion de Saint-Omer y Ayre con sus dependencias: en Flandes, las ciudades de Gravelines, Bourbourg, Saint Venant y los fuertes de la Esclusa: en el Henao, las de Landreçy y Quesnoy: en el Luxemburgo, las de Thionville, Montmedy, Damviners, Ivoy, Mariemburg, Philippeville y Avesnes: dejando además Rocroy, Chatelet y Limchamp, conquistadas por los franceses en la última guerra, y Dunkerque, que tenían cedida ya á los ingleses.—En cambio Francia nos devolvía el Charolais y las plazas de Borgoña: en Flandes nos quedaban Oudenarde, Dixmude, y las demás no comprendidas en la cesion: en Italia Mortara y Valencia del Pó: quedaba para nosotros Cataluña.—Al príncipe de Condé, por más esfuerzos que hizo en su favor el de Haro, como ya hemos dicho, no permiti-

»tío Mazzarino, su enemigo mortal, sacar otro partido que la
 »cesion que le hizo España de algunas plazas en los Países-Ba-
 »jos.—Al de Lorena se le restituyó la libertad, pero se le obligó
 »á demoler sus fortalezas y á ceder una gran parte de sus Esta-
 »dos á la Francia.—Se restituyó Vercelli al duque de Borgoña.
 »Julliers al de Neubourg.—Monaco, á su príncipe, y el duque
 »de Módena libró á Correggio de la guarnicion española que en
 »dicha ciudad habia.»

Estipulado así mismo el matrimonio de la infanta doña Maria Teresa, hija de Felipe IV, con Luis XIV de Francia, se obligó á aquella *á renunciar formalmente á la sucesion de la monarquía española*; y como por via de indemnizacion, habria de recibir en dote quinientos mil escudos de oro. Conviene tener muy presente esta renuncia; porque en breve llegaremos á tratar de la dilatada y sangrienta guerra de sucesion entre los Borbones y la casa de Austria, en cuyo periodo de tiempo decidieron las armas lo que quizá no debió ni aun ponerse en cuestion.

Siguiendo los instintos de egoismo que siempre dominan en todos los asuntos diplomáticos, ninguna de las partes contratantes se acordó para nada del hijo del desventurado Carlos I de Inglaterra. Este destronado príncipe, que se habia batido por España con mucha bizarría, nada pudo obtener de Francia ni de España, á pesar de que llegó á Fuenterrabía cuando estaba tratándose de la paz. Mazzarino, más grosero é insensible con la desgracia, no quiso ni recibirle, ni escucharle; D. Luis de Haro al menos, aunque nada hizo, le oyó con benevolencia.

Tampoco se hizo mencion de Portugal en la *Paz de los Pirineos*: tal vez la Francia hubiera querido hacer algo en favor del portugués; pero el plenipotenciario español se mantuvo firme é inflexible, asegurando que nada se firmaria si la Francia no ofrecia firmemente no dar ningun auxilio á Portugal. Mazzarino, sin embargo, no se opondria decididamente, porque una cosa es escribir y firmar y otra muy diversa es cumplir lo firmado y escrito. Hé aqui dos importantes notas, que tomamos de Lafuente, tomo XVI, pág. 474:

«Este príncipe que se hallaba refugiado en Flandes, y á quien
 »los ingleses sus partidarios habian tratado ya de colocar en el
 »trono de su padre despues de la muerte de Cromwel, creia que
 »uno de los primeros asuntos que se tratarian en las conferen-
 »cias del Bidasoa seria el de Inglaterra, por el interés natural
 »que tienen todos los monarcas en que la rebellion no triunfe de
 »los tronos. Por eso fué allí dispuesto á ofrecer cuanto pudiera á
 »las dos coronas á trueque de que protegieran su causa en el
 »tratado. D. Luis de Haro le recibió como á tal rey de Inglaterr-

»ra, y aun le trató con la misma consideracion y respeto que si
 »fuera su propio soberano. Pero no pudo obtener audiencia de
 »Mazzarino, que se negó á ello con diferentes pretextos. Para
 »interesar al ministro español y que fuera su mediador con el
 »cardenal, se ofreció á quedar mandando en Flandes las tropas
 »que dejaria el de Condé al servicio de España: mas ni así pudo
 »conseguirlo, y el futuro rey de Inglaterra se volvió á Flandes,
 »irritado con los desaires del ministro de Francia, y poco sa-
 »tisfecho de los estériles cumplimientos del español.

»Debemos decir algo del famoso duque Carlos de Lorena. Es-
 »te inconstante príncipe, alternativamente aliado y enemigo de
 »españoles y franceses durante tantos años, habia sido sacado
 »de su prision de Toledo, y puesto en libertad durante las con-
 »ferencias. Tan pronto como se vió libre, se fué inmediatamen-
 »te á Irun, y en su primer entrevista con D. Luis de Haro le
 »manifestó con toda franqueza que él no habia dado poderes ni
 »procuracion á nadie para que arreglaran sus negocios, y que
 »mientras ciñera una espada y pudiera manejarla trataria de
 »recobrar sus Estados, ó por lo ménos de mantener su honra.
 »Al dia siguiente dijo cosas tan picantes y tan duras al de Ha-
 »ro, que el ministro estuvo ya á punto de arrestarle. Viendo el
 »lorenés que no sacaba partido de ninguno de los dos plenipo-
 »tenciarios, protestó contra el tratado de palabra y por escrito
 »en lo que á él le pertenecia, y más quejoso y resentido del go-
 »bierno español que del francés, determinó echarse en brazos
 »de los de esta nacion, como ya otras veces lo habia hecho, y
 »se fué á San Juan de Luz, donde le siguió el cardenal, y le
 »hospedó y agasajó con todo género de atenciones. Desde allí
 »partió para Paris y Aviñon, donde se hallaba el rey: tuvo sus
 »pláticas con el marqués de Lionne, é hizo grandes ofrecimien-
 »tos como aliado de la Francia: y aunque nada se concluyó por
 »entonces, es lo cierto que más adelante consiguió que por me-
 »dio de un tratado con Francia le fueran restituidos todos sus
 »Estados (28 de Febrero, 1661), si bien por otro tratado poste-
 »rior (6 de Febrero, 1662) cedia aquellos mismos Estados des-
 »pues de su muerte á S. M. Cristianísima. En esto paró aquel
 »aventurero príncipe, tan célebre por su valor como por su in-
 »constancia, por su carácter popular como por sus desarregladas
 »costumbres, y que tanto influyó, como aliado y como enemigo,
 »tan pronto de unos como de otros, en las guerras de Francia,
 »de Alemania y de Flandes.—*Historia du Traité de la Paix.*
 »—*Traité fait avec le duc Charles de Lorraine*, Feb. 1661;
 »idem Feb., 1662.»

Inútil seria lamentar la poca sagacidad del plenipotenciario

español, que dejó todas las ventajas en favor de la nacion enemiga, sin tener teson y firmeza más que al tratarse de la guerra de Portugal. Los franceses, que llaman á Felipe II el *demonio del Mediodía*, apellidan al nuevo conde-duque de Olivares, D. Luis de Haro, *caballero franco, leal y cumplido*. Semejantes elogios en boca de los naturales enemigos, dicen bien claro lo que valen y significan. No queremos decir por esto que don Luis fuese traidor á su patria, trabajando en favor de la agena: creemos, por el contrario, que fué muy leal, honrado y caballeroso; empero todos los que han de habérselas con diplomáticos astutos, ó son muy malos en su carrera sino pueden dejar de ser francos ni sinceros, ó deben renunciar á su puesto, ó acomodarse á las cualidades y costumbres de aquellos con quienes han de tratar.

Mazzarino era un *verdadero diplomático*, y fácilmente envolvió al del Carpio, que de diplomático, ciertamente, nada tenia; y sin embargo, este *célebre político* que firmó la *Paz de los Pirineos* en la *isla de los Faisanes*, fué agraciado y enaltecido con el poco merecido y glorioso título de *príncipe de la Paz*. No lo merecía más, seguramente, que otro más moderno príncipe del mismo título, valido de un rey de la casa de Borbon.

Ya corria el año 1660 y había llegado la primavera, cuando Felipe IV salió de Madrid y tomó la vuelta de la frontera francesa, para hacer por sí mismo la entrega de su hija. Ambos abandonaron la córte en 13 de Abril; y el 9 de Mayo se verificaron en San Sebastian los desposorios por poderes, representando la persona de Luis XIV rey de Francia, D. Luis de Haro, conde-duque de Olivares, marqués de Carpio, primer ministro y favorito del rey Felipe IV. No pudo el rey francés hacer mayor distincion ni demostrar más grande confianza en D. Luis de Haro.

A la raya de España acudió tambien la reina viuda de Francia, madre de Luis XIV y hermana de Felipe IV; y allí se abrazaron los dos hermanos que durante casi un cuarto de siglo no se habían visto, despues de haber procedido, como reyes, á la manera que pudieran haberlo hecho los dos más mortales enemigos. ¡Qué será la razon de estado, que así rompe y destruye los más sagrados vínculos de la sangre!

El día 7 de Junio se separaron las reales familias, yendo á Paris la nueva reina de Francia con su suegra, y regresando á Madrid Felipe IV con su amado ministro, uno y otro muy agenos de que aquel matrimonio había de ocasionar un cambio de dinastia. A haberlo previsto Felipe IV, tan celoso por el engrandecimiento de la casa de Austria que tantos y tan caros sacrificios había costado á España, á buen seguro que no hubiera firmado.

En 1660 se realizó la gran revolución de Inglaterra, que destruyó completamente la obra del regicida Cromwel. Hostigado el pueblo y convencido de que los republicanos puestos en el mando eran tan despotas como algunos reyes y más que muchos de estos, se sublevó espontáneamente, decidido por cualquiera que concluyese con la tiranía que en Inglaterra imperaba. Los jefes y soldados comprometidos por Cromwel, trataron de sostenerse; pero fueron vencidos por Jorge Monk, célebre caudillo escocés, en una sangrienta batalla.

Animado el pueblo con la completa derrota de los republicanos, y sabedor de que Carlos II, hijo del asesinado, estaba para llegar desde Bruselas en donde la revolución le había cogido, le proclamó sin las ceremonias de costumbre, pero solemnemente; porque fué el corazón quien proclamó el nuevo rey.

El gobierno de España tan miope, torpe y desalentado durante el reinado de los dos Felipes III y IV, en vez de haberle protegido cuando estaba proscrito para adquirir un fiel amigo y agradecido aliado, le trató durante su proscripción si no como enemigo, como indiferente. Apresuróse, empero, á felicitarle y hacerle pomposas ofertas, luego que le vió exaltado al trono. Carlos II admitió benévolutamente á los embajadores de España, porque era rey de muy dulce carácter y afable trato; mas nada hizo en favor de España. Esta le reconoció la posesión de la Jamaica y de Dunkerke; pero Carlos II permaneció impasible, aunque muy benévolo y cariñoso en sus palabras. Por desgracia España pagó la torpeza y poca piedad de su gobierno, cuando el inglés auxilió poderosamente contra ella á Portugal.

PORTUGAL.

Vamos á presentar al lector una ligera reseña de los sucesos ocurridos en la guerra lusitana, puesto que hace tiempo no nos hemos ocupado de ella. Hablaremos de todo lo sucedido en el sexto decenio.

En 1651 quiso el infante D. Teodosio, primogénito del rey de Portugal, reavivar la guerra contra España. Era muy jóven el precitado príncipe: tenía á la sazón 17 años; empero belicoso y fuerte se avenia mal con el reposo y los usos de cóрте.

Comprendiendo D. Teodosio que su padre le negaría el permiso, en razon de sus pocos años, para salir á campaña, no le pidió; y aprovechando la ocasion de una partida de caza, se escapó de la cóрте y partió para la provincia de Alentejo.

El rey recibió con notable disgusto la noticia de la marcha de su hijo; y en cuanto supo en donde se hallaba, le mandó llamar; pero no sin amenazarle, para en el caso de que no obedeciese inmediatamente. Obedeció sin vacilar el príncipe; mas su padre sin tomar en cuenta la prontitud del jóven le recibió de tan desagradable manera, que dejándose llevar D. Teodosio de la fuerza de su disgusto enfermó, y dejó de existir con general sentimiento de todos los portugueses.

Débase advertir que este príncipe tan amado del pueblo por su valor y prendas morales y personales, era muy poco querido de su padre. El motivo de la animadversión se fundaba en cierta conjura que tuvo por objeto el casamiento de D. Teodosio de Portugal con doña Maria Teresa de Castilla, hija de Felipe IV. Este proyecto, que reunia la ventaja de dar cumplido término á la desastrosa guerra, puesto que uniéndose el heredero de la corona de Portugal con la heredera de la de Castilla se reunirían infaliblemente los dos cetros, tenia de malo para el rey de Portugal, su caída del solio; y para el de España, que debía costarle la vida.

Tratábase á la sazón de que Felipe IV. contrajese nuevas nupcias; y para evitarlo é impedir que un nuevo príncipe viniese á quitar á doña Teresa sus inmediatos derechos, no encontraron mejor expediente los conjurados que el de asesinar al rey en una partida de caza, haciendo pasar el regicidio como accidente casual é imprevisto.

El rey de Portugal desde entonces (1648) quedó mal avenido con su hijo; y descubierta en España la conspiracion por una carta que el maestre de campo D. Carlos Padilla mandaba á su hermano D. Juan, se hicieron muchas prisiones; sufrieron varios de los reos el tormento, y pagaron con la vida D. Carlos Padilla y D. Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra. Don Rodrigo de Silva, duque de Híjar, fué condenado al pago de diez mil ducados y á cárcel perpétua.

Cinco años despues (1653) se formó otra conspiracion contra D. Juan IV, á cuya cabeza estaba el obispo de Coímbra; tambien fué descubierta y ajusticiados todos los conspiradores, excepto el prelado que fué condenado á prision perpétua, por respeto á su carácter sagrado.

Desde el año 53 al 56 de aquel siglo, la campaña careció de animacion. Ocupábase Portugal solamente de la guerra contra los holandeses en el Brasil, sin embargo de lo cual en el último de dichos dos años perdió Portugal la isla de Ceylan.

El dia 6 de Noviembre de dicho año 1656, falleció don Juan IV. Solo tenia 53 años de edad y llevaba 16 de reinado:

por su muerte subió al trono su hijo, mayor á la sazón por haber fallecido D. Teodosio, con el nombre de Alfonso VI.

Tenia el nuevo rey trece años de edad; y era, según la historia, de muy escaso talento y de perversas intenciones; de genio irascible, violento y de malas costumbres. Pero quedó de regente y gobernadora la viuda del rey D. Juan, que era como el lector ya sabe, española; pero no podía tener España peor enemigo que ella.

La reina dió la señal de guerra, y aceptando España el reto, el duque de San German, gobernador y capitán general de Extremadura, sitió á Olivenza (1657). Acudió el conde de San Lorenzo á librar la plaza, con un ejército igual al de Castilla.

Contra las órdenes que el de San Lorenzo habia recibido de la reina regente, presentó la batalla. El duque de San German preparaba sus tropas para aceptarla, cuando casualmente se prendió fuego á las tiendas del campamento español. El caudillo portugués, que era presuntuoso y vano, creyó que el fuego habia sido puesto de intento para levantar el campo y huir. Persuadido de esto, cargó intrépidamente para picar la retaguardia á los que suponía fugitivos, y quedó sorprendido al encontrarlos preparados y puestos en orden de batalla. Sin embargo de esto, San German no se aprovechó de la sorpresa y engaño que sufrió el portugués. Este colocó su campamento frente al de Castilla, y ambos campos estuvieron frontero el uno del otro sin hacer uso de las armas, hasta un día cuya luz dejó ver que los portugueses habian desaparecido.

Mientras el duque de San German intimaba la rendición á Olivenza, el conde de San Lorenzo se dirigia á sitiar á Badajoz. El gobernador de Olivenza no quiso entregarse, y continuó el sitio: en tanto el conde de San Lorenzo determinó asaltar á Badajoz. Asaltó en efecto; y la guarnición dejó poner las escalas y que subiesen los portugueses; pero á tiempo oportuno las cortaron, y arrojando de lo alto á los que llegaron á poner el pié en el muro, cubrieron los fosos con cadáveres de portugueses.

Triste y abochornado el conde de San Lorenzo, se retiró con su ignominia, y determinó volver sobre Olivenza, á tiempo que los defensores estaban para rendirse por falta de subsistencias.

Doña LUISA DE GUZMAN, reina viuda de Portugal, dispuso que saliese D. Alfonso Hurtado con cuatro mil infantes y seiscientos ginetes á alacar á Valencia de Alcántara, para distraer hácia dos puntos la atención de nuestro ejército. D. Alfonso fué tan desgraciado en Valencia de Alcántara, como el conde de San Lorenzo en Badajoz. Visto el mal suceso del nuevo proyecto, decidió doña Luisa socorrer de nuevo á Olivenza. El gobernador

de la plaza, empero, se decidió á capitular, creyendo haber cumplido ya con su deber. Pidió capitulacion al de San German, se redactaron las condiciones, y el gobernador de Olivenza las remitió á doña Luisa, la cual no quiso aprobarlas.

Los jefes militares, fieles á su deber de soldados, se resignaron á obedecer la órden de la reina; pero los habitantes de Olivenza cansados de sufrir y temerosos de las consecuencias de un asalto, se mostraron dispuestos á abrir las puertas de la plaza á los españoles si no se aceptaba la capitulacion. El dia 30 de Mayo de 1637 se entregó la plaza al duque de San German, concediendo este á la bizarra guarnicion vencida los honores de la guerra.

La reina portuguesa procedió de una manera muy propia de su carácter arrebatado y violento, y por consiguiente sin razon ni sombra de justicia. Olvidando los muchos sufrimientos y peligros desafiados por los defensores de Olivenza, mandó encerrar á todos los jefes y oficiales en el castillo de Villaviciosa, y al gobernador conde de Saldanha (Saldaña), despues de tenerle preso, le desterró por toda su vida á las Indias. Para que la injusticia fuese más notoria, no impuso castigo ninguno al conde de San Lorenzo que solo supo acometer empresas ridículas, sacrificar gente y no socorrer á Olivenza, que fué el único encargo que recibió de su reina.

Pasó el duque de San German desde Olivenza al castillo de Mourao. Defendíale el portugués Acuña, á quien fué á socorrer el conde de San Lorenzo, con tan mal éxito como obtuvo este general en sus anteriores empresas. La caballería española salió á recibirle, y le impidió el paso del Guadiana. Viéndose Juan Ferreira de Acuña sin socorro, rindió la fortaleza al segundo asalto que dieron los españoles.

Tratóse despues de destituir al conde de San Lorenzo; y la reina, usando de más prudencia de la que acostumbraba tener, llamó á la córte al expresado general, contentándole con afables palabras, y determinó que el jóven rey se colocase al frente del ejército, llevando por tenientes á los generales Vasconcellos y Alburquerque.

El primero de dichos generales, muy querido del pueblo y que era además el alma de la guerra, encargó á Sancho Manuel el cuidado de recorrer el territorio comprendido entre Moura y Estremoz, con cinco mil hombres, á los que agregaron despues otros cinco mil.

Poco despues Vasconcellos pasó á recobrar á Mourao, casi despojado de guarnicion española, con dos divisiones que componian cerca de doce mil hombres. No teniendo la fortaleza con-

diciones de defensa por haberla despojado de tropas para llevarlas á Cataluña, Mourao se entregó; su exigua guarnicion se trasladó á Olivenza y Vasconcellos regresó á Lisboa (fines de 1657).

Enorgullecido dicho general portugués con el triunfo obtenido en Mourao, y alentado con el favor de la reina y con el aura popular, ofreció presuntuosa y ligeramente posesionarse de Badajoz. La oferta fué perfectamente recibida y todos se dispusieron á secundar á Vasconcellos.

El dia 12 de Junio de 1658 salió de Elvás el ejército, fuerte de diez y siete mil hombres con veintidos piezas, entre cañones y morteros. Las avanzadas dieron vista á Badajoz el dia 13; aquellas estaban compuestas de caballería, y los ginetes españoles salieron de la plaza á recibirla. Comenzóse el choque, que fué muy fuerte, y unos y otros se replegaron.

Mandaba la bizarra caballería española el valeroso D. Pedro Tellez Giron, duque de Osuna; y aunque la guarnicion de Badajoz solo se componia de cuatro mil infantes y mil ginetes, tenia excelentes jefes. Así como el de Osuna mandaba los ginetes, D. Gaspar de la Cueva, hermano del duque de Alburquerque, era jefe de la artillería; D. Diego Caballero de Illescas mandaba la infantería, era gobernador de la plaza el marqués de Lanzarote, y general en jefe el duque de San German. En aquella época y las anteriores, los grandes de España eran un verdadero sostén de la corona, y el antemural del reino.

Después de haber intentado Vasconcellos tomar el fuerte de San Cristóbal, asalló la plaza; pero de tal manera le rechazó el marqués de Lanzarote, que el bizarro portugués se acobardó, y no renovó el asalto. El pueblo, siempre el mismo cuando está á distancia del teatro de la guerra, comenzó á murmurar de su querido general; y de tal suerte se hablaba de él en la corte, que se determinó reemplazarle si no daban sus operaciones un pronto y feliz resultado.

Recibió Vasconcellos la desagradable noticia, y para evitar lo que temia, propuso á la reina y esta aprobó que se atacase á Badajoz por la parte de Castilla, atravesando el Guadiana. Al efecto colocó una batería en el fuerte de Viento y dió orden para asaltar el fuerte de San Miguel. Defendióse bizarramente el castillo, pero tuvo que entregarse.

Estrechadas y duplicadas las líneas, la guarnicion comenzó á hacer vigorosas salidas, que costaban mucha sangre de amigos y enemigos; mas como las fuerzas militares fuesen tan desiguales, la plaza estaba en el extremo apuro y en la corte de España casi se alteró el orden, dando por supuesta la vergonzosa pérdida de Badajoz.

El duque de Medina de las Torres propuso en el consejo que fuese á Badajoz personalmente Felipe IV, seguido de toda la grandeza del reino; empero á D. Luis de Haro no le convenia que en ausencia del rey quedase mandando la reina doña Mariana de Austria, que le aborrecia tan cordialmente como odió con toda el alma doña Isabel de Borbon al primer conde-duque de Olivares; y aunque temia ir él, porque nada tuvo de guerrero, prefirió hacer el sacrificio, á consentir que el rey abandonase la córte.

Con ocho mil infantes y mil ginetes, no escogidos sino allegados de rebato, salió contra toda su voluntad de la córte D. Luis de Haro. Mientras andaba su largo camino, dieron los portugueses dos asaltos á Badajoz, y en ambos fueron duramente castigados.

Comenzó desde entonces la discordia entre los jefes portugueses; el valor de los españoles habia reducido mucho el ejército sitiador, y la peste comenzó á arrebatar á los que el valor español perdonaba. Como ni el plomo, ni el acero, ni la epidemia distinguen entre jefes y soldados, muchos oficiales de verdadero mérito sucumbian, y los que quedaban con vida, murmuraban de Vasconcellos por su obstinacion en querer tomar á Badajoz, á cuya tenacidad todos achacaban los males que el ejército lusitano sufría.

Uno de los jefes que hablaron á Vasconcellos con más teson fué Jacobo de Magallanes, jefe de la artillería portuguesa, y el general, comprendiendo la fuerza de las razones con que se le exortaba, cedió por fin; levantó sus reales y repasó el Guadiana. Llevaba Vasconcellos cerca de siete mil hombres ménos.

Habia caminado D. Luis de Haro con notable calma, como si deseara dar tiempo á que se retirasen los portugueses, ó se rindiesen los españoles. Tan pronto como supo que habia sucedido lo primero, redobló las marchas y entró triunfante en Badajoz, como atribuyendo la fuga de los enemigos á su aproximacion á las líneas del sitio.

Animado D. Luis de Haro con su primer ensayo de guerra, penetró en Portugal y puso sitio á Elvás, á pesar de la oposicion que le hizo el duque de San German.

Tenia tomados el ministro español los castillos que habia encontrado en el camino, y quizá ya se creia un consumado general. Vasconcellos era mal enemigo y preparaba la plaza para una resistencia vigorosa, cuando recibió la orden de resignar el mando: la reina viuda, casi siempre arrebatada é irreflexiva, quiso castigarle de esta manera por haber levantado, sin orden suya, el sitio de Badajoz. No se contentó con hacer tamaña injusticia;

llegado Vasconcellos á Lisboa, le hizo encarcelar y le sujetó á consejo de guerra.

En reemplazo del destituido caudillo tomó el mando D. Andrés de Alburquerque, que no era inferior á Vasconcellos en valor ni en inteligencia. No duró mucho Alburquerque en el mando superior: cuestiones suscitadas por despreciables rencillas entre él y las autoridades civiles, fueron causa de que le reemplazasen con el conde de Castañeda, el cual, sin embargo, quiso aprovechar los conocimientos de Alburquerque, á cuyo fin le mandó atacar las líneas españolas. No pudo dicho jefe reunir para desempeñar su expuesto encargo más de tres mil hombres, poco ménos que inútiles para el caso. Entonces se dió orden para que pasasen á Extremoz varios cuerpos de tropas de otras provincias, en las que por entonces no eran necesarios.

El día 11 de Enero de 1659 pasó muestra el de Castañeda en Extremoz á más de diez mil hombres, de regular ejército. Con ellos salió de aquel punto para socorrer á Elvás, en donde su gobernador Sancho Manuel y la escasa guarnicion hacian prodigios de valor.

El día 14 del mes arriba citado, estaba ya el conde de Castañeda recorriendo su línea de batalla, y animando á su hueste para un trance decisivo. Hé aquí la arenga que se pone en boca de dicho caudillo:

«Soldados, yo he tomado el mando que me ha confiado nuestra reina, para sacrificarme por la patria en una edad en que debería ya descansar. Sirvámosla, pues, y salvemos á Elvás del furor de los castellanos, ó perezamos hoy combatiendo generosamente. Me prometo la victoria, porque os veo á todos ansiosos de venir á las manos con ellos. Ya sé que el número no os acobarda, porque muchas veces los habeis vencido siendo más que vosotros. Su general no tiene conocimientos del arte de la guerra. Criado en la córte y acostumbrado á una vida deliciosa, apenas llegue á sus oídos el estruendo de nuestras armas, huirá vergonzosamente y hará perder el ánimo á sus soldados. Los habitantes de Elvás os colmarán de alabanzas. todo el reino os aplaudirá, y el mundo verá que los portugueses son invencibles cuando pelean por la gloria y por la salud de la patria.»

El choque fué terrible: D. Luis de Haro dió á correr, y se encerró en el fuerte de Gracia, en donde se parapetó para ver la batalla fuera de todo peligro. Pero cuando observó lo sangriento de la accion, no le bastó el verse dentro del castillo; montó de nuevo á caballo y corriendo á rienda suelta, no paró hasta Badajoz. Representó el de Haro en aquella ocasion un tristisimo

papel; hubiérale valido más no haberse movido de la córte. De este modo él se hubiera evitado el imponderable temor que le sacó de sí, no se hubiera puesto en evidencia, y se hubiese evitado también á España aquel dia de luto y de sangre, que se debió exclusivamente á su necia imprudencia.

Nunca podrán ser bastante alabados los generales duque de San German y de Osuna, así como el maestro de campo Muxica, que hicieron verdaderos prodigios de valor. Pero el terreno, las fuerzas materiales, el estar en su propia casa, todo, en fin, favoreció á los portugueses y quedaron vencedores. Lo referido fué lo más notable de cuanto ocurrió en la guerra de Portugal, por la parte de Extremadura.

Por la frontera de Galicia no fué tan cruda la guerra. Sin embargo, el general español marqués de Viana, sin más que una division de cinco mil hombres, pasó el Miño y despues de fortificar los puntos que creyó más necesitados de resguardo, llegó á establecer sus cuarteles en la provincia de Entre-Duero y Miño.

El conde de Castel Melhor, general portugués, hizo frente al marqués de Viana; pero aquel fué derrotado por este, y se refugió y fortificó en las montañas de Coura.

Despues tomó el de Viana el fuerte de Lampella y sitió la plaza de Mourao, que se defendió vigorosamente; más sin embargo, pasó á poder de los españoles.

También tomó el valeroso general español la plaza de Salvatierra y el castillo de Portella. Por manera que si bien por la parte de Galicia no hubo tanto movimiento guerrero como en la de Extremadura, en cambio hubo más fortuna y se cosechó más gloria en la primera que en la última.

Casi al terminar el sexto decenio el autómeta-rey y el *valeroso* Haro cometieron la insigne torpeza de restablecer el consejo de Portugal, cuando podia considerarse como perdido aquel reino, y cuando acababa el célebre ministro de dar á los enemigos el ridículo espectáculo de huir como un tímido gamo ante los diestros y ágiles cazadores.

DECENIO SÉTIMO.

AÑO 1661.

El dia 9 de Marzo fallció el cardenal Mazzarino, y con su muerte faltó del mundo uno de los que en él pasan por hábiles

diplomáticos, y que son en él una verdadera calamidad. Si este ministro y su antecesor Richelieu no hubieran nacido, no solamente España sino la Europa entera hubiera ganado mucho.

Cuentan de este ministro que dejó una fortuna de ochocientos millones; suma fabulosa en aquella época. Quizá por efecto de remordimientos legó todos sus tesoros al rey Luis XIV, el cual no quiso aceptarlos y pasaron á poder de Hortensia Mancini, sobrina de Mazzarino.

PORTUGAL.

Continuaba la guerra con varia fortuna; y puede asegurarse que sin el talento, decision y energía de la española doña Luisa de Guzman, madre del rey, quizá hubiera vuelto á incorporarse á la ibérica península aquella hermosa parte, fatalmente segregada de su todo.

Aun la reina viuda con todo su ánimo y varonil carácter tuvo muchos momentos de desaliento y desánimo; porque libre el gobierno de España de la guerra de Cataluña y de otros graves cuidados que antes le habian oprimido, cargaba todos sus recursos sobre Portugal; empero faltaba sobre el trono Felipe II, y no existian Cristóbal de Mora, ni el duque de Alba, ni tantos célebres políticos y guerreros como tuvo España en el siglo XVI.

Una de las cosas que más desanimaban á doña Luisa de Guzman, era la noticia de lo ocurrido respecto de Portugal al firmar el tratado de los Pirineos. Y era extraño que una mujer del claro talento de la reina viuda de Portugal, no hubiese comprendido que lo mismo Francia que Inglaterra tenian un vivo interés en que Portugal no se reincorporase á España, y que tampoco diese al predicho tratado la fuerza que en realidad tuvieron y tienen todos los documentos diplomáticos, que viven y están en vigor todo el tiempo que conviene á una de las partes que los firman ó firmaron.

Esta verdad se vió muy pronto probada en la ocasion de que venimos hablando, y no tardó mucho en tranquilizarse la reina viuda. Luis XIV, á pesar del silencio que respecto de Portugal guardó el tratado suscrito en la isla de los Faisanes, decretó un socorro de soldados franceses que habian de pasar á Portugal, en favor del rey menor.

Fué nombrado jefe de la expedicion el mariscal de Schomberg, valeroso, hábil y experimentado, y á sus órdenes iban hasta ochocientos jefes y oficiales franceses veteranos é inteligentes,

encargados de instruir y organizar el ejército portugués. España reclamó contra aquella flagrante infracción del tratado de los Pirineos; pero la reclamación no fué escuchada. El gobierno que no está dispuesto á exigir que se le escuche por la fuerza si no se le atiende de grado, no debe reclamar; y cuando se trata de hacer reclamaciones de cierta especie y á naciones marcadas, al hacerlas debe tenerse todo pronto y dispuesto para exigir y obtener lo que es justo y lo que de derecho se merece.

Luis XIV ya desde el año anterior habia proyectado el casamiento de la infanta doña Catalina, hermana de Alfonso IV de Portugal, con Carlos II de Inglaterra. España, por medio de su embajador en Londres, trató de impedir dicho matrimonio y ofreció al inglés la mano de una princesa de la casa de Parma, á la cual Felipe IV señalaría el dote de infanta de España.

Al mismo tiempo Portugal ofrecía al rey Carlos II con la mano de doña Catalina 500,000 libras esterlinas de dote, la plaza de Tánger en Africa, la de Bombay en las Indias Orientales, y el libre comercio de Inglaterra en Portugal y sus colonias.

A pesar de esto vaciló el inglés; pero segun se dice, mandó al conde de Bristol á Parma, y este, bien porque fuese verdad ó porque estuviere ganado por Francia, es lo cierto que informó á su rey tan desfavorablemente respecto de la fealdad de las parmesanas, que se decidió por la portuguesa y en el mes de Mayo se firmó el tratado de matrimonio.

Entonces Portugal contó con nuevos recursos: al socorro de tropas francesas, se agregó otro de diez mil infantes y dos mil quinientos ginetes ingleses, y se dieron facultades al marqués de Sande D. Francisco de Melo, embajador de Portugal en Londres, para que reclutase dicha gente, comprase armas y dispusiese una armada que habia de pasar de Inglaterra á Portugal.

Dispuesto todo á gusto de la reina doña Luisa, se quitó el mando de los nuevos auxiliares al jefe inglés que provisionalmente le habia obtenido para dársele al mariscal de Schomberg, quien desde aquel momento quedó de general en jefe de portugueses, ingleses y franceses.

Mientras de tal manera se nublaba para España el horizonte político y contra ella se aunaban en Portugal Inglaterra y Francia, los llamados *Flibustiers* (filibusteros), que no eran otra cosa sino la gente más perdida y desmoralizada de Holanda, Francia ó Inglaterra, hacian una guerra vandálica é infame, entrando y saliendo en las Antillas, devastando y asolando nuestras posesiones americanas.

El gobierno español, que atendia con preferencia, aunque á su manera, á la guerra de Portugal, llamó á D. Juan de Austria

para encargarle el mando del ejército, y pudo reunir ménos de diez mil infantes y unos cuatro mil ochocientos ginetes. El hijo de Felipe IV, español de nacimiento, prefirió para formar aquel corto ejército á los extranjeros: compuso sus tercios de flamencos, alemanes y naturales de otros paises; y desentendiéndose de los mejores soldados del mundo, los españoles, fió el honor de las armas de su patria, á manos extrañas y á gente mercenaria.

Dióse, pues á D. Juan el encargo de penetrar en Portugal por Extremadura, en tanto que el duque de Osuna llamaba la atención de los portugueses por la frontera castellana con cinco mil hombres, y el marqués de Viana, con otros cinco mil por la frontera gallega.

No procedió D. Juan con su acostumbrada actividad; y aun dió lugar á que el rey su padre, con bastante acritud, le reprendiese, y mandase abrir sin demora la campaña. Entonces, sentido D. Juan por efecto del punzante acicate, penetró en Portugal y brevemente tomó la plaza de Arronches (16 de Junio), á los tres dias de su entrada en el vecino reino lusitano. Fortificó la plaza y pasó á tomar la fortaleza de Alconchel, que tenian los portugueses á dos leguas de Olivenza.

Suspendió la ejecucion de su designio por atender á otros preparativos de guerra, hasta que encomendó la proyectada empresa al ya conocido maestro de campo D. Diego Caballero de Illescas, el cual la dió felice cima; arrojó del castillo á los portugueses y puso en él guarnicion de los tercios que consigo llevaba (Diciembre).

Por la parte de Galicia, nada ocurrió que merezca consignarse. El duque de Osuna, en la de Castilla, tomó el castillo de Valdemula y el de Albergaria, y regresó á Ciudad-Rodrigo, á cuarteles de invierno.

El día 6 de Noviembre falleció el príncipe D. Felipe Próspero, que debió ser el quinto rey de su nombre, con gran sentimiento del rey, que no tenia otro hijo varon. El día 11 nació otro príncipe, que fué por cierto tan desgraciado como él hizo desgraciada á la nacion, á quien pusieron Carlos por nombre, y fué despues el segundo rey de su nombre.

Casi por aquellos dias dejó tambien de existir D. Luis de Haro, conde-duque de Olivares, marqués del Carpio, ministro y favorito de Felipe IV (17 de Noviembre). Tuvo este prócer la fortuna, concedida á muy pocos favoritos de reyes, de haberle faltado la vida antes que al favor real. Dicese que la reina recibió más placer que alegría por aquella muerte: no sucedió lo mismo al pueblo, que recibió casi con sentimiento la nueva, por



que el valido cometió desaciertos muy grandes; más ni fué tirano, ni orgulloso, ni opresor de los súbditos de su soberano. Lejos de enmendar los errores de su fatal predecesor, puede decirse que en el errar fué su émulo; sin embargo, ni fué vengativo, ni mal intencionado como Olivares. Tenia D. Luis sesenta y tres años cuando falleció.

El rey distribuyó los tres cargos más importantes que habia desempeñado el difunto ministro, entre el cardenal Sandoval, el duque de Medina de las Torres y el conde de Castrillo. Habiéndose visto olvidado en la reparticion el marqués de Liche, primogénito de D. Luis de Haro, concibió el proyecto de vengarse del rey de una manera atroz y bárbara. Al efecto dispuso la ejecucion de una mina que hizo llenar con barriles de pólvora, debajo del teatro del Buen Retiro. A una señal convenida, en el momento en que el rey estuviese en el teatro, se daría fuego á la mina, y el rey y cuantos con él estuviesen volarian por el espacio, hechos pedazos.

Descubierto á tiempo el infame proyecto, fueron presos los conspiradores y pagaron con la vida su enorme delito. En cuanto al marqués de Liche, recibió un amplio perdon, tan generoso como inmerecido. Sin embargo, su arrepentimiento fué igual á la gracia que recibió del rey, á quien en lo sucesivo sirvió con la mayor lealtad y decision.

AÑO 1662.

PORTUGAL.

Aguardó D. Juan á la llegada de la primavera, para abrir la campaña. El día 7 de mayo pasó el Caya y se acercó á los Olivares de Campo-Mayor. Apoderóse despues de Villabuín y la hizo poner fuego, despues de lo cual hizo prisionero á un correo del conde de Marialva, general portugués, que estaba á la sazón en Estremoz. D. Juan, lleno de ánimo, dió libertad al correo, despues de interceptar los pliegos, y le mandó decir al de Marialva *que se preparase á recibirle porque pensaba pasar á verte.*

«Los jefes ó cabos principales que acompañaban á D. Juan de Austria en esta empresa eran: D. Francisco de Tuttavilla, duque de San German, capitán general y gobernador de las armas: Luis Poderico (italianos ambos), maestre de campo gene-

»ral; D. Diego Caballero de Illescas, general de la caballería;
 »D. Gaspar de la Cueva Enriquez, hijo del duque de Alburquerque, general de la artillería; D. Diego Correa, teniente general de la caballería; y M. de Langres, francés, general titular de la artillería.

» Aunque el gobernador de las armas de Portugal era el marqués de Marialva D. Antonio Luis de Meneses, favorito del joven rey Alfonso VI, el verdadero encargado de dirigir las operaciones de la guerra era el mariscal francés conde de Schomberg.

» Hé aquí el tren y aparato con que marchaba D. Juan de Austria para el servicio del ejército español: quinientas mulas de tiro: cuatro medios cañones de á veinte y cinco libras: cuatro cuartos de cañon de á diez libras: ocho sacres de á seis libras: ocho petardos: tres trabucos: ocho mansfeldt de á seis libras: ciento diez carros y galeras: cuatrocientas carretas de bueyes: quinientos bagajes de arrieros: en ellos se cargaron cuatro mil granadas, seiscientas bombas: faginas embreadas, balería, cuerda, etc. El veedor general del ejército llevaba quinientas carretas de bueyes, con cebada para veinte dias, pan fresco y bizcocho para treinta, en cajones de á cuarenta arrobas. Seguía el tren de hospital con las medicinas y drogas necesarias para la curacion de los enfermos. — Mascareñas: Campaña de Portugal ejecutada por D. Juan de Austria en 1862. — (Laf. T. XVI).

A vista del ejército portugués, el de D. Juan se preparó á la batalla. Comenzaron los disparos de cañon; pero en realidad se emprendió la accion sin haberla empeñado. D. Luis Poderico, maestre general italiano, muy fiel servidor de Felipe IV y guerrero veterano de tanto saber como grande experiencia, aconsejó á D. Juan que no empeñase la batalla. Entonces el de Austria, moviendo su campo, comenzó á atacar y destruir los castillejos de atalaya y casas de campo situadas en aquellos contornos.

Pasó despues al castillo de Borba, é intimó la rendieion á Rodrigo de Acuña, que era el gobernador. Irritóse D. Juan con la resistencia, y persistiendo, tomó por fuerza de armas el castillo é hizo ahorcar al gobernador, á otros dos jefes y al juez letrado.

Despues consintió en el saqueo de Borba, quemó pueblos é hizo todo lo suficiente para que los portugueses se hiciesen más enemigos de España de lo que antes eran.

En el mismo mes de Mayo puso el de Austria sitio á Jurumeña. Acudió Schomberg, acompañado de Marialva, á socorrer á los sitiados, y D. Juan llamó á las guarniciones de Olivenza y Badajoz, para reforzar su ejército.

A pesar de los vivos y eficaces esfuerzos hechos por los por-

tugueses, no les fué posible forzar las líneas del caudillo español; y agotados todos los recursos, Marialva mandó aviso al gobernador de Jurumeña para que se rindiese cuando no pudiese presentar más resistencia, dejando á salvo en lo posible el honor de las armas portuguesas. Así decia el de Marialva al gobernador militar de Jurumeña.

Esta noite passada (le decia por medio de un soldado que entró en la plaza por el rio) *corri todas as linhas do enemigo para avanzar a noite que vem, e acho por impossivel poder socorrer á V. mrd: assi que V. mrd. pelejando entregue á praza com o mayor credito que ser puder das armas portuguesas e á honra de V. mrd.*

Despues de esto, Marialva se retiró á Villaviciosa, y allí hizo construir un fuerte para defensa de la plaza.

Un solo tercio de españoles que habia en aquel ejército malamente llamado español, al dar el último asalto se replegó á su campo. Otro tercio italiano se mantuvo firme y se batió con el mayor valor. No fué menester más para que los leones castellanos se diesen por sentidos de parecer menos valerosos que los soldados de Italia; para probar lo contrario asaltaron de nuevo, y aunque experimentaron no escasa pérdida, porque era de dia y el enemigo que los vió acercar se preparó á recibirlos, hicieron verdaderos prodigios de valor; y Jurumeña se rindió (9 de Junio).

Despues de Jurumeña se entregaron Monforte, Veiros, Crato y Alte de Chão, hecho lo cual se retiró D. Juan á Badajoz á descansar de aquella primera campaña, que fué muy gloriosa para él, aunque se distinguió demasiado por una energía que algunas veces degeneró en crueldad.

En 1662 el duque de Osuna tomó á Escalona: el arzobispo de Santiago, sucesor del marqués de Viana en el mando del ejército de Galicia tomó á Portella y á Castel-Lindoso.

AÑO 1663.

PORTUGAL.

La reina regente de Portugal hallábase disgustada, así por las intrigas y ambiciones de los magnates, como por los desórdenes de su hijo. Hé aquí lo que del jóven rey de Portugal se dice en el *Epítome de Historias Portuguesas*:

«Su mayor gusto, dice Faria y Sousa, era entretenerse con
 »negros y con mulatos, ó con gente de la hez del pueblo..... lla-
 »mábalos sus valientes ó sus guapetones, y con ellos corría de
 »noche las calles de la ciudad, insultando á cuantos encontra-
 »ba..... No salía nunca de noche que no publicase el dia despues
 »por toda la ciudad el mal que habia hecho á muchos ciudada-
 »nos: temian encontrarle como á un animal feroz que habia es-
 »capado de la cueva..... Hacia venir mujeres mundanas á pala-
 »cio: muchas veces iba él mismo por ellas á las casas públicas:
 »pasaba las noches en deleites deshonestos con ellas..... etc.»

Poco podia prometerse el reino portugués de un rey como Alfonso VI. Su madre no pudiendo contenerle y cansada de luchar con los magnates, se retiró á la vida privada, aunque no se desprendió totalmente del cuidado del gobierno, por el justo temor de que se perdiese el fruto de sus vigiliias y cuidados de tantos años; que á ella solamente debieron su esposo y su hijo el trono portugués.

El dia 6 de Mayo salió de Badajoz D. Juan con doce mil infantes, mil quinientos ginetes, diez y ocho cañones, tres morteros, y tres mil carros de municiones de boca y guerra.

Mandaba las armas portuguesas en Alentejo D. Sancho Manuel, conde de Peñafior. D. Juan llegó á Evora, plaza importante, y la rindió á los pocos dias; y poco despues tomó, cerca de Setubal, á Alcázar do Sol.

Estas noticias hicieron que se alterase el orden en Lisboa, porque se alarmó el pueblo y comenzó á clamar contra los ministros portugueses, que eran nuevos y los achacaba la culpa de los desastres ocurridos.

La reina apoyada por las autoridades locales lograron aplacar al pueblo, bajo la palabra dada de que se expediria orden al conde de Peñafior, para que inmediatamente diese la batalla á los enemigos.

Llegó la orden al campamento lusitano; el conde de Peñafior puso su ejército en movimiento, y atravesando el Odegebe llegó casi á vista de Evora, y puso sus tropas en orden de batalla. Estaba aquel separado del de D. Juan de Austria, por el rio.

El mariscal de Schomberg que habia podido ganar la delantera, examinó y aprovechó los accidentes del terreno, y no desperdiciando ningun punto estratégico, se preparó de modo que estaban de su parte todas las ventajas. Llegó D. Juan y observando atentamente las posiciones que habia ocupado Schomberg, no quiso empeñar la batalla y despues de guarnecer á Evora, se retiró á Badajoz.

Entonces se puso el ejército portugués en marcha, siguiendo

al de D. Juan; però ni unos ni otros se determinaban á empeñar la batalla, hasta que al llegar á Amejial las tropas de D. Juan, rompieron el fuego las portuguesas.

El valor fué igual en las de D. Juan y en las de Portugal; pero no se supo por el momento de cuál de ambas partes beligerantes había sido el triunfo; porque habiendo comenzado la batalla poco antes de ponerse el sol (8 de Junio), la noche dividió á los combatientes. Al aparecer el nuevo día se vieron los horribles destrozos ocurridos la víspera. Más de cinco mil portugueses perecieron; pero del ejército de D. Juan, á ocho mil llegaron los que quedaron fuera de combate. Y note el lector que de propósito hemos llamado siempre *soldados de D. Juan* y no españoles á los del ejército de España, porque aquel prefirió los mercenarios extranjeros á sus valientes compatriotas, que hubieran peleado con su connatural valor unido al noble y punzante acicate del amor de su patria y del honor nacional. Un solo tercio español se contaba en aquel ejército mixto; á no haber sido así, quizá los portugueses no hubieran cantado la victoria. Ni tienen por qué jactarse tampoco del triunfo; porque este le debieron principalmente á la infantería inglesa.

Entre los que perecieron de nuestra parte se contó al jóven marqués de Liche que peleó con grande valor, y lavó con su sangre, como noble, la mancha que echó sobre su honor al meditar la infame y sangrienta traición de volar el teatro del Buen Retiro.

En cuanto á D. Juan de Austria, puede asegurarse que en el valor se puso en aquella terrible noche á la altura del más valeroso general de su siglo y de los anteriores. Siempre expuesto á los golpes del enemigo, despues de haberle muerto dos caballos é inutilizado el tercero, á pié con una pica en la diestra peleó como un simple, pero muy valiente, soldado. No estuvo tan bien como general; cierto es que entre las sombras de una muy oscura noche, era muy comprometida é incierta la direccion de la batalla. Esta lleva el nombre histórico de batalla de Amejial: otros la denominan del Canal, y algunos de Estremóz; porque esta ciudad está próxima al sitio en que se dió la memorable batalla.

La pérdida definitiva de Portugal estaba decretada, y ya no podia esperarse otra cosa que desaciertos de parte del gobierno, y desastres en la campaña. A labatal la de Amejial siguió la pérdida de Evora y la de Villafior. Schomberg no pudo tomar á Arronches; pero en cambio se incendió el almacen de pólvora que habia en la plaza, y con él volaron dos mil de los pocos españoles que habia en aquel ejército.

Tambien por la parte de Galicia se perdió á Castel-Lindoso; y solamente el duque de Osuna dió buena muestra de sí batiendo á los portugueses junto á Valdemulas con dos tercios ménos de fuerzas de los que tenia el enemigo (30 de Diciembre).

AÑO 1664.

PORTUGAL.

Enorgullecidos los portugueses con sus triunfos, de los que la mayor parte correspondia á los auxiliares, penetraron en España con el conde de Marialva, y pusieron sitio á Valencia de Alcántara.

Gobernaba la ciudad el bizarro maestre general D. Juan de Ayala y Mejía, al frente de tres tercios de valerosos soldados. No estaba fortificada la plaza, ni tenia la menor defensa artificial; sin embargo, el bravo maestre se sostuvo algunos meses y supo merecer grandes y unánimes elogios de sus mismos enemigos.

Agotados, empero, todos los recursos, fué forzoso entregar la plaza (mes de Junio), capitulando de muy honrosa manera.

Fuera de esto, del abandono de Arronches y Codiceyra y de hacer algunas correrías y talas con daño de los pacíficos é inermes vecinos, nada ocurrió de notable.

Nada sucedió, tampoco digno de referirse en las provincias de Tras-os-montes, Beyra y Entre-Douro y Minho.

Los desastres de una parte y la inaccion de otra, hicieron que se quitase el mando á D. Juan de Austria y al duque de Osuna. El primero hizo renuncia de su cargo, quejándose amargamente de que no se le mandaba dinero, ni municiones, ni víveres; y esta era consecuencia de la aversion que á D. Juan tenia su *madrastra*, la reina doña Mariana. El hijo de Felipe IV sabia esto perfectamente, y comprendió que si no renunciaba seria depuesto, ó se le quitarian paulatinamente todos los recursos para que cayese de una manera bochornosa. Doña Mariana, olvidada de que era esposa del rey de España y que la gloria de esta nacion era la suya propia, tuvo la puerilidad, por no calificarla de otra manera, de no querer que un hijo ilegítimo de su esposo adquiriese la inmarcesible gloria de haber recuperado al Portugal.

En cuanto al duque de Osuna no se procedió con justicia. Al finalizar el año anterior adquirió mucha gloria venciendo con tres mil hombres á nueve mil portugueses; más en el siguiente,

sitiando á Castel-Rodrigo, aquellos mismos soldados, antes tan valerosos, no quisieron batirse; ó más bien, envueltos entre un número mucho mayor de gente de nueva leva que se acobardó al comenzar la lucha, no supieron mostrarse tales como eran, y completamente desordenados y descompuestos, dieron lugar á que en ellos se cebase la caballería portuguesa. Pero el duque de Osuna hizo esfuerzos heróicos; su hijo, D. Juan Giron, murió peleando como un verdadero héroe, y no mereció su valeroso padre que en premio de sus grandes servicios y sin consideración á la pérdida del querido hijo, se le depusiese del mando. Y no crea el lector que los ministros de Felipe IV se contentaron con exonerar al valeroso é inteligente duque: se le redujo, además, á prision y se le multó en CIENTO MIL ducados. Para cohonestar tan arbitrario é injusto proceder se dijo, que aquella multa era castigo por las contribuciones que el duque habia sacado para sostener sus tropas; más los ministros omitieron decir que le obligaban á mantenerlas y á sostener la guerra, sin remitirle un ducado.

Por fin el duque, lleno de energía y teson, se justificó plenamente, y sus jueces tuvieron que absolverle; pero como hace notar muy oportunamente un elegante é ilustrado historiador, *la persecucion de los dos duques de Osuna, padre é hijo, ambos excelentes capitanes y distinguidos servidores del rey y de su patria, señalaron el principio y el fin del reinado de Felipe IV.*

Por aquel tiempo pidió auxilio el emperador de Alemania contra el turco, á España y Francia. Esta se le ofreció, bajo la expresa condicion de que España enviase á Alemania un número de soldados igual al que mantenian en Italia. El emperador instó á Felipe IV por medio de su hermana, la esposa de este rey, y del confesor de la misma, el Padre Nithard. El rey D. Felipe aceptó; y sin considerar el estado en que se hallaba la guerra de Portugal y la falta de tropas para hacerla frente, se comprometió neciamente á mantener en el imperio de Alemania doce mil infantes y seis mil ginetes.

Para atender á la guerra de Portugal se reunieron tropas de Italia, Flandes y Alemania, hasta reunir quince mil infantes y siete mil ginetes. Dióse el mando de la caballería española al valerosísimo D. Diego Correa; el de la extranjera á Alejandro Farnesio, nombre y apellido célebres en los fastos de las guerras españolas; el de la artillería, compuesta de catorce piezas de diversos calibres y cuatro morteros, á D. Luis Ferrer; se dió el cargo de maestre general del campo á D. Diego Caballero, y el de general en jefe al marqués de Caracena.

Este general, más presuntuoso que hábil, ofreció al rey marchar derechamente hasta Lisboa. Cuando llegó á Portugal, comprendió que habia hablado muy ligeramente y se limitó á poner sitio á Villaviciosa.

Schomberg y Marialva se situaron en Montesclaros y no avanzaron, al ver que Caracena tenia ocupadas todas las posiciones más ventajosas. Este general, con una insensatez pasmosa, determinó avanzar, contra el dictámen de todos los demás generales, que le aconsejaban no abandonase sus buenas posiciones, en las que consistia, sin género de duda, el éxito de la batalla. Tan obstinado como inhábil Caracena en aquel momento, no quiso oír consejos, y avanzó para presentar la batalla, la cual fué muy reñida, sangrienta, y duró más de ocho horas, durante las cuales unos y otros pelearon con verdadero encarnizamiento.

Viendo el de Caracena las consecuencias de su torpe ignorancia, mandó tocar á recoger, como entonces se decia, abandonando en Montesclaros la artillería (Junio). Siete mil hombres perecieron de una y otra parte, tocando de este número al ejército de España, aunque eran españoles los ménos, cuatro mil. El valerosísimo D. Diego Correa, quedó prisionero y el marqués de Caracena se retiró á Badajoz, desde donde dió parte al rey de lo ocurrido, teniendo la audacia de añadir que si se mandaban refuerzos, la conquista seria más fácil entonces que lo habia sido nunca.

Es inexplicable el furor con que recibió el pueblo de Madrid la noticia de aquel desastre, que quitaba casi toda esperanza de la anhelada reconquista. Clamábase públicamente contra el de Caracena por su temeraria imprudencia y sin igual ineptitud, y contra los que habian puesto en sus manos el mejor ejército, aunque en su mayor parte extranjero y mercenario, que en muchos años se habia podido reunir.

En cuanto á Felipe IV, puede decirse que la noticia del terrible desastre fué para él un golpe de muerte. Al recibir el parte del de Caracena solo pudo decir con desfallecida voz: *¡Cúmplase la voluntad de Dios!* y cayó desmayado. Vuelto en sí sintióse muy enfermo; que los males del espíritu matan al cuerpo. Sumergido en una sombría tristeza, ni queria tomar alimento, ni hablar, ni que le hablasen. Veíasele á tiempos preso de un profundo letargo, y á tiempos agitado por los remordimientos hijos de los pasados errores, por lo negro é infausto de lo porvenir, que bien conocía aunque tarde el estado en que se hallaba la monarquía, y por hallarse sin un verdadero amigo que le consolase.

No le agitaba ménos el contemplar con melancólica vista á su

sucesor, á la sazón niño de cuatro años y tan delicado y enfermizo que no parecia sino recién nacido; y sobre todo, atribulaba su angustiado espíritu el recordar la pugna continua que existía entre su esposa y su hijo D. Juan de Austria, siendo así que este era la única persona capaz de sostener la semi derrumbada monarquía, y era el hombre de más valor militar y político de cuantos podían auxiliar al trono y la nación.

En este desgraciadísimo estado se encontraba Felipe IV, cuando se le declaró una violenta disenteria, que en muy pocos días le puso al borde del sepulcro.

Conociendo él mismo la gravedad de su estado, quiso hacer testamento. Legó la corona á su único hijo varón el príncipe don Carlos; á falta de este á la infanta doña Margarita y sus legítimos descendientes y sucesores, en defecto de estos á los de su tía doña María, emperatriz de Alemania, faltando los cuales pasarían los derechos á la corona á los descendientes legítimos de la infanta doña Catalina, tía también del rey, á la sazón duquesa de Saboya.

No olvidó el excluir á los descendientes de su hija la infanta doña María Teresa, reina de Francia, como esposa de Luis XIV, consignando en el testamento estas notables y solemnes palabras: «Queda excluida la infanta doña María Teresa y todos sus hijos »y descendientes varones y hembras, *aunque puedan decir ó »pretender que en su persona no corre ni pueden considerarse »las razones de la causa pública ni otras en que pueda fundarse esta exclusion*; y si acaeciese enviudar la serenísima infanta »sin hijos de este matrimonio, en tal caso queda libre de la exclusion que queda dicha, y capaz de los derechos de poder y »suceder en todo.» El lector verá pronto de qué sirvió el cuidado que el moribundo rey tuvo de insertar la precitada cláusula.

En cuanto al gobierno del reino y cuidado del futuro rey, dejó á doña Mariana, su esposa, como tutora del príncipe D. Carlos y como regente, asistida de un consejo compuesto del presidente de Castilla, conde de Castrillo; de D. Cristóbal de Crespy, vicescanciller de Aragon; del cardenal D. Pascual de Aragon, arzobispo de Toledo é inquisidor general; del marqués de Aytona, en representación de la grandeza, y del conde de Peñaranda, en la del Consejo de Estado. Hecho testamento, pidió y recibió con gran devoción los Santos Sacramentos, y despues de decir á su tierno hijo, con notable aflicción, «¡Quiera Dios, hijo mio, que seas más venturoso que yo!», dejó de existir Felipe IV, llamado, por el primer conde-duque de Olivares, el *Grande*, el día 17 de Setiembre de 1665. Tenia sesenta años de edad y llevaba cuarenta y cuatro de reinado.

El amable y dulce carácter del rey, unido á su natural débil y ductil, fué su verdugo y el de su nacion. Fué desgraciado en no haber tenido cerca un hombre de talento y recta intencion, que hubiese sabido guiarle por el mejor camino, y no lo fué ménos en no tener resolucion para separar de su lado á los que le conducian á la ruina y con él á todo el reino. Felipe IV pudo ser poco apto para el gobierno del Estado y pecar mucho más de indolente que de laborioso; mas cúlpese de esto, principalmente al conde-duque de Olivares que le hizo creer perjudiciales errores, y que por mandar como verdadero rey absoluto y de hecho, formó verdadero estudio y empeño en hacer que en el que lo era de derecho se desarrollase el gusto por los placeres, y el tedio y la aversion al trabajo. Por lo demas, Felipe IV no fué orgulloso, ni déspota, ni rencoroso, ni vengativo; fué liberal y magnífico para premiar el talento y socorrer la indigencia, y su bondadoso corazon se dió á conocer en el generoso é inmerecido perdon que otorgó al marqués de Liche, hijo de D. Luis de Haro. Su desgracia y la del reino consistieron en su dulce carácter; y el que con él nace, para tormento suyo y para el de otros muchos, con él muere.

FIN DEL TOMO X.

El amable y dulce carácter del rey, unido á su natural debilidad y fragilidad, fué su verdugo y el de su nacion. Fué desgraciado en no haber tenido cerca un hombre de talento y recta intencion, que hubiese sabido conducirle por el mejor camino, y no lo que no nos es en su honor, sino en su desgracia, por el mal camino que le condujo á la ruina y con él á la del reino. Felipe IV pudo ser poco útil para el gobierno del Estado, y para mucho más de lo que debía que de tal modo, mas culpable de esto, principalmente al contarle el Rey, que le hizo cometer perniciosos errores, y que por muchos otros como verdaderamente se hizo, por lo que no verdadero talento y capacidad en el Rey, que en el que lo era de derecho se desahucase el gran por las guerras y el odio y la aversion al trabajo. Por lo demás, Felipe IV no fue un hombre hábil, ni necesario, ni venturoso, ni liberal y mas hábil para premiar el talento y socorrer la indigencia, y su debilidad en razon se dio á conocer en el renuncio á tan derecho hereditario que otorgó al marqués de Sade, hijo de D. Luis de Haro. Su desgracia y la del reino consistieron en su dulce carácter, y el que con él nace, para tornamiento suyo y para el de otros muchos, con el muerte.

FIN DEL TOMO X

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO X.

SIGLO XVII.

DECENIO PRIMERO.

Año 1601.

ESPAÑA.

Páginas.

Publicase la orden para trasladar la corte á Valladolid.—Razones que presenta el duque de Lerma para motivar la traslacion.	5
Sale el rey de Madrid.—Inconvenientes de la traslacion.—Circular reservada y sellada que expide el de Lerma.—Publicase la circular.—Su contenido.	6
Alarma general.—Pidense donativos.—Generosidad con que se responde al llamamiento del gobierno.—Pública cuestionacion.	7
Pobreza de los tesoros público y real.—Lujo deslumbrador que al mismo tiempo ostentan el valido del rey y la corte.	

FLANDES.

Mauricio de Nassau ataca á Rhimberg.	8
Entrégase Rhimberg.—Llegan á Flandes los tercios de Italia.—Sus jefes.—Determina el archiduque Alberto sitiar á Ostende.	

Año 1602.

ESPAÑA.

Saraos y festines en la corte.—Disculpa el de Lerma sus dilapidaciones echando la culpa al reinado de Felipe II.—Prepárase una expedicion contra Inglaterra y otra contra Argel.	9
Recuerdo de la popular obra titulada GIL BLAS DE SANTILLANA.	10

EXPEDICION Á IRLANDA.

- Reprobable y fea conducta de los ingleses.—Dispónese una armada contra ellos, al mando de D. Martín de Padilla.—Sublévase Irlanda contra la Inglaterra.—Dirigese á favorecer á la primera la expedicion española.—Verificase por dos partes el desembarco.—Aguilar desembarca en Kinsale y Brochero en Baltimore. 12
- Batalla.—Cobardía de los irlandeses.—Quedan aislados los españoles.—Quedan por estos Baltimore y Kinsale.—Condiciones de capitulacion.—El virey de Inglaterra acepta las condiciones.—Salen Aguilar y los españoles con banderas desplegadas y tambor batiente. 13

DECENIO PRIMERO.

• Año 1603.

ESPAÑA.

- Miseria general en España.—Pobres recursos que inventa, para remediar los males, el de Lerma.—Fatales consecuencias de dichos recursos.—Aprovéchanse de las circunstancias los judíos conversos y cristianos nuevos. 14
- Memorial que presentan á Felipe III.—Es concedido.—Condiciones de la concesion.—Mala fé de los judíos.

CÉLEBRE SITIO DE OSTENDE.

- Circunstancias de la importante plaza de Ostende. 15
- Dificultades que se presentaban para rendirla.—Francis de Vere, gobernador de la plaza, pide capitulacion al archiduque Alberto.—Retrátase el primero, porque recibe refuerzos.—Determina el archiduque, resentido, dar el asalto general. 16
- Asalto dado con tanto valor, como desgracia.—Sedicion en los tercios.—Es sofocada.—Severos castigos.—Disminuye el ejército sitiador y se aumenta el sitiado.—Por qué ocurrieron ambas cosas.—Mauricio de Nassau penetra en Brabante.—El Archiduque determina encomendar el sitio al célebre y bizarro marqués de Spínola. 17
- Antecedentes de Ambrosio, marqués de Spínola y de su hermano Fadrique.—Pasa Ambrosio á Flandes, despues de levantar en Italia un refuerzo de ocho mil hombres.—Aumentanse las dificultades del sitio.—Mauricio de Nassau se apodera de Grave.—Sublévase un cuerpo de italianos. 18
- Enciérranse los sublevados en Hoogstraeten.—Remítelos el de Nassau una proclama.—Alistanse los tres mil italianos en las banderas rebeldes.—Lealtad de Spínola—Merecido elogio de este gran general.

PAZ CON INGLATERRA.

- Fallece Isabel de Inglaterra, la célebre reina doncella. 20

Lo que fué esta reina.—Juicio que de ella forma Jhon Lindgard.—Juicio que de Isabel formamos nosotros.	21
Vuelve á hablar Lindgard.	22
Sube al trono de Inglaterra Jacobo VI.—Felipe III felicita al nuevo rey, por medio de su embajador extraordinario, conde de Villamediana.—Nuevo embajador que pasa á Londres.—Paz entre España é Inglaterra.—Condiciones de aquella.	25

Año 1604.

SITIO DE OSTENDE.

Mauricio de Nassau al frente de diez y ocho mil hombres sitia á la Esclusa.—Manda la plaza el famoso maestre español Mateo Serrano.—Ríndese despues de una heróica defensa de muchos meses.—Estado en que salen de la plaza los bizarros y sufridos defensores.—Spínola reduce á los de Ostende al extremo apuro.—Brillantes disposiciones adoptadas por Spínola. Ríndese Ostende.—Detalles curiosos.—Tregua tácita.	26
--	----

PORTUGAL.

Nueva farsa parecida á la del <i>Pastelero de Madrigal</i> .—El calabrés Marco Tulio Corzon.	27
Detalles de la conspiracion contra España.—Gana terreno la conspiracion.—Sufre la pena capital Marco Tulio.—Son ejecutados los principales de sus cómplices.	28
Noticias tomadas del erudito Lafuente.	29

ESPAÑA.

Disgústanse los valencianos con el gobierno.—Hállase en la capital Felipe III, para celebrar Córtes.—Desmoralizacion del gobierno del duque de Lerma.—Partido que saca de su favor con el rey.	33
Indignacion del pueblo.—Aparece ahorcada en Valencia la estatua de un rey de armas.—Disgusto general en España.—Aragon pide Córtes.—Llegan de Indias con dinero y alhajas los galeones.	31
Pide el rey á las ciudades de Castilla los poderes para los diputados.—Deséase la concesion de un servicio ordinario y otro extraordinario, para el inmediato trienio.—Apresúranse las ciudades á complacer al soberano.	

Año 1605.

ESPAÑA.

Llega el almirante inglés á la córte, para ratificar el tratado de paz.—Dispendios hechos en obsequio del recién llegado.	35
---	----

- Tristes reflexiones hechas acerca del rey y de su favorito.—
Fiestas y pasatiempos.—Aislamiento del rey, preparado por
su favorito.—Nace el infante D. Felipe (después Felipe IV).
—Llega á la corte el célebre y famoso vencedor de Ostende. 36
Circunstancias de los dominios flamencos: España, Francia, In-
glaterra. 37
Objeto del de Spínola al venir á la corte.—Logra el célebre ge-
neral su deseo.

FLANDES.

- Mauricio de Nassau intenta dar un golpe de mano sobre Am-
beres.—Desgracia de un tercio español, ocurrida en el can-
nal de la Mancha.—Establece Spínola su campo, junto á
Maestrick.—Dirígese á la Frisia y se apodera de Osdenzaal
y de Lingen. 38
Destruye varios fuertes de los enemigos.—El señor de Buc-
quoy se posesiona de Wachtendorck, en Güeldres.

Año 1606.

ESPAÑA.

- Gestiona la municipalidad de Madrid para obtener el regreso
de la corte.—Gana con dinero á D. Pedro Franqueza, favo-
rito del de Lerma, y pasa una comision á ver al rey.—Hállese
este en la villa de Ampudia, propia del duque de Lerma.
—Ofrecimientos hechos al rey por la comision. 39
Idem al duque favorito y á los hijos de este.—Publicase la ór-
den de traslacion.—Trasládanse los reyes y su familia, ex-
cepto el príncipe de Asturias.—Júbilo que se nota en Ma-
drid.—Perjuicios que sufre Valladolid.—Abruman al go-
bierno los gastos ocasionados por las dos traslaciones. 40

FLANDES.

- Vuelve á España el marqués de Spínola.—Lo que solicita.—
Probado descrédito del gobierno, y crédito de que goza el
célebre marqués.—Este regresa á Flandes.—Repasa el Rhin.
—Penetra en el territorio de Over-Issel.—Se dirige á Zut-
phen.—Toma á Locken, á Groll y á Rhimberg. 41
Valor é inteligencia de los generales españoles Velasco y du-
que de Osuna, y de los extranjeros príncipes de Caserta y
de Palestrina, y de los marqueses de Est y de Bentivoglio.
—Acude Mauricio de Nassau á recuperar á Groll.—Revuel-
ve Spínola sobre Groll, rompe en mil piezas las líneas de
Mauricio y le hace retirar con grandes pérdidas.

Años 1607 y 1608.

ESPAÑA.

- Inútiles é incesantes viajes del rey y de su favorito.—Gastos excesivos en torneos, toros, banquetes, etc.—Pasa la corte al Escorial.—Prohíbese á todos llegar al real sitio, *so pena de azotes y de destierro*. 42
- Escándalos continuos, ocurridos por el aislamiento del rey.—Trátase de convocar Cortes.—Es nombrado procurador por Madrid el mismo duque de Lerma, y D. Rodrigo Calderon por Valladolid.—Diputados de *real orden*.—Obtiene mayoría el fatal favorito.—Dignidad de los procuradores de Burgos.—Objeto y resultado de las Cortes. 43
- Digno proceder de la ciudad de Sevilla.—Mal estado de la pública hacienda.—Alarma de sus acreedores.

FLANDES.

LA TREGUA DE DOCE AÑOS.

- Piensa en la paz el marqués de Spínola.—Razones que le movieron á ello. 44
- Cansancio del archiduque gobernador.—Consulta este con Spínola.—Comisionan á Fr. Juan Ney, para negociar la paz.—Exigencia de las provincias rebeldes.—Desagrada aquella al archiduque Alberto.—Confórmase y da parte á Felipe III.—Autoriza el rey (el de Lerma) al archiduque para negociar la paz, y el último comunica oficialmente al efecto á fray Juan Ney, comisario general de la orden de San Francisco.—Pasa Fr. Juan á la Haya.—Acuérdase por el pronto un armisticio de ocho meses.—Inconvenientes que llevan consigo los armisticios. 45
- Dura y fuerte exigencia de los Estados generales.—Fr. Juan se traslada á Madrid para obviar dificultades.—Entrégale el gobierno el tratado de paz.—Vereiken, secretario del archiduque, lleva dicho documento á Holanda.—Es rechazado.—El por qué.—Choque en las aguas de Gibraltar de una escuadra española y otra holandesa.—Perecen ambos almirantes.—Continúan las negociaciones pacíficas.—Nuevo tratado de paz redactado por España.—Debates que ocasiona la presentacion del segundo documento.—Dividense los individuos del consejo de los Estados de Flandes.—Contestacion ambigua.—Pasan á Holanda representantes de Francia, Inglaterra, Alemania, etc.—Intrigas de Mauricio de Nassau para que no se ajuste la paz.—Intrigas del francés y del inglés.—Hipocresía y egoismo del rebelde Mauricio de Nassau. 47
- Juan Bernevelt.—Plenipotenciarios nombrados por España y por los estados holandeses.—Principales condiciones del tratado.—Vuelve á España el P. Ney. 48
- Continúan las intrigas de Mauricio y de los reyes de Inglaterra.

ra y de Francia.—Acepta Felipe III la mediación del francés y del inglés.

ESPAÑA.

- Es solemnemente jurado príncipe de Asturias el infante don Felipe. 49
- Celébrase la jura con ostentación.—Lujo desplegado por el de Lerma.—Continúan las Cortes sus inútiles sesiones.—Dos puntos importantes que se tratan en aquellas, relativos á la inquisición y á las cartas de naturaleza para extranjeros.—Pasquines y murmuraciones.—Enojo popular contra el de Lerma.—Resolución que este adopta. 50
- Es arrestado el consejero D. Alonso Ramirez de Prado.—Sufre igual suerte D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga y de Villa-Franqueza.—Préndese igualmente al consejero D. Pedro Alvarez Pereira.—Recibe bien el pueblo las precitadas prisiones.—Resultado de la causa de Ramirez de Prado.—Riquezas que se hallan en su casa.—Modo de prender al conde de Villalonga. 51
- Fabulosa riqueza de este magnate y favorito del ministro.—Sentencia dada contra Ramirez de Prado.

Año 1609

ESPAÑA.

- Publicase la sentencia de D. Pedro Franqueza. 52
- Termina la causa de Alvarez Pereira.—Sale absuelto, libre é indemne.

AJÚSTASE LA TREGUA DE DOCE AÑOS.

- Pasa á Francia, como embajador de España, D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y á Inglaterra D. Fernando Giron.—Propuesta para la paz, de los dos soberanos mediadores.—Amsterdam y Zelanda rechazan la propuesta.—Intrigas de Mauricio de Nassau. 53
- Loables trabajos de los representantes de Francia é Inglaterra.—El archiduque escribe á Felipe III, en favor del arreglo.—Presenta oposicion la córte.—El por qué.—Trasládase á Madrid el P. Inigo Brizuela, confesor del archiduque.—Buenas circunstancias de este religioso.—Trasládanse á Amberes los plenipotenciarios.—Dificultades que se presentan para redactar los artículos de las treguas.—Regresan á Flandes el P. Brizuela y Fr. Juan Ney.—Acepta España.—Reúnense en Bergh-op-Zoom ochocientos diputados. 54
- Principales artículos del tratado.—Consideraciones acerca de este.

Año 1610.

- Continúan deslumbrando con su insultante lujo el duque de Lerma y D. Rodrigo Calderon. 55
Horrible miseria en Galicia.—Concédese la navegacion del Duero y el Pisuerga, hasta Zamora.—Arreglo de la casa llamada *Panadería*, en la plaza Mayor de Madrid.

FRANCIA.

- Importante acontecimiento ocurrido en Francia. 56
Poder que aun conservaba España y respeto con que era mirada.—Memorables palabras de Enrique IV de Francia.—Proyecto de este rey, para amenguar el poder de España. 57
Buenos agentes que en toda Europa tuvo el duque de Lerma.—Logra apoderarse de la cifra secreta de Enrique IV.—Debilidades de este rey.—Sabe el ministro español el proyecto de dicho soberano.—Explicase más detalladamente el mencionado proyecto.—Prepara Enrique IV un grande ejército. 58
Francisco Ravaillac asesina al rey de Francia.—Cúlpase á España, sin razon, del regicidio.—Cúlpase igualmente á María de Médicis, segunda esposa del expresado monarca.—Bárbara manera de castigar á Ravaillac. 59
Sube al trono francés Luis XIII, menor de edad, hijo de Enrique IV.—La viuda del rey y regente del reino está decidida por España.—Acepta la regente cuanto la propone don Iñigo de Cárdenas, embajador español.—Disgústase Sully, ministro francés, y dimite.—Pasa á Paris el duque de Feria, á dar el pésame en nombre de Felipe III á María de Médicis, y á felicitar á Luis XIII por su ascension al trono.—Ratíficase un tratado matrimonial entre el príncipe de Asturias y la infanta de Francia doña Isabel de Borbon, hermana de Luis XIII.—Acuérdase igualmente el de este rey con doña Ana Mauricia de Austria, hija de Felipe III de España.

EXPULSION DE LOS MORISCOS.

- Embajada del Sah de Persia, á Felipe III.—Carta de aquel á este. 60
Persiguen las naves españolas á los corsarios berberiscos.—El marqués de Santa Cruz acomete á las islas de Pathmos y de Zante.—Llega D. Luis de Fajardo á la goleta.—Tratase de alianza con el reyezuelo africano de Cuco.—Carta del africano á Felipe III. 61
Idem del mismo á D. Fernando de Zanoguera, gobernador de Mallorca.—Motivos que impiden la prosecucion de la guerra, con el necesario vigor. 62
Muley-Xequé, ex-rey de Fez y de Marruecos, entrega á don Juan de Mendoza, marqués de San German, la plaza de Larache.—Motivos de la expulsion de los moriscos.—Razones

contra esta medida.—Carta de Juan de Idiaquez, á este propósito.	63
Pruébase que fué perjudicial la medida.—Pruébase, igualmente, que no estaban exentos de culpa los moriscos. . . .	64
Multiplicidad asombrosa de los moriscos en España.—Odio que los profesó siempre el duque de Lerma.—D. Juan de Rivera, patriarca de Antioquia y arzobispo de Valencia.—Achácase á los moriscos una conspiracion.—Pónense aquellos de acuerdo con los franceses del Rosellon y del Bearne.	65
El rey no se decide á dictar la expulsion.—Escribe al arzobispo de Valencia.—Remite un breve Paulo V al arzobispo de Valencia.—En virtud de aquel se reúne una junta de obispos y de teólogos, para tratar de la expulsion.—Puntos sometidos á la discusion de la junta.—Dilátase muchos meses la decision.—Corren nuevos rumores de una inminente sublevacion de moriscos.	66
Creéanse ciertos, con fundamento, los rumores.—Apoyo poderoso con que contaban los moriscos.—Decide la junta con carácter de reserva.—Pasa el expediente al Consejo de la Suprema.—Actitud imponente de los moriscos.—Propone el duque de Lerma al Rey la expulsion.—Fírmase en Flandes la tregua de doce años.—Ordenes reservadas que se dan á los vireyes de Italia para que preparen los tercios y escuadras.—D. Agustin de Mejía es nombrado maestro general.—Mandásele presentar en Valencia, sin pasar por Madrid.—Ordénase al marqués de Caracena, virey de Valencia, que prepare la infanteria de aquel reino.—Llega á Valencia don Agustin de Mejía.—Conferencia con el virey y con el arzobispo.—Inspecciona los cuarteles y castillos.—Provéelos de víveres y de municiones.—El estamento militar remite un mensaje á la córte.	67
Llegan á las aguas de Valencia las escuadras de Mediodia, Levante, mar Océano, Italia y Portugal.—Tómanse por el gobierno los puertos y las tierras.—Publicase el bando.—Bando.—Este es puesto en ejecucion.—Nómbrense comisarios ejecutores, para el embarque de los moriscos.—Abusos. . . .	68
Próceres españoles que acompañan y escoltan á los moriscos.—Infamias cometidas por algunos patrones de barcos.—El patron Juan Bautista Riera, sufre la pena de horca, despues de cortarle la mano derecha.—Reúnense y pónense en armas los moriscos de las baronías de Córtes, Castellu, Vall de Ayoira, Guadalest y Alahar.—Atrincheran la sierra en la Muela de Córtes.—Atrocidades cometidas por los moriscos sublevados.	69
Eligen rey á Turigi, moro natural de Casadan.—Es jurado por sus principales vasallos.—Toma incremento la sublevacion.—Pónense de acuerdo los moriscos valencianos con los del resto de España y con los de Africa.—Reúnense los ejércitos de Lombardía y de Nápoles, con las milicias del país.—Valor de jefes y soldados.—Un morisco vende á Turigi, que paga con la vida su breve reinado.—Termina la lucha y salen del reino de Valencia el resto de moriscos.—Son expulsados los de las Andalucías y Murcia.—Publicase el decreto	

en Aragon.—Número de expulsados.—Verificase la expulsion de los moriscos de ambas Castillas, Mancha y Extremadura.—Autorizacion que se da á los obispos. 70

DECENIO SEGUNDO.

Año 1611.

ESPAÑA.

Ocupase el de Lerma de la reforma de costumbres.—Prohibiciones.—Excepciones.—Fallece la duquesa de Uceda, nuera del de Lerma.—Fallece de sobreparto la reina doña Margarita de Austria.—Lo sensible de esta verdadera pérdida. 71
Prepáranse las bodas reales.—Abusos cometidos por el duque de Lerma.—El duque de Uceda se declara enemigo y rival de su padre, el de Lerma.—Auméntase la riqueza de la biblioteca del Escorial. 72
Proposicion de Muley-Cidam, rey de Marruecos.—Piedad de Felipe III.

Año 1612.

ESPAÑA.

BODAS REALES.

Viene á la córte el duque de Mayenne, y pasa á Paris el duque de Pastrana.—Firmase el tratado de bodas.—Bases de aquel. 73
Bases del contrato matrimonial del príncipe de Asturias y doña Isabel de Borbon. 74
Provisiones que se pasaban diariamente para el duque de Mayenne y su séquito.—Regalos. 76

Año 1613.

El marqués de Santa Cruz vence á los turcos y quema once de sus naves en la Goleta.—Penetra en la isla de Querquens.—Hechos del célebre duque de Osuna.—Espedicion del bizarro D. Luis de Fajardo, á la costa occidental de Africa.—Derrota á los corsarios ingleses, genoveses y turcos.—Llega hasta cerca de Tánger y toma el castillo de la Mámora. 78
Clava el pendon de Castilla sobre la montaña de Salé.

Año 1614.

D. RODRIGO CALDERON.

Continúa la guerra de favoritismo entre los duques de Lerma y de Uceda, padre é hijo.—El de Uceda declara la guerra á D. Rodrigo Calderon. 78

- Antecedentes de este.—Aprecio que le demostraba Felipe III.
—Soberbia de Calderón.—Tiene por enemigo á la reina.—
Crimen que se le imputa.—Deciden los enemigos de Cal-
derón la ruina de este. 79
- Es nombrado embajador extraordinario en los Países-Bajos.—
Concédele el rey el título de marqués de Siete-Iglesias.—
Fr. Luis de Aliaga.—Unese este al de Uceda contra el de
Lerma.—Reúnese á Uceda y Aliaga D. Gaspar de Guzman,
conde de Olivares.—Ligase el de Lerma con su sobrino el
de Lemus, contra su hijo el de Uceda. 80
- Asesinato de Francisco de Xuara.—Atribúyese este homicidio
á D. Rodrigo Calderón.—El príncipe de Asturias se declara
contra el duque de Lerma.—Dignidad del conde de Lemos.
—El rey le concede permiso para retirarse de la córte.—Retí-
rase el conde á sus estados de Monforte. 81

Año 1615.

Celébranse las bodas reales.—Ceremonia practicada en el Vi-
dasoa.—Deslumbra la infanta española á la córte de Francia,
con su lujo y riqueza.—Enferma el de Lerma.—Reemplá-
zale el de Uceda.

Año 1616.

EXTERIOR.

- Cárlos Manuel de Saboya. 82
- Carácter y circunstancias de este príncipe.—Viene á España su
hijo Filiberto.—Falacia de la señoría de Venecia.—Preten-
siones del saboyano, para cohonestar su rebajón.—Facilita-
le dinero Venecia.—Indignacion en la córte de España. 83
- Recibe el saboyano orden de Felipe III para evacuar el Mon-
ferrato y licenciar sus tropas.—Excesos á que se entrega
Cárlos Manuel.—Este pasa en Asti muestra á sus tropas y se
dirige contra el Milanésado.—Excesos á que se entrega.—El
marqués de la Hinojosa construye junto á Vercelli una for-
taleza.—Sale al encuentro del saboyano.—Destituye Feli-
pe III á aquel príncipe.—Este es derrotado por el marqués
de la Hinojosa.—Escápase solo y milagrosamente el vencido.
—No sabe el marqués aprovecharse de su triunfo.—Acepta
un tratado de paz.—Destituye el rey, con sobrada razon, al
marqués de la Hinojosa.—Reemplaza á este D. Pedro de To-
ledo, marqués de Villafranca.—Pasa este á Milan y recono-
ce las fortificaciones.—Pasa muestra al ejército. 84
- Atrae al duque de Nemours.—Guerra de destruccion en el
Montferrato y en el Piamonte.—Es completamente derrota-
do el saboyano por el bizarro y entendido marqués de Vi-
llafranca.—Enferma aquel de pesadumbre.—Sale de Nápo-
les D. Francisco Ribera contra los turcos, por orden del du-
que de Osuna.—Triunfos notables de Ribera, en la costa de
Curumania.—Es premiado Ribera con el hábito de Santiago.

Año 1617.

- Llama la corte de Paris al mariscal Lesdiguières.—Este penetra en Italia con ocho mil hombres; lejos de obedecer al llamamiento, se une á Victor Amadeo, hijo del saboyano.—El marqués de Villafranca toma á Vercelli. 85
- Toma igualmente á Solerio y Felizzano, con todos los castillos de la ribera del Tánaro.—Convenio estipulado entre el marqués de Villafranca y Carlos Manuel, por mediacion de Luis XIII de Francia.

Año 1618.

CAIDA DEL DUQUE DE LERMA.

- Vencen las intrigas del duque de Uceda al duque de Lerma.—Cuestion entre el padre y el hijo. 86
- Piensa el de Lerma en retirarse al claustro.—Solicita de Paulo V la púrpura cardenalicia.—Concede la peticion el Sumo Pontífice.—Infamias acostumbradas de los cortesanos.—Mensaje que recibe del rey el de Lerma, por conducto del prior del Escorial. 87
- Palabras que dirige el caido favorito al rey, en la audiencia de despedida.—Acostumbrada debilidad del rey.—Sale de la corte el de Lerma. 88
- Es nombrado ayo del príncipe D. Baltasar de Zúñiga, á la sazón embajador en Roma, tio del conde de Olivares.—Reemplaza al duque de Lerma en todos sus cargos su hijo y enemigo el duque de Uceda.

EXTERIOR.

- Se pone de acuerdo el marqués de Villafranca virey de Milan, con el duque de Osuna virey de Sicilia, y con el marqués de Bezmar, embajador en Venecia.—Notables circunstancias del duque de Osuna. 89
- Este derrota á la llamada reina del Adriático, en las aguas de Gravosa.—D. Francisco de Quevado y Villegas.—Persecucion hecha á los venecianos por el duque de Osuna.

Año 1619.

ESPAÑA.

- Reúnense las cortes.—Ordenes dadas por el rey para examinar el origen de la miseria pública.—Gil Gonzalez Dávila.—Consulta evacuada por el Consejo de Castilla. 91
- Desamparo de D. Rodrigo Calderon.—Nombrá el rey una comision del Consejo para que entienda en la causa que se ha de formar á Calderon. 93
- Decrétase la prision del acusado y la confiscacion de sus bienes

- en Madrid y Valladolid.—No quiere fugarse D. Rodrigo.—
Es preso y llevado á la fortaleza de Montanchez.—Trasládase
el rey á Portugal.—Es jurado en Portugal sucesor de Felipe
III, el príncipe de Asturias. 94
Regresa el rey á España.—Oféndense los portugueses de la im-
prevista ausencia.—Enferma Felipe III al llegar á Casarrubios
del Monte.—Convalece y entra en Madrid.

Año 1620.

EXTERIOR.

- Feas intrigas y maquinaciones de la república veneciana.—
Finge esta una conspiracion. 95
Objeto de esta.—Infamias de la república.—Hace perecer á
muchos inocentes.—Pasa el marqués de Bezmar de embaja-
dor á los Países-Bajos.—Intrigas de Venecia contra el duque
de Osuna. 96
Creen en Madrid las calumnias esparcidas contra el de Osuna.
—Nombra secretamente el gobierno á D. Gaspar de Borja,
para reemplazar al duque de Osuna.—Regresa este á Madrid.
—Celebran el éxito de sus feas intrigas Carlos Manuel y
Venecia.—El duque de Feria reemplaza al marqués de Vi-
llafranca.—Ingratitud del gobierno con los tres ilustres y
valerosos próceres.—Sale el duque de Feria á socorrer á los
habitantes de la Valtelina.—Arroja de esta á los grisonos.—
Continúa la guerra de los *Treinta años*, por los protestantes
bohemios contra Fernando II, emperador de Alemania. 97
Pide Fernando II auxilio á Felipe III.—Tratado secreto que se
supone firmado entre ambos.—No se cree en la existencia de
dicho tratado.—Sale de Flandes para Alemania un ejército
de ocho mil hombres.—El bizarro Spínola, al frente de treinta
mil hombres, atraviesa el Rhín.—Declaránse los protes-
tantes alemanes por el emperador.—Juntan aquellos veinte
y cuatro mil hombres, bajo las órdenes del marqués de Au-
pach.—Dirígese Spínola á Francfort.—Cae como el huracan
sobre Oppenheim.—Penetra el ejército imperial en Bohemia—
Dirígese á Praga.—Los duques de Sajonia y de Baviera se
posesionan de la Lusacia.—Fortificanse en la montaña los ge-
nerales del rey de Bohemia.—Asaltan con arrojo los impe-
riales.—Los bohemios se baten con bizarria. 98
El conde de Bucquoy, general del imperio, enfermo y herido,
monta á caballo en socorro de Tilly, que se ha replegado.—
Es auxiliado poderosamente por Guillermo Verdugo, gene-
ral español.—Matan, aniquilan, destruyen, desordenan á
los bohemios, cogen la artillería, y hacen prisioneros á los
condes de Anhalt y de Slich.—El palatino, nuevo rey de Bo-
hemia, huye, y se salva milagrosamente.—Cuéstale el trono
la famosa batalla de Praga.—Son completamente destrozados
los llamados defensores de *La Unión Evangélica*.—Queda
en posesion del cetro de Bohemia, el emperador de Ale-
mania.

ESPAÑA.

- Abandono en que se encuentra D. Rodrigo Calderon.—Su sobrino el cardenal de Trejo, residente en Roma, obtiene permiso del Sumo Pontifice y del rey, para acompañar y consolar á D. Rodrigo.—Supuesto motivo, respecto del rey, para conceder dicho permiso. 99
- Este resulta ilusorio.—Cargos que se hacen á D. Rodrigo.—Trasládanle desde Montanchez á San Torcaz.—Es trasladado despues á Madrid.—Rectitud de los jueces. 100
- Flaquea la rectitud de los jueces.—Bárbara prueba del tormento.—Tranquilidad y presencia de espíritu de D. Rodrigo.—Tormento atroz é inaudito.—Bartolomé Tripiana, abogado defensor del reo. 101
- Recíbese en España el capelo de cardenal, para el infante don Fernando, hijo de Felipe III.

DECENIO TERCERO.

Año 1621.

MUERTE DE FELIPE III.

- Mal estado de salud del rey.—Su estado de inquietud y zozobra.—Es atacado el monarca de una violenta fiebre.—Incremento que toma el mal.—Cae en una profunda melancolía, —Acúdense á los auxilios divinos, creyendo ineficaces los humanos. 102
- Prepárase cristianamente al terrible trance.—Sus últimas palabras.—Intrigas de los cortesanos, casi al lado del lecho de muerte.—Fallece el día 31 de Marzo.—Juicio de este monarca. 103
- Sus hijos lejítimos.—Nombra testamentario al duque de Lerma.—Intrigas del conde de Olivares.—Grandes que le prestan apoyo.—Impide que llegue á la córte el duque de Lerma.—Falsa anecdota que refiere Bassompierre. 104
- Confía D. Rodrigo en el rey, que determina restituírle la libertad, sus honores y cargos.—Sabe que ha fallecido el monarca. 105
- Proféticas palabras de D. Rodrigo.

FELIPE IV.

- Sube al trono el hijo de Felipe III.—Primeros pasos del nuevo ministro conde de Olivares.—Dáse la órden para ampliar el proceso de D. Rodrigo. 106
- Fragmento de la defensa de este, hecha por su abogado. 107

EL CONDE-DUQUE

Antecedentes y circunstancias del conde de Olivares.	114
Su ingratitude con el duque de Lerma.	115
Palabras del de Olivares, dirigidas al duque de Uceda.—En- sáñase el primero contra el gran virey de Nápoles, duque de Osuna.—Prision de este leal y entendido prócer.	116
Innoble manera de ejecutar la prision.—Es encarcelado tam- bien el secretario del predicho duque, nuestro célebre don Francisco de Quevedo.—Es atacado el de Osuna de hipocon- dria, y fallece á consecuencia del mal pago que sus grandes servicios reciben.—Es sentenciado á muerte D. Rodrigo Cal- deron.—El pueblo se conmueve á la vista de la resignacion y miseria del que tan grande y rico habia sido.—Detalles del suplicio de D. Rodrigo.	117
Pregon.—Palabras del llamado reo.—Su serenidad y valor.— Proverbio vulgar.—Notable coincidencia de sucesos desgra- ciados, ocurridos en <i>martes</i> la desventurado D. Rodrigo. . .	118
Universal sentimiento que ocasiona su muerte.—Es desterrado Fr. Luis de Aliaga.—Fallece.—Destierro del duque de Uce- da, <i>el que encumbró al conde de Olivares</i> .—Retirase á Uceda y allí es reducido á prision.—Pónenle incomunicado en el castillo de Torrejon de Velasco.—Sentencia.—Reunion de Córtes en Madrid.—D. Mateo Lison y Biedma, diputado por Granada.	

EXTERIOR.

Tratado relativo á la Valtelina.	119
Sus condiciones.—Firma Felipe IV el predicho tratado.	

Año 1622.

ESPAÑA.

Proposiciones de las Córtes.—Junta de <i>Reformacion de costum- bres</i> .—Primera providencia dictada por la Junta.	120
Continúa dictando disposiciones.—Pragmática publicada en Aranjuez.—Engaña al pueblo Olivares en los primeros actos de su gobierno.—Entusiasmo popular.	

EXTERIOR.

Reclama Luis XIII de Francia el cumplimiento del tratado de Madrid, relativo á la Valtelina.—Dilata el gobierno español la ejecucion del tratado.—Aquel pretende adicionar el trata- do.—Adicion.	121
--	-----

Año 1623.

EXTERIOR.

Intenciones de Luis XIII.—No acepta la adición, y muéstrase ofendido.—Forma liga en Avignon, con Saboya y Venecia.—Objeto de esta triple alianza.—Nuevo convenio, hecho por mediación del papa Gregorio XV.—Sus condiciones.—Mala fé de Luis XIII.

ESPAÑA.

Continúa contento el pueblo con el de Olivares. 122
 Real cédula de 10 de Febrero. 123
 Continúan las nuevas disposiciones.—El rey da ejemplo reformando el personal de su real casa.—Júbilo del pueblo.—*Instrucción* importante presentada al soberano.—Autor de aquella notable obra.—Comienzan á dudar del conde de Olivares los que tanto le habian aplaudido.

Año 1624.

ESPAÑA.

Orgullo del ministro favorito. 124
 D. Baltasar de Zúñiga.—Da el ministro al rey el renombre de GRANDE, cuando nada habia hecho ni malo, ni bueno.—Disgusto de los infantes D. Carlos y D. Fernando, hermanos del rey.—Trata el valido de alejarlos de la córte.—No lo logra y procura atraerlos á sí.—Procura el de Olivares indisponer al rey con sus hermanos.—Falsa conjuración.—Escrito que el ministro presenta al rey, sobre la supuesta conjuración. 125
 Despídese el hipócrita favorito, y el rey le impide marchar.—Pidense nuevos subsidios.—Petición de los aragoneses.—Accede el monarca.—Señálase á Barbastro para reunion de Cortés de Aragon, á Monzon para las de Valencia y á Lérida para las de Cataluña.

EXTERIOR.

Nueva mala fé de Luis XIII.—El cardenal de Richelieu.—Su aversión á la casa de Austria.—Renueva la alianza hecha con las provincias unidas de los Países-Bajos. 126
 Ratifícase la liga entre Luis XIII, Saboya y Venecia.—Pretexto de esta liga.—Verdadero objeto de la misma.—Acuden á Gregorio XV, Richelieu y Olivares.—Indecision del Sumo Pontífice.—Mal proceder de Richelieu.—Reclamacion del embajador español y del nuncio del Pontífice.—Acuérdase un armisticio de dos meses.

Años 1625.

- Villano proceder de Richelieu. 127
- Confedérase España con Parma, Toscana, Módena, Génova y Luca.—Obligaciones que contraen dichos tres ducados y las dos repúblicas.—Reune España ciento veinticuatro mil infantes y seis mil ginetes.—Junta noventa buques de guerra y nombra almirante al marqués de Santa Cruz.—Desprendimiento de la reina y las infantas.—Alármase Richelieu.—Pacta secretamente con Saboya, contra Génova.—Condiciones del pacto.—Procura el ministro francés que Inglaterra entre en la liga.—No lo logra.—Escritos que hace circular Olivares contra la liga de Francia, Saboya y Venecia.—Armánse contra Luis XIII los hugonotes franceses, por efecto de las diligencias de Olivares.—Negocia Richelieu con Holanda, contra Génova y España.—El duque de Saboya refuerza sus tropas con las mandadas por Richelieu. 128
- Penetra en el Montferrato y toma sus más importantes plazas.—Indígnase España con el mal proceder de Richelieu.—Providencia que adopta el gobierno.—Avanza en sus conquistas el saboyano.—Interviene el Sumo Pontífice.—Aparece en las aguas de Génova el marqués de Santa Cruz, con una armada española.—El duque de Feria aparece en el Montferrato con veinte mil hombres.—El de Santa Cruz hace retirar á los franceses.—Arrójalos el de Feria de las principales plazas del Montferrato.—Reconquistan los genoveses, con el apoyo de España, todo lo perdido.

ESPAÑA.

- Prepárase la reunion de Córtes aragonesas.—Disgusto de los valencianos. 129
- Motivo de su resentimiento.—Manda Valencia un representante á la córte.—Objeto de dicha venida.—Trátase de la muerte del cardenal de Lerma.—Idem de la de su hijo y enemigo el duque de Uceda.—Entrevista de los enviados valencianos con el conde-duque de Olivares.

Año 1626.

- Toma el rey la vuelta de Zaragoza.—Providencia que dicta.—Júbilo y satisfacion de los zaragozanos. 130
- Jura el rey en manos del Justicia mayor.—Dirigese despues á Barbastro.—Abren las Córtes de Aragon sus sesiones.—Resúmen del discurso del rey.—Concesiones hechas por el soberano.—Servicio pedido á las Córtes.—No es bien acogida la proposicion.—En qué se apoyaba aquella.—Respuesta de los diputados.—Enójase el rey.—Proróganse las sesiones por boca del Justicia y de órden del rey.—Este se dirige á Monzon, para donde estaban convocadas las Córtes de Va-

lencia.—Niega el servicio el brazo militar.—Protesta el conde-duque, en nombre del rey.	131
Accédese, por fin, a que se discuta el servicio sin condiciones.—En qué consistía el servicio pedido.—Dificultades para la concesion.—Apela el conde-duque á tener conferencias particulares con los diputados influyentes.—Palabras del conde-duque.—Habla el mismo rey con algunos de los disidentes.—Intima el rey severamente á las Córtes.—Discúlpanse estas.—El brazo eclesiástico y el popular otorgan el servicio.—Instase al militar para que ceda.—Escrito autógrafo que le dirige el rey.	132
El diputado D. Miguel Cerebellon.—Escribe el conde-duque al gobernador.—Palabras que se ponen, quizá sin razon, en boca del rey.—Reune el gobernador á las personas á que se refiere una carta del rey.—Votan todos los disidentes el servicio, ménos D. Francisco Milan.—Surge una nueva dificultad.	133
Acuerdo decisivo del brazo militar.—Disidencia entre los tres brazos.—Propuesta de D. Cristóbal Crespi.—Aviéndose el rey.—Piden las Córtes á Felipe IV que permanezca en Monzon.—Accede el soberano.—Este, sin embargo, marcha á Barcelona.—Mensaje de S. M.—Indignacion de los estamentos.—Resolucion violenta que quiere adoptar el brazo militar.—Sesion permanente.—Nuevo mensaje real.	134
Nombra el rey presidente de las Córtes de Aragon al cardenal Spínola.—Escena de confusion y desórden.—Sale Crespi á hablar con los tratadores.—Regresa con la contestacion.—Dura resolucion del rey.—Nuevo mensaje.—Ceden las Córtes.—Satisface el rey.—Su última resolucion.—Toma la vuelta de Barcelona.—Es recibido con entusiasmo.—Jura el rey los privilegios y <i>usages</i> de Cataluña.—Chócase con un escollo.	135
Decision de las Córtes catalanas.—Camino que adopta el ministro.—Dirige una carta el rey á las Córtes.—No produce efecto.—Impolítica determinacion.—Auséntase el rey.—Carta del rey.	136
Incidente perjudicial.—Efecto que produce.	137
Acuden las autoridades á remediar el conflicto.—Fallo de un consejo de guerra.—Continúan los disgustos.—Acuden los estamentos al presidente, conde de Monterey.—Respuesta de este.—Los estamentos mandan una comision á la córte.—Disposicion adoptada por el gobierno.—Acuérdase por las Córtes el otorgar el servicio pedido.—Generosidad del rey.	138
Agradecimiento de las Córtes.—Acuerdos de las Córtes.—Célébrase el solio.	

EXTERIOR.

Contradicciones del cardenal de Richelieu.—Oféndese el legado del Pontífice.	139
Despacha Richelieu al mariscal Bassompierre á Suiza.—Objeto de esta determinacion.—Lógrase el objeto propuesto.—Ana-	

tematizan los católicos á Richelieu.—Trata de ajustar la paz.—Encomienda la mision de paz al conde de Targis.—Ajústase aquella.—Sus cláusulas.—Firmase en Monzon el tratado.—Ratificase en Barcelona.—Disgústanse Venecia y el turbulento duque de Sabeya.—El por qué.

Año 1627.

- Continúa la guerra en Alemania.—Generales de una y otra parte. 140
- Reunen los protestantes las reliquias de su derrotado ejército.—Córrense hácia la frontera francesa y quieren reunirse á los hugonotes.—Impídelo el duque de Nevers.—Son rechazados los luteranos.—Van á dar en manos de Gonzalo Fernandez de Córdoba, biznieto del GRAN CAPITAN.—El obispo luterano Halberstad, es rechazado y derrotado por el conde de Tilli.—Muere el obispo.—El conde de Mands-Feldt es derrotado en las márgenes del Elba (Albis).—Vence el conde de Tilli á los daneses.—El conde Oppenheim derrota las innumerables falanges de paisanos armados.—Reaparece la guerra de Flandes.—Inoportuna proposicion del archiduque Alberto.—Derrota D. Fadrique de Toledo, almirante del mar Oceano, á una armada holandesa, en las aguas de Gibraltar. 141
- Imprudencia del gobierno español.—Alíase Holanda con Dinamarca, contra España.—Spínola se apodera de Juliers.—Socorre Richelieu á los holandeses.—Fallece Mauricio de Nassau, hijo del célebre príncipe de Orange.—Muere Jacobo I de Inglaterra, VI de Escocia.—Sucédele en el trono su hijo Carlos I.—A Mauricio de Nassau reemplaza su hermano Fadrique Enrique.—Laeónica órden que recibe de España el marqués de Spínola.—Obedece el valeroso general y toma á Breda. 142
- El conde de Horn da golpe en vago en la Esclusa.—Orgullo y vanidad del conde-duque.—Triunfos de España.—Robo hecho á España por los holandeses.—Imbecilidad del conde-duque.

Año 1628.

EXTERIOR.

- Intranquilidad en Italia.—Cuestion sobre el ducado de Mantua. 143
- Interviene el conde-duque.—Resolucion que adopta.—El duque de Saboya, enemigo de España, se alla con el de Olivares.—Pacto formado entre ambos.—Penetran los españoles con los saboyanos en el Montferrato.—Acude el duque de Nevers.—Dispérsase su ejército al atravesar los Alpes.

ESPAÑA.

Miseria en el reino.—Acude el pueblo á los prelados y á los párrocos.—Imprudencia del conde-duque, que aumenta la situacion afflictiva de España.—Rebaja el valor de la moneda, introduce el uso del papel sellado y trata de estancar el chocolate.	144
Real cédula.	145
Continúa tomando disposiciones el conde-duque.	147

Año 1629.

EXTERIOR.

Nuevas infamias de Richelieu contra España.—El de Olivares manda pasar á Italia al marqués de Spínola.—Viene este á la córte.—Ofrecimientos que se le hacen y no se realizan.—Avanzan los franceses hacia el Piamonte.—El duque de Saboya les niega el paso.—Bassompierre y Crequi fuerzan el desfiladero de las gargantas del Suza.—Poco ánimo de los saboyanos.—Levanta el sitio de Casal Gonzalo de Córdoba.	148
---	-----

ESPAÑA.

Nace el príncipe D. Baltasar Carlos.—Lujo y miseria.—Acude el de Olivares á una cuestacion entre los particulares.—Ver-gonzoso recurso.—Responden al poco decoroso llamamiento la grandeza y los particulares.

Año 1630.

EXTERIOR.

Abandona la neutralidad el astuto y artero duque de Saboya. Entra el marqués de Spínola con el ejército español en el Mont-ferrato.—Pentran al mismo tiempo dos ejércitos alemanes, mandados por el conde de Merode y por el de Collalto.—Dirigese este á Mantua, y aquel á la Valtelina.—Penetra el ejército francés en la Cerdeña.—El mariscal de Crequi toma á Pignerol.—Es tomada Chamberí, y otras plazas de la Saboya.—Montmorency y La Force derrotan en Javennes al príncipe del Piamonte.—Fallece el duque de Saboya, en Sur-rillhan.—Sucédele su primogénito Victor Amadeo.—Recrudécese la guerra.—Las tropas imperiales rinden á Mantua.—Vacila la plaza de Casal, sitiada por el entendido y bizarro Spínola.—Importancia de dicha plaza.—Hallase defendida por el general francés Toiras, apellidado <i>el célebre y famoso</i>	149
	150

- Tregua imprudentemente concedida por Spínola.—Flojedad de Felipe Spínola, hijo del célebre marqués.—No impide que la plaza sea socorrida.—Memorables palabras del marqués. 151
- Su desesperada aflicción por la conducta de su hijo.—Pierde el juicio aquel famoso y grande varón, á impulso del sentimiento y fallece pocos dias despues.—Pena de todo el ejército.—Pesadumbre que tan lastimosa muerte causa en la córte.—Es nombrado en reemplazo de Spínola el marqués de Santa Cruz.—Encárgase del sitio de Casal.—Armisticio.

DECENIO CUARTO.

Año 1631.

EXTERIOR.

- Enojo de D. Martin de Aragon por el armisticio.—Mazzarino. 152
- No se cree en la solidez del armisticio.—Sucédele un tratado de paz que disgusta á españoles y franceses.—Apruébase, sin embargo, por la córte.—Sus desventajosas condiciones.—Pacta Francia con Suecia.—Gustavo Adolfo, rey de los suecos, se une á los protestantes alemanes.—Declara la guerra al emperador Fernando II.—Este es protegido por España y el sueco por Francia.—Pacto del rey CRISTIANISIMO *con los herejes*.—Unese el duque de Sajonia al sueco.—Gustavo Adolfo se posesiona de varias plazas alemanas.—Abrele Maguncia sus puertas. 153
- Valor de los españoles.

ESPAÑA.

- Memorable incendio de la plaza Mayor de Madrid.—Sus circunstancias.—Catástrofe ocurrida en dicha plaza, mes y medio despues.—Original idea del conde-duque.

Año 1632.

EXTERIOR.

- Notable valor de los españoles. 151
- Fallece el bizarro conde de Tilli, en Ingolstad, á consecuencia de sus heridas.—Reemplázale el valeroso general Walstein.—Este toma á Praga.—Expulsa de la Bohemia á los sajones.—Gustavo Adolfo se posesiona de la Baviera.—Extiende dicho rey sus tropas por la Suabia.—Alcánzale Walstein en los campos de Lutzen.—Batalla de Lutzen.—Valor fabuloso de ambos ejércitos.—Muere peleando Gustavo Adolfo, rey

de Suecia.—Es herido mortalmente el conde Oppenheim, general austriaco.—Toman los suecos á Leipsick y Frakendal.

ESPAÑA.

Viaje de Felipe IV á Barcelona y Valencia.—Reúnense las Cortés en Madrid.—Es jurado príncipe de Asturias el príncipe D. Baltasar Cárlos.—Angustia del público Tesoro.—Termina el año sin que se cierren las Cortés.	155
Resucita el conde-duque su antiguo proyecto de separar al rey de los infantes, sus hermanos.—Aleja á D. Fernando de la corte, haciéndole gobernador de Cataluña.—Cae el infante D. Cárlos en una profunda melancolía que le lleva en sus mejores años al sepulcro.—Es general el sentimiento por la muerte del entendido y digno infante D. Cárlos.—Causas de la invencible melancolía que quitó la vida á D. Cárlos.—Farsa que representa diariamente el conde-duque, para ganar la voluntad del rey.	156
Declara guerra el favorito á los consejeros, que no se doblegan á su <i>omnipotente</i> voluntad.—Crea el de Olivares un sin número de juntas.—Número y nombres de dichas juntas. . .	157
Continúan las intrigas del conde-duque, para conservar y aumentar su poder.—Guerra que declara al famoso escritor D. Francisco de Quevedo y Villegas.—El por qué no perdió la vida este hombre célebre y digno caballero.—Curiosa anécdota.	158

Año 1633.

Es nombrado por Felipe IV virreina y gobernadora de Portugal, doña Margarita, princesa de Saboya, viuda del duque de Mantua.—Dásela por consejero íntimo al marqués de la Puebla.

EXTERIOR.

Cárlos IV, duque de Lorena.	159
Celebra un tratado Luis XIII de Francia con el duque de Lorena.—Cárlos IV levanta tropas, á pesar del tratado, contra Francia y en favor del emperador de Alemania.—Avanza un ejército francés hácia la Lorena.—Aquel pone sitio á Nancy.—Toma las principales plazas de la Lorena.—Abdica Cárlos IV en su hermano el cardenal de Lorena.—Este renuncia á la púrpura cardenalicia y pide en matrimonio á una hermana del cardenal de Richelieu.—Continúan las intrigas y las peripecias.	

FLANDES.

La viuda del archiduque Alberto rige los estados flamencos.— Tiene por caudillo supremo al conde de Berg.—Pérdidas que experimenta este caudillo.	160
---	-----

- La archiduquesa, hija de Felipe II, renuncia en su sobrino Felipe IV, cansada de guerras y sinsabores.—Deslealtad del conde de Berg.—Sucédele el marqués de Santa Cruz.—El conde de Oppenheim es derrotado junto á Maestrick, por el príncipe de Orange.—Piérdese Maestrick.—Inconcebible imbecilidad del conde-duque.—Pérdidas continuas. . . . 161
- Fallece la prudente y virtuosa archiduquesa, infanta de España, doña Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.—Toma el gobierno de Flandes el marqués de Aytona.—Unese á María de Médicis, madre de Luis XIII, y al príncipe Gaston de Orleans.—Destruyense las ilusiones del prudente marqués de Aytona.

Año 1634.

EXTERIOR.

FLANDES.

- El de Olivares empeora el estado de la guerra con sus desaciertos. . . . 162
- Es nombrado gobernador y capitán general en los Países-Bajos, el infante D. Fernando, hermano del rey.—Cúmplense los deseos del favorito.—Buenas cualidades del infante para el mando de Flandes.—Yerra el golpe el de Olivares. . . 163
- Junta en Italia D. Fernando un mediano ejército.

ALEMANIA.

Es asesinado el célebre Walstein, general del imperio.—Creése que fué por órden del emperador.—Walstein es reemplazado en el mando por el rey de Hungría, hijo del emperador.—Justicias hechas á consecuencia de la conspiración de Walstein.—El soberano húngaro sitia á Ratisbona.—Ríndese la plaza.—Pide refuerzos el hijo del emperador al infante don Fernando.—Este bizarro príncipe, que no parecia hermano de Felipe IV, franquea el paso y atraviesa el Danubio.—Da vista á Norlinga, sitiada por el rey de Hungría.—Llegan los suecos en socorro de la plaza.—Batalla de Norlinga.—El bizarro infante D. Fernando y los españoles derrotan completamente á los suecos, en una batalla de cuarenta y ocho horas de duracion.—Perecen ocho mil suecos.—Quedan cuatro mil prisioneros.—Cógense ochenta cañones y trescientos estandartes y banderas.—El duque de Lorena, de parte de España y Austria en esta batalla, derrota al Rhingrave Othon-Luis.—Ríndese Norlinga.—Desocupan los suecos la Baviera.

Año 1635.

EXTERIOR.

- Pesar del cardenal de Richelieu por la batalla de Norlinga.—Alianza de Francia con Holanda.—Condiciones.—Regresa á Flandes el entendido infante D. Fernando.—Es recibido en Bruselas con todo el aplauso y entusiasmo que merece el vencedor de Norlinga. 165
- Manda Richelieu á Alemania 20,000 franceses en socorro de los herejes.—Dirigense á la Alsacia y atraviesan el Rhin.—Llegan á Heidelberg.—Levantán el sitio de esta plaza los imperiales.—Estos sorprenden á Philipsbourg.—Firmase en Paris un tratado entre Holanda y Francia contra España.—Richelieu, por mediacion de Mazzarino, propone á los príncipes de Italia una alianza ofensiva y defensiva contra España y Alemania.—Penetran los españoles en Tréveris. 166
- El elector, prisionero, es llevado á Amberes.—Ira del cardenal de Richelieu.—El infante D. Fernando da el mando del ejército que ha de hacer frente á los franceses, al príncipe Tomás de Saboya.—Batalla de Avenne.—Reúñese el príncipe de Orange á los mariscales de Brezé y Chatillon.—Entran los holandeses y franceses en Tirlémont.—Excesos de aquellos é indigna conducta de los mariscales.—Manifiesto contra España, publicado por el cardenal-ministro de Francia.—Infamia de Richelieu.—Contramaniesto publicado por el ministro español, que hace rigurosa justicia al intrigante y turbulento cardenal.—Declaracion solemne de guerra, hecha por Francia al infante D. Fernando.—Energía y dignidad del infante.—Este da grandes muestras de su inteligencia como general; de su valor como soldado, y de su dignidad como príncipe. 167
- La guerra de Alemania es desfavorable á los franceses.—Apuros de estos.—Retírase de Flandes Chatillon.—Estréllanse las nuevas intrigas de Richelieu.—Desaires que sufre.—Impotente saña del duque de Parma.—Célebres palabras del duque de Feria, gobernador de Milan.—Es derrotado en Morbegno el conde de Cerbellon.—Toman los franceses la Valtelina.—Locos proyectos del intrigante Richelieu. 168

Año 1636.

- La guerra, en general, es desfavorable á los franceses.—Son desgraciados en la Alsacia, en Milan, en la Valtelina, en los Países-Bajos y en el Franco-Condado.—Cúbrese de gloria el infante D. Fernando.—Secúndale el valeroso Tomás de Saboya.—Penetra el infante por la Picardia.—Lleva la guerra como un arrollador torbellino.—Pone en conmocion á Paris.—Arbitrios del cardenal de Richelieu.—Original medida adoptada por el mismo, para aumentar la caballería. 169

- Encomienda el cardenal al duque de Orleans, un ejército de veinticinco mil hombres.—Sale el dicho general al alcance del infante español.—Sitia Luis XIII, en persona, con CUARENTA MIL soldados á Corbie, defendida solamente por tres mil españoles.—Valor de estos, á quienes se conceden por necesidad, los honores de la guerra.—Penetra un ejército francés por las líneas de Guipúzcoa y Navarra.—El almirante de Castilla penetra por Tierra de Labor.—Arrojan los grisones de la Valtelina á los franceses.—Enojo de estos contra el cardenal-ministro. 170
- Conferencias en Colonia.—Plenipotenciarios que se reúnen en dicho punto.—Ningun acuerdo se toma.—Corónase como rey de romanos el rey de Hungría, primogénito de Fernando II, emperador de Alemania.—Verificase la coronacion en Ratisbona.—Célebre batalla del Tessino.—D. Martín de Aragon, maestre general español, vence con un pequeño ejército á doble número de franceses.—Espantosa derrota de estos.—Miserable estado de la nacion española.—Concédese al rey por las Córtes el impuesto *del papel sellado*, entonces desconocido y hoy tan explotado.—Aplicase la concesion al servicio de millones.—Uso del expresado papel, prescrito por las Córtes.

Año 1637.

- Enojo de Richelieu. 171
- Desiste Richelieu de conquistar el Milanesado.—Nuevo proyecto del célebre cardenal.—Destina un ejército á la Alsacia, á las órdenes del duque de Weimar; otro al Franco-Condado, al mando del duque de Longueville; otro á la Champaña, al cargo del mariscal de Chatillon, y otro á la Picardia, regido por el cardenal de la Valette.—Prepara una armada de cuarenta buques y veinte galeras, mandada por el conde D'Harcourt y destinada á las islas de Lerins.—La ciudad de Oristan es destruida.—Apodéranse los franceses de la isla de Santa Margarita y de la de San Honorato.—Entrégase á la Valette por capitulacion la plaza de Landreçy.—Ríndese la Chapelle.—El infante D. Fernando manda cortar la cabeza á D. Marcos de Lima y Navia, gobernador de la Chapelle.—España deja sin recursos al infante gobernador.—Entréganse Iboir y la ciudadela de Steray.—Determina Richelieu dar auxilio al príncipe de Orange. 172
- El duque de Weimar derrota á Cárlos de Lorena en la Alsacia.—Chatillon y Longueville hacen conquistas en el Luxemburgo y en el Franco-Condado.—El duque de Halluin derrota al duque de Carmona y al conde de Cerbellon, en el Languedoc.—Abandonan los españoles las plazas de la Güiena, por hallarse sin viveres y diezmados por las enfermedades.—El marqués de Leganés vence á los franceses en el Montferrato.

Año 1638.

ESPAÑA.

Olvido en que tiene á España su mal llamado gobierno.—Aislamiento en que tiene al rey el favorito.—Infame conducta de este.	173
Asuntos relativos á la Inquisicion.—Célebre causa de las monjas de San Plácido.	174
Sentencia pronunciada por el consejo de la Suprema.	177
Resultado de la dicha célebre causa.	

EXTERIOR.

El mariscal de Chatillon abre la campaña en los Países-Bajos.—Sitia á Saint-Omer.—El príncipe Tomás de Saboya derrota y pasa á cuchillo á dos regimientos franceses.—Órdenes dadas á Chatillon por Richelieu.	179
Chatillon se vé forzado á levantar el sitio de Saint-Omer.—Dirigese Luis XIII, con su inseparable Richelieu, á la Picardía.—Sitia á Hesdin.—Tiene necesidad de levantar el sitio.—Dirigense á Chatelet, defendida por SEISCIENTOS hombres.—Ejército, relativamente, innumerable que sitia á aquel puñado de valientes.—Cobarde y bárbara infamia del rey francés, del cardenal y de cuantos franceses se hallaron en Chatelet.—Valor y gloria del marqués de Leganés.—Muere el mariscal Crequi, francés, de un tiro de cañon, hallándose en Brema.—Caen en poder del de Leganés Brema y Vercelli, á pesar de los esfuerzos de Richelieu.—Reemplaza al bizarro marqués de Leganés el general español D. Francisco de Mello.	180

ESPAÑA.

Dispone Richelieu una invasion en España.—Reune tres cuerpos de ejército, á las órdenes del príncipe de Condé.—Júntanse dos de aquellos en San Juan de Pie-de-Puerto y otro en Bayona.—Reúnense los tres cuerpos en San Juan de Luz.—Sitúa el gobierno español tropas de observacion en la frontera ravarra.—Atraviesa Condé el Bidasoa.—Penetra en Irun.—Refuerza á Condé el mariscal de la Force.—Ponen sitio á Fuenterrabía.—Atacan la plaza enérgicamente por tierra y agua.—Valor de los españoles para socorrer á los sitiados.—Preséntase con una escuadra el arzobispo de Burdeos.—Fuerte choque en la rada de Guetaria.—Piérdese nuestra escuadra.	181
Redóblase el ánimo de los españoles.—Reune un ejército el almirante de Castilla.—Duplica Condé los esfuerzos.—Avanza el general francés, marqués de Gerbrés.—Es herido en la cabeza y retirado del campo.—Declárase en retirada el du-	

- que de la Valette.—Queda el campo sembrado de franceses muertos y heridos.—Condé manda al arzobispo de Burdeos dar el asalto.—Jáctase aquel de que penetrará al momento en la plaza.—Los leones castellanos le rechazan, y llevan la batalla valerosamente á las líneas francesas.—El bizarro marqués de Mortara ataca al mariscal de la Force, en la línea del cuartel de Guadalupe.—Penetra Mortara en el campamento francés, á sangre y fuego.—Generalízase la batalla.—Los franceses, huyendo como frenéticos, levantan el sitio.—Refúgiase despavorido en su armada el arzobispo general.—Condé por huir al mar precipitadamente, está á punto de perecer.—Persiguen los españoles á los franceses, acuchillándolos hasta Bayona, ¡y no escarmentan!—Richelieu, en su impotente saña, acusa á la Valette y le hace encausar.—Asiste Luis XIII personalmente al consejo.—Dignas palabras dirigidas á dicho rey, por Vellièvre, presidente del consejo. 182
- Necia y despótica contestación dada por el rey de Francia.—La Valette apela á la fuga, huyendo de la ira del cardenal.—Es sentenciado á muerte el expresado duque, á pesar de sus méritos.—El rey aprueba la sentencia.—Reflexiones hijas del resultado de la descabellada intentona de Richelieu.—Consternación en París y júbilo en Madrid.

Año 1639.

EXTERIOR.

- Tenacidad de Richelieu. 183
- Forma otros tres ejércitos, cuyo mando entrega al mariscal de Chatillon, al general Meyllaraie y al marqués de Feuquières.—Destina el primero al Artois, al Luxemburgo el segundo, y deja preparado y sin destino al tercero.—Da orden al duque de Weimar para continuar la guerra en Alemania, y al cardenal de la Valette, para hacerla en Italia.—Encárgase el arzobispo de Burdeos, el fugitivo de Fuenterrabía, de la armada del Océano, y el conde D'Harcourt de la del Mediterráneo.—Toma el marqués de Brezé el mando de las galeras.—Recibe orden el príncipe de Condé para invadir el Rosellon.—Incorpórase el marqués de Leganés, restablecido de su enfermedad, al príncipe de Saboya.—Pasa á Flandes el conde de Piccolomini, á las órdenes del bizarro infante D. Fernando.—Dirigese Feuquieres al Luxemburgo.—Sitia á Thionville.—Cae sobre Feuquieres Piccolomini, destroza la caballería francesa, deshace la infantería, coge la artillería y bagajes y hace prisionero al mismo Feuquieres.—El general Meyllaraie sitia á Hesdin.—Piccolomini vuela á Hesdin; pero el gobernador habia pedido capitulación.—Aquel, que era el conde de Hanapes, es encausado de orden del infante D. Fernando.—Arteria del príncipe de Orange.
- Chatillon toma á Iboir.—Muere el duque de Weimar, infati-

gable aliado de Richelieu.—Triunfos del marqués de Leganés en Italia.—Apodérase, en union del príncipe de Saboya, de Anzio, Chivas, Quierz, Verna, Ivrea, Astí, Saluzzo, Crescentino, etc.—Dirigense á Turin.—Gánales la delantera el cardenal de la Valette.—Noticias acerca de la casa de Saboya.—Acude D'Harcourt al Piamonte.—Los turineses franquean las puertas de la ciudad al cardenal de Saboya. 185

Allánase la duquesa gobernadora á cumplir todas las exigencias de Richelieu.—Queda el Piamonte al cuidado del cardenal de Saboya, y el príncipe con el marqués de Leganés, continúan sus gloriosas conquistas.—Toman á Montealvo, Trino y Pontestura.—Los franceses solo logran recuperar á Chiva.—Ardid de guerra inventado y ejecutado por el marqués de Leganés.—Surte el efecto propuesto.—Apodéranse de Turin.—La duquesa gobernadora, casi desnuda, huye y se refugia en la ciudadela.—A la defensa de esta, acude apresuradamente el cardenal de la Valette.—Penetra el de Leganés en Turin.—Bate la ciudadela.—Muere el cardenal de la Valette, de melancolía.—Sucédele D'Harcourt.—Ajústase una tregua de cinco dias entre la ciudad y la ciudadela.—Renueva D'Harcourt la guerra. 186

ESPAÑA.

El conde de Santa Coloma, virey de Cataluña, pide socorros para defender el Rosellon.—Sale de Narbona el príncipe de Condé con su ejército.—Repliéganse las exiguas guarniciones de los fortines españoles, para reunirse en Perpiñan.—Penetra Schomberg, dependiente de Condé, por el Grau, con diez y seis mil hombres.—Dirigese al castillo de Opol.—El gobernador, era flamenco, entrega sin resistencia la inexpugnable fortaleza.—El infame y vendido gobernador, es decapitado en Perpiñan.—Vergonzosos desmanes de los franceses.—Vénganse bajamente de no haber podido franquear el collado de Portús.—Acércanse á Salces.—Está desprovista y desguarnecida la plaza, por culpa del conde-duque.—Buenos y respetables recuerdos de dicha plaza. 187

Apela el conde de Santa Coloma al patriotismo catalan.—Cataluña en masa, con su capital al frente, se ofrece á auxiliar al virey.—Reúnense en Perpiñan diez mil hombres catalanes.—Los catalanes, soldados bisoños, muéstranse héroes en la batalla.—Salces se rinde, por cobardía de su gobernador.—Preséntase el arzobispo de Burdeos en las aguas de la Coruña.—No puede penetrar en el puerto.—Córrese al Ferrol.—Desembarca.—Huye por segunda vez, bien escarmentado.—Destrozo de franceses.—Pasa el fugitivo por la costa de Vizcaya á Laredo, en donde saquea, digna tarea de un arzobispo, y sale de allí tambien fugitivo y escarmentado.—Llega á Santander, é incendia los astilleros y huye.—Ordenes que recibe de la córte el virey Santa Coloma.—Disgusto de los catalanes. 188



Llega á Cataluña el marqués de los Balbases.—Pasa muestra al ejército.—Ejército que se reúne.—Schomberg regresa á Francia en busca de refuerzos.—Queda mandando en Salces el general francés D'Espanan.—Sitian á Salces los españoles.—Sorprenden los bisoños catalanes á los veteranos franceses en Rivasaltas.—Encierranlos en sus fortificaciones.—Hacen una impetuosa salida los franceses de Salces.—Los españoles los rechazan y encierran.—Renúevanse las salidas y tres veces son batidos, destrozados y encerrados por los bisoños españoles.—Estragos de la peste.—Viene Condé desde Narbona, con veinte mil infantes, cuatro mil ginetes y tres baterías de campaña.—Consejo de generales españoles.—Patriótico grito de guerra del marqués de los Balbases.—Entusiasmo general.—Refuerzos que mandan al campo español Aragon y Valencia.—Mándalos igualmente el duque de Maqueda, almirante de la armada anclada en Rosas.—Avanza el enemigo desde la plaza.	189
Verdadero diluvio que ciega las minas y deshace las trincheras.—Avanza de nuevo Condé.—El regimiento-modelo de Normandía, francés, llega á las trincheras españolas.—Queda casi todo él en el foso, deshecho y sepultado.—El regimiento de Tolosa, sufre igual suerte.—El de Roqueleure, al querer forzar una media luna queda en cuadro.—De nueve capitanes, solo cuatro quedan con vida y de ellos tres heridos.—Es deshecho y desconcertado todo el ejército francés.—Sus cortos restos huyen despavoridos.—Felipe de Spínola, bizarro marqués de los Balbases, manda un parlamento á Salces intimando la rendicion.—Respuesta del gobernador D'Espanan.—Perfecciona el de los Balbases la circunvalacion.—Pide capitulacion D'Espanan.—Condiciones.	190
Firmase provisionalmente la capitulacion.	

FLANDES.

Desgraciada expedicion marítima de D. Antonio de Oquendo.—Mal comportamiento de los ingleses.—Cárlas I de Inglaterra.—Motivos de su enojo contra España.	191
--	-----

Año 1640.

ESPAÑA.

D'Espanan entrega la plaza de Salces al marqués de los Balbases.	193
Circunstancias en que se hallaba el principado de Cataluña.—Descontento de los catalanes.—Manifiestan sus justas quejas al gobierno.—En qué consistian aquellas.	194
Escrito dirigido por el conde-duque, al conde de Santa Coloma.—Idem de Felipe IV, relativo á Cataluña.	195
Mal camino que adopta el gobierno.—Imprudentes órdenes dadas á la tropa.—Disturbios y choques entre soldados y	

paisanos.—Disposicion tomada por el de los Balbases.—Representan en contra los ayuntamientos.—Respuesta poco conciliadora que aquellos reciben.—Repugnantes escenas ocurridas en Cataluña.	196
Trasládase á Madrid el marqués de los Balbases.—Debilidad de Santa Coloma.—Atrocidades que se cometen por unos y otros.—Pasa un alguacil real á Santa Coloma de Farnés.—Desacertado proceder de aquel.—Dispara un pistoletazo á un vecino.—Salen todos los del pueblo contra el alguacil.—Refúgiase este en una casa.—La prenden fuego.—Quémase con ella el alguacil Monredon.—Cálmase el motin.	197
Voces alarmantes.—Lucha entre paisanos y un tercio de soldados.—Crímenes cometidos por los soldados.—Replégase el tercio y gana la costa.—Crítica posicion en que se encuentra el virey Santa Coloma.—Incomprensible conducta del conde-duque.—Desaciertos del virey.—Preséntanse á este un diputado de la nobleza y dos consellers.	198
Muéstrase Santa Coloma riguroso, por inspiracion del de Olivares.—Manda prender á D. Pablo Clarís, canónigo de Urgel.—Circunstancias de dicho canónigo.—Triste y alarmante estado de Cataluña.—Coincidencia favorable á la amenazante revolucion.—Disposicion que adopta el virey.	199
No tiene aquella efecto.—Un dependiente del quemado alguacil, denuncia en la calle á uno de los asesinos de su amo.—Hiere el primero al segundo.—Preséntanse defensores de uno y otro.—Comienza el motin.—Gritos de los revolucionarios.	200
Las autoridades locales no quieren sofocar la revolucion.—Cercan los sublevados el palacio del conde de Santa Coloma.—Huye este, con su hijo, por una puerta excusada.—Bárbaras atrocidades cometidas en Barcelona por los revolucionarios.—Continúan las feroces escenas de sangre y desolacion.—Llega Santa Coloma á la orilla del mar.—Corren los revolucionarios á encontrarle.—Embárcase el hijo de Santa Coloma.	201
La artillería de la ciudad hace un fuego horroroso sobre las naves.—Estas leván anclas y el virey no puede embarcarse.—Afligido y sin esperanza dirigese á Monjuich, por las peñas de San Beltran.—Casi asfixiado por el ardiente sol y extenuado por la fatiga, cae sin sentido.—Encuétranle en tal estado los <i>salvadores del país</i> y le asesinan á puñaladas.—Saqueo.—Estupidez de los revolucionarios.—Queda Barcelona sin autoridades.—Sacan de San Francisco al beguér y le declaran autoridad superior.—Ofrécense, por cumplir, seis mil escudos al que dé noticia de los asesinos del desventurado Santa Coloma.	202
Sublévanse Gerona, Lérida, Balaguer, etc.—Apodéranse del castillo de Tortosa los amotinados.—Feroz asesinato del veedor general, D. Pedro de Velasco.—Horrores cometidos en Tortosa.—Choque ocurrido en Olot.—El maestre D. Juan de Arce, dirigese con su tercio á Blanes.—Mensajero mandado á la córte por los catalanes.—El rey se niega á recibirle.—Presenta un escrito el mensajero.	203

- El gobierno nombra virey de Cataluña al duque de Cardona.—Llega este á Barcelona.—Procura restablecer la tranquilidad.—Prudencia y habilidad del nuevo virey, de todo punto inútiles.—Conducta revolucionaria de algunos ministros del altar.—Imprudente medida adoptada por el obispo de Gerona. 204
- Logra, á pesar de todo, restablecer la tranquilidad en Barcelona el nuevo virey.—Trasládase á Perpignan, para restablecer el orden.—Motivo de los desórdenes.—Prudencia inútil del general marqués de Xeli.—Choque entre tropa y paisanos. 205
- El duque de Cardona, manda prender á los maestros Arce y Molés.—Dsaprueba el imbécil conde-duque la prudente y acertada conducta del virey.—Apesadúmbrase este y fallece á los pocos dias.—La gente de orden de Cataluña manda una comision á la córte.—El conde-duque la manda no pasar de Alcalá de Henares.—La comision imprime y publica un escrito.—Insértanse algunos párrafos del referido escrito. 206
- Nuevo y perjudicial error del ministro favorito.—Disgustase Cataluña con el nuevo virey.—Súplicas de los mensajeros del principado.—Decídese el de Olivares á recibirlos. 207
- Amabilidad del ministro con los mensajeros.—Reúne el consejo para examinar los asuntos de Cataluña.—Pareceres encontrados de dos consejeros.—Prudente dictámen de D. Iñigo Velez de Guevara, conde de Oñate.—Es desoido.—Adhiérese el desatentado ministro al dictámen de D. Gaspar de Borja, presidente del consejo de Aragon.—Decídese llevar á sangre y fuego la guerra.—Expídense apremiantes órdenes para que se reunan en las aguas de Cataluña todas las galeras de España. 208
- Elígese á Zaragoza para plaza de armas.—Hácese un llamamiento general á las tropas de Castilla, Andalucía, Aragon, Galicia, Mallorca y Portugal.—Es nombrado general en jefe D. Pedro Fajardo, marqués de los Velez.—Cualidades de este caudillo.—Expídese á su favor la patente real de capitán general del ejército, general del mar de Flandes y virey de Aragon.—Apréstanse á la guerra los catalanes.—Grandes preparativos de resistencia.—Reúne la diputacion revolucionaria.—Divergencia de pareceres.—El obispo de Urgel habla en favor de la paz.—El canónigo Claris respira sangre y venganza.—Inconveniente peroracion del mencionado canónigo. 209
- Decídense los revolucionarios por la guerra.—Aquellos malos españoles se deciden á pedir auxilio á Francia contra España.—Acoge Richelieu con gozo las proposiciones de los catalanes. 210
- Ofrece facilitar á Cataluña 6,000 infantes y 2,000 ginetes; pero pagándolos el principado.—Exigencias del ministro francés.—Aceptan todo los rebeldes.—Manifiesto dirigido á los barceloneses, por el marqués de los Velez.—Contesta bruscamente la diputacion de Barcelona, al manifiesto pacífico y conciliador del de los Velez.—Las avanzadas de este penetran en Tortosa.—Tortosa se acoge á la clemencia del rey.—Que-

- da libre el paso del Ebro.—Desaciertos del conde-duque.—Rechazan sus proposiciones los de Barcelona.—Pasa á esta ciudad el marqués de Povar, hijo del duque de Cardona.—Le prenden los catalanes.—Interviene el nuncio del Pontífice. 211
- Llega el nuncio hasta Lérida.—No le permiten pasar de allí.—Dirígese el general Garay contra Illa.—Asaltos inútiles.—Acércanse al teatro de la revolución Schomberg y D'Espanan, caudillos franceses.—Protegen la entrada de las tropas rebeldes en Illa.—Divide el marqués de los Velez su ejército en tres cuerpos.—Destina el primero á penetrar por el llano de Urgel; el segundo al campo de Tarragona, y el tercero á la frontera.—Dáse orden á D. Juan de Garay para que se acerque á Barcelona.—Manda el general en jefe un mensajero á la diputacion barcelonesa.—Es elegido para desempeñar este espinoso encargo D. Antonio Francis.—Sus buenas circunstancias. 212
- Pasa D. Antonio á Barcelona.—Es bien recibido y obsequiado.—Nada se consigue.—Ordenes y contraórdenes de la corte.—Indecision del general en jefe, á consecuencia de aquellas.—Disculpase al de los Velez.—Comienzan las deserciones.—Pasa á Alcañiz el marqués de Torrecusa para castigar severamente á los desertores.—Llega á Alcañiz el marqués de los Velez—Recibe la patente real de virey de Cataluña.—Reemplázale en el vireinato de Aragon, el duque de Nochera.—Cuerpos de tropas rebeldes, situados en las márgenes del Ebro.—Su insolencia.—Lánzanse al rio contra aquellas los soldados del rey.—Llega á Tortosa el grueso del ejército real. 213
- Jura el virey guardar los privilegios del principado.—Declaran nulo este acto los catalanes.—Excesos inauditos de los desatentados rebeldes.—Impia piedad de los mismos.—Sale de Tortosa el maestre general D. Fernando de Tejada.—Toma de Cherta y dispersion de los que la guarnecen. 214
- Nuevo choque.—El maestre D. Diego de Guardiola, toma á Tivenys.—Edicto de perdon publicado por el virey.—Todo el territorio de Tortosa se reduce á la obediencia de Felipe IV.—Edicto de perdon expedido por la junta revolucionaria.—No produce efecto.—Generales y tropas que lleva á sus órdenes el marqués de los Velez.—Toma la vuelta del Coll de Balaguer.—El ejército rebelde ocupa á Perelló.—Resisten los rebeldes veinticuatro horas, á favor de sus ventajosas posiciones, y concluyen por retirarse.—Obstáculos que vence el ejército real.—Detalles. 215
- Posesiónase del Coll el de los Velez.—Dirígese el de Torrecusa al campo de Tarragona.—Posesiónase del Hospitalet.—Hace una importante presa.—Decaen de ánimo los barceloneses.—Penetra en Barcelona el general D. Espanan con tres mil infantes y mil ginetes franceses.—Dirígese D'Espanan á Tarragona.—Se encierra y fortifica en la plaza.—Dirígese el de los Velez á Cambrils.—Mátanle al de los Velez el caballo.—El mismo marqués es levemente herido.—Su serenidad.—Ríndese Cambrils.—Desgracias ocurridas al hacer la entrega. 216

- Excesiva severidad del supremo caudillo.—Consejo.—El duque de San Jorge, propone que se caiga sobre Tarragona.—Cede el de los Velez, contra su voluntad.—Razones que le mueven á hacer oposicion.—Hace alto el ejército entre Salou y Villaseca.—El marqués de Torrecusa toma á Salou.—El marqués de Xeli se posesiona de Villaseca.—Quedan prisioneras ambas guarniciones.—D'Espanan manda desde Tarragona un mensaje al marqués de los Velez.—Dignas palabras del marqués.—No encuentra D'Espanan que responder.—El de los Velez envia á Tarragona uno de los prisioneros franceses.—Objeto de esta disposicion.—Dirigese el ejército real á Tarragona.—Procuran los rebeldes distraer la atencion del virey.—No lo consiguen.—Manda el de los Velez al duque de San Jorge que se adelante con la vanguardia y tome los puntos que dominan á Tarragona. 217
- D'Espanan dirige un mensaje á Barcelona, en demanda de auxilio.—Entabla plática de capitulacion el caudillo francés.—Capitulacion.—Reúnense los caudillos para firmarla.—Presentanse las autoridades y diputados á prestar obediencia á Felipe IV.—Determinacion del virey.—Es acatada y obedecida.—Entra triunfalmente en Tarragona el marqués de los Velez.—Llega el marqués de Villafranca con diez y siete buques.—Llega igualmente D. Juan de Garay. 218
- La rendicion de Tarragona alarma á los barcelonenses.—Crece el tumulto.—Los revolucionarios asesinan bárbara y ferozmente á tres jueces, porque eran castellanos.—Profanan bárbaramente los cadáveres.

ITALIA.

- El general D'Harcourt gana una batalla al marqués de Leganés, por tener el primero fuerzas militares más que duplicadas.—Levántase el sitio de Casal.—Pasa D'Harcourt á sitiuar á Turin.—Inteligencia y bizarría del marqués de Leganés.—Deja sitiados á los sitiadores. 219
- Llegan refuerzos á D'Harcourt.—Recíbelos igualmente el de Leganés.—Hambre en el ejército francés.—Escasez que sufren los sitiados.—Ordenes que recibe D'Harcourt de Richelieu.—El caudillo francés trata de capitular.—Condiciones.—Evacuan los franceses la plaza de Turin.—Tomás de Saboya se dirige á Ivrea.

FLANDES.

- Sale de Paris el mariscal de la Meylleraie y se dirige á las orillas del Mosa. 220
- El ejército español destroza tres de los regimientos de la Meylleraie.—Ataca á Charlemont.—Dirigese á Mariemburg, sin tomar á Charlemont.—Hácenle desalojar el puesto los espa-

ñoles.—El cardenal ministro con su inseparable Luis XIII, se dirige á Amiens.—Da orden á la Meylleraie para que se reuna á los mariscales Chatillon y de Charme, y se dirijan reunidos contra Arrás.—Contra esta desguarnecida plaza se acerca un formidable ejército.—El español ataca denodadamente las líneas francesas.—Batalla que dura catorce horas.—Venca el número inmensamente mayor.—No quiere entregarse la plaza.—La Meylleraie apela á las minas.—Segunda intimacion y segunda negativa.—Destrozo causado por las minas.—Propuesta honrosa de capitulacion.—Gloria que adquieren los sitiados.—El por qué. 221

Concesiones justamente otorgadas por los vencedores.—Penetra en Flandes el mariscal de Chatillon.—Desgraciada manera con que hace la guerra el príncipe de Orange.—Aléjanle de Hulst los españoles de ignominiosa manera.—Pasa á Güeldres.—Sufre otra vergonzosa derrota.—Huye de todas partes.

PORTUGAL.

Circunstancias que prepararon la rebelion de Portugal. 222

Desacertadísimo gobierno del conde-duque.—Sus antipáticos y despóticos representantes en Portugal.—Diego Suarez y Miguel de Vasconcelos. 224

Descortesía de este último.—Insurreccion en los Algarbes.—Sométense por fuerza los insurrectos.—Grandes mercedes concedidas al conde-duque.—Continuos desaciertos de este.—Agótase la paciencia de los portugueses.—Fijan sus miras en el duque de Braganza. 225

Doña Luisa de Guzman, española, duquesa de Braganza y hermana del duque de Medina Sidonia.—Ordenes expedidas por la córte al duque de Braganza.—Este, ó más bien su esposa, comisiona á Pinto Riveiro para entenderse con los revolucionarios portugueses.—Cualidades y circunstancias de Riveiro.—Repetidas necesidades del conde-duque.—Invitacion que hace al duque de Braganza.—Contestacion política de este. 226

Imbecilidad del conde-duque.—Nueva negativa políticamente dada al ministro por el duque portugués.—Estupidez inaudita del ministro Olivares.—Acepta el duque de Braganza la comision que le da el ministro y que favorece marcadamente á la revolucion.—Nueva é inusitada estupidez del conde-duque. 227

Aprovéchanse los duques de Braganza, Pinto Riveiro y los conjurados de la necedad de Olivares.—Reúnense aquellos en un jardin de D. Antonio de Almada. 228

Resultado de la junta de conspiradores.—Dividense los pareceres de los conjurados, respecto de la forma de gobierno que debe adoptarse en Portugal.—Decídese la mayoría por la forma monárquica.—Dudan entre elegir para rey al duque de Braganza, al de Villareal, ó al de Aveiro. 229

- El arzobispo de Lisboa y los principales próceres portugueses arrastran la opinion general en favor de la casa de Braganza.—El duque es proclamado secretamente rey de Portugal.—Nómbrase una comision que dé cuenta de todo al de Braganza.—Este se niega con grande artificio á admitir el cetro.—Repite las comisiones y multiplícanse los ruegos.—Palabras de la duquesa. 230
- Acepta el duque la corona.—Dánse plenos poderes á Pinto Riveiro para entenderse con los principales conjurados.—Patriotismo de los portugueses.—Vasconcelos comunica sus sospechas al conde-duque.—GOLPE MAESTRO dado por Olivares.—Habilidad del duque de Braganza. 231
- Estalla la rebelion el dia 1.º de Diciembre.—Dánse vivas á D. Juan IV, rey de Portugal.—Acometen los conjurados á las guardias de la vireina.—Pinto Riveiro acude en busca de Vasconcelos.—Lealtad del teniente corregidor de Lisboa.—Le asesinan cobardemente.—Cométense otros feroces asesinatos.—Es encontrado Vasconcelos.—Bárbara manera con que le asesinan. 232
- Arrojan el cadáver á la plaza dando la voz de *Libertad!* con la cual siempre oprime el vencedor al vencido.—Repugnantes profanaciones hechas con el cadáver de Vasconcelos.—Dirigense en busca de la vireina.—Sale esta varonilmente al encuentro de los conjurados.—Los arenga.—Contéstala *respetuosamente* D. Antonio Meneses.—Sostiene algunas contestaciones á la animosa princesa con los conjurados.—Impone á estos la firme y digna actitud de aquella.—Abren los revolucionarios las puertas de las cárceles. 233
- Tratan los conjurados de asaltar la ciudadela.—Niégase la vireina á firmar la orden para que se entregue dicha fortaleza.—Amenazas de los conjurados.—Firma la vireina, por salvar á muchos inocentes, cuya vida dependia de la entrega.—Entrega el gobernador la ciudadela.—Hácense dueños de Lisboa los conjurados.—D. Rodrigo de Acuña, arzobispo de Lisboa, es elegido lugarteniente del rey.—Eleccion de consejeros.—Desplégase el estandarte real y es públicamente proclamado rey el duque de Braganza.—Despáchanse órdenes á las provincias del reino, para que se proclame soberano á D. Juan IV.—Señálase á la vireina el convento en que ha de morar, extramuros de Lisboa.—Sale la princesa del palacio real sin más escolta que sus damas y el arzobispo de Braga, primado de Portugal, fiel á Felipe IV. 234
- Respeto que impone á la multitud el digno continente de la vireina.—Déjanla regresar á España, y los principales próceres y gobernadores la acompañan hasta la frontera.—Pasan á buscar al nuevo rey, á su retiro de Villaviciosa.—No determina pasar públicamente á la córte.—Marcha, por fin, lentamente hasta Montemor.—Toma la vuelta de Aldea-Galliega.—Atraviesa el Tajo en la miserable barca de un pobre pescador.—Entra de incógnito en Lisboa.—Dirigese á la casa de la Compañía de Indias.—Atraviesa por entre los grupos de revolucionarios, sin que estos le conozcan.—Cerciórase del espíritu público y se determina á darse á conocer.—Ex-

tiéndose la noticia de su llegada.—Pide el pueblo que se asome el nuevo rey al balcón.—Oportuna respuesta que da D. Juan IV á algunos consejeros.—Concluye la unidad ibérica. 235

Reflexiones acerca de la emancipacion de Portugal. 236

Ridícula y aun punible manera con que da el conde-duque la noticia de la pérdida de Portugal á Felipe IV.—Visible disgusto y contestacion del rey. 237

DECENIO QUINTO.

Año 1641.

CATALUÑA.

Activa la junta revolucionaria de Barcelona los aprestos de guerra.—Fortifícase el paso de Martorell.—Insta la junta á D'Espenan, para que quebrante el tratado de Tarragona.—Sale de esta plaza el marqués de los Velez.—Vilaplana, caudillo revolucionario, deja franco el paso.—Sale el de los Velez de Villafranca del Panadés.—Resiste en San Sadurni la fuerza rebelde.—Esta se repliega á las fortificaciones del paso de Martorell.—Dificultades naturales y artificiales de este paso. 238

Maniobra de los enemigos.—Apodérase el rebelde Margarit de Constantí.—Ferocidad de aquel.—Acude lleno de ira el capitán Cabañas, del ejército real.—Vence á los sanguinarios rebeldes.—Reflexiones acerca del carácter peculiar de los revolucionarios. 239

Llegan al paso de Martorell los rebeldes fugitivos de Constantí.—Aparece el marqués de los Velez.—Dificultades casi insuperables que con sus tropas vence.—Reune el consejo de generales.—Determinase que un cuerpo de ejército pase por la montaña y baje por el Coll del Portell, para coger por retaguardia al enemigo.—El defensor de Martorell pide refuerzos á Barcelona.—Disgústase la junta.—Valor del marqués de Torrecusa y de sus tropas.—Combate de casi doce horas de duracion, en el paso de Martorell.—La noche divide á los combatientes.—Al rayar la aurora recomienza el combate.—Los catalanes son sorprendidos por el bizarro marqués de Torrecusa. 240

Sorpresa y disgusto de los defensores de Martorell.—Consejo de los jefes revolucionarios.—Repléganse estos con su gente, hasta vadear el Llobregat.—Entra el valeroso marqués de los Velez con sus bizarras tropas en Martorell.—Crueldad de los vencedores.—Dirígese la vanguardia, mandada por Torrecusa, á San Feliú.—Encuétrase con los refuerzos que Barcelona manda á Martorell.—Extraña milicia.—Pónese en

- defensa.—Se disemina.—Llega el ejército real casi á dar vista á Barcelona.—Ordenes remitidas por el de Olivares.—Dificultades que se oponen al cumplimiento de aquellas. 241
- Consejo de guerra.—Prudencia con que discurre el de los Velez.—Vacilacion general, á consecuencia de las desacertadas órdenes del ministro.—Acuérdase ocupar á Sanz, y reconocer el estado de Monjuich.—Dirige el de los Velez desde Sanz una carta á la junta barcelonesa.—Ofrece el perdón, en nombre del rey, el respeto á las personas, haciendas, etc.—Recibe una respuesta descomedida y arrogante.—Irrítase el marqués de los Velez y manda á dos divisiones que suban por ambos costados de la montaña de Monjuich.—Colócase el conde de Tyron con sus tropas entre Barcelona y la montaña.—El duque de San Jorge, marcha á los molinos.—Torrecusa y Garay quedan de reserva. 242
- El de los Velez con sus ayudantes y estado mayor establece el cuartel general en el Hospitalet.—Decae de ánimo la junta rebelde.—Antipatriótica y reprobable determinacion que adopta aquella.—Acuerda proclamar conde de Barcelona á Luis XIII de Francia.—Levántase el acta de proclamacion el dia 23 de Enero.—Comunicase la determinacion de Barcelona al soberano francés.—Preveniciones de los barceloneses. 243
- El dia 26 de Enero comienza el ejército real el combate.—Detalles.—Muere de un balazo el bizarro conde de Tyron.—Perece tambien el valeroso D. Diego de Cárdenas, sargento mayor.—Son arrollados los rebeldes que defienden el puerto de Santa Madrona.—Choca la caballería real, mandada por el intrépido duque de San Jorge, con la caballería rebelde.—Arterías de un caudillo francés.—Proezas del duque de San Jorge.—Arrolla y pone en fuga á los enemigos.—Nuevas é inauditas proezas del de San Jorge.—Es mortalmente herido por una cobarde mano, desde los adarves.—Memorables palabras de su bizarro padre el marqués de Torrecusa. 244
- Perece igualmente el leal caudillo Filangieri.—Desventajas de los leales, que batiéndose á cuerpo descubierto, son diezmados desde las murallas y defensas.—Dificultades que se presentan para tomar á Monjuich.—Socorros que reciben los rebeldes.—Ordena el de Torrecusa las desordenadas tropas.—Faltan escalas para asaltar á Monjuich.—Pidense al marqués de Xeli.—Antes de que lleguen, reciben nuevos é importantes refuerzos los de Monjuich.—Los proyectiles lanzados desde el castillo diezman á los leales.—Perecen los dos hermanos Fajardos, sobrinos del marqués de los Velez. 245
- Sentimiento del marqués de Torrecusa, al saber que al ser llevado á Sanz su hijo, el valeroso duque de S. Jorge, ha espiado.—Resolucion que adopta.—Reemplaza á Torrecusa don Juan de Garay.—Este logra reunir las desordenadas tropas.—Reúñese el consejo.—Afliccion del valeroso marqués de los Velez.—Resuelve el consejo volver á Tarragona con los restos del ejército.—Llévase á cabo la resolucion del consejo.—Manda el de los Velez á la córte el parte de todo lo

- ocurrido, acompañado de su dimision.—A vuelta de correo mandó el que con sus desacertadas providencias fué la causa de tantas desgracias, el conde-duque, la admision, y el nombramiento de D. Fadrique Colonna, principe de Butera, para reemplazar al de los Velez. 246—
- D. Ignacio Mascareñas, embajador de Portugal cerca de la Santa Sede, pasa á Barcelona.—Ofrece á Cataluña amistad y auxilios en nombre de su nacion.—Reciben los rebeldes contestacion de Luis XIII de Francia.—Nombra plenipotenciario á M. D'Argenzon.—Salen á recibir á este dos nobles catalanes.—Penebran por Cataluña dos divisiones francesas.—Aparece el célebre arzobispo de Burdeos con una buena armada.—Toma el conde de la Motte, general en jefe de los franceses, la vuelta de Tarragona.—Agrégasele un tercio catalan.—Llegan á Valls.—Retírase la guarnicion.—Pasan los franceses á Constantí y Salou.—Queda La Motte dueño del campo de Tarragona.—Carece de artillería.—No puede sitiarse á Tarragona y se limita á bloquearla.—Orden que manda al arzobispo de Burdeos.—Disgústase este. 247—
- Obedece, empero, á una nueva orden de Richelieu.—Inaccion del principe de Butera.—Comienzan los catalanes á sentir el despotismo de los franceses.—Disponen el conde-duque socorrer por mar á Tarragona.—Aparece en las aguas de este puerto el marqués de Villafranca, almirante del mar de Valencia, con buena armada. 248
- Moléstala con su artillería el arzobispo de Burdeos.—Abastecen la plaza el marqués de Villafranca.—Júntanse por España las naves y galeras de Dunkerque, Mallorca, Toscana, Génova y Nápoles.—Dividese la armada en dos escuadras al mando del duque de Maqueda una, y otra al del duque de Fernandina.—Reúnense á la armada del marqués de Villafranca.—Huye á toda vela el bizarro arzobispo, sin parar hasta la costa de Provenza.—Es completamente socorrida y auxiliada Tarragona.—Levanta el bloqueo el de La Motte, y se retira.—Disgústanse todos, especialmente Richelieu, con el arzobispo.—Retírase este á su diocesi.—Abochornado el general de La Motte, dice á los de Barcelona que pidan socorros al nuevo conde.—Pasa á Francia en calidad de embajador, D. José Margarit.—Mision que le confian los rebeldes.—Resolucion de Luis XIII, ó de Richelieu. 249—
- Nombra Luis XIII *virey de Cataluña* al marqués de Brezé.—Pacto firmado entre el rey francés y los catalanes. 250—
- Deslealtad y negra infamia de D. José Margarit.—Richelieu y Margarit.—Palabras del primero de ambos. 251—
- Descabellados proyectos del mismo.—El principe de Condé toma á Elna, é intercepta el tránsito de Perpiñán á Colibre.—Expide Brezé poderes á Diego Bisbé Vidal para que le represente en el acto de la jura como *nuevo virey*.—Determinacion de la junta de Barcelona.—El dia 30 de Diciembre jura Bisbé en representacion del marqués de Brezé, en la Junquera.—Es nombrado en Madrid general del Rosellon el marqués de Mortara.—Disgústanse los franceses al saber el nombramiento del vencedor de Fuenterrabia.—Aumentan

se las tropas francesas. 252
 Refuézase el ejército español.—Vuelve á las armas el bizarro
 marqués de Torrecusa.—Mándasele reunir los refuerzos y
 unirse á Mortara.—Actividad é inteligencia de Torrecusa.
 —Fortifícase y espera el mariscal de Brezé en el paso de Ar-
 gelés.—Desembarca en Rosas Torrecusa.—Pasa con sus tro-
 pas el Tech.—Exposicion al vadear, con el agua á la barba,
 dicho rio.—Cae Torrecusa de improviso y como el rayo so-
 bre las avanzadas catalanas.—Pasa á cuchillo á los primeros
 y pone en fuga á los demás.—Reúnese el bizarro marqués al
 de Mortara.—Gloria que acumula á la mucha que ya tenia
 adquirida.—Irritado de Brezé ordena sus tropas.—Acomete
 con ímpetu á los españoles.—Su ejército, mayor en la infan-
 tería y muy superior en la caballería al español.—Batalla
 general.—Valor y destreza de Torrecusa y Mortara, como
 generales y como soldados.—Completa derrota de los fran-
 ceses. 253

Queda sembrado el campo de cadáveres de aquellos y despojos
 de guerra.—Ríndense Argelés y Santa María del Mar.—
 Provéese abundantemente á Perpiñan.

PORTUGAL.

El nuevo rey convoca las Cortes portuguesas, para que pres-
 ten el juramento de costumbre.—Manda embajadores á
 Francia é Inglaterra.—La primera reconoce al nuevo rey,
 D. Juan IV.—Firma con este un tratado de alianza.—Reco-
 nócele igualmente Inglaterra.—Suecia y Dinamarca siguen
 el ejemplo.—Holanda se limita á establecer con Portugal una
 tregua de diez años.—Manda dicha república una armada á
 D. Juan IV, para hacer guerra á España. 254

Nombra D. Juan IV sus embajadores para Roma, bajo la pro-
 teccion de Luis XIII de Francia.—El embajador de España
 cerca del Pontífice, marqués de los Velez, en unión con don
 Juan Chumancero, célebre diplomático español, gestiona
 para que no sean recibidos los portugueses por el Santo Pa-
 dre.—Niégase esté á recibir á aquellos.—Ira de Richelieu.
 —Piden de nuevo audiencia el obispo de Lamego y D. Ig-
 nacio Mascareñas, embajadores de Portugal.—Nueva y ro-
 tunda negativa del Pontífice.—El cardenal Richelieu, ame-
 naza al Papa.—Mantiénese inflexible el sucesor de San Pe-
 dro.—Retíranse desairados y sentidos los embajadores.—
 Cartel de desafío remitido al nuevo rey por el prócer espa-
 ñol duque de Medina-Sidonia, cuñado de D. Juan y hermano
 de doña Luisa de Guzman, nueva reina de Portugal. 255

Providencias adoptadas por el portugués, para la seguridad de
 su reino.—Nombra el conde-duque al conde de Monterrey
 para el mando del ejército que ha de llevar la guerra á Por-
 tugal.—Incapacidad para dicho puesto del de Monterrey.—
 Por no estar á sus órdenes, dimiten los principales caudi-
 llos.—Solo se mantiene en su puesto D. Juan de Garay, en

obsequio á la disciplina militar, de la que siempre fué esclavo.—Correrías hechas hasta Elvás y Olivenza, sin gloria ni provecho.—Los españoles ponen sitio á Olivenza.—Inútil asalto.—Desastre ocurrido por culpa de Monterey.—Cede el conde-duque á la necesidad, y depone á Monterey.	257
Reemplaza á este el conde de Santisteban, tan inútil como el primero.—Acércanse los portugueses á Valverde—Brillantisima resistencia hecha por D. Juan de Tarrasa con mil soldados, contra cuatro mil enemigos.—Destruye á estos más de la cuarta parte de su fuerza.—No socorren á Tarrasa y entrega á Valverde.—Por la frontera de Galicia, acércanse los españoles á Chaves, en Tras-os-Montes.—Invaden los portugueses á Galicia.—Su barbarie y ferocidad.—Dirigese á Galicia el cardenal de Spínola.—Es reemplazado por el duque de Alba.—Desgraciada situacion de España.	258
Extiéndese la revolucion portuguesa á sus posesiones de América, Asia y Africa.—Sálvase únicamente Ceuta.—Miserables recursos del conde-duque.—Trata de que estable en Portugal una conspiracion.—Pónese á la cabeza de esta el arzobispo de Braga, siempre fiel á España.	259
Formalizase la conjura.—Próceres que se unen al arzobispo.—Detalles de la proyectada conspiracion.	260
Apresúrase el golpe, por la imprudencia del de Olivares.—Negra traicion del marqués de Ayamonte.—Descúbrese, por efecto de aquella, la trama.—Son reducidos á prision los principales conjurados.—Cógense papeles y documentos.—Sentencia de muerte contra varios próceres.—Ejecítase aquella.	261
El arzobispo y otros prelados, son encerrados en seguras prisiones.—Muere, no se sabe cómo, en la suya el arzobispo de Braga.—Créese que no murió de muerte natural.—Nueva y repugnante deslealtad del marqués de Ayamonte.—Mezcla en ella al duque de Medina-Sidonia.—Su descabellado proyecto.—Detalles.—Fr. Nicolás de Velasco.	262
El español <i>Sancho</i> , el astuto.—Continúan los detalles.	263
Descúbrese la traicion.—Traen á la corte al marqués de Ayamonte.—Iniquidad baja y repugnante del conde-duque.—Es decapitado el de Ayamonte.—Resultado del reto hecho por el duque de Medina-Sidonia á D. Juan IV.—Circunstancias que preparan la caída del fatal conde-duque.	264

Año 1642.

D. Duarte de Portugal, hermano de D. Juan IV.—Mal comportamiento del gobierno español con dicho príncipe.	265
Flojedad con que se hace la guerra de Portugal.—Sucesos insignificantes ocurridos por la parte de Extremadura.—Idem por la de Galicia.	

Año 1643.

CAIDA DEL CONDE-DUQUE.

- La voz pública anatematiza al de Olivares. 266
- Su insolencia, que insulta á la general miseria.—Fatal estado de la corte.—Indecision de Felipe IV y su disgusto con el antiguo favorito.—Comienza á mostrarse el primero disgustado con el segundo.—Posicion violenta del rey, por efecto de su mismo carácter.—Interviene la reina, que odia de muerte al fatal ministro. 267
- D. Francisco de Quevedo presenta un memorial contra el conde-duque.—Ruín y baja venganza del ministro.—El célebre memorial en verso, hace honda impresion en el ánimo del rey.—Horrible estado en que se halla Madrid. 268
- Nécias y risibles determinaciones del ministro.—Grande escasez y miseria en la corte.—Crece la animosidad contra el funesto favorito.—Multiplícanse sus enemigos.—Notables palabras que la reina dirige á su esposo, al presentarle el príncipe de Asturias. 269
- Refuerza á la reina la ex-vireina de Portugal.—Unense á ambas el presidente del Consejo de Hacienda, el arzobispo de Granada, el embajador de Alemania, y doña Ana de Guevara, nodriza que fué del rey y á quien este amaba mucho.—Comienza el rey á recibir con cenudo semblante al conde-duque.—Manda disponer una partida de caza.—Lacónico y terminante billete que remite al conde-duque al salir de palacio.—Asombro del destituido ministro. 270
- Importante nota del erudito Lafuente.—Retrase el conde-duque á sus estados de Loeches.—Vuelve á Madrid al dia siguiente y con verdadera audacia se presenta en palacio.—Recíbele el rey con semblante severo.—Desconcertado el destituido ministro, pide perdon al rey y procura justificarse. 271
- Concluyente y lacónica despedida del rey.—Retrase el conde-duque de palacio, para jamás volver á él.—Segunda nota de Lafuente.—Bondad y consideracion del rey, al participar á los consejos la destitucion del ministro. 272
- La esposa del conde-duque continúa sirviendo á la reina.—Gozo del pueblo.—Redondilla que se fijó en las esquinas de Madrid.—Escritos publicados contra el conde-duque. 273
- Riquezas acumuladas por el conde-duque. 274
- Único punto defendible en este valido.—Opinion del ilustrado Lafuente. 275
- Noticias de lo ocurrido al de Olivares, despues de su caida.—Su muerte.

Continúa el año 1642.

GUERRA DE CATULUÑA.

- Muere D. Fadrique Colonna, príncipe de Butera. 276
- Instálase en Barcelona el mariscal de Brezé.—Hace en dicha ca-

- pital dos entradas públicas; una como virey y otra como general en jefe.—Reemplaza al de Butera el marqués de la Hinojosa.—Sorprende y derrota en Plá á una columna francesa.—Sorprende y hace prisionero en Alcover á un tercio entero de catalanes.—Humanidad del de la Hinojosa.—Sale contra este el general La Motte.—Este lleva un ejército mucho mayor que el español.—Batalla.—Vence Hinojosa gloriosamente al de La Motte, que sufre grandes pérdidas.—Huye hasta Mont-blanch.—Hinojosa se posesiona de Reus, Vendrell, Altafull y Tamarit.—Humanidad del vencedor.—Constantí resiste sangrientamente y paga su merecido.—Joannetin D'Oria es hecho prisionero al acercarse al Rosellon. 277
- Es nombrado general del ejército de Aragon el marqués de Povar.—Vadea el Cinca y llega al campo de Tarragona.—Cuestion de este caudillo con el de la Hinojosa.—Órdenes que recibe de la córte el marqués de Povar.—Largo y dificultoso camino que emprende para cumplirlas.—Despacha á la córte á su maestre D. Martín de Múxica.—Obstinacion del gobierno.—Obedece el de Povar, fiado en el de la Hinojosa.—Mal papel que hace en la historia este inteligente y valeroso caudillo, por celos de mando.—Su mal proceder. 278
- Fea traicion hecha al de Povar.—Valor de este caudillo y de sus tropas.—Siembran el suelo de cadáveres.—Critica y expuesta situacion de aquellos valientes.—Miserable cobardia del ejército francés y del rebelde. 279
- Es aprobada en Francia la traicion y la cobardia.—Lista nominal de los jefes que fueron prisioneros.—Dá Luis XIII al de La Motte el baston de mariscal de Francia, por la NOTABLE HAZAÑA. 280
- Recae la culpa sobre el imbécil gobierno y toda la deshonra sobre el de la Hinojosa.—Destinan el cardenal y el rey francés veinte mil hombres al Rosellon, mandados por Schomberg y La Meylleraie.—Este se dirige contra Colibre.—Defiende la plaza el valeroso marqués de Mortara.—Heróica defensa.—Quedan privados de agua los defensores.—Ríndese la plaza con muy honrosas condiciones.—Sitio de Perpignan por Schomberg y La Meylleraie con todo el grueso del ejército.—Defiende la plaza el marqués de Flores de Avila, solo con tres mil hombres.—Memorable defensa.—Vence el número.—Quedan quinientos defensores, que salen tambor batiente y banderas desplegadas.—Piérdese el Rosellon definitivamente para España. 281
- Sitian á Tortosa franceses y rebeldes.—Patriotismo de los tortosinos.—Quedan mil franceses en los fosos.—El *flamante* y el *mariscal* de La Motte huye avergonzado; porque allí no hubo traicion que le diese el triunfo.—Determina pasar á Aragon.—Llega á Tamarite de Litera.—Ciérranle el paso los habitantes.—Le matan parte de su tropa.—Incendia La Motte bárbara y cobardemente el pueblo.—Recuerdo de otra infamia cometida un año antes por el mismo general francés. 282
- Pasa La Motte á Monzon.—Los desastres que sufre le obligan

á replegarse hasta Lérida.—Desea el pueblo que Felipe IV se ponga al frente del ejército.—Oposicion del gobierno.—Grandes prevenciones de guerra hechas en España.—Generalidad de Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla.—Sale Felipe IV de Madrid.— <i>Tarda tres meses en llegar á Zaragoza</i> .—Maniobras del ministro.	283
Ejército que resulta, después de pasada muestra.—Es nombrado general supremo el marqués de Leganés.—Estacionáse el rey en Zaragoza.—Funciones, festejos y pasatiempos.—Talento, magnanimidad y buen gobierno de la reina.	284
Pasa el marqués de Leganés el Segre, por Aytona.—Establece su campo en el llano de las Horcas, á vista de Lérida.—El de La Motte se sítia en la colina de los cuatro Pilares.—Ataca á los franceses el maestre de campo D. Rodrigo de Herrera.—Toma una batería enemiga.—Generalízase la batalla.—Confusion y desórden general.—La noche pone término al combate.—El de Leganés es separado del mando y confinado á Ocaña.—El rey regresa á Madrid, sin haber visto el ejército.—Importante nota.—Fallece Richelieu.	285
Sentimiento de Luis XIII.—Carta que remite á los catalanes.	286

Año 1643.

ESPAÑA.

Dedicase el rey después de la caída de Olivares, al estudio y despacho de los asuntos del gobierno.—Recobra la justicia su imperio.—Vuelven á la corte los hombres de verdadero mérito.—Nuevos y acertados nombramientos.—Sale de su horrible prision nuestro eminente escritor D. Francisco de Quevedo.	287
--	-----

FLANDES.

Gobiernan en los Países-Bajos, por muerte del inteligente y valeroso infante D. Fernando, los generales conde de Azumar, D. Francisco Melo, conde de Fontana, marqués de Velada y Andrea Cantelmo, arzobispo de Malinas.—Nombrá el rey gobernador único de Flandes á D. Francisco de Melo.—Este toma á Lens y Ayre.—Presenta á los franceses la batalla.—Batalla de Honnecourt.—Derrota Melo al ejército francés, mandado por los mariscales D'Harcourt y Grammont.—Coge todo el tren de batir y demás artillería, bagajes y gran número de banderas.—Grammont no detiene su fuga hasta San Quintin, á donde llega con cinco escuadrones destrozados, sin oficiales.	
--	--

FUNESTA BATALLA DE ROCROY.

- Fallece Luis XIII de Francia. 288
- Sube al trono su hijo Luis XIV, menor de edad.—Refuerza Melo su ejército.—Pone sitio á Rocroy.—Numeroso ejército francés.—Su renombrado y joven caudillo.—Presenta Condé la batalla.—Detalles.—Gloria de la brillante infantería española.—Primera vez en que por una feliz improvisación de Condé, se conoce la *artillería volante*.—Bizarria del achacoso conde de Fuentes. 289
- Piérdese la batalla.—Queda poco ménos que destrozado el ejército vencedor.—Pasa Condé al Henao.—Sitia á Thionville.—Situación de esta plaza.—Defiéndenla *mil y quinientos* españoles contra *veinte mil* franceses.—Dan estos varios asaltos, tan sangrientos como inútiles.—Treinta dias permanecen las brechas abiertas, sin que el enemigo penetre en la plaza.—Redúcese la exigua guarnición á quinientos hombres, y entrega la plaza honrosamente y con todos los honores de la guerra.—Queda destrozado el ejército sitiador.—Regresa Condé á Paris y entrega el mando al duque de Angouleme.—España reemplaza á Melo con el conde Piccolomini.—El general Rantzan, francés, invade la Alsacia.—Melo refuerza á los alemanes con dos mil infantes y dos mil ginetes españoles, mandados por D. Juan de Vivero.—Famosa batalla de Tuttlinghen.—Desquite de Rocroy. 290
- Son completamente destrozados diez y ocho mil franceses: el que no fué muerto, quedó prisionero, con *cuarenta y siete banderas y veintiseis estandartes*.—Pierden todos los cañones y morteros.—Quedan también prisioneros el mariscal Rantzan, con todos los generales, jefes y oficiales que sobrevivieron.—Melo, aunque ya depuesto, es muy ensalzado en la córte.—Grande gloria del maestre Vivero, que decidió la batalla con la brillante caballería española.—Tratado de union celebrado entre la reina regente de Francia y los estados generales de Holanda.

ESPAÑA.

- Deserciones en el ejército de Cataluña.—Flix es sitiada por el ejército real.—Levántase el sitio.—Decretos de las cortes castellanas.—Llegan los galeones de Indias.—Alléganse tropas y recursos, para la guerra de Cataluña. 291
- Algunas noticias acerca de Portugal.

Año 1644.

CATALUÑA.

- Preséntase el marqués de Villator con un famoso tercio llamado de Cardena.—Preséntanse igualmente el valeroso y veterano marqués de Torrecusa, con dos mil soldados escogidos.

- Llegan refuerzos de Andalucía, Valencia y Aragón.—Determina el rey salir de la corte.—Deja el cargo del gobierno á su esposa.—Toma la vuelta de Fraga.—El general D. Felipe de Silva, toma á Monzon y pone sitio á Lérida.—La Motte socorre la plaza.—Carga Silva sobre él.—Empéñase un terrible combate.—Es completamente derrotado La Motte.—Huye dejando más de dos mil muertos sobre el campo. 292
- Capitula la plaza.—Entra en esta Felipe IV en medio de un entusiasmo indescriptible.—Entréganse al rey Solsona, Ager, Agramunt y otras poblaciones importantes.—Las intrigas de corte toman injustamente por blanco al vencedor de Lérida, D. Felipe de Silva.—Este dimite.—El rey no accede.—Silva se mantiene inflexible y se retira.—Reemplázale el italiano Andrea Cantelmo.—Colócase el francés frente á Tarragona.—Pónese en combinacion La Motte con Brezé.—Gobierna á Tarragona el marqués de Toralto.—Ataque de los franceses contra Tarragona.—Dispara contra ella siete mil cañonazos.—Dan tres asaltos inútiles.—Quedan los fosos cubiertos de cadáveres franceses.—Retírase La Motte.—Avanza Cantelmo. 293
- Levanta La Motte completamente el sitio.—Es llamado á Francia.—Destitúyense de su *virreinato de farsa* y se le piden cuentas.—Fallece doña Isabel de Borbon, esposa de Felipe IV.—Es muy sentida la muerte de esta digna reina.—Isabel de Borbon, y el conde-duque de Olivares. 294
- Célebres poetas dramáticos.—Rasgo original y chistoso del festivo Quevedo. 295
- Asesinato de D. Juan de Tarssis, conde de Villamediana.—Voces calumniosas contra la reina esparcidas.—Anécdota cuya certeza no puede afirmarse. 297

Año 1645.

ESPAÑA.

- Abandona el rey el campamento y regresa á la corte.—Efectos de la pérdida de doña Isabel de Borbon.—Ganan terreno con el rey los amigos de Olivares. 298
- Comienza á mandar una camarilla.—Los leales y dignos próceres vanse retirando de la corte.—Reemplaza en Francia al cardenal Richelieu, el cardenal Mazzarino, muy parecido á su antecesor.—Vuelve el rey á su antigua vida.—El de La Motte es reemplazado por D'Harcourt.—Entra en Barcelona el nuevo *virey*.—Bloquea á Rosas por mar y encarga al conde de Plesis Praslin el sitio por tierra.—Gobierna la plaza D. Diego Caballero.—Mal comportamiento de este.—Entrega la plaza.—Es preso en Valencia y trasladado á una prision de Madrid.—Ataca D'Harcourt al ejército español cerca de Balaguer.—Penetra el francés en Balaguer. 299
- Aborta una conspiracion *castellana*, en Barcelona.—La baro-

nesa de Albes.—Córtes en Zaragoza.—Es jurado el príncipe D. Baltasar Cárlos.—El rey asiste á la jura y se traslada despues á Valencia.—Las Córtes valencianas juran tambien al príncipe.—Convoca el rey las Córtes de Castilla.

Año 1646.

ESPAÑA.

Concesion hecha por las Córtes castellanas.	300
Insértanse otras concesiones.—Es otra vez nombrado <i>verdadero</i> virey de Cataluña, el depuesto marqués de Leganés.—Llega este á Lérida, á la sazón sitiada por D'Harcourt.—Sale de Madrid el rey y toma la vuelta de Navarra.—Acompañale D. Luis de Haro, sucesor del conde-duque en el ministerio y en el favor real.—Juran las Córtes de Navarra al príncipe D. Baltasar Cárlos.	301
Fallece muy prematuramente este príncipe en Zaragoza.—Amargura del rey.—Cae el marqués de Leganés sobre las líneas francesas.—Las arrolla, destroza y deshace.—Saca de la batalla D'Harcourt catorce mil hombres escasos, de veintidos mil que tenia.—D. Luis de Haro, <i>muy digno</i> sucesor del conde-duque, domina completamente al rey.—Aquel gobierna por si y ante sí.—Disgusto general.—Nombrase Felipe IV general de la mar á su hijo natural D. Juan de Austria.	302
Reflexiones acerca del reconocimiento de D. Juan, como hijo del rey.	303
Pasa desde Francia al sitio de Lérida el príncipe de Condé.—Plantea este la circunvalacion.—Determina asaltar.—Defienden la plaza tres mil veteranos españoles.—Es gobernador de aquella el maestre de campo D. Antonio Brito, portugués.—Abren brechas practicables los franceses.—Dan dos asaltos.—Heróico valor de los españoles.—Estos con el bizarro Brito, hacen seis intrépidas y arrolladoras salidas.—Asombrado el temido vencedor de Rocroy, con sus divisiones diezmadadas, levanta de rebato el sitio.—Pasa el Segre.—Se aleja.—Establece su cuartel general en las Borjas.—Es nombrado general del ejército beligerante el marqués de Aytona.—Mándole el rey, con reducido ejército, dirigirse á Lérida.—Disgusto del ejército de Aragon.—Sale en posta de la córte D. Luis de Haro.—Objeto de su salida.—Reune el de Aytona un regular ejército, y se dirige á las Borjas en busca del vencido Condé.—Este no espera.—Hace un hábil movimiento sobre Belpuig.	305
Retrocede Aytona y repasa el Segre.—Disgusto de los catalanes con los franceses.—Quéjase la junta al gobierno francés.—Este manda á Cataluña un visitador general.—Nada hace aquel.—Increibles excesos y crímenes perpetrados por los franceses.	306

INSURRECCION DE SICILIA.

- Desórden del gobierno en Sicilia. 307
- Piérdense Niza, Verna, Crescentino y Tortona.—Deja el mando el marqués de Velada y pasa á Milan á relevar al marqués de Siruela.—Piérdese Mónaco.—El príncipe Tomás de Saboya, ya enemigo de España, sitia á Orbitello.—Libra la plaza el marqués de Torrecusa, auxiliado por el célebre Carlos de la Gatta y del duque de Arcos, virey de Nápoles.—Apodéranse los franceses de Portolongone y Piombino. 308
- Disgusto de los sicilianos.—Disposicion que adopta el virey marqués de los Velez.—Tumulto popular en Palermo.—Breves detalles del motin.—Refúgiase el virey en las galeras.—Concesiones de la autoridad.—Nuevas exigencias de los amotinados.—Termina la insurreccion. 309

INSURRECCION DE NAPOLES.

- Motivos del popular disgusto.—Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla.—Grandes dotes de este virey.—Sus notables y dignas palabras. 310
- Retrase del vireinato.—Le reemplaza el duque de Arcos.—Primeros desaciertos de este virey.—Continúan los desaciertos.—Cuestion sencilla, que hace estallar el motin.—Tomás Aniello (Masaniello).—Gritos de los sublevados.—Llegan en tropel á palacio. 311
- Rompen las puertas y llegan hasta la cámara del virey.—Acóbárdese el duque de Arcos.—Promete cuanto le exigen los amotinados.—Huye la familia del virey á Castell'Nuovo.—El marcha en un coche.—Encuéntrale una turba de amotinados.—Estos le hacen bajar del coche.—Líbrase de la turba y se encierra en el convento de San Francisco.—Pasa en una litera al castillo de San Telmo.—Trasládase á Castell'Nuovo.—Detalles. 312
- Fama popular y circunstancias de Masaniello.—Pasean las calles de Nápoles ciento veinte mil hombres del pueblo, armados.—El virey solo cuenta con dos mil infantes.—La caballería está extramuros.—Toman los caminos los amotinados. 314
- Verdadero patriotismo de Masaniello.—Respeto que demuestran á Felipe IV los revolucionarios.—Comienza á tratar de capitulacion el virey desde su encierro.—Animo y piedad del arzobispo de Filomarino.—Atrae con promesas al doctor Genovino, principal republicano.—Proyecto de arreglo.—Pasa al castillo desde Nápoles Filomarino acompañado de Masaniello. 315
- Quedan aceptadas por los sublevados las concesiones ofrecidas por el virey.—Debilidad poco decorosa del duque de Arcos.—Original entrevista de la mujer de Masaniello con la duquesa de Arcos. 316
- Detalles de la horrible sublevacion de Nápoles. 317

- Masaniello, verdadero virey, arenga al pueblo.—Aquel degenera en un cruel é insoportable tirano.—Su desmedido orgullo.—Determina *este republicano* construir para sí un magnífico palacio.—Muéstrasele enemigo el pueblo.—Manera con que ejerce la suprema autoridad dicho jefe revolucionario. 318
- Llega el pueblo á aborrecer á Masaniello.—Terror de este.—Muéstrase con el pueblo cruel y sanguinario.—Determina aquel librarse del implacable tirano.—Sorprenden á Masaniello y le quitan la vida á puñaladas.—Llevan en triunfo el desfigurado cadáver.—*Despues de asesinado le declaran* MÁRTIR DE LA LIBERTAD.—Imprudencia del virey. 319
- Recomienza con mayor fuerza el motin.—Sostienen los revolucionarios una formal accion con la guardia tudesca.—Establecen baterías contra San Telmo y Castello Nuevo.—Invitan al valeroso Carlos Gatta para que se ponga á la cabeza de la revolucion.—Niégase á aceptar este leal caudillo.—Dirígense al príncipe de Massa, marqués de Toralto.—Acepta.—Créese que con buena intencion.—Atacan los revolucionarios el palacio del virey.—Rompen el fuego los castillos contra la plaza.—Por mediacion del marqués de Toralto, entáblanse pláticas de capitulacion.—Aparece en las aguas de Nápoles una escuadra española, al mando de don Juan de Austria. 320
- Encierra aquella en su seno tres mil españoles y mil napolitanos.—Disgústase el pueblo con el de Toralto.—El por qué.—Pónese de acuerdo don Juan de Austria con el virey.—Rompen de nuevo el fuego los castillos contra la plaza.—La armada hace igualmente fuego.—Piden una tregua los amotinados.—No la admite el duque de Arcos.—Recomienza de nuevo la sangrienta lucha.—Destrozo que hace una mina puesta por los rebeldes, en ellos mismos.—Perecen más de *doce mil* revolucionarios.—Estos hacen pedazos al marqués de Toralto, príncipe de Massa.—Lo que dice Vivanco á éste propósito. 321
- Detalles de la horrible muerte que dieron á Toralto.—Nombran los revolucionarios caudillo supremo á Genaro Agriese.—Malas circunstancias de este.—Encomiendan al maestro Brancaccio la direccion de las armas.—Nápoles está bloqueada.—Publican los napolitanos un manifiesto, declarándose independientes.—Choques sangrientos.—Hácese cargo del ejército real el general Tuttavilla.—Estrecho bloqueo.—Hambre en Nápoles.—Decaen de ánimo los revoltosos.—Mandan estos una embajada al duque de Guisa, Enrique de Lorena. 322
- Es depuesto el caudillo popular.—Acepta y llega á Nápoles el de Lorena.—Entra ostentosamente en la capital.—Es declarado generalísimo y defensor de la patria.—Mazzarino no quiere el engrandecimiento del duque de Guisa.—Armada francesa que aparece en las aguas napolitanas.—Mándala el duque de Richelieu.—Presenta D. Juan de Austria la batalla.—Es aceptada.—No tiene resultado decisivo.—Quiere el de Austria renovarla.—El de Richelieu no acepta.—Aquel despliega velas y se aleja de Nápoles.—Toma rumbo á Francia.—Hácese odioso el francés duque de Guisa á los re-

volucionarios, por su orgullo y despotismo.—Depone el duque de Arcos al general Tuttavilla.—Reemplázale con Luigi Poderico.—Cansancio de los rebeldes.—Toma el vireinato D. Juan de Austria.—Apruébalo la corte.—Manda en reemplazo del duque de Arcos al conde de Oñate.—Excelentes dotes de este prócer para el mando.

Año 1648.

NÁPOLES.

Quieren probar de nuevo fortuna los rebeldes.—Preparan una batalla general.—Aceptala D. Juan de Austria.—Dáse aquella en efecto.—A cada soldado corresponden diez rebeldes, por lo ménos. 324

El de Austria sin perder ninguna posicion, á pesar de la gran desventaja numérica, rechaza á los rebeldes.—Queda por el jóven hijo de Felipe IV la victoria.—Llega el conde de Oñate.—Abandona á Nápoles el duque de Guisa.—El de Oñate pasa á recuperar la isla de Nísida.—Caudillos del ejército español.—El nuevo virey da un fuerte y bien combinado ataque á todos los puntos vulnerables y principales del enemigo.—Sorpresa y desánimo de los rebeldes.—Levántanse contra estos los hombres de orden.—Dánse en Nápoles vivas á Felipe IV y á la paz.—Comienzan á abandonar las armas los rebeldes.—Entra en Nápoles D. Juan de Austria con el conde de Oñate. 325

Desgracias consiguientes á la sumision de Nápoles.—Energía del nuevo virey.—Agnese quiere levantar la bandera revolucionaria.—Cuéstale la vida su imprudente temeridad.—Sométense las provincias rebeladas.—Dispérsase el ejército del duque de Guisa.—Este huye.—Es preso en Cápua.—Senténciale á muerte el conde de Oñate.—D. Juan de Austria le libra la vida. 326

El de Guisa es traído á España.—Enciérranle en el alcázar de Segovia.—Ingratitud de este príncipe francés.—Tratan de asesinar al conde de Oñate.—Intentan seducir á D. Juan de Austria.—Ofrécenle la corona de Nápoles.—Rechaza indignado la propuesta el hijo del rey.—Dirígese á Toscana y arroja de ella á los franceses.

FLANDES.

Gestiones de Mazzarino y de la regente de Francia, *hermana de Felipe IV*, contra España. 327

El de Condé es reemplazado en Flandes por el duque de Orleans.—Este toma á Gravelines.—Apodérase del Saxo de Gante.—Pasa el de Lorena de Alemania á Flandes.—Arroja de aquella á los franceses.—Piérdense Cassel, Link, Waudreval, Mardik, Bourbourg, Menim, Armentieres y otras pla-

zas.—El general Lamboy recupera algunas de aquellas.—Piérdense en cambio otras.—Pide auxilio Felipe IV á su deudo el emperador de Alemania.—Relaciones estrechas é íntimas de ambas casas austriacas.—Trátase de que el monarca español contraiga nuevas nupcias.—Piden esto mismo las Cortes.—Elige el rey á la princesa Mariana, archiduquesa de Austria.	328
Trasládase á la córte del emperador el conde de Lumiares.—Lleva consigo los régios presentes de boda.—Publícanse oficialmente los desposorios.—Concédese el auxilio pedido por el rey Felipe, al emperador Fernando III.—Condicion <i>sine qua non</i> .—Es nombrado, en virtud de aquella, el archiduque Leopoldo virey de Flandes.—Celebran España y Austria un tratado de amistad y alianza.—Firman otro parecido Francia, Suecia, Colonia y Baviera.—Entra en Bruselas el archiduque Leopoldo.—Quita á los franceses algunas plazas.—Toma á Landreçy y Armentieres.—Apodérase de Dismude y otras plazas y castillos.—Los franceses se apoderan de Esclusa.—Deponen y ejecutan su demolicion.—En el sitio de Lens, es mortalmente herido el mariscal Gassion.—Reemplázale el mariscal. Rantzau.—Sangrienta batalla de Lens.—Gánase la batalla.—Convíertese despues en vencimiento, por la excesiva fogosidad del archiduque.	329
Perecen, de parte de España, los generales Ligne y Beck.—Renuévanse las abandonadas pláticas de paz.—Diligencias hechas anteriormente en favor de aquella.—Dificultades que se opusieron siempre á la paz.—Pretensiones de Francia.—Intrigas del príncipe de Orange.	330
Resolucion de la regente de Francia.—Surgen siempre dificultades.—Entiéndense España y Holanda.—Asombro y disgusto de Mazzarino.—Condiciones del contrato hispano-holandés.	331
Paz de Munster ó de Westfalia.—Termina la guerra de los Treinta años.—Esta paz no corta la guerra de España con Portugal.—Rubor que debieron sentir los ministros españoles.—Parte del tratado de paz.	332
Mal papel que representó Fernando III de Alemania.—España y Mazzarino.—Dignidad del gobierno español.	333

GUERRA DE LA FRONDA.

Nuevas intrigas de Mazzarino.—Enójanse con este los franceses.—Etimología de la palabra <i>Fronde</i> .	334
El Parlamento y tribunales franceses piden la reforma del Estado.—Enojo de Mazzarino.—Sostiénense dignamente los peticionarios.—Orígen de la guerra civil.—El rey y la reina abandonan á París.—Sublevacion general.	335
Barricadas.—Edicto del Parlamento contra Mazzarino.	

CATALUÑA.

El mariscal de Schomberg es virey de Cataluña.—Dirigese

aquel contra Tortosa.—Llega tarde á socorrerle el conde de Torrelaguna.—Entra los franceses en Tortosa.—Cometen infinitos desmanes, segun su costumbre.—D. Luis de Haro manda apremiantes órdenes á Cataluña.—Reemplaza al marqués de Aytona don Juan de Garay 336

Año 1649.

CATALUÑA.

Incurcion de Garay hasta cerca de Barcelona.—Regresa á Lérida.—Reemplaza á Schomberg el duque de Vendôme.—Aquel recobra á Falset.—Choques entré catalanes y franceses.—Prueba ostensible de los inauditos desmanes de los franceses *auxiliares* de los catalanes.—Margarit prende al general Marsin, y á otros oficiales franceses.—Reaviva España la guerra. 337

PORTUGAL.

España reúne recursos contra Portugal.—Es nuevamente nombrado general en jefe el marqués de Leganés.—No aprueba el pueblo el nombramiento.—Sitia el de Leganés á Olivenza.—Recházale don Juan de Meneses.—Retirase el marqués á Badajoz.—Inaccion de aquel valeroso caudillo. 331

Año 1649.

FLANDES.

Rendicion de Saint-Venant é Iprés.—Triunfa el archiduque Leopoldo en Cambray. 338
Toma á Condé y á Mauvengé.

PORTUGAL.

Ganan terreno contra Holanda los portugueses, en las posesiones de la India.—Gloria adquirida por D. Felipe Mascareñas, virey de Portugal.—Es nombrado capitan general de Extremadura D. Francisco de Tuttavilla, duque de San German.—Penetra este en Portugal.—Demuele los fuertes y castillos cercanos á Olivenza.—Choques.—Perece el general portugués Chaves. 334

Año 1650.

FRANCIA.

El duque de Larrochefoucault se une á los disidentes.— El vizconde de Turena ofrece sus servicios al archiduque Leopoldo. 339
 Trata este de dar un golpe sobre Paris.—El por qué suspende la ejecucion.—Marcha contra Turena el mariscal Du Plessis.—Chocan junto á Rethel.—Uno y otro se atribuyen la victoria.—Es declarado Luis XIV mayor de edad.—Division entre los franceses.—Dividese tambien la *Fronde* en *grande* y *pequeña*.—Importantes personajes que pertenecen á la *pequeña*.

CATALUÑA.

El marqués de Mortara reemplaza á D. Juan de Garay.—Apo-
 dérase aquel de Flix y de Miravet.—Pone sitio á Tortosa.—
 Rescata la plaza del poder de los franco-catalanes.—Gloria
 del duque de Alburquerque.—Gana el partido del rey entre
 los catalanes.—El de Vendôme es escarnecido en Barcelo-
 na. 340
 Regresa á Francia.—Pasquines y gritos en favor de Feli-
 pe IV.

Año 1651.

FRANCIA.

Continúan los disturbios.—Huye Mazzarino de Paris.—Los de
 la Fronde ponen á precio su cabeza.—Mas sosegado, regresa
 á la córte.—Turena se reconcilia con su rey.—Indignanse
 Condé, Nemours y Orleans.—Reunen tropas.—Acometen al
 ejército de Luis XIV.—Entran en Paris Larrochefoucault,
 Beaufort, Nemours, Orleans y Condé.—Preséntanse en el
 Parlamento.—Toma Condé á Saint-Denis.—La córte enta-
 bla con dicho principe tratos de paz.

CATALUÑA.

Determina el valeroso y entendido Mortara sitiar á Barcelona.
 —Aprueba el rey esta resolucion.—Dáse órden á D. Juan
 de Austria para que pase de Sicilia á Cataluña con su ar-
 mada. 341
 Sale Mortara de Lérida.—Escaso ejército que lleva consigo.—
 Mandá en Barcelona D. José Viure Margarit.—Dá vista
 Mortara á la plaza.—Establece su campamento desde San
 Andrés al mar.—Disposiciones que adopta.

Año 1652.

FRANCIA.

- Atacan Turena y la Ferté al príncipe de Condé.—Batalla en el arrabal de San Antonio.—Condé, vencedor de las tropas de Luis XIV, penetra en París.—Horrible situación de esta capital.—Horroroso proyecto.—Nombra la asamblea al duque de Orleans lugarteniente general del reino, y generalísimo al príncipe de Condé. 342
- Cansancio del pueblo francés.—Asambleas.—Regresa el rey.—Amnistía general.—Condé y Orleans apelan á la fuga.—Casi desaparece el partido de la Fronda.

SUMISION DE CATALUÑA.

- Los españoles estrechan el sitio de Barcelona.—Inauditos esfuerzos de los franceses.—Pasa á Barcelona el conde de La Motte Houdencourt, desde el Rosellon.—Refuerzos de tropas francesas.—Penetra Houdencourt con dificultad en Barcelona.—Aquel y Margarit, hacen varias salidas.—Valor de los españoles.—Hambre en Barcelona.—Bloquea D. Juan de Austria por mar.—Mortara bate sin tregua la plaza.—Vuélanse minas.—Reptense los asaltos.—Ataques simultáneos en Monjuich.—San Juan de los Reyes, San Bernardo, San Ferriol y Santa Madrona.—Alléganse recursos por mar y por tierra. 343
- Los sitiados confían en Francia y en Holanda.—Excesos de los franceses en Vich.—Entrégase Balaguer á los españoles.—Vich y Manresa se someten voluntariamente.—Hambre y escasez de numerario en Barcelona.—Arbitrios que se adoptan para remediar aquellos males. 344
- Entrégase Barcelona.—D. Juan de Austria, en nombre de su padre el rey, publica una amnistía general.—Exceptúase solamente á Margarit.—Este logra fugarse.—Concesiones hechas voluntariamente por Felipe IV al principado.—Gozo de los catalanes.—Recuerdo honroso para el marqués de los Velez.—Gloria del de Mortara.

Años 1653 y 1654.

FRANCIA Y FLANDES.

- Recobra Mazzarino todo su ascendiente con el rey, terminada la guerra de la Fronda.—Logra arrestar al cardenal de Retz, su enemigo.—Odia el pueblo francés cordialmente á Mazzarino.—La Ferté y Turena pacifican algunos puntos alterados aun por la Fronda. 345
- Triunfa el archiduque Leopoldo en Dunkerque, Gravelines, Monzon y Rocroy.—Estalla la discordia entre el conde de Fuen-

saldaña y el príncipe de Condé.—Media el archiduque Leopoldo.—Este se indispone con el de Condé.—El archiduque manda inopinadamente prender al duque de Lorena.—Ejecútase la órden en Bruselas.—Es llevado á Amberes y trasladado al alcázar de Toledo.—Manifiesto del archiduque.— 346
Desacuerdo de generales en Arrás, perjudicial á España.

CATALUÑA.

Es nombrado virey de Cataluña D. Juan de Austria. 348
Deshonra de Margarit, Segarra, Aux, Dardena y otros caudillos de la revolucion catalana.—Entra Margarit en Cataluña con el francés Hocquincourt, con catorce mil infantes y cuatro mil ginetes.—Indignacion de los catalanes.—Unense al gobierno.—A los rebeldes y franceses se unen los bandidos y hombres que están fuera de la ley.—Apodéranse estos de Higueras y de Castellon de Ampurias.—Ponen sitio á Gerona.—Sostienen el sitio los franceses.—D. Juan de Austria socorre á Gerona.—Rompe las líneas enemigas.—Levanta Hocquincourt el sitio, dejando muchos muertos sobre el campo.—Es llamado á Flandes Hocquincourt.—Pasa á reemplazarle en Cataluña el príncipe de Conti, hermano de Condé.—Pone sitio á Puigcerdá.—D. Juan de Austria sitia á Rosas.—Pasa el príncipe á Rosas.—Vuelve el de Conti sobre Puigcerdá.—Toma la plaza, por haber muerto de un cañonazo el valeroso D. Pedro de Valenzuela, gobernador de aquella. 349

Año 1655.

FLANDES.

Disgústase el archiduque Leopoldo con el gobierno de España.—Fundamento del disgusto.—Turena toma á Quesnoy, Catelet y Landreçy.—Nuevamente se disgusta Leopoldo.—España nombra generalísimo al príncipe de Condé.—Cree el archiduque rebajada su dignidad, y renuncia.—Es aceptada su dimision.—Mándase venir á Madrid al conde de Fuensaldaña.—Es nombrado virey de Milan.—Es tambien nombrado D. Juan de Austria gobernador de Flandes.—El marqués de Caracena es elegido para lugarteniente de D. Juan.

CATALUÑA.

Adquieren algunos triunfos los franceses.—Partidas de guerrilleros que diezman á los franceses. 350
Falta de ejército regular en España.—Toman los franceses á Berga y Camprodon.—Sitian á Solsona los españoles.—Sucedé á Conti Mereinville, y se dirige á Solsona.—Ríndese esta plaza, que es tomada por asalto.

Años 1656 y 1657.

CATALUÑA.

Es nombrado virey de Cataluña el bizarro marqués de Mortara.—Este arroja á los franceses de todo el Ampurdan.—Apodérase de todo aquel territorio, excepto de Rosas.—Hace un esfuerzo Margarit con el general francés Candale, y se apodera de Blases.—Córrese osadamente hasta el llano de Barcelona.—Los catalanes arrojan de Blases á Margarit.—Apodéranse de Castellfolit.—Candale pasa á recuperar esta plaza.—Sale á su encuentro Mortara.—Acomete á los franceses al pasar el Fluviá.—Es destrozado Candale y arroja casi toda su artillería al río.

FLANDES.

- Llega á los Países-Bajos D. Juan de Austria. 351
 Sitian á Valenciennes con poderoso ejército Turena y La Ferté.—Acércase D. Juan, con Condé y Caracena á socorrer la plaza.—Sientan sus reales entre las líneas francesas.—Batalla.—Detalles.—Denuedo y bazarria de los españoles.—Completa victoria.—Perecen 7,000 franceses.—Quedan prisioneros 4,000, con el mariscal La Ferté.—Apodérase D. Juan de la plaza de Condé.—Luis XIV manda á España un plenipotenciario pidiendo la paz.—Noticia histórica, relativa á la libertad del duque de Lorena. 552
 Algunos importantes detalles relativos á la revolucion de Inglaterra.—Muerte en el cadalso de Carlos I.—Oliverio Cromwel. 353
 Disgústase España por una cuestion de etiqueta con Francia, en Inglaterra.—Compórtase mal el dictador con España. 354
 Indecorosa manera con que corta la cuestion D. Luis de Haro.—Declárase el regicida Cromwel por Francia y contra España. 355
 Tratado entre Inglaterra y Francia.—Rapiñas del dictador y los suyos hechas á España.—Aquel y el rey de Francia (el llamado *Grande*, que se unió á un regicida), resuelven tomar á Dunkerque.—Enciérrase Condé dentro de la plaza.—Detiénese Turena.—Toma el de la Ferté á Montmedy.—Turena se posesiona de Bourbourg, de Saint-Vincent y Mardyck. 356

Año 1658.

FLANDES.

Trata Luis XIV de apoderarse personalmente de Dunkerque.—Sitio de esta plaza.—Aproxímase D. Juan de Austria á las líneas enemigas.—Imprudencia de los generales españoles.—Perece de un balazo el mariscal de Hocquincourt, el

- antiguo compañero del rebelde Margarit.—Las Dunas.—Imperdonable descuido que padecen D. Juan y Condé. 358
- Es tomada Dunkerque.—Reciben los ingleses, según pacto con Francia, á Link, Berges, Dixmude, Furnes y Oudenarde.—El archiduque Leopoldo, ha reemplazado ya en el trono imperial á Fernando III, su hermano.—Su hermano menor el archiduque Segismundo es nombrado para reemplazar en Flandes á D. Juan de Austria.—Este es destinado de general supremo al ejército beligerante de Portugal.

CATALUÑA.

- Alcanza Tuttavilla á los franceses junto á Camprodon.—Son aquellos derrotados.—Tómase á Camprodon.—Preséntanse los franceses reforzados, á recuperar la plaza.—Batalla.—Acéptala Mortara. 359
- Decídela el bizarro maestre de campo D. Diego Caballero de Illescas.—Esguaza el río.—Magnífica y brillante carga.—Es pasado á cuchillo casi todo el ejército francés situado junto al Ter.—Esta batalla decide la suerte de Cataluña.

Años 1659 y 1660.

PAZ DE LOS PIRINEOS.

- Antecedentes y preliminares de la paz.—Nace el príncipe don Felipe Próspero.—Renuévanse las pláticas de paz.—Tacto del gobierno español.—Intrigas de Mazzarino.—Cae en el lazo Felipe IV.—Pasa á Francia D. Antonio Pimentel, para tratar de los capítulos de la paz.—Acompaña el enviado español á Luis XIV en su viage á Lyon.—Comienzan las conferencias.—Acuérdase una tregua.—Es nombrado por el rey plenipotenciario, para el arreglo de la paz, D. Luis de Haro. 360
- Este hereda el marquesado del Carpio por muerte de su padre, y por la de su tío titúlase conde-duque de Olivares.—Señálase para el definitivo arreglo, la isla denominada de los *Faisanes*, en el Bidasoa.—Pláticas de paz.—Tratado. 361
- Renuncia hecha por la infanta doña María Teresa, hija de Felipe IV, al casarse con Luis XIV.—Inglaterra.—Exigencia de España, respecto de Portugal, al firmar el tratado con Francia.—Notas importantes. 362
- Salte de Madrid Felipe IV y toma la vuelta de la frontera francesa.—Celébranse los reales desposorios en San Sebastian, por poderes.—D. Luis de Haro representa á Luis XIV.—Avístase el rey de España con la reina de Francia, su hermana.—Marcha á Paris la nueva reina con su tía y suegra, y Felipe IV regresa á Madrid. 364
- Contrarrevolucion de Inglaterra.—Jorge Monk destruye los restos del ejército republicano.—Es proclamado Carlos II.—Torpeza del gobierno español.

PORTUGAL.

- El infante D. Teodosio.—Se fuga de palacio y parte á la guerra. 365
- Disgusto del rey su padre.—Enferma y fallece el infante.—Animadversion del rey hacia su hijo.—El por qué.—Conspiracion portuguesa descubierta en España.—Prisiones.—Castigos.—Fallece D. Juan IV, primer rey de Portugal, despues de la emancipacion. 366
- Sube al trono D. Alfonso IV.—Mal carácter y feas costumbres del nuevo rey.—La reina regente dá la señal de guerra.—El duque de San German, general español, sitia á Olivenza.—Acude al sitio el conde de San Lorenzo, general portugués.—Este presenta la batalla.—Accidente imprevisto.—Presuncion del caudillo portugués.—Sorpresa de este.—Inaccion del de San German.—El de San Lorenzo se dirige á Badajoz.—Continúa el sitio de Olivenza.—San Lorenzo asalta á Badajoz.—Destrozo horrible de portugueses.—Retirase abochornado el conde de San Lorenzo.—Atacan los portugueses á Valencia de Alcántara.—Fracasa esta empresa. 367
- Olivenza pide capitulacion.—La reina viuda de Portugal, no consiente en la entrega de la plaza.—Los habitantes quieren sublevarse, cansados de sufrir, y se entrega Olivenza al duque de San German.—Injusticia de la reina portuguesa.—Pasa el de San German al castillo de Mourao.—Nuevo mal paso dado por el conde de San Lorenzo.—Detiènele en el Guadiana la caballeria española.—Ríndese Mourao.—Es relevado San Lorenzo y reemplazado por Vasconcellos.—Este pasa á recobrar á Mourao, que está casi desguarnecido. 368
- Entregase el castillo.—Sale de Elvás Vasconcellos y dá vista á Badajoz.—Choque de caballeria contra caballeria.—Caudillos españoles.—Asaltan la plaza los portugueses.—Bizarra defensa hecha por el marqués de Lanzarote.—Acobárdase el caudillo enemigo.—Determina Vasconcellos atacar por la parte de Castilla.—Colócase una batería en el fuerte de Viento.—Entregase, no sin resistencia, el castillo de San Miguel.—Luchas sangrientas.—Altérase el orden en Madrid, creyendo perdido á Badajoz. 369
- Patriótica proposicion del duque de Medina de las Torres.—Opónese D. Luis de Haro.—Este sale de Madrid con ocho mil infantes y mil ginetes.—Camina muy lentamente hácia Badajoz.—Esta plaza es dos veces asaltada por los portugueses.—Dos veces son estos rechazados con grandes y sangrientas pérdidas.—Discordia entre los jefes lusitanos.—Peste en el campamento.—Murmuran todos de la tenacidad de Vasconcellos.—Jacobo de Magallanes.—Levanta el sitio Vasconcellos y repasa el Guadiana, despues de haber perdido siete mil hombres.—Apresura la marcha D. Luis de Haro.—Su necia é infundada presuncion.—Penetra en Portugal.—Pone sitio á Elvás.—Es depuesto Vasconcellos. 370
- Toma el mando de los portugueses D. Andrés de Albuquer-

- que.—Sucédele al momento el conde de Castañeda.—Pasa muestra en Estremoz á diez mil hombres.—Pasa á socorrer á Elvás.—Proclama del de Castañeda.—Choque terrible.—Favor de D. Luis de Haro.—Se encierra en el fuerte de Gracia.—Huye del fuerte y no para hasta Badajoz. 371
- Valor del de San German, del duque de Osuna y del maestre de campo Muxica.—Victoria obtenida por los portugueses.—El marqués de Viana pasa el Miño y establece sus cuarteles en la provincia de Entre-Douro y Minho.—El conde de Castel Melhor, hace frente al marqués de Viana.—El general portugués es derrotado.—Refúgiase en las montañas de Coura.—Toma el de Viana el fuerte de Lampella.—Sitia la plaza de Mourao.—La toma.—Apodérase también el de Viana de la plaza de Salvatierra y del castillo de Portella.—Restablécese en la córte el Consejo de Portugal, cuando este está perdido.

DECENIO SÉTIMO.

Año 1661.

- Fallece el cardenal Mazzarino. 372
- Fabulosa fortuna que deja, y que en definitiva hereda su sobrina Hortensia Mancini.

PORTUGAL.

- Decreta Luis XIV un socorro de soldados en favor de Portugal.—Va á su cabeza el mariscal de Schomberg.—Importancia del socorro francés. 373
- Proyecto del rey de Francia, para casar al de Inglaterra.—Otro proyecto análogo de España.—Vacila el inglés.—Decídese por el proyecto francés.—Auxilio de tropas inglesas en favor de Portugal.—Guerra vandálica hecha en nuestras Antillas, por los Flibustiers (filibusteros).—Llama la córte de Madrid á D. Juan de Austria. 374
- Dásele el mando del ejército.—Elige malos soldados el hijo de Felipe IV.—Ordenes que recibe D. Juan.—Poca actividad de este.—Repréndele el rey su padre.—Penetra D. Juan en Portugal.—Toma la plaza de Arronches.—Sitia á Alconchel.—Toma este fuerte D. Diego Caballero de Illescas.—El duque de Osuna toma los castillos de Valdemula y de Albergaria.—Fallece el príncipe D. Felipe Próspero.—Nace el príncipe D. Carlos.—Muere D. Luis de Haro. 375
- Distribuye el rey los cargos que tuvo D. Luis.—Disgústase su primogénito el marqués de Liche.—Atroz proyecto de venganza que concibe.—Fracasa aquel.—Castigo de los conspiradores.—Perdon generoso que recibe el marqués de Liche.—Su arrepentimiento.

Año 1662.

PORTUGAL.

- Pasa D. Juan de Austria el Caya, y se acerca á Campo Mayor. —Apodérase de Villabuín.—Prende á un correo del marqués de Marialva.—Valor de D. Juan.—Caudillos que acompañan á este. 376
- Tren y aprestos de guerra.—Prepáranse los portugueses á la batalla.—Consejo del general Poderico.—Síguele D. Juan.—Destrozos.—Pone el de Austria sitio á Jurumeña.—Acuden Schomberg y Marialva.—Llama D. Juan á las guarniciones de Olivenza y Badajoz.—Refuerzan tambien el ejército español. 377
- Reforzados los portugueses con las tropas de Schomberg y Marialva, atacan pero no pueden forzar los líneas españolas —Despacho remitido por Marialva al gobernador de Jurumeña.—Retírase Marialva á Villaviciosa.—Valor de los italianos.—Emulacion y bizzarria de los españoles.—Ríndese Jurumeña.—Entréganse Monforte, Veiros, Crato y Atte del Chao á D. Juan de Austria.—El duque de Osuna toma á Escalona.—El arzobispo de Santiago toma á Pertella y Castel Lindoso.

Año 1663.

PORTUGAL.

- Noticias acerca de D. Alfonso VI de Portugal. 378
- Profundo disgusto de su madre.—Sale de Badajoz D. Juan de Austria.—Llega á Evora.—Ríndela en pocos dias.—Toma á Alcazar do Sol.—Altérase el orden en Lisboa.—La reina aplaca al pueblo.—Aquella ordena al conde de Peñafior presente la batalla á D. Juan.—Aquel atraviesa el Odegebe y da vista á Evora.—Separa el rio los dos campamentos.—Guarnece D. Juan á Evora y se retira á Badajoz.—Pónese en marcha el ejército portugués. 379
- Rómpele el fuego en Amejtal.—Gran valor de amigos y enemigos.—Divide la noche á los combatientes.—El dia concede el triunfo á Portugal, si bien ganaron la batalla los auxiliares ingleses, á los estranjeros asalariados de D. Juan.—Perece en la batalla el bizzarro y arrepentido marqués de Liche.—Valor nunca bien ponderado de D. Juan de Austria.—Piérdense Evora y Villafior.—Schomberg no puede tomar á Arronches.—Incéndiase el almacen de pólvora.—Destrozos horribles. 380
- Piérdese Castel-Lindoso.—El duque de Osuna bate á los portugueses junto á Valdemulas.

Años 1664 y 1665.

PORTUGAL.

- Penetran los portugueses en España.—El conde de Marialva pone sitio á Valencia de Alcántara.—Agótanse los recursos de la plaza.—Capitula honrosamente.—Disgustado D. Juan por el abandono en que le tiene la córte, sin recursos ni tropas, renuncia el cargo.—El duque de Osuna, es injustamente depuesto.—Aversion con que mira Doña Mariana de Austria, al hijo de su esposo Felipe IV. 381
- Motivo del infundado enojo con el de Osuna.—Castigo que se le impone.—Justificase plenamente.—Es absuelto.—El emperador de Alemania pide auxilio á Felipe IV y á Luis XIV. contra el turco.—Arteria del rey de Francia.—Promete Felipe IV el auxilio.—Reúnense las tropas de Italia, Flandes y Alemania, para ir á la guerra de Portugal.—Caudillos.—Es nombrado jeneral en jefe el marqués de Caracena 382
- Presuncion de este general.—Sitia á Villaviciosa.—Insensatez del de Caracena.—Consecuencias fatales de aquella.—Desgraciada batalla.—Grandes pérdidas.—Furor popular en Madrid, contra Caracena.—Extraordinaria afliccion de Felipe IV.—Enferma.—Su triste y lamentable estado.—Abandono en que se halla. 383
- Sus temores respecto del porvenir.—Declárasele una violenta disentería.—Su testamento.—Cláusula notable de aquel.—Gobierno del reino, durante la menor edad de Carlos II.—Palabras que dirige á su hijo.—Fallece.—Breve juicio de este monarca.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO X.

Años 1664 y 1665.

PORTUGAL.

- 321 Penetrar los portugueses en España.—El conde de Marialva pone sitio á Valença de Alentejo.—Agozarse los reos por de la plaza.—Captiva honoramenta.—Disgracia de Juan por el abandono en que le tiene la corte, sin recurrir ni tratar, renuncia el cargo.—El duque de Ouzas, es injuriado por el abandono con que mira Doña Mariana de Austria, al hijo de su esposo Felipe IV.
- 322 Motivo del infundado cargo con el de Ouzas.—Castigo que se le impone.—Injusticia de su tratamiento.—El emperador de Alemania pide auxilio á Felipe IV y á Luis XIV. contra el turco.—Arrebató del rey de Francia.—Promesa de Felipe IV el auxilio.—Requiere las tropas de Italia, Flandes y Alemania, para ir á la guerra de Portugal.—Caudillos.—Es nombrado general en jefe el marqués de Castexa.
- 323 Examen de este general.—Sitio á Villavieja.—Lanzamiento del de Castexa.—Consecuencias fatales de aquella.—Desgracia de batalla.—Grandes pérdidas.—Furor popular en Madrid contra Castexa.—Extraordinaria elección de Felipe IV.—Batallas.—Su traza y lamentable estado.—Adan como en que se halla.
- 324 Sus temores respecto del porvenir.—Declárase una violenta disenteria.—Su testamento.—Circunstancia notable de aquel.—Gobierno del rey, durante la menor edad de Carlos II.—Palabras que dirige á su hijo.—Fallece.—Breve juicio de este monarca.

FIN DEL INDICE DEL TOMO X.



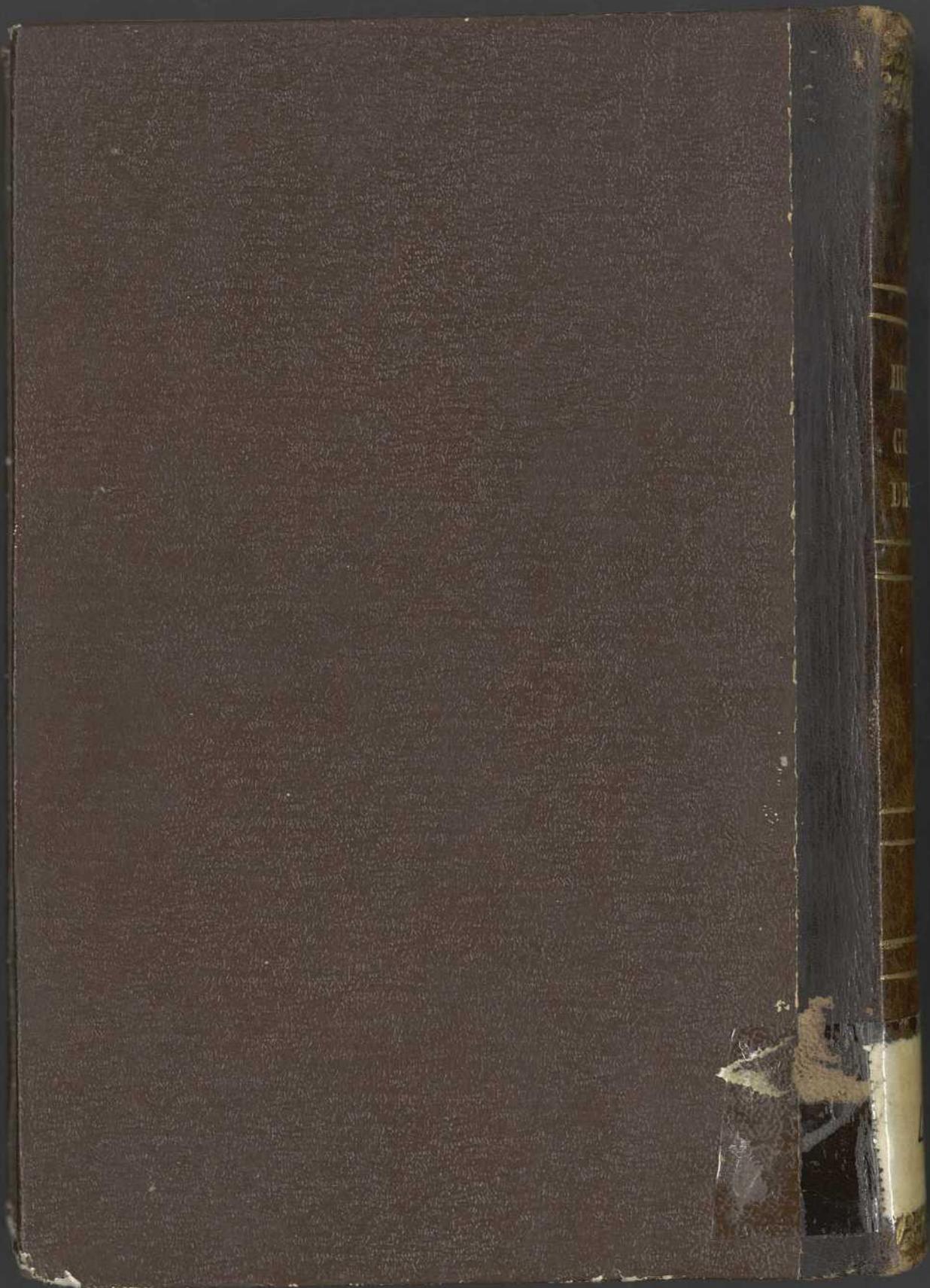
GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

ERRATAS.

	Página	Línea	Dísc.	Folio
1.ª ISABEL DE INGLATERRA; página 22, dando frente á la 23.	22	33	1	11
2.ª FELIPE III EL PIADOSO; pág. 105, dando frente á la 104.	105	38	2	104
3.ª CELEBRE SITIO DE OSTENDE; pág. 27, dando frente á la 26.	27	6	3	26
4.ª FELIPE IV, llamado el GRANDE; pág. 273, dando frente á la 272.	273	7	4	272

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
49	43	1508	1608
72	44	ligeramente	bizarramente
141	39	generales	generales
181	27	marical	mariscal
261	20	guarden	guarde
300	33	Año 1646	Años 1646 y 1647
304	6	hubiera	hubieran
362	36	Este príncipe	Este príncipe (Carlos II de Inglaterra)
381	5	Año 1664	Años 1664 y 1665





HISTORIA
GENERAL
DE ESPAÑA

10

4334

